

().

Sombras de una marginalidad fragmentada. Aproximaciones a la metamorfosis de los sectores populares de la Argentina.

Salvia, Agustín y Eduardo Chavez Molina.

Cita:

Salvia, Agustín y Eduardo Chavez Molina (2007). *Sombras de una marginalidad fragmentada. Aproximaciones a la metamorfosis de los sectores populares de la Argentina.* : .

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/agustin.salvia/356>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pnKz/DRw>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Diseño de cubierta y de colección: Gerardo Miño
Composición y armado: Eduardo Rosende

Prohibida su reproducción total o parcial, incluyendo fotocopia,
sin la autorización expresa de los editores.

© 2007, Pedro Miño

© 2007, Miño y Dávila srl

Primera edición: Agosto de 2007

ISBN: 978-84-96571-48-8

IMPRESO EN ARGENTINA

Sombras de una marginalidad fragmentada

Aproximaciones a la metamorfosis
de los sectores populares de la Argentina



www.minoydavila.com.ar

En Madrid:

Miño y Dávila editores

Arroyo Fontarrón 113, 2º A (28030)

tel-fax: (34) 91 751-1466

Madrid · España

En Buenos Aires:

Miño y Dávila srl

Pje. José M. Giuffra 339 (C1064ADC)

tel-fax: (54 11) 4361-6743

e-mail producción: produccion@minoydavila.com.ar

e-mail administración: administracion@minoydavila.com.ar

Buenos Aires · Argentina



COLECCIÓN

ANÁLISIS SOCIAL 

DIRECTOR

RICARDO SIDICARO

Las actuales transformaciones sociales que conocen nuestros países han estimulado el surgimiento de nuevos interrogantes sobre todas las esferas de la práctica social. En consecuencia, han renovado las discusiones en materia metodológica y, en el plano teórico, han suscitado en los últimos tres decenios cambios de paradigmas que modificaron profundamente el horizonte conceptual de las ciencias sociales. Los objetos de análisis de esa renovación científica no están sólo relacionados con las situaciones presentes, sino que también incluyen la formulación de nuevas indagaciones sobre el pasado de nuestras sociedades. Al respecto, las numerosas investigaciones cuyos resultados se han materializado en informes de investigación y en tesis para la obtención de títulos de postgrado, constituyen valiosos aportes para el avance de los conocimientos que, sin embargo, tienen escasa difusión en las comunidades académicas.

La editorial Miño y Dávila (Buenos Aires-Madrid) ha organizado la colección *Análisis Social* con el objetivo de poner al alcance del lector interesado textos de investigación sobre problemas contemporáneos y teoría social de reciente elaboración que han sido seleccionados mediante referatos o evaluados por organismos públicos dedicados a la promoción y el desarrollo de la ciencias.

Agustín Salvia y Eduardo Chávez Molina
(compiladores)

Sombras de una marginalidad fragmentada

Aproximaciones a la metamorfosis
de los sectores populares de la Argentina

ÍNDICE

- 13 Presentación
- 15 Introducción,
por Agustín Salvia y Eduardo Chávez Molina
- 25 I. Consideraciones sobre la transición a la modernidad,
 la exclusión social y la marginalidad económica.
 Un campo abierto a la investigación social y al
 debate político,
 por Agustín Salvia
- 67 PRIMERA SECCIÓN
 Sobreviviendo en la marginalidad económica
 de los espacios urbanos
- 69 II. Al borde de la informalidad:
 prácticas de reproducción socio-laboral en el segmento
 marginal de la feria de San Francisco Solano,
 *por Eduardo Chávez Molina, Guillermina Comas
 y Juan Pedro Alonso*
- 99 III. El trabajo sexual en un contexto de marginalidad
 laboral y segregación espacial. Trayectorias laborales
 de travestis y mujeres en situación de prostitución
 en el Sur del Gran Buenos Aires,
 por María Laura Raffo
- 141 IV. De esquinas y rebusques. Los jóvenes limpiavidrios
 de un barrio de la ciudad de Buenos Aires,
 por Esteban Bogani y María Florencia Graziano
- 161 V. Las prácticas de mendicidad en la red de subterráneos
 de la Ciudad de Buenos Aires,
 *por María Florencia Graziano, Agustina Lejarraga
 y Daniela Grillo*

189	SEGUNDA SECCIÓN
	Trabajando en empleos precarios bajo la economía informal
191	VI. Remiseros de la pobreza. Trayectorias descendentes y nuevas estrategias de sobrevivencia en el Sur del Gran Buenos Aires, <i>por María Marta Pregona, Federico Stefani y Cecilia Tinoboras</i>
217	VII. Juventud ¿divino tesoro? Trayectorias socio-laborales de jóvenes trabajadores de <i>delivery</i> , <i>por Pablo Molina Derteano</i>
241	VIII. Sueños del eterno retorno de la sociedad salarial para los jóvenes asalariados precarios en condiciones de segmentación territorial, <i>por Pablo Molina Derteano</i>
269	TERCERA SECCIÓN
	Reproduciendo la marginalidad a través de estrategias de organización y movilización social
271	IX. Empresas recuperadas: Condiciones de existencia materiales y simbólicas de sus trabajadores y tendencias posibles, <i>por Laura Saavedra, Eduardo Fernández Maldonado, Rodolfo Herrán y Diego Quartulli</i>
295	X. Comedores comunitarios como estrategias de supervivencia: el caso del Centro de Actividades Comunitarias de La Boca, <i>por Astor Massetti y Manuela Parra</i>
329	XI. Relaciones de intercambio y organización en el mundo de la venta ambulante. Los vendedores del Ferrocarril General Mitre, <i>por Emilse Rivero</i>
343	XII. “Vivir del plan”. Estudio de caso de jóvenes beneficiarias del Plan Jefes y Jefas de Hogar del barrio de Rafael Castillo de la Provincia de Buenos Aires: experiencias de vida en torno a planes sociales, <i>por María Eugenia Correa y Mariano Hermida</i>
363	Bibliografía
379	Los Autores

Sombras de una marginalidad fragmentada

Aproximaciones a la metamorfosis
de los sectores populares de la Argentina

PRESENTACIÓN

La presente obra es el resultado de un trabajo colectivo de investigación enriquecido por el esfuerzo y las motivaciones académicas de quienes participaron en esta iniciativa. El desarrollo de esta investigación ha sido una valiosa fuente de inspiración para la formación de becarios CONICET, UBACyT y FONCyT (muchos de cuales han realizado sus tesis de posgrado a partir de los temas aquí abordados), así como de pasantes y asistentes que han logrado dar en ella sus primeros pasos. En este sentido, esta obra también significa un nuevo aporte de la labor que el programa “Cambio Estructural y Desigualdad Social” viene realizando desde hace diez años bajo la dirección de Agustín Salvia, desde el Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. En esta ocasión, los artículos compilados se realizaron en el marco del proyecto “La Supervivencia de los Desplazados: Trayectorias Económicas, Condiciones de Vida, Reproducción Social, Identidades Colectivas y Políticas Posibles”, cuyo desarrollo fue posible gracias al apoyo institucional y económico brindado por la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica del FONCyT, dependiente de la Secretaría de Educación Ciencia y Tecnología del Ministerio de Educación.

La investigación emprendida supo aprender de los valiosos aportes de investigadores que han formado escuela en el campo de los estudios sobre la pobreza y la marginalidad en nuestro país, tales como Gino Germani, Floreal Forni, Miguel Murmis, José Nun, Susana Torrado, María del Carmen Feijóo, Elizabeth Jelín, Eduardo Bustelo, Juan Villarreal, entre otros, así como de las

enseñanzas e interrogantes que dejó abiertos un primer compilado de trabajos de investigación denominado *Los Nuevos Rostros de la Marginalidad*, cuya coordinación estuvo a cargo de Fortunato Mallimaci y Agustín Salvia, publicado en Buenos Aires en 2005 por la editorial Biblos.

Por último, corresponde agradecer a todos aquellos que han acompañado en diversos momentos el desarrollo de esta empresa, en particular cabe hacer destacada mención al valioso apoyo brindada por la Lic. Claudia López a los trabajos de campo, así como a las invaluables tareas de compilación y corrección realizada por Eduardo Chávez Molina, Juan Pedro Alonso y todo el equipo a cargo de la coordinación académica editorial. Especial reconocimiento merecen Federico Schuster, actual decano de la Facultad de Ciencias Sociales, y Carolina Mera, actual Directora del Instituto de Investigaciones Gino Germani, en ambos casos por su confianza y decidido respaldo a nuestro labor científica.

INTRODUCCIÓN

En este libro presentamos una serie de artículos elaborados en el marco de una investigación de largo aliento¹ cuyo principal referente son los sectores de la supuestamente “nueva” marginalidad laboral surgida durante las últimas décadas en el espacio metropolitano del Gran Buenos Aires.

Desde su inicio el trabajo de investigación estuvo orientado a examinar y reconocer —a través de estudios de caso y observaciones en profundidad— las particulares condiciones materiales y simbólicas de existencia, reproducción y alternativas de movilidad e integración de los sectores populares en una Argentina deteriorada por un largo período de crisis crónicas, feroces políticas de ajuste y fallidas reformas neoliberales. Pero a diferencia del material reunido en *Los Nuevos Rostros de la Marginalidad*, tarea realizada en el contexto de la peor crisis económica, social y política experimentada por el país entre 2001-2002, la motivación central de esta compilación de trabajos ha sido explorar aspectos que permitan descifrar las condiciones y mecanismos que hacen posible —cuando no necesario— que las vastas relaciones de marginalidad económica y social generadas bajo las condiciones anteriores, sobrevivan transformándose, y esto a pesar de que el país parezca lanzado —a partir de 2003— a un acelerado proceso de reactivación en el marco de un cambio prometedor de la política económica.

1 Nos referimos a las investigaciones realizadas en el mencionado proyecto “La Sobrevivencia de los Desplazados: Trayectorias Económicas, Reproducción Social, Identidades Colectivas y Políticas Posibles”.

Un interrogante que desde su origen orientó nuestras investigaciones fue la pregunta de ¿cómo es posible que la emergencia de inusitados niveles de pobreza, deterioro en las relaciones laborales y marginalidad no implicó una fractura o transformación del modelo de acumulación económica ni de dominación político-institucional? Esta pregunta tuvo en su momento una importancia política destacada, sobre todo cuando se creía que la movilización de los “nuevos actores sociales” y las llamadas “economías populares” implicaba un significativo avance en la lucha social, a la vez que un germen en la construcción de un estadio superior del capitalismo y una ampliación del sistema político democrático. En dicha ocasión, nuestras investigaciones dieron cuenta –tal como se reitera y amplía en este volumen– de lo lejos que estaban las “economías de la marginalidad” de generar tales cambios.

Aunque los ecos de ese debate todavía continúan, la realidad en la Argentina post devaluación parece ser otra, así también como sus “espejismos”. En este sentido, los resultados de las investigaciones reunidas ponen en duda la validez de aquellos discursos que –de manera intencional o ingenua, acá no importa– creen ver en la actual fase de crecimiento económico, aumento de la tasa de empleo y retroceso de los elevados niveles de pobreza, la emergencia de una sociedad más integrada y asimilada a un efectivo “círculo virtuoso” de desarrollo económico y social. En el marco de estos debates –que tienden a involucrar fuertemente a la intelectualidad académica de las ciencias sociales–, la principal hipótesis que atraviesa esta obra es que la marginalidad laboral que se extiende en los grandes centros urbanos de la Argentina y de América Latina –en tanto países capitalistas sometidos a un desarrollo desigual, combinado y dependiente– constituye un componente sistémico –y, por ahora, al menos no disfuncional–, encadenado al funcionamiento global del régimen de reproducción social y de dominación político-institucional.

Por otra parte, cabe explicitar en esta presentación una orientación metodológica que hace a las condiciones de producción del trabajo realizado. Es evidente que a lo largo de la investigación la propia realidad social objeto de estudio fue cambiando. Del mismo modo, lo fueron haciendo sus preguntas, conjeturas y, sin duda, los marcos de referencia de quienes la protagonizamos. Sin embargo, hay algunos denominadores comunes que como principio metodológico supieron mantenerse en el tiempo. Al igual que

durante los trabajos realizados para la elaboración del primer libro, no pudimos evitar poner bajo sospecha la realidad tal cual se nos presentaba y preguntarnos tanto por las estructuras como por los actores, los hechos como las representaciones, abandonando toda ilusión sobre la transparencia del lenguaje y de los signos, poniendo en duda nuestros propias conjeturas y argumentos.

Si bien contamos con amplia información estadística sobre varios de los temas abordados, optamos por elaborar datos primarios generados a partir de estar en contacto directo con las relaciones sociales y los mundos de vida de los actores sociales involucrados en la problemática estudiada. En lo fundamental, tal decisión se basó en la idea de que en momentos de importantes cambios históricos, la investigación micro social puede cumplir un papel relevante en función del descubrimiento de nuevos hechos y, por lo tanto, en la puesta en revisión de los supuestos aceptados a partir de los cuales se abordan tradicionalmente ciertos problemas. Hasta donde sabemos, el proceso social es siempre un sistema en conflicto, significado de manera ideológica por los sujetos y actores participantes, abierto a una construcción interesada pero no determinada de manera intencional, a la vez multifacética y polivalente en cuanto a las consecuencias de su desarrollo. Un orden frente al cual, para su reconocimiento, y con el objeto de no vernos engañados por nuestras propias expectativas o temores, resulta conveniente –siguiendo las recomendaciones de Raymond Boudon²– que las evidencias específicas sobre procesos emergentes sean priorizadas por sobre las representaciones generales del fenómeno tomado en su sentido global.

En el marco de este enfoque, la presente compilación recoge una serie de investigaciones de campo “significándolas” como micro datos, en procura de una representación general en elaboración que no sólo resulta a nuestro juicio epistemológicamente posible sino también políticamente necesaria: ¿cuáles son las nuevas reglas de funcionamiento y diferenciación social que plantea el orden emergente en las sociedades del subdesarrollo a principios del siglo XXI?

Dicho esto, cabe adelantar al lector que *Sombras de una marginalidad fragmentada* se divide en una Introducción general y tres secciones de artículos temáticamente diferenciados.

2 Raymond Boudon, *La place du désordre*, París, P.U.F., 1984, pp. 56-57.

La Introducción “*Consideraciones teóricas y metodológicas sobre la marginalidad económica. Un campo abierto para la investigación social y el debate político*”, ofrece un marco de análisis a partir del cual reconocer el significado particular de la noción de “marginalidad”, tal como ésta fue ganando sentido teórico en el marco de nuestras investigaciones (a partir de una revisión de la tesis de la “masa marginal” introducida por Nun, Murmis, Marín, entre otros, a fines de los años sesenta). El hecho de que este concepto forme parte del título de esta compilación quiere destacar el valor heurístico de retomar el mismo bajo el actual patrón de reproducción económica y social que presenta el capitalismo argentino y el sistema mundial.

A continuación de este trabajo, cada una de las secciones reúne una selección de artículos según diferentes tipos de “marginalidad económica” de las relaciones sociales de trabajo objeto de estudio.

La Primera Sección, **Afirmaciones de trabajo e identidad desde la marginalidad económica**, presenta una serie de artículos referidos a segmentos laborales cuyas relaciones de trabajo traspasan los “límites” de la informalidad tradicional, quedando en los márgenes de la “legalidad”. Se trata de prácticas que no sólo están muy lejos de los procesos centrales del capitalismo moderno, sino que además no forman parte de sus necesidades. Sin embargo, todas ellas se desarrollan y reproducen plenamente aceptadas por el sistema social.

El artículo de Eduardo Chávez Molina, Guillermina Comas y Juan Pedro Alonso, “*Al borde de la informalidad: Prácticas de reproducción socio-laboral en el segmento marginal de la feria de San Francisco Solano*”, tiene como objetivo describir y analizar las relaciones sociales de trabajo de este segmento marginado, prestando particular atención a lo que refiere a sus trayectorias laborales, la relevancia de las redes sociales, la relación con los pares y los otros grupos de feriantes, la planificación y la incertidumbre constitutivas de su hacer cotidiano, la ausencia de relación con las instancias de contención y regulación formal, sus propias imágenes acerca del “rebusque” y la “legalidad”. Todos estos elementos, entre otros, permiten diferenciar a este segmento laboral, tanto de aquellos feriantes tradicionales como de los llamados “cola de feria”, resultando de ello un tipo de trabajo y explotación en los márgenes de la informalidad. Siguiendo estas preocupaciones, el estudio responde a preguntas como: ¿quiénes son y cómo llegaron

a la feria los trabajadores que forman estas actividades?, ¿pueden y quieren escapar de ella?, ¿qué organización del trabajo construyen y cómo intervienen sobre el campo de conflictos que abre su legitimada “extra-legalidad” económica?

En tanto, el trabajo de María Laura Raffo, “*Marginalidad laboral y segregación espacial: trayectorias laborales de travestis y mujeres en situación de prostitución en el Sur del Gran Buenos Aires*”, evidencia un conjunto de reflexiones sobre las condiciones de vida y de trabajo de un grupo de mujeres y travestis en situación de prostitución y pobreza en el partido de Florencio Varela. El enfoque del estudio gira en torno a la descripción de las trayectorias laborales del grupo de mujeres y travestis, a los procesos de estigmatización derivados de la actividad que realizan y la significancia que adquiere el barrio en los procesos de segregación. En este sentido, el artículo examina los efectos que los procesos de marginalidad laboral y segregación espacial producen en las condiciones de vida y trabajo de los grupos bajo estudio, afectando las posibilidades u oportunidades de movilidad social. Asimismo se analizan las diferentes formas en el manejo del estigma que presentan mujeres y travestis.

Creemos que un análisis de este tipo permite comprender algunas de las consecuencias sociales de las crecientes desigualdades socioeconómicas y simbólicas, y los mecanismos que nutren, sostienen y reproducen la pobreza urbana contemporánea.

Por su parte, el artículo de Esteban Bogani y María Florencia Graziano, “*De esquinas y rebusques. Los jóvenes limpiavidrios de un barrio de la Ciudad de Buenos Aires*”, estudia un segmento laboral típicamente marginal inserto en los espacios sociales dominados por la modernidad urbana. Se trata de los jóvenes que limpian parabrisas en las esquinas transitadas de la Ciudad de Buenos Aires. En un contexto en el que los “rebusques callejeros” se presentan para muchos como la única práctica de subsistencia posible, abordar el estudio a fondo de esta actividad permite entender no sólo su origen y conformación como resultado de una trama indeterminada de trayectorias individuales, sino también un rasgo central de su modo de funcionamiento: constituir una práctica laboral compleja y organizada a cargo de una “población excedente” no funcional a la organización urbana moderna. A través de ella, sus miembros se encargan de hacer efectiva y violenta ocupación de semáforos, esquinas y parabrisas, es decir, de ocupar y tomar control de espacios públicos y de bienes privados como un modo legitimado de

“ganarse la vida”. Una población ocupante de la calles de la ciudad, subsistiendo gracias a su movilidad, operando sobre sus miedos, ganando espacios y resignaciones, pero irremediablemente siempre “al margen” o “afuera”, no siendo parte de la modernidad.

Por último, el artículo de María Florencia Graziano, Agustina Lejarraga, y Daniela Grillo, “*La mendicidad en el subte de Buenos Aires. Un análisis de la práctica en el contexto del actual mercado laboral*”, analiza la mendicidad como parte de una compleja y organizada actividad laboral de subsistencia para grupos sociales que el mercado laboral formal no necesita ni demanda. Se estudia esta particular práctica económica en el espacio público del *subte*, un ámbito privilegiado de movilidad, intercambio y organización de la vida urbana moderna. En este marco, se analizan las relaciones sociales y actividades económicas –y simbólicas– involucradas en dichas prácticas, así como también las interpretaciones que sus protagonistas hacen de ellas, sus expectativas futuras y del mundo social que las rodea. El trabajo muestra que se trata de una actividad “protoinformal”, a veces “extra legal”, que combina relaciones de reciprocidad y de autoexplotación familiar, alternando grados diversos de organización y complejidad. Un interés particular de este trabajo es describir el tipo de organización, estrategias, necesidades, recursos y ejercicios de “simulación” implicados, para luego contrastar la estrecha relación que existe entre la marginalidad, la autoexplotación familiar y la apertura legitimada de espacios que ofrece la modernidad urbana para ciertos perfiles sociales de la población excedente.

La Segunda Sección, **Trabajando en empleos precarios bajo la economía informal**, se organiza en base a aquellas relaciones sociales de producción y trabajo insertas en circuitos económicos, que si bien no están totalmente desvinculadas del proceso de reproducción social (regulado por las relaciones de mercado y político-institucionales), son marginales al mismo. Se trata de actividades que por un lado “escapan” al marco normativo que regula las relaciones formales entre capital/trabajo, y por otro los empleos que éstas brindan se desarrollan en un contexto de necesidades de supervivencia y de estrategias defensivas, cuyo principal rasgo no es la acumulación sino la reproducción mercantil simple.

El artículo de María Marta Pregona, Federico Stefani y Cecilia Tinoboras, “*Trayectorias laborales, desplazamiento e informalidad. El caso de los remiseros en la zona Sur del Gran Buenos Aires*”,

aborda el estudio de las trayectorias sociolaborales de un grupo de hombres de entre 40 y 65 años, residentes en la zona Sur del Gran Buenos Aires, que han sido desplazados de sectores formales de la economía durante la década del '90 y que en la actualidad trabajan como remiseros informales. Se analiza aquí la especificidad del surgimiento y desarrollo de esta actividad como un nuevo y precario nicho de supervivencia para una población excedente, en su momento potencialmente disfuncional al modelo económico y al sistema político. El análisis de las respuestas socio-laborales dada por esta población a las condiciones de crisis que han debido enfrentar, muestra que la marginalidad económica genera no pocas veces entidad, identidad y organización social. En este caso, se muestra que este tipo de actividad encuentra en el “barrio” –como relación social situada– particulares condiciones de posibilidad para su subsistencia.

En tanto, el trabajo de Pablo Molina Derteano, “*Juventud ¿divino tesoro? Trayectorias socio-laborales de jóvenes trabajadores de delivery*”, estudia las prácticas socio-laborales y percepciones de un grupo de jóvenes en condiciones de segmentación socio-territorial, que trabajan de *delivery* para actividades económicamente marginales en el sur del Gran Buenos Aires, prestando especial atención a los disloques de sus discursos de solidaridad comunitaria y la incertidumbre de los procesos de inserción socio-laboral de estos jóvenes. Se trata, sin dudar, de un trabajo precario en un sector informal de la economía. ¿Se trata también de una población excedente no funcional al desarrollo capitalista? Al parecer sí; obviamente, no por las expectativas y sueños de los jóvenes trabajadores, sino por las efectivas posibilidades que ofrece el mercado de trabajo y el tipo de perfiles sociales que demanda el sector formal. Los jóvenes *delivery* de la pobreza constituyen un grupo que la economía capitalista no parece necesitar. Sus prácticas laborales y su propia existencia, en un contexto de relaciones laborales altamente precarizadas, abre nuevas contradicciones y diferenciaciones en el campo de las relaciones económicas y laborales que operan en el mundo de la informalidad.

El último artículo de esta sección es el de Pablo Molina Derteano, con colaboración de Carlos Ortega, “*Sueños del eterno retorno de la sociedad salarial para los jóvenes asalariados precarios en condiciones de segmentación territorial*”, que centra su estudio en un grupo de jóvenes asalariados precarios que trabajan en pequeños establecimientos informales de la zona Sur del Gran Buenos Aires.

El trabajo aborda fundamentalmente las percepciones que ofrecen los sujetos sobre su propia posición en la estructura social y territorial y las proyecciones biográficas futuras, además de rastrear las condiciones objetivas bajo las cuales encarar sus relaciones sociales de trabajo en un contexto de marginalidad económica. A partir de estas representaciones se constata, paradójicamente, la plena vigencia de los idearios de ascenso, posicionamiento y movilidad de la sociedad salarial. La contradicción se hace evidente. Se trata de una población excedente que no puede constituirse en trabajadores de la etapa actual del capitalismo argentino. Esto último abre el interrogante sobre la viabilidad de poder resolver esta “disonancia” a partir de sus presentes condiciones de trabajo en la informalidad económica y de vida comunitaria en la segregación residencial.

Por último, la Tercera Sección, **Reproduciendo la marginalidad a través de estrategias de organización y movilización social**, presenta una serie de artículos sobre segmentos laborales que, con base en sus acciones colectivas y el carácter social de sus actividades económicas, han configurado una particular forma de reproducir su sobrevivencia y de idear su propio futuro y el futuro político y económico del país. Los dos primeros artículos toman como punto de referencia la capacidad de resistencia social a la desocupación, y a la pérdida del lugar de trabajo. Como contracara, los artículos siguientes reflejan la organización en torno al trabajo cuando está ausente la experiencia sindical previa, el reclamo social, y sólo hay una reivindicación económica inmediata. En ambos casos, se trata de emprendimientos laborales que utilizan fuerza de trabajo poco funcional al sistema capitalista moderno. El problema para el régimen dominante es, entonces, qué hacer con esta masa marginal desplazada u olvidada, siendo que la misma posee una gran capacidad de afectar la paz social y la legalidad formal de las relaciones de propiedad y de los derechos ciudadanos.

El trabajo de Laura Saavedra, Eduardo Fernández Maldonado, Rodolfo Herrán y Diego Quartulli, *“Empresas Recuperadas: ¿paraíso de una nueva identidad obrera o nostalgias de un tiempo nunca vivido?”*, busca dar respuesta a dos hipótesis que ponen en tensión lo expresado por la literatura existente. Consideramos que si bien la recuperación de empresas es una práctica muy útil para mejorar las condiciones de reproducción de estos trabajadores, la misma se orienta principalmente por una lógica instrumental de

la subsistencia y constituye una forma marginal de lucha por la existencia social. Asimismo, un aporte novedoso es la respuesta que en materia de significados y valoraciones estos trabajadores dan a su trabajo actual. Ahora bien, su vida –y la de las propias empresas recuperadas– no depende del mercado, sino cada vez más, de la voluntad política orientada a apoyar y legitimar su existencia (no sin esperar su pronta disolución), con fin último de acallar éstos y otros reclamos que pongan en cuestión la capacidad del modelo económico de incluir a todos.

Por su parte, el artículo de Astor Massetti y Manuela Parra, *“Comedores comunitarios como estrategias de supervivencia: el caso del Centro de Actividades Comunitarias de La Boca”*, se enmarca en una serie de interrogantes: ¿Cómo se llega a encarar la participación en este tipo concreto de prácticas sociales? ¿Qué distingue u homogeneiza a estos sujetos sociales? ¿Qué trayectorias de vida han desarrollado? ¿Qué sentidos le atribuyen a estas prácticas en su vida cotidiana? Y fundamentalmente: ¿Qué lugar ocupa en la actividad comunitaria que desarrollan en el contexto de su supervivencia familiar?, y ¿Cuánto de estas prácticas se asemeja a un “trabajo” y cuanto a “vocación”?

La propuesta es entonces bucear por la especificidad del fenómeno, donde no será ya el comedor una respuesta social macro, sino las opciones y oportunidades de sujetos sociales concretos. Entre sus valiosos aportes y hallazgos, cabe destacar las “devaluadas” demandas y expectativas de desarrollo económico y social que tienen para sí las propias organizaciones sociales de subsistencia. Por otra parte, no sólo son estas trabajadoras las que encuentran en esta actividad un sentido para sus vidas, sino también un amplio sector de población excedente para el capitalismo argentino. En cualquier caso, lo cierto es que para mantener la integración social, el Estado, en este caso, debe gastar muy poco en procura de garantizar la reproducción de la economía social.

En tanto, el artículo de Emilse Rivero, *“Relaciones de intercambio y organización en el mundo de la venta ambulante. Los vendedores del Ferrocarril General Mitre”*, aborda el estudio del trabajo de vendedores ambulantes en los trenes y en los andenes (plataformas), analizando el grado de organización de los vendedores. En el desarrollo de esta actividad en el ferrocarril Mitre, se visualiza la existencia de un grupo de heterogéneas identidades conformadas por vendedores viejos y nuevos, de línea y de plataforma, músicos o vendedores de productos, en cuya permanente

interacción forman una especie de *collage*. Ante tal heterogeneidad, y con el objetivo de indagar acerca de las características que asumen las relaciones de intercambio que se establecen en la venta ambulante en los trenes, la autora se pregunta: ¿cuál es la especificidad del grupo de estos vendedores?, ¿existe tal especificidad?, ¿qué hace posible la convivencia y el funcionamiento organizado de una actividad compleja en términos de intereses e identidades? ¿Por qué no el caos y la disgregación? Para dar respuesta a estos interrogantes el artículo revisa la clasificación y los aportes teóricos más relevantes referidos a la venta ambulante, poniendo en juego los testimonios que reflejan los soportes objetivos y simbólicos del orden y del conflicto.

Por último, el artículo de María Eugenia Correa y Mariano Hermida, “*Vivir del plan: Estudio de caso de jóvenes beneficiarias del Plan Jefes y Jefas de Hogar del barrio de Rafael Castillo de la Provincia de Buenos Aires: experiencias de vida en torno a planes sociales*”, plantea que el fenómeno del desempleo se presenta como uno de los principales factores que reflejan la crisis social que atraviesa la Argentina, así como gran parte de América Latina. Los indicadores económicos nos señalan que uno de los segmentos más desfavorecidos es el que se encuentra constituido por los jóvenes, y especialmente por los que provienen de sectores populares. Son éstos quienes sufren de manera intensa el problema social del desempleo, los altos índices de desocupación y la informalidad, caracterizada por la inestabilidad y la precariedad laboral. Con lo cual la realidad social de estos jóvenes se vuelve prioritaria en el marco de una intervención pública capaz de generar mayor inclusión social, disminuyendo los grandes abismos de desigualdad que predominan actualmente. El fin de este trabajo es indagar sobre la efectividad de estas políticas sociales ejecutadas por el Estado, en función de observar si a través de ellas se puede alcanzar una mayor inclusión social, para lo cual se analizará el caso de mujeres jóvenes beneficiarias del Plan Jefes y Jefas de Hogar en la Argentina, específicamente en el barrio de Rafael Castillo, de la Provincia de Buenos Aires.

Agustín Salvia

Eduardo Chávez Molina

I.

CONSIDERACIONES SOBRE LA TRANSICIÓN A LA MODERNIDAD, LA EXCLUSIÓN SOCIAL Y LA MARGINALIDAD ECONÓMICA.

UN CAMPO ABIERTO A LA INVESTIGACIÓN SOCIAL Y AL DEBATE POLÍTICO

Agustín Salvia

Introducción

La estrecha relación entre los cambios estructurales ocurridos en la región a fines del siglo XX y el deterioro de las condiciones de vida y el aumento de la desigualdad social, es una idea fuerza ampliamente abordada en los estudios de la realidad latinoamericana. La pobreza económica de vastos sectores parece constituir un rasgo estructural, suficientemente cristalizado e integrado al resto del sistema social, sin que ello implique un riesgo de desintegración para el sistema económico y el orden político-institucional¹. Avala esta línea de argumentos una extensa investigación social que describe el alcance del problema en términos de subdesarrollo, desempleo estructural, informalidad, precariedad laboral y deterioro de las condiciones generales de vida.

De la misma manera, el carácter cada vez más sistémico de las condiciones de pobreza y desigualdad social en la Argentina es una conclusión reiterada en numerosos estudios que han abordado el problema en diferentes campos de la reproducción social:

1 Desde la perspectiva aquí abordada, lejos de constituir tales manifestaciones efectos transitorios o necesarios en el proceso de modernización económica, forman parte –tal como propone esta investigación– del modo mismo de funcionamiento que caracteriza a la actual fase de expansión y transformación del sistema capitalista mundial (Mingione, 1989; Tilly, 2000; Fitoussi y Rosanvallon, 1998; Nun, 2000; Bourdieu, 2002).

mercado de trabajo, educación, salud, *hábitat* residencial, brechas de ingresos, inseguridad, etc.²

Resulta importante señalar que, en el escenario social argentino, estos problemas emergen con fuerza durante las últimas tres décadas, después de mostrar el país –comparativamente con la mayor parte de los países de la región– estándares relativamente altos de bienestar y equidad social.

La explicación de este proceso, si bien es compleja, no puede eludir las transformaciones generadas por los procesos de globalización económica y los cambios en los paradigmas tecnológicos, la crisis fiscal del Estado en el contexto del agotamiento del modelo industrial sustitutivo, y los reiterados y fallidos ensayos de políticas de ajuste y de cambio estructural aplicadas a partir de los años setenta. El resultado fue un aumento constante de la pobreza y la polarización social, tanto en ciclos de crecimiento como de crisis y estancamiento económico. Ahora bien, por mucho que el problema pueda ser reconocido a través de sus determinantes históricos y sus efectos no deseados, no por ello queda implicado un conocimiento sobre los procesos sociales que han hecho y hacen posible la emergencia y reproducción en una matriz social de tales características.

Una línea de investigación plausible, sin pretender agotar el desafío, es preguntarse sobre la naturaleza de las actuales relaciones sociales que presenta el mundo de la pobreza, sin perder de vista que las condiciones de existencia de tales entramados se vinculan con el resto del sistema económico, social y político. Justamente, uno de los ejes de análisis de los trabajos de investigación aquí presentados es la idea de que el campo de la marginalidad urbana –al menos en el caso de las relaciones sociales de producción y trabajo localizadas en el Gran Buenos Aires– no es la expresión de un fenómeno en transición, sino un componente encadenado al funcionamiento general del sistema socio-económico y político-institucional.

2 Entre los estudios a los que se hace referencia cabe mencionar a Altimir y Beccaria (1999a, 1999b); FIEL (2001); PNUD-Argentina (2002); Neffa, Battistini, Pánigo y Pérez (2000); Riquelme (2000); Beccaria (2001); Beccaria, Feldman, González Bombal, Kessler, Murmis y Svampa (2002); Delich (2002); Damill, Frenkel y Maurizio (2002); Salvia y Tuñón (2003); Salvia y Rubio (2003); ODSA/UCA (2004); Golberg (2004); Grassi (2004); Mallimaci y Salvia (2005); Gasparini (2005); entre otros.

En el marco de este planteo general se abren, según la literatura especializada, dos hipótesis enfrentadas: ¿Cuánto de las expresiones económicas y sociales que se generan en situaciones de pobreza tienen como origen un déficit en las facultades de integración social que presentan algunos sectores de la población, en términos de poder hacer frente a las demandas productivas y culturales que genera la globalización? O, en su defecto, ¿en qué medida tales expresiones devienen de las propias debilidades que presenta el capitalismo argentino, y no son más que la consecuencia del tipo de comportamiento puesto en juego por una “población excedente” a dicho régimen, pero que al mismo tiempo no reviste para el mismo ningún riesgo?

Según el enfoque aquí desarrollado, nos parece poco fructífero sostener el supuesto de que la explicación de la marginalidad se encuentra –sea de manera directa o indirecta– en sus propios protagonistas, o que es en el espacio íntimo de las tramas sociales que ellas generan en donde cabe encontrar las claves interpretativas del problema. Junto con una profundización de la tarea de conocer las prácticas de supervivencia de sectores pobres y excluidos (féculdas en evidencias sobre modos instituidos e instituyentes de “auto explotación económica” y “segregación social”), hemos creído importante introducir también el desafío de reconstruir las tramas económicas, socio-políticas y culturales que articulan de manera dinámica y conflictiva el mundo social de la marginalidad con las formas productivas y socio-políticas hegemónicas. En este sentido, esta investigación se propuso atender la fenomenología de la marginalidad desde un interrogante poco explorado: ¿cuál es y cómo opera la trama de intereses económicos, sociales y políticos que hace posible, organiza y pone en funcionamiento, bajo las actuales características del régimen de acumulación social en la Argentina, una reproducción “no funcional” pero a la vez inofensiva de la marginalidad económica?

Ahora bien, cabe también tomar en cuenta que, por mucho que el patrón de organización social pueda ser establecido a nivel agregado de una manera detallada, no por ello es posible inferir las consecuencias que tales procesos tienen sobre el campo micro social de las representaciones y las valoraciones de los diferentes sectores involucrados en los procesos de marginación. Es decir, la estadística social o los datos agregados poco nos dicen –más allá de ofrecer algunas conjeturas– en cuanto a los “significados sociales”

que tiene para los sujetos la nueva matriz social que ha emergido en la Argentina de la crisis del modelo sustitutivo y de las políticas de cambio estructural. En tal sentido, las investigaciones reunidas en este libro también se preguntan qué dicen de sí los actores sociales marginados. Ese “decir” nos habla de sus estrategias de subsistencia, sus conflictos laborales, sus devaluadas condiciones de vida, pero también de sus proyectos, esperanzas y fracasos. Esta serie de realidades sociales, se convierten en un objeto de estudio por demás significativo en una Argentina en franco proceso de recuperación económica con aumento de la demanda de empleo³.

Esta situación abre una segunda serie de preguntas de interés para esta investigación: ¿En qué medida una salida –aunque sea transitoria– de la crisis crónica de la economía del país hace posible disipar o disminuir las estrategias de subsistencia sumergidas en la marginalidad? ¿Cuán posible y esperable es en tales condiciones el retorno o inserción al sector formal de la economía de la población excedente marginada? ¿Qué nuevas realidades, porvenir y esperanzas genera entre los sectores marginados este nuevo ciclo de crecimiento?

En el marco de estas preocupaciones que orientaron las investigaciones realizadas, este capítulo busca brindar al lector algunas claves teóricas a partir de las cuales interpretar y juzgar los hallazgos, aportes y debates que abren los estudios de caso que se presentan en este libro. Al respecto, cabe en primer lugar tomar en cuenta que cualquier elaboración de conocimiento resulta imprecisa si no se tienen claros los conceptos utilizados. Por lo mismo, las

3 La última crisis que estalló en la Argentina en el período 2001-2002 parece actualmente haber quedado atrás. El desarrollo de una política de protección del mercado interno fundada en un tipo de cambio depreciado, con fuertes transferencias del sector exportador al sector público, introdujo un nuevo escenario macroeconómico que derivó en un crecimiento de la inversión, la producción y el empleo, a tasas importantes. En este contexto se registra un incremento promedio del PBI de casi el 9% anual durante los últimos cuatro años y, con respecto a 2002, una reducción significativa de las tasas de desempleo, desocupación y pobreza a niveles promedio de la década del noventa. Esto no evita que todavía existan graves y estructurales problemas en materia de calidad del empleo, informalidad laboral, pobreza y desigualdad social. Al respecto, cabe señalar que se estima que sólo el 40% de fuerza de trabajo cuenta con un “trabajo decente”, el 55% de la población ocupada lo está en el llamado sector informal, todavía el 34% de la población se encuentra por debajo de la línea de pobreza y el 12% debajo de la línea de indigencia y el 10% de los hogares más ricos obtienen ingresos per cápita 33 veces superiores al 10% de los hogares más pobres. Cabe observar que las remuneraciones reales promedio entre sectores están todavía por debajo en un 30% a las existentes con anterioridad a la crisis.

dos siguientes secciones abordan el problema de dilucidar y comparar los diferentes significados, referentes empíricos y sentidos teóricos que presentan los conceptos de marginalidad (tradicional), marginalidad (económica) y exclusión social. A nuestro juicio se trata de una serie de categorías usadas en determinados enunciados que suelen confundirse cuando en realidad remiten a fenómenos y problemas diferentes.

En la cuarta sección, se asume como propio el enfoque de la marginalidad económica, profundizando su significado teórico y alcances explicativos, y reconociendo el especial valor que presenta esta perspectiva conceptual para identificar e interpretar los procesos que dominan el escenario económico, social y político de la Argentina actual.

En la quinta sección se analiza el significado del fenómeno de la “economía social”, “solidaria” o “popular”, como un caso particular de los fenómenos a los que hace referencia la marginalidad económica. En este caso, nos interrogamos sobre el papel que desempeñan tales prácticas en el contexto de la crisis y posterior proceso de reactivación económica que atraviesa el país.

En la última sección y en las consideraciones finales, se examinan –manteniendo como esquema interpretativo el enfoque propuesto– algunas de las principales claves conceptuales, metodológicas y empíricas que fueron haciéndose relevantes con el desarrollo de nuestra investigación.

Significados sobre la marginalidad, la marginalidad económica y la exclusión social

El actual paisaje urbano de las grandes ciudades de Argentina –al igual que en otras importantes ciudades de América Latina– es particularmente rico en manifestaciones sobre formas de supervivencia sometidas a condiciones de pobreza, situaciones laborales precarias y originadas en procesos denominados de marginación o exclusión social: asalariados no registrados; comuneros de emprendimientos sociales; trabajadores de empresas recuperadas; limpiavidrios; mendigos; trabajadoras sexuales; productores clandestinos; vendedores callejeros; vendedores ambulantes; feriantes ilegales; músicos y actores callejeros; artesanos sin talleres; trabajadoras de “changas” o servicios eventuales,

entre muchos otros, constituye parte del repertorio de estrategias de supervivencia que han puesto en acción los sectores populares para hacer frente al desempleo generalizado y a las reiteradas condiciones de crisis económica y social.

Sin duda, sus protagonistas constituyen expresiones de un “rostro social” largamente existente en la región, cuya actualidad ha generado una renovada producción literaria y de investigación académica. Sin embargo, surgen algunas preguntas obligadas: ¿en el marco de qué teoría resulta adecuado establecer el significado de tales observables, entender su existencia y proyectar su porvenir? No pocas veces se supone que términos como marginalidad, exclusión, informalidad, pobreza y desigualdad social predicen sobre el mismo problema o fenómeno general; sin embargo, esto no necesariamente es así. Estos conceptos están insertos en matrices teóricas distintas, ofrecen, según el caso, distinto grado de abstracción y presentan referentes empíricos diferentes; o, incluso, como es el caso de la marginalidad y la pobreza, el mismo término puede hacer referencia de distintos objetos teóricos y empíricos⁴.

El objetivo de toda construcción científica es remitir los dominios indiferenciados de lo observable a categorías teóricas desde las cuales lo real pueda ser organizado de un modo particular y concreto, y esto en función de reducir la complejidad a ideas que el pensamiento pueda identificar y proponer como núcleo inteligible del fenómeno que se considera. Para el problema que nos ocupa, es evidente que el uso indiferenciado que se hace de ciertos términos presenta poca utilidad al estudio de los procesos de empobrecimiento y polarización social. En función de aclarar las distintas teorías que esconden algunos de los términos mencionados, se hace a continuación una lectura de sus diferencias teóricas y metodológicas. En esta ocasión, el análisis se habrá de centrar en las nociones que mantienen un uso frecuente y no siempre bien especificado: marginalidad, marginalidad económica y exclusión social⁵.

4 Por ejemplo, en la bibliografía se encuentran recurrentes menciones al malestar que despiertan los conceptos de marginalidad y exclusión social. Por otra parte, a ambos conceptos no pocas veces se los asocia con el concepto supuestamente más empírico de pobreza. Asimismo, es usual confundir la marginalidad en sus diferentes versiones debido a su parecido lingüístico. En el mismo sentido, no es inusual que se confundan las nociones de pobreza y de desigualdad social: muchas veces, cuando se informa que aumentó la desigualdad, automáticamente se piensa que también lo hizo la pobreza y viceversa.

5 Para este fin, lejos de considerar que el significado de una proposición teórica consiste en su método de verificación, definición dada por el empirismo lógico

La primera conceptualización que en América Latina intentó dar cuenta del variado mundo económico, social y cultural de los sectores populares fue la desarrollada por DESAL –Desarrollo Económico Social de América Latina– (DESAL, 1965, 1969; Vekemans, 1970). Esta aproximación se hizo a través del concepto de marginalidad, el cual se ubicó en el marco de la teoría de la modernización (presentando esta última un fuerte componente rostowiano)⁶. Interesa destacar que la teoría de la modernización visualiza a la sociedad dividida en dos grandes sectores: uno tradicional y otro moderno. El sujeto social reunido bajo una colección amplia de prácticas económicas, sociales y culturales “tradicionales” es definido por este paradigma como un sujeto “marginal”, no suficientemente integrado a las instituciones y valores modernos (DESAL, 1965; Germani, 1962, 1969, 1973), o, incluso, formando parte de una “cultura de la pobreza” (Lewis, 1980). De esta teoría se desprendía la idea de que si los países de América Latina buscaban salir del subdesarrollo debían transformar a su población marginal en una población moderna, para lo cual debían someterla a una preparación adecuada.

El fenómeno de la marginalidad se explicaba por la resistencia cultural de los sectores tradicionales a incorporar las pautas de vida moderna. El enfoque buscaba por lo tanto poder identificar a dichos individuos (es decir, aquellos que se caracterizaban por poseer normas y valores tradicionales) con el objetivo de actuar sobre ellos y transformar sus valores. Para dicha identificación se proponían una serie de dimensiones en donde se expresaban formas “típicas” de la participación en la vida social no integradas a la sociedad moderna: área de residencia, actividad económica, relaciones sociales, participación política, aptitudes psicológicas y actividades culturales. Si bien todas ellas resultaban dimensiones importantes, en los hechos, tales dimensiones no tenían igual peso,

y el neopositivismo (Ayer, 1965), se asume aquí la teoría de la significación propuesta por Bunge (1999) y que fuera aplicada en un análisis similar por Cortés (2005).

- 6 Dicha teoría sostenía la vigencia de procesos de cambio social fundados en etapas acumulativas de desarrollo. Partiendo de estos enfoques, resultó suponer que la pobreza constituía una expresión estructural del subdesarrollo, cuyo “círculo vicioso” podría ser superado siempre y cuando se desarrollaran las relaciones de mercado, se introdujeran nuevas tecnologías, se extendiera la educación, cambiaran las pautas culturales, etc. Es decir, se creasen las condiciones de “modernidad” necesarias para superar el atraso en el proceso histórico (Rostow, 1960; Hoselitz, 1960; Germani, 1962).

privilegiándose el factor ecológico: la población de marginales habitaba en los cinturones de miseria urbana o llamadas “poblaciones marginales”⁷.

A la marginalidad de la teoría de la modernización se le opuso a fines de los años sesenta la teoría de la marginalidad económica surgida de los estudios marxistas realizados en el marco de las teorías de la dependencia. El sentido teórico del concepto de marginalidad estaba dado en el contexto de una revisión de la teoría marxista, en particular, en cuanto al papel del trabajo en el proceso de producción y reproducción bajo un modelo de desarrollo capitalista desigual y combinado (Nun, Marín y Murmis, 1968; Nun, 1969; Quijano, 1970). La idea central que recorría las investigaciones realizadas desde este enfoque es que en el proceso de desarrollo de las economías capitalistas dependientes, algunas actividades que fueron centrales para la acumulación se transformaban en marginales (Quijano, 1970; Duque y Pastrana, 1972). En este tipo de sociedades, los sectores no monopólicos, las actividades precapitalistas y la economía de subsistencia ocupaban trabajadores que conforman una población excedente “no funcional” a los sectores monopólicos dominantes, denominada “masa marginal” (Nun, 1969, 1978, 1999). Esta idea era opuesta a quienes argumentaban que toda la superpoblación relativa constituía el ejército industrial de reserva (Lange, 1966, Sweezy, 1958; Cardoso, 1970). Según este enfoque, durante la etapa del capitalismo monopólico —y especialmente en los países de América Latina—, una parte de la fuerza de trabajo desocupada o subempleada podía dejar de cumplir la función de ejército industrial de reserva, transformándose en “masa marginal”, es decir, en una población excedente y prescindente a los procesos dominantes de acumulación capitalista. En los ciclos de retracción o periodos de crisis del capitalismo, podía ser que una parte de la superpoblación relativa fuese marginal tanto para el sector monopólico como para el sector competitivo, es decir, que tampoco fuese funcional al sector informal. En este caso, esta masa marginal podía desempeñar un papel “disfuncional” al

7 Es por ello que la marginalidad, en su versión más conocida, remite a las zonas geográficas con alta concentración de marginados, en general, formadas en el contexto de las migraciones de sectores rurales a las grandes ciudades. Para un tratamiento más reciente de este tema, desde una perspectiva causal similar al enfoque de marginalidad propuesto por la teoría de modernización, véase Wilson (1996).

régimen político y económico capitalista vigente en una sociedad histórica determinada.

Más allá de sus claras diferencias de sentido, los significados de los conceptos sobre marginalidad, tanto en la perspectiva de la teoría de la modernización como en la perspectiva marxista latinoamericana, se encuentran perfectamente determinados. En el primero, el sentido teórico del concepto lo brinda la teoría de la modernización y el concepto se aplica de manera general al conjunto de individuos “marginales” a partir de sus atributos personales, sociales o culturales (si bien en la práctica, su utilización se redujo a los habitantes marginales de zonas urbanas). En el caso de la marginalidad económica, el sentido del concepto se encuentra en la teoría marxista, a la vez que la clase de referencia no son las personas sino las relaciones sociales de producción y, por lo tanto, la categoría se aplica por extensión al conjunto de las relaciones de producción marginales para el modelo de acumulación dominante en la fase monopólica del capitalismo. En este caso, los “marginados” son las personas que están insertas en tales relaciones de producción.

Al mismo tiempo que estos debates tenían lugar en América Latina, se acuñaban en Francia —a mediados de los años ‘60— los términos, primero, de marginación o marginalidad y, más tarde, de exclusión, para hacer referencia a los individuos no integrados en las redes productoras de riqueza y de reconocimiento social (Massé, 1965; Lenoir, 1974). Por extensión, este concepto se utilizó para hacer referencia al conjunto de personas “excluidas” formado por mendigos; vagabundos; prostitutas; criminales; pillos; malabaristas, etc. (Geremeck, 1991). Pero al decir del propio Castel (1998), “la marginación no es exclusión”, y ambos conceptos reaparecen diferenciados en la década del ‘90, cuando, Europa en general, y Francia en particular, transitaban hacia un nuevo modelo económico en el contexto de la crisis del régimen fordista y de la globalización.

Al respecto, el autor destaca que centrar el análisis de la cuestión social en el problema de la exclusión implica restringirse sólo a algunos de los efectos de la crisis actual. La dinámica comienza mucho antes, poniendo el eje en la estabilidad de la condición salarial en general. Por tal motivo, se hace necesario evaluar el proceso histórico de desestructuración de las relaciones de trabajo como consecuencia de los procesos de globalización y de cambios

tecnológicos (1999)⁸. De hecho, la hipótesis propuesta por Castel es que el cambio se expresa en una modificación fundamental en el proceso de inserción de los asalariados bajo el modelo del Estado de bienestar: a) precarización e individualización del mercado de trabajo; b) desigualdad en las oportunidades frente a los cambios en las relaciones laborales; y c) predominio de la incertidumbre del trabajo sobre la reducción de la desigualdad (Castel, 1997).

Sobre la base de estas tres tendencias habría tenido lugar un proceso de desestabilización de los empleos estables, afectando especialmente a la clase obrera clásica y a los pequeños propietarios, así como también a los jóvenes, y dando lugar a la reaparición de un sector de la población que podría clasificarse de: supernumerarios. La degradación de la sociedad salarial se manifestaría en, al menos, tres niveles: a) desestabilización de los estables, implicada por la flexibilización económica; b) instalación de la precariedad como destino que consiste en vivir al día a través de un trabajo no registrado, la ayuda social, la solidaridad familiar, etc.; y c) como consecuencia de lo anterior, la aparición de un nuevo perfil social a la que se denomina como supernumerarios, los cuales se encuentran en una situación de inutilidad social, no son integrables, y ni siquiera están explotados en el sentido habitual del término. Esta inutilidad social los descalifica también en el plano cívico y político. A diferencia de los grupos subordinados de la sociedad industrial, explotados pero indispensables, éstos no gravitan en el curso de las cosas. Pueden suscitar inquietudes y necesidad de implementar políticas, pues plantean demandas y problemas sociales. Ahora bien, el verdadero problema es que existan. Los “excluidos” pueden optar entre la resignación o la violencia esporádica (Castel, 1997).

8 Durante al menos tres décadas, hasta los años ‘70, la llamada por Castel “sociedad salarial” había logrado articular trabajo y protección, trabajo y seguridad relativa para la mayoría de la población. Sin embargo, a partir de esos años, como consecuencia de la globalización, los avances y cambios tecnológicos y científicos y la masificación de los medios de comunicación y producción, este sistema comienza a cuestionarse y erosionarse por el retorno del mercado: “a medida que el mercado se internacionaliza y que aumenta la competencia, el trabajo se vuelve blanco principal de una política de reducción de costos de producción acompañada por esfuerzos para bajar el precio de la fuerza de trabajo, mientras se aumenta su eficacia productiva. La flexibilidad que traduce esta doble exigencia responde a requisitos de productividad y apunta a reducir el precio del trabajo. A partir de ese momento, la condición salarial estable y protegida fue considerada por muchos como lo que obstaculizaba la hegemonía del mercado” (Castel, 1999:26).

En este contexto, el concepto de exclusión social intenta describir los procesos a través de los cuales sectores que antes estaban incluidos en los procesos de desarrollo en los años de bonanza del Estado de bienestar, son ahora excluidos, especialmente del mercado laboral y la seguridad social, pero también de las relaciones sociales, políticas y culturales predominantes. En el marco de este enfoque, algunos autores postulan la conformación de un “nuevo régimen de marginalidad” (Wacquant, 2001). En este caso, la marginación de carácter económica, social y cultural, sería una consecuencia de los cambios operados en los procesos productivos, los mercados de trabajo y las tradicionales funciones económicas y sociales del Estado de bienestar. El resultado habría sido una tendencia a la concentración residencial de los núcleos excluidos, los cuales resultan marginados a través de los procesos de segregación socioeconómica fuertemente correlacionados con la composición étnica (a su vez relacionada con el tipo de inserción laboral) de los grupos migratorios asentados en las grandes urbes⁹.

A partir de estos análisis resulta claro que los conceptos examinados de marginalidad o exclusión social presentan diferencias importantes más allá de sus parecidos morfológicos o simbólicos, y que, por mucho que puedan, eventualmente –en forma directa o indirecta–, hacer referencia de manera aparente a los mismos observables, tales referencias están investidas de distinto significado teórico, o, dicho sentido presenta diferente alcance. De lo cual se advierte que los tres enfoques estructuran de manera diferente sus observaciones, de modo que una misma persona podría ser clasificada de manera distinta por una u otra teoría.

Un análisis comparado de significados y realidades de la marginalidad

En el caso de la marginalidad económica, es claro que la clase de referencia son las relaciones sociales de producción. En el caso

9 Sería el caso, por ejemplo, de las poblaciones inmigrantes que residen en los barrios periféricos de París o Londres, las cuales sufren procesos de segregación económica y social asociados a una marginación étnica. También, forman parte de estos observables los “nuevos pobres” en los tradicionales guetos latinos o afroamericanos en las grandes ciudades de Estados Unidos. Al respecto, véase Wacquant (2000), también Wilson (1996).

del concepto de marginalidad introducido por la teoría de la modernidad, la unidad de análisis es la población marginal (aunque, en los hechos, con referencia específica a quienes residen en áreas urbanas marginales). En cambio, en el caso de la exclusión social, la clase de referencia pueden serlo los individuos, las relaciones laborales, familiares o vecinales, las trayectorias profesionales, es decir, no hay una clara referencia al objeto sobre el cual se predica. La exclusión social podría ser considerada como un caso particular de la marginalidad propuesta por la teoría de la modernidad. En este sentido, ambos conceptos comparten la crítica de presentar criterios de clasificación ambiguos. Por ejemplo, cabe preguntarse ¿en cuántas dimensiones se necesita ser excluido/marginal para ser comprendido en esa condición? ¿Basta con una, con dos o hay que serlo en todas: ecológica, política, económica, social y cultural? En el caso de la exclusión, se suma a este problema que el sentido teórico del concepto en sí (enunciados antecedentes y derivados) no queda bien especificado en la medida que no forma parte de una malla de conexiones teóricas más amplia y consistente.

En cuanto a los vínculos entre el concepto de marginalidad económica y exclusión social, el propio Nun, en una revisión actualizada a la tesis de masa marginal, sostiene que en la década de los años '90, el concepto europeo de exclusión social aborda los temas que las ciencias sociales se planteaban en la década del '60 en América Latina. Sin embargo, no está claro que dicho concepto aporte mayor precisión teórica y capacidad explicativa a los problemas a los que se refiere, sobre todo cuando se analizan contextos de economías y sistemas políticos con modelos de desarrollo desigual y dependiente (Nun, 2000)¹⁰. De tal manera que, si se emplea el concepto de exclusión social para hacer referencia a los procesos sociales vividos desde los años '80 en América Latina, habría que tomar en cuenta, junto con las limitaciones explicativas del concepto, algunas especificidades históricas.

Una importante diferencia se encuentra en el hecho de que en Europa la población que quedó excluida de los progresos generados por la globalización lo fue porque alguna vez estuvo incluida a tra-

10 Al respecto, Nun cita como ejemplo a Freund (1993), el cual observa que la noción de excluido está “saturada de sentido, de no sentido y de contrasentido”, y que prácticamente “se puede pedir que diga lo que uno quiere que diga” (Nun, 2000: 31). Estas vaguedades y ausencias importantes en el concepto de exclusión social empleado por Castel han sido también destacadas recientemente por Murmis y Feldman (2002: 16-25).

vés del mercado de trabajo, los sistemas de seguridad social y las políticas públicas. Mientras que, en América Latina —en el contexto de un desigual y subordinado desarrollo capitalista— tanto antes como ahora existen sectores de la población que nunca estuvieron incluidos, los cuales se mantienen insertos en relaciones sociales de producción poco o nada necesarias para los procesos de acumulación hegemónicos. Por otra parte, cabe observar que la inserción a procesos avanzados de modernización y, más recientemente, a partir de la globalización y los procesos de cambio estructural, provocaron en la región —tal como es el caso de la Argentina— la desaparición de formas capitalistas paradigmáticas del modelo industrial substitutivo de importaciones. Esto generó que aquellos segmentos sociales que contaban con trabajos relativamente estables, remuneraciones decentes, seguridad social, etc., experimentaran un proceso similar al que sufrieran los trabajadores europeos. Los antes incluidos y ahora precarizados o desplazados de empleos estables y protegidos, pasaron a formar parte de la informalidad, el desempleo, a realizar trabajos de subsistencia, etc., conformando parte de la masa marginal “no funcional”. Si bien también aquí, con diferencias no menos importantes en comparación con los precarizados y supernumerarios europeos, como la falta de un Estado de bienestar capaz de dar cobertura asistencial a los sectores marginados (ausencia de un seguro de desempleo y/o de programas de ingresos mínimos; ausencia de políticas activas de entrenamiento y de reinserción laboral; insuficiencia de los servicios públicos de salud, educación, etc.).

De esta manera, si bien el empleo de la categoría de exclusión social puede ser útil para la descripción del tipo particular de marginación social acontecida en las últimas décadas en algunos países desarrollados, no logra abarcar la complejidad de situaciones que operan en países con amplios sectores nunca incluidos bajo formas capitalistas típicas, como es el caso de América Latina. En este sentido, resulta importante destacar que el empleo de “exclusión”, no como un término descriptivo sino como una categoría analítica, deja afuera a quienes nunca estuvieron incluidos o a quienes siempre lo han estado parcialmente en contextos con baja o nula intervención del Estado de bienestar. Por lo tanto, la actual problemática social de la región encuentra mejor referencia si se reconoce la existencia de una situación de heterogeneidad en los procesos de concentración de capital que lleva a que amplios sec-

tores de la fuerza de trabajo queden “afuera” de diversas maneras por los procesos económicos, y de los sistemas sociales de bienestar, sea por las limitaciones estructurales del desarrollo capitalista periférico o por los efectos de las recientes políticas orientadas a una mayor integración al mercado mundial¹¹.

De este análisis surge que una mejor opción teórica –aunque no necesariamente la única– para entender estos procesos sociales, al menos para América Latina, es el enfoque de la marginalidad económica. La teoría de la marginalidad parte de reconocer los cambios en la dinámica de internacionalización del capital a escala mundial, la heterogeneidad estructural del capitalismo subordinado y el carácter histórico de los procesos que llevan a su reproducción, resultado de lo cual permite hacer observable la conformación de procesos de trabajo, explotación y estrategias de subsistencia heterogéneas al interior mismo del capitalismo avanzado.

Sin duda, no son éstas las únicas matrices teóricas a partir de las cuales es posible abordar el actual proceso de cambio social en la región, pero, frente a ellas, al menos debe quedar claro que no es útil ni adecuado que las investigaciones empíricas aborden sus respectivos problemas utilizando una u otra categoría de manera indiferenciada.

Importancia de volver sobre la tesis de la marginalidad económica

La perspectiva adoptada se ubica en el reconocimiento de la estrecha relación existente entre los procesos de acumulación capitalista, el funcionamiento de la estructura socio-ocupacional y los fenómenos de la pobreza y la desigualdad social en el contexto de países sometidos a modelos de desarrollo desigual, combinado y subordinado¹². Esta inclinación encuentra respaldo en la tradicio-

11 En este contexto, lo que tiende a ocurrir a escala global es el aumento de la precariedad laboral, tanto en el sector formal como en el sector informal. Pero, al decir del propio Nun, ello habla menos de la exclusión en un sentido estricto que de nuevas formas de explotación de la fuerza de trabajo y de la segmentación de los mercados de trabajo –en ambos casos, en parte como resultado de una marginalidad económica–. Al decir del autor: “una cosa es estar afuera y otra cosa es estar adentro aunque mal o muy mal” (Nun, 1999:997).

12 Para los lectores poco familiarizados con el pensamiento marxista y sus distintas corrientes, cabe aclarar que se denomina con este nombre a la ley

nal noción de marginalidad elaborada y aplicada en el marco del programa de investigación iniciado por José Nun, Miguel Murmis y Lito Marín (1968), entre otros colaboradores.

En su momento, estos estudios clásicos tuvieron como objetivo abordar –desde una perspectiva marxista y en el marco de los debates sobre la dependencia abiertos por Prebisch y la Comisión Económica para América Latina y el Caribe– los procesos de degradación social asociados a la heterogeneidad estructural que generaba el capitalismo latinoamericano, en los años en que se hacían evidentes las limitaciones del modelo industrial substitutivo. En lo fundamental, tal como se ha evaluado en los apartados anteriores, el enfoque ofrecía una conceptualización de la marginalidad muy diferente a aquellas otras que procuraban describir e identificar los rasgos “tradicionales” de individuos o grupos impedidos de participar de los procesos de modernización (DESAL, 1965, 1969; Germani, 1962, 1969, 1973; Lewis, O., 1980), para centrarse en el tipo de relaciones sociales de producción y reproducción social que tenían lugar en economías sometidas a un desarrollo desigual y dependiente.

En el marco de estos debates, Nun (1969) introduce la categoría de masa marginal para objetivar aquellas situaciones en donde el desarrollo monopólico del capitalismo, los procesos de internacionalización del capital y los cambios en la estructura ocupacional generados por la expansión y posterior crisis del modelo de producción fordista, dejan como resultado una superpoblación relativa no necesariamente funcional a la reproducción del régimen de acumulación capitalista y al sistema de dominación en una formación social concreta. A igual que el concepto de ejército industrial de reserva, la masa marginal designa las relaciones entre la población excedente y el sistema que la origina, y no a los agentes y soportes mismos de tales relaciones (Nun, 1999). Al respecto, señalaba José Nun:

descubierta por Trotsky para explicar las peculiaridades de los países atrasados que “combinan” segmentos “desigualmente desarrollados”, por ejemplo, una industria monopólica en algunas ramas con relaciones de un capitalismo en su fase competitiva o precapitalistas en otras actividades. Esta teoría fue sistematizada por Novack (1965) en un ensayo relativamente poco conocido, pero sobre todo tuvo gran impacto y difusión a través de autores marxistas como André Gunder Frank, Paul Barán, Samir Amin, entre otros, que generalizaron su utilización en los debates sobre el desarrollo y la dependencia en América Latina y África en los años ‘60 y ‘70.

“Llamaré ‘masa marginal’ a esa parte afuncional o disfuncional de la superpoblación relativa. Por lo tanto, este concepto —lo mismo que el de ejército industrial de reserva— se sitúa a nivel de las relaciones que se establecen entre la población sobrante y el sector productivo hegemónico. La categoría implica así una doble referencia, al sistema que, por un lado, genera este excedente y, por el otro, no precisa de él para seguir funcionando.” (Nun, 1969).

El criterio central de referencia que da cuenta de este funcionamiento, es el tipo dominante de organización productiva, o sea, el sector monopolístico. Sin embargo, que éste sea el proceso de acumulación dominante en la actual fase de desarrollo capitalista no quiere decir que sea el único. Junto con él coexiste un contingente amplio de pequeñas y medianas empresas que operan de manera mucho más parecida al estadio competitivo del capitalismo. De esta manera, se superponen y combinan dos procesos de acumulación cualitativamente diferentes, los cuales introducen una diferenciación creciente del mercado de trabajo y respecto de los cuales varía la funcionalidad del excedente de población. En el contexto de desarrollo capitalista heterogéneo, desigual y dependiente, los mecanismos de generación de esta superpoblación relativa se generalizan, y varía también la funcionalidad de sus efectos según el sector de que se trate. Por ejemplo, los desocupados (el componente más visible pero no el único de la masa marginal) pueden actuar a la vez como un ejército industrial de reserva en el mercado secundario (competitivo), y como una masa marginal en el primario (monopolístico), y además la mano de obra absolutamente redundante para este último sector puede estar ocupada en el secundario e incluso hallarse todavía fijada a formas precapitalistas (Nun, 1969).

Dada esta manera de representar la dinámica de acumulación en países periféricos, importa particularmente determinar de qué manera y bajo qué condiciones la estructura global determina, inhibe o potencia la no funcionalidad de la masa marginal. En lo fundamental, esta tesis discute con los enfoques desarrollistas y marxistas ortodoxos de la época (Lewis, A., 1960; Lange, 1966; Sweezy, 1958; Cardoso, 1970), señalando que según fuesen las condiciones del desarrollo capitalista, podía crecer una población excedente que, en el mejor de los casos, podía ser irrelevante para el sector hegemónico de la economía, pero que, en el peor, podía constituirse en un peligro para su estabilidad. Esto le planteaba

al orden establecido el problema político de la gestión de esos excedentes no funcionales para evitar que se volvieran disfuncionales. Frente a ese proceso, la estrategia más difundida puede llevar, paradójicamente, a aumentar la integración social a costa de una menor integración del sistema (Nun, 1999).

El significado teórico de la marginalidad económica remite a una “totalidad” estructurada / estructurante que hace posible –aunque no forzosamente “necesario”– el fenómeno social de “estar afuera” del sector de acumulación hegemónico. A este régimen de reproducción social se articulan estrategias individuales y colectivas de subsistencia o acumulación, las cuales pueden o no operar enfrentadas o en contradicción a los intereses dominantes, pero nunca al margen de las condiciones estructurales. Cuando esto ocurre, el Estado, en tanto expresión en última instancia y en medida variable de los intereses dominantes que operan en diferentes sectores, debe evitar antagonismos que afecten la estabilidad del sistema, disminuyendo la interdependencia de las partes. Al actuar de este modo, bajo pautas distorsionadas de desarrollo, el Estado mismo genera un aumento de la autonomía relativa de los subsistemas –tanto del campo social de la marginalidad como del campo social de la economía formal–, manteniendo el atraso y la desigualdad, pero obteniendo a cambio un cierto grado de integración (estabilidad del orden social). De esta manera, los fenómenos a los que hace referencia la marginalidad económica no constituirían un componente necesariamente funcional del sistema sino un modo de funcionamiento del mismo, el cual puede generar efectos no lineales y no sobredeterminados sobre la dinámica de integración social¹³.

A nuestro entender, este enfoque resulta de una particular capacidad explicativa para dar cuenta del comportamiento reproductivo de la fuerza de trabajo y de los sectores de la población desplazada o nunca convocado por el desarrollo capitalista. Pero más allá de que el modo de funcionamiento que predica la teoría de la marginalidad económica resulte evidente en el marco del desenvolvimiento que presentó el desarrollo industrial sustitutivo –al menos en América Latina–, no deja de llamar la atención su permanente y creciente

13 Sobre este modo de interpretar la lógica de reproducción y funcionamiento del sistema capitalista, ver Deleuze y Guattari (1985). Para una mirada crítica a la teoría, incluso de la masa marginal desde este enfoque, véase Belvedere (1997).

actualidad en el marco de los regímenes de acumulación surgidos del Consenso de Washington y de la mayor internacionalización experimentada por el capital. En la actualidad, nadie discute que la mayor gravedad de los problemas de empleo, pobreza y desigualdad social en América Latina, tienen como escenario los procesos de crisis fiscal y endeudamiento de los Estados nacionales, las derivaciones negativas generadas por los procesos de integración y apertura de las economías nacionales al mercado mundial y las consecuencias económicas y sociales impuestas por las políticas de ajuste y cambio estructural en la región¹⁴.

El caso argentino es un ejemplo por demás paradigmático de este proceso¹⁵, dando lugar a que el enfoque de la marginalidad económica parezca encontrar particular vigencia. En este sentido, sostenemos que, reconocer que la tesis de la marginalidad económica, no sin limitaciones ni críticas posibles, ha tenido y continúa teniendo una utilidad teórica y política clave en la medida que, en el marco de la teoría marxista y de posteriores revisiones, permite hacer inteligibles una serie de observables no siempre reconocibles. Específicamente, creemos que su contribución teórica y política sigue siendo importante dado que: a) pone en evidencia la relación estructural que existe entre los procesos de acumulación capitalista y los fenómenos de la pobreza y la desigualdad social; b) destaca la heterogeneidad y fragmentación creciente de la estructura socio-ocupacional, con las consecuencias que esto tiene en la formación de identidades sociales y culturales; y c) llama la atención sobre los modos en que incide sobre la integración del sistema la necesidad de “afuncionalizar” –garantizando y legitimando márgenes autónomos de subsistencia– a los excedentes de población para evitar que se vuelvan “disfuncionales”.

14 Entre otras características, cabe destacar que para algunos autores la actual dinámica del capitalismo global no sería factible sin una ampliación de las brechas de desigualdad en la distribución del ingreso, el acceso a la información y los recursos político-institucionales, entre otras manifestaciones de poder “imperial” (Hardt y Negri, 2002).

15 Para el caso argentino, una serie amplia de investigaciones estadísticas destacan un crecimiento constante –junto a un cambio cualitativo– de la composición de la masa marginal y de las actividades de subsistencia no vinculadas al proceso de acumulación dominante. Resulta relevante observar que este proceso se constata tanto en las fases de crecimiento como en los momentos de depresión o crisis de la economía. Ver al respecto Salvia *et al.*, 2000; Salvia, 2002, 2003; Salvia *et al.*, 2003; Graziano y Molina Derteano, 2005; Persia y Fraguaglia, 2006).

Sobre las llamadas economías sociales de la crisis

La relación entre los derroteros económicos ocurridos en la Argentina a fines del siglo XX y el deterioro del mercado laboral, las condiciones de vida y las oportunidades de movilidad social de amplios sectores de la población, constituye un hecho ampliamente analizado y corroborado por la literatura especializada¹⁶. Sin duda, este deterioro en distintas esferas de la vida económica, laboral y social constituye una importante fuente de tensión y conflicto en el campo de la integración social. Entre otros factores, debido a que buena parte de los sectores populares mantienen —aunque debilitado— un ideal de progreso. En este contexto se ha hecho visible que los sectores afectados por el desempleo estructural, la precarización laboral, la pobreza y la desafiliación institucional han estado obligados a generar estrategias alternativas de subsistencia colectiva, de autogestión familiar e, incluso, de organización y movilización popular (Forni y Roldán, 1996; Isla, Lacarriue y Selby, 1999; Murmis y Feldman, 2002; Feijoó, 2001; Salvia *et al.*, 2000; Mallimaci, 2005; Hintze, 2004; Massetti, 2004; Danani, 2004; Coraggio, 2004).

Son algunas de las expresiones sociales de este proceso las microempresas familiares, los emprendimientos vecinales, las empresas recuperadas por trabajadores, las ferias de trueque, las organizaciones sociales de desocupados, las cooperativas populares y otras iniciativas donde prevalece el fin social sobre el lucro individual. Pero si bien estas expresiones parecen ser, al menos para algunos especialistas, un tipo novedoso de acción colectiva, entre otras cosas porque han surgido de manera explosiva y con un alto grado radicalización política en sus demandas, no es posible perder de vista que muchas de estas prácticas no son nuevas en la historia de acciones cooperativas y solidarias encaradas por amplios sectores de trabajadores, desocupados y sectores populares en la Argentina, tanto en períodos de crisis o deterioro económico como de expansión del mercado interno¹⁷. Asimismo, no deja de ser relevante interrogarse sobre el particular efecto de sentido que

16 Cfr. *supra* nota 2.

17 Para una interesante y exhaustiva revisión histórica de la formación y funcionamiento de cofradías, asociaciones y organizaciones de la sociedad civil relacionadas con acciones sociales y solidarias en la Argentina, véase Di Stefano, R., Sábato, H., Romero, L., Moreno, J. L. (2002).

han tenido y tienen las estrategias de acción colectiva surgidas en el marco y como efecto del agravamiento que experimentó la crisis económica crónica, sobre todo a partir de la aplicación de políticas de ajuste y el fracaso político de las políticas de reforma estructural aplicadas en el país.

Algunos especialistas tienden a calificar tales prácticas de reproducción como una respuesta social de tipo defensivo, a la vez que “solidaria”, frente al aumento experimentado por el desempleo y la pobreza, o, incluso, como una expresión activa del “capital social de los pobres”. Con base en este diagnóstico, han surgido no pocos programas de gobierno de tipo asistencial o de promoción del desarrollo orientado a apoyar estas iniciativas. Por otra parte, en otros ámbitos, sobre todo de tipo académico o político, se tiende a designar a estos emergentes bajo el título de “organizaciones populares”, “organizaciones de la sociedad civil” o “economías populares”, asignándoles un papel destacado en la construcción de una nueva matriz de organización política, o, incluso, como un “modelo alternativo” de desarrollo económico y social, capaz de dar respuesta más integral a las necesidades humanas, algo que –según se argumenta– la economía de mercado no puede ni nunca podrá resolver. Desde ambas perspectivas, ha surgido una amplia literatura y numerosos proyectos de intervención que reconocen en esta masa de desocupados y sectores pobres movilizados por la crisis económica y político-institucional a un nuevo “sujeto histórico”¹⁸.

Por otra parte, cabe también observar que, en general, ambas perspectivas emplean de manera coincidente el término genérico de “economía social” para referirse a estos emergentes. Ahora bien, ¿en qué medida se trata de diferentes lecturas ideológicas de una misma realidad? O, por el contrario, ¿son dos realidades

18 Al respecto, es posible encontrar importantes desarrollos académicos que otorgan a estos emergentes socioeconómicos un papel estratégico en la transformación de la economía capitalista bajo el término de “economía popular” (Razeto, 1990; Coraggio, 1994, 1998, 2004); en algunos casos, asignándole un papel importante en la generación de nuevas formas de “socialización política” (Schuster y Pereyra, 2001; Bialakowsky y Hermo, 2003), o, también, como embriones de una nueva matriz de organización y de poder popular (Svampa, 2003, 2004; Battistini, 2002; Rebón, 2004). Desde posturas diferentes –y a veces enfrentadas–, el mismo término es empleado para resaltar el efecto de “empoderamiento” que tales iniciativas tienen para los pobres (Banco Mundial, 2001), o su función como “capital social” capaz de ampliar las oportunidades de desarrollo económico y humano (Putnam, 2001; Fukuyama, 1999; Coleman, 2001).

sociales distintas nombradas de una manera similar? En procura de dilucidar este punto, es decir, de establecer quiénes son y qué papel desempeñan estas nuevas prácticas de subsistencia y de organización social, trataremos aquí, en primer lugar, de hacer una evaluación del sentido con el cual se emplea generalmente el dicho término, así como el tipo de prácticas sociales a las que se considera estar haciendo referencia a través del mismo.

En referencia a estas cuestiones, Danani (2004) señala que la idea de economía social o solidaria nació y se desarrolló, ya en sus orígenes, desgarrada, sea como una propuesta defensiva o emancipadora en un campo ambiguo e inespecífico. Por un lado, como expresión de una visión filantrópica dirigida a los pobres y realizada por ellos, con vistas a disminuir los costes sociales de su reproducción y mejorar su calidad de vida; y, por otro, como un proyecto emancipador a favor de los intereses de la clase trabajadora y su autonomía económica y política. Según la autora, en el actual contexto internacional, estas diferencias de sentido se habrían exacerbado frente al aumento de las condiciones críticas en que contingentes cada vez más amplios de la población mundial reproducen su vida (Danani, 2004). Sin embargo, por otra parte, no queda claro que las prácticas sociales a las que ambos idearios hacen referencia en sus enunciados no sean las mismas. La economía social—más allá de los términos que se empleen para nombrarla o calificarla—estaría formada por todas aquellas actividades económicas que socializan la reproducción y que permiten la satisfacción de necesidades por fuera de las relaciones de producción basadas en la venta de la fuerza de trabajo y el interés por la ganancia. Entre la estrategias concretas vinculadas a este tipo de emprendimiento pueden citarse las cooperativas o asociaciones de consumo y de producción, las organizaciones de trabajo voluntario, las redes mutuales y comunitarias, los emprendimientos comunitarios o domésticos (Coraggio, 2004), así como también, incluso (aunque no sin controversias), la propia reproducción doméstica y determinadas actividades solidarias relacionadas con políticas asistenciales a cargo del Estado (Topalov, 1979; Esping-Andersen, 1990).

En este marco, la economía social comprendería prácticas muy disímiles, pero efectivas en dos direcciones, no necesariamente excluyentes, más allá de las expectativas políticas involucradas. Por una parte, en dirección a generar un abaratamiento de los costos sociales y familiares de reproducción de la fuerza de trabajo (sobre

todo en condición de desempleo o subempleo); y, por otra parte, en función de permitirles a los trabajadores escapar parcial o completamente del mercado de trabajo y de las relaciones salariales. Dicho en otros términos, la noción parece remitir, en ambos casos, a todas aquellas actividades colectivas desmercantilizadas en un sentido amplio. Es decir, capaces de substraer satisfactores de los intercambios mercantiles y de disminuir la dependencia de los trabajadores a una relación salarial de mercado. A esta referencia, la posición emancipadora agrega el sentido de que tales estrategias colectivas habrán de constituir una contradicción para el capitalismo ya que violentan la correspondencia entre ingresos derivados de una venta¹⁹. Al mismo tiempo que, para la perspectiva solidaria o filantrópica, se espera con ello producir efectos de bienestar y fortalecer la integración social de los pobres.

De esta manera, la diferencia entre ambos enfoques no parece estar dada por el tipo, modo y valor objetivo de la actividad económica implicada, sino por los distintos efectos de sentido que dichas prácticas podrían tener sobre la integración social o la integración sistémica en un régimen basado en relaciones capitalistas de producción e intercambio. Es decir, en cuanto a las predicciones que cabe esperar o es posible hacer desde una u otra posición teórico-ideológica. Hasta aquí, por lo tanto, la diferencia no estaría en el referente empírico sino desde dónde y para qué se objetiva y predica sobre dicho referente. Para poder evaluar esta disociación e ilustrar el contexto de sentido en donde el término de economía solidaria o economía popular es representado, se analizan a continuación una serie de argumentos expuestos por dos autores reconocidos en este campo, uno desde la perspectiva solidaria y otro desde la perspectiva emancipadora. Nuestro interés sigue siendo dar respuesta a la pregunta de ¿cuál es la particular característica histórica que revisten estas estrategias desmercantilizadas de subsistencia de base organizacional? Y, en este marco, interrogarnos sobre ¿qué papel desempeñan estas formas de reproducción social para orientar o definir un determinado proceso de integración o cambio social?

19 Al respecto, Topalov (1979:47) –citado por Danani (2004:18)– afirma: “todas las formas de distribución del producto social a los trabajadores que no pasen por el salario causan un problema al capital”. En este punto, Danani señala una controversia en cuanto que la reproducción en la esfera doméstica pueda ser incluida en el producto social, tal como el autor la considera.

En principio, Razeto (1990) –desde la perspectiva solidaria– y Coraggio (1994) –desde la perspectiva emancipadora– comparten la preocupación por situar la noción de economía social en términos de su entrecruzamiento con los distintos actores populares, siguiendo el interés estratégico de construir una “economía solidaria”. En el caso de Razeto, éste desarrolla un modelo de análisis económico que intenta dar cuenta de un componente “real” en la economía que es un “componente solidario”, a la manera de un capital social que puede operar a favor de los pobres. Dicho factor es el que determina el modo de ser propio de la economía de la solidaridad en el marco de formas de intercambio no equivalente, característico de las acciones de donación. A su vez, en el proceso de distribución, lo característico de la economía de la solidaridad consiste en que los recursos productivos y los bienes y servicios producidos fluyen, se asignan y distribuyen no solamente a través de relaciones de intercambio monetario, sino también mediante otros tipos de flujos y relaciones económicas, los cuales se caracterizan por suponer y perfeccionar la reciprocidad y la “integración social” (Razeto, 1990).

Por su parte, el planteamiento de Coraggio avanza en términos de construcción de un enfoque teórico más sistémico acerca de las distintas formas que asume la satisfacción de necesidades desarrollando el concepto de “trabajo de reproducción”, el cual incluye, además del trabajo mercantil independiente y el trabajo asalariado, el trabajo doméstico de autoconsumo, el trabajo doméstico de consumo solidario, el trabajo de aprendizaje y el trabajo doméstico mercantil (Coraggio, 1994). La economía popular, en esos términos, sería un subsistema que, con base en el trabajo doméstico, vincula y potencia las unidades domésticas populares y sus organizaciones sociales. Un subsistema que, sin embargo, no sólo satisface necesidades sino que también crea nuevos modos de ser social y de reproducir la vida social, por fuera de la economía capitalista. El sentido de esta economía está dado por la reproducción ampliada de los sectores populares (Coraggio, 1994). Este ideario se justifica, según el autor, en el hecho de que las actuales tendencias del capitalismo mundial muestran la incapacidad terminante de éste para reintegrar productivamente a quienes han quedado al margen de una distribución aceptable de la riqueza generada y de los beneficios de esa producción; y que ello hace a la justificación de la necesidad de construir concientemente otra estructura económica

y otro modo de reproducción social, sobre todo en los sistemas económicos periféricos al mercado capitalista mundial²⁰.

En ambas lecturas, se observa un desplazamiento desde un enfoque exclusivamente económico a un tipo de abordaje que privilegia tanto el contexto social y político en el cual se desarrollan las actividades de la economía social, como un particular interés en la perspectiva subjetiva de los actores respecto del papel que juegan dichas actividades en sus representaciones acerca de la realidad. Ambos procuran otorgarles a las llamadas actividades de subsistencia de base organizacional un enfoque más interpretativo que enlace las actividades económicas de subsistencia con otros componentes culturales, sociales y políticos, los cuales, puestos en movimiento, servirían para constituir una economía paralela a la economía de mercado capitalista. A pesar de esta similitud, de los argumentos esbozados surge también una diferencia de sentido importante: mientras que Razeto está claramente preocupado en cómo las prácticas de la economía social favorecen la integración social, lo que moviliza a Coraggio es la perspectiva de que tales prácticas sean un medio y un modo de transformación del sistema económico y social.

Esta ambigüedad de sentido y a la vez disociación que ofrece el término y los posibles usos indiferenciados que se hace del mismo, no es casual. Al igual que las consideraciones teórico-metodológicas efectuadas sobre el concepto de exclusión social, cabe destacar aquí que el significado teórico de la “economía social” no parece estar suficiente ni claramente precisado en ninguno de los dos enfoques arriba considerados. Si bien el significado del término denota en general a las estrategias colectivas de reproducción económica desmercantilizadas, no queda explicitado en ninguno de los dos enfoques un marco conceptual de enunciados antecedentes y derivados capaces de otorgarle un sentido teórico específico. Incluso, las controversias existentes en cuanto al alcance o extensión del significado (p.e. si incluye o no las prácticas de reproducción domés-

20 Es importante destacar que el autor hace su planteo en términos estratégicos, tratando de pensar el papel de los distintos actores sociales en la promoción de una economía popular o social en construcción: “En ese sentido, cuando en adelante hablemos de economía popular estamos refiriéndonos a una posible (aún no constituida) configuración de recursos, agentes y relaciones que, manteniendo algunas características cualitativas centrales del sustrato agregado de unidades domésticas, institucionaliza reglas internas de regulación del trabajo y la distribución de sus resultados, articulándose y presentándose como subsistema en el conjunto de la economía” (Coraggio, 1994: 71).

tica o las actividades económicas no mercantiles financiadas por el Estado), darían también cuenta de esta debilidad. En cualquier caso, el término parece ser más útil como una categoría descriptiva que analítica o explicativa.

Por lo mismo, la economía social —así como sus posibles usos político-ideológicos— encuentra un sentido más claro y preciso si se la considera como una derivación de la fenomenología a la que hace referencia la teoría de la marginalidad económica a través del concepto de “masa marginal”. La existencia de una población excedente “no funcional” en un régimen de producción capitalista genera un patrón amplio de relaciones de producción y modos de subsistencia que implican necesariamente la creación o apropiación de espacios económicos, sociales y políticos dejados vacantes por dicho régimen. Tal como la teoría de la marginalidad económica predica, estas expresiones pueden tener, en momentos determinados, un efecto “disfuncional” sobre el régimen social de acumulación y el sistema político-institucional. En estos casos, debido al riesgo de pérdida de “integración social”, el conjunto del sistema político-institucional debe procurar que la movilización económica, social y eventualmente política de tales sectores, tenga al menos un efecto “afuncional”. Entre sus posibilidades más concurrentes, esta necesaria gestión política sobre la población excedente requiere abrir espacios de legitimación a procesos de reproducción económica, condiciones de trabajo, formas de participación social y política, modos de vida, etc., no típicamente “capitalistas”, ni “modernos”, ni “legales”.

Esta necesaria reacción hacia la defensa de la integración social se logra, sin embargo, a costa de un desmedro o debilitamiento de los niveles de integración y de las capacidades de desarrollo del sistema en su conjunto (Nun, 1969, 2000). Este patrón reproductivo y sus efectos económicos, políticos y sociales —de larga data al menos en América Latina— parecen presentar una particular expansión y virulencia —tanto en la región, como a nivel global— en el marco del impacto causado por los agresivos efectos vinculados a la globalización y el deterioro que han experimentado el mercado laboral y las instituciones fordistas de bienestar a partir de las políticas reformistas de corte neoliberal (Nun, 2000). Ahora bien, ¿qué particularidades se hacen visibles al examinar desde este marco conceptual las economías sociales desarrolladas en nuestro país en un contexto de agravamiento sistemático e inédito de las

condiciones de crisis y desempleo? Los resultados de investigación muestran que, si bien estas estrategias colectivas de supervivencia de la marginalidad se han generalizado en los últimos años, habiendo generado un alto grado de exposición y proyectado formas novedosas de identidad social, la precariedad laboral y la pobreza de sus protagonistas, incluso la marginalidad económica de sus actividades, continúan dominando el escenario de su participación en el proceso de reproducción social.

En contrario a lo que se afirma en diferentes ámbitos académicos y políticos sobre el carácter “emancipatorio” de tales iniciativas, cabe llamar la atención en el hecho de que estas estrategias de autogestión social se plantean en espacios cada vez más locales, sin otro horizonte de integración que no sea el propio sector marginal y los encadenamientos político-clientelares tradicionales –incluso, cada vez más comprometidos con el régimen estatal de control corporativo–. En este sentido, las investigaciones también muestran que los actores protagonistas de tales estrategias colectivas o, incluso, los movimientos sociales más radicales emergentes a partir de dichas prácticas, no han logrado todavía conformar un proyecto político alternativo (Palomino, 2004; Lenguita, 2002). Si bien su identidad parece fundarse en una crítica social y en una afirmación de su autonomía política frente al Estado, la realidad muestra de manera incremental una infinidad de movimientos segmentados socio-políticamente, más o menos cooptados por los poderes oficiales o grupos de oposición, a la vez que enfrentados entre sí por su desigual acceso a programas y beneficios sociales.

En este marco, las demandas sociales se multiplican logrando instalar algunos temas en la agenda, pero el eje de sentido dominante de tales acciones sigue siendo la descarnada lucha por la subsistencia. Incluso, para los propios protagonistas, la llamada economía social constituye en sus expectativas una primera estación y no la última de una estrategia que procura insertarse en un empleo asalariado estable y protegido por el Estado, para poder así lograr una largamente esperada movilidad social; por mucho que esta estrategia no encuentre asidero objetivo en las condiciones bajo las cuales funcionan actualmente los mercados formales de trabajo. Por otra parte, tales prácticas tampoco garantizan una reparación de los lazos de integración y de los soportes perdidos por el desmantelamiento de los vínculos asociativos y corporativos del trabajo asalariado. Al mismo tiempo que la afirmación de su

reclusión y fragmentación sobre el espacio territorial y económico no hacen más que profundizar la crisis de dicho orden, sin capacidad efectiva de poder modificar las condiciones generales de dominación ni hacer un aporte real a un programa de democratización política ni de desarrollo económico y social sustentable.

En definitiva, en una estructura social caracterizada por el aumento generalizado de la pobreza, la segmentación del sistema de movilidad social y la crisis de legitimidad de los mecanismos tradicionales de dominación político-corporativa, no parece predominar en los escenarios montados por las economías sociales una lucha por un cambio emancipador sino la puesta en marcha de múltiples modos defensivos de subsistencia. Por una parte, las estrategias colectivas de supervivencia puestas en juego llevan implícita generalmente una mayor explotación de la fuerza de trabajo familiar o comunitaria. Por otra parte, estos modos no siempre resultan en fórmulas cooperativas de tipo solidario, sino que también generan campos competitivos y de fuertes conflictos alrededor de la lucha por los recursos escasos de subsistencia. Por último, se acercan cada vez más —y de manera cada vez más subordinada— al poder de control por parte del Estado de beneficios asistenciales y económicos.

Por lo demás, dada esta dinámica, no debe sorprender que este cuadro de situación no haya cambiado sustantivamente en la actualidad, cuando la reactivación productiva y la demanda de empleo parecen alcanzar tasas por demás positivas y la recuperación económica resulta incontestable. Todo ello de manera independiente de un mayor o menor nivel de las protestas, los reclamos y la capacidad de movilización social de los actores involucrados. En ese sentido parece necesario reconocer que entre los efectos sistémicos de estas prácticas colectivas surge una creciente aceptación, legitimación e institucionalización del derecho a contar con un trabajo precario y no registrado, de mantenerse en la pobreza y a ser pobre de otros derechos, a vivir en la marginalidad económica y política, a competir por beneficios o compensaciones especiales, a obtener tales beneficios en tanto se sigan las reglas de la negociación legal y el confinamiento inofensivo. Hasta el momento, lo más destacable que la evidencia empírica ha podido mostrar es que estas iniciativas constituyen, para centenares de miles de familias, una necesaria —aunque en general insuficiente— estrategia de supervivencia.

¿Qué tipo de cambio social promueve la marginalidad económica?

Diferentes resultados de investigación estarían mostrando que lo característico de la nueva matriz social que surge de las cambiantes condiciones históricas no sólo estaría dado por la fluidez de los desplazamientos descendentes en términos ocupacionales y sociales, sino también por la persistencia de la marginalidad y la pobreza para vastos sectores sociales, de manera independiente de los ciclos económicos. Junto a la caída que experimentaron las clases medias urbanas durante los últimos treinta años (formada por trabajadores asalariados calificados y cuenta propia tradicionales) (Minujin y Kessler, 1995; Beccaria, 2001; Salvia y Chávez Molina, 2003; Persia y Fraguaglia, 2006), se hace evidente también la existencia de sectores que se reproducen en la marginalidad bajo lógicas de “auto exclusión” socioeconómica con alto riesgo de disfuncionalidad para el régimen económico y el sistema político-institucional (Forni y Roldán, 1996; Isla, Lacarrieu, Selby, 1999; Salvia *et al.*, 2000; Feijó, 2001; Feldman y Murmis, 2002; Graziano y Molina Derteano, 2005; Svampa, 2003, 2005; Bogani, 2004; 2005; Mallimaci y Salvia, 2005).

De acuerdo con la evidencia recogida, los sectores que dominan el nuevo escenario de la marginalidad socio-económica han acumulado dos o más generaciones impedidas de acceder a oportunidades de inserción laboral estable o formal y de efectivas posibilidades de movilidad social en ese marco. Para estos sectores estar abajo constituye un estado inercial. Por lo tanto, el mayor problema para ellos no es haber caído, sino no poder salir de los encadenamientos socio-económicos y político-institucionales que generan las condiciones inerciales de marginalidad y que se actualizan bajo las renovadas formas de subsistencia que instalan los propios sectores populares a través de sus estrategias de reproducción social. Pero si bien estas características parecen ser, al menos en nuestro país, el rasgo típico que asumen las nuevas/viejas expresiones sociales de la marginalidad, esto no implica sostener que su papel en el cambio social sea inocuo. El heterogéneo entramado de estrategias, de representaciones y de prácticas defensivas que convocan las economías de la marginalidad –sean éstas comunitarias, familiares o individuales– constituyen un importante factor de transformación del sistema social. ¿Pero cuál es el sentido de este cambio? ¿Qué tipos de innovación generan o hacen posible a nivel sistémico estos

métodos defensivos de reproducción social en el actual contexto del capitalismo argentino?

Hasta donde las ciencias sociales enseñan, el cambio social —más allá del deseo de los actores— no tiene un signo predeterminado, ni mucho menos puede ser definido a partir de las intenciones de sus protagonistas interesados. Las formas sociales nunca son la expresión de la voluntad de los actores —ni siquiera la del actor triunfante—, sino la construcción histórica de un proceso que podemos suponer se encuentra, por un lado, organizado de algún modo reconocible (obligado a funcionar bajo composiciones y reglas de integración social aceptadas) y, al mismo tiempo, abierto a la innovación en función de resolver el conflicto (obligado a funcionar bajo condiciones de incertidumbre e improvisación en donde el estado futuro del sistema no está predeterminado)²¹. Por otra parte, el proceso de acumulación no es autónomo ni posee una lógica propia, sino que necesita de un amplio conjunto de instituciones sociales que lo tornen viable y le aseguren cierta estabilidad y predictibilidad. Esto mediante la regulación de la propia competencia de los capitales en el mercado y de los conflictos entre el capital y el trabajo y entre distintas fracciones del capital. Esta regulación es indisociable de una historia concreta, y las soluciones cambian según la época y el lugar. Es por esto que el régimen social de acumulación debe ser concebido como una matriz de configuración cambiante, como el resultado contingente de una dialéctica de estructuras y de estrategias.

En este marco resulta relevante examinar qué impacto o consecuencias específicas generan las estrategias defensivas de los sectores marginados sobre la dinámica de acumulación dominante y el sistema político-institucional. En esta ocasión, nos interesa

21 Los procesos de cambio social parecerían surgir a partir de vectores globales formados por condiciones iniciales frágiles, sometidas a permanentes desequilibrios y alternativas de acción. De este modo, las soluciones pueden estar “amalgamadas” y desarrollarse una pluralidad de patrones sociales (estructuras, formas de organización y modos culturales), pero siempre dentro de un orden dinámico estructurante. En tales condiciones, en vez de un *actor privilegiado* cabe esperar la existencia de una variedad caleidoscópica de agentes de cambio (aunque no todos con igual poder). De igual modo, en vez de un *resultado homogenizador* cabe encontrar una explosión de trayectorias a partir de una distribución compleja de alternativas biográficas, sociales e históricas. Para un más amplio desarrollo de este planteo en el contexto de la crisis de la Argentina, ver Salvia (2005b). Para un desarrollo epistemológico e interdisciplinario del enfoque teórico que lo sostiene, ver Piaget, Mackenzie y otros (1982) y Piaget (1986). Para una discusión metodológica sobre el problema, véase tanto a Goldman (1979) como a Boudon (1984), entre otros.

destacar, sin la intención de ser exhaustivos, su particular impacto sobre los procesos de trabajo, la fragmentación social y la emergencia de nuevas formas de segregación socioeconómica. Siguiendo esta perspectiva, cabe destacar algunas de las tendencias que según muestran las investigaciones, parecen funcionar en tal sentido en el escenario de la reproducción socio-económica de los segmentos que funcionan actualmente como masa marginal:

- a) mayor alejamiento de la estructura social del trabajo formal (dominado por los mercados primarios) y las redes asociativas de libre afiliación (afiliación a sindicatos, partidos políticos, asociaciones de bien público tradicionales, etc.);
- b) creciente auto-aislamiento frente a sectores medios y el resto de la estructura social dominante (mercados, circuitos y valores cada vez más globalizados) como un mecanismo de tipo estratégico-defensivo por parte de los sectores marginados;
- c) reforzamiento de los lazos familiares y comunitarios de reciprocidad como reacción y efecto de los procesos de confinamiento social, segregación residencial y de deterioro de los servicios públicos de educación, salud y seguridad que reciben los pobres;
- y
- d) aumento de la subordinación clientelar alrededor de los programas públicos y privados de tipo asistencial y/o filantrópico a cargo de organismos de gobierno, grupos políticos y asociaciones sociales o religiosas sin fines de lucro.

Sin duda, desde una perspectiva de desarrollo capitalista avanzado, estas tendencias amenazan y preanuncian un riesgo para la matriz dominante, tensándola en dirección a una redefinición del contrato social y del sistema político. Sin embargo, en los hechos, tal redefinición parece resultar en una dirección opuesta a promover el desarrollo, el progreso y la equidad a nivel sistémico. Es en este proceso que el entramado atomizado de formas de subsistencia que hemos denominado “economías de la marginalidad” se constituye en un factor de cambio social. Pero la potencial “disfuncionalidad” de esta población excedente —expresada en la radicalidad de los reclamos, sobre todo en los momentos de crisis— va quedando disipada en la medida que la respuesta de los poderes públicos se centra en el reconocimiento al derecho de subsistencia bajo reglas de cooptación, reclusión y confinamiento. Es decir, paradójicamente, es a través del reconocimiento oficial de su “derecho a existir” y a negociar corporativamente sus reclamos reivindicatorios, que el

sistema político-institucional va logrando hacer “afuncional” el comportamiento inicialmente radicalizado de la masa marginal. Al respecto, sostenemos, como hipótesis de trabajo a seguir examinando, que lo más destacable del actual proceso de cambio social no es el alto grado de reacción, identidad o autoorganización social que la crisis económica y laboral generan entre los trabajadores desocupados y la población desplazada, sino los efectos de “quiebre inofensivo” que el conjunto de acciones emprendidas desde el poder político y las instituciones sociales reguladoras tienden a producir al interior de la organización y los intereses de los sectores populares. Sin duda, esta capacidad de control social y de recuperación de la legitimidad del sistema político constituye un logro del régimen de acumulación capitalista vigente y de sus clases dirigentes²².

Dicho de otra manera, lo importante de la emergencia radicalizada y desesperada de sectores marginados no parece ser el contenido de los discursos y de las identidades que portan o crean detentar, sino el efecto que se construye desde “afuera” sobre las propias prácticas de los sectores marginados. Son varios los rasgos de sentido que corresponde vincular a este proceso.

- 1) En primer lugar, llama la atención la creciente naturalización con que se aborda el deterioro de las relaciones sociales y laborales que tiene lugar bajo las formas que adopta la marginalidad socioeconómica. Todo lo cual tiende a un efecto político conservador: alejar del campo político ciudadano la lucha por una mayor justicia y equidad distributiva, para trasladar el conflicto al espacio privado o comunitario de la subsistencia. De acuerdo con esta observación, la clave política interpretativa más importante del actual período de recuperación económica no sería la caída de la pobreza, sino la forma en que las condiciones sociales estructurales siguen dando origen a demandas y conflictos diseminados, los cuales al menos parecen inocuos frente a una mayor concentración del ingreso y del poder político en pocos sectores.

22 Para ello, el sistema ha puesto en funcionamiento estrategias variadas orientadas a la manipulación condicionada de programas sociales, inversiones en infraestructura, etc. Pero esto parece lograrse también a partir de ponerse en escena respuestas desde “abajo” que reproducen de manera ampliada una matriz atomizada de estrategias particulares de subsistencia y de competencia laboral al interior de los sectores populares (desempleo, subempleo, ampliación del trabajo precario e infantil, empleo ilegal, changas, etc.).

- 2) En segundo lugar, la valoración de las prácticas colectivas de subsistencia tiende a generar un debilitamiento –cuando no una degradación– de los derechos universales de ciudadanía. En este sentido, cabe señalar –recogiendo algunas argumentos hechos por Hinze (2004)– que el énfasis en valorizar la utilización de recursos sociales de la pobreza (lo cual no deja de ser un recurso tradicional de las estrategias de subsistencia de los sectores populares) tiende a eludir el problema central de los pobres y de la marginalidad. En cuanto a los primeros, debido a que el núcleo duro de la superación de la pobreza pasa centralmente por la distribución de la riqueza y el acceso real a un nivel de vida de bienestar. En cuanto a los segundos, debido a que la efectiva superación de la heterogeneidad estructural, la marginalidad económica y sus efectos de precariedad del empleo, requiere de un régimen económico y social de acumulación más dinámico, integrado y regulado por los poderes públicos, capaz de constituirse en un medio de inclusión y de superación de los procesos de segmentación de las relaciones sociales de producción.
- 3) En tercer lugar, cabe observar que del mismo modo en que las corporaciones políticas, sociales y gremiales tradicionales reivindican –cada vez con mayor éxito– la cuota de poder y de privilegios pactados, los nuevos sectores de la marginalidad económica demandan su particular cuota política y económica de resarcimiento histórico, reconocimiento institucional y de derechos de excepción. De esta manera, la marginalidad generalizada –a la vez que políticamente movilizadora y legitimada– implica una redefinición de los lazos sociales; pero no en clave de “autonomía” e “integración” y “equidad”, sino de “negociación” –frente al Estado– y de “fragmentación” –entre actores e intereses marginados–. De ninguna manera una anomia individual, ni tampoco ausencia o vacío de vínculos sociales. Dicho en otros términos, bajo las economías de la marginalidad no florece una “mayor autonomía” sino una mayor dependencia del Estado, de las agencias promotoras y de las organizaciones promotoras de una estrategia de poder político. Muy lejos de dicha pretendida autonomía frente al mercado capitalista, se reproducen diferentes maneras de convalidar la marginalidad social y las condiciones político-ideológicas que la hacen “aceptable”. Se reitera en este sentido, que surge de estas prácticas una mayor fragmentación de los espacios sociales y de los actores políticos locales involucrados.

4) Por último, se observa que en este campo de disputa las nuevas formas contestatarias que surgen de la marginalidad adquieren –más allá de sus estrategias e intenciones– una influencia importante sobre el cambio social. Pero lejos de ser tales acciones un protagonista directo del cambio social a través de sus efectos de construcción de identidad o de afirmación de autonomía, parecen serlo en términos del variable efecto de sentido que generan tales prácticas en la opinión pública y los sectores de poder. Al respecto, cabe preguntarse ¿qué dice sin decir la existencia misma de las “economías de la marginalidad socio-económica”? Al menos cabe significar tres mensajes: 1) muestran el fracaso y la impotencia del capitalismo argentino para resolver los déficit de inclusión social universal; 2) desafían los límites económicos e institucionales que presenta el Estado para atender los reclamos sociales masivos, el vacío político-institucional para regularlos y la debilidad de la sociedad civil para neutralizarlos; y 3) ponen en escena el potencial disponible por parte de la sociedad marginada para atender su propia reproducción al margen o en contra de la sociedad estructurada, pero sin que finalmente se logre un cambio en el modo general de reproducción y redistribución del excedente económico.

De esta manera, aunque no podamos todavía predecir la capacidad del actual régimen social de acumulación y del sistema político para dar respuesta a las limitaciones sistémicas para promover un desarrollo económico y social sustentable, sí es posible señalar una profundización y ampliación de las respuestas que reproducen de manera recursiva y ampliada una matriz atomizada y subordinada al interior de los sectores populares. De este modo casi perverso, tiene lugar el cambio social en la Argentina, sin un nuevo “sujeto histórico” ni grandes virtudes destacables. Tanto por ahora, como durante la crisis, nada objetiva ni cualitativamente distinto parece emerger de las prácticas individuales, familiares y colectivas de subsistencia que surgen de la población excedente de nuestro capitalismo.

Comentarios finales

El objetivo principal de este primer capítulo introductorio ha sido exponer de una manera general algunas de las claves teóri-

cas, metodológicas y empíricas que habrán de hacerse presentes con el desarrollo de nuestra investigación, y cuyos principales efectos de sentido se ponen a discusión en cada uno de los artículos que componen este libro. El capítulo aborda la fenomenología de la marginalidad desde un interrogante poco explorado por las ciencias sociales: ¿cómo es posible una reproducción no funcional pero a la vez inofensiva de los sectores que ha dejado afuera la dinámica del sistema económico-político argentino durante las últimas décadas?

Frente a este tipo de interrogante, es común encontrarse en la literatura de las ciencias sociales con enunciados que hacen referencia, muchas veces de manera indiferenciada, a sectores o grupos que el capitalismo deja afuera a través de términos como marginalidad, informalidad o exclusión social. Al respecto, tal como hemos visto, se trata de conceptos que no pueden ser asimilados a una misma matriz teórica de significados ni de referentes empíricos. Sin embargo, su utilización no es casual ni ha estado carente de intencionalidad. Más allá de sus ambigüedades, en un sentido no siempre explícito, estos términos representan una tradición en las ciencias sociales de América Latina a la hora de analizar el “capitalismo realmente existente” en nuestros países y su profunda dificultad para que “todos entren”²³. Ahora bien, tal como hemos señalado, cualquier elaboración de conocimiento resulta imprecisa si no se tienen claros los conceptos utilizados, y, en tal sentido, la literatura latinoamericana todavía está en deuda consigo misma.

Las expresiones sociales y culturales del subdesarrollo latinoamericano fueron elevadas al rango de problema en la década de los ‘60, década signada por los intentos de extender las promesas del programa económico y político del Estado de bienestar a los países en desarrollo. El carácter y la magnitud de aquellos esfuerzos modernizadores tuvieron alcances muy diferentes en el caso de los países que habían logrado un mayor avance en el proceso

23 Al respecto, decía Mallimaci en *Los Nuevos Rostros de la Marginalidad* (2005:16): “Es larga la lista de autores de América Latina que han rechazado las clásicas teorías de la “modernización”, negándose a caracterizar a los sectores populares como resabios “tradicionales” de un pasado lejano o cercano a ser superado (...). Numerosos y valiosos trabajos siguen dando cuenta de la peculiaridad del capitalismo periférico, de la modernidad inconclusa que se vive en nuestros países, de las heterogéneas relaciones sociales que atraviesan a las estructuras productivas y sociales de América Latina.”

de industrialización, disponibilidad de recursos humanos para el trabajo asalariado, concentración urbana y división del trabajo, de aquellos otros en donde el poder de la economía basada en enclaves mineros o agro-exportadores había mantenido por más tiempo un sistema social con escaso desarrollo del mercado interno y de sectores de un capitalismo local. En este marco, este trabajo ha buscado retomar el debate teórico y político con referencia a la segmentación de la estructura económico-ocupacional, en función de actualizar su alcance y utilidad para abordar y comprender los problemas vinculados al desempleo masivo y persistente, la fragmentación social de la fuerza de trabajo y el efecto funcional de los desplazamientos ocupacionales en el contexto de un capitalismo periférico en una fase avanzada de globalización.

En este sentido, cabe recordar que hace varias décadas que las investigaciones pioneras de Prebisch/CEPAL y PREALC –Programa Regional Económico para América Latina y el Caribe– permitieron identificar, estudiar y evaluar el desenvolvimiento económico y de los mercados de trabajo nacionales bajo condiciones de subordinación al capitalismo mundial y de segmentación de la estructura socio-ocupacional por factores variables. En paralelo, un enfoque marxista no ortodoxo introdujo a esta discusión la ley general de acumulación capitalista y la teoría del desarrollo desigual y combinado al que era de esperar estuviesen afectados los países sometidos a un capitalismo periférico. Desde ambas perspectivas, más allá de importantes matices interpretativos, el subdesarrollo capitalista y la heterogeneidad manifiesta de los mercados de trabajo, constituían la expresión histórica de un sistema socioeconómico heterogéneo que funcionaba al interior de cada formación social a diferentes “velocidades” y con diferentes actores e intereses. La causa principal de que amplios sectores de la población quedaran fuera de la modernidad o del desarrollo capitalista avanzado, estaba fundamentalmente asociada a factores tanto internacionales (dependencia) como internos (coexistencia de diferentes subsistemas de intereses económicos), poco representativos de los intereses de los sectores populares emergentes. En ese momento, ambas perspectivas tomaron rápidamente distancia de aquellos enfoques “desarrollistas” que suponían un crecimiento industrial y moderno garantizado en la medida que se fueran pasando etapas de transición, las cuales demandaban la penetración y generalización de instituciones y valores modernos en el

funcionamiento general de los países en situación de transición. En un determinado momento, el debate entre estas posturas se centró sobre la población que debía ser objeto y participar del proceso de cambio social, sea a través de un proceso de modernización o, por el contrario, a través de acciones tendientes a una transformación revolucionaria. Tal como señalamos en los apartados iniciales, las condiciones que debían ser superadas fueron reunidas a través de la noción de “marginalidad” y sus actores fueron denominados “marginales”. A esta perspectiva se opuso una mirada crítica a partir de un enfoque marxista no ortodoxo –basado en una aplicación de la ley del desarrollo desigual y combinado– a través del concepto de “marginalidad” en un sentido económico, señalando el carácter “no funcional” para el desarrollo capitalista de la población excedente, la cual fue designada como “masa marginal”, en oposición a su alternativa histórica, el “ejército industrial de reserva”. Décadas después, en el contexto de los procesos de globalización y de las consecuencias en la región de las políticas surgidas del Consenso de Washington, los sectores que fueron quedando al margen de las nuevas formas de desarrollo capitalista y de integración social han pasado a ser objeto de estudio bajo las categorías de “nueva pobreza” y “exclusión social”. Por último, más recientemente, las respuestas de supervivencia familiares o comunitarias generadas bajo tales procesos, han tendido a ser visualizada como un tipo particular de actor colectivo, conformando sus prácticas las llamadas “economías sociales”, “populares” o “solidarias”.

Es relevante observar que la discusión teórica en torno al carácter y función de formas que asume la marginalidad no es nueva en América Latina, habiendo estado tradicionalmente asociada a la preocupación política sobre las posibilidades y límites de la organización de esos sectores para ejercer demanda sobre el Estado y montar proyectos alternativos de sociedad. Pero frente a este panorama complejo –cuando no ambiguo– en materia de conceptos y realidades objeto de estudio, cabía ensayar una revisión teórico-metodológica de estos significados que actualmente sobreviven y se recrean en el contexto de los graves problemas sociales que siguen afectando a las sociedades latinoamericanas. En este sentido, en la segunda y tercera sección se evaluaron algunas importantes diferencias que presenta el concepto de masa marginal con relación a los términos también empleados de marginalidad social –por parte del enfoque de la modernidad– y, más recientemente,

de exclusión social desde las teorías europeas sobre la reciente crisis de la sociedad salarial. Para la realización de este análisis comparativo se empleó la teoría de la significancia de Mario Bunge (1999), así como algunos aportes sobre el tema realizados en un ejercicio similar por Fernando Cortés (2005).

Lo más relevante encontrado a partir de este examen es tal vez que los tres conceptos difieren en su significado, tanto por los referentes (denotación) sobre los cuales predicen como por sus efectos de sentido (connotación). La clase de referencia de la marginalidad, en la versión modernizadora, son las personas, y su extensión el conjunto de los individuos marginales (por lo general, habitantes de las zonas urbanas). El concepto adquiere sentido en el marco de la teoría de la modernización. En cambio, el concepto de masa marginal o marginalidad económica tiene como referente a las relaciones sociales de producción marginales al modelo de acumulación dominante, y por extensión, según esta conceptualización, serían marginales los sectores insertos en relaciones sociales de producción no centrales para la acumulación de capital. El concepto toma sentido en el marco de la teoría marxista sobre la ley general de acumulación de capital, revisada a partir de ley del desarrollo desigual y combinado en la fase monopólica del capitalismo y la teoría de Prebisch/CEPAL sobre la asimetría estructural en las relaciones económicas internacionales (centro/periferia). Por último, la referencia del concepto de exclusión social pueden ser las personas, los procesos o las relaciones de trabajo, si bien el universo observable son sólo los individuos excluidos. Por lo mismo, hemos destacado la ambigüedad que presenta el concepto en cuanto a sus variables criterios de clasificación, así como también por la ausencia de una malla teórica que le otorgue sentido explicativo a sus enunciados. De lo anterior, se desprende que las diferentes teorías analizadas organizan de manera diferente sus observaciones y sus argumentos, resultando de ello que sus enunciados refieren a distintos objetos y problemas.

Ahora bien, en el marco de este análisis, hemos también querido destacar algunas de las bondades que ofrece el enfoque de la marginalidad económica para dilucidar los procesos de polarización y fragmentación social que actualmente atraviesa la sociedad argentina, en donde cabe destacar la conformación de formas variables pre o protocapitalistas de producción y reproducción social. En este sentido, en la cuarta sección se hizo un análisis de

los antecedentes y del alcance teórico del concepto de marginalidad económica. Este análisis incluyó una revisión teórica de algunos de los aportes conceptuales originales efectuados por esta perspectiva, en función de ubicar las actuales condiciones de creciente precariedad laboral, pobreza y fragmentación social que afecta a América Latina en el marco de dicha teoría (Nun, 2000).

Retomando el planteo original de Nun y sus colaboradores, definimos como “masa marginal” a la parte de la superpoblación relativa excedente “no funcional”, obligada a realizar actividades laborales y prácticas sociales de subsistencia –sean individuales, familiares o comunitarias– en el sector informal de la economía, es decir, por fuera de las relaciones sociales de producción capitalistas que operan en sectores formales y mercados de trabajo primarios (Murmis, 1968; Nun, 1969). Las relaciones sociales de trabajo que estas prácticas generan –lejos de constituir el componente tradicional de un proceso de modernización o una exclusión del sistema– serían expresiones sociales necesarias que surgen de las condiciones de reproducción que genera el desarrollo capitalista desigual, combinado y dependiente, en el marco de la actual fase de internacionalización y globalización del mercado capitalista mundial. Particularmente agravado, en el caso de América Latina, por las políticas neoliberales de ajuste y ajuste estructural ensayadas sin éxito durante los últimos treinta años.

Al respecto, uno de los ejes de trabajo a investigar que hemos retomado y actualizado es que, en ciertos contextos, el principal efecto histórico que ha tenido este mayor despliegue defensivo de estrategias de subsistencia, no sólo ha sido el aumento de la pobreza y la desigualdad social, sino también la emergencia en la estructura social de una más heterogénea, políticamente inofensiva y socialmente fragmentada marginalidad. Entre sus efectos “ideológicos” cabe destacar la mayor legitimación que presentan las relaciones laborales precarias y las estrategias de subsistencia basadas en la auto-explotación forzada de la fuerza de trabajo. En particular, la expansión que ha tenido el fenómeno cabe ser explicada por la efectividad conocida que presentan los métodos de acción basados en reglas de reciprocidad y de protesta en un contexto de fuerte deterioro económico y político-institucional. Por otra parte, aquí también la teoría de la marginalidad ha sido útil para entender los importantes esfuerzos que hacen el sistema político-institucional y el propio régimen social de acumulación

para convertir en “funcionales” o, al menos, en “afuncionales” la potencial “disfuncionalidad” que presenta la población excedente. En lo fundamental, el sistema busca mantener la integración social —dando legitimidad, asistiendo y/o abriendo espacios de reproducción no típicamente capitalistas ni legales—, sacrificando con ello sus capacidades de un desarrollo socioeconómico más integrado y sustentable.

Siguiendo esta perspectiva, en la quinta sección se abordó el examen de las iniciativas y estrategias colectivas asociadas a las llamadas “economías sociales”, “economías solidarias” o “economías populares”, mostrando los diferentes efectos de sentido que presenta el uso político-ideológico de tales términos, por mucho que ellos parecen remitir al mismo tipo de fenómeno: un tipo de actividad económica colectiva desmercantilizada, es decir, capaz de substraer satisfactores de los intercambios mercantiles y de disminuir la dependencia de los trabajadores a una relación salarial de mercado. En el caso argentino, estas prácticas han logrado una amplia generalización y una particular radicalidad, constituyéndose muchas veces en movimientos de acción colectiva, tanto en los momentos de crisis como en la actual etapa de recuperación económica. Los estudios realizados permiten confirmar que este comportamiento, así como sus alcances e idearios asociados, resultan inteligibles en el marco de la teoría de la marginalidad económica. Más allá de otras connotaciones en materia política y social (autonomía de gestión, formación de nuevas identidades, etc.), estas prácticas constituirían, sobre todo, un modo marginal de subsistencia basado en relaciones protocapitalistas o de autosubsistencia que implican una apropiación de espacios de reproducción social dejados vacante, cedidos o todavía no apropiados por el régimen de acumulación dominante.

En este marco, nos preguntamos ¿en qué medida estas variadas formas de autogestión económica y organización social que adoptan las relaciones sociales de producción marginales constituyen un factor político de cambio hacia una estructura social más equilibrada y equitativa?; o, por el contrario, ¿en qué medida, la creciente valorización e institucionalización que han logrado dichas prácticas —incluso desde sus propios actores— no constituye un factor políticamente regresivo que legitima la marginalidad asistida como un derecho social para pobres? A partir de las evidencias empíricas acumuladas y enfoque teórico desarrollado, se hace evidente que

el principal sentido político de estas prácticas es funcionar como mecanismos de afuncionalización de la ruptura social que genera el régimen social de acumulación. Para ello, el propio sistema político-institucional ha ido creando mecanismos efectivos de asimilación político-institucional y de subordinación económica clientelar. Sin lograr por ello, en ningún caso, una salida honrosa del mundo de la marginalidad económica y social, ni una mayor conquista de derechos políticos y sociales ciudadanos.

Por último, en la sexta sección de este capítulo hemos querido mostrar que una clave ciertamente relevante de los procesos sociales que genera la marginalidad económica, es la propia capacidad de “afirmación” y “diferenciación” que presentan los sectores de la población llevados a esta situación. Esta aparente “autonomía” frente al sistema capitalista se logra en la medida que los modos de subsistencia marginales se apoyan en las relaciones de reciprocidad bajo las que opera el sector informal, en los sistemas de regulación y asistencia pública oficial y/o en el marco de alguna red de protección o promoción a cargo de agentes particulares o privados (incluyendo los partidos políticos de oposición). De esta manera, las estrategias económicas de la marginalidad logran un doble efecto sistémico: por una parte, sostener a bajo costo la subsistencia de los sectores que quedan fuera de la dinámica de acumulación, reduciendo los riesgos de desintegración social; y, por otra parte, generando formas variadas de competencia económica y distinción socio-cultural que aumentan la fragmentación de los sectores populares y hacen más viable su control político. Al respecto, hemos buscado llamar la atención sobre la pobreza persistente y la heterogeneidad creciente que experimentan las estrategias de reproducción social de la marginalidad, sin que ello altere el orden económico, social ni político hacia un modelo de desarrollo distinto.

En definitiva, a través de este abordaje hemos querido destacar que el reconocimiento de tramas relacionales y sistemas de intereses y formas discursivas que organizan el funcionamiento reproductivo de la marginalidad económica, significa introducir un esquema alternativo de interpretación y evaluación de los procesos de desarrollo y cambio social. Al menos, tal como éstos tienden actualmente a ser abordados por conceptos como pobreza, marginalidad social o exclusión social. De ninguna manera se trata de un enfoque nuevo, sin embargo, cabe reconocer que su empleo durante las últimas décadas ha sido fuertemente descuidado –aunque no olvidado– por las investigaciones de las ciencias

sociales. El estudio de la marginación a la luz de esta perspectiva nos invita a avanzar en dirección a entender la complejidad que presentan los procesos de concentración/marginalización como un objeto único y relacional en el marco general del proceso de acumulación capitalista y del sistema político-institucional que regula su reproducción y desarrollo. Sin embargo, también hemos buscado llamar la atención sobre el hecho de que el fenómeno de la marginalidad parece tener un papel activo sobre el proceso histórico, en particular autoproduciéndose y mutando en diferentes sentidos, pero también creando efectos ilusorios sobre su capacidad para dar lugar a una transformación social y política del sistema social, cuando no se lo conceptualiza de manera adecuada.

De tal forma que después de una larga crisis socioeconómica, con cambios estructurales a nivel del régimen social de acumulación en el funcionamiento de las relaciones político-institucionales, y con millones de desocupados, subocupados y pobres reproduciéndose en la marginalidad, todo parece “funcionar bien”: la economía crece mirando al mercado mundial a tasas extraordinarias y el sistema político-institucional está más sólido que nunca. Sin embargo, aunque no se note –y a pesar de la recuperación económica–, la persistente reproducción de la marginalidad –desocupación, subempleo, economías sociales, etc.– continúa profundizando la segmentación del mercado de trabajo y la estructura social y, por lo tanto, debilitando las condiciones de desarrollo sustentable. Los mayores esfuerzos económico-laborales y sociales generados por los hogares pobres para evitar la pobreza no resultan exitosos. En este contexto, el sistema económico y político no sólo no se debilita en dirección a una transformación, sino que, a través de sus respuestas a la crisis social, parece fortalecerse y transformar en funcional la potencial disfuncionalidad que presenta la población excedente sumergida en la marginalidad.

Tanto ayer como hoy, la prevalencia o no de efectos de “ejército industrial de reserva” o “masa marginal” por parte de la población excedente en una situación particular, así como la existencia de distintos tipos y modos de marginalidad económica y su funcionamiento social y político en el marco de un régimen de acumulación determinado, son cuestiones que deben ser dirimidas a través de la investigación empírica. Ahora bien, el esclarecimiento de estos procesos exige instrumentos teóricos adecuados. Es éste el punto que esperamos haber dejado en discusión.



PRIMERA SECCIÓN

SOBREVIVIENDO EN
LA MARGINALIDAD
ECONÓMICA DE LOS
ESPACIOS URBANOS

II.

AL BORDE DE LA INFORMALIDAD:

PRÁCTICAS DE REPRODUCCIÓN SOCIO-LABORAL EN EL SEGMENTO MARGINAL DE LA FERIA DE SAN FRANCISCO SOLANO

*Eduardo Chávez Molina, Guillermina Comas y
Juan Pedro Alonso*

Introducción

¿Quiénes son estos feriantes? ¿De qué viven, cómo lo hacen? ¿Cómo reproducen día a día su actividad, cómo organizan su práctica? ¿Qué es lo que venden? ¿Quiénes y cómo se proveen de objetos para la venta?

Si bien el esfuerzo teórico implica la descripción y explicación del mundo social, nos enfrentamos con la necesidad de superar nuestros primeros obstáculos de comprensión a través del planteo inicial de varios interrogantes generales en torno a un sector que conforma, a partir de sus prácticas cotidianas, la heterogeneidad de un mundo tan lejano y cercano a la vez: el sector marginal de la feria de San Francisco Solano. Ante nuestros ojos este espacio socio-comercial aparece como una multiplicidad de intercambios de mercaderías que proliferan en una maraña de puestos, hombres y mujeres, que dan forma al espacio urbano donde se desarrolla la feria. La feria muestra un mundo de compradores y vendedores, pero ¿es tan solo intercambio?

Partiendo de estos interrogantes, en el presente artículo, de carácter exploratorio, nos proponemos describir una de las nuevas formas de marginalidad socio-laboral sobre la base de un estudio de caso acerca de las prácticas de auto-empleo informal en el conurbano bonaerense, expresado en el sistema de ferias situadas en San Francisco Solano, partido de Quilmes.

En un trabajo anterior, se han diferenciado tres sectores entre los feriantes, en función de las características y los *modos de ser y hacer* que la actividad adquiere en la extensión de la feria: los feriantes tradicionales, el grupo conformado por los llamados “cola de feria” y, por último, los feriantes *buscas*¹ (Chávez Molina y Raffo, 2005)², que en su mayoría han arribado a la feria con posterioridad a la crisis del año 2001. Sobre este último grupo se centrará este trabajo.

Las dimensiones que hemos introducido en estas páginas y que se han constituido en las lentes desde las cuales observamos aspectos de la cotidianeidad de los feriantes *buscas*, nos han permitido situar la singularidad de la práctica ocupacional de estos feriantes. En este sentido, el objetivo que guía el artículo es describir y analizar las formas de vida y de trabajo de este grupo, prestando particular atención a lo que refiere a sus trayectorias laborales –desde el inicio de la actividad, la llegada a la feria–, la relevancia de las redes sociales, la relación con los pares y los otros grupos de feriantes, la planificación y la incertidumbre constitutivas de su hacer cotidiano, la ausencia de toda relación con alguna instancia de contención y regulación formal, las imágenes acerca del “rebusque”; elementos que, entre otros aspectos, enmarcan algunas especificidades que nos permiten categorizar a este sector y diferenciarlo tanto, de aquellos feriantes tradicionales, como de los “cola de feria”. ¿De dónde vienen? ¿Cómo llegan a la feria?

Un segundo grupo de interrogantes, a partir de la consideración de esta primera estratificación, se relaciona con el interés en definir cómo este grupo de feriantes se posiciona respecto a aquellos feriantes que ingresaron a la feria en otros contextos socio-económicos. En ese sentido, nos interesa desentrañar cuál es la singularidad que expresan estos nuevos feriantes, y cómo se inscriben al interior de las actividades informales. Para el desarrollo de este punto, el énfasis se situó en comparar la perspectiva del grupo de feriantes *buscas* con la de los feriantes tradicionales, de mayor trayectoria en la feria.

1 Utilizaremos esta denominación, ya que es el término con el que se definen los propios feriantes que venden diariamente en este sector de la feria. Además el uso de este vocablo instala entre los sujetos un código de prácticas compartidas que otorgan singularidad al segmento de *los buscas*.

2 Para un análisis del grupo de feriantes tradicionales y “colas de feria” véase el artículo de Chávez Molina y Raffo (2005), antecedente directo de este trabajo.

Es posible pensar que la heterogeneidad social, económica, y organizativa que presenta la feria, este espacio simbólico-comercial del Conurbano Bonaerense, se corresponde en alguna medida con los cambios acontecidos en el mercado laboral argentino durante las últimas décadas. Se ha señalado la confluencia de procesos políticos, económicos e institucionales de largo plazo en la heterogeneidad estructural del mercado de trabajo en Argentina (Salvia, 2002), los cuales han generado efectos visibles en la estructura social, particularmente, en el despliegue de “micro estrategias de subsistencia” que evidenciarían inserciones socio-laborales cada vez más segmentadas (Salvia, 2005). El análisis de este grupo de feriantes no puede realizarse sino a la luz de la crisis que ha desembocado en la salida del modelo de convertibilidad (2001-2002), y que puso en evidencia el agravamiento del funcionamiento estructural del mercado de trabajo, siendo una de sus consecuencias el crecimiento paulatino y sostenido de un sector informal-marginal frente a los empleos protegidos y de calidad (Salvia, 2005). Esto permitiría dar cuenta de un cambio cualitativo en los diversos modos de subsistencia puestos en práctica por amplios sectores de la población, los cuales se desarrollan distantes socio-espacialmente de los circuitos protegidos del trabajo.

De acuerdo a los objetivos propuestos se diseñó una estrategia metodológica cualitativa, combinando diversas técnicas de recolección de datos. En primer lugar, se realizaron entrevistas en profundidad y un Grupo Focal con ocho³ feriantes que trabajan en el sector marginal de la feria, explorando sus trayectorias laborales y las formas en que organizan cotidianamente su actividad. Paralelamente, se realizaron observaciones de la dinámica de la feria, orientadas a registrar el trabajo diario y los intercambios que se producen en ese espacio (en relación a los clientes y entre los mismos feriantes). La realización del grupo de discusión –Grupo Focal– donde se reunió a feriantes tradicionales junto con feriantes *buscas*, con el fin de obtener nuevos elementos sobre la particularidad de estos últimos, posibilitó la indagación a partir de la interacción entre ambos grupos, poniendo el foco del análisis en las opiniones, percepciones y prácticas (Petracci, 2004) sobre diferentes aspectos de su actividad en la feria.

3 Se tomarán para el análisis de las dimensiones propuestas, aquellos casos cuyas trayectorias y prácticas han resultado más significativos de acuerdo con los objetivos planteados en la investigación.

El estudio de un segmento socio-laboral a través de un estudio de caso, si bien impide generalizar los resultados obtenidos, nos permite una descripción más detallada de la actividad y de los significados que le otorgan las personas implicadas, así como desentrañar las redes, los circuitos y recursos –personales y colectivos– que se movilizan en el espacio particular que constituye la feria y las relaciones sociales en las que se inscriben los diversos actores.

Una primera definición operativa de la feria podría ser la de un “mercado que se celebra en lugar público y en días señalados”. Rescatamos de esta definición dos conceptos principales: la de *mercado*, y la de *lugar público*. La noción de mercado debe entenderse como área material o inmaterial, dentro de la cual los vendedores y compradores de mercaderías mantienen estrechas relaciones y llevan a cabo abundantes transacciones acerca de ellas, de tal modo que los distintos precios que se realizan tienden a unificar las expresiones tanto de la oferta como la demanda (Zamora, 1982), sin olvidar que dichas transacciones están sumergidas, por regla general, en las relaciones sociales entre los hombres y mujeres (Polanyi, 2003). El lugar público, como un espacio donde tiene supremacía el interés colectivo sobre el interés privado, y en la necesaria subordinación del segundo al primero (Bobbio, 1998).

A partir de estos dos componentes, definimos el concepto de feria como un mercado tangible, situado principalmente en un espacio público, donde intervienen múltiples hombres y mujeres que a través de sus prácticas permiten la continuidad de transacciones comerciales a través del tiempo. Sin embargo, en este artículo también reflexionaremos acerca de los componentes menos visibles de la feria, rechazando cualquier intento de definirla como un espacio homogéneo, e impulsando desde un principio a considerarla en su diversidad. Diversidad que se revelará en una multiplicidad de prácticas y sentidos. Desde esta perspectiva, la feria no podrá ser analizada solamente como un mercado, sino como un escenario donde el intercambio compra-venta adquiere matices diferenciales en conjunción con esas prácticas y sentidos.

A lo largo de este artículo se procurará demostrar que la estratificación que presenta la feria tiene implicancias tanto en la forma en que se lleva a cabo la actividad como en las percepciones que los feriantes de los diferentes grupos tienen entre sí. En primer lugar, ligado a una dimensión socio-espacial, el lugar que los feriantes ocupan al interior de la feria supone diferentes relaciones socia-

les, diferentes prácticas y formas de organizar el trabajo. Por otra parte, el espacio que se ocupa y la forma en que se desarrollan las prácticas se expresarán en diferentes percepciones sobre sí mismos y sobre la actividad que realizan.

Buscando conceptos

El análisis sobre nuevas formas de segmentación laboral a partir de un estudio de caso, nos induce necesariamente a indagar acerca del sector informal en el mercado de trabajo argentino. Sin embargo, no es objetivo de este artículo profundizar en el debate sobre la operacionalización del concepto de informalidad, debate que claramente trasciende estas páginas. La puesta en juego de este concepto se vincula a la necesidad de analizar qué procesos se estarían evidenciando en la actual situación ocupacional de nuestros entrevistados.

En este sentido, retomaremos como categoría afín a nuestro objetivo de estudio, la noción de informalidad definida como aquel sector compuesto por unidades productivas de pequeña escala, correspondientes al medio urbano, organizadas en torno al trabajo de otros no familiares, así como en base al propio y familiar, caracterizadas por la utilización de trabajo intensivo, donde la vinculación entre empresarios y feriantes, o en el propio desarrollo del autoempleo del emprendimiento familiar, no se encuentra regulada, y por ende protegida, por las instituciones públicas (Portes, 2000; Tokman, 2000; Loutier, 2004).

La elección de esta definición radica en que nuestro planteo coincide con el supuesto de que al centrarse en la lógica de funcionamiento de la unidad productiva, el carácter organizativo y relacional de la misma define el modo informal de la actividad, aunque la misma muestre una *performance* económica más vinculada a la subsistencia que a la acumulación o rentabilidad. Nos referiremos a los feriantes y emprendedores feriantes de este sector de la feria como marginales. Sin embargo, es importante aclarar que consideraremos aquí el término marginal en una acepción que remite a dos dimensiones: la primera vinculada a las características de la unidad económica (fuertemente dirigida a la obtención de los medios de vida para la subsistencia). La segunda dimensión se refiere al aspecto relacional en la actividad de estos

feriantes, tanto en lo que refiere a su posición espacial-territorial, como al entramado de relaciones sociales que conforman el marco de la actividad.

Nos referiremos a los feriantes como aquellos emprendedores que por cuenta propia o formando una empresa familiar, “ofrecen sus productos en ferias al aire libre o en espacios físicos cerrados –internadas– en forma rotativa, organizadas, en la mayoría de los casos, por los gobiernos municipales, que además deberían observar su fiscalización y reglamentación” (Chávez Molina y Raffo, 2005). Además basan su actividad en la venta de productos usados, con muy poco capital, y que desarrollan la actividad con escasa o sin regulación estatal.

Si bien la utilización del término emprendedor puede generar controversias, en tanto nos estamos refiriendo a un segmento marginal que se desarrolla en los bordes de una feria urbana, consideramos que esta categoría es adecuada en dos aspectos: el primero es establecer una diferenciación respecto al concepto de empresario, pues si bien la actividad de estos feriantes implica una combinación de los factores de trabajo y capital, el riesgo y la dificultad son muy elevados, y se tornan prioritarios en la orientación de sus prácticas cotidianas. Por otro lado, no resulta adecuada la utilización de la categoría empresario informal, la cual impediría abordar la singularidad de los feriantes *buscas*, ya que también los feriantes tradicionales y los “cola de feria” presentan rasgos vinculados con la informalidad. Tampoco consideramos pertinente la definición de estos feriantes como trabajadores, debido a que esta categoría podría asimilarse a una relación de dependencia⁴.

Los mundos de la feria

La feria de San Francisco Solano no es un espacio socio-territorial homogéneo, como el análisis o la visión del fenómeno podrían,

4 Cabe destacar a Neffa: “*El trabajo es una actividad realizada por personas, orientada hacia una finalidad, la producción de un bien, o la prestación de un servicio, que da lugar a una realidad objetiva, exterior e independiente del sujeto, y socialmente útil para la satisfacción de una necesidad. (...) Cuando el trabajo así definido se hace para obtener a cambio un ingreso, en calidad de asalariado, de empleador, o actuando por cuenta propia, estamos en presencia del empleo. El mismo puede desenvolverse en el ámbito mercantil o en actividades sin fines de lucro, y llevarse a cabo sin relación de dependencia o como asalariado (...)*” (2000).

en principio, señalarnos. En ese sentido, puede describirse entre los feriantes un arco que va desde aquellos que desarrollan su actividad con capacidad de acumulación, hasta aquellos que obtienen de ella sólo lo necesario para la subsistencia. Todos comparten un espacio socioeconómico, pero están inmersos en diferentes entramados de relaciones sociales y cuentan con diferentes recursos y capacidades de intercambio.

Por su parte, existen códigos, condiciones para ingresar en la actividad y llevarla a cabo. Códigos más explícitos entre los feriantes tradicionales, tácitos entre el grupo que se ubica en los márgenes de la feria. Cuestiones como el ingreso, el espacio físico que se ocupa, los productos que se venden, las marcas que ofrecen, cuentan con regulaciones que todos conocen, pero el rol ordenador no se establece en torno a recomendaciones emanadas de la regulación pública, sino más bien de acuerdo al desarrollo de las redes personales de cada feriante.

La movilidad es una de las características centrales para quienes trabajan en las ferias. Éstas se arman en distintos lugares los diferentes días de la semana, no muy distantes unas de otras. Esta rotación, sin embargo, no impide que se genere un arraigo muy fuerte por parte de los feriantes al territorio en el que se mueven, y a la feria como un espacio comercial y social cargado de significaciones. La feria de San Francisco Solano, que se arma miércoles y sábados, es la más importante en esta rotación, la que convoca la mayor cantidad de gente.

La misma comienza a pocas cuadras del centro comercial del barrio y termina a orillas de un arroyo, treinta cuadras después. Al igual que el barrio, las condiciones de la feria se hacen más precarias cuanto más se aleja del centro. Como hemos señalado más arriba, en ese largo recorrido se identifican tres grandes grupos de feriantes, en base a los siguientes ejes: niveles de capitalización, permisos municipales –cuestiones que hacen a la legalidad de su actividad–, los bienes o servicios que venden y el modo en que se proveen de mercaderías: de estas dimensiones depende su inscripción al interior de la feria.

El primer grupo, distribuido en las primeras cuadras de la feria, es el de los feriantes tradicionales. Cuentan con habilitaciones municipales, por las que pagan un impuesto al Municipio, que les brinda seguridad en el desarrollo de su actividad y les exige cumplir con una serie de requisitos: para ello deben contar con determinado nivel de capitalización. Exhiben su mercadería en grandes carroma-

tos y tienen relaciones sólidas con sus proveedores. Por lo general allí se ofrecen productos nuevos –prendas de vestir, zapatillas–, alimentos –hay carnicerías, pescaderías, verdulerías, puestos de empanadas y productos regionales–, compactos y videos grabados, ferreterías, jugueterías, artículos de almacén y de bazar, etc.

El segundo grupo es el de los feriantes asociados al “sindicato de colas de feria”, al cual pagan una especie de impuesto para armar sus puestos. Estos feriantes no tienen habilitación municipal, pero el “sindicato” les ofrece un respaldo. Sus puestos están conformados por estructuras de metal, y son más pequeños que los de los feriantes tradicionales; los niveles de capitalización son bastante más bajos.

El tercer grupo es el que conforman los emprendedores marginales, los *buscas*. En este grupo el nivel de capitalización es mínimo y no cuentan con habilitación municipal ni respaldo de ningún sindicato o agremiación, y los niveles de organización son muy débiles. Allí se venden mayormente objetos usados y otros provenientes del “cirujeo”.

A su vez, esta estratificación se corresponde con diferentes contextos de llegada a la feria: los feriantes tradicionales cuentan entre veinte y cuarenta años de trayectoria en la feria; los “colas de feria” se incorporaron en los últimos diez años; y el grupo de los *buscas*, que creció notablemente en los últimos cinco años, tras la crisis que derivó en la salida de la convertibilidad.

La relación entre el barrio de San Francisco Solano y la feria es muy visible. La presencia de la feria es ineludible y pueden verse en sus contornos comercios y actividades que dependen de ella, que surgieron producto de su impronta. Es notorio que, en las cuadras que ocupa la feria franca, talleres mecánicos se hayan convertido en restaurantes y nuevos comercios, transformados para albergar a los visitantes que el fin de semana saturan los pasillos de la feria. En el sector de los *buscas* la identificación entre el barrio y la feria es aun más fuerte. Aunque existen diferencias físicas entre los puestos de los feriantes tradicionales y los pertenecientes a los “colas de feria”, la feria franca –si bien se derrama en sus márgenes en locales y puestos muy pequeños en las calles laterales–, ocupa un espacio delimitado: los puestos se ubican a ambos lados de la calle, dejando libre un pasillo por el que circulan los clientes. La ubicación enfrentada de los puestos provee a la feria franca de una morfología particular –los feriantes lo disponen así, proponen esa circulación para dejar sólo un corredor y dificultar que los pro-

bables clientes la abandonen. Esta delimitación espacial cambia notoriamente cuando comienza la feria más precaria.

Asimismo, el barrio se hace más precario a medida que se aleja del centro comercial. Anexada a la otra parte de la feria, el sector de los *buscas* se extiende por 15 cuadras. Allí, a diferencia del resto de la feria, no existe una estructura organizativa del mercado callejero: por la ubicación de los puestos –desplegados donde haya o exista un espacio en la vía pública– la feria se confunde con la geografía del barrio, que parece absorberla. Recorriendo este sector se presenta de inmediato otra diferencia: las mercaderías y productos que se ofrecen son diferentes a las que pueden adquirirse en la feria franca. Aquí predominan los productos usados, de cualquier naturaleza. La estructura de los puestos también difiere: los productos son ofrecidos al público sobre tablones, en estructuras muy precarias de metal o directamente sobre el piso. Allí los feriantes amontonan sus productos, abarrotados en la porción de espacio que pudieron conseguir. En este sector no existe una reglamentación pública sobre el espacio que puede ocupar cada uno, como ocurre en la feria franca. Rige otra reglamentación, no escrita, en la que los más viejos son los que tienen la última palabra.

Otra diferenciación que puede establecerse con respecto al resto de la feria es la heterogeneidad de productos que se ofrecen al interior de los puestos. En un mismo puesto puede encontrarse desde remeras hasta CD's, libros y canillas, y si bien en varios puestos predomina una mercadería (ya sea ropa, retazos, libros, etc.), ofrecen lo que consiguen, lo que pueda ser vendido.

Los feriantes entrevistados tienen sus puestos en el sector marginal de la feria, es decir, fuera de los límites de la feria franca autorizada. Los puestos de estos feriantes están ubicados en la primera sección del sector más precario, y allí venden retazos de tela, ropa usada y todo tipo de objetos: zapatos, relojes, CD's y antigüedades. Con diferentes trayectorias en la feria, estos feriantes comparten algo más que el espacio físico en que desarrollan su actividad.

Los *buscas*.

Camino y eventos en la vida de los feriantes

Las trayectorias laborales de los feriantes *buscas* constituyen un elemento esencial para entender su actual ocupación. Los entrevistados se caracterizan por trayectorias laborales discontinuas,

vinculadas a actividades económicas de características informales. Aunque la mayoría de ellos pasó por un empleo formal protegido, este paso fue breve: ninguno tuvo una permanencia considerable en este sector.

Desde esta perspectiva, de movilidad de estados laborales protegidos a desprotegidos, Michel Piore (1983), analiza la movilidad de este tipo de recorridos según el sector de inserción en el mercado de trabajo, mientras que las cadenas de movilidad⁵ del mercado primario de trabajo (considerado aquí como el sector formal) presentan una línea ascendente en cuanto a los puestos y condiciones de empleos, los caminos laborales recorridos por los feriantes del sector secundario (sector informal) –entre los que se encuentran nuestros entrevistados– no presentan esta “progresión”, sino más bien un carácter aleatorio, con alta sustituibilidad entre los feriantes.

Desde otra perspectiva, Pierre Bourdieu (1980) señala que las experiencias que los sujetos han atravesado, y que conforman su pasado laboral, se actualizan *en y por* un sistema de disposiciones –el *hábitus*– que ligan sus experiencias anteriores con su actual presente ocupacional⁶. En este sentido, la situación laboral de estos emprendedores marginales no puede analizarse como un fenómeno aislado, sino que debe ser indagada en conexión con la vulnerabilidad que presenta su inserción laboral anterior. Desde este enfoque, coincidimos con el planteo que señala que las trayectorias laborales marcadas por la intermitencia parecen favorecer la conformación de un *hábitus* para el “rebusque” (Belvedere, Carpio *et al.*, 2000), apelando a diferentes estrategias y a una gran variedad de recursos, como –en el caso de nuestros entrevistados– vender sus propios bienes o salir a “cirujear”.

De este modo, la vulnerabilidad laboral presente en la trayectoria laboral de nuestros entrevistados no sólo cristaliza la relación entre sus experiencias y las transformaciones estructurales acon-

5 La cadena de movilidad de estos segmentos se elabora de acuerdo a los tipos de secuencias de puestos por los cuales pasan los individuos a través de su vida laboral (Piore, 1983).

6 La reflexión entre práctica y *hábitus* es uno de los principales aportes que Pierre Bourdieu ha hecho a la teoría social contemporánea. En su obra *El sentido práctico* (1980), el autor señala que el *hábitus* asegura la presencia de experiencias pasadas, depositadas bajo forma de principios de percepción, pensamiento y acción, que tienden a garantizar la conformidad de las prácticas estructuradas según sus principios. El sistema de disposiciones está en el principio de la continuidad y la regularidad de las prácticas sociales”.

tecidas en el mundo del trabajo, sino que nos ofrece un elemento explicativo para reflexionar acerca de la caída ocupacional que estos feriantes han sufrido y que, al momento de nuestro trabajo de campo, tenía la venta en la feria marginal como última estación.

El pasado y el presente: ¿la llegada a la feria como punto de partida?

¿Es posible plantear la llegada de estos feriantes a la feria como una decisión al interior de un marco de opciones? O, siguiendo a Bourdieu: ¿esta llegada debería plantearse como una práctica, que si bien no niega la existencia de los condicionamientos estructurales, los diluye en la intersección entre pasado y presente que la misma práctica oculta en su acto?

¿En qué medida la llegada y permanencia en la feria constituye una acción que reproduce la misma situación socio-ocupacional vulnerable? Para algunos de estos *buscas* la feria aparece como una posibilidad más en un contexto de desocupación que era paliado con diferentes actividades al interior del sector informal. En el caso de una de las entrevistadas es un momento crucial, ya que le permite el ingreso a un intercambio monetario del que estaba alejada, debido a que conseguía bienes y servicios para su hogar a través del trueque, al que llegó después de un período de desempleo prolongado de su marido. Allí conoce a otra feriante que la lleva a la feria y comienza vendiendo la ropa de su familia. Otra jugaba al básquet, contratada por clubes de la zona. Un accidente deportivo la marginó de la actividad y se quedó sin trabajo. En ese momento su hermana la lleva a la feria, para también vender ropa de su familia. En el caso del feriante de mayor experiencia, su llegada a la feria sucede a principio de los '90 y desde aquel momento hasta seis meses antes de la entrevista, constituyó una actividad paralela que intercalaba con trabajos de pintura a domicilio. Sin embargo, en los últimos meses se ha convertido en su única actividad (además del cuidado de una huerta en su casa como contraprestación de la percepción de un plan Jefas y Jefes de hogar). Este feriante no llegó por un contacto personal sino que vio la posibilidad de instalarse:

“Anduve mirando y he visto que se podía hacer algo ¿viste?, se podía, entonces me vine, probé, probé y bueno, visto que me iba bien, se podía hacer algo para comer y me vine.” (Lito, feriante *busca*).

Otra de las entrevistadas es la única que vende mercadería nueva, ya que compra los retazos en una fábrica, y que ha tenido inserciones inestables en empleos que podrían caracterizarse como formales, para luego comenzar a trabajar como costurera, y desde allí se vinculó con la venta de retazos. Su acercamiento a la feria fue a través de una vecina que ya estaba trabajando como feriante:

— *Y... ¿por intermedio de alguien llegó acá a la feria?*

— Sí, la señora de al lado de mi casa que es feriante, y ella me dijo ‘vamos’ qué sé yo, y bueno... y ella me hizo un lugar, digamos, porque es difícil conseguir espacio, entonces ella me hizo un lugar, primero y bueno después me fui haciendo yo...” (Sonia, feriante *busca*).

Las redes sociales, ligadas en general a relaciones de proximidad, se transforman en un elemento fundamental para acceder a aquellos recursos necesarios para el inicio de la actividad. Si bien estos feriantes se inician en la feria sin ningún requerimiento mínimo de capitalización, las competencias personales y el lugar físico para desarrollar la actividad se constituyen en un recurso clave para acceder y mantenerse en este sector de la feria.

Las redes de proximidad tienen un peso muy fuerte en la actividad de estos feriantes, ya sea en el inicio como en el desarrollo de la misma: es muy importante la colaboración de sus familiares y la cooperación entre los mismos feriantes. Su presencia es insoslayable: sin este tipo de relaciones el acceso a este sector de la feria sería muy difícil. Esta situación está relacionada en gran medida con la centralidad que tiene el espacio de trabajo en la actividad del feriante (Feldman y Murmis, 2002), en la cual el acceder y mantenerse en el espacio público constituye un recurso esencial, y donde al no haber ningún tipo de regulación sobre el espacio a ocupar (elemento sí presente para el caso de los feriantes tradicionales) se generan mecanismos internalizados que son compartidos por los feriantes. En estos mecanismos, hay una lógica de ingreso y permanencia tácitos, que tienen que ver con lo que nuestros entrevistados verbalizan como *ganarse el lugar*. Esta lógica implica llegar a la feria por intermedio de un conocido, el cual generalmente permite al ingresante compartir una parte de su lugar, luego irse *metiendo* hasta lograr establecerse en un lugar propio. El espacio

es el elemento determinante desde el primer momento, pero hay una trama de relaciones personales que lo configuran:

“... de a poquito me fui ganando el lugar y a la gente, porque acá tenés que ganarte a la gente.” (Beatriz, feriante *busca*).

En este sentido, dada la inexistencia de regulaciones en el desarrollo de la actividad, recae sobre los actores el peso de generar un marco que sustente las acciones sobre bases más o menos estables. En este punto, la densidad de las redes sociales que los individuos construyen desempeña un rol fundamental.

Trayectorias de empleo vulnerables articuladas con la densidad de las relaciones de proximidad, presentes tanto al momento de la llegada a la feria así como en el desarrollo de la actividad, parecen condensarse en la categoría feriante *busca*, categoría donde se fusionan pasado y presente ocupacional, donde estructura y opción configuran y conforman un tipo particular de práctica: la del *busca*.

Estas condiciones de vulnerabilidad en la actividad de los emprendedores marginales, parecen instalarlos en la crudeza de un mercado sin protecciones, podríamos decir un “mercado verdadero, autorregulado”, conceptualizado críticamente por autores como Polanyi (2003) y Granovetter (1993). Es decir un mercado donde prima únicamente la lógica de la oferta y la demanda, dando lugar a una dinámica particular. Esta situación puede entenderse como el problema de aquellas inserciones (Granovetter, 2003), en las que el único recurso contra las transgresiones es la confianza mutua, resultante de la pertenencia de ambas partes a una estructura social que las abarque: en este caso, la feria. En aquellas transacciones donde el intercambio se produce en un marco autorregulado y desprotegido del Estado, la única fuente generadora de confianza la constituyen las características y sentimientos comunes de las personas, tanto como la expectativa en que las acciones fraudulentas, engañosas, serán castigadas mediante la exclusión de quien las cometió de las redes sociales que le dieron soporte (Portes, 2004).

Tramas sociales y búsqueda de la supervivencia

Estas redes son de vital importancia ya que se constituyen en recursos sociales que los feriantes *buscas* ponen en juego para su

reproducción⁷. Larissa Lomnitz (1975), en su estudio sobre las barriadas pobres de la Ciudad de México, define a las prácticas económicas que los sectores marginados utilizan para sobrevivir en términos de “mecanismos de supervivencia”, los cuales conforman la totalidad de su sistema de relaciones sociales. Allí, las redes sociales juegan un rol principal, apoyadas en la reciprocidad y la confianza. Esta autora señala que las redes sociales constituyen una estructura social específica, sobre la base de la marginalidad, cuya característica es garantizar la supervivencia. De este modo, las redes de intercambio entre parientes, vecinos y amigos, representan un mecanismo socioeconómico que en buena medida suple la falta de seguridad social y económica propia de las ocupaciones al interior de la informalidad (Lomnitz, 1975).

Nos preguntamos, entonces, ¿qué prácticas y qué tipo de relaciones se ponen en juego para que la feria permita a estos feriantes obtener un ingreso que posibilite su supervivencia?

Como indicábamos anteriormente, pese a la ausencia de cualquier tipo de regulación en este sector de la feria, las acciones no quedan libradas al azar. La no presencia efectiva de normas impulsa diferentes estructuraciones a través de prácticas y “tramas organizativas” (Feldman y Murmis, 2002:184). En otras palabras, hay un modo particular de llevar a cabo la actividad en el sector marginal de la feria. El modo en que los feriantes obtienen la mercadería que será vendida en el sector marginal responde a prácticas específicas así como a condicionantes económicos estructurales. Los diferentes modos en que estos *buscas* se proveen de mercadería están signados por la fragilidad de los mismos, pues las redes mercantiles que consiguen movilizar son débiles y, a diferencia de los feriantes tradicionales, están inscriptas en su mayoría en circuitos de intercambio informal. Algunos compran ropa en ferias menores, de barrio, para luego remendarlas, si fuera necesario, y revenderlas a un precio mayor. Concurren a estas ferias regularmente, los días que no arman el puesto en la feria de San Francisco Solano. Otro de los entrevistados vende mercadería que obtiene del cirujeo, actividad que realiza por las noches en Capital Federal, donde algunos porteros le reservan los objetos que le pue-

7 Es importante señalar que consideramos aquí “recursos sociales” como un aspecto de la reproducción de los modos de supervivencia de estos feriantes y no en términos de activos sociales que posibilitan acciones en determinadas estructuras de oportunidades. Para una mayor comprensión de esta perspectiva, ver Katzman (1999) *Activos y estructura de oportunidades*.

den interesar. La feriante de menor trayectoria en la feria vende ropa y otros objetos de su propiedad, y ya proyecta comenzar a comprar en el circuito de ferias barriales en que se proveen muchos de los feriantes. Una de las feriantes sí presenta algún grado de capitalización —cuenta con un préstamo de una Organización No Gubernamental que realiza tareas en la feria⁸—, y compra retazos regularmente a una fábrica de ropa, que es su única proveedora. Exceptuando este último caso, el resto de los entrevistados no se abastece a través de redes comerciales con proveedores. En general, entre aquellos feriantes que compran mercadería usada a precios muy bajos en ferias menores, el capital para encarar la actividad es muy escaso. Esta característica está en relación con la ausencia de toda instancia institucional en el proceso de comercialización. Salvo la entrevistada que accedió a estos microcréditos, el resto no tiene acceso a ningún tipo de red mercantil que posibilite cierto nivel de capitalización en la actividad. Esto dificulta la constancia y el progreso en este trabajo, pues responde al nivel de incertidumbre respecto a lo que se pueda conseguir (ya sea que los feriantes lo busquen o que llegue a sus manos).

El bajo nivel de ingresos de los hogares de estos feriantes (vinculado al deterioro laboral de sus cónyuges, en el caso de nuestras entrevistadas) impone que lo obtenido en la feria sea transferido al sostenimiento del hogar, impidiendo cualquier tipo de financiamiento para sostener y mejorar la actividad en la feria. Esta situación lleva a que el trabajo de los feriantes se constituya en una situación de supervivencia, “por las escasas posibilidades de capitalización ya que éstos dependen de la capacidad de destinar la mayor parte a la reinversión” (Feldman y Murmis, 2002:209).

Retomando el planteo de Lomnitz, podemos señalar que ante la ausencia de redes mercantiles sólidas, es la centralidad de las redes sociales anteriormente descriptas el elemento que nos indica la configuración de la actividad del feriante *busca* como un mecanismo de supervivencia. Bajo el soporte de dichas redes sociales, se suspende temporalmente la situación original de incertidumbre acerca de las acciones de los otros, dando espacio al establecimiento de la confianza, por lo cual es posible suponer un cierto grado de regularidad y predecibilidad en las acciones sociales, que permiten la reproducción económica de estos feriantes.

8 Esta ONG otorga microcréditos a los feriantes tradicionales. Al momento de la entrevista, esta feriante era la única del sector que accedía a este recurso.

Pequeñas prácticas comerciales: “Sacarle un pesito más a lo tuyo”

Según el esquema que Anthony Giddens elabora para explicar la interrelación entre estructura y acción (1986), los sujetos reproducen los sistemas sociales a través de su acción en los ámbitos de su vida cotidiana. A su vez, poseen un registro reflexivo acerca de sus actividades, tanto como de los otros actores y de los aspectos sociales y físicos del contexto, lo que genera una comprensión de los fundamentos de su actividad. A través del entendimiento, interiorizan las reglas de la vida social y se constituyen en sujetos expertos respecto al saber que poseen y que aplican en la reproducción de su cotidianeidad. En ese registro pueden pensarse los distintos mecanismos y prácticas que los feriantes *buscas* llevan a cabo en lo que refiere a la venta de bienes en el sector marginal de la feria.

Hay un saber respecto a cómo comercializar lo que se obtuvo por diversos medios relacionados con el “rebusque”, que se cristaliza en acciones destinadas a manejarse en este espacio y garantizar la supervivencia. El planteo de Bourdieu, si bien quita protagonismo a la estructura en pos de la práctica para pensar la vida social, no niega este saber que Giddens atribuye a los sujetos: es en el sentido práctico donde el *hábitus* reactiva las estructuras objetivas a través de los esquemas que posibilitan el reconocimiento de las mismas. Ambas perspectivas abordan la centralidad del saber de los sujetos, centralidad que nos hemos propuesto rescatar en la descripción de la actividad del feriante *busca*.

En el día a día, los feriantes ponen en juego diferentes tácticas de acción, en base a estimaciones que responden a lógicas propias de su actividad y a su experiencia en ella. Por ejemplo, los sábados llevan más mercaderías que los miércoles, días en los que hay menos *movimiento*; saben que los días fuertes son a mediados de mes, cuando la mayoría de sus clientes cobran el “Plan Jefas y Jefes de Hogar”. Los feriantes también conocen qué mercadería es la que *más sale*: ropa de marca, usada pero de buena calidad, artículos viejos, etc. En lo que refiere a los precios, los más viejos asesoran a los que tienen menos experiencia en la actividad, pero cada feriante tiene la posibilidad de vender al precio que le sea ventajoso, de acuerdo a su necesidad (esto no sucede en la feria tradicional, donde la competencia está más regulada): el regateo

es una constante en este sector de la feria. Si bien la mayoría arma su puesto en distintas ferias, llevan a la de San Francisco Solano aquellas mercaderías a las que pueden sacar mayores beneficios:

“Llevo otras cosas a la [feria de la] Veintinueve, pero acá traigo lo más vendible, lo más barato lo saco en la Veintinueve.” (Beatriz, feriante *busca*).

Cuando consigue antigüedades valiosas, el feriante que se provee del cirujeo trata de ubicarlas en locales de antigüedades —principalmente en la Ciudad de Buenos Aires— en los que recibirá más dinero que en la feria.

Los feriantes no sólo usan sus conocimientos y activan estrategias al momento de la venta, sino también cuando necesitan comprar mercaderías para su puesto. Los precios son acordados por el regateo, donde el que tiene mayor capacidad de convencimiento, junto con la necesidad (del bien o del dinero) es en general quien sale beneficiado.

Esto induce a tener en cuenta la centralidad que esta feria tiene en el barrio. Este sector marginal se configura como espacio de supervivencia que alcanza a otros sectores de los alrededores, más allá de los propios feriantes. Si bien esta característica evidencia el empobrecimiento generalizado del barrio donde se asienta la feria, no debe relacionarse directamente como un elemento que debilita la actividad. Pues esta debilidad de sus compradores es resignificada y aprehendida por los feriantes *buscas*, quienes la incorporan en la práctica de la actividad, a partir de la identificación con sus propios clientes. De este modo, el contexto barrial se constituye en un saber que en buena medida esquematiza el modo de llevar a cabo la compra-venta en este sector de la feria.

Incertidumbre y predecibilidad

Los entrevistados coinciden en la impredecibilidad de los resultados de su actividad. Sin embargo, y en relación con lo señalado en el apartado anterior, manejan algunas orientaciones al respecto: todos señalan los fines y mediados de mes como los momentos en que más se trabaja. Esto se debe en gran medida a que este sector de la feria funciona como mercado de abastecimiento de quienes perciben el Plan “Jefas y jefes de hogar”.

De todos modos, la incertidumbre es lo que parece preponderar por sobre la planificación, acrecentándose principalmente cuando

lo obtenido en la feria se destina a la reproducción del hogar. En este sentido existe heterogeneidad entre los entrevistados. Los resultados económicos de su actividad no dejan de ser escasos, pero el peso y la importancia que éstos tienen en su economía familiar está directamente relacionado con que existan o no otros ingresos al interior de su hogar.

Los feriantes entrevistados identifican a dos grupos principales entre sus clientes: los revendedores (entre los que se encuentran coleccionistas de antigüedades provenientes de otras localidades) y los que provienen del barrio, conformados en buena parte por quienes perciben el Plan antes mencionado. Los primeros vienen en busca de objetos antiguos o insólitos. Los entrevistados manifiestan cierta regularidad en la concurrencia de este tipo de compradores, por eso ellos guardan la mercadería que consideran que pueda interesarle a estos clientes revendedores. La interacción con este tipo de compradores presenta una particularidad: son ellos quienes fijan el precio de los objetos, aun cuando los revendedores no estén interesados en realizar la compra, siendo ellos mismos quienes indican a los feriantes cuáles son los precios a los que convendría vender ese objeto.

De todas formas, los principales clientes son los vecinos del barrio: como señaló un feriante *busca* durante la realización de un grupo de discusión:

“A nosotros nos compra la gente pobre, no los que tienen plata.”

Durante la realización de este grupo de discusión, tanto el grupo de feriantes tradicionales como los *buscas* coincidieron en que en los últimos años se ha producido un aumento de la clientela que asiste a la feria. Sin embargo, los feriantes mejor posicionados relacionaban esto con la magnitud que presenta la feria de Solano, mientras que aquellos feriantes que trabajan en la parte marginal, plantearon la cuestión de la extensión de la feria en paralelo con el incremento de la pobreza:

“...va más gente, ¿sabés por qué va más gente? Porque la gente no se puede comprar ropa nueva, entonces qué pasa: van a buscar la usada, entonces por eso va más gente.” (Intervención de un feriante *busca* en el grupo de discusión).

En este contexto de empobrecimiento del barrio donde se instala la feria, retomamos el análisis que Feldman y Murmis (2002) hacen de las características de la demanda de quienes compran bienes y

servicios proporcionados por actividades informales, a partir del deterioro de los ingresos de las clases populares. Según su planteo, la caída en los ingresos de estos sectores impulsa, por un lado, a que mucha gente se vuelque a la actividad en la feria, pero a su vez intensifica y expande la lógica de este ámbito, ya que más gente concurre a aprovisionarse en este lugar, por lo cual esta expansión se debe a un descenso en los ingresos de la gente de la zona donde la misma se lleva a cabo.

En ese sentido, Mathías y Salama (1986) plantean que la extensión del sector informal se traduce en mecanismos de pauperización y en la lucha por la reproducción de la fuerza de trabajo. Esto se explica debido a que el sector informal es la vía por la cual una buena proporción de la población completa la reproducción de su fuerza de trabajo. Desde esta perspectiva, el aumento de clientes en las ferias funcionaría como un termómetro de la situación social, relacionándose directamente con el empobrecimiento de sectores cuyos ingresos provenientes del mercado laboral formal no permiten su reproducción, siendo el abastecimiento de bienes y servicios ofrecidos en los circuitos informales la vía por la cual ésta se completa.

Desde otro saber, pero en concordancia con estos planteos, los mismos feriantes *buscas* diferencian a sus clientes de aquellos que concurren a la feria franca, desde quienes están dispuestos a comprar ropa y artículos nuevos y los que buscan cosas usadas, proclives a comprarles a los *buscas*.

A su vez, estos feriantes llevan a cabo algunos mecanismos para mantener la afluencia de compradores. Así, dentro de la diversidad de productos que puedan conseguir, tratan de mantener algún criterio que les asegure cierta clientela:

“Por ejemplo yo me dedico a talles grandes, viene un señor que tiene talle 44 o 54 y si tenés el talle, te lo compra (...) yo trato de juntar toda ropa grande, entonces esa persona ya me viene a mí, ya viene y me busca a mí.” (Intervención de una feriante *busca* en el grupo de discusión).

No obstante la puesta en práctica de algunas estrategias concretas, la relación con los clientes también se halla teñida por la imprevisibilidad, propia del marco en que se instala la actividad. Como se dijo, el regateo es un elemento central en estas relaciones. Si la situación de regateo es al final de la jornada y la venta no cubre el mínimo que el feriante necesita reunir para ese día, el cliente saldrá beneficiado. Estas prácticas hacen a las micro-estrategias

que estos feriantes ponen en juego y que constituyen, junto con otros elementos, su mecanismo de supervivencia.

La vulnerabilidad de la posición y de la actividad de los feriantes contribuye a que la demanda sea un componente central en el desarrollo de sus prácticas. La ausencia de cualquier tipo de regulación en las transacciones hace que en la interacción con el cliente se establezcan los códigos de la misma. De este manera, la actividad, en muchos casos, está en función de los posibles compradores: en la demanda de mercaderías y en la extensión de la jornada de trabajo, en base a la afluencia de clientes potenciales.

Lazos sociales: solidaridad y diferenciación

Como hemos señalado en las páginas anteriores, las redes sociales de carácter solidario entre los feriantes se presentan como un dispositivo fundamental al interior de este sector. Primordiales en lo que respecta al acceso y permanencia en la feria, constituyen a su vez un elemento central en lo que refiere al establecimiento de determinadas estrategias conjuntas. Varias instancias aparecen vinculadas a este tipo de redes: el cuidado del espacio, los mecanismos de control orientados a reducir la vulnerabilidad frente a la mirada de los otros, lazos solidarios orientados a evitar robos de mercadería, y la amistad como un valor vinculado con la actividad.

Consideramos que en general estos mecanismos funcionan como sistemas de regulación interna, destinados a paliar la vulnerabilidad producto de la precariedad de la actividad, debido a que las redes de mercado y las redes burocrático-institucionales (Szarka, 1998), constituyen más bien restricciones en la actividad de estos feriantes *buscas*. El hecho de que el nivel de institucionalización sea en general escaso, explica la centralidad de las redes solidarias al momento de organizar prácticas que no están contenidas de ningún modo por una instancia reguladora formal. Como se señaló más arriba, la ausencia de reglamentaciones sobre el espacio a ocupar se traduce en códigos entre los feriantes. Todos nuestros entrevistados manifestaron que el espacio debe *ser ganado* a través de la constancia en la asistencia a la feria, y de robustecer las relaciones con los pares:

“Si viene uno y falta un mes, nosotros no saltamos por él, (...) pero si sabemos que es por enfermedad o algo así, saltamos. Pero si sabemos que es un chanta y viene cuando quiere, no lo vamos a defender, si vos venís cuando querés arreglate como puedas si hay otro en tu lugar.” (Intervención de un feriante *busca* en el grupo de discusión).

El segundo punto en que estos lazos solidarios facilitan el desarrollo de la actividad se relaciona con el establecimiento de mecanismos compartidos de habilitación. La mirada de los otros juega un rol fundamental en la construcción social respecto al feriante. En este aspecto los entrevistados manifestaron su situación vulnerable, sobre todo producto de la aparición del sector de los *buscas* en un programa televisivo que enfatizaba en la procedencia ilegal de los artículos vendidos en esta parte de la feria (principalmente autopartes). Este hecho contribuyó a que los feriantes adoptaran medidas de control entre ellos en lo que respecta a su radio territorial más cercano. Estas medidas tienen que ver con observar qué tipo de mercancía tiene para vender quien quiera instalarse en la feria. Los artículos que generan mayor desconfianza son aquellos que pueden estar vinculados con el robo y la falsificación (bicicletas, artículos de computación, autopartes, ropa nueva de marca). Como señaló un feriante durante el Grupo Focal, el temor es ser *metidos en la misma bolsa*:

“Por eso es que nosotros los *buscas*, ¿sabe lo que hacemos?, yo tengo mi puesto acá, ponéle, viene uno que no lo conocés, viene con una bicicleta no lo dejamos acá, porque andá a saber de dónde sacó esa bicicleta.”

Asimismo, estas redes que establecen prácticas vinculadas a pequeños controles, se ponen en juego al momento de evitar los robos de mercadería, hecho muy recurrente en la feria, principalmente los días de mayor afluencia de compradores.

Esta modalidad se vincula con la aparición en el discurso de nuestros entrevistados de un valor más general que se asocia a las características del feriante: la amistad, expresada tanto en lo que refiere a la solidaridad en la actividad —en cuanto a los vueltos o a cuidar el espacio del otro—, así como las charlas entre los feriantes que hacen más agradable la jornada de trabajo.

Esta característica es relatada por los feriantes entrevistados cuando se les consulta acerca de cuáles son las diferencias entre el sector tradicional de la feria y el sector de los *buscas*. Los entrevistados resaltaron la unión y solidaridad, la identificación con los

pares que aparece como característica de su sector, elementos no tan visibles, para ellos, en el otro sector de la feria:

“...Acá hay gente que la está peleando como vos, allá tienen su plata para trabajar, acá hay gente que va a cirujear para vender.” (Beatriz, feriante *busca*).

Representaciones: nosotros los *buscas*, ellos los feriantes

Analizar las percepciones y representaciones⁹ de los feriantes del sector marginal nos acerca al sentido que dan a sus prácticas, a un conocimiento de cómo llevan a cabo las mismas y al lugar que ocupan en la estructura de la feria. En este contexto, consideramos que las construcciones verbalizadas por estos actores respecto a la identidad del “ser *busca*” en relación con el espacio de la feria en donde desarrollan su actividad, así como sus percepciones respecto al mundo ilegal, nos ofrecen elementos de importancia para captar la especificidad de sus prácticas. Para tal fin hemos extraído la información de las manifestaciones de los feriantes durante la realización del Grupo Focal en que participaron los feriantes tradicionales y los *buscas*.

— Ser *busca*... termina la feria de ellos empieza la nuestra.

— Moderadora: *¿qué quiere decir [ser busca]?*

— *Buscas* somos nosotros, nosotros somos *buscas* ahora...

— Moderadora: *¿qué quiere decir ser buscas?*

— Buscamos lo que tenemos que vender.

— Moderadora: *¿Adónde lo buscan?*

— En la calle, adonde tiran los demás.

— Uno va, al tacho de basura, a la bolsa de basura. Uno abre una bolsa y se fija, si te sirve algo lo sacás, vos vas con el chango, con bolsos y los vas juntando.

9 De acuerdo a lo señalado en otros apartados de este artículo, la noción de *hábitus*, propuesta por Pierre Bourdieu, proporciona una mediación para entender el modo en que los individuos internalizan el espacio social a la vez que lo reproducen. “No se pueden aislar relaciones económicas de percepciones y símbolos: a partir de su combinación se organizan procesos de reproducción de la diferenciación social. Las condiciones de existencia diferentes producen *hábitus* distintos y las prácticas engendradas por dichos *hábitus* refuerzan las desigualdades dadas por las condiciones de existencia” (De Olivera y Salles, 2000: 623).

— Vas juntando ropa, zapatos, una radio vieja, lo que sea, entonces uno trae lo arreglás si podés y si no los mandás a arreglar, y bueno...

— Por eso, somos los *buscas* nosotros, ellos no [los feriantes tradicionales]... ellos tienen su puesto con su rubro, nosotros no...

— Nosotros buscamos, buscamos, arreglamos o lo pintamos, lo dejamos bien, para venderlo.” (Conversación extraída del Grupo Focal, donde intervienen feriantes *buscas*).

La verbalización acerca de la condición del *busca* estuvo signada por el establecimiento de diferenciaciones entre este grupo y los feriantes tradicionales. Esta condición, el ser *busca*, excede al ámbito laboral y se plantea como el modo de vida de aquellos que deben ganarse la subsistencia por cualquier medio, poniendo en juego todo tipo de estrategias y recursos. Esto se tornó visible principalmente en lo referente a dos cuestiones centrales: el mecanismo de obtención de la mercadería, que se da a través del rebusque, y en segundo plano su situación legal, principalmente respecto a los permisos municipales, elemento remarcado por los feriantes tradicionales.

“...tengo un permiso municipal, nosotros nos regimos por una ordenanza municipal, en la cual tenemos que pagar por metro cuadrado, por mes, nos obligan a tener un carro, nos obligan a un horario, hay un montón de cosas.” (Intervención de un feriante tradicional en el grupo de discusión).

En respuesta a esta diferenciación establecida por los feriantes más antiguos, los feriantes del sector marginal manifiestan estar por afuera de la feria, evidenciado una no inserción en la estructura económica de la misma:

“Nosotros no lo pagamos [el permiso] porque somos *buscas*, no lo pagamos porque estamos en el suelo, en cualquier lado, estamos fuera de la feria de ellos, termina la feria de ellos, empieza la nuestra.” (Intervención de una feriante *busca* en el Grupo Focal).

En esta misma perspectiva, la carencia por parte de los *buscas* de ciertos recursos que sí poseen los feriantes tradicionales, se manifiesta en percepciones que vinculan su actividad a la necesidad y a mecanismos de supervivencia. Estos recursos tienen que ver con la posesión de capital, el equipamiento (acoplado y/o carromato de feria) y la permanencia en un rubro determinado de venta, así como determinadas prácticas de comercialización propia de la actividad.

Aquí quedan planteadas las primeras características de diferenciación con los feriantes tradicionales, señal de la heterogeneidad

existente en esta actividad. Una feriante de este nuevo grupo explicita con claridad la existencia de posicionamientos disímiles al interior de la feria:

“Pero aparte hay diferencia entre lo que es la feria de ellos y la nuestra, para mí ellos viven de su feria, o sea, ellos tienen su capital y viven, nosotros sobrevivimos con la feria, porque yo no dispongo de capital, yo voy a buscar algo para poner, para llevar un peso a mi casa.” (Intervención de una feriante *busca* en el grupo de discusión).

Legalidad e ilegalidad ante un Estado ausente

Las diferentes condiciones respecto a la legalidad fueron un tema central durante la dinámica del Grupo Focal. Para los feriantes tradicionales, la legalidad es sinónimo de estar en blanco. *Blanquear* significa cumplir con lo impuesto por la ley (principalmente el pago de impuestos), sin incluir en esta categorización los beneficios vinculados con la seguridad social. A su vez, estos componentes, que son tipificados por Feldman y Murmis (2002) como parte de las relaciones burocrático-institucionales, no están presentes en las percepciones de los feriantes *buscas*. Ambos grupos coinciden en que los costos para cumplir con los requisitos exigidos para la legalización (el acoplado de feria fue remarcado como un elemento indispensable) constituyen un obstáculo para los nuevos feriantes. Además, en lo que refiere a esta dimensión se evidencia la mayor vulnerabilidad a la que están expuestos estos feriantes. Mientras quienes trabajan en la feria franca son periódicamente controlados por inspectores, los feriantes *buscas* están sujetos a los operativos policiales, en general violentos, que terminan con el secuestro de la mercadería. A su vez, los feriantes tradicionales señalan no estar tan expuestos a estos operativos o a los manejos del sindicato debido a que poseen una organización más sólida entre ellos.

El vínculo con la ilegalidad toma relevancia al interior del sector marginal en lo que refiere al temor por la venta de mercaderías no obtenidas a través de circuitos legales. Los feriantes entrevistados se diferencian de quienes llevan a cabo estas prácticas señalando que esos son *buscas de paso*, caracterización que parece cumplir un rol diferenciador:

“Esos son feriantes de paso, ellos tienen esas cosas y van y se ponen y las venden y después no los ves más.” (Intervención de un feriante *busca* en el grupo de discusión).

Esta enunciación vuelve a poner en evidencia la importancia que tiene la constancia en la permanencia en la feria, elemento central para constituirse en *busca*. Como hemos señalado, mantener la regularidad en la concurrencia a la feria es un mecanismo que asegura y resguarda el espacio de que se dispone. Las prácticas ilegales *molestan* a los feriantes del sector, no sólo porque perjudican su actividad en el trabajo, sino porque los cargan de un componente negativo que tiene gran importancia simbólica:

“Y esos [los que venden mercadería robada] nos perjudican a nosotros, porque nosotros nos vamos con el chango a buscar cosas y esa gente viene y te perjudica, porque meten a todos en la misma bolsa.” (Intervención de un feriante *busca* en el Grupo Focal).

Es por eso que estos feriantes se manifiestan a favor de los controles de este tipo de prácticas. Sin embargo, durante las entrevistas, varios manifestaron que estos operativos perjudicaron la dinámica de la feria: mucha menos gente concurre desde entonces. Además ellos suelen resultar perjudicados, ya que la única relación con una instancia institucional se produce a través de estos operativos en los que suelen ser víctimas. En esto hay otra diferenciación significativa: mientras los feriantes tradicionales interactúan con una instancia del mundo formal (en este caso, los inspectores municipales), estos emprendedores marginales sólo se relacionan con este mundo cuando quedan a merced de los operativos policiales efectuados en este sector de la feria.

El trabajo de *busca*

En cuanto a la representación acerca de la actividad, si bien los feriantes del grupo marginal perciben su actividad como un trabajo y manifiestan cierta satisfacción por estar en la feria, de inmediato señalan la importancia de tener un trabajo con mayor estabilidad, sobre todo en lo que refiere al aspecto monetario. En sus discursos está presente la noción de que *lo ideal sería tener un “trabajo”*:

“Y mirá, te digo la verdad, es como que me gusta estar en la feria, pero también me gustaría tener un trabajo (...), que vos sabés que es algo en lo que tenés que trabajar todos los días, tu dinero, vos vas a fin de mes y sabés... porque acá venís y capaz vendés y por ahí no.” (Beatriz, feriante *busca*).

Consecuentemente con estas percepciones, cuando se indagó en el Grupo Focal acerca de qué es la feria para ellos, los feriantes *buscas* definieron la feria como *medio de vida*: *Si yo no hago feria ahora, mañana no como*. Por el contrario, los feriantes tradicionales vincularon el trabajo en la feria a un oficio.

Estas consideraciones nos vinculan con otras dimensiones referidas a la percepción de su actividad en relación con el trabajo, evidenciando un discurso donde *la incertidumbre* que ellos mismos señalan aparece articulada con la percepción de la *libertad*, como principal beneficio del trabajo en la feria por sobre todo tipo de trabajo en relación de dependencia.

Tanto la necesidad de obtener ingresos para la supervivencia como la fuerte presencia que tiene la feria en el barrio, los lleva a ingresar en ésta, decisión que los feriantes cargan de sentido: la mayoría subraya la libertad de su trabajo y valora positivamente su autonomía, el no estar a disposición de ningún patrón. De todas formas, también aparece en su discurso la ausencia de planificación que rige su actividad, y la vulnerabilidad de su posición. Los feriantes expresaron que, en caso de tener la posibilidad de acceder a otros trabajos, mantendrían paralelamente la actividad en la feria.

“— *Moderadora*: Vos ¿dejarías la feria?

— No, porque me está dando de comer (...) y no sé, haría las dos cosas, porque sábado y domingo haría feria y trabajaría de lunes a viernes.” (Conversación extraída del Grupo Focal).

¿Cómo explicar esta dualidad en el discurso de los feriantes *buscas*, donde la representación acerca del trabajo parece estar anclada en percepciones vinculadas al empleo formal (seguridad social, horario determinado, estabilidad salarial) pero resignificada en expectativas acordes a su actividad actual? ¿Elección o imposibilidad de una inserción formal y estable? Sería complejo desentrañar esta disyuntiva en términos de elección y de oportunidades. Posiblemente estén presentes componentes de ambas. Sin embargo, consideramos que esta percepción no puede ser interpretada en desconexión con la práctica actual que constituye la actividad del *busca*, como actualización y reproducción del *hábitus*.

“La correlación entre probabilidades objetivas y esperanzas subjetivas, se debe a que las disposiciones duraderamente inculcadas por las posibilidades e imposibilidades, libertades y necesidades, facilidades y prohibiciones que están inscriptas en las condiciones objetivas, engendran disposiciones

objetivamente compatibles con esas condiciones, y en cierto modo, preadaptadas a sus exigencias.” (Bourdieu, 1980:94).

Sin embargo, surge otro interrogante: ¿cómo leer esta dualidad en trayectorias laborales que han girado en su mayoría en torno a ocupaciones ligadas a las actividades informales? Un posible análisis nos remitiría a considerar que casi todos los entrevistados han tenido un paso fugaz por algún tipo de empleo con ciertos beneficios, más ligado a las características del sector formal del mercado de trabajo; de todas maneras, la actualidad de esta percepción parece ser mínima, ya que todos han atravesado varios años de inestabilidad e informalidad ocupacional previo a su llegada a la feria. Sin embargo, para Bourdieu (1980), el *hábitus* asegura la presencia de experiencias pasadas. Podríamos decir que el *hábitus* “no olvida”, pero a la vez *se “actualiza con”* y *“actualiza”* el mundo práctico.

Varios trabajos que estudian a sectores ocupacionales desafiliados evidencian la persistencia de un imaginario vinculado a la sociedad salarial¹⁰, la cual no logra erosionarse del todo, independientemente de la experiencia de los propios actores.

En el caso de nuestros entrevistados, una vez más parece tener lugar un tipo de fusión o condensación entre este imaginario (no del todo vivenciado) y las percepciones propias de los beneficios del *libre hacer*, que constituye un modo propio de la actividad en la feria. Condensación que *se explica y que explica*, nuevamente, la *práctica del busca*.

El futuro no más allá de la feria

Respecto a las percepciones sobre su futuro, es notoria la dificultad que presentan los entrevistados para imaginarse alejados de la feria, debido a la centralidad que tiene para su supervivencia en la actualidad, y a lo lejana que perciben la posibilidad de ingresar al mercado del trabajo formal. Su futuro se halla vinculado a la incertidumbre. Lo cierto es que la feria tiene un peso muy fuerte en sus percepciones: como decíamos más arriba, incluso cuando se les pregunta qué les gustaría hacer en el futuro, al margen de tener otra actividad varios insisten en que de todos modos seguirían

10 Véase el trabajo de Pablo Molina Derteano, “Sueños del eterno retorno de la sociedad salarial para los jóvenes asalariados precarios en condiciones de segmentación territorial”, en esta publicación.

concurriendo a trabajar a la feria. Es una realidad de la que no consiguen despegarse. Asimismo, puede notarse que existe entre los feriantes *buscas* un descrédito acerca de sus propios recursos y posibilidades. Ya sea por su edad o por los conocimientos que suponen se requiere para hacerlo, no creen poder insertarse en el mercado de trabajo formal. Ligado a estas percepciones, casi ninguno se plantea estrategias para abandonar la feria, por más que reconozcan que es un trabajo muy duro. Este anclaje territorial y ocupacional evidencia la importancia de la feria en las percepciones para el desarrollo de su actividad, y resalta la magnitud de la feria en su presente. Es así como se genera la resistencia a la incertidumbre, los lazos sociales vinculados a la rutina de la actividad se reafirman y construyen diariamente, aunque sea en condiciones de absoluta vulnerabilidad, tanto respecto de su integridad física, como de generar ingresos adecuados para su reproducción.

Consideraciones finales

Retomando los interrogantes que dieron inicio a este artículo, podemos señalar que el grupo de los feriantes *buscas* está constituido por mujeres y hombres que a través de prácticas vinculadas con el rebusque y con el afianzamiento de sus redes sociales de proximidad dan forma a una actividad signada por la incertidumbre y alejada de todo lazo institucional que les proporcione algún tipo de contención. En este esquema, la actividad de los feriantes del sector marginal se constituye en una amalgama que vincula fortalezas de su entorno familiar, social y productivo; junto con una lógica del rebusque donde el puesto, la mercadería, los clientes y la provisión perduran atravesado la debilidad institucional y la falta de oportunidades concretas, y donde la solidificación continua de procesos de confianza –con sus compañeros de ferias, con sus clientes, y con su red amorfa de proveedores– se constituyen en aspectos fundamentales en tanto garantes de la reproducción de la actividad.

Otro de los interrogantes que orientó el trabajo fue la mirada acerca de la diversidad socio-espacial que presenta la feria, con relación a la heterogeneidad que supone la presencia de diferentes grupos, en concordancia con los cambios acontecidos en el mundo del trabajo posterior a la crisis de 2001, principalmente en lo que

refiere a las transformaciones propias del sector informal del mercado laboral.

Para este análisis se retomó el concepto de informalidad a partir de la caracterización de la unidad productiva, haciendo hincapié en la marginalidad en la que dicha unidad se reproduce, poniendo el énfasis en lo que hace a la utilización y acumulación de capital y a la organización y productividad de la misma. Sin embargo, el modo en que hemos abordado el estudio de los feriantes marginales de la feria de San Francisco Solano, así como los emergentes que han surgido de las entrevistas, nos conducen a analizar la práctica de este segmento más allá de la informalidad como atributo de la unidad económica que constituye, considerando la relevancia de las redes sociales para la formación y el desarrollo de sus prácticas de supervivencia, las cuales ponen en evidencia la relación estrecha entre redes sociales y mecanismos de supervivencia (Lomnitz, 1975).

De todas maneras, la ausencia de toda instancia reguladora en la actividad del feriante *busca* (diferenciación definitiva con respecto a los otros dos segmentos de feriantes) re-orienta la mirada hacia elementos propios del intercambio, aspecto que induce a pensar la marginalidad de este sector desde una perspectiva más relacional que vincule estas prácticas en relación con otros sectores económico-sociales. Pensar la feria como un espacio de intercambio no sólo económico sino también simbólico (sobre todo en el sector marginal) –donde las prácticas de intercambio simbólicas y económicas se llevan a cabo en los márgenes del sector hegemónico comercial de ese territorio y de los límites de la propia feria, es decir, donde la actividad se desarrolla en clave de supervivencia– posiciona al sector estudiado dentro de un proceso más amplio que evidenciaría la presencia de nuevas inserciones de tipo inestables al interior del propio sector informal.

En este sentido, nos preguntamos si las prácticas económicas y simbólicas que atraviesan la feria de San Francisco Solano, donde las relaciones sociales constituyen un componente fundamental, permiten explicar un cambio en la composición de la informalidad, en lo que refiere a un incremento del peso de las actividades de supervivencia en su interior (relacionadas en este caso con los emprendedores cuentapropia). De todas maneras, y si bien la respuesta a estos interrogantes requerirá la sistematización de otras investigaciones, consideramos que el abordaje cualitativo, al

indagar acerca de la singularidad de las prácticas socio-laborales, constituye un aporte significativo para ampliar nuestra comprensión sobre un fenómeno al interior de la informalidad, enmarcado en procesos estructurales de la dinámica del mercado de trabajo.

III.

EL TRABAJO SEXUAL EN UN CONTEXTO DE MARGINALIDAD LABORAL Y SEGREGACIÓN ESPACIAL

TRAYECTORIAS LABORALES DE TRAVESTIS Y MUJERES EN SITUACIÓN DE PROSTITUCIÓN EN EL SUR DEL GRAN BUENOS AIRES

María Laura Raffo

Introducción

El principal objetivo del artículo es examinar las condiciones de vida y de trabajo de un grupo de mujeres y travestis¹ en situación de prostitución y pobreza en el partido de Florencio Varela del Gran Buenos Aires, a la luz de los cambios ocurridos en el mercado laboral argentino durante las últimas décadas². A partir del estudio de estos casos³, el presente trabajo procura ofrecer evidencia empírica sobre los procesos de marginalidad laboral y segregación espacial con especial referencia a la situación de la Argentina, buscando aportar en relación a cuatro objetivos específicos:

-
- 1 Es importante aclarar que en el presente trabajo, cuando hablamos de travestis nos referimos exclusivamente a personas que se visten con ropas del sexo opuesto. Utilizamos sustantivo femenino “las” travestis, en vez de “los”, ya que entre ellas mismas se llaman habitualmente por su nombre femenino.
 - 2 El análisis de los casos seleccionados no puede realizarse sin tener en cuenta la crisis del modelo de convertibilidad (2001-2002) que tuvo como consecuencia la desestructuración del mercado de trabajo.
 - 3 Para comprender los fenómenos bajo estudio proponemos un abordaje metodológico cualitativo. Se han realizado un total de 10 entrevistas en profundidad que hicieramos durante los años 2002-2003 y la realización de Grupos Focales en 2004, en el partido de Florencio Varela al Sur del Conurbano Bonaerense. Las entrevistas en profundidad de tipo semi-estructuradas buscaron identificar la percepción de los siguientes temas: inserción laboral, trabajo formal e informal, particularidades del trabajo sexual, derechos ciudadanos, posibilidad de organización colectiva, convivencia en el vecindario, procesos de estigmatización y discriminación, convivencia en los lugares de trabajo.

- a) profundizar el análisis de las nuevas formas de segregación sociolaboral, centrándonos en las prácticas de supervivencia de un grupo de mujeres y travestis en situación de prostitución para enfrentar un contexto cada vez más adverso y de creciente segregación espacial, con limitadas posibilidades de acceso ocupacional, junto a sus implicancias sociales y simbólicas (implica la reconstrucción y análisis de las trayectorias laborales de estos grupos en el espacio local);
- b) describir y analizar el espacio de lo local (el barrio) como lugar donde situar las estrategias, prácticas de subsistencia desplegadas por estos grupos para la apropiación de recursos materiales y simbólicos específicos; y determinar qué tan posibles son, para estas categorías sociales, los desplazamientos por fuera del barrio de residencia;
- c) describir y analizar las formas de sociabilidad que se dan en estos espacios locales (barrio) y las consecuencias y efectos diferenciales que sobre estos actores tiene la actividad que realizan cuando convergen el “lugar de residencia” y la “zona de trabajo” en un “espacio social general” signado por una fuerte vulnerabilidad social con altos niveles de pobreza (implica reconstruir el universo de sus relaciones sociales pasadas, presentes y sospechadas a futuro);
- d) describir los procesos de estigmatización (y sus consecuencias) relacionados con las características sexuales del trabajo en un espacio segregado; así como las formas que asume y los contextos donde opera teniendo en cuenta las capacidades diferenciales de gestión del estigma que tienen las mujeres y las travestis.

Coordenadas teórico-metodológicas de análisis

Las profundas transformaciones producidas en las últimas décadas en la estructura social de nuestro país, componen y configuran el escenario sobre el que se recorta el nuevo repertorio de prácticas de subsistencia que vienen ensayando desde hace unos cuantos años los miembros de los sectores populares. En ese sentido, el avance de los procesos de pobreza y marginalización se expresa, en el paisaje metropolitano contemporáneo, a través de múltiples formas que asumen las prácticas laborales, constituyendo verdaderos “refugios” para la sobrevivencia en un mercado de trabajo cada vez más complejo y segregado. Al respecto, es vasta la literatura

que ha asumido el estudio de estas experiencias y de los factores económico-estructurales asociados a su configuración (Salvia, 2004; Wacquant, 2001; Auyero, 2001; Minujin, 1997; Murmis y Feldman; 1997).

Estos trabajos sobre la problemática de la marginalidad se han focalizado en la identificación y descripción de los “modos de sobrevivencia” que asumen múltiples actores socio-económicos que pugnan por un lugar en la sobrevivencia, a la luz de las transformaciones en el mundo laboral (Salvia y Mallimaci, 2005). Tales investigaciones han abordado distintos segmentos socio-ocupacionales produciendo evidencia sobre las marcadas particularidades que presentan: feriantes, talleristas, trabajadores de empresas recuperadas y trabajadoras sexuales como soportes de los procesos de marginalidad y segregación. Un dato consistente que surge directamente de las investigaciones realizadas es que si bien para algunos sectores de la sociedad es posible reconstruir procesos de desplazamiento y trayectorias de movilidad descendente durante la última década (p.e: viejas clases medias urbanas empobrecidas formadas por trabajadores asalariados y cuenta propia tradicionales), no es éste el rasgo dominante de la nueva matriz social. De acuerdo con la evidencia, los sectores que dominan el nuevo escenario de la marginalidad socio-económica han acumulado dos o más generaciones de miembros impedidos de acceder a efectivas oportunidades de movilidad social. Estos hallazgos, más allá de su especificidad, son coincidentes con los resultados de investigación logrados por otros autores (Auyero, 2001; Minujin, 1997; Murmis y Feldman, 1997).

Para abordar nuestro caso en particular, adoptamos como ejes analíticos fundamentales tres dimensiones sobre las cuales existen importantes antecedentes teóricos y empíricos: las prácticas de subsistencia de los sectores populares, los procesos de segregación territorial y los procesos de estigmatización.

Prácticas de subsistencia

Existe una extensa bibliografía sobre estrategias de subsistencia (Lomnitz, 1975; Torrado, 1998; Hintze, 1991; González de la Rocha, 1986), que dan cuenta de la forma en que los trabajadores en situación de gran debilidad laboral y pobreza establecen relaciones, comparten recursos y capacidades por medio de los cuales resuelven

algunos de sus problemas de supervivencia. Para el caso argentino, diversos estudios han registrado y descrito las renovadas formas de subsistencia que instalan los propios sectores populares a través de sus estrategias de supervivencia, en contextos de privación material (sobre este punto cabe consultar Salvia y Mallimaci, 2005; pero también Isla Alejandro, Lacarrieu Mónica y otros, 1999; Murmis y Feldman, 2002; Merklen, 2005; Kessler, 2004; Auyero, 2001). Haciendo hincapié en la transformación en el eje de la subsistencia de los pobres urbanos, en un contexto de deterioro en las condiciones materiales de existencia y de profundización de la desigualdad y el desempleo, la casi ausencia de ingreso monetario en un creciente número de hogares determina el aumento del consumo informal y de las actividades de autoprovisión como medios de satisfacer las necesidades principales. En la medida que se profundiza la marginalidad, un nuevo modo de satisfacción de las necesidades de subsistencia comienza a cristalizarse; consistente en una combinación de bajos ingresos, redes de reciprocidad entre vecinos y familiares, actividades ilegales, caridad asistencial de la iglesia y del Estado y resolución de problemas a través de la mediación política. En el contexto de empobrecimiento generalizado en el cual cabe situar nuestro estudio de caso, estos temas adquieren relevancia, en el sentido que nos permiten realizar una aproximación al conjunto de las prácticas que –en forma de respuestas (estrategias)– adoptan los sectores populares para afrontar las constricciones de los ingresos y del mercado laboral.

Procesos de segregación espacial

Consideramos relevante incorporar al estudio de las prácticas de subsistencia de los sectores populares el entramado territorial en el cual se inscriben las mismas. Sostenemos que para nuestro estudio de caso en particular, incorporar dicha dimensión puede echar luz sobre los mecanismos que operan en la configuración de las condiciones de vida de estos grupos. En este contexto, el artículo se propone examinar los efectos que los procesos de marginalidad laboral (el creciente debilitamiento de los vínculos de los grupos a analizar con el mercado de trabajo) y segregación espacial (la creciente concentración de esos grupos en barrios con alta densidad de pobreza) producen en las condiciones de vida y trabajo de estas mujeres y travestis en situación de prostitución en el Conurbano

Bonaerense. Distintos estudios (Wacquant⁴, 2001; Katzman y Retamoso, 2005; Svampa⁵, 2001; Merklen, 2005; Auyero, 2001; Fournier y Soldano, 2001) invitan a pensar las formas en que se inscriben las transformaciones de la estructura social, incorporando como dimensión relevante el territorio, más específicamente el barrio. En el marco de esta temática, podemos distinguir aquellos estudios que revelan la importancia del barrio como espacio de repliegue y fuente posible de cohesión y organización, que le permitió a los sectores populares llenar los vacíos dejados por las instituciones y el trabajo (Merklen, 2005); de los trabajos que exploran los efectos de la concentración espacial de la pobreza urbana sobre su endurecimiento y perpetuación (Katzman y Retamoso, 2005; Rodríguez y Arriagada, 2004). Desde esta perspectiva, que bajo el rótulo de “segregación residencial” otorga gran importancia a los efectos negativos del entorno social de los lugares de residencia sobre las posibilidades que tienen las personas y los hogares pobres de mejorar sus condiciones de vida, los vecindarios son vistos como contextos que mediatizan el acceso de las personas al mundo laboral, al mundo institucional, al mundo estatal. Según este enfoque, la residencia en barrios con altas concentraciones de pobreza agregaría desventajas importantes a aquellas que se derivan de las bajas calificaciones relativas de los residentes. Problematicando ambos aportes y para nuestro caso en particular, sostenemos que para determinados actores y actividades el espacio barrial se constituye en un ámbito ambivalente/polivalente atravesado por fuertes tensiones, conflictos, que se pueden convertir o bien en un punto de anclaje o en un punto de fuga. Es decir, la inscripción territorial de las prácticas de subsistencia de este grupo de mujeres y travestis en situación de prostitución opera de modo diferencial sobre las posibilidades que tienen estos grupos

4 Cabe advertir, que las conclusiones del autor sobre los análisis de los procesos de segregación territorial del gueto norteamericano o la vivienda precaria en la periferia de París no pueden ser extrapolables a la villa o asentamientos argentinos.

5 Habría que tener en cuenta el aporte de las investigaciones que dan cuenta de la configuración de nuevos barrios exclusivos, que estarían evidenciando procesos de fragmentación del espacio urbano fuerte en contrastes. Paralelamente al aumento de la concentración territorial de los pobres se da una proliferación de barrios cerrados para uso exclusivo de poblaciones de altos ingresos. Para un estudio del caso de Buenos Aires véase Maristella Svampa (2001).

de mejorar sus condiciones de vida, e impone particularidades a la sociabilidad que se despliega en los mismos.

Procesos de estigmatización

En el marco de estos problemas, postulamos que los procesos de segregación territorial y marginación en los cuales se inscriben nuestros casos, no pueden ser comprendidos del todo sin tener en cuenta los procesos y efectos de estigmatización, relacionados con las características “sexuales” del trabajo, que pueden ser particularmente severos en determinados contextos: familias y comunidades locales; escuelas y otras instituciones educativas; empleo y lugares de trabajo; sistemas de salud (Goffman, 2001, Parker y Aggleton, 2002). La mirada estigmatizante (Goffman, 2001) no es un plus que viene a sumarse a la realidad de marginación y segregación que sufren estos grupos sino un elemento que constituye esa realidad produciendo la desmoralización o no de los mismos. Cabe profundizar los análisis que den cuenta de qué modo el espacio social constituido por el barrio –para nuestro estudio de caso en particular–, lejos de ser dominios vacíos en los que los actores flotan libremente, están estructurados por posiciones; reglas; clasificaciones; estereotipos; esquemas evaluativos y recursos materiales y simbólicos. En ese sentido, la dinámica particular que asume la articulación del entramado territorial junto con las características de los grupos a estudiar, moldeará las características de las interacciones, los procesos de sociabilidad, las posibilidades de trascender los límites del barrio y de mejorar las oportunidades de movilidad social que se construyen en los espacios públicos locales.

En nuestra sociedad, la prostitución constituye una práctica que es motivo de estigmatización, discriminación y exclusión (Fernández, 2004; Maffia, 2003; Meccia, Metlika y Raffo, 2005). Sin embargo, habría que mencionar dos rasgos que determinan la especificidad del estudio:

- 1) Para el caso de las mujeres, la actividad que efectivamente realizan –prostitución– no es evidente ante los ojos de los demás, a partir de lo cual se puede ocultar con relativa facilidad. La no-evidencia permite a los individuos manejar la información acerca de la actividad que realizan en función de los distintos interlocutores (familia, vecinos, hijos, posibles clientes), espacios

y momentos. La capacidad de simular, de guardar en “secreto”⁶ la actividad que efectivamente realizan –que saben desacreditada y sancionada– constituye un recurso de protección (del que carecen por ejemplo aquellos que poseen un color de piel diferente de la norma, en un contexto racista).

- 2) En el caso de las travestis, el hecho de que un hombre biológico haga desaparecer su masculinidad invistiéndola con signos femeninos y así se presente en público, representa un objeto de sanción, difícil de encubrir y de mantener en secreto. Existe un plus de rechazo que contrasta con el de las mujeres, donde los cuerpos para nada problemáticamente heterosexuales, son menos amenazantes. Otro aspecto que las diferencia está relacionado con la vinculación directa de la identidad travesti con la prostitución. Si bien ponemos en discusión la arbitrariedad de esta homologación, también es cierto que según el contexto, las dificultosas oportunidades de supervivencia de estos actores han demostrado que tal asociación tampoco fue del todo arbitraria y casual. Si para ser aceptada en cualquiera de los empleos previstos por el sistema productivo la identidad travesti debía sucumbir a la *performance* heterosexual, es lógico que buscara en las lindes del mercado una forma de supervivencia acorde a la identidad que quería representar. Es dentro de este contexto barrial que queremos explorar la sinergia entre distintas fuentes de estigmatización –relacionadas con las características sexuales del trabajo, con la situación de pobreza en las cuales estos grupos están inmersos y las derivadas del estigma territorial– así como las formas que asume, los contextos donde opera y las capacidades diferenciales de gestión del estigma en ambos grupos.

Ejes metodológicos

Para comprender los procesos bajo estudio consideramos necesario un enfoque que ponga en articulación las tendencias objeti-

6 La misma situación puede ser pensada en el caso de otras minorías sexuales, como los homosexuales. Para un análisis más detallado de la “práctica del secreto” y la estructuración de los lazos de sociabilidad en individuos homosexuales consultar los trabajos de Mario Pecheny (2002), Ernesto Meccia (2001) y Horacio Sivori (2004).

vas/estructurales de aumento del desempleo, retirada del Estado, segregación espacial con los correlatos experienciales/subjetivos, esto es, la manera en que los procesos estructurales son percibidos y traducidos en prácticas, estrategias y acciones concretas por parte de los protagonistas de estos procesos. A partir de lo cual tendremos en cuenta ciertas advertencias epistemológicas y metodológicas para el abordaje y tratamiento de los procesos de marginalidad, desigualdad y pobreza, que nos permitan alejarnos de las explicaciones reduccionistas de los procesos de empobrecimiento y marginalidad, las cuales muchas veces han puesto el énfasis en procesos objetivos que transcurren independientemente del sentido atribuido por los mismos protagonistas. Esto requiere la necesidad de repensar y formular determinados esquemas conceptuales desde una matriz más dinámica y más compleja que complemente el desenvolvimiento de las instancias estructurales con las experiencias subjetivas e intersubjetivas, que nos permitan dar sentido a la experiencia de la marginalidad y la segregación en un lugar y en un tiempo determinados. La presente perspectiva de análisis pretende superar una visión estática, taxativa y dicotómica de la marginalidad y la pobreza, para asumir una más dinámica y procesual que haga hincapié en que estos procesos no se (re) producen ni automática ni aisladamente. Y que nos permita registrar e interpretar los procesos de apropiación biográfica de las fuerzas objetivo-estructurales de marginalidad inherentes al debilitamiento de la vinculación con el mundo del trabajo y de la creciente segregación espacial como experiencia vivida.

Para comprender los fenómenos bajo estudio desarrollamos un diseño metodológico cualitativo⁷, orientado al seguimiento, análisis, reconstrucción y comparación de las trayectorias de vida, prácticas y representaciones sociales de mujeres y travestis en situación de prostitución en el actual universo de la marginalidad. A partir de lo cual, privilegiamos como técnicas de recolección de datos⁸ para la generación de evidencia empírica la realización de entrevistas semi-estructuradas en profundidad y la realización de

7 Respecto al abordaje cualitativo se ha consultado entre otros: Jelín, Llovet y Ramos (1982); Gallart (1992); Sautu (2003) y Kornblit (2004).

8 Cabe explicitar respecto de nuestro objeto de estudio, que la clandestinidad de las prácticas sexuales pagas en las que están involucradas travestis y mujeres, así como la diversidad de modalidades y circuitos, plantea dificultades de distinto carácter: de acceso y de falta de datos. Al respecto, cabe resaltar la ausencia de datos de estimaciones cuantitativas sobre el registro de estas actividades.

Grupos Focales. En el caso del abordaje cualitativo, la aproximación metodológica permite conservar el lenguaje original de los sujetos, indagar su definición de la situación, la visión que tienen de su propia historia y de los condicionamientos estructurales, lo que lo hace particularmente rico para el análisis de los grupos sociales objeto del estudio.

Aproximación a las características de la práctica prostibular en el Conurbano Bonaerense

Las transformaciones estructurales producidas en la Argentina durante la década del '90 y profundizadas en 2001-2002 con la crisis del modelo de convertibilidad –que se caracterizaron por aumentar los niveles de desocupación, desigualdad y pobreza– toman forma en un universo social y geográfico específico: el Conurbano Bonaerense. En ese marco, el Conurbano Bonaerense presenta una de las situaciones más dramáticas respecto del desempleo y la informalización de las relaciones laborales, producto del cierre de fábricas, retirada y desmantelamiento del Estado. Se asiste a un proceso de constante degradación del sistema público de educación y salud, y de las políticas de viviendas dedicadas a sectores de bajos ingresos. Se trata de un escenario de deterioro industrial, con una creciente masa de población privada de los consumos colectivos y expulsada del mercado laboral formal. La descripción del contexto sirve para situar a nuestros sujetos de investigación, sus prácticas y trayectorias en un espacio social y geográfico particular, que nos permita reconstruir el devenir de los mismos y que dé sentido a la experiencia de la pobreza en un lugar y en un tiempo determinado. En este sentido, nos adentraremos en la descripción de la práctica prostibular en estos espacios de relegación.

Trabajar en la calle ha sido una “estrategia” que en los últimos años ha ido adquiriendo una mayor visibilidad: cartoneros, feriantes, vendedores ambulantes y artesanos, entre otros, hicieron de la calle un espacio laboral signado por la diversidad y la multiplicidad de situaciones e identidades colectivas divergentes. Las mismas actividades constituyen *viejas* ocupaciones que adoptan *nuevas* particularidades en el marco de estos territorios de relegación.

La prostitución es una actividad histórica, basada en los roles sexuales, que comprende a las personas que venden sexo, las que

lo compran y las que median en su transacción. Si bien la prostitución tiende a ser homologada con las caras y los cuerpos de las mujeres o travestis que ejercen esta actividad, es un fenómeno social que involucra a diversos actores (clientes, policías, dueños de los privados, pubs) que la protagonizan, la reproducen, la sostienen y la mantienen. Se caracteriza por ser una actividad no reconocida legalmente, ausente de la contabilidad gubernamental y que opera informalmente. De una actividad que ha acontecido en nuestras urbes durante años asociada con la “inmoralidad”, la “desviación” y las drogas; la prostitución callejera⁹ es, dentro de las opciones informales, una concreta actividad para obtener dinero a diario y poder reproducir a sus familias. Cabe destacar, que la prostitución (en las condiciones en las que se lleva a cabo en este sector) aparece como una estrategia que los sujetos excluidos del sistema productivo adoptan como forma de reproducción de la vida.

Contrariamente a lo inmediatamente pensable, nos encontramos con un mundo reglado, estructurado, codificado, en el cual es posible distinguir distintas modalidades de funcionamiento y de regulación. Cada uno de los espacios en donde se lleva a cabo la actividad, ya sea la calle, el privado o el pub está estructurado en función de un conjunto de reglas que pautan los comportamientos, las conductas y las prácticas; en los cuales las participantes ponen en acción un repertorio de conocimientos, de aprendizajes, ponen en circulación un saber tácitamente incorporado, implícito, no tematizado, acerca de cómo comportarse en el espacio prostibular. Lo que intentaremos justamente es hacer visible lo naturalizado, lo incorporado en forma de un sentido práctico. A partir de los datos recolectados es posible visualizar algunas de las características generales del espacio y la práctica prostibular en zonas empobrecidas del Sur del Conurbano Bonaerense donde estas trayectorias son puestas en escena. Las relaciones con otras travestis en prostitución, con las mujeres prostitutas, la confrontación con la policía y la relación con los clientes, las “tarifas”, como asimismo la disputa por el espacio, les permitirán apropiarse de las claves, los códigos y reglas de ese mundo hasta transformarse en sus experimentadas protagonistas. Tanto las travestis como las mujeres aprenden a manejarse en la calle: dónde pueden trabajar, cómo deben hacerlo, cómo son los clientes y cómo deben conducirse ante ellos, las pautas y reglas para

9 No es objetivo del siguiente trabajo problematizar, con las diferentes posiciones teóricas o militantes, si la prostitución es un trabajo o un mecanismo de explotación sexual de la mujer en la sociedad patriarcal.

moverse en el escenario prostibular, la distribución de las esquinas y calles donde circular en el transcurso de la noche de trabajo. Hay una compleja red de circulación, ocupación y defensa callejera, que consiste en un circuito de paradas, de lugares predeterminados, de posicionamientos en esos lugares, que hay que cumplir para poder desarrollar la actividad “sin problemas”.

Una de las modalidades adoptadas por este grupo de mujeres y travestis para ejercer la actividad es el espacio de la calle, más precisamente la ruta. En general circulan entre las rutas, las estaciones de trenes y las paradas de colectivo, se instalan o caminan en determinados circuitos a la espera de clientes, con quienes mantienen relaciones en los vehículos particulares o en hoteles cercanos. Las que utilizan la calle, han desarrollado estrategias para preservar su “caminar” en la calle. Las mujeres y travestis asumen una actitud de alerta ni bien salen de sus casas. Esta alerta es un mecanismo de defensa frente a las persecuciones. Su visión detecta a la distancia quién es quién y se especializan en distinguir los autos particulares de las brigadas, patrullas, clientes, en un ágil dispositivo de atención. La imagen que surge de los relatos de este grupo de entrevistadas, es la visualización de la calle como una “selva” y ellas mismas como unas “fieras”. Y no es arbitrario el surgimiento con fuerza de esta imagen sobre todo en el grupo de las travestis, debido a que son las que mayoritariamente la toman como lugar de trabajo en detrimento de otros espacios. Y es en la calle donde están expuestas a los clientes, a los ladrones y a los policías. La mayoría de las veces transitan las calles solas, sin la compañía de sus compañeras, lo que aumenta el riesgo de ser golpeadas o robadas y disminuye las posibilidades de poner en juego estrategias de defensa propia. El exceso y maltrato policial se manifiesta en el pedido de coimas (“peaje”) a oferentes y demandantes del comercio sexual, en el abuso físico y psíquico sobre todo de las “travestis” y en las pésimas condiciones de arresto (que incluyen agresiones y maltratos). El pago del “peaje” que las entrevistadas denuncian, la mayoría de las veces se traduce en la realización gratuita de algún tipo de servicio y no garantiza en absoluto que puedan desarrollar la actividad sin problemas, por el contrario, tienen que estar atentas a los otros actores presentes en la práctica prostibular, “los chorros”. Un circuito básico se constituye cuando las mujeres o travestis reciben dinero de sus clientes, es decir de acuerdo con el valor de la contratación sexual e inician la cadena redistributiva. Una vez reconocidas en la zona, la policía las acecha tras el “arreglo”, trato que exige una paga diaria para poder trabajar. A esto se le suman

las multas por contravenciones cuando son detenidas, repitiéndose estas situaciones hasta tres o más veces por semana. “Perder”, es decir ser detenidas, forma parte de las reglas del juego de las que ninguna escapa.

“La policía te ve parada en un lugar te rondea, te fija, te rondea, donde dio la tercera vuelta y te enganchó en el mismo lugar sonaste, tenés que pirar, tenés que correr porque te levantan, te saca la plata o tenés que ir a arreglar a la comisaría. Te deja, no te levanta, vos le das una cometa a él y te deja, eso es un policía bueno. Es contradictorio decir policía, imagen de hombre que te protege, que te cuida. Vos le pagás pensando que no te van a molestar y te van a dejar trabajar toda la noche, sin embargo viene el de Comando y te agarra igual. Es horrible, pero es la realidad, el policía no es el que nos pintaron cuando éramos chiquitos, el que nos cuidaba, nos protegía, al contrario.” (Miriam, Grupo Focal).

Es en la calle, en donde el conflicto atraviesa y pone al descubierto la compleja trama de relaciones de solidaridad, competencia, ayuda mutua o enemistad, que se produce en la interacción con los distintos actores de la escena. El espacio físico en el que se lleva a cabo la actividad es el que se convierte en tema de conflicto de estos grupos con “los otros”: policías, vecinos, pero también entre ellas mismas, definiendo y redefiniendo el “lugar” (geográfico y simbólico) de cada una. Quién puede establecer su “parada”, el establecimiento de las “tarifas”, constituyen temas de debate y confrontación entre ellas, especialmente entre mujeres y travestis, y por otro lado al interior de cada uno de esos grupos (mujeres *vs.* mujeres, travestis *vs.* travestis, viejas *vs.* nuevas). La competencia por la adquisición del recurso escaso (los clientes) las enfrenta en tanto que “mujeres” o “travestis” y la extrema pobreza de quienes por lo general son sus clientes lleva a que con frecuencia desaparezca el dinero como forma de pago.

Otra de las modalidades adoptadas está relacionada con la actividad en los “privados”¹⁰ y “pubs”¹¹. En los “privados” el funcionamiento está a cargo de una persona, por lo general el dueño, que es el que se encarga de cobrar, establecer las tarifas, de “arreglar” con la policía con el fin de que no interfieran en sus negocios irrumpiendo en busca de mujeres y/o travestis. Mientras realizan

10 Generalmente, son departamentos en los que se ofrecen mujeres, travestis y distintos servicios sexuales.

11 Se establecen relaciones contractuales con el dueño del negocio, que comprenden la obligación de hacer consumir al cliente una cantidad prefijada de copas (ellas lo llaman: “*hacer copas*”). En general, el negocio tiene habitaciones en su interior.

la actividad dentro de los “privados” y “pubs”, ellas se sienten protegidas. Sin embargo, cuando surge la posibilidad de la realización de un servicio por “afuera” (del privado o del pub), inmediatamente vuelven a surgir los sentimientos de inseguridad y desprotección. Los relatos, expresados por las propias protagonistas, ponen énfasis en las situaciones en las que se “encuentran con que hay dos o tres (clientes) y están ellas solas”, y que la mayoría de las veces termina con la realización gratuita del servicio pero “salvas tu vida”. Remarcan la utilización de estrategias, el saber manejarse, para salir lo más ilesas posibles de esas situaciones, en las que se corre el riesgo de que los clientes estén “borrachos o falopeados” y ellas sean el blanco de violencia y maltrato. Es por eso que, en general, prefieren no ir a casas particulares.

“Corrés el riesgo si te hacen salir a la calle, si vos hacés el servicio adentro del privado bárbaro, está todo bien, pero tenés servicios afuera. Te encontrás con que hay dos o tres y sos vos sola y vos la tenés que pechulear. Y hablar con uno y la verdad quizás uno te montó gratis y al otro le pudiste sacar una moneda. Y donde terminaste tu servicio tenés que agarrar, subirte a un taxi e irte. Y con el riesgo de que por ahí alguno está borracho, está falopeado y corrés el riesgo sí o sí, te tenés que hacer lo más buenita posible, terminás dejando que te monten todos por veinte pesos, pero salvás tu vida.” (Viviana, Grupo Focal).

Los relatos son coincidentes en señalar, tanto para el caso de las mujeres como el de las travestis, un universo atravesado por la inestabilidad, el riesgo y la vulnerabilidad. Noche tras noche, la no certidumbre de saber con certeza si volverán a sus casas “*sanas y salvas*” se actualiza, tiñendo todos sus recorridos y experiencias laborales. Estas mujeres y travestis hacen frente a la inestabilidad con respecto a la generación de ingresos para sus hogares y al temor recurrente a la muerte y a la violencia como componentes del día a día.

La pobreza, el grado de marginalidad a las que la somete esta actividad, y en definitiva las condiciones de precariedad en las que se juega su existencia son el marco que delinea el recorrido y las prácticas de estos grupos. Las exigencias derivadas de la misma actividad, conduce muchas veces a las travestis y mujeres al consumo excesivo de drogas y alcohol que ellas explican como una manera de resistir ese tipo de actividad con coraje y durante largas horas. Sin embargo, cabe aclarar que las zonas (muchas veces en el campo, en las estaciones de tren más próximas, en la ruta) en

las que ejercen la prostitución asumen características propias, en este caso expuestas a condiciones de mayor vulnerabilidad y riesgo para el desarrollo de la actividad.

Nuestros casos objeto de estudio se inscriben en este escenario, desde el cual es posible relativizar la homogeneidad exterior atribuida a la práctica prostibular y visualizar diferencias importantes entre ambos grupos: los “orígenes” de sus itinerarios laborales, la organización de la actividad, qué tienen de similar y de diverso poniendo en el centro de la escena, de manera comparativa, a mujeres y travestis.

Prácticas de subsistencia en un contexto de marginalidad laboral y segregación espacial

La llegada a la prostitución por parte de este grupo de mujeres y travestis es la parte visible de otros procesos menos evidentes. Las protagonistas de este artículo han vivido una serie de experiencias familiares, escolares, barriales y laborales con rasgos compartidos que, si bien no explican las razones de la prostitución, son el contexto en el que ésta se ha generado, y por ende consideramos que es imprescindible analizarlas para su comprensión. La reconstrucción del contexto de emergencia de las prácticas de subsistencia desplegadas por estos grupos para enfrentar un contexto cada vez más adverso y de creciente marginalidad laboral, implica preguntarnos sobre las relaciones familiares y los hogares de los que provenían los actores; sobre el tipo de escolaridad que han recibido y sobre el tipo de trabajos previos que han realizado.

Los relatos que las entrevistadas ofrecieron sobre sus itinerarios laborales sitúan a la prostitución como una situación indeseada, a la que se habría llegado en contra de las propias aspiraciones, casi siempre coercionadas por acuciantes necesidades económicas o por la falta de oportunidades para ingresar al mercado de trabajo. Sin embargo, cabe destacar que la “llegada” a la prostitución es resultado de situaciones disímiles tanto para las mujeres como para las travestis.

El “origen” de los itinerarios laborales del grupo de mujeres entre veintisiete y cuarenta y dos años, residentes en el Conurbano Bonaerense, la mayoría con hijos, en la actualidad “solas”, sin pareja (producto del abandono de sus parejas cuando ellas esta-

ban embarazadas o por situaciones de violencia), se inscriben en un contexto familiar y personal caracterizado por un proceso de empobrecimiento.

Las mujeres entrevistadas no provienen, por lo general, de estratos marginalizados desde larga data, sino de sectores desestabilizados en los últimos años, cuyas familias han conocido mayor integración en el mundo del trabajo en el pasado. Mientras que sus padres han trabajado en la construcción, en frigoríficos, sus madres se han dedicado al servicio doméstico; socializados con el horizonte de una sociedad salarial en pleno apogeo. Sin embargo, el proceso de desestructuración del mundo laboral ha afectado no sólo a su círculo familiar, sus vecinos y amigos, sino principalmente a ellas. Después de dejar la escuela¹² a temprana edad, con carencia de calificaciones y estudios formales, las posibilidades de empleabilidad se vieron reducidas en un contexto de desempleo, aumento de la precariedad y un mercado laboral que exige cada vez mayores credenciales. En relación con la escuela¹³ encontramos una experiencia de escolaridad de baja intensidad, que reduce las oportunidades de empleabilidad en el pasado, en el presente y sospechamos que en el futuro. Los relatos de las entrevistadas sobre sus breves y accidentados pasajes por el mundo laboral¹⁴, van configurando trayectorias laborales “inestables” signadas por una alta rotación entre puestos precarios, de bajos ingresos, poco

12 Los motivos del abandono que pueden distinguirse son diversos: por sucesos internos (fracaso escolar, procesos de estigmatización y el enfrentamiento con los compañeros) o factores más externos a la escuela. En el grupo de mujeres, la deserción se asocia más a factores externos a la escuela, como la separación de sus padres o la necesidad de salir a trabajar (situación que, como se verá, es distinta en las travestis).

13 Cabe destacar que las mujeres entrevistadas tienen conciencia de la necesidad de un diploma para tentar una mínima suerte en el mundo del trabajo. Por su lado, tratan de inculcarles a sus hijos que la educación es el único camino de ascenso legítimo, “*para ser alguien en la vida*”, al mismo tiempo que la propia experiencia y la de su entorno desmienten con su realidad lo mismo que se les intenta transmitir.

14 Los trabajos mencionados están relacionados con el cuidado de chicos a domicilio, el empleo doméstico en Capital, o el trabajar en una fábrica de juguetes como operaria. Desde la perspectiva de la oferta de empleo persiste una fuerte segmentación ocupacional entre géneros. Mientras que los hombres participan en todo tipo de sectores económicos, las mujeres urbanas se concentran en los servicios y el comercio, y dentro de ellos desempeñan tareas “típicamente femeninas”, es decir, aquellas definidas socialmente como extensión de las propias de la labor doméstica. Para las mujeres populares: servicio doméstico en otras casas; limpieza y lavado/planchado de ropa; costura; cuidado de niños, ancianos y enfermos; para las mujeres más educadas, de sectores medios: enfermería, secretariado, docencia. (Jelin, 2000: 48).

calificados, de corta duración, muchas veces interrumpidos por embarazos o intercalados con períodos de desempleo. Y si bien no son las únicas en sufrir el desempleo, la precariedad laboral y la reducción de los ingresos en sus barrios, un rasgo particular es que a estas mujeres sostén de hogar, al tener chicos a los cuales alimentar, se les hace imprescindible generar ingresos, de la forma que sea y como sea. En este contexto, a medida que el trabajo estable se desdibuja de la experiencia transmitida por el entorno más cercano y la inestabilidad laboral se naturaliza, surge la posibilidad de trabajar en la prostitución.

Pareciera prevalecer lo que Kessler (2004) ha denominado el pasaje de “la lógica del trabajador a la de la provisión”, caracterizada fundamentalmente por la legitimidad de los recursos obtenidos. En la lógica del trabajador, ésta reside en el origen del dinero, fruto del trabajo “honesto” en una ocupación “respetable” y reconocida socialmente. En la lógica de la provisión, en cambio, la legitimidad ya no se encuentra en el origen del dinero, sino en su utilización para satisfacer necesidades. Cualquier recurso, sin importar su procedencia, es legítimo si permite cubrir una necesidad. Este pasaje evidencia las implicancias de una experiencia laboral evanescente, siempre fragmentaria y el distanciamiento respecto de los atributos tradicionalmente asociados al trabajo, moldeando las condiciones de posibilidad sobre las que se asentará la actividad prostibular.

En sus relatos las entrevistadas dan cuenta de las circunstancias que las llevaron a iniciarse en la prostitución: acuciantes necesidades económicas producto de la imposibilidad de obtener un empleo y la posibilidad de obtener mayores ingresos. Para estas mujeres, el oficio de la prostitución fue la única posibilidad de conseguir un ingreso ante la falta de trabajo. La inserción en esta actividad estaba ligada a la necesidad de crear opciones (respuestas inmediatas) frente al desempleo. Así lo expresa Viviana en la entrevista:

“Para mí es una necesidad, porque tengo que ayudar a mis hijos, estoy separada, no tengo otra salida laboral, el país no me permite tener una salida laboral y no me queda otra opción. Es la más fácil y la que puedo traerle la comida a mis hijos.” (Viviana, mujer).

El profundo deterioro de las condiciones materiales de existencia en las que (sobre)vive este grupo de mujeres, producto de la falta de oportunidades objetivas de insertarse en un ámbito laboral estable y seguro, implicaron en algún momento la utilización de sus cuerpos

como último recurso para lograr la subsistencia. De esta forma, la prostitución como situación indeseada se constituye –en última instancia– en un real y potencial atajo contra la exclusión, cuando ya no quedan más opciones “*decentes*”¹⁵ a las cuales recurrir¹⁶.

El “origen” de las trayectorias, como la inserción en la prostitución de las travestis, es diferente de las mujeres en varios aspectos. Para las travestis pobres entrevistadas, cuyas edades van de los 18 a los 32 años, la adopción de una *performance* distinta se constituye en un hito, en un punto de inflexión que tiene consecuencias en los distintos ámbitos sociales que transitan: la escuela, el trabajo, el barrio, la familia. Esto deja huellas indelebles en las subjetividades, experiencias y relatos.

Las trayectorias laborales de este grupo de travestis se inscriben en un contexto familiar adverso, no sólo relacionado con un proceso de creciente empobrecimiento generalizado, sino también por las “reacciones” familiares (que la mayoría de las veces se traducían en agresiones físicas y verbales) frente a la percepción de que sus hijos no eran “normales”, situación que más tarde significó la feminización del cuerpo, los gestos, la voz y la indumentaria. Esto muchas veces termina con el alejamiento de sus familias para vivir solas, con otras travestis o, durante un período momentáneo, con algún otro familiar. En este sentido, relata María Eugenia:

“A veces me da bronca porque yo tenía papá y mamá en esa época y nadie se hizo responsable, quiere decir que yo soy como un perro en la vida ¿no?, mi papá me echó, de ese año ya estaba en la calle, si le decían su hijo que es puto murió, eso es lo que quería mi papá siempre: decir que yo me morí, bah, siempre estuve así para ellos.(...) Cuando se murió yo pensaba por qué mi padre me hizo eso, por qué nunca me comprendió a mí, (...) y él

15 Entrevista a Mercedes, mujer.

16 Distintos estudios señalan que existen dos situaciones donde la vulnerabilidad es especialmente notoria: los hogares encabezados por mujeres, con hijos pequeños, y los hogares de personas mayores. El aumento en la proporción de hogares encabezados por mujeres es un hecho destacado en numerosos estudios. “(...) *Si en relación con las mujeres profesionales de los sectores medios el hecho de encabezar un hogar con sus hijos puede ser el resultado (a menudo elegido) del aumento en la tasa de divorcio que refleja una mayor autonomía y libertad, en las clases populares muchas veces se trata de situaciones de abandono y violencia. En estas condiciones, el resultado, casi indefectiblemente, es la pobreza –a veces extrema– de las mujeres y sus hijos. La feminización de la pobreza implica que hombres y mujeres experimentan la pobreza de maneras diferentes. La amplia gama de estereotipos y discriminaciones a la que están sujetas –desigualdad de oportunidades en educación, empleo y acceso a crédito y a capital– implica que las mujeres tienen menos oportunidades y mayores dificultades para salir junto a sus hijos de la pobreza en la que están atrapados. La pobreza acentúa la desigualdad de género, y frente a la adversidad, las mujeres son las más vulnerables.*” (Jelin, 2000: 99-100).

sintió bronca, claro que el primer hijo varón: puto. Él (hace referencia al padre) quería que yo finja que sea hombre cuando no lo sentía... estaba como rayada, acabada, vestida con la ropa de hombre, normal, ahí en mi casa, si me dejaba las uñas de mujer largas ya me las cortaba él.” (M. Eugenia, travesti).

El alejamiento familiar es potenciado por la experiencia escolar. En el caso de las travestis, el abandono escolar a temprana edad se encuentra relacionado con procesos de estigmatización derivados de la percepción de algo “raro” por parte de sus compañeros de escuela, si bien no concurrían a la escuela vestidas de mujer, los compañeros leían en su *performance* general signos de “sexualidad desviada”, lo cual las volvía fijas candidatas a burlas verbales y agresiones físicas por parte de los compañeros. El resultado de esas experiencias escolares se va traduciendo en sucesivos fracasos en el aprendizaje, que funcionan como factores de “desenganche” que van constituyendo la antesala de un abandono definitivo de la escuela y la educación. Situación que, sin embargo, se recriminan o añoran años después.

“En el colegio, bueno a esa edad ya todos son más grandecitos, me cargaban, me llamaban ‘mariposón’, me daba mucha vergüenza... un día le digo a mi compañero ‘¿por qué me cargan?’, ‘por eso, lo otro’ (Dana comienza a llorar) que hacés con las manos así, que te movés así... ya era tanto la cargada y la burla, esa lengua viperina... me fui, me fui del colegio, me fui del séptimo grado.” (Dana, travesti).

En la reconstrucción de las experiencias laborales de este grupo de travestis, tendríamos que distinguir un antes y un después, que se encuentra íntimamente relacionado con el momento de “hacerse” travesti¹⁷, punto de inflexión que implica un quiebre¹⁸ en las trayectorias, que se observa no en el cambio de signo de la trayectoria sino en la reducción aun más tajante en las probabilidades de conseguir trabajo, lo que tiene correlato directo en las

17 En ese sentido, cabe diferenciar el transformismo del travestismo. El transformismo, como género artístico requiere vestirse con ropas, adornos, recurriendo a “correcciones” o “trucos” para “personificar” al sexo opuesto. En el travestismo, se da una serie de transformaciones corporales más permanentes. El trabajo de construcción de esa identidad involucra la manipulación de una serie de marcas de género (modulación de la voz, apariencia corporal, gestualidad, ropas). (Sívori, 2004:21).

18 De esto no se infiere directamente que la ausencia de este quiebre hubiera posibilitado la conformación de una trayectoria laboral estable, lo que estaría jugando ahí es la condición de clase, que se traduciría en la escasez de oportunidades laborales en general, y en particular para sectores con baja calificación.

condiciones de vida de estos grupos. En un primer momento, en ausencia de una *performance* directamente femenina, consiguieron trabajos precarios, inestables, pocos calificados y con bajas remuneraciones (de limpieza, en un restaurant, de lavacopas), que remiten a una débil y precaria inserción laboral que atenta contra la posibilidad de conformarse en el punto de anclaje para algún tipo de construcción identitaria y que da cuenta del progresivo distanciamiento respecto de los atributos tradicionalmente asociados al trabajo. En un segundo momento, ya habiendo adoptado una *performance* corporal distinta, experimentan un horizonte de reducidas posibilidades en el cual es imposible vislumbrar algún atisbo de certeza con respecto al futuro laboral, agudizando la situación de pobreza e inestabilidad laboral en la que están inmersas. Saben que sus oportunidades para tentar una mínima suerte en el mundo del trabajo son reducidas, producto, entre otras cosas, del rechazo a emplear a las travestis en los trabajos que realizan la mayoría de los miembros de la sociedad. El distanciamiento del hogar familiar, el abandono de la escuela y la elección de una apariencia femenina¹⁹(que significa el abandono definitivo de las prendas masculinas, la elección de un nombre “femenino”), son el contexto en el que se produce el ingreso a la prostitución.

En los relatos de las entrevistadas, el ingreso a la prostitución²⁰, aparece relacionado con la imposibilidad de encontrar un trabajo en el cual sean aceptadas con la *performance* que adoptan, “*por discriminación*”. En otros casos, ya ni siquiera buscan, sabiendo de “antemano” que no conseguirán nada²¹. Las entrevistadas

19 Que implican el uso de adornos y prendas y la adopción de signos corporales femeninos. Al respecto, el trabajo realizado por Richard Ekins (basado en 17 años de trabajo de campo, realización de historias de vida con travestis y gente que cambió de sexo), muestra las distintas fases de la carreras de “feminización de los hombres” [*male-femaling*], desde “comenzar a feminizarse” hasta “consolidar la feminización”.

20 Cabe destacar que la mayoría de las travestis que residen en la Ciudad de Buenos Aires viven de la prostitución, siendo en efecto un porcentaje mínimo el de aquellas que tienen otras actividades laborales. Según un estudio descriptivo exploratorio elaborado por la Defensoría del Pueblo de la Ciudad de Buenos Aires y la Asociación de Lucha por la Identidad Travesti y Transexual (ALITT), realizado en base a 147 encuestas a personas travestis en el año 1999, el 89% de ellas trabaja en prostitución. El resto, encuentra su fuente de ingresos a través de la familia o de la pareja (9%), del trabajo de peluquería (1%), de la actividad autónoma (3%) o de otras actividades no especificadas (3%). El 1% restante de las encuestadas no contestó la pregunta.

21 Si objetivamente no existen posibilidades de inserción laboral para las travestis, subjetivamente muchas de ellas llegan a creer que es verdad que a ellas no les corresponden los puestos de trabajo que tienen la mayoría de los miembros de la sociedad, entonces ¿para qué buscar?, ¿buscar qué? Hecho

enfatan que “*siempre se dan cuenta*”²² de su condición de travesti y esto tiene consecuencias inexorables: la denegación del trabajo. Haciendo referencia a la dificultad para conseguir trabajo:

“Si no hay para la gente normal entre comillas que dicen que son normal, menos va a haber para nosotros que nos viven reprimiendo cada dos por tres, vas a la panadería te discriminan, vas al almacén te discriminan, imagínate si van a decir ‘vamos a sacar un plan para sacar a los putos de la calle’. No está hecha la ley para nosotros.” (M. Eugenia, travesti).

Por lo que el grupo travesti para ser aceptado en cualquiera de los empleos previstos por el sistema productivo, debe acomodarse a la *performance* heterosexual, a partir de lo cual debió buscar en las lindes del mercado, una forma de supervivencia acorde a la identidad que se quería representar. La suma de los rechazos de las que son objeto en los distintos espacios sociales no les deja oportunidades de pensarse sino a través del prisma de su devaluada condición de “travestis-trabajadoras sexuales”, acaso el único vector de su identidad social. Un sistema que las excluye y margina —no sólo económica, sino también simbólicamente— lleva a las travestis a construir su espacio prostibular como fuente de supervivencia, como intersticio a partir del cual poder sobrevivir y en el cual la *performance* asumida no sea rechazada.

La experiencia de la prostitución: las dos caras

Para ambos grupos, la prostitución como estrategia de subsistencia, significó el “fácil” acceso a cierto bienestar económico, destacándose como ventaja la inmediatez del cobro en efectivo. El poder disponer de entradas diarias suele ser un paliativo importante en un contexto de escasos o nulos ingresos. Las entrevistadas señalan como atrayente la rapidez en la obtención del dinero, que está relacionado con la imperiosa necesidad de generar ingresos

que permite comprender que la potencial sanción social devaluadora de los otros, interiorizada, tiende a coincidir con la autopercepción, por lo general vergonzante, que tienen de sí mismas, notándose muchas veces el paso de la “estigmatización” a la “autoestigmatización”. No es fácil recibir con insistencia determinados mensajes y no sentirse de alguna manera merecedora de ellos, sobre todo cuando se experimenta a través de discursos, prácticas e instituciones, que los cuerpos y los nombres legítimos son otros.

22 Entrevista a Dana, travesti.

para sobrevivir, garantizando de esta forma el acceso a los bienes más elementales y posibilitando a su vez ampliar el consumo y mejorar las condiciones de vida propias y del resto de la familia. Cuando se refieren a aquello que quieren tener, no siempre se restringen a las necesidades consideradas básicas o de subsistencia, como la comida, sino que incluyen otras como: ayudar a la madre, pagar un impuesto, pero también comprarse ropa, cerveza y hasta realizar un viaje.

“Para mí trabajo es, me levanto temprano, a las siete de la tarde ya me maquillo, me paro en la vereda de la esquina, cruza un tipo, cinco pesos y ya tengo para la comida, un trabajo, yo voy hago el servicio y el tipo me paga.” (M. Eugenia, travesti).

“Ejerciendo la prostitución te deja plata, te deja mucho más de lo que sacás en una fábrica, obviamente te deja bastante más pero es mucho más difícil. Lo que ganás en un mes lo ganás en una noche. Es mucha la diferencia.” (Laura, mujer).

“Cerramos nuestros ojos y decimos plata, plata, plata, así sea un viejo que se cae a pedazos, plata, plata. Porque sé que después con eso le compro un par de zapatillas a mi hija.” (Viviana, Grupo Focal).

“Es rápida, es cómoda porque sé que puedo hacerlo en una hora, en media hora y ya puedo volver con mis hijos.” (Mariela, Grupo Focal).

Cabe destacar que la “facilidad” es un término relativo, ya que implica por un lado la “probabilidad” de la rápida obtención de dinero, objetos para consumo personal, el acceso a ciertos bienes y servicios; y por otro lado, también es sinónimo de que “*se van con tu plata, con lo que vos podías juntar en la noche*”. Está siempre latente la “probabilidad” de volver a casa sin nada, por la escasez de clientes, por los robos, por la disminución de las tarifas. Para ambos grupos, la actividad fue mostrando cada una de sus caras: por un lado la atracción por los “aranceles” de la prostitución, por otro las desventajas asociadas a los riesgos de la actividad, que están relacionadas según los relatos de las entrevistadas, con estar expuestas a la violencia de los clientes, a los maltratos físicos y psíquicos por parte de la policía y a las burlas de los vecinos. Si bien comparten esta situación con las mujeres, generalmente son las travestis el flanco principal de estas agresiones debido a las modalidades de trabajo que adoptan (lo que está relacionado con los espacios físicos en los cuales desarrollan la actividad: la calle).

“La policía nos roba a nosotras y los chorros nos roban a nosotros, pero nosotros no podemos robarle a nadie porque... nosotros vamos a una almacén y nos roban, nos quieren cobrar más caro de lo que vale el producto... y entonces ¿quién paga los platos rotos?: el travesti.” (Dana, travesti).

“En la calle vos te subís a un coche y no sabés si vas a volver, a mí casi un día me mataron a golpes.” (M. Eugenia, travesti).

Las mujeres, a diferencia de las travestis, mayoritariamente suelen trabajar en “pubs” o “privados”. Esto está relacionado con que para las mujeres, la actividad es motivo de ocultamiento y por ende la desarrollan en espacios en los que puedan de alguna forma manejar la discreción y el disimulo, con el fin de que ni sus hijos, ni familiares más cercanos se enteren de la actividad que efectivamente realizan. También en sus relatos justifican su elección de estos lugares como una manera de prevenirse del peligro de la calle, de la represión policial, de los robos y una forma también de “asegurarse” la vuelta a sus hogares.

“(...) trabajan en lugares privados que se cuidan muchísimo, porque la mayoría tienen chicos, se tienen que resguardar mucho porque son el sostén de la familia, y entonces, no se arriesgan a nada. No se arriesgan a nada porque son los chicos que esperan, así que ellas tienen que volver...” (Belén, mujer).

Cabe destacar, que el grupo mujeres respecto del grupo travesti, se encuentra en una mejor posición en relación con el monto de las tarifas, con la suerte que corren con la policía, con los lugares en los cuales trabajan. El grupo de mujeres entrevistadas enfatiza a lo largo del Grupo Focal, “marcas” reconocibles e indicadoras de una situación socio-económica mejor en cuanto a las condiciones en las que desarrollan la actividad.

“Hay chicos así como ellos que por cinco pesos tienen que hacer algo completo, es así. Nosotras, cinco pesos no, mi amor pero ni la bombacha me bajo, porque un par de medias finas me sale tantos pesos.” (Viviana, Grupo Focal).

“Mirá a dónde llegamos de estar tan cansadas de estar presas. Porque a nosotras nos meten en un cuartito y llega a venir una barra de Boca. A nosotras nos ponen con hombres.” (M. Eugenia, Grupo Focal).

“Por ahí tenés un violador y los (haciendo referencia al grupo travesti) metieron con un violador. En cambio a nosotras no. Nosotras (haciendo referencia a las mujeres) tenemos más suerte en ese sentido.” (Viviana, Grupo Focal).

Las mujeres, como únicas responsables por el ingreso familiar en su rol de jefas de hogar, deben articular la carga habitual de las tareas domésticas, el cuidado y la crianza de los hijos junto con su trabajo. Organizan su vida y las ocupaciones del hogar de manera tal de poder cumplir con su doble rol de trabajadoras y madres de familia (actividad productiva y reproductiva). Aquellas que tienen hijos y no pueden entregárselo a alguien para su cuidado salen a trabajar mientras sus hijos duermen para estar con ellos en el momento de despertar. De este modo, las presiones cruzadas que recaen sobre estas mujeres, se traducen en un conjunto de esfuerzos económicos, laborales y domésticos, intentando conciliar –no sin conflicto– los discrepantes roles de madre durante el día y “mujer de la noche”, donde el secreto, la discreción y el disimulo se constituyen en un recurso fundamental para ellas, lo que da origen a una “doble vida”.

La prostitución es considerada un trabajo, en el sentido que es un medio para la obtención de recursos=ingresos. Sin embargo, no es considerada un trabajo “normal”, “decente”, en el sentido de que no es fuente de respeto y dignidad, sino por el contrario fuente de sanción, desprestigio; tan es así que debe ser “ocultado”, mantenido en secreto ante las relaciones familiares más próximas.

En palabras de Laura:

“...sí se podría decir trabajar entre comillas. No tener que haber dicho para mantener a mis hijas me tuve que prostituir, no es un orgullo.” (Laura, mujer).

El trabajo formal está relacionado con la inserción en una ocupación respetable y reconocida socialmente, que implica no sólo una forma de obtener ingresos sino también una forma de construcción de respeto y dignidad. En los relatos de las mujeres ambos elementos aparecen disociados. Se valora la actividad en tanto y en cuanto provee de recursos, medios para la subsistencia, pero no se constituye en una fuente de prestigio ni de derechos.

Las características “sexuales” del trabajo contrastan con las de otros trabajadores, el significado que asume el trabajo para este grupo no está relacionado ni con la seguridad ni con la percepción de derechos laborales, garantías y menos aún con el prestigio. Las entrevistadas no consideraban como un “trabajo normal” la actividad productiva que efectivamente realizaban. En el pasado reciente, el empleo formal era un terreno de experiencia de derechos sociales y laborales. Nada de esto se insinúa siquiera en los relatos de nuestras entrevistadas; el trabajo, contrariamente a un espacio

de experiencia de derechos sociales es un terreno de aprendizaje de las desigualdades e injusticias del mundo y de la calle.

En el caso de las travestis, se dejan entrever valoraciones a las que no se asocian sólo razones económicas. Los motivos económicos son sólo una de las explicaciones posibles, ya que para las mismas la prostitución no es únicamente una práctica que se restringe a atender una necesidad económica como lo es para las mujeres prostitutas. Para el grupo de mujeres, las obligaciones económico-familiares, con frecuencia vinculadas a la maternidad y/o el cuidado de menores a cargo, que no tienen las travestis, las conducen a ejercer la prostitución de manera diferente. Ninguna otra opción que la de la prostitución se abre a las travestis para conseguir dinero. Como consecuencia de la misma intolerancia y discriminación/exclusión, la prostitución es también el único espacio “permitido” para actuar la identidad que han elegido. Y la escenificación de esa identidad se arma con un vestido y una apariencia física que son diferentes para mujeres y travestis en prostitución, a partir de lo cual el escenario prostibular parece ser el único posible para la actuación de la identidad travesti en este contexto de pobreza.

“A diferencia de las mujeres en prostitución, las travestis invierten todos sus esfuerzos en el ritual de preparación, en proyectar en la calle los signos de una feminidad elegida pero que, a diferencia de las mujeres, no puede expresarse en otros sitios que no sean los vinculados al comercio sexual (...)” (Fernández, 2004:101).

Las travestis, a diferencia de las mujeres consagran largas horas del día a una serie de actividades cuyo resultado expresivo será proyectado luego en la calle. El vestido, la apariencia, el maquillaje, los gestos y las posturas de las travestis son el producto de una cuidadosa tarea de “producción”²³ que insume horas de paciente trabajo, aun cuando las condiciones materiales para la realización de la misma sean de una carencia profunda. Parte de la práctica prostibular para el grupo travesti consiste en la “preparación” antes de “salir a hacer la calle”. Este tiempo para “maquillarse”, para “montarse” está relacionado con la necesidad de tapar los rasgos de masculinidad, como la barba, el cabello, la depilación. La

23 Hay que tener en cuenta que este grupo de travestis pobres no han podido acondicionar sus cuerpos, lo que se traduce en la carencia de piezas dentales; imposibilidad de acceder a cirugías para implantarse siliconas en los senos y los glúteos; para comprar pelucas y demás accesorios; o para acceder a buenas sesiones de depilación, todo ello debido a carencias materiales extremas.

prostitución en la calle es el espacio en el que las travestis encuentran un sitio donde vivir cotidianamente su identidad, espacio en el que, además, obtienen dinero. Gran parte de las travestis opta por salir a la calle en el transcurso de la noche. Los motivos que ellas atribuyen están vinculados, por un lado, al tiempo que deben invertir en su arreglo personal, mayor que en el caso de las mujeres y, por otro lado, a las ventajas que proporciona la noche en lo que a apariencia física se refiere. A diferencia de la luz del día, la noche permite el ocultamiento de aspectos corporales tales como la barba o el excesivo maquillaje que pretende disimularla.

En la actualidad

En la actualidad, la mayoría de las mujeres entrevistadas ha dejado la prostitución. Dos situaciones parecen haber influido en esta decisión: la edad de sus hijos, a partir de la cual cada vez se hace más difícil mantener en secreto la actividad que efectivamente realizan, y por otro lado la decadencia del cuerpo/su propia edad. Para las mujeres la actividad prostibular es momentánea, no se perfila como una actividad duradera en el tiempo, y esto como lo dijimos anteriormente está relacionado con la presencia de los hijos; de manera contraria, para las travestis la actividad prostibular implica una actividad que tiende a extenderse a lo largo del tiempo, aunque es posible articularla con otras actividades.

Los itinerarios laborales de estas mujeres se caracterizan por enmarcarse en procesos de empobrecimiento, presentando un mayor distanciamiento-desconexión con respecto al mercado de trabajo. Desde estas posiciones, los canales de ascenso económico y social se tornan difusos. Actualmente, el modo de satisfacer las necesidades²⁴, de hacer frente a este contexto es a través de la combinación de los recursos provenientes de distintas fuentes: el trabajo remunerado y no remunerado de sus miembros, las transferencias de instituciones formales reconocidas para este fin

24 Es decir, cuando la familia y el hogar tienen dificultad en la capacidad de mantener a sus miembros, los comedores populares, así como los programas de distribución de alimentos y las redes informales de ayuda mutua, son ejemplos de respuestas sociales y colectivas para hacer frente a la situación. Dada la persistencia y el agravamiento de las situaciones de pobreza extrema, los comedores infantiles de Cáritas y otros organismos no gubernamentales se presentan como oportunidades para satisfacer las demandas básicas de alimentación. (Jelin, 2000: 103).

(fundamentalmente el Estado, a través de pensiones y servicios), la ayuda de organizaciones sociales “solidarias” y las redes de ayuda mutua entre vecinas y parientes. Ha cobrado relevancia creciente para estos hogares los planes de asistencia social en la obtención de recursos. La mayoría de nuestras entrevistadas mujeres reciben “Planes Jefes/Jefas” y “Planes Trabajar”²⁵ y sus hijos y/o nietos participan en comedores comunitarios para garantizar por lo menos alguna de las comidas diarias. Sin embargo, las escasas posibilidades de acceso a un empleo estable siguen siendo una constante.

De esta forma, la visualización del futuro está relacionada sobre todo ya no con ellas, con su situación, sino con la esperanza de que sus hijos no vivan lo mismo que ellas. Imaginan, en el mejor de los casos, una sucesión de puestos de baja calificación y magros ingresos, todos inestables. Pero sobre todo el futuro está asociado al futuro de sus hijos/as, “*que lleguen a ser profesionales*”. La educación como el acceso a un trabajo estable, como medio legítimo para el ascenso, mantiene su lugar imaginario en los relatos de las mujeres.

Las travestis entrevistadas, en la actualidad, siguen ejerciendo la prostitución, mechando muchas veces esta actividad con pequeñas “changas”, como cuidar chicos de algún vecino, lavar ropa de alguna amiga travesti. Los circuitos laborales de las travestis, circunvalarían un círculo cerrado: prostitución-changas. Si bien algunas sueñan con poder trabajar de otra cosa, dejar la prostitución, la calle, otras lo perciben como un hecho casi improbable y de difícil concreción. El futuro está asociado con el abandono de la actividad, sin embargo, es más una expresión de deseo que la realidad misma. La configuración del escenario futuro se presenta para este grupo en particular sumamente precario y frágil, no hay elementos que nos den a entrever que el futuro podría ser otra cosa de lo que ya es. Y se traduce en la esperanza, común, de no vivir toda la vida de esto. En este punto no se detecta variabilidad en los testimonios. La percepción de futuro está relacionada con el alejamiento de la prostitución, no con tener otro trabajo sino con el hecho de abandonar la calle. A eso se reduce la perspectiva de futuro.

25 Durante la última década, han proliferado una serie de intervenciones estatales focalizadas que cobraron una creciente centralidad para la reproducción de la vida de éstos (y otros) segmentos ocupacionales, ante la creciente imposibilidad de ingresar en el mercado de trabajo y la reducción de los ingresos. Sin duda, estamos en presencia de intervenciones que de ningún modo resuelven los problemas que enfrentan los hogares descritos.

La prostitución aparece como una situación, que ellas desearían fuera transitoria. Porque por más que las condiciones estructurales cercenen las posibilidades de “salir de la pobreza” siempre hay un imaginario, una fantasía de “zafar” de la calle, de la prostitución. Desde la perspectiva de los actores no hay “pobreza estructural” fija, como un estado terminal e inmóvil. Así, ellas sueñan con tener otro trabajo: lo mejor sería ser empleada doméstica. Pero saben que es casi imposible. En sus aspiraciones de trabajos futuros, se dejan entrever los límites objetivos de sus posibilidades:

“Los límites objetivos se convierten en sentido de los límites, anticipación práctica de los límites objetivos adquirida mediante la experiencia de los límites objetivos, *sense of one's place* que lleva a excluirse (bienes, personas, lugares, etc.) de aquello de que se está excluido.” (Bourdieu, 2002:482).

Nuestros casos se inscriben en un proceso de socialización y de búsqueda de supervivencia en un periodo caracterizado por la desestructuración del mundo del trabajo, que impacta diferencialmente en la subjetividad y en las acciones de las mujeres y las travestis en cuestión. Las prácticas de subsistencia descritas dan cuenta de un claro proceso de intensificación de procesos de marginalidad laboral, donde la precaria y frágil inserción en el mercado de trabajo se traduce en el empeoramiento de las condiciones de vida de las mismas. Y que impide imaginar alguna movilidad ascendente futura. De esta forma, ven frente a ellas un horizonte de precariedad duradera en el que es imposible vislumbrar algún atisbo de carrera laboral. Todos los aspectos calificantes y socializantes del mundo laboral están restringidos por la cantidad y la calidad de las ocupaciones a las que acceden. Desprovisto de sus atributos tradicionales, describimos un mundo laboral precario que no brinda recursos estables ni experiencias laborales tradicionales.

Procesos de estigmatización derivados de la prostitución en el barrio

Sostenemos que desarrollar en el ámbito territorial una actividad que asume características “sexuales” y que es sancionada socialmente constituye un hecho que tiene consecuencias importantes y diferenciales para distintos aspectos de la vida social de estos grupos. En este sentido, los procesos de marginalidad laboral y

segregación territorial en los cuales se inscriben nuestros casos, no pueden ser comprendidos del todo sin tener en cuenta los procesos y efectos de estigmatización, relacionados con las características “sexuales” del trabajo, que pueden ser particularmente severos en determinados contextos: familias, barrio, escuelas, lugares de trabajo, sistemas de salud; como las capacidades diferenciales de gestión del estigma en ambos grupos²⁶. En nuestra sociedad, la prostitución constituye una práctica que es motivo de estigmatización²⁷, discriminación y exclusión. La prostitución por lo general es objeto de ocultamiento ante redes de relaciones interpersonales muy significativas para las entrevistadas. Los padres, los hijos (y sus compañeros de colegio), la pareja (y sus amigos), y los integrantes del vecindario aparecen como un conjunto de vínculos imprescindibles para el desarrollo emotivo de la vida cotidiana y, al mismo tiempo, como un auditorio dispuesto a sancionar el carácter sexual de la actividad que realizan y las consecuencias referidas al honor que de él se derivarían. El temor ante esa probable reprobación social las conmina a desplegar una serie de estrategias de ocultamiento. Sin embargo, habría que mencionar ciertas especificidades, en cuanto a las distintas fuentes de estigmatización²⁸ y su intersección, en ambos grupos.

Mientras para el caso de las mujeres el “origen” del estigma está relacionado con la actividad que realizan —la prostitución—, una conducta sexual que se considera inapropiada para las normas de género, en el caso del grupo travesti el “origen” del estigma está dado por la *performance* que asumen, es decir por “hacerse travesti”,

26 Para un análisis más exhaustivo sobre la gestión del estigma entre mujeres y travestis en situación de prostitución, véase Meccia, Metlika y Raffo (2005).

27 Erving Goffman utilizó el término “estigma” para hacer “referencia a un atributo profundamente desacreditador”, aclarando de inmediato que “lo que en realidad se necesita es un lenguaje de relaciones, no de atributos. Un atributo que estigmatiza a un tipo de poseedor puede confirmar la normalidad de otro y, por consiguiente, no es ni honroso ni ignominioso en sí mismo”. (Goffman, 2001:13).

28 Parker y Aggleton (2002) sostienen que los procesos de estigmatización operan también relacionados con una serie de formas de estigmatización y exclusión preexistentes o independientes, reforzando su impacto y efectos. Es decir, el estigma vinculado a conductas de género socialmente inaceptables se puede encontrar cruzado con la estigmatización sexual y la estigmatización relacionada con el VIH, de maneras mutuamente reforzadas, creando un círculo vicioso difícil de romper. La intersección entre distintas formas de estigmatización se refuerza en grupos socialmente estigmatizados previamente, ya sea por la pobreza, por la identidad u orientación sexual que adoptan.

al que se le suma el estigma de la prostitución. La asunción de una conducta y práctica sexual “desviada”, no normativa y diferente de los patrones hegemónicos existentes, que se visualiza en la adopción de un cuerpo no heterosexual, es producto de sanción. Esta *performance* a su vez es vinculada con la prostitución, siendo ésta fuente también de estigmatización. Se va constituyendo un campo complejo de estigmatización en el que el estigma derivado de la prostitución y el estigma relacionado con la *performance* corporal diversa apenas pueden ser separados. Cuál funciona antes o después ya no es importante, lo que cabe remarcar es la sinergia entre distintas fuentes de estigmas que se refuerzan entre sí.

Las mujeres, como portadoras de un signo ilegítimo pero que no es inmediatamente perceptible por los otros, tienen la posibilidad de poner en juego estrategias de presentación de sí mismas para que quede obturada la emergencia de la información que puede desacreditarlas. Esta capacidad de disimular, encubrir, constituye un mecanismo de protección, del que carecen, por ejemplo, las travestis. El miedo frente a la hipotética revelación de la actividad que efectivamente realizan/aban opera como una causa de vergüenza personal frente a los hijos, los vecinos y la familia. De esta forma, las mujeres cuando ejercían la prostitución, intentaban que el lugar de trabajo estuviera desligado de su lugar de residencia, es decir que no existiera conexión relacional ni geográfica entre ambos espacios, por miedo a que sus hijos se enteraran. Sin embargo, cuando esto no era posible sucedía que los clientes también solían ser los vecinos, y los encuentros casuales en el barrio, a la vuelta de la esquina, en la verdulería, en la puerta del colegio de sus hijos, cuando se tomaban un taxi, eran ocasiones en las cuales ellas debían poner en práctica estrategias de simulación para mantener el “secreto”.

“O te pasa que siempre algún conocido te encontrás en la calle, y de dónde lo conocés mamá y quién es. (...) pero la gente es discreta, es muy discreta. Bah, no les queda otra, me pasó una vez con un remisero de la esquina de mi casa, cuando me vio ahí creo que se shockeó tanto como me shockeé yo. Yo quedé así y él me dijo nosotros nos conocemos, sí le dije yo te conozco a vos, a tu señora, como diciendo vos abris la boca yo le digo a tu señora. A la gente como que no le conviene decir nada tampoco.” (Laura, mujer).

En el caso de las mujeres, de resultar exitoso el ocultamiento de esa parte del día, la calidad y la cantidad de sus relaciones interpersonales y sociales en general no diferirán de las de un

miembro común de la sociedad. Esta gestión del estigma les permite a las mujeres volver a intentar reinsertarse en algún trabajo “normal”, ser beneficiarias de algún plan social y en las interacciones cotidianas en el barrio no “sobresalir” por sobre el resto de los residentes.

El caso de las travestis difiere en varios aspectos, siendo el primero a destacar el hecho de que su estigma sea directamente perceptible y muy sancionado. Inundando de inmediato los círculos de relaciones interpersonales más cercanos (en particular su familia), de ahí que muy a menudo ellas decidan vivir solas o en compañía de otras travestis. Mientras que las mujeres, al tratarse de un estigma “discreto” que, al poder gestionarse posibilita mantener relaciones sociales heterogéneas; las travestis, poseen un estigma, una “marca” que es incontestablemente visible. En relación con un miembro “común” de la sociedad, las redes de sociabilidad de las travestis son, en calidad y cantidad, considerablemente menores, y muchas veces las relaciones se restringen a los distintos actores del mundo de la prostitución: las mismas compañeras, sus clientes, los ladrones, la policía.

Se desprende de los relatos anteriores que tanto las mujeres como las travestis no sólo son conscientes de estas percepciones, sanciones sociales que caen sobre ellas asociadas al carácter “sexual” del trabajo, sino que sus vidas e interacciones cotidianas suelen verse afectadas por ellas. El barrio aparece atravesado por redes de intercambio y circulación de información integradas por los vecinos, kiosqueros, dueños de almacenes, a partir de las cuales se construyen estereotipos: “los jóvenes de la esquina”, “los vagos”, “las putitas” “los trabas”. Numerosas micro-situaciones, que se referencian en el barrio, dan lugar a procesos de etiquetamiento y clasificación de grupos a partir de atributos que carecen de legitimidad y reconocimiento social; que en el caso que nos atañe, estarían articulando las características sexuales del trabajo (sobre todo en el caso de las mujeres) y la puesta en escena de *performances* corporales “anómalas y desviadas” (en el caso de las travestis) con sentimientos de “vergüenza” o “sensaciones de rechazo y discriminación”.

“Nos re-basurean, yo me llamo María Eugenia: ¿cómo?, vos te llamas Cacho, y esa es la primera. Y si te ven con un tipo de la mano ya empiezan a reírse, a burlarse, y ‘gato’ y te dicen de todo.” (M. Eugenia, travesti).

Frente a la pregunta si se sentía discriminada en el barrio Mayra responde:

“Sí, sí, pero no me doy por aludida, te dicen ‘puto’, te dicen de todo, te miran... yo voy en la mía... te dicen ‘eh Maradona... vamos a jugar un picadito, necesitamos un arquero ahí...’” (Mayra, travesti).

En efecto, lo primero que se escucha al dialogar con las travestis es un discurso signado por la estigmatización en el barrio, una supuesta exclusión de la vida barrial que llevaría a pensar en una ausencia total de relaciones. El análisis de las prácticas y de las negociaciones cotidianas entre los actores muestra una realidad distinta. Unas y otros conviven cotidianamente en el barrio.

“Yo voy a un almacén y ‘¿qué va a llevar señora?’; mientras pague... pero si necesito algo dicen ‘no, no puedo’, pero después el comentario ‘mirá este puto de mierda, quería fiado’, y si me choca un auto, me tira culo para arriba, ‘ay pobre mujer, pobre chica’... después empiezan cuando se dan cuenta lo que soy y todos se van riendo ‘era un puto, era un puto’, ni una ambulancia llaman.” (Dana, travesti).

Las relaciones con el vecindario, si bien están marcadas por la discriminación ante la percepción cotidiana del estigma, son en algún punto ambiguas: no tienen necesariamente tanto carácter opresor como las vividas en la familia o en la escuela. Probablemente ello se relacione con el hecho de verlas todos los días, esto es, que la cotidianidad de los contactos (por las calles, en los kioscos o los almacenes) le quite “agresividad” a una *performance* corporal distinta.

“Mayormente hablo con el señor del almacén de la esquina que te conocen de toda la vida porque si no sos así, que no te conocen, al travesti no se le habla.” (Dana, travesti).

No obstante, ellas saben que en realidad los vecinos les dispensan “tolerancia”, es decir, que el buen trato tiene un plazo fijo, podrá durar hasta tanto ellas se comporten y sigan comportándose bien, hasta tanto sigan haciendo lo imposible para ser “discretas”. En ese sentido, “si la tolerancia implica el respeto de la libertad del otro, de sus maneras de pensar y de vivir, ella significa al mismo tiempo admitir la presencia del otro a regañadientes, la necesidad de soportarlo o dejarlo, sencillamente, subsistir. La tolerancia no equivale pues a la aceptación ni al reconocimiento social.” (Pecheny, 2001: 6). Las relaciones de este grupo de travestis con su entorno

barrial están atravesadas por fuertes tensiones, que no se dejarían englobar en un juicio simplista de exclusión barrial sino en un complejo entramado de múltiples negociaciones que van desde el distanciamiento hasta la obtención de beneficios compartidos.

Otro aspecto que diferencia al grupo travesti del grupo de mujeres en relación al estigma, está relacionado con la vinculación directa de la identidad travesti con la prostitución. La asimilación entre ser travesti y ser prostituta, aspecto que no se encuentra en el grupo de mujeres, instala una serie de consecuencias que son importantes de remarcar. Por lo que aun cuando no ejercen la prostitución son “vistas” como prostitutas. En ese sentido, son detenidas por la policía aun cuando no están trabajando en la calle. Si bien es obvio que, lógicamente, la identidad travesti y la prostitución son cosas completamente distintas, también es cierto que según el contexto cultural, las dificultosas oportunidades de supervivencia de estos actores han demostrado que tal asociación tampoco fue del todo arbitraria y causal. Las travestis, en situación de prostitución o no, serán detenidas por la policía o, a riesgo de ello, deberán recurrir al pago ilegal de una cantidad de dinero. En la práctica policial, travestismo y ejercicio de la prostitución son una sola cosa. En ese sentido, el delito que les concierne ya no será el de ser prostitutas sino travestis.

Haciendo referencia a la policía:

“Te ven comprando, te ven caminando, te llevan.” (Daniela, Grupo Focal).

“Porque las mujeres están en la parada y si viene el policía me corre a mí, ellas pueden ser unas señoras con chicos. Nosotros estamos las mujeres de este lado y allá nosotros y ellos van a las travestis. Nosotros somos la que más la ligamos, nosotros vamos a la cárcel, nos cagan a palos, nos hacen la maldad, nos roban la plata.” (Mariela, Grupo Focal).

“Al travesti lo definen degenerado, asqueroso, mal visto y que lo definen último: trabajador de la calle.” (Daniela, Grupo Focal).

Para concluir, cabe destacar, que aun quienes sufren los procesos de estigmatización y discriminación son muchas veces también sus agentes activos. Lo que denominamos “prostitución” no se presenta para las mujeres y travestis de manera unificada ni indiferenciada sino que, por el contrario, vista desde adentro, surgen matices, sensibilidad a las diferencias y modestas señales que articulan minuciosas prácticas de distinción. En la realización del Grupo Focal, se hicieron evidentes las estrategias de diferenciación que

se escenificaron en la forma que adoptaron las mujeres para “nominar”²⁹ a las travestis, recurriendo constantemente a la utilización de términos masculinos³⁰.

Pudimos comprobar que cuando los grupos de mujeres y travestis discriminados a su vez discriminan ponen, en marcha estrategias de defensa: desvalorizar a los otros –particularmente a quienes comparten la propia situación social– es una manera de afirmar imaginariamente que la propia “cotización” mejora en un mercado invisible pero existente de valores y prestigios relativos (reivindicar su condición de mujeres, sus tarifas más altas, etc.). Admitir que se es discriminado, estigmatizado significa, en cierto modo, aceptar que hay algo malo en uno, por lo menos para la mirada ajena. Por lo cual se ponen en funcionamiento estrategias de desplazamiento del estigma: los discriminados discriminan. Las formas que asumen estas acciones/prácticas son las de definir y constituir a un “otro”, utilizando muchas veces terminologías que asumen características estigmatizantes, tornándose discriminadores respecto de otros grupos sociales supuestamente menos favorecidos.

Frente a la pregunta de si participan en alguna actividad del barrio:

“Hay una asamblea barrial un martes, y mi vecina no me dice cuándo es la asamblea barrial, no sé, yo me entero por otro lado que es el martes. Se quejan de la luz y yo me quejo de que el basurero no me levanta la basura. Yo me levanté a la mañana y tengo la basura afuera. Voy y le digo por qué no me invitan a mí a la asamblea barrial, si yo soy de acá del barrio, nací en el barrio, no soy un inquilino. A mí me da bronca, este es otro tema, está lleno de paraguayos mi barrio, puto sí pero argentino, vos sos paraguayo.” (Mariela, Grupo Focal).

29 Las nominaciones descalificadoras a las que apelan, ya sea los vecinos, policías y las mismas mujeres, se constituyen en formas de nominar pero también de establecer separaciones y de inferiorizar a los “otros”. Las estrategias de delimitación se llevan a cabo mediante una desvalorización lingüística referida a prácticas, conductas y gustos de aquellos a quienes se percibe como diferentes o amenazantes. La importancia de la acción de nominar cobra en estos casos una dimensión tangible, ya que el acto (aparentemente falto de sentido) de decir una cosa u otra (en este caso un nombre femenino o masculino) es precisamente el límite que, según la percepción de las travestis, marca la diferencia entre la discriminación o el reconocimiento hacia el otro. La ambivalencia en la utilización de simples términos como “el” o “la” abarca las distintas instancias de la vida familiar, educacional, laboral y social del grupo de travestis estudiado.

30 Ejemplos de esas afirmaciones: “Y los peores son ellos, los que más riesgos corren son ellos.” (Viviana, Grupo Focal) “Ellos tienen mucha más persecuta que nosotras las mujeres. Y así como nosotras mujeres, peores son ellos, porque la que más feo la llevan son ellos.” (Miriam, Grupo Focal).

Sin embargo, frente al estigma no advertimos estrategias identitarias de contestación del estigma en ninguno de los dos grupos. Se manifiestan en algunos casos formas individuales de resistencia pero que no llegan a organizarse de forma colectiva. Puede notarse, en los testimonios transcriptos más arriba, un ambiguo grado de percepción de los derechos ciudadanos y una escasa (casi nula) organización colectiva³¹ para protegerse de las arbitrariedades de la policía y de quienes tanto se le parecen: los ladrones. En paralelo a la adversa valoración social de las personas o los grupos que tienen características distintivas, algunos de ellos se han organizado y reclamado integración, manifestando que, justamente aquello que la sociedad rechaza es para ellos fuente de derechos y reconocimiento. En el caso estudiado, no se observan estrategias colectivas que tiendan a transformar “el estigma en emblema” (Margulis, 1999:149).

La vida en el barrio

Nuestro estudio de caso fue llevado a cabo en un barrio con alta concentración de pobreza en el Sur del Gran Buenos Aires, en el partido de Florencio Varela. Florencio Varela pertenece al Gran Buenos Aires y forma parte del segundo anillo del Conurbano, a 25 km al sur de la Capital Federal. La localidad de Florencio Varela se caracteriza por la baja densidad de población y la homogeneidad en su composición social, con absoluto predominio de los sectores pobres, siendo el municipio con el índice de pobreza más alto en el Conurbano bonaerense (Saravi, 2004). Al respecto, en nuestro trabajo nos interesa indagar los procesos sociales que se desenvuelven al interior de ciertos “espacios/territorios de relegación” (espacios en los que las privaciones se acumulan y refuerzan), caracterizados

31 En ese sentido, cabe destacar que la situación del grupo estudiado difiere sustancialmente de las experiencias recolectadas por Josefina Fernández (2004), las cuales se centran en el estudio del “travestismo organizado” en la Ciudad de Buenos Aires, reconstruyendo las luchas que desplegó este colectivo en pos de cierta visibilidad social y de la conquista de derechos. La experiencia de las travestis organizadas les ha permitido transformar su autoimagen y desplegar la posibilidad de una identidad construida fuera del mundo del ejercicio de la prostitución como medio de sustento y escenificación de sí mismas, impugnando la violencia simbólica e interpelando aquellos esquemas dominantes que las han conducido a auto percibirse y apreciarse según una imagen desvalorizada.

por altos niveles de desempleo, subocupación y progresiva desconexión del mercado laboral (Auyero, 2001:46). Los mismos serán examinados como el telón de fondo sobre el que se inscriben las prácticas, trayectorias y representaciones del grupo de mujeres y travestis en situación de prostitución bajo estudio.

Desde Retiro, en la Ciudad de Buenos Aires, lleva dos horas y un colectivo y tren para llegar al Barrio Chacabuco, localizado a 20 cuadras de la Estación Florencio Varela, en el Gran Buenos Aires. Ahí donde termina el asfalto comienza el barrio, con calles de tierra y casas humildes, de material algunas, de chapas otras. Cada casa generalmente está rodeada por un jardín, no se encuentran distribuidas en el terreno unas sobre las otras, ni se observan pasillos estrechos y zigzagueantes. Aun en medio de una absoluta precariedad, puede observarse que en el barrio muchas de las viviendas se parecen más a una casa que a la casilla de una villa³².

Las mujeres y travestis que entrevistamos pasan gran parte del tiempo en sus barrios, siendo el escenario cotidiano de sus acciones. Es donde sus hijos van a la escuela, donde realizan las compras diarias, es donde a veces trabajan, donde se cruzan con sus potenciales “clientes”. Allí tienen sus familias, amigos y vecinos. En la descripción del barrio³³ que realizan los entrevistados se dejan entrever valoraciones y percepciones que muestran que el barrio no es meramente el espacio donde se reside. El barrio como espacio de relación e interacción social, representa el lugar donde tienen lugar los encuentros, interacciones y relaciones sociales locales. Sin embargo, las características que asumen estas prácticas sociales dependerán de varios factores: el clima –de seguridad o inseguridad, violencia o amistad, reconocimiento mutuo o indiferencia– que predomine moldeará las características de las interacciones y relaciones que se construyen en estos espacios

32 Sobre un estudio pormenorizado de las diferencias entre asentamientos, villas y barrios populares, véase Merklen (1991).

33 El espacio urbano, no es un mero ámbito físico despojado de significación. La idea de espacio urbano hace referencia no sólo al terreno, en tanto soporte físico de la vivienda, sino también a un significado social, en el sentido de que el lugar en el que se vive implica un conjunto de relaciones sociales y no otros. Y finalmente, posee un significado cultural, ya que es tan importante el tipo de vivienda como el barrio y la ciudad, en la construcción de la identidad urbana. Es decir, la vivienda se localiza en un punto de la ciudad, sus habitantes se piensan en un barrio, con determinado tipo de interacciones, en vecindad con unos y sin la presencia de otros. Para una descripción en profundidad sobre el tema, véase Merklen (1997).

locales. Sin embargo, ya sea que estas relaciones se basen en la cooperación o en el conflicto y las interacciones se sustenten en la amistad o en la indiferencia recíproca, el barrio constituye un espacio de prácticas sociales, cercano e inmediato, a partir de lo cual asume una particular relevancia en las experiencias y condiciones de vida de quienes participan en él. Las prácticas sociales que allí se generan pueden constituir la base para desarrollar acciones colectivas, para el intercambio de bienes, información y otros recursos, para efectuar contactos, para generar y mantener determinadas normas sociales y jerarquías. El barrio puede ser una fuente importante de capital social, cultural, pero también puede ser fuente de estigma, de no-reconocimiento, de conflicto, de aislamiento y segregación.

La transformación de la vida del barrio en la última década asume características específicas: los vínculos que solían unir a los residentes de este barrio con el funcionamiento del resto de la sociedad mediante su participación en el mercado de trabajo y en el sistema educativo se han deteriorado drásticamente. Los procesos anteriormente mencionados de desestructuración del mercado de trabajo impactan fuertemente en estos espacios en donde los desempleados y subempleados se concentran en mayores proporciones. Los relatos dejan entrever una situación generalizada en el barrio de ausencia de trabajo (estas apreciaciones tienen como referencia un pasado no muy lejano, caracterizado por una mayor propensión a la obtención de empleos), en la cual se hacen palpables las dificultades laborales, no sólo de las mujeres y travestis, sino también de sus vecinos, familiares e hijos.

“Yo creo que nadie está mejor ahora. Antes por lo menos uno, qué sé yo... había trabajo. Vos te ibas a trabajar cama adentro, por hora o por lo que sea, vos salías y conseguías. Y ahora no consigues ni la mujer ni el hombre. En este momento, o sea uno sale a la calle y te encontrás con todo con la misma situación. Ehhh salís en la calle y bueno... que me pasa esto, que me pasa aquello, que no tengo trabajo. Estamos todos en la misma situación.” (Mercedes, mujer).

Quizás sea Dana quien mejor caracterice el “paisaje” de buena parte de la vida diaria en el barrio: la sensación de que la violencia, la inseguridad y la desconfianza se transforman en un evento cotidiano e inevitable, la ausencia de servicios urbanos, que se traducen en el reclamo de mayor iluminación, de asfalto, de medios de transporte. La imagen preponderante es la del barrio como

una especie de isla dentro de la ciudad, es la de estar socialmente aislados.

“El otro día sentada en la esquina de mi casa con una amiga, mirábamos el barrio a la noche, que estamos como treinta años atrás, prácticamente en el barro, porque no completaron el asfalto, la luz, de terror, deprimente... moneda corriente... vivimos ya un caos, una desconfianza entre unos y otros... un miedo, una psicosis total. (...) Si no hay una ambulancia cuando necesitás una emergencia a un familiar, mi madre sin ir mas lejos un día llamó al 107, no vienen, el otro día se cayó un señor en la vereda no se sabe si estaba vivo, si estaba muerto, se cayó de la bicicleta, llamé al comando radioeléctrico... y no vinieron, llame a las doce de la noche, a las dos de la mañana... ni vinieron.” (Dana, travesti).

Los relatos dan a entender que ha habido una transformación de la vida del barrio, que en un pasado no muy remoto algo “era distinto” y donde la cuestión de la inseguridad en la actualidad se torna prioritaria.

“De día y de noche roban. A mi vecina sin ir más lejos le entraron a la casa, le robaron. Le robaron todo y no una vez. Le robaron tres veces. Y uno va sabiendo quiénes son los pibes, va y le hace la denuncia pero los policías como que... dice bueno quédese tranquila y de ahí te dejaron... volvó a tu casa. Y quedo ahí. Estás indignada con todo, con la policía, con lo político, con todo. Está terrible, la calle está terrible. Antes uno salía y salía con todo una seguridad, ahora no. Te da miedo de salir a la calle. Antes yo salía, ponele me iba a la casa de mi hermana, ahora no. Ahora no quiero salir. Si no salgo con mi hija o mi hijo, vamos y venimos juntos. Pero la casa no la dejo sola nunca. Dejo a alguien siempre en mi casa.” (Mercedes, mujer).

Los relatos ilustran la sensación de temor e inseguridad entre los vecinos, que permea toda la atmósfera de la vida en el barrio e impacta en las rutinas básicas, como no dejar la casa sola. La mayoría de las entrevistadas, tanto mujeres como travestis, han experimentado situaciones de robo en sus propias casas y dan cuenta de la presencia en el barrio de grupos de jóvenes que cobran “peaje” para circular por determinadas esquinas. El peaje, su forma más habitual, es la de un grupo de jóvenes que bloquea un área de pasaje obligado en la vía pública y exige a los transeúntes dinero para dejarlos pasar.

El clima de inseguridad que domina la experiencia diaria y las rutinas de la mayoría de los habitantes de este barrio proviene no sólo de otros habitantes (no sólo los jóvenes que cobran peajes), sino

también de la violencia estatal que se hace presente en la figura de la policía. En el barrio, según las entrevistadas, se observa una mayor presencia policial por aumento de la delincuencia, sin embargo su existencia no brinda seguridad a los residentes del barrio. La mirada desconfiada hacia la policía reside en la suposición de que *“trabajan con ellos (chorros-ladrones) y de que no hacen su trabajo. Ellos saben quiénes son y no hacen nada”*³⁴. Las relaciones sociales microsociales que se dan en el espacio del barrio pierden previsibilidad, quebrándose ciertas certidumbres. En un sentido más general, estos procesos hacen que no se sepa qué se puede prever, qué se puede esperar del “otro”: ni de la policía, ni de los propios vecinos.

En este sentido, los relatos de las mujeres entrevistadas dejan entrever que en la actualidad ya no salen del barrio en busca de trabajo, sino que hacen de él su territorio de acción, de búsqueda. Es allí donde encuentran recursos, contactos para vivir o sobrevivir. Cabe destacar, para el caso de las mujeres, que los efectos y consecuencias de los procesos de marginalidad laboral se tradujeron en la imposibilidad de traspasar los límites del barrio. Si en el pasado, con ingresos suficientes, realizaban desplazamientos generales por fuera del barrio de residencia, en la actualidad los mismos se han reducido producto de situaciones de creciente contracción monetaria y por la falta de trabajo. Situación que las obliga a buscar oportunidades laborales dentro del ámbito barrial. En el caso de las travestis, el proceso parece adoptar un sentido contrario: siempre estuvieron en el barrio, haciendo coincidir “lugar de residencia” y “lugar de trabajo” y haciendo visible la ausencia de oportunidades de traspasar los límites barriales.

En la actualidad el barrio se constituye en un ámbito de realización de un heterogéneo conjunto de actividades económicas, en tanto espacio económico vital para la reproducción material de ambos grupos. En este sentido, en el contexto de pobreza extrema en que desarrollan sus recorridos, las mujeres y travestis entrevistadas, saben que la búsqueda de oportunidades laborales se circunscribe a los límites del barrio. Todo podrá conseguirse (o no), pero siempre en el barrio³⁵.

34 Entrevista a Mercedes, mujer.

35 Estos fenómenos ponen en evidencia condiciones de creciente segregación espacial y la crisis de las oportunidades de movilidad social para estos grupos. Véase Katzman (2005) y Arraigada (2004).

El barrio aparecería como un espacio de repliegue, de refugio tanto para las mujeres como para las travestis. Mientras para las mujeres el barrio se constituye en el espacio de búsqueda donde, a partir de la gestión “discreta” del estigma, intentarán reinsertarse en un “trabajo normal”, accederán a planes sociales, a pensiones del Estado; para las travestis, el barrio es el espacio en el cual sobreviven, donde es posible encontrar “los clientes” a la vuelta de la esquina. Convirtiéndose en un espacio de refugio y contención frente a la imposibilidad de acceder al mundo nocturno del espectáculo urbano debido a que no han podido acondicionar sus cuerpos para competir en el mismo y no teniendo otra salida laboral que la “baja prostitución” en las áreas marginales cercanas a sus lugares de residencia.

El barrio es posiblemente uno de los pocos ámbitos donde queda algún sentimiento de pertenencia comunitaria, pero también donde se sufren el estigma y la sensación de exclusión y abandono. De esta forma, las dos caras del barrio se hacen presentes en los recorridos cotidianos de mujeres y travestis en situación de prostitución. En ese sentido, podríamos concluir que alrededor del barrio se aglutinan significados y prácticas sostenidos por los distintos actores sociales bajo estudio, que referencian parte de su vida social en él: como espacio de la reproducción social material, como referente de identidades sociales distintivas. Pero también el barrio³⁶ es, o parece ser un indicador de los procesos de segregación en el uso del espacio urbano. Los casos estudiados quedan “marginados en la periferia del sistema”, tanto en lo económico-laboral (indicador de quienes quedan fuera del sistema formal de empleo y de sus coberturas sociales), en lo político, y en lo espacial-urbano (que apunta a quienes quedan al margen del derecho al uso digno de la ciudad y sus servicios, por el lugar que habitan: el barrio pobre).

36 Estos barrios, que desde un punto de vista externo parecen ser comunidades cerradas y autocontenidas con reglas propias y autónomas, están más integrados al resto de la sociedad de lo que a primera vista parece. En ese sentido, los grupos estudiados no son distintos del resto de la sociedad, participan de ella, compartiendo representaciones, valores y normas de los cuales no pueden escapar. Si bien pareciera cristalizarse un proceso de aislamiento y desconexión, cabe destacar que las trayectorias y condiciones de vida y trabajo de los grupos estudiados no dejan de formar parte de la sociedad más general.

Consideraciones finales

El presente artículo ha querido evidenciar un conjunto de reflexiones sobre las condiciones de vida y de trabajo de un grupo de mujeres y travestis en situación de prostitución y pobreza en el Sur del Conurbano Bonaerense, en el partido de Florencio Varela. El objetivo del mismo fue visibilizar y producir información sobre el conjunto de comportamientos específicos que ensayan este grupo de mujeres y travestis en situación de prostitución –que no logran una inserción estable en la estructura productiva– para lograr “sobrevivir” en un espacio territorial determinado.

Estas condiciones remiten a fenómenos más generales afines (relacionados) con el avance de los procesos de pobreza y marginalización que se fueron produciendo en la Argentina, y que están interrelacionados con las profundas transformaciones en las últimas décadas en la estructura social de nuestro país. Este contexto compone y configura el escenario sobre el que se recortan las múltiples formas que asumen las prácticas laborales de los miembros de los sectores populares, y que constituyen verdaderos “refugios” para la sobrevivencia en un mercado de trabajo cada vez más complejo, y en un marcado proceso de descomposición de las relaciones desarrolladas en función del trabajo asalariado estable. Nuestro trabajo ha asumido el estudio de estas experiencias en función de la descripción de las trayectorias laborales del grupo de mujeres y travestis, los procesos de estigmatización derivados de la actividad que realizan y la significancia que adquiere el barrio en los procesos de marginalidad laboral.

Las experiencias laborales de ambos grupos parecen signadas por la inestabilidad y la ausencia de los elementos tradicionales asociados al trabajo. En efecto, para ambos grupos se trata, por lo general, de experiencias laborales desprovistas del contenido socializador que se atribuyó tradicionalmente al trabajo. La ausencia de experiencia de una socialización laboral previa según los parámetros del sector formal, arraigada a los sentimientos de respeto y dignidad tradicionalmente asociados al trabajo y a un contexto de pobreza, facilitan la inserción en la actividad prostitutar³⁷. En esta configuración la prostitución se constituye en

37 De ningún modo sostenemos que la crisis del trabajo se constituye en la causa exclusiva del ingreso a la prostitución. Es posible abordar el tema teniendo en cuenta otras variables de un fenómeno multicausal.

un evento transitorio/momentáneo para el caso de las mujeres, y definitivo y duradero para las travestis. En relación a sus vinculaciones con el mundo del trabajo, lo primero más evidente es la escasez de oportunidades laborales en general y en particular para mujeres con baja calificación. Y lo segundo, las dificultades que experimentan/encuentran los sujetos cuya orientación sexual diversa constituye la (sin) razón de ominosas marginaciones (que no sólo se hacen presentes cuando se intenta acceder al mercado, sino cuando se presenta el momento de enfrentar a la familia, de ingresar a la escuela, acceder a la salud).

Una vez definidas las características específicas que asumen ambos grupos con respecto a la prostitución, nos centramos en los procesos de estigmatización derivados de la actividad que realizan en distintos espacios sociales, identificando qué consecuencias pueden derivarse de la posesión del estigma “trabajadora sexual” en un contexto de pobreza tanto para el grupo de mujeres como para el grupo de travestis. En este sentido, una evidencia importante de destacar son las capacidades diferenciales de gestión del estigma en ambos grupos. Mientras para las mujeres el origen del estigma está relacionado con la actividad que realizan/ban, y la no evidencia del mismo les permite poner en juego estrategias de encubrimiento, para las travestis, se configura en un estigma permanente con dificultad para su gestión, debido a que inunda todos sus ámbitos sociales en los cuales transcurren sus recorridos. La nula posibilidad de gestionar el estigma visible, se percibe en la dificultad para realizar prácticas cotidianas, como por ejemplo la posibilidad de caminar por la calle, subirse a un colectivo, sentarse en un bar, donde siempre están expuestas a la mirada pública (heterosexual), volviéndose candidatas fijas a agresiones verbales y físicas. A diferencia de las mujeres en situación de prostitución, las travestis no tienen opción en cuanto a la visibilidad, la sola presencia de esos cuerpos, inmediatamente perceptible por los “otros”, hace que las estrategias de gestión de la diferencia sean limitadas. Es decir, la adopción de una apariencia femenina cuando biológicamente se es hombre, es “desde ya” objeto de sanción y esto, por cierto, trae consigo consecuencias inexorables en la configuración de sus itinerarios cotidianos, familiares, educacionales, laborales y sociales.

Por último, en relación con el espacio barrial, no es sólo donde se reside sino que adquiere una importancia vital como lugar

desde donde reproducir la existencia a partir del ejercicio de la prostitución o como espacio donde conseguir fuentes de recursos: como comedores comunitarios, changas, o planes. El espacio barrial asume una función polivalente, en el sentido de que se convierte en un espacio de “refugio” y de “repliegue”, donde los desplazamientos por fuera del barrio, ya sean para obtener trabajo/contactos extra-barriales se encuentran limitados.

La conjunción de estos factores ligados a su actual condición laboral reduce sus oportunidades de movilidad social a un círculo territorial muy pequeño que no pueden trascender, pudiendo aparecer las historias de estas trabajadoras como una clase más de “confinamiento territorial” de la pobreza. Uno de los elementos primordiales que se desprenden de las evidencias recolectadas –y que cabe destacar– es que las prácticas de subsistencia que llevan a cabo estos grupos se encuentran cada vez más localizadas territorialmente y cada vez más desvinculadas del mercado de trabajo.

Si bien están lejos de ser concluyentes, los resultados de este ejercicio sugieren la conveniencia de investigar más a fondo la relación sobre dos procesos que parecen estar afectando a este grupo en particular: el debilitamiento de los vínculos de los trabajadores menos calificados con el mercado de trabajo urbano y la creciente concentración de esos grupos en barrios con alta densidad de pobreza. Creemos que un análisis³⁸ de este tipo permitiría comprender algunas de las consecuencias sociales de las crecientes desigualdades socioeconómicas y simbólicas, y los mecanismos que nutren, sostienen y reproducen la pobreza urbana contemporánea.

38 En este sentido, habría que profundizar los estudios que exploren los efectos del entorno social de los lugares de residencia sobre las oportunidades locales de trabajo, las posibilidades de acumulación de capital social y los procesos de estigmatización en juego. Ambas circunstancias confluyen en ubicar a estos grupos en una situación aun más desventajosa respecto al resto de la sociedad, dificultando enormemente la posibilidad de salir de la pobreza en la que están inmersos.

IV.

DE ESQUINAS Y REBUSQUES

LOS JÓVENES LIMPIAVIDRIOS DE UN BARRIO DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES¹

Esteban Bogani y María Florencia Graziano²

Presentación del tema y planteo del problema

Hoy en día simplemente basta con transitar la ciudad para encontrarse con personas recolectando residuos, vendiendo golosinas en las esquinas o mendigando en transportes públicos, entre otras cuestiones. Estos viejos y nuevos oficios relativos a los pobres invitan a la reflexión sobre si dichos sujetos expresan una continuidad de formas marginales de más larga data o si, por el contrario, se trata de nuevos desplazados o, en su defecto, de excluidos sociales. Hay en torno a ello un debate, y éste adquiere un claro sentido, luego de la crisis de 2001, a propósito del crecimiento de estos grupos sociales.

En un contexto en el que los “rebusques”, se presentan como una manifestación concreta de esos modos de sobrevivencia, este artículo se detiene en el análisis de un segmento específico de este sector de la población. En particular, se trata de los jóvenes que limpian los parabrisas de los automóviles en las calles de la Ciudad de Buenos Aires.

En este artículo se procura, entonces, entender y descifrar las condiciones de existencia material de dichos jóvenes, sus ingresos y trayectorias laborales, sus vínculos con otros actores y sus perspectivas a futuro. Para ello recupera las propias voces y miradas de

1 La versión que aquí se publica –con algunas modificaciones– fue publicada bajo el mismo título en el Informe de Coyuntura Laboral Laboratorio, publicación del Programa Cambio Estructural y Desigualdad Social. Año 7, Número 17/18, Invierno/ Primavera 2005, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

2 Esta investigación contó, para la realización del trabajo de campo, con la colaboración de Claudia López Barros.

este grupo de jóvenes debido a que son de interés, en este sentido, las derivaciones objetivas y simbólicas que imponen estos modos de sobrevivencia sobre el “mundo de vida” de los propios sujetos (Schütz y Luckmann, 1974).

De acuerdo a lo anterior resulta de interés responder los siguientes interrogantes: ¿Cómo emergen y se reproducen, cómo sobreviven, estos sectores que realizan actividades improductivas desde el punto de vista del proceso de acumulación? ¿Cuáles son las condiciones de vida y las estrategias de supervivencia de este conjunto de sujetos que construye su realidad social sin los parámetros del sector formal? ¿Qué efectos ocasionan estas restricciones materiales sobre sus representaciones y sus prácticas ciudadanas? ¿Cómo son interpelados por los medios de comunicación y la opinión pública? ¿En qué medida a partir de ello se sienten parte de “un todo” social?

La posibilidad de recuperar las perspectivas y vivencias de los propios actores, permite avanzar en la caracterización de su situación social y laboral y en la comprensión de las representaciones y valoraciones que tienen de su trabajo, de sus condiciones de vida y de las relaciones sociales que sostienen con otros actores sociales.

Este artículo está organizado del siguiente modo; en el primer apartado, se precisan algunos aspectos vinculados a la metodología utilizada para recabar información sobre los jóvenes limpiavidrios. En segundo lugar, se introduce un panorama respecto de cómo es visualizado, y en consecuencia tratado, este sector de la población por los medios gráficos de comunicación y, en particular, el Estado. En el tercer punto, se enumeran los hallazgos surgidos como producto del contacto e intercambio con estos jóvenes. Para concluir, se efectúan algunos comentarios sobre este grupo social y su vinculación con el resto de la sociedad.

Metodología

En este apartado se describe sucintamente el abordaje metodológico llevado a cabo con el propósito de atender a los interrogantes que dieron origen a este estudio sobre “limpiavidrios”.

Hay que considerar, ante todo, que el segmento socio-ocupacional de los limpiavidrios comparte con otros (mendigos, cartoneiros, etc.) la particularidad de constituir un universo difícilmente identificable y, por tanto, reconstruible en términos de cantidad de

integrantes y localización de los mismos. En este sentido, surgió como una primera incógnita saber cuántos son los limpiavidrios en la ciudad de Buenos Aires. En el orden de las respuestas se encuentran solamente aproximaciones nada rigurosas, producto del tratamiento periodístico de esta cuestión³. Esto supuso entonces la necesidad de adecuar la estrategia de intervención a la naturaleza del fenómeno. Este tipo de actividad se caracteriza por la alternancia de “paradas” y horarios que llevan a cabo los jóvenes limpiavidrios⁴. Por lo que se optó por conocer esta forma de “sobrevivencia laboral” a partir del estudio de algunos integrantes de este grupo social, contactándolos en su lugar de trabajo.

De lo anterior se desprende que el conjunto de los entrevistados no constituye una muestra representativa del universo y, por lo tanto, las afirmaciones sostenidas en este artículo están acotadas a las personas entrevistadas no pudiéndose generalizar al conjunto de los limpiavidrios. En vistas de esta situación, se decidió utilizar distintas técnicas cualitativas de investigación, a saber, entrevistas individuales, grupo focal y observación no participante. Esto supuso en cada caso la elaboración de las correspondientes guías de pautas que facilitaron y ordenaron, en un primer momento, el trabajo de campo y, posteriormente, el análisis de la información en gabinete.

En primer lugar, se realizaron las entrevistas. En total fueron cinco, cuatro de ellas se llevaron a cabo en una misma “parada” y la quinta en otra con el propósito que funcione a modo de “control” respecto de las primeras cuatro. Estas dos paradas están ubicadas en la ciudad de Buenos Aires.

En paralelo a las entrevistas se llevó a cabo la observación. Esta tenía como objeto describir el modo de organización laboral de la limpieza de vidrios y las estrategias de ofrecimiento del servicio. En especial, a partir del uso de esta técnica, se pudieron conocer aspectos complementarios a los relevados en las entrevistas.

3 Antes de la crisis de finales de 2001, se contabilizaban cerca de 200 en la ciudad de Buenos Aires (*Clarín*, 13 de setiembre de 1998). En un informe de la CONAETI-UNICEF se menciona que sólo en la Ciudad de Buenos Aires existen aproximadamente 3.500 menores trabajando en la calle, de los cuales cerca del 49% se dedica a la mendicidad, de la que una forma es la limpieza de parabrisas (*La Nación*, 9 Mayo 2004).

4 Parada es la manera en que los jóvenes entrevistados designan al semáforo o grupo de éstos en los que trabajan habitualmente.

Por último, se llevó a cabo un Grupo Focal en el que participaron seis personas que –aunque pertenecían también a la primer “parada”– no habían sido entrevistadas con anterioridad. De esta manera, ascendió a once el número de personas con las que se interactuó en el trabajo de campo. Por causa de las circunstancias en que se llevó a cabo –la mesa de un bar cercano al lugar de trabajo de los limpiavidrios– este Grupo Focal asumió en determinados momentos características propias de una entrevista grupal y en otros permitió cierta dinámica propia de la técnica⁵.

Visualización y tratamiento del fenómeno “limpiavidrios”

Luego de la crisis de finales de 2001 el fenómeno de los “limpiavidrios”, al igual que el de los cartoneros, tomó una mayor notoriedad pública al verse las calles “inundadas” de grupos de marginales en su mayoría provenientes del Gran Buenos Aires, quienes, estaban tras la búsqueda de algún ingreso⁶.

En ese entonces la entrada en escena de los “limpiavidrios” fue acompañada, al menos, por tres hechos claramente identificables: a) una importante cobertura de los medios de comunicación, b) acciones tendientes a la prohibición de la actividad por parte de organismos estatales, en determinadas localidades y c) programas de asistencia social o compensatorios destinados a atender la condición social de los “limpiavidrios”.

Estos aspectos influyen en distinta medida sobre las acciones, elecciones y representaciones sociales de este grupo. Por esto mismo, y antes de dar lugar al estudio de los “limpiavidrios” como segmento socio-ocupacional segregado, cabe revisarlos aunque más no sea rápidamente. De hecho, una gran parte de la imagen que los jóvenes entrevistados tienen de sí mismos puede ser comprendida en el marco de las interacciones sostenidas con su entorno –incluyendo en éste a los medios de comunicación– y otros actores sociales.

5 En una entrevista grupal se tiende a recuperar las distintas opiniones de los integrantes de un grupo sobre un tópico en particular. En cambio, en un Grupo Focal, a partir de determinados disparadores (afirmaciones o hechos polémicos, por caso) se abre una instancia de discusión grupal (Grudens-Schuck *et al*, 2004).

6 Ninguno de los entrevistados residía en la ciudad de Buenos Aires.

Desde los medios de comunicación se contribuyó a instalar cierta mirada sobre los jóvenes limpiavidrios. En gran cantidad de oportunidades, éstos hicieron hincapié en la asociación entre limpiavidrios y delito. Esta relación tuvo distintos gradientes según fuera el medio de comunicación. En algunos casos, y como parte del propio registro periodístico, se aludió a los “limpiavidrios” con metáforas como aquellas del tipo “...son como un ejército... armados con esponjas y secadores... se mezclan con rapidez entre los coches y ‘atacan’ los parabrisas desde la parte trasera de los autos...” (*Clarín*, 2 de junio de 2000). En otras ocasiones, y dejando sutilezas a un lado, los medios fueron bastante más contundentes con sus afirmaciones como, por caso, aquel que sostenía que “... se sospecha que en el robo (a una mujer) ayudaron limpiavidrios...” (*La Voz del Interior*, 14 de agosto de 2004). Estas manifestaciones fueron *in crescendo* en número y contundencia; prueba de ello fueron las declaraciones de un especialista en temas de seguridad urbana quien, en oportunidad de su visita a la ciudad de Córdoba, relacionó a los limpiavidrios y a las prostitutas con “terroristas urbanos” (*La Voz del Interior*, 28 de octubre de 2004)⁷. En realidad, las anteriores manifestaciones, aunque fueron citadas a título ilustrativo, dan cuenta del tratamiento brindado, en general, por los medios de comunicación a este fenómeno⁸.

Este “sentir” de la opinión pública no tardó en concitar la atención de parte de quienes ocupan espacios de responsabilidad pública, en especial, en los gobiernos locales. De una rápida revisión de las políticas adoptadas surge que, en principio, las acciones tendieron a la prohibición de esta actividad laboral y luego, en algunos casos, esas mismas medidas fueron complementadas con programas de asistencia social.

De esta manera puede mencionarse que, en el mes de febrero de 2003, se promulga una ordenanza que prohíbe el trabajo de limpiavidrios callejeros en la ciudad de Mar del Plata (*La Prensa*, 9 de febrero de 2003). En agosto de 2004, sucede lo mismo en la ciudad cordobesa de Villa Carlos Paz. En este caso, dicha prohibición se hace extensiva a malabaristas y promotores que reparten volantes (*Clarín*, 18 de agosto de 2004). En la ciudad de Buenos

7 Se trata de Carlos Medina, estadounidense director del Manhattan Institute, organismo dedicado a temas de “seguridad urbana” y a la promoción de políticas de tolerancia cero.

8 Existen distintos estudios sobre este particular que pueden ser revisados en el caso de interés, como por ejemplo, el texto de Adissi, Grisel (2003).

Aires, según el artículo 42 bis del Código de Convivencia Urbana, la actividad no está reglamentada. Es decir, su ejercicio es ilegal. De hecho, existieron operativos que realizó el Gobierno porteño, la Fiscalía contravencional y la Superintendencia Metropolitana de la Policía Federal (*Clarín*, 2 de junio de 2000). Iniciativas de similar tipo se impulsaron en Olavarría, provincia de Buenos Aires (*El Día*, 19 de octubre de 2004) y la ciudad de Mendoza (*Clarín*, 18 de agosto de 2004; *Cuyonoticias*, 5 de julio de 2004).

Más allá de cualquier tipo de juicio valorativo que merezcan las medidas antes consignadas, las que de por sí contrarían los Derechos Humanos, lo cierto es que las mismas trajeron consigo grandes complicaciones para quienes encuentran en esta actividad su único sustento. Estos intentos del Estado por cercenar este tipo de prácticas, algo así como una moderna prohibición de la pobreza, tiene sus orígenes en atender un reclamo de las clases medias y de las clases medias empobrecidas, del que los medios de comunicación se hicieron eco. En este sentido es que pueden entenderse las columnas de opinión y demás artículos aparecidos en medios gráficos.

En el orden de las acciones compensatorias cabe distinguir a algunas puestas en marcha por esos mismos gobiernos, como resultó ser el programa dirigido a promover la inserción educativa, social y laboral de unos 250 limpiavidrios, implementado por la Municipalidad de Mendoza, Cámaras Empresarias, Gremios, el Gobierno Provincial y el Gobierno Nacional (*Cuyonoticias*, 31 de agosto de 2004; *Clarín*, 2 de septiembre de 2004)⁹.

En igual sentido, aunque desde el campo de las organizaciones de la sociedad civil, se dispusieron acciones para mejorar las condiciones de vida de este grupo poblacional. Prueba de ello es el trabajo llevado a cabo por la fundación La Luciérnaga de la ciudad de Córdoba¹⁰ que tiene un programa de inserción social de estos jóvenes. Éste consta de la comercialización de una revista; a cambio los jóvenes reciben un porcentaje por su venta¹¹.

En cualquier caso, estas experiencias pilotos más allá de sus buenas intenciones y logros nunca se generalizaron y, por ende, no dieron respuesta al conjunto de jóvenes limpiavidrios.

9 Se puede consultar también <http://www.trabajo.gov.ar/left/biblioteca/temas/temas123.htm>.

10 Para conocer más sobre esta fundación se puede visitar el sitio <http://www.laluciernaga.org.ar>.

11 Esta experiencia recupera aquella iniciada por la *Big Issue* inglesa.

En resumidas cuentas, el anterior *racconto* permite visualizar, aunque más no sea de un modo general, que la práctica laboral de los limpiavidrios no está exenta de situaciones en las que prima el desamparo frente a la opinión pública y el Estado. Prueba de ello es la estigmatización que sufren estos jóvenes, la que si bien no es objeto de este estudio debe ser considerada debido a sus implicancias cotidianas¹². De alguna manera, en este apartado se intentó delinear –aunque más no sea a grandes rasgos– el proceso de constitución social de ese estigma, el que surge a partir del intercambio entre los jóvenes limpiavidrios y su entorno (automovilistas, vecinos, policías, etc.) pero también a partir de la forma en que estos intercambios son transmitidos por los medios de comunicación. Este intercambio es, casi siempre, fugaz; cuestión que no hace otra cosa que reforzar el desconocimiento mutuo a partir del que se apuntalan representaciones incorrectas o, al menos, parciales sobre estos jóvenes. Este hecho, de una gran importancia, surge y es retomado en el análisis de la información surgida como producto de las entrevistas.

El estudio de los trabajadores “limpiavidrios”: hallazgos surgidos como producto del trabajo de campo

En términos generales, puede sostenerse que los entrevistados iniciaron sus experiencias laborales muy tempranamente en el marco de muy difíciles condiciones de vida y prosiguieron en condiciones también muy difíciles.

De un primer acercamiento a las trayectorias laborales de estos trabajadores surge una distinción entre aquellos que no accedieron al sistema laboral formal y los que sí. Estos, antes de llegar a ser limpiavidrios callejeros, ejercieron la mendicidad, alternada con otras actividades informales como vender estampitas en los colectivos, golosinas o flores en la vía pública, por ejemplo. En cambio, un segundo grupo, si bien por períodos muy cortos, tuvieron al menos un pasaje por experiencias de trabajo formales, por ejemplo

12 En relación a este aspecto cabe recordar que el estigma funciona cuando *“un individuo que podría haber sido fácilmente aceptado en un intercambio social corriente posee un rasgo que puede imponerse por la fuerza a nuestra atención y que nos lleva a alejarnos de él cuando lo encontramos”* (Goffman, 2001: 15).

en una empresa de recolección de residuos, en un supermercado, un frigorífico, etc.

En cuanto a las trayectorias laborales de los más jóvenes (entre 11 y 24 años de edad), sobre aquellos que siempre estuvieron “fuera” podríamos hablar de una especie de reconversión dentro de un grupo de actividades económicas. En ésta intervienen aspectos como la disposición geográfica –siempre son actividades callejeras– el dinero que obtienen –oscila entre \$15 y \$20 por día– y el tiempo que le dedican a la actividad –se trata, la mayoría de las veces, de jornadas extensas–. Es decir, es una suerte de reconversión dentro de un campo de similares actividades.

En cambio, los no tan jóvenes (entre 25 y 34 años) tienen *trayectorias erráticas*, en el sentido de que no responden a la idea tradicional de trayectoria laboral. Estuvieron y salieron del mercado de trabajo formal o protegido sin poder volver a ingresar nuevamente. En sus historias laborales, no hay carreras, ni progresos en términos de acceso a mejores puestos o retribuciones, éstas dependen más de las oscilaciones de la dinámica económica que del propio desempeño, esfuerzo, saberes y calificaciones. En las conversaciones esto surgió claramente, quien ingresó en un frigorífico como ayudante luego pasó, sin más, a vender pastillas en una esquina o aquel que pasó de limpiavidrios para trabajar en una carnicería (adquiriendo los rudimentos de dicho oficio) para luego volver a “caer” en la limpieza de vidrios.

Están, además de las trayectorias laborales, aquellos itinerarios vinculados a los espacios familiares y comunitarios, los que brindan los contextos de significados a partir de los cuales los propios jóvenes visualizan y entienden sus propias prácticas. Suele ser común –y las entrevistadas dan cuenta de ello– ocultar esta actividad a los familiares y miembros del barrio; sobre todo al inicio, ya que la informalidad de esta actividad hace que la mayoría de las personas, e incluso ellos mismos, no la valore como un trabajo (prestación de un servicio) sino que la perciba como una variante más de mendigar en la vía pública. En cuanto adquiere aspectos de una práctica laboral –cumplimiento de horarios, relación con otros, obtención de beneficios, etc.– estas primeras miradas suelen comenzar a revertirse. De todos modos, se mantiene cierta reserva al respecto aún cuando el ingreso de esos familiares o vecinos no diste en mucho del conseguido por limpiar vidrios. Persiste aún, quizás como legado de un mundo del trabajo fordista, cierta mirada sobre qué es un buen trabajo y qué no. La actividad que ellos

realizan está por debajo de los niveles de legitimidad de aquellas actividades que se desarrollan con algún grado de formalidad en el mercado de trabajo.

Por otro lado, este segundo tipo de recorridos vinculado a la familia y a los vecinos permite reconstruir los mecanismos de acceso a estas actividades. Gran parte de los jóvenes entrevistados comenzaron a limpiar parabrisas en las esquinas visitadas debido a que fueron familiares o amigos del barrio quienes facilitaron el acceso a la actividad, y muchas veces estas personas ya trabajaban allí donde ellos serían incorporados.

Descripción de la actividad

De la observación *in situ* del trabajo de los jóvenes limpiavidrios surgen algunos aspectos a destacar, por ejemplo, suelen trabajar en grupos de 2 o 3 integrantes. Existen al interior de cada grupo estrategias diferenciadas; algunos integrantes intentan llevar a cabo la mayor cantidad de ofrecimientos por cada cambio de luz de semáforo, en cambio, otros prefieren detenerse a “chamuyar” (convencer) a uno o dos automovilistas por cada corte de semáforo. En general, cada grupo suele tener integrantes de ambos perfiles, conformando así una estrategia de acción más integral y efectiva en términos de obtención de dinero.

Del Grupo Focal surgió que el hecho de repartirse en las paradas tiene que ver con una estrategia; si son muchos no logran juntar la cantidad de dinero que consideran necesaria. En los hechos, más de tres ya es mucho. Esta situación se resuelve cuando el que tiene más antigüedad en el lugar manda al resto a otra parada o se turnan, mientras unos descansan los otros trabajan.

Las tareas involucradas en el trabajo son relativamente sencillas y fáciles de aprender y no se necesitan más elementos que un balde, un secador y, en algunos casos, un poco de detergente. No obstante, hay ciertos códigos que respetar, no se puede “cortar el auto”. Es decir, si un joven se acercó a un auto y el otro se pone adelante, hay conflicto. Hay que respetar al integrante del grupo, este respeto se asienta en torno a la antigüedad y a la experiencia en la calle. Como quedó expresado en la interacción grupal:

“Ponele, hay unos cuatro, cinco limpiando vidrios que vienen, eh, que vienen todos los días o por ahí viene más, venían hace una bocha atrás, viste, no los podés echar porque ellos laburaban primero.” (Grupo Focal).

“Ponele que estamos laburando nosotros dos en una parada y yo le digo ese que viene ahí voy yo, y él va por ejemplo y me lo corta, y yo me enojo, y le corto otro auto.” (Grupo Focal).

También hay organización, por ejemplo, una fila cada uno.

“O sino hay tres filas, una fila cada uno va, y después nos turnamos en el otro semáforo.” (Grupo Focal).

Otra cuestión, por la que se separan, son los grupos de edades. Los grandes en un semáforo y los chicos en otro. Así lo expresan los participantes del Grupo Focal:

“Los chiquitos de un lado y los grandes de otro. Porque si hay un grande con los chiquitos la gente como que se persigue. Los mandan a los chiquitos... piensan que los mandan a los chiquitos a laburar para los grandes. Claro, que los grandes aprovechan y... o la gente piensa que el grande le saca las monedas al chiquito.” (Grupo Focal).

“Lo que tienen los pibitos es que luquean más. Porque la gente a ellos le dan, le dan, le dan sin limpiar.” (Grupo Focal).

Esta organización interna de la tarea suele ser acompañada algunas veces con retoques en la imagen que intentan transmitir a los automovilistas. Es una suerte de autovictimización, se pretende ser receptores de cierta caridad. Ezequiel comenta:

“Siempre algún chamuyo le metés: ‘tiene una moneda para la comida Doña, tengo una hija de dos meses.’” (Ezequiel, 16, parada de la calle Juan B. Justo).

En otras oportunidades “imponen” la limpieza del parabrisas de manera directa a los automovilistas. Como surgió en el Grupo Focal:

“Vengo corriendo, así cuando están distraídos, le paso todo el vidrio, cuando así ya lo estoy secando, o por ahí están de acá así hablando y buscando algo en la cartera... y ¡te dije que no!, ¡ya está muñeca, no te enojés!” (Grupo Focal).

Están quienes ven en este tipo de prácticas una suerte de modernas emboscadas urbanas. En verdad, y metáforas aparte, puede sostenerse que de este último aspecto se desprende un rasgo particular de este segmento de población informal que lo diferencia de otros como los mendigos de subterráneos o recolectores de cartón. Los jóvenes limpiavidrios “hacen jugar” ese estigma del que se saben portadores en esas pequeñas interacciones que tienen con los automovilistas. Es en esas ocasiones cuando muestran actitudes

signadas por distintos grados de violencia, en su mayoría verbal, la que, en ocasiones, suelen acompañar por posturas corporales. Estas manifestaciones casi nunca transgreden esta instancia. Esta suerte de distinción social del limpiavidrios se convierte, en un cambio de semáforo, en un hecho amenazante para el automovilista, ello permite a estos jóvenes acceder a un beneficio monetario.

De todas formas la duración del contacto con los automovilistas, es tan efímera que hace que las partes –la mayoría de las veces– se mantengan en el anonimato, que no sea posible la comunicación entre los actores, que no se establezcan vínculos sociales y que el intercambio, muchas veces a causa de ese desconocimiento, se torne violento. De hecho, esta actividad guarda una doble condición, por una parte, puede ser pensada como la prestación de un servicio –la limpieza de los parabrisas de los automóviles– mientras que, por la otra, también es visualizada como una invasión a la privacidad de las personas –en este caso, los automovilistas– quienes para negarse a recibir dicha prestación deben hacerlo en forma enfática y rápida para impedir el inicio de dicha limpieza.

Es de destacar, en este sentido, el alto número de rechazos de los automovilistas frente al ofrecimiento de parte de los jóvenes. Éste ronda cifras cercanas al noventa por ciento de los casos, ello suele ser compensado con jornadas de trabajo sumamente prolongadas. En las entrevistas se evidenció que el criterio de cierre de la jornada laboral no está dado por cumplir con una determinada cantidad de horas sino que, de un modo diferente, se rige por el hecho de alcanzar un monto mínimo de dinero. En algunas pocas situaciones se pudo verificar que los automovilistas realizan “pagos” sin esperar ofrecimientos ni requerir a cambio la limpieza de sus parabrisas.

Práctica cotidiana

En el espacio en que los jóvenes limpian los vidrios de los automóviles ellos también sostienen interacciones diarias con otros actores. Estas relaciones oscilan, según sea el actor en cuestión, entre la convivencia, casi podría decirse la cooperación, y el conflicto. En principio, los limpiavidrios se vinculan con vecinos cercanos a sus “paradas” –principalmente comerciantes–, otros limpiavidrios y el Estado, cristalizado principalmente a través de las fuerzas de seguridad, en particular, la policía.

En primer lugar, puede revisarse la relación con los vecinos. De hecho, cuando el puesto de trabajo es portátil (secador y balde) y el establecimiento en que se trabaja es un espacio público (la calle) la relación con los vecinos adquiere una singular importancia. Éstos pueden habilitar o interponerse en el desarrollo de las actividades. En esta relación, suele existir una primera etapa de aceptación y conocimiento mutuo. En palabras de un entrevistado:

“...empezamos a conocer la gente ya, la gente ya nos trataba bien. Porque sabían que no... no era... que no éramos quilomberos, que no hacíamos quilombo, nada, no le faltábamos el respeto a nadie. Siempre fuimos educados. Más por eso nos respeta la gente. Si no ya nos empiezan a hablar mal, ya no te dan mucha bola. Directamente ni te saludan...” (Juan, 18, parada de la calle Dorrego).

En algunos casos, y luego de transitado ese primer momento, se suelen entablar relaciones de cooperación o beneficio compartido. Así nos lo cuenta Carlos:

“...en el barrio nos conocen todos, me entendés... tantas veces dejaban los autos ahí, cuando estábamos nosotros nunca los robaban. A nosotros nos echaba la policía, venían y los robaban, mirá qué casualidad, me entendés. Y la gente a nosotros, la gente no, a nosotros no nos molestaba. Entendés nosotros a la gente menos. Para la gente es mejor que nosotros estemos porque no les robaban nada. Cuando nosotros no estábamos les robaban, me entendés...” (Carlos, 24, parada de la calle Juan B. Justo).

Este contacto con los vecinos, en ocasiones, permite acceder a otras actividades generadoras de ingresos, tal es el caso de un joven que alterna la limpieza de parabrisas de autos en su parada con la posibilidad de ayudar a fleteros –próximos a la misma– con el traslado de muebles. Por esta última actividad suele recibir más dinero que el obtenido en un día de trabajo en su parada. Otro caso fue el de quien obtuvo un empleo en una carnicería cercana a su parada. Estas oportunidades laborales, aunque resultan importantes en la opinión de los entrevistados, parecen no ser comunes en el resto del grupo de limpiavidrios.

En segundo lugar, se encuentra la relación que el grupo de entrevistados mantiene con otros jóvenes también limpiavidrios. Ésta es, por decirlo de algún modo, una relación entre supuestos pares donde, en verdad, el “nosotros” suele convertirse en un “los otros”. Este aspecto observado casi como una constante dentro de la información recabada en las entrevistas puede también estar

asociado al reflejo devuelto por los medios de la propia imagen, aspecto abordado en el anterior apartado. De alguna manera, los pares se presentan como “objetivizados”, por acción de los medios, y como se ha visto en este proceso entra la asociación entre práctica laboral y mundo del delito. En esto hay coincidencia en las opiniones:

“...¡No! Yo los compañeros que tuve siempre estuvieron legales, limpiando qué sé yo, siempre rebuscándosela. Pero... sí he escuchado pibes que habían robado, qué sé yo. Viste, se ponen en una esquina en vez de limpiar vidrios se ponen a robar...” (Juan, 18, parada de la calle Dorrego).

“...Viene la policía y te echa pero... como ya nos conocen, ya mucho no nos joden, porque saben que nos portamos bien, no somos zarpados, nada. Hay muchos que vienen a robar. Así como ves que hay pibes que vienen a limpiar... Se vienen a mandar cagadas y nosotros tratamos que no se las manden nomás...” (Juan, 19, parada de la calle Juan B. Justo).

“...nosotros venimos acá y necesitamos. Acá necesitamos que... ¿Hay veces que vienen y, y chorean? Sí, sí. Chabones, otros, viste. Nosotros los sacamos cagando...” (Carlos, 24, parada de la calle Juan B. Justo).

En realidad, el interés en estos comentarios –más allá de si son verdaderos o falsos– reside en que, en tanto percepciones, funcionan como un impedimento claro para definir un colectivo que sea algo más amplio que aquel que circunscribe el “nosotros” al compañero de parada.

Esta mirada respecto del par, de algún modo, también es una mirada sobre sí mismos y en este aspecto –el de la autopercepción– vale detenerse al menos un momento para observar los resultados obtenidos en el intercambio con los jóvenes limpiavidrios. En este orden de cosas, se observa cierta contradicción, por ejemplo, respecto de la consideración sobre si la limpieza de parabrisas constituye un trabajo o no. Por un lado, algunos entrevistados sostienen que es un trabajo ya que no es una actividad ilegal como robar. Ellos hacen referencia de manera reiterada a su honestidad, que está marcada justamente por el hecho de haber optado por la alternativa legítima. Como quedó expresado en la entrevista con Juan:

“...¿Si considero que es un trabajo? Y para mí sí es un trabajo porque qué sé yo hay mucha gente que no tiene trabajo y se la rebusca de cualquier cosa. Y para ellos es un trabajo para cada uno, porque si no hacés eso no hacés nada. O te podés poner a hacer cualquier cosa pero... es un trabajo. Para

mí es un trabajo, de algo me sirve, antes de salir a hacer cualquier gilada viste, de algo me sirve...” (Juan, 18, parada de la calle Dorrego).

Mientras que por el otro los entrevistados manifiestan sentir, al mismo tiempo, cierto rechazo o vergüenza. Sus testimonios dejan ver la sensación de pertenecer a un grupo rechazado:

“...A lo primero me daba vergüenza, bah, los veía a los pibes que hacían monedas... te da vergüenza porque vos estás limpiando y toda la gente te está mirando viste, y te sentís re contra mirado...” (Grupo Focal).

“—...Sé que a muchos no les gusta, mucho no... no quieren saber nada.

— *¿Y a vos?*

— Y a mí tampoco me gusta pero... si qué otra cosa voy a hacer. Si tuviera otra oportunidad estaría en otro lado...” (Juan, 19, parada de la calle Juan B. Justo).

La supuesta contradicción no tiene lugar solamente entre distintos sujetos sino también al interior de cada uno o, al menos, de algunos. La imposibilidad de definir aquello que constituye su principal fuente de recursos como un trabajo puede estar asociada a la legalidad/ilegalidad de la actividad. Uno de los participantes del Grupo Focal comenta:

“...Si vos vas se la pedís bien, qué sé yo, cerrar todo como si fuera que les vas a robar. Se re persiguen viste, que les vas a robar. Si no hace falta, cuántos hay que andan de traje y roban, no hace falta andar mal vestido. Verdad. Cuánta gente hay que tiene plata y va a robar. Y bueno, cada loco con su tema, cada uno está en su cabeza...” (Grupo Focal).

Ellos identifican que existen determinados signos o características físicas o culturales (como el color de la piel, la manera de vestir, el tipo de trabajo, etc.) que constituyen las marcas a partir de las cuales los demás articulan sus descalificaciones.

A su vez, los jóvenes interpretan que muchas veces las personas los definen negativamente porque no saben diferenciar y se guían por prejuicios, generalizan y no tienen en cuenta la variación real que existe entre los miembros de un mismo grupo. Ellos interpretan que la gente los considera como delincuentes y necesitan luchar contra el sentido común que asocia a la calle o estar en la calle con la delincuencia. Así lo expresaron en las entrevistas:

“...Claro, ellos te ven así como cualquiera, como cualquier pibe que está limpiando vidrios. Por eso yo te digo que la policía, la policía tanto la policía como toda la gente que te trata mal así que te ve de otra manera, te

ve como todo igual, entendés. Todos los que están limpiando vidrios, los que están cartoneando, los que están haciendo esto son todos delincuentes entendés. Y no es así...” (Juan, 18, parada de la calle Dorrego).

“...Sí, es un trabajo pero no es común, eh... un trabajo común no es limpiar vidrios, un trabajo común sería trabajar en... Trabajar como la gente, electricista, plomería, albañilería, trabajar en computación. Eh... nosotros acá... te joden mucho la policía y no podés laburar tranquilo, por eso...” (Ezequiel, 16, parada de la calle Juan B. Justo).

Esto da pie a incorporar en el análisis el tercer actor con el que se vinculan a diario los limpiavidrios, el Estado. Todos los entrevistados tenían como principal experiencia de su vínculo con el Estado el trato o, mejor dicho, el maltrato que sufren por parte de la policía. Este aspecto aparece en forma reiterada en las distintas charlas sostenidas con los jóvenes entrevistados:

“...lo que pasa es que trabajando de esto tenés problemas. Uno es la policía. Porque acá en Palermo vienen a robar todos los días, cadenas, carteras, a éstos no les dicen nada, los dejan. A nosotros que estamos de la mañana a la noche por ahí te agarran, un decir, con cuarenta pesos que lo hiciste y te lo sacan. A mí más de una vez me lo sacaron...” (Grupo Focal).

“...vengo a laburar a limpiar vidrios. Aparte, para mí, lo peor de un trabajo, si yo [no] vengo a joder, si yo vengo puedo laburar. A veces estoy siete, ocho horas ahí parado. A veces no nos quedamos tanto porque te corre la policía cada dos por tres, viste. Te corre y buh.” (Carlos, 24, Parada de la calle Juan B. Justo).

De la relación con el Estado, y para ser justos con lo sostenido por los entrevistados, también hay que mencionar que gran cantidad de éstos manifestaron que sus familiares o allegados y, en algunos casos, ellos mismos habían recibido algún tipo de ayuda a través de programas y planes sociales (esta información fue recogida durante la dinámica del Grupo Focal). Estas ayudas, según lo observado, se brindan a través de redes de conocimiento mutuo entre vecinos y/o referentes políticos barriales. De lo anterior surge que el Estado se manifiesta “compensando y reprimiendo” a estos sectores sociales. Esta “forma de hacer” aunque puede resultar –en una primer lectura– contradictoria cumple la función de contener a los sectores sociales más afectados por la reciente crisis económica de 2001.

En este punto cabe también una reflexión más general sobre el Estado y ésta tiene que ver con que éste ha cumplido un rol

de contemporizador de las relaciones sociales en las sociedades modernas, más allá de haber favorecido, en ocasiones, a uno u otro sector social. En el caso aquí estudiado, y sobre todo en la interacción de dos sectores sociales claramente diferenciados en cuanto a sus condiciones de vida, el Estado está ausente y ese intercambio vedado en otras esferas de la vida cotidiana tiene lugar en el cambio de luz de un semáforo. Esa “compensación y represión” pueden ser pensadas entonces como la imposibilidad de mediar esa interacción de otro modo.

Perspectivas a futuro

En cuanto al futuro, la posibilidad de pensar un proyecto de vida está asociada, fundamentalmente, a conseguir un nuevo trabajo y/o a retomar los estudios. En este sentido, y más allá de los cambios sucedidos en los últimos años respecto de la vinculación de la educación con el mundo del trabajo, la escuela sigue siendo visualizada como un mecanismo de movilidad social ascendente o, al menos, como aquel espacio en el que se encuentran elementos para afrontar de un mejor modo la adversidad. Como dejan ver sus testimonios:

“...el año que viene me voy a poner las pilas. Voy a ver si engancho un buen laburito, otra cosa y voy, quiero estudiar. Quiero estudiar porque, no es vida, toda la vida no voy a estar limpiando vidrios...” (Juan, 19, parada de la calle Juan B. Justo).

“...me hubiera servido terminar la secundaria. La secundaria si no tenés ahora no tenés laburo. La primaria no te sirve de nada. La secundaria sí te sirve porque de última entrás en cualquier lado a hacer cualquier cosa, lavar copas, entendés, hacer muchas cosas, pero tenés que hacer...” (Juan 18, parada de la calle Dorrego).

Por el lado del trabajo, la posibilidad de proyectarse encuentra mayores inconvenientes, quizá éste no sea un atributo exclusivo del grupo estudiado sino que se deba a una situación más general de deterioro del mercado de trabajo. Humberto nos cuenta:

“...Sí, el trabajo de mi papá era mejor. Yo lo ayudaba a él (en una quinta), era chico pero lo ayudaba. Lo ayudaba, él me ayudaba, me quería enseñar. Pero él no quería que deje de estudiar tampoco. ... me gustaría estar haciendo lo que, por lo menos, me dejó mi papá, ponerme un capital y no estar corriendo de la policía...” (Humberto, 23, de la calle Juan B. Justo).

En distintas ocasiones, los jóvenes entrevistados se manifestaron concientes de la distancia existente entre su actual situación y aquella que se presenta como la deseada. En medio de ambas se vislumbra a la educación y, en alguna medida, al azar como los vínculos naturales entre estas dos situaciones. En realidad, y según los avances logrados por la antropología en este campo, la posibilidad de pensar el futuro suele estar bastante restringida en los sectores pobres, debido a que el presente resulta lo suficientemente apremiante como para poder ocupar recursos para pensar el futuro.

Comentarios finales

En principio, cabría revisar los acuerdos alcanzados en esta instancia del análisis hasta aquí llevado a cabo. En los hechos, y según se pudo observar, limpiar los parabrisas de automóviles en esquinas céntricas de la ciudad constituye la principal actividad generadora de ingresos para el grupo estudiado de jóvenes. Esta labor requiere de un importante esfuerzo, el que solamente les permite a quienes lo llevan a cabo sobrevivir en condiciones de pobreza. De por sí la actividad guarda las características propias de cualquiera de las del sector informal; tiene escasa o nula productividad respecto del núcleo central de la economía, bajos ingresos, asume –en ocasiones– un carácter ilegal, suele ser relativamente sencilla la entrada y salida de la misma¹³, etc. (Tockman, 2004). De alguna manera, estas afirmaciones pueden ser, sin mediar grandes discusiones, fácilmente aceptadas o, por lo menos, no constituyen parte del debate actual sobre estos sectores sociales.

Dado por cierto lo anterior, cabe preguntarse en qué medida la información recabada habilita la posibilidad de responder a los planteos originales de este estudio y, al mismo tiempo, sumar otros surgidos como producto de este trabajo. En este sentido, surge la pregunta: ¿De qué manera estas actividades forman parte de recorridos laborales erráticos o la mayoría de las veces truncos? Siendo esto así, ¿se puede hablar de segregación laboral o, en verdad, se trata de espacios socio-laborales marginales con una creciente

13 Aunque, como bien plantean Feldman y Murmis (2002: 189), “*Para iniciar y avanzar en el desarrollo de las actividades del sector informal suele ser imprescindible y gravitante tener la capacidad de movilizar y articular diferentes tipo de recursos*”.

autonomía del resto de la economía? Esta suerte de independencia de las actividades de sobrevivencia laboral ¿qué efectos sociales y culturales trae consigo? Por lo visto, el análisis comprende por una parte aspectos laborales y económicos, pero asimismo las cuestiones sociales y culturales asociadas a este tipo de actividades parecen ser igualmente importantes.

Del análisis de las entrevistas y del Grupo Focal surge que mayormente no hay, en el grupo, un recorrido laboral descendente en términos de ingresos o categorías ocupacionales. Hay, en cambio, un iniciarse desde “muy abajo”, situación raramente superada. De hecho, a lo largo del tiempo, se observan cambios de actividades de índole similar, de una misma naturaleza¹⁴. Por caso, no parece existir aquello de la obsolescencia de las propias calificaciones de los limpiavidrios respecto de otros trabajadores. Puede proponerse, a modo de hipótesis de trabajo, que estos jóvenes limpiavidrios no sostienen relaciones ni comparten un mismo mercado. En este sentido, no fueron segregados o desplazados. Hay algo más que mencionar: siguiendo este razonamiento, el comportamiento de la economía probablemente no los “expulsó”, pero tampoco –y este aspecto es igual de importante– generó las condiciones para su incorporación, es decir, el tan ansiado derrame no se produjo y por ello nada sucedió para que estos jóvenes salgan de la situación en que se encuentran.

Este hecho refuerza la conveniencia de pensar en poblaciones *excedentarias* o, más precisamente, en términos de, como lo sugirieran autores ya clásicos en la materia, *masa marginal*. Este concepto refiere a aquellos trabajadores que, de forma creciente, quedan *sobrantes* respecto de la necesidad de reproducción y ampliación del capital, es decir, pueden ser afuncionales o disfuncionales –según sea el caso– respecto del funcionamiento del conjunto de la economía y sociedad (Nun, 2000). Quizás su vinculación con el resto de la sociedad, ya que no se trata de un grupo social que se autoreproduce indiferentemente de su entorno, esté dada por su singular modo de participación en el mercado a través de la generación de una oferta (servicio de limpiavidrios) que crea, de un particular modo, su propia demanda (automovilistas que les brindan unas monedas). En ese punto de encuentro, ocurrido en distintas esquinas de la ciudad entre estos jóvenes y los automovilistas, es que tiene lugar

14 De vender “mentitas” a repartir “estampillas de santos” y de allí a limpiar parabrisas de los automóviles.

su intermitente y fugaz vinculación con otros sectores sociales. Es de destacar que, el hecho de generar una oferta que encuentre su demanda, sólo puede tener lugar fuera de los barrios en que estos jóvenes residen ya que quienes pueden pagar por este servicio son los automovilistas del centro de la ciudad.

De su inserción laboral y económica o, de su no inserción, se desprende la situación social en la que se despliega la sobrevivencia de este grupo social. De acuerdo a esto, cabe sostener –a modo de premisa para continuar desarrollando en futuras investigaciones– que: estos jóvenes limpiavidrios no son desplazados, ni segregados, simplemente parecen “estar de más” y, de ser esto cierto, su situación está signada fundamentalmente por una transmisión intergeneracional de la pobreza, de padres a hijos, de generación en generación¹⁵. Esta suerte de *condena hereditaria* está asociada a distintos factores causales, entre éstos, cabe mencionar la segregación residencial (concentración geográfica de pobres en determinados distritos o barrios), la segmentación de los servicios públicos (como, por ejemplo, la existencia de distintas calidades educativas de las escuelas públicas) y la reducción de espacios públicos de intercambio social (siendo una clara manifestación de ello la privatización de lugares de tránsito, de compras y de recreación y esparcimiento) (Katzman, 2000).

En el caso de los jóvenes entrevistados, casi la totalidad de los mismos reside en zonas pobres del Gran Buenos Aires, cuentan con escaso acceso a servicios públicos y dichas prestaciones son de dudosa calidad –esto se evidenció principalmente en el caso de la cobertura por desempleo–, algo similar sucede con sus otros espacios de sociabilidad, casi la mayoría de éstos se restringe a su círculo de amistades y familiares más cercanos impidiendo de este modo intercambios “virtuosos” con otros grupos y sectores sociales. La asociación entre atributos socioculturales y espaciales constituye un mecanismo de los múltiples de los que se vale la exclusión, cerrando las oportunidades de obtener un empleo, interactuar con otros, acceder a ciertos consumos. De contar con algún asidero cierto, la anterior descripción invita a pensar que los

15 Este “no haber sido desplazado” guarda relación con su falta de participación en el mercado de trabajo “moderno”, cuestión que se evidenció a lo largo de los distintos encuentros sostenidos con los jóvenes limpiavidrios, ellos no conforman el desocupado típico ni incluso el desalentado típico. En este sentido, cabe recordarlo, la historia de la sociología muestra a las claras su intención de establecer relaciones allí donde quizás no las hay, no existen.

limpiavidrios, al igual que otros grupos poblacionales, comienzan a quedar involuntariamente a un costado de los comportamientos, valores y expectativas de vida de aquella porción integrada de la sociedad. Hay entonces una línea interpretativa que trasciende las particularidades del grupo social en cuestión y que está asociada a interrogarse por sus efectos sistémicos, en este sentido, vale interrogarse ¿en qué medida la perpetuación de semejante situación de desigualdad social, de interacciones erráticas y mutuas negaciones, no atenta contra la posibilidad de pensar en una sociedad integrada?

Por último, se puede agregar un comentario más vinculado a la cuestión cultural; su carácter anecdótico no quita su valor heurístico. En algunas de las conversaciones sostenidas, fue necesario asignar un sentido a algunas palabras utilizadas considerando el marco en que fueron empleadas¹⁶. Ese *argot* suele ser acompañado a su vez de algunos gestos y, aunque parte del mismo es común a otros sectores populares, suele funcionar como vínculo entre pares reforzando el sentido de pertenencia pero, al mismo tiempo, cerrando aun más a éste sobre sí mismo¹⁷. De hecho, están quienes sostienen que este uso del lenguaje consolida las subculturas marginales (Lewis, 1961) y situaciones de pobreza estructural. En todo caso, éste es otro indicador de una barrera más que comienza a erigirse entre distintos sectores sociales. La cultura de la calle, en la que estos jóvenes encuentran una fuente de prestigio, autoestima e identidad, deja de convertirse en un mecanismo de defensa producto de la exclusión para convertirse en un poderoso factor de exclusión para la comunidad en su conjunto (Saraví, 2004).

En resumidas cuentas, y a modo de corolario, ser un trabajador que limpia vidrios de automóviles en la vía pública supone no sólo una forma de supervivencia laboral sino también una situación de postergación económica, social y cultural.

16 Por caso, se puede citar palabras como: *mandigás* (mendigar), *luquear* (conseguir dinero), *raspar* (idem anterior), *cortar un auto* (robar un potencial cliente), etc.

17 Los sinónimos más aceptados de argot son: jerga, germanía, caló. La germanía es concretamente el habla de los pícaros y delincuentes en los siglos XVI y XVII pero el Diccionario de la Real Academia extendió esta denominación a todas las épocas. En los siglos XIX y XX, la germanía confunde sus límites con el caló, o el lenguaje de los gitanos.

V.

LAS PRÁCTICAS DE MENDICIDAD EN LA RED DE SUBTERRÁNEOS DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

*María Florencia Graziano, Agustina Lejarraga
y Daniela Grillo*

Introducción

Los andenes, los vagones, las escaleras del subterráneo de Buenos Aires son lugares de tránsito para muchos de nosotros. Para otros, en cambio, son espacios en los que se desarrolla la actividad que hace posible la propia supervivencia. Rondas de venta, estampitas, *faldeo*, *lo que sale*, forman parte del universo cotidiano de este grupo de hombres y mujeres que día a día llevan a cabo lo que podríamos denominar una nueva práctica de mendicidad.

Esta práctica se ubica entre las actividades callejeras ligadas a la supervivencia y fuertemente signadas por la informalidad¹ y la marginalidad². Estas actividades son en general de baja productividad y remuneración, discontinuas, es decir altamente inestables, y extralegales o débilmente reguladas por el Estado.

La nueva mendicidad forma parte de esa serie de ocupaciones para los cuales “la calle” es ámbito de comercialización, de aprovisionamiento y de sociabilidad. Se trata de una práctica compleja, no monolítica y dinámica que combina distintas formas de inter-

1 Hemos partido de la definición de sector informal que plantea la OIT-PRE-ALC. En esta perspectiva, la informalidad es un problema de desarrollo, el sector informal no aparece como polo contrapuesto a un sector moderno al cual provee mano de obra, sino como parte de una economía heterogénea y un mercado laboral segmentado.

2 Nos referimos a marginalidad en tanto concepto que implica una situación signada por un alto grado de vulnerabilidad social, que es resultante de la desigualdad creciente en un contexto de avance económico global (Castel, 1997).

cambio, alternando, según las circunstancias, venta ambulante y mendicidad.

Como objetivo de esta investigación nos proponemos analizar el segmento de quienes practican la nueva mendicidad en el *subte* y responder a la pregunta acerca de qué tipo de actividad constituye dicha práctica. Para comprender lo novedoso de la misma se requiere una revisión de las formas de mendicidad a lo largo de la historia y una posterior discusión en diálogo con las nuevas formas.

Un recorrido por las formas de mendicidad en la historia

En la sociedad europea de los siglos XVII-XVIII los mendigos eran considerados criminales porque se apartaban de lo social alterando el orden “natural” y “armónico” de las cosas. Eran juzgados también como egoístas ya que falseaban las reglas del intercambio rechazando sus obligaciones. Se los asociaba a la delincuencia tanto como a los vagabundos, desocupados, prostitutas, locos, pobres, sin distinción. Todos constituían un peligro de agresión física al actuar por fuera de todo sistema de regulación colectiva³.

En la Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano (siglo XVIII) aparece la preocupación por responder a la indigencia mediante el trabajo –en lugar de las limosnas– y también la idea de que la asistencia es un derecho que la sociedad debe proveer únicamente al “impedido”. Pero éste no es más que un sustituto del derecho de cada hombre a vivir del trabajo propio, insertarse en la sociedad a partir de la utilidad general (Rosanvallon, 2004) Eran tiempos de incipiente capitalismo, el peligro que los sectores ociosos representaba podía resolverse dándoles trabajo, ocupándolos. A través del disciplinamiento, moralización y control se logra producir, educar y reproducir fuerza de trabajo. Las casas de pobres, “*workhouses*”, manicomios y otras instituciones albergaban a estos

3 Vale aclarar que los mendigos no aparecen en esos siglos, pero la expansión demográfica, el crecimiento anárquico de las ciudades, la crisis de subsistencia, y el aumento de la mortalidad por las pestes de los siglos XVII-XVIII ocasiona que este fenómeno se haga visible y sea objeto de “políticas de asistencia moderna” (Castel, 1997).

nuevos “criminales” funcionando como sostén ante la imposibilidad de satisfacer sus necesidades vitales trabajando.

Frente a este escenario social de pobreza y mendicidad la iglesia se erige como institución que capitaliza la función de asistencia. La caridad es una virtud cristiana por excelencia pero hay una ambivalencia histórica en el tratamiento cristiano de la pobreza. Se la valoriza como un componente espiritual que implica el rechazo del mundo terrenal y por lo tanto el desprecio por los bienes materiales; la valorización de la pobreza se da en torno a la vida religiosa, es una pobreza voluntaria cuya ascesis refiere a un acercamiento a Dios.

Podemos identificar dos modos de gestión de la pobreza. Uno de ellos se inscribe en una “economía de la salvación” y la actitud cristiana funda una clasificación discriminatoria de las formas de pobreza. El pobre, a pesar de ser menospreciado, puede ser un medio privilegiado para que el rico acceda a la salvación a través de la caridad, ésta es la vía hacia la redención porque expía la culpa. Castel reconoce que “las obras de misericordia desarrollaron una economía política de la caridad cuyo valor de intercambio era la limosna que borra el pecado” (Castel, 1997). Entre el “rico” y el “pobre” se desarrolló una economía que va transformando la idea de ayuda en un mercado de la salvación. Esta economía de la salvación ocasiona paralelamente una concepción discriminatoria de los pobres que dependen del socorro para subsistir. El pobre que es digno de recibir caridad es aquel en cuyo cuerpo se exterioriza el sufrimiento, las enfermedades y la impotencia. Las dificultades físicas, las deformidades, la enfermedad, la vejez, la infancia, las mutilaciones, que se traduce en “handicapología” –en términos de Castel– es lo que permite la caridad, “para que la indigencia entrara sin problemas al marco de la asistencia debía ser liberada de la obligación al trabajo”; aquellos que teniendo la capacidad para trabajar no lo hacían, eran “pobres vergonzantes”.

El segundo modo de gestión de la pobreza es la asistencia garantizada por el sentido de pertenencia a la comunidad. La ciudad se hacía cargo de la totalidad de sus habitantes necesitados pero para conseguir ayuda se exigía la territorialización o domiciliación. A través de instituciones u organizaciones civiles, el socorro estaba ligado a la base local. La posibilidad de obtener ayuda estaba basada en redes de vecindad que expresaban una pertenencia y reconocimiento en la comunidad.

Para Castel el núcleo de la asistencia pasaba por la intersección de estos dos modos de gestión de la pobreza: se realizaba una asociación de la incapacidad completa al trabajo con la máxima inserción comunitaria.

En Argentina para referirse a los mendigos se utilizaban las palabras *croto*, *linyera*, o *vagabundo*, pero originalmente *linyera* identificaba al trabajador rural *golondrina* de principios de siglo XX. Entre las décadas del '30 y del '40 el trazado ferroviario argentino era recorrido por extranjeros o nativos de las clases sociales más bajas en busca de trabajo, debido a que las tareas en el campo eran manuales y se necesitaba mano de obra temporaria. Se trasladaban de la ciudad al campo, eran en su mayoría anarquistas, dormían a la intemperie, carecían de un grupo familiar y no mendigaban. Paulatinamente, y con los cambios socioeconómicos, la figura del *linyera* fue mutando hacia la de mendigo.

Se han podido diferenciar dos tipos de mendigos, los mendigos nómades y los sedentarios: los primeros no tenían domicilio fijo, pernoctaban en plazas, zaguanes o recorrían la vía pública, mendigando en el trayecto. El mendigo sedentario tenía lugares fijos para hacerlo y generalmente eran las iglesias, que constituyeron una pieza clave de la caridad cristiana, en el sentido de que cada Iglesia tenía su propio mendigo para que los feligreses pudieran convertir sus almas caritativas a través de la limosna.

A causa del incremento de los pobres, los vagabundos, la delincuencia, y de la alarma que esto provocaba en la élite argentina, se fundaron diversas instituciones y asociaciones de beneficencia, tales como los asilos, orfanatos, reformatorios y distintos nosocomios de encierro, en donde los mendigos también fueron objeto de políticas estatales. Su objetivo principal era el disciplinamiento laboral y moral, vincularlos al aparato productivo y transmitirles un sistema de valores, cumpliendo así funciones de control social.

Cuando el derecho se expresó en relación con la mendicidad fue de manera punitiva como la Ley de vagos y malentretidos, que prohíbe la mendicidad en lugares y transportes públicos. Se asocia la figura del mendigo con la del vago, aquellos que:

“sin oficio ni beneficio, hacienda y renta vive, sin saberse de que venga la subsistencia por medios lícitos u honestos. El que vigoroso, sano y robusto de edad..., anda de puerta en puerta pidiendo limosna.” (Alonso, 2001).

La mendicidad es una situación que se instala fuera del derecho del trabajo, porque no es considerada como tal, si bien actualmente,

hay documentos internacionales que se ocupan del tema (Declaración Universal de los Derechos Humanos –art. 23– o la Declaración Americana de los Derechos y Deberes del Hombre –art. XIV–), ni el acceso al trabajo ni la efectividad de su ejercicio le están asegurados con posibilidades efectivas.

Han sido planteados los principales conceptos que organizarán el análisis de la nueva práctica de mendicidad. En adelante, se pretende ponerlos en juego con el material fenomenológico obtenido del trabajo de campo para explicar qué tipo de alternativa laboral constituye esta práctica.

Trayectorias biográficas y laborales

El universo de estudio de esta investigación se compone de hombres y mujeres que realizan las nuevas prácticas de mendicidad en el *subte*. Dado que se trata de un estudio de caso, analizamos al grupo que tiene su lugar de descanso en la Estación Plaza Italia de la línea D de subterráneos que une las estaciones Congreso de Tucumán y Catedral.

El trabajo de campo, realizado a lo largo del año 2004 en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, consistió en observaciones participantes y no participantes y en la realización de nueve entrevistas en profundidad a integrantes del grupo. A lo largo del desarrollo de la investigación nos vimos en la necesidad de volver sobre los objetivos esgrimidos inicialmente y reformularlos, complejizarlos. De este modo, con el propósito de realizar nuevas indagaciones sobre aspectos que emergieron en el primer acercamiento a los casos, llevamos a cabo un Grupo Focal.

Los sujetos entrevistados son hombres y mujeres de entre 15 y 46 años que residen en el Gran Buenos Aires, en las localidades de Florencio Varela y Wilde (Villa Itatí y Villa Azul). En cuanto al origen geográfico, el grupo es heterogéneo. Los que no han vivido siempre en Buenos Aires son migrantes internos de Formosa o Río Negro que vinieron a Buenos Aires a trabajar con la expectativa de mejorar sus condiciones de vida. Las familias son numerosas y es habitual que vivan todos juntos y con parientes que no pertenecen a la familia nuclear.

El nivel educativo es bajo, la mayoría no completó el primario y los que lo hicieron no terminaron el secundario. No han tenido

contacto con el mercado de trabajo formal y sus trayectorias laborales incluyen trabajos de muy baja calificación; en el caso de las mujeres han tenido experiencia como empleadas domésticas o vendiendo mercadería en ferias, y los hombres haciendo “changas”. Los más jóvenes no tienen experiencia en otra actividad que no sea la práctica de mendicidad en el *subte*.

En referencia al inicio en la actividad distinguimos una constante: todos ingresaron a través de un contacto, en general, familiar. La edad de ingreso varía en cada caso pero se perfilan dos grupos: los que no han ejercido esta actividad en experiencias anteriores y los que sí. Los primeros se inician en edad joven /adulta, los del segundo grupo trabajan en el *subte* desde que eran niños, propulsados por sus padres que también trabajaban allí.

Descripción de la actividad

El tramo de *subte* donde el grupo ejerce la actividad es el comprendido entre las estaciones Plaza Italia y Congreso de Tucumán, y es un recorrido de ida y vuelta. La elección del tramo responde a un doble motivo: la evaluación que hacen de su potencial clientela y la manera en que realizan la venta. En primer lugar, escoger el tramo que une el barrio de Palermo con el de Belgrano implica acceder a un público con mayor poder adquisitivo. Por la misma razón eligen la línea D, ellos mismos manifiestan que:

“...esta es la línea por la que circula la gente que tiene más plata.”
(Jimena).

El segundo elemento que induce a la elección del tramo mencionado, es que cuanto más cercanas a Catedral, las estaciones presentan un número mayor de pasajeros, hecho que dificulta la circulación por los vagones y la venta en general. Debería tenerse en cuenta, no obstante, que probablemente este tipo de elecciones está condicionado por oportunidades de acceso al espacio que son diferenciales para cada grupo.

La estrategia utilizada para ofrecer los productos es denominada por ellos *faldeo*. Esto consiste en subir a cada vagón por uno de sus extremos, dejar el producto sobre la falda de los pasajeros hasta llegar al otro extremo, esperar unos instantes para que el pasajero pueda observarlo y luego retirarlo —o eventualmente concretar una

transacción— y así pasar al siguiente vagón. Siempre se cuenta la mercadería, antes de repartirla y al recogerla, para evitar robos. Mientras esperan su turno descansan en la estación, se sientan en los bancos del andén y no venden ni hablan con el público, sólo lo hacen entre ellos. El momento de exposición al público se reduce al espacio del vagón.

En la mayoría de los casos la técnica utilizada es no verbal. Esto implica que no tienen un discurso de venta, no se habla del producto, de sus características, del precio, etc. Si bien, como ellos expresan, el producto que ofrecen tiene *un precio más bajo que en cualquier comercio*, no intentan convencer, ni ruegan para obtener dinero. Aunque en ciertos casos complementan el faldeo con la entrega de una tarjeta escrita con un pedido de ayuda, nunca hacen el clásico monólogo de venta. Este dato no es menor desde la perspectiva de los entrevistados, ya que ellos consideran que con el faldeo *no molestan* al pasajero, entonces es una estrategia respetuosa.

El hecho de no venderse no implica, no obstante, la falta de premeditación acerca de la forma de trabajar. Marcela comenta cómo debe hacerse:

“No mirarlos a la cara, para que no te digan que no.” (Marcela).

Cabe aclarar que no hay una forma única y estática de realizar esta actividad. De hecho, en esta nueva práctica de mendicidad hay una alternancia entre mendicidad y venta ambulante y se va transformando en la cotidianeidad y de acuerdo a la persona o al momento. La mendicidad parece no satisfacer las necesidades individuales, en cambio la venta ambulante ofrece ciertas ventajas y así constituye un buen complemento de la primera. En principio, el hecho de fijar un precio al producto de venta implica cierta seguridad de ingreso que no está garantizado con la mendicidad. Por otro lado, la venta ambulante genera menos rechazo por parte de la sociedad; el vendedor no porta el estigma que sí carga el que pide dinero.

La mercadería que ofrecen a los pasajeros son productos de muy bajo costo, como máximo de \$2 (dos pesos). Entre la diversidad de objetos que pudimos observar se ofrecen: estampitas, linternas, pañuelos, hebillitas para el pelo, anotadores, sets de manicura, lapiceras, agendas, guías, etc. En general la adquisición es en mayoristas ubicados en los barrios de Constitución u Once, de la Capital Federal. Cada mañana compran lo que van a vender en el día. La

cantidad de veces que compran mercadería varía según la venta del día, dado que manejan un bajo capital toman la precaución de comprar la cantidad necesaria y suficiente que garantice el trabajo de la jornada, y así evitar gastos de más. Algunos logran conseguir la mercadería a consignación y eso depende del vínculo más o menos estrecho y de confianza que tengan con el proveedor.

Las fuentes de abastecimiento están ligadas al tipo de mercadería que ofrecen. La elección del producto de venta es arbitraria, los entrevistados hablan de *lo que sale* y eso es lo que eligen vender. Probablemente sea determinado por una combinación entre lo que esté accesible para ellos a la hora de abastecerse –de acuerdo al dinero disponible– y lo que cada uno o el grupo evalúe como más querido por el público. En sus propias palabras:

“...vamos cambiando la mercadería, lo que va saliendo, y ahora como andan todos resfriados...” (Se refiere a que venden pañuelos descartables) (Mary).

“...nosotros le vendemos una cosa que a la gente le hace falta, ponele vos vas a ir a comprar una lapicera en el quiosco... vio, te sale un peso y yo la estoy vendiendo a 4 por un peso.” (Zulema).

El abastecimiento de la mercadería está garantizado por lo recaudado en el día, ya que una parte se destina a la compra de insumos para el día siguiente. De ahí en más se genera un círculo que se reproduce por sí mismo. La mercadería y la cantidad que adquieren cada día dependen del dinero con que cuentan. Cuando compran productos a muy bajo costo los ofrecen a voluntad –ya que esto no les resulta una pérdida–, en cambio, cuando emplean productos más caros los venden a un precio preestablecido y más bajo que en los negocios de venta al público.

El monto recaudado es relativo. Algunos manifiestan ganar \$50 (cincuenta pesos) en un día, de lo que deben restar \$20 (veinte pesos) de gasto en mercadería; otros dicen recaudar entre \$15 (quince pesos) y \$30 (treinta pesos). En algunos casos, al trabajar con otros compañeros –generalmente parientes cercanos– se comparte la mercadería y las respectivos ingresos con lo cual amortiguan posibles pérdidas.

La jornada laboral está estructurada en función del dinero que extraen a lo largo de cada día, que depende del “éxito” o no del trabajador. En general trabajan de lunes a sábado y de 9 a 16 o 17 horas, 8 horas de trabajo aproximadamente. Hay casos en que

la familia entera o varios miembros son los que hacen el trabajo y entonces, como el dinero recaudado entre todos alcanza para el sustento semanal, pueden ir menos veces por semana o reducir las horas trabajadas.

Acerca de la experiencia de ingreso y permanencia en la actividad

Si bien la nueva mendicidad se trata de una actividad informal ejercida en condiciones de marginalidad, en la que uno pensaría que no hay exigencia de cumplimiento de condiciones previas para el ingreso, el acceso a la misma no es libre. Es necesario un acceso y movilización de diversos recursos entre los cuales las relaciones sociales cumplen una función determinante. Actúan como diferenciador, quienes cuentan con un contacto que trabaja en el *subte* adquieren la posibilidad de uso de ese espacio para ejercer la práctica. Al analizar los casos de las personas entrevistadas encontramos que para todos, la entrada a la actividad se efectuó y se mantiene a través de algún conocido –familiar o amigo–. Un entrevistado nos explicó:

“...yo entré primero, después entraron ellos... y es como una cadena, vos traés a tu familia ¿vivo?, y así. Y así también trabaja mi hermano de esto.” (Soledad).

Es decir que no hay puertas abiertas a cualquiera que quiera ingresar, sobre todo por la cantidad de personas que ya trabajan en esa estación. Dado que su incorporación implicaría menos recaudación para los ya asentados, se trata de limitar el ingreso de, como ellos los llaman, *los nuevos*. Es prácticamente imposible ingresar sin tener un conocido en el grupo, y siempre demanda consultar primero con los locales. Así quedó expresado en las entrevistas:

“...digamos, no puede venir uno de afuera y ya meterse porque lo sacan. Le dicen bueno, andate porque acá no podés vender porque ya son muchos.” (Mary).

Desde el relato de los entrevistados, lo que los motiva a iniciarse, o eventualmente a retomar la actividad, es fundamentalmente la necesidad de reproducir las condiciones de vida cotidiana frente a la realidad de no contar con otra fuente de ingresos. Como ellos

mismos lo dijeron, expresando el apremio de tener que alimentar a su familia:

“Yo empecé cuando me quedé sola con todos mis hijos. (...) Estaba embarazada y ya no me daban trabajo y digo, bueno, yo le tengo que dar de comer a mis hijos, voy a ir a ver.” (Elba).

Hay otros factores que hacen posible el ingreso y la permanencia en la actividad. Uno de ellos es el poco capital monetario inicial, que es compatible con la situación de escasos recursos materiales que presentan todos los entrevistados. La mayoría no tiene ahorros, este bajo costo de iniciación los habilita para la actividad, con poco dinero que reserven privándose de comprar otra cosa o con un préstamo de algún conocido (el tomar prestado dinero no se presenta como un obstáculo para iniciar la actividad), pueden comprar la primer mercadería.

Esto se vincula directamente con una característica percibida por los entrevistados como positiva: la posibilidad de recibir dinero en forma inmediata. Al final de cada jornada de trabajo se obtiene el ingreso que resuelve las necesidades urgentes como comprar comida y otros productos de consumo cotidiano.

Otro de los factores se relaciona con la flexibilidad del trabajo. La misma queda manifiesta en principio por la capacidad de auto administración del tiempo por parte de cada individuo. Los entrevistados destacan esto siempre como una ventaja:

“Si no me quiero levantar no me levanto y no vengo. Más en esos días de invierno viste que no te dan ganas de levantarte para nada (...) tiene sus beneficios porque vos podés venir a cualquier hora, te vas a cualquier hora.” (Elba).

La flexibilidad en el tiempo va de la mano de la ausencia de una relación de dependencia. Ésta implica la autonomía total en la organización de la actividad, en lo que respecta a estrategias para ofrecer los productos, formas de relacionarse entre ellos y con los otros. La única sujeción a reglas consiste en suscribir al marco normativo no formal que se produce y reproduce diariamente en el grupo, del cual se aferran para evitar la expulsión y asegurar su perpetuación en la actividad, pero no es considerada como una exigencia que se impone desde arriba. En palabras de los entrevistados:

“Digamos me gusta depender de mí, yo sola, manejarme yo con mi plata comprarme lo que quiero.” (Zulema).

“Yo vengo tranquila, trabajo... Si me agarra algún dolorcito o algo ya me quedo ahí, sentada y no vendo, me vuelvo, no vendo.” (Mary).

Como se ha mencionado, en relación con la trayectoria laboral, existen dos grupos. Uno de ellos incluye a quienes tienen experiencia en esta práctica por haberla hecho en su niñez. En estos casos, la tradición familiar hace que la mendicidad en el *subte* sea una alternativa omnipresente. Existe todo un *savoir faire* para desempeñarse en la actividad con mayor o menor éxito. El hecho de conocerla de cerca –sentir que uno se mueve como pez en el agua– y tener vínculos ofrece cierta seguridad personal, entonces la opción se hace más viable. Así lo expresa Gustavo, uno de los jóvenes que retomaron la actividad:

“Yo aprendí mirando, y un algo de lo que me acuerdo de antes, antes hacía lo mismo.” (Gustavo).

Para quienes su niñez no trascurrió en el *subte*, la actividad tiene otro carácter. Si bien para ingresar también es determinante el contacto con algún conocido, la relación con la misma es desde los bordes. Al no ser una tradición familiar, una vivencia en la propia trayectoria de vida, no está naturalizada como alternativa y genera prejuicios y vergüenza. Sandra y Gustavo lo expresan en estas frases:

“Decía, no, no puedo, no puedo, pero cuando yo veía que mis hijos me pedían pan, bueno, dije, voy a hacer la tentativa.” (Sandra).

“Un día yo no tenía trabajo, y yo estaba juntado con ella y me propuso venir a trabajar al *subte*. Y yo decía, ¿al *subte*? y ya grande yo, es como que me daba vergüenza y así empecé en el *subte*.” (Gustavo).

A su vez, este grupo considera la mendicidad en el *subte* como una actividad transitoria. Como dice Gustavo:

“Yo no me quiero morir en este *subte*.” (Gustavo).

Relaciones de sociabilidad en el *subte*

Quienes ejercen la nueva mendicidad en el *subte* se ven inmersos en una trama de relaciones de sociabilidad: las que se establecen dentro del grupo, las que mantienen con otros trabajadores del *subte* –vendedores ambulantes, músicos, etc.–, con el personal del

subte, con las instituciones del Estado –dentro de las cuales la más problemática es la que se establece con la policía– y con los pasajeros. En el plano de las relaciones sociales concretas que se hacen y deshacen durante el trabajo, se pone en juego la construcción y reproducción de un espacio físico y también simbólico. La lucha por este espacio, lugar de trabajo, la negociación acerca de las normas y códigos para la utilización del mismo se vincula directamente con la posibilidad misma de ejercer sus actividades, es decir con su supervivencia cotidiana. Esto lleva implícito la puesta de límites y el despliegue de estrategias para con el otro que se desenvuelve en el mismo espacio. Lidar satisfactoriamente con los problemas que estas relaciones sociales conllevan es un desafío cotidiano.

Al interior del propio grupo la vida transcurre con cierto nivel de organización que se manifiesta en la presencia de códigos y normas tácitas que regulan la actividad y transmiten saberes propios del segmento. La costumbre de hacer el trabajo respetando normas se instala y reproduce en forma espontánea, es decir, no hay un reglamento escrito ni un jefe que lo disponga y lo haga respetar. Se trata precisamente de una costumbre⁴ que se estableció con el desarrollo mismo de la actividad y, si bien puede haber figuras con más o menos poder dentro del grupo, es cada miembro quien la cumple y hace cumplir. Es decir, cada uno se la ha apropiado y es transmitida a los nuevos ingresantes porque hay una convicción de garantizar mejores resultados y favorecer a todos.

La antigüedad en el lugar es claramente un componente que estructura las relaciones sociales dentro del grupo y hacia fuera, es así que el *derecho de piso* se vuelve un obstáculo ineludible a la hora de iniciar la carrera en la actividad. Este derecho puede obtenerse a través de la relación familiar o de amistad en el sentido de que uno obtiene cierta legitimidad para ejercer, lo que no implica hacerse del conocimiento experimental que dan los años. Así lo cuenta una entrevistada:

“Yo entré por mi suegra, y por mi suegra no me dijeron nada. Ella hace veinte años que vive ahí, trabaja.” (Mary).

4 Simmel, estudioso de la acción recíproca como elemento constitutivo de la socialización, afirma que la costumbre pertenece sobre todo a los grupos pequeños porque es en ellos donde los vínculos interpersonales se dan de manera más directa: “*los individuos obran inmediatamente, y son inmediatamente tenidos en cuenta (...) las situaciones reales son mejor conocidas y con más cuidado tratadas desde cerca que desde lejos*” (Simmel, 1939:62).

Además de la antigüedad, otro factor que hace más cohesivo al grupo al interior de sí mismo e infranqueable hacia afuera, es el parentesco. Y de la mano de éste, la norma que impide la entrada de nuevos al *subte*. Quien pretenda entrar deberá enfrentarse necesariamente a los grupos ya constituidos. Como ya se ha señalado, la flexibilidad para el ingreso a la actividad no es un rasgo característico del grupo⁵, éste se constituye en un colectivo cerrado en sí mismo. Zulema se expresa a propósito de esto:

“Si alguien quiere entrar nos ponemos todos de acuerdo a ver quién quiere entrar. Yo lo puedo traer a vender, y a ese pibe no lo dejan vender y le pegan, entre todos se juntan y bueno, te tocó a vos, andá vos y pegale.” (Zulema).

En lo laboral funcionan como grupo y como individuos autónomos a la vez. Por un lado se organizan colectivamente con normas y pautas que benefician a todos para hacer del trabajo una actividad redituable.

Hay una forma habitual que todos cumplen por mutuo acuerdo y son las llamadas *rondas de venta*, se turnan para recorrer los vagones del *subte*. El recorrido realizado es siempre el mismo y en el mismo horario. Se evitan las horas pico donde hay mucha gente porque implica peligro de robo de mercadería y dificultad para circular. Advertimos una premisa que rige la venta: está prohibido, como los entrevistados dicen, *cortarse el subte*. Para subir al vagón lo correcto es hacer la cola, cuando el *subte* llega el primero sube y los otros deben esperar y subir al vagón de atrás. De esta manera se aseguran que no se superpongan los espacios y se respetan el público de cada uno. *Cortar el subte* puede ser causa de conflicto en el grupo porque implica quitarle posibilidades de venta a un otro, posibilidades de garantizar la subsistencia del día; Sandra conoce esta norma y la respeta:

“...cuando va ya alguien yo no me subo. Soy re respetuosa en eso, no me subo (...) siempre se suben, pero yo no, hasta el día de hoy, hace 5 años, me evito el quilombo.” (Sandra).

5 El nombre “grupo” hace referencia al conjunto definido de trabajadores que funciona y es identificable como tal y que es nuestro objeto de análisis. Dado que esta investigación se ocupa de este grupo en particular, lo ubicamos como el único que compete con los que pretenden entrar a trabajar en la actividad, no obstante en el *subte* hay otros grupos que trabajan en lo mismo y que seguramente también constituyen un sujeto al que se enfrentan los nuevos.

Otra de las normas que deben respetar tiene que ver con los turnos de trabajo que se establecen teniendo en cuenta la antigüedad de la persona en el lugar.

Entablan relaciones de cooperación y se contienen mutuamente sobre todo frente a la autoridad, a los pasajeros y a sus competidores. Siempre han manifestado que entre ellos priman las relaciones de solidaridad. Por ejemplo, si alguno no puede ir a trabajar, el resto lo ayuda con lo recaudado para que no pierda el día de trabajo, en palabras de Marcela:

“Es como un seguro de vida que organizamos entre nosotros mismos.”
(Marcela).

En este sentido es que el segmento se ha constituido y sobrevive gracias a una amplia red que ellos mismos llaman la *gran familia*, compartir el trabajo con familiares y amigos ofrece todo un soporte que es positivo para ellos. Desarrollan estrategias de adaptación que les permiten responder a las exigencias requeridas para la reproducción de la vida y esta reproducción⁶ se estructura en torno a “formas de relación, de solidaridad, de reciprocidad, de confianza, redes de información, de ayuda mutua, de intercambio, que están centradas en la familia, en el parentesco y en la comunidad local” (Margulis, 1988). En los siguientes testimonios queda ilustrado este sentido de comunidad:

“Ponele, a mí me quedan pocos pañuelos, y a mi suegra también, juntamos y da una vuelta ella y una descansa y luego va la otra y bueno... si hice diez, cinco para cada una...” (Mary).

“Porque cada uno nos cuidamos la mercadería de uno ponele, yo puedo ir en un vagón y en el otro viene otro pibe, si ese pibe me encontró mi mercadería me la devuelve y me la trae.” (Zulema).

Sin embargo, funcionan cada uno por separado como una unidad económica, se autogestiona el trabajo, maneja su propio dinero,

6 El concepto de reproducción que utilizamos, es entendido como una estrategia solidaria y compartida para lograr la continuidad de la unidad doméstica y de la familia en el tiempo. Al hablar de unidad doméstica estamos haciendo referencia a un grupo que comparte una unidad residencial y generalmente posee una economía común; en este caso tomamos el concepto de familia ya que es más apropiado para comprender al segmento. La familia excede el ámbito espacial de la unidad doméstica, y los lazos que vinculan a los sujetos no necesariamente son sanguíneos, es decir que hay un núcleo central, o más de uno y hay allegados que se agregan y pueden ser parientes, cercanos o lejanos; amigos, que habitan o no la unidad doméstica. (Margulis, 1988).

decide sobre los ritmos de trabajo y cómo invertir lo recaudado, qué producto ofrecer y si va a trabajar todos los días o se ausenta alguno. Tal como quedó expresado en la instancia grupal:

“Uno se rebusca por su lado.” (Grupo Focal).

Hay cierta estrategia de venta organizada por ellos en base a una idea construida acerca de los gustos y prejuicios del público sobre la actividad, en función de esto se organiza el método de ofrecimiento de los productos y de trabajo en general. La estrategia es transmitida a los nuevos integrantes y difundida generalmente entre los compañeros de trabajo, a fin de vender la mayor cantidad de mercadería posible. Las formas individuales no deben interferir con los códigos grupales, esto está preestablecido como lógica de convivencia para beneficio de todos. Entonces, si bien la actividad la realizan solos, dado que la organización interna del grupo les provee de una estructura que los contiene, protege y facilita el trabajo, los intereses personales no deben superponerse a los generales.

Otra de las relaciones que mantiene cotidianamente son las que se entablan con sus pares competidores. El hecho de compartir el lugar y el carácter del trabajo con otros grupos (vendedores ambulantes, músicos, personas viviendo con VIH/sida, etc.), implica necesariamente entrar en diálogo —conflictivo o no— con esos otros que desempeñan la misma tarea en el mismo espacio de trabajo, el *subte*.

La sociabilidad con los pares competidores, al igual que al interior del propio grupo, descansa en un derecho consuetudinario. A lo largo del tiempo se han implementado —y se reproducen diariamente— pautas de venta, formas de hacer y estar en el trabajo que habilitan la convivencia con los otros grupos. La construcción de normas, proceso que se renueva día a día en la interacción con los otros, se presenta como un hecho cuasi natural, inevitable condición *sine qua non* para el trabajo. Pensemos el espacio público como un lugar que posibilita una relación entre dos. La acción recíproca (Simmel, 1939) hace del espacio vacío un lleno para las personas que lo habitan y hace posible la relación humana. Habitar un espacio público necesariamente demanda una definición de los términos de la relación que se construye en él, transar, acordar, ignorar, consultar, agredir, todas son formas que asumen las relaciones de los que habitan el *subte*.

En el espacio animado de encuentro es donde se establece el marco de acción propio y donde se tejen las redes de cooperación y

conflicto. Esto no implica necesariamente que haya respeto del otro sino que el trabajo mismo demanda diariamente una definición del propio lugar, frente a un otro que representa la competencia. Así como al interior del grupo, no cortar el *subte*, regular el ingreso, establecer turnos y respetar la antigüedad, son pautas que regulan la actividad y permiten minimizar los problemas en la interacción con los otros. Cuando estas normas no se cumplen surgen los conflictos, y existen castigos para aquellos que no se atienen a las reglas, como *pegarles una paliza* o echarlos.

Dentro del análisis de las relaciones que este grupo mantiene cotidianamente con otros actores, es preciso mencionar al personal de Metrovías⁷. Nuevamente, el elemento central que atraviesa las relaciones sociales que mantienen en su lugar de trabajo, tiene que ver con la conquista de un espacio propio. Lidiar con los inspectores que recorren el *subte* también estructura el funcionamiento de la actividad. En muchas ocasiones la relación es de choque porque les exigen, a veces en forma violenta, que se retiren del *subte*. En estos casos deben desplegar ciertas estrategias para poder continuar con la actividad. Como se ha mencionado en la interacción grupal,

“Los de Metrovías no te sacan la mercadería, te sacan de la estación.”
(Grupo Focal).

Del mismo modo, la controvertida relación con el Estado, la ley y las instituciones que la representan implica una lucha por retener lo construido y salvaguardado hasta el momento. Esta lucha se vislumbra como una defensa frente al ataque directo a la persona y la mercadería. En los enfrentamientos con la policía se ve cómo esto opera: a veces son perseguidos para sacarles los productos, otras veces tienen que arreglárselas para que no los saquen del andén y los fuercen a subirse al tren. Todos los entrevistados han hecho referencias a la continua amenaza que representa para ellos

7 Metrovías S.A. (Grupo económico compuesto por Roggio y Burlington) es la empresa que tiene la concesión del servicio de subterráneos de Buenos Aires. La privatización del mismo se efectuó en el año 1989 con el marco jurídico dado por la ley 23.699 de privatización y concesionamiento de las empresas del Estado, y fue parte del proceso generalizado de privatización de servicios públicos argentinos que gestionó el gobierno de Carlos Menem (1989-1999), cuya dinámica dio lugar a la profundización de la concentración de la producción y el ingreso, y el fortalecimiento estructural de un núcleo acotado de grandes conglomerados empresarios, en el marco de un sistema social cada vez más excluyente y regresivo (Abeles, 1999).

la Brigada (La Brigada de la Policía Federal, con sede en la estación Boedo, de la línea E). Tal como relata Jimena:

“Los primeros tiempos nos pedían plata. Pero había gente que no quería poner, entonces nos dijeron ‘les vamos a sacar toda la mercadería’. Y bueno, empezaron de vuelta a sacarnos toda la mercadería... nos sacaban afuera, teníamos que caminar hasta la otra estación para poder bajar, para poder seguir trabajando, y escondernos de ellos cuando los veíamos...o guardar la mercadería y hacernos pasar por pasajeros para que no nos bajen y nos saquen otra vez afuera. Eso nos hacía gastar mucho porque el hecho de que nos sacaran afuera, teníamos que volver a pagar la ficha... se nos iba toda la ganancia en fichas.” (Jimena).

Sumado al perjuicio económico que representa para ellos esta actitud de la policía, ya sea por el porcentaje de dinero que deben darles o por el secuestro de la mercadería, también han manifestado que sufren actos de discriminación y maltrato verbal. En varias oportunidades —un hecho que pudimos presenciar— han sido amedrentados con los perros de la policía, los que ellos llaman la Brigada Canina.

El hecho de que su actividad no esté formalmente reglamentada, implica que deben enfrentarse cotidianamente con trabas para trabajar. Cabe destacar que ingresan al *subte* como cualquier pasajero, deben abonar el boleto, no existiendo ningún tipo de prerrogativas para ellos en este sentido. Pero una vez que ingresan como pasajeros comunes al andén, pierden todos los derechos que tienen como usuarios de un medio de transporte, por el hecho de que ellos abordan el *subte* para ofrecer sus productos, algo que no está permitido salvo en las excepciones: que se disponga de un local habilitado para tal efecto o que el vendedor pertenezca a una de las dos empresas a las cuales Metrovías ha entregado la concesión (Buni y Servisub).

Dentro del segmento, si bien no hay un representante oficial, existe un vendedor que se ha autoproclamado delegado y es quien lleva adelante los reclamos ante el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires para la obtención de un permiso. Funciona como intermediario en esta precaria relación con el Estado. Esta función de intermediación no implica, sin embargo, una superioridad jerárquica sobre el resto de sus compañeros, sino que consiste en recaudar una contribución que cada uno realiza voluntariamente para los gastos administrativos destinados a la negociación para la obtención del permiso.

No están de acuerdo con que el gobierno, a cambio del permiso, les exija un pago mensual por realizar la actividad. El descontento proviene de la propia percepción que los entrevistados tienen de su trabajo. La práctica de mendicidad en el *subte* es una actividad que vienen desarrollando desde hace muchos años. El grupo considera al *subte* como propio, están familiarizados con el ambiente, las personas y la actividad que realizan. Por lo tanto, no reconocen como legítimo al permiso, ya que siempre trabajaron sin él y piensan seguir haciéndolo. En cuanto al delegado, no lo consideran parte del grupo, *él sabe, habla bien, tiene más labia*, y esto crea una distancia con respecto a él. La organización para elegir un representante no es una inquietud propia del grupo, sus integrantes mantienen una sensación de apatía y no creen que el permiso logre cambiar su situación. Pero admiten que sería bueno conseguir protección ante la policía y la *brigada* de Metrovías, como quedó expresado en la interacción grupal:

“Mirá, cuántos años hace que trabajo acá, yo traje al resto, ya hace años que estoy vendiendo en la calle, jamás se vio esto que se ve de que ponen ley, de que tenés que tener carné para vender, que tenés que tener permiso, que tenés que pagar, yo jamás he pagado a un policía, nadie pagaba nada, eh!, siempre vendí en todos lados, ya te digo crié a mis hijos vendiendo a la par mía.” (Grupo Focal).

“Es de nosotros ya (el *subte*).” (Grupo Focal).

Al trabajar en la calle —si bien el *subte* no es la calle, funciona como espacio público— otra relación central y compleja que necesariamente entablan es con los pasajeros. Cientos de personas pueden verlos a lo largo del día de trabajo y este carácter público de su exhibición los deja totalmente desamparados. Las características preliminares que los pasajeros captan en ellos (la forma de vestirse, de hablar, de moverse) representan signos elocuentes que los inclinan a localizarlos automáticamente entre los estratos inferiores de la sociedad, no cuentan con nada que pueda interpretarse como un símbolo de prestigio. Por esta razón están sometidos a ser tratados de manera asimétrica. Ante el descrédito que pueden provocarles sus propias apariencias, surge la vergüenza. Según lo expresan dos participantes en el Grupo Focal:

“Yo no me animo ni a mirar a la cara, por eso le puse un papelito a la mercadería.”

“Te da vergüenza a veces porque la gente te trata un poquito mal (...), te gritan te dicen que no, 'ta bien, no sabés qué hacer, a mí me da una vergüenza te digo la verdad.” (Grupo Focal).

Son muchos los episodios humillantes que mencionan, los insultan, les roban o les arrojan la mercadería al piso. Ante situaciones de conflicto con los pasajeros, el principio fundamental por el cual se rigen es el de *nunca discutir, sino ignorarlos*. Aunque como muchos de ellos han manifestado, hay veces que esta situación *no se puede aguantar*. La nueva mendicidad no escapa a la lógica estereotipada y estereotipante. Dado que esta práctica no requiere ninguna calificación y que el límite entre vender y pedir es muy angosto, muchas veces cae sobre ellos la sospecha de que la razón por la cual la están ejerciendo tiene que ver con una falta de voluntad para realizar otro tipo de trabajo. Los otros lo equiparan con una forma indigna de obtener el sustento, atribuyéndole rasgos descalificantes. Es notable apreciar en los entrevistados la sensación de que los otros se refieren con expresiones como *vago, manguero, andá a laburar*.

Si bien saben que desde el punto de vista de la mirada de los otros (pasajeros, policía, Gobierno) su imagen está cargada de estimaciones negativas, hay un intento de reivindicarse como trabajadores a partir de resignificar positivamente su actividad reconociéndola como mejor que otras. En esto hay coincidencia en las opiniones:

“...es un trabajo digno, no robamos.” (Zulema).

“...tenés que ser caradura, la verdad... (risas) pero yo digo que si no le robo nada a nadie no tengo que tener vergüenza.” (Gustavo).

La forma en que los otros los evalúan y los valoran afecta la imagen que tienen de sí mismos pero sólo parcialmente. Si no fuese así, tendríamos que imaginar que todos se sentirían agobiados, fracasados y sin embargo, si bien es evidente que no se llega a trabajar en el *subte* por vocación, entre la forma en que son identificados por los otros y la forma en que ellos mismos se identifican puede haber una distancia.

También hay que resaltar que la relación con los pasajeros no siempre es adversa y que a estas experiencias negativas pueden agregarse otras que demuestran una relación distinta entre ellos. Efectivamente, el hecho de que ofrezcan productos a tan bajo costo y que varíen la oferta diariamente posibilita el hecho de que mucha

gente les compre en forma continua. Podría incluso decirse que la relación en muchos casos está signada por la personalización de los vínculos que se establecen. Al realizar cotidianamente un mismo recorrido y corto, llegan a conocerse muy bien con los pasajeros. Muchas veces la personalización de los vínculos trasciende el plano de lo comercial. Como quedó expresado en la entrevista con Jimena:

“Hay gente que me conoce, que me ve y se me arrima, me saluda... hay gente que me conoce a mí desde cuando yo venía con la nena y me preguntan por ella, hay gente que me vio embarazada y cuando me vio con el nene me dicen ¿ya tuviste? Hay gente que ya nos conoce. Y nosotros también los conocemos a ellos, sabemos el horario en que pasan, sabemos todo. Por ahí hay gente que viene y nos encarga mercadería especialmente.” (Jimena).

En la relación con los pasajeros se pone en evidencia la importancia que la visión del otro tiene para el desarrollo de esta nueva práctica de mendicidad. En tanto la caridad es posible sólo en el ámbito de una interacción, la imagen del mendigo o del pobre se torna algo central. En su escrito “El pobre”, Simmel hecha luz sobre esta cuestión. De acuerdo con su teoría, sociológicamente el pobre es tal cuando recibe ayuda, esto ocurre en la medida en que entra en acción recíproca con un otro. El socorro hace al pobre. Pobre y mendigo se acercan, ambos son potenciales destinatarios de ayuda. Debemos tener en cuenta que los requisitos para acceder a la asistencia son producto de una estigmatización y son asimismo estigmatizantes. Si bien no definida en estos términos, Simmel explica un proceso que podría llamarse de estigmatización. Esto ocurre en la acción recíproca a través de la generalización de un aspecto de la individualidad del otro. En este caso su pobreza, su necesidad de asistencia para sobrevivir, es la característica particular englobante en la que uno inscribe al otro abarcándolo totalmente. Abordar al otro a partir de un rasgo de su individualidad nos limita a percibirlo a partir de fragmentos. El pobre aparece como pura negatividad, se lo identifica en tanto carece de medios de subsistencia y es pobre sociológicamente en tanto necesita del socorro de la comunidad.

Este apelar a la imagen tradicional del necesitado sigue vigente en tanto componente estructural de la nueva mendicidad. La identidad social de los sujetos entrevistados se apoya en las apariencias que proyectan mientras están en su lugar de trabajo, esta proyección resulta un recurso capitalizado por ellos para obtener

ingresos. Hacen un uso positivo del estigma (Goffman, 2003) del que se saben portadores. Con frecuencia ocurre que los pasajeros les dan dinero y les devuelven la estampita o el objeto que estén ofreciendo en ese momento. Este dar sin recibir nada a cambio está invocando la cualidad del pobre de merecer limosna por su condición social y económica inhabilitante. En este caso, el pobre es digno de recibir caridad porque en su cuerpo se exterioriza una condición de marginalidad que se traduce en impotencia. La relación con los pasajeros opera con la lógica de la handicapología (Castel, 1997), que implica un constante interrogante acerca del límite entre capacidad e incapacidad para el trabajo. Si bien los nuevos mendigos no presentan las características de los mendigos inválidos, es decir no tienen deficiencias físicas o psíquicas manifiestas, y no están por eso exentos de la obligación de trabajar, hay otras condiciones que se interpretan como inhabilitantes. La exteriorización de la pobreza y con ella la incapacidad de acceder a un trabajo que los exima de practicar la nueva mendicidad opera como discapacidad que admite la caridad.

Este modo de abordar al pobre se inscribe en una economía de la salvación y es el antecedente principal en la genealogía de las prácticas de mendicidad actuales. Pero las prácticas que ejerce el grupo de nuestros entrevistados adquieren un nuevo carácter. En el caso que nos ocupa, la práctica de mendicidad constituye un mercado de la caridad que funciona como maquinaria motorizada por los mismos destinatarios de la limosna que van hacia el público, hacia los que otrora se “salvaban” a través de las donaciones. No intervienen instituciones gestoras de la caridad. Si bien la nueva mendicidad mantiene un componente de redención, cambió su carácter. La vieja mendicidad se resignifica y combina con la venta ambulante en una estrategia compleja de generación de ingresos que tiene como mecanismo principal el intercambio sustentado en cierta utilización de la compasión. Como dice Gustavo:

“Capaz que si vos le ponés precio, capaz que no le dan mucha bola, no lo miran, pero vos le ponés el papelito y la gente se pone a pensar... pobre muchacho... y capaz que le entrás por ese lado a la gente, por ahí, es como que le da un poco de lástima, algo así.”

“...Yo puse ‘vivo en una villa de emergencia... muy pobre, no tengo trabajo y necesito darle de comer a mis hijos.’” (Gustavo).

El funcionamiento del mercado de la caridad implica un vínculo particular de los nuevos mendigos con la actividad, con el espacio

y con el tiempo. Hay una organización de la jornada, hay códigos y reglas tácitas, hay una tarea que se realiza en forma habitual. Estas características dan lugar a una pregunta...

¿Es la nueva mendicidad un trabajo?

La pregunta acerca de qué tipo de práctica constituye la nueva mendicidad requirió una reflexión acerca de las percepciones que los propios entrevistados tienen de la actividad, y de su propia subjetividad. La definición del carácter de la actividad inmediatamente se evidenció como un desafío, el hecho de que se combinen dos prácticas –venta ambulante y mendicidad– en una –nueva mendicidad– hace de la actividad un complejo entramado de configuraciones simbólicas. La representación de la actividad de los sujetos que la ejercen incorpora un abanico de representaciones diversas, juicios de valor, discursos en torno de la mendicidad por un lado y del trabajo como abstracción teórica por otro.

La percepción íntima que los entrevistados hacen de su situación depende de tres factores: la existencia o no de otras experiencias laborales anteriores, el rendimiento económico de la actividad actual y el peso de la tradición familiar.

Los que ingresaron a la actividad como consecuencia de una contingencia involuntaria que puso fin al desarrollo de una ocupación percibida como más ventajosa, se manifiestan disconformes y pueden proyectarse en otro trabajo. Como dice Mary,

“Si me saliera un trabajo, yo iría. Me anoté para limpieza a domicilio.”
(Mary).

De todos modos, la mayoría no ha tenido otras experiencias laborales distintas del trabajo en el *subte*. Muchas de las expresiones surgidas en el espacio del Grupo Focal se sintetizan en esta frase:

“Mi infancia la pasé acá abajo... si no venía no comíamos. Mi hermano trabajaba para ayudar a mi mamá...” (Grupo Focal).

Entonces, el factor que juega un rol muy importante a la hora de realizar la valoración de su situación es el éxito o el fracaso dentro de la actividad, en términos de obtención de dinero. Si bien advertimos ciertas contradicciones en el discurso, la percepción

de la actividad como un trabajo refiere en principio a una lectura instrumental del mismo, se construye en torno al hecho de que esta actividad provee dinero en forma inmediata. Así lo expresan los entrevistados:

“Para mí es un trabajo porque puedo mantener a mis hijos, comprarles las cosas que necesitan, y la entrada que hay en mi casa, la única, es la que yo hago.” (Elba)

“...si uno quiere un trabajo, hoy en día, no te lo dan, menos si no tiene estudio, nada, la única manera que tenemos es ésta y el que tiene eso, para él va a ser un trabajo.” (Gustavo).

Ante la incertidumbre que genera su situación de no contar con una alternativa laboral, los entrevistados han manifestado que esta actividad es la única opción que encuentran para generar ingresos:

“Yo no tenía ninguna otra (alternativa). Era la única que tenía. Yo estaba con mi nena, y yo me quería matar.” (Grupo Focal).

“Yo prefiero estar en el *subte* antes que no hacer nada y poder tener algo de plata.” (Grupo Focal).

Si bien se recurre a esta actividad sólo bajo el apremio de la necesidad, la nueva mendicidad no parece ser una estrategia coyuntural de supervivencia, hay un componente de tradición, es parte de una herencia familiar. Es lo que vieron hacer a sus padres, es lo que aprendieron de ellos y es en lo que se proyectan a futuro. Por esta razón percibimos que están en cierto modo “conformes” con la actividad. Entre los que tiene más antigüedad se palpa o se percibe un sentimiento de orgullo hacia la misma porque se trata de algo que saben hacer, que nadie les va a venir a enseñar, es lo han hecho toda su vida, lo que han enseñado a sus hijos, con lo que han mantenido a sus familias.

No obstante la relativa seguridad que implica la familiaridad con la actividad, la nueva mendicidad no se percibe como lugar ideal, que realizaría los sueños personales. Pero por la estructura de posibilidades a la que se enfrentan estos sujetos y las condiciones en que reproducen su vida, no han tenido nunca demasiadas expectativas de trabajo. En sus palabras:

“Por la forma de hablar mía no creo que me den ningún laburo.” (Grupo Focal).

Respecto de la valoración que los entrevistados hacen de su actividad se advierte cierta condena al hecho de repartir estampitas. Esta práctica está íntimamente asociada a la mendicidad y mendigar no representa para ellos un trabajo, sino que corresponde a cierta categoría de actividades humillantes, vergonzantes, no honrosas y que están legitimadas si son ejercidas por niños. Como dejan ver estos testimonios:

“Entonces como yo acá me permiten vender de lo que sale, yo vendo... vendo. No tengo que andar con estampitas. Una mujer grande, gorda, sana, van a decir por qué no va a trabajar antes de andar con estampitas.” (Elba).

“Y yo venía cuando era chiquito, ¿vio? Como ahora los chicos de estampitas... después dejé y a los 18 años volví de vuelta. Yo ya sabía cómo era el mecanismo de vender, pero yo decía entre mí, yo era chiquito antes a mí quien me va a dar algo ahora, así grandote, así grande como soy ahora.” (Gustavo).

“El que da estampitas, manguea, pide.” (Grupo Focal).

“Aparte que después de los 12 años hay gente que te mira con otra cara.” (Elba).

Pero no obstante esta oposición entre trabajo y mendicidad, la práctica de dar estampitas no funciona realmente como frontera para la pertenencia al grupo y el desempeño en el *subte*. Lo que de hecho ocurre es que alternan estampitas a voluntad con productos de venta según el dinero con el que cuenten. Esta versatilidad en la estrategia de provisión –guiada por la búsqueda de ingreso– se evidencia en el discurso mismo del entrevistado:

“Hasta yo si a veces no tengo plata para mercadería, ¡yo me pongo a vender estampitas!” (Gustavo).

Si bien la mendicidad está deslegitimada, la dignidad del trabajo se define sobre todo por su oposición al robo. En esta referencia están invocando el respeto a la ley que implica la adhesión al contrato social, la pertenencia al todo. Una de las condiciones *a priori* de la socialización que Simmel plantea es este lugar del individuo en la totalidad. La vida de la sociedad transcurre como si cada individuo estuviera determinado para ocupar un lugar particular en el cuerpo social, existiendo la certeza de que ese puesto realmente existe para cada uno y esto posibilita la relación armónica entre todos sus miembros. Se trata de que cada indivi-

duo cree que por sus cualidades personales tiene un lugar único que corresponde sólo a él. En este caso, estar socializado implica “la correlación de su ser individual con los círculos que lo rodean” (Simmel, 2002), un encuentro de lo personal con el todo. Simmel menciona la categoría de “profesión” para ejemplificar este lugar que la sociedad ofrece al individuo y la de “vocación” para mostrar el movimiento inverso, desde el individuo hacia la sociedad, que pone en juego lo que a él lo motiva internamente para dirigirse a ese lugar que le ofrecen. Para los que practican la mendicidad en el *subte* el camino en el que “vocación” y “profesión” se encuentran está obstaculizado por la propia condición de pobreza y la ausencia de expectativas de cambio.

“Yo no me imagino nada.” (Grupo Focal).

En el análisis de la percepción que los entrevistados tienen de su actividad debe tenerse en cuenta que el concepto de trabajo asume dos dimensiones: la de la situación socioeconómica y la de las representaciones sociales. A nivel de las representaciones, podemos afirmar que el trabajo sigue definiéndose en términos del modelo tradicional. Se advierte en los entrevistados una búsqueda de aquel lugar de estabilidad y contención que el empleo garantiza a través de las seguridades sociales:

“Me gustaría estar trabajando... que me contraten, tener obra social, poder hacer aportes para la jubilación para el día de mañana... cosa que acá no lo podés hacer.” (Mary).

“Este trabajo... tiene sus desventajas, no tenés un seguro ni una obra social.” (Grupo Focal.)

Asimismo, cuando ellos definen su actividad como decente por oposición a una indecente como robar, están haciendo alusión a esa concepción tradicional del trabajo como actividad que dignifica. No obstante, a nivel de la realidad socioeconómica el modelo tradicional de referencia es impracticable. Esto se confirma en las características propias de la nueva mendicidad. La posibilidad de recibir dinero en forma inmediata y la flexibilidad del horario de trabajo son factores que a primera vista resultan atractivos pero que llevan implícita una alta inseguridad. Un buen día de recaudación asegura los ingresos necesarios para ese día, pero si eventualmente una enfermedad u otra contingencia afecta al trabajador de manera que no puede realizar la tarea, no hay dinero

para ese día. Como la reproducción cotidiana, propia y del núcleo familiar, depende exclusivamente de los ingresos que generen en el día, la flexibilidad ya no es tal. Es decir, a mayor tiempo trabajado más posibilidad de recaudar dinero, entonces la alternativa de no trabajar difícilmente se torna viable. Al estar la supervivencia diaria supeditada al éxito de la recaudación, la actividad no resulta potente para otorgar estabilidad y seguridad a la vida de estas personas. La supuesta independencia se cancela en el momento en que la inestabilidad impera.

En la sociedad post salarial actual el trabajo no es más el gran integrador. Quienes no tienen un trabajo se enfrentan a un problema que va más allá de la falta de ocupación, y esto nos lleva al terreno de las representaciones, “el trabajo (...) es más que el trabajo y por lo tanto el no-trabajo es más que el desempleo” (Castel, 1997:390). En el siguiente testimonio pueden advertirse las expectativas que se generan alrededor del trabajo:

“Me veo en el futuro con mis hijos que vayan al colegio, que estudien y yo tener un trabajo para poder pagarles a los chicos un curso de lo que les guste, para que no se queden en casa, que trabajen así no hacen lo que yo hice... manguear.” (Elba).

Las funciones latentes del trabajo en la sociedad –analizadas por Jahoda (Kornblit, 1996)– son: estructurar el tiempo cotidiano, brindar un ámbito de sociabilidad fuera de la familia nuclear, vincular al individuo con metas colectivas, definir aspectos del *status* y la identidad personal e imponer una actividad regular. Basándonos en esta definición podemos afirmar que la nueva mendicidad es un trabajo, ya que organiza el tiempo cotidiano; impone una actividad regular y brinda un espacio de sociabilidad que, aunque arraigado en el entorno familiar, se expande hacia otros vínculos. Es en el *subte*, en ese espacio público que les es propio y es a su vez compartido con otros, donde desarrollan actividades laborales y no laborales y entablan relaciones de cooperación y conflicto, donde los trabajadores establecen sus relaciones y van elaborando su identidad. Asimismo, los ubica en un *status* marginal. Es menester agregar que, no obstante se organizan en códigos y reglas grupales, el trabajo no los vincula con metas u objetivos sociales. Tampoco resulta un lugar de autorrealización, que es otra función que puede atribuirse al trabajo, evidenciándose la mirada realista y desencantada que tienen del hecho laboral (Kornblit, 1996).

Comentarios finales

En nuestro desarrollo hemos hecho un recorrido exploratorio por la práctica cotidiana de la nueva mendicidad, por las trayectorias laborales de quienes la ejercen, por las relaciones de sociabilidad que establecen con otros actores en el *subte* y por la experiencia que tienen de la propia actividad. Retomando la pregunta inicial acerca de qué tipo de actividad constituye la nueva mendicidad en el *subte* sostenemos que ésta rescata algo de la vieja mendicidad y la resignifica, la actualiza en el contexto actual de precarización del mercado de trabajo.

La nueva mendicidad sigue apelando a su soporte fundamental, la caridad. No obstante, trasciende el nivel individual propio de esta relación de intercambio lástima-limosna constituyéndose en un mercado de la caridad. La nueva mendicidad complementa elementos de la vieja mendicidad con tácticas y técnicas propias de la venta ambulante. La actividad resultante es una compleja y no monolítica práctica laboral que se constituye como un intercambio mercantil.

Quienes realizan estas nuevas prácticas de mendicidad en el *subte* son sujetos vulnerables que se hallan desconectados de las tendencias macro económicas del país, que en sus realidades buscan salidas, improvisan, se organizan para sobrevivir en los márgenes en que están anclados. Esto no implica la exclusión, de hecho y como se ha explicado, están insertos en redes de relaciones, mantienen vínculos –conflictivos o no– con sus pares, con instituciones estatales, con sus competidores, con los pasajeros, están en este sentido incluidos en una trama. Entonces, a diferencia de los mendigos, crotos y linyeras los nuevos mendigos están inmersos en ámbitos de sociabilidad que funcionan como redes de inclusión.

Hemos afirmado que la nueva mendicidad se incluye dentro del conjunto de actividades callejeras, ligadas a la supervivencia y signadas por la informalidad. Asimismo la hemos definido como un trabajo. Es paradójico que una práctica que históricamente se ha entendido como opuesta al trabajo hoy la consideremos una práctica laboral. Cabe aclarar que esta valoración debe entenderse en el marco de un mercado laboral segmentado, con altos índices de desempleo, naturalización de la precariedad y la flexibilidad laboral, pérdida de la condición salarial, incertidumbre respecto del futuro, pérdida de las protecciones sociales y dilución del trabajo

como pilar de estructuración social. La nueva mendicidad carga con todas las deficiencias y miserias de la informalidad.

A pesar del escenario en el que estos sujetos transitan la nueva mendicidad, sigue manifestándose en el día a día la invención de recursos para habitar la situación de vulnerabilidad y pobreza, “se trata de la construcción de una posición de enunciación que grafica la búsqueda de un ‘poder ser’ en el borde de un ‘no poder’” (Corea, Duschatzky, 2002:79). En el mismo ámbito de lo subterráneo, donde opera la imposibilidad, la supervivencia se hace posible.

III SEGUNDA SECCIÓN

TRABAJANDO EN EMPLEOS
PRECARIOS BAJO LA ECONOMÍA
INFORMAL

VI.

REMISEROS DE LA POBREZA

TRAYECTORIAS DESCENDENTES Y NUEVAS ESTRATEGIAS DE SOBREVIVENCIA EN EL SUR DEL GRAN BUENOS AIRES

María Marta Pregona, Federico Stefani y Cecilia Tinoboras

Introducción

El presente artículo aborda las trayectorias sociolaborales de quienes en la actualidad trabajan en agencias de *remís* en la zona Sur del Conurbano Bonaerense. La elección de esta actividad adquiere relevancia teórica y empírica en cuanto esta práctica laboral surge y se instala como un nuevo y precario “nicho económico” en el marco de la convertibilidad y su crisis; en un contexto signado por la profundización de los problemas de empleo, y el retiro del Estado en la prestación y regulación de servicios públicos.

El objetivo de este trabajo es describir y analizar los modos en que este sector de la población redefine su posición y sus estrategias ante sus cambios biográficos laborales enmarcados y contextualizados en un período de profundas transformaciones sociales y económicas. Partiremos describiendo brevemente dichas transformaciones y su repercusión en el mercado laboral, como marco contextual del abordaje de los recorridos sociolaborales de estos trabajadores, desde su inserción en el mercado laboral formal hasta su instalación en la informalidad y la precariedad de las agencias de *remís*. Transitaremos así la curva de sus trayectorias haciendo hincapié en la fase descendente.

¿Qué significa la existencia de esta actividad hoy en el Gran Buenos Aires?

Como hipótesis de trabajo partiremos planteando que el surgimiento de las *remiserías* en el Gran Buenos Aires está ligado por

una parte a las consecuencias de las reformas estructurales de la década del '90, más específicamente se vincula con la disminución de los lugares ocupables en la estructura laboral que se produjo en esta etapa, afectando de manera particular a los hombres de entre 40 y 65 años.

Por otra parte planteamos que el surgimiento de esta actividad, como nuevo y precario “nicho económico”, está relacionado con la existencia de una deficiente prestación y disminución en el uso de los servicios públicos de transporte en la zona sur del Gran Buenos Aires¹. Hay que tener en cuenta que el deterioro del transporte público de pasajeros en un marco urbano específico posibilita que, a nivel local, se pueda explotar un tipo particular de servicio de transporte como fuente de empleo e ingresos para sus habitantes. En este sentido, resulta relevante destacar la importancia de las relaciones que se establecen en el ámbito del barrio, las cuales brindarán las condiciones de posibilidad para el despliegue de estas estrategias por parte de los sujetos en tanto miembros del barrio.

Abordaje metodológico y presentación de los casos

El estudio de los casos se llevó a cabo a través de una estrategia cualitativa, basada en entrevistas en profundidad y la realización de un Grupo Focal. Las entrevistas fueron realizadas en Avellaneda, Quilmes y Bernal; y el Grupo Focal, en el que participaron diez remiseros del partido de Avellaneda, se llevó a cabo en un club de la localidad de Gerli.

Mediante las entrevistas conocimos a Alberto, de 52 años de edad, dueño de una agencia de *remís* del barrio Quinta Gali (Avellaneda); entrevistamos también a Rogger, de 50 años, ex empleado de YPF y actual remisero en la agencia de Alberto. En el barrio de Villa Alcira (Bernal) entrevistamos a Ernesto, de 53 años, quien al momento de la entrevista hacía 15 días que trabajaba como remisero y era además dueño de un pequeño kiosco del mismo barrio. En Quilmes oeste entrevistamos a Carlos, de 46 años, cuyo

1 Véase, en este mismo artículo, los datos de la Comisión Nacional de Regulación del Transporte.

último trabajo en el sector formal fue en la empresa Juncadella. Por último entrevistamos a Mario, de 60 años, quien años atrás estuvo empleado en la empresa estatal de electricidad SEGBA.

Tomando como base los datos que obtuvimos en las entrevistas, delineamos un esquema de las trayectorias socio-laborales de estos hombres, destacando como tipo ideal aquella que describe un recorrido caracterizado por tres momentos básicos que se constituyen en puntos de inflexión. Un primer momento, que denominamos de inserción plena, en el que los sujetos ingresan al sector formal, (grandes empresas estatales o privadas), luego un segundo momento, al que llamamos primer desplazamiento, donde los sujetos son desplazados hacia el sector informal urbano (pequeños emprendimientos cuentapropistas), y posteriormente un tercer momento, que denominamos como segundo desplazamiento, donde los sujetos son nuevamente desplazados pero esta vez hacia el sector informal de subsistencia, caracterizado por estrategias de supervivencia ligadas a trabajos sumamente inestables, instalándose así en una zona de alta vulnerabilidad².

Acerca de la informalidad y sus definiciones

En este artículo utilizaremos frecuentemente el concepto de informalidad, por lo tanto procuraremos dejar en claro a qué nos referimos cuando recurrimos a él.

Desde el estudio de la OIT³ (Kenya, 1972), diferentes enfoques⁴ han planteado el problema de conceptualización de la informalidad, permaneciendo abierto el debate hasta la actualidad. Entre ellos se destaca el enfoque de la heterogeneidad estructural (CEPAL), que

-
- 2 Nos referimos a la vulnerabilidad en términos de pérdida de las protecciones asociadas al trabajo, fundamentalmente respecto a la salud y la seguridad social, y a la escasez e incertidumbre respecto a la percepción de ingresos. En este sentido, se destaca la importancia que asume el concepto de vulnerabilidad social, en procura de entender tanto las condiciones objetivas de indefensión en que se encuentran los sectores subordinados de la sociedad como la percepción subjetiva de inseguridad derivada de la modificación radical de las reglas económico-sociales. Ver: "Vulnerabilidad social en América latina y el caribe". En: Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía. <http://www.eclac.cl/celade/publica/LCDEM298e.htm>
 - 3 OIT, 1972, *Employment, Incomes and Inequality. A Strategy for Increasing Productive Employment in Kenya*, Ginebra.
 - 4 Véase Beccaria, Carpio y Orsatti (1999); Carpio y Novacovsky (2000); Gallart (2003); Raczynski (1977).

sirvió de base para el estudio del Programa Regional de Empleo para América Latina y el Caribe (PREALC), donde se considera al sector informal como la franja de actividades de baja productividad en la que se inserta el excedente de población incapaz de ser absorbido por las ocupaciones generadas por el sector moderno de la economía urbana. Desde esta perspectiva, se sostiene que la informalidad es una forma de producir relacionada con la heterogeneidad estructural que caracteriza a las economías con menor desarrollo, de este modo se vincula el concepto con las características de los mercados de trabajo de estos países y con las condiciones de pobreza de la población (Carpio y Novacovsky, 2000:11-12).

En contraposición a este enfoque, desde la perspectiva estructuralista (Portes, 1995) se plantea la necesidad de rescatar el concepto de informalidad de su asociación con las situaciones de pobreza. Es decir, la informalidad no es exclusiva de los países menos desarrollados y no se trata sólo de una “expresión de la incapacidad” del sistema para integrar a la población económicamente excedente, sino que representa una forma de vinculación entre el capital y el trabajo que es consecuencia de la organización a escala global de la reestructuración del sistema capitalista. Desde este enfoque entonces, la concepción de las actividades informales refieren a: “actividades redituables que no están reguladas por el Estado en entornos sociales en los que sí están reguladas actividades similares” (Castells y Portes, 1989). Para estos autores la diferencia básica entre lo formal y lo informal no reside en el carácter del producto final, sino en la manera en que éste es producido y/o intercambiado. Desde esta perspectiva, se ha propuesto una clasificación de las actividades informales según su objetivo, distinguiendo así tres tipos: uno llamado economía informal de subsistencia, otro denominado economía informal de explotación dependiente, y un tercer tipo llamado economía informal de crecimiento⁵.

Por último, desde una perspectiva opuesta a la estructuralista, el enfoque neoliberal (De Soto, 1987) considera a las actividades informales como una respuesta a las múltiples y anacrónicas regulaciones del Estado.

No obstante las diferencias conceptuales, en líneas generales las tres perspectivas acuerdan en considerar a las inserciones laborales

5 Véase Portes (2000: 28).

informales como localizaciones sociales de riesgo o de exposición al riesgo social de exclusión; donde los individuos o grupos sociales se ven enfrentados a carencias o procesos de inhabilitación, que atentan contra la capacidad de subsistencia y de logro de una calidad de vida satisfactoria de acuerdo con los estándares históricos establecidos.

En nuestro caso particular, consideramos útil la caracterización propuesta por la perspectiva estructuralista y definimos a la actividad estudiada como parte de la economía informal de subsistencia, teniendo en cuenta que, además de estar al margen de las regulaciones estatales, su propósito fundamental es el de lograr la subsistencia del individuo o del grupo familiar por medio de la venta de servicios en el mercado. Así, consideramos relevante tener en cuenta que cuando hablamos de la remisería como actividad informal nos referimos a: el bajo capital con el cual se desarrolla la actividad, su bajo nivel de productividad, el reclutamiento laboral basado en redes de proximidad, la ausencia del Estado en la regulación y protección del trabajo, y el desarrollo de la actividad al margen de la regulaciones del Estado.

La informalidad en la Argentina

En la Argentina las actividades que integran el sector informal presentan particularidades referidas a su composición; en este sentido, retomando lo señalado en el texto de Carpio y Novacovsky (2000), se observa que dentro de este sector heterogéneo se agrupan distintas formas o tipos de actividades económicas; por un lado aquellas denominadas como actividades de acumulación y por otro aquellas denominadas como actividades de supervivencia. Estos tipos de actividades de supervivencia se diferencian entre sí por las características de la articulación de sus unidades económicas con los mercados de productos y factores de la economía, por la calidad de las ocupaciones y por las características sociales de la población que participa de ellas. Así, para el tipo de actividades de acumulación se hace referencia a los casos representados por la estrategia cuentapropista tradicional, el pequeño taller, o el comercio minorista, que significó, años atrás, un espacio de inserción con perspectivas de progreso económico, y en muchos casos

con ingresos similares o superiores a los del sector formal (Carpio y Novacovsky, 2000).

Por su parte, para el caso de las denominadas actividades de supervivencia, se hace referencia a pequeños emprendimientos que requieren bajos niveles de inversión y capacitación, caracterizados por las condiciones extremas de precariedad y explotación en que se desarrollan. Este último es el caso de las remiserías que analizamos.

Como aporte complementario a lo referido por Carpio y Novacovsky (2000), nos interesa retomar el planteo de Beccaria, Carpio y Orsatti (1999), donde desarrollan el concepto de “cuentapropismo satisfacer”. Los autores recurren al término *satisficing*, que en teoría económica se refiere a empresas que en vez de tratar de maximizar sus beneficios se satisfacen con la obtención de unos beneficios adecuados. Desde este concepto los autores plantean que, el “cuentapropismo satisfacer” hace referencia a actividades informales que no se constituyen como estrategias de “refugio” para una posterior reinserción en el sector formal, sino que se plantean como estrategias laborales de largo plazo; sin embargo no están caracterizadas por la lógica de acumulación o de maximización de los beneficios, sino por la lógica de obtención de una renta adecuada para satisfacer el estándar de vida urbana en equilibrio con el contexto sociocultural. Es decir son actividades que operan con una racionalidad de reproducción y no de acumulación, donde no es primordial la capitalización ni la ampliación de sus mercados, sino que se busca mantener ocupados a sus integrantes y obtener ingresos adecuados para ellos.

Como veremos más adelante, en nuestro estudio de caso, nos referiremos por una parte a las actividades informales ligadas al “cuentapropismo satisfacer” y por otra parte a las actividades informales ligadas a la supervivencia, ambas podrán ser observadas a lo largo de las trayectorias laborales de los entrevistados.

En relación a la conceptualización de la precariedad laboral, la definición que utilizamos en este artículo refiere a las condiciones en las que se desarrolla el trabajo, ya sea tanto en el sector formal como en el informal, principalmente en lo que respecta a la cantidad de horas trabajadas, la forma de contratación (inexistencia de contrato escrito, contrato a tiempo determinado, etc.) y la percepción o no de los beneficios sociales ligados al empleo (obra social y aportes jubilatorios). Cabe aclarar aquí que, si bien

se suele vincular la precariedad laboral con las actividades del sector informal de la economía, resulta claro que la precariedad afecta también a las actividades del sector formal, principalmente a partir de la década del '90⁶.

Transformaciones del paisaje urbano en la zona Sur del Gran Buenos Aires

Desde hace ya más de una década hemos estado presenciando, como vecinos y visitantes de la zona Sur del Gran Buenos Aires (Avellaneda, Bernal, Quilmes), una evidente transformación en el paisaje de cada barrio; transformación que se puede observar en el cierre de fábricas, dispersión de la fuerza de trabajo y multiplicación de nuevas formas de autoempleo. Al respecto numerosas investigaciones⁷ han dado cuenta de las causas de dicha transformación, señalando como uno de los hechos fundamentales, el abandono del modelo sustitutivo y la violenta apertura de la economía que devinieron en un proceso progresivo de desindustrialización iniciado bajo la dictadura militar 1976-1983 (Basualdo, Aspiazu y otros, 2002).

Estas transformaciones provocaron que más del 20% de la mano de obra fabril perdiera su empleo desde fines de la década del ochenta. En este sentido, los resultados del Censo Económico de 1994⁸ indican que se ha producido una reducción del personal ocupado en la industria de, al menos, un 22% con respecto a 1985.

Dentro de este mismo proceso se observa el creciente peso relativo, dentro del mercado de trabajo, de trabajadores con elevado nivel educativo, vale decir que existen diversos sectores sociales que han logrado mantener e incrementar su movilidad ascendente.

6 Véase Agustín Salvia y Silvana Tissera "Heterogeneidad y precarización de los hogares asalariados en Argentina durante la década del '90". Trabajo elaborado en el marco de las actividades investigación conjuntas que llevan adelante los equipos de los proyectos "Crisis y Metamorfosis de los Mercados de Trabajo Urbanos en la Argentina de los '90 (UBACyT EC 001), y del proyecto Cambio Estructural y Desigualdad Social (UBACyT AS 021-CONICET); Galín (2000).

7 Apiazu, Basualdo y Khavisse (1989); Schvarzer (1999); Aspiazu (1994); Aspiazu, Basualdo y Schorr (2000); Aspiazu y Khavisse (1983); Katz (2000).

8 Véase Schvarzer (1999:246).

Éstos son los profesionales gerentes, empresarios asociados al ámbito privado, principalmente aquellos vinculados a los “nuevos servicios”, y los trabajadores altamente calificados (Svampa y González Bombal, 2001).

Por otro lado, en el conjunto de trabajadores con nivel educativo medio y bajo se observa un incremento de la duración media de la desocupación, el aumento de la tasa de desocupación de los jefes de hogar, y el aumento de las horas trabajadas por los empleados “plenos”. La combinación de estos factores ha conducido a un significativo aumento de la informalidad, la precariedad en la formalidad y la vulnerabilidad de amplios sectores sociales (Lo Vuolo, 2001).

No podemos dejar de mencionar aquí, teniendo en cuenta las trayectorias laborales de los entrevistados, el impacto sobre la destrucción del empleo producido por el proceso de privatizaciones llevado adelante durante la década del noventa⁹.

Durante esta década se puede observar también, un progresivo proceso de reducción en la utilización del servicio público de transporte automotor de pasajeros. Los motivos y explicaciones respecto de los factores que influyen en este hecho trascienden nuestra investigación, no obstante nos parece relevante tener en cuenta algunos datos ilustrativos de la situación en relación con nuestro caso de estudio.

Según datos de la Comisión Nacional de Regulación del Transporte (C.N.R.T.), la cantidad de pasajeros transportados, en el transporte automotor urbano de pasajeros, fue en 1990 de 2.102 millones, mientras que en el año 2000 fue de 1.328 millones de pasajeros. Analizando la serie histórica de la década del ‘90 se observa, a partir de 1993, un continuo descenso de la cantidad de pasajeros transportados, llegando en 2002 al nivel más bajo registrado (1.123 millones de pasajeros transportados). Recién en el año 2003 se vuelve a incrementar la cantidad de pasajeros transportados, sin embargo se mantiene muy alejada de los niveles registrados en los primeros tres años de la década del ‘90¹⁰.

En resumen podemos decir que, el surgimiento de la actividad de *remís*, como actividad informal en la zona Sur del Gran Buenos Aires, tendrá lugar en un contexto particular signado por la fuerte

9 Se estima que al menos 200.000 personas ocupadas en las áreas privatizadas quedaron sin empleo en el período 1990-1994. Al respecto ver Schvarzer (1999).

10 Véase CNRT, *Transporte automotor urbano de pasajeros*. Cuadros: Cuadro N° 1.2: Evolución de los indicadores operativos. Fuentes: Transporte Urbano, Base de parque móvil - Área Estadística y Seguros.

necesidad de encontrar alternativas laborales frente a la destrucción del empleo en el sector formal, la reducción de la utilización del servicio público automotor de pasajeros, y la resignificación de las relaciones sociales a nivel del barrio.

Las nuevas unidades de trabajo: el barrio y su especificidad

Retomando lo señalado en el párrafo anterior, nos detendremos aquí en la especificidad de las relaciones que se establecen en los barrios en los que se instalan las agencias de *remís* que hemos analizado.

En la actualidad, diferentes líneas de análisis han avanzado en la problematización del tema del barrio y la segregación territorial en relación a las prácticas de subsistencia.

La mayoría de los trabajos se concentran en estudios de caso, apoyados en indagaciones en profundidad. De manera general podemos decir que, una parte de estos estudios consideran la importancia del barrio en tanto espacio de repliegue y fuente potencial de cohesión y organización, que le permite a los sectores populares llenar los vacíos dejados por las instituciones y la falta de empleo (Forni y Roldán, 1999; Feijoó, 2001; Svampa, 2003; Merklen, 2005). Es decir, a medida que aumenta la población que no encuentra soportes suficientes en el mundo del trabajo, la inscripción territorial parece ganar importancia.

Por otra parte, otra serie de trabajos (Mallimaci y Salvia, 2005; Auyero, 2001; entre otros) han explorado –también a través de estudios de caso– los efectos de la concentración espacial de la pobreza urbana, su endurecimiento y perpetuación. Desde esta perspectiva, se otorga gran importancia al impacto negativo del entorno social de los lugares de residencia sobre las posibilidades que tienen las personas y los hogares vulnerables de mejorar sus condiciones de vida. Los barrios son vistos como contextos que mediatizan el acceso de las personas al mundo laboral, al mundo institucional, al mundo estatal. Según este enfoque, la residencia en barrios con altas concentraciones de pobreza agregaría desventajas importantes a aquellas que se derivan de las bajas calificaciones relativas de los residentes.

Por último, otros estudios de casos han sugerido –sin pretender cerrar el debate– que el espacio vecinal o barrial constituye en realidad un campo de disputa social, lo cual deja como resultado un funcionamiento polivalente y abierto al comportamiento de los actores sociales, afectados por múltiples relaciones recíprocas, tensiones y conflictos, las cuales pueden convertirse tanto en un punto de anclaje como en un punto de fuga frente a la pobreza y la exclusión social (Raffo, 2005)¹¹.

Nuestro análisis sobre el tema del barrio retoma esta última interpretación, destacando en particular que el barrio no es neutro, sino que plantea posibilidades limitadas de acción, que según los casos serán más amplias o más reducidas.

Como ya hemos señalado, las agencias que hemos visitado, se ubican en la periferia geográfica y jurídica del núcleo económico formal, en los barrios de la zona Sur del Gran Buenos Aires. En esta zona, que antiguamente fue escenario de la conformación de un cordón industrial, asociado con la dinámica económica de la industrialización sustitutiva de importaciones (ISI), el barrio se constituye (a través de múltiples relaciones recíprocas, no sin disputas, tensiones y conflictos), en el principal garante de la reproducción de la subsistencia de vastos sectores de la población. En la actualidad este espacio barrial es resignificado por sus habitantes como escenario de un nuevo ámbito laboral. El barrio se constituye en condición de posibilidad para nuevas prácticas que responden al desenvolvimiento de estrategias de supervivencia. En esta misma línea, cabe retomar el análisis de Feijoó cuando plantea que el barrio y la comunidad adquieren un rol fundamental en la reorganización de los roles y estrategias a seguir, aun cuando estas nuevas estrategias no tengan carácter comunitario. (Feijoó, 2001). En este sentido remarcamos la importancia del ámbito barrial en donde se instalan las nuevas agencias de *remís*, teniendo en cuenta este aspecto como un indicador de su especificidad. Nuestra hipótesis acerca de la articulación de la actividad con el barrio sugiere que las articulaciones que allí se producen, generan las condiciones

11 Sobre el tema del barrio, véase Agustín Salvia, colaboración a cargo de: Pablo De Grande y Jimena Macció, “El desarrollo humano y la segmentación social de los espacios urbanos. El marco teórico y metodológico de una aplicación útil al diseño de políticas”. Departamento de Investigación Institucional, Programa Observatorio de la Deuda Social Argentina, *serie Monitoreo de la Deuda Social Argentina*, Documento 1 / 2005, UCA.

de posibilidad para la existencia de esta actividad en las actuales condiciones de informalidad y precariedad.

En el análisis de las entrevistas y del Grupo Focal pudimos observar que la relevancia de la pertenencia al barrio cobra sentido en tanto define los límites que operan en la accesibilidad y la permanencia en las agencias de *remís*. Podemos decir entonces que, en este espacio particular conformado por “el barrio” (en tanto ámbito social inmediato donde tienen lugar relaciones de reconocimiento cara a cara), la posibilidad de trabajar en la remisería, está mediada por el conocimiento de la conducta social, y de la trayectoria laboral, personal y familiar del “candidato a remisero”.

— Yo creo que en el barrio, o sea los que trabajamos en el barrio nos ven bien.

— *Los ven bien, ¿por qué?*

— Por la confianza.

— Por la confianza que nos dan, porque nos conocen de muchos años...”
(Grupo Focal).

“...el *remís* vos sabés que está acá, que la gente está todos los días acá y es la misma gente, eso hace que vos de repente lleves a un chico al colegio durante cinco o seis años que... hasta los maestros te confunden con el padre.” (Carlos).

En este sentido, observamos también que los efectos del curso de inseguridad operan reforzando la importancia subjetiva de los lazos de proximidad por parte de los usuarios, legitimando de este modo el desarrollo de la actividad en estos barrios, aun en condiciones de informalidad y precariedad.

“Porque (la gente) tiene miedo de dejar el auto en la calle, tiene miedo de abrir y cerrar los portones para sacar los autos”. (Grupo Focal).

La remisería. El funcionamiento de la actividad

En las cuatro agencias de *remís* que hemos analizado, pudimos observar que se trata de locales en los cuales antes funcionaban pequeños comercios, e incluso podían formar parte de la casa de algún vecino. La fachada nos muestra, a través del vidrio, un escritorio en el que se dispone de un teléfono y de las planillas en las que se registran los viajes. Se observa también algunas pocas sillas o sillones donde los conductores esperan su turno para salir

en viaje. Sobre la calle, los autos estacionados, en algunas ocasiones observamos baldes, algunos trapos, hombres lavando sus autos y una tediosa espera.

Cada una de las agencias tiene grados diversos de organización, sin embargo, coinciden respecto a la distribución de la jornada laboral de los conductores. Ésta se divide en turnos de doce horas, y cada conductor puede quedarse a trabajar horas extras para aumentar su recaudación, pero en ningún caso puede tener una carga horaria menor a doce horas. Cabe destacar aquí que el dueño de la agencia es quien dispone del espacio físico en donde se puede ofrecer el servicio al público, y es además quien fija las normas de trabajo. Si bien el conductor del auto, en la mayoría de los casos, es poseedor de su “herramienta” de trabajo, debe cumplir con las normas que fija el dueño de la agencia y debe pagarle un porcentaje de su recaudación diaria (20%) en tanto se vale del espacio físico de la agencia para ofrecer su servicio.

En lo que respecta a los ingresos, existe un alto grado de imprevisibilidad, éstos son sumamente inestables y dependen de la duración de la jornada laboral y de la intensidad del trabajo. Al respecto, Alberto da cuenta de la variación del rendimiento de un día de trabajo.

“Acá todo se mide por la recaudación, para saber cómo es el día, lo peor puede ser 6 mangos por doce horas de laburo, una miseria, la mejor son 22, 24 pesos.” (Alberto).

Además, la intensidad del trabajo varía según la época del mes (si es cercana a las fechas de cobro de los clientes), o según las condiciones climáticas (si éstas son desfavorables las agencias tienen más trabajo).

El servicio que brinda la remisería funciona de manera primordial en articulación con el ámbito del barrio donde está instalada; es decir los clientes son exclusivamente los vecinos residentes del barrio.

El trabajo cotidiano comienza cuando al inicio del día la telefonista abre una planilla diaria donde figuran: el horario de entrada; el detalle de cada viaje realizado, esto es: precio total, lugar de destino, tiempo transcurrido, horario de salida, y el valor del porcentaje de comisión pagada. A su vez, los conductores deben esperar que sus destinos sean asignados respetando el orden de llegada.

La actividad se desarrolla en tres tiempos en los cuales se distribuye el trabajo. El primero, que denominamos como “tiempo de

trabajo específico” o “central”, refiere al momento en que se llevan a cabo los viajes; en torno de este tiempo se estructura otro, al cual denominamos “tiempo de trabajo complementario”, donde las tareas que se realizan refuerzan y acompañan la actividad central: se trata principalmente del adecuado mantenimiento de las herramientas de trabajo, los automóviles. Por último señalamos un tercer tiempo, que denominamos “tiempo de sociabilidad”, en el cual los conductores comparten la espera de los viajes, donde se entrecruzan diálogos y vivencias, o miran juntos la televisión. La observación de un día de trabajo en las agencias da cuenta de ello.

Caracterizamos entonces a las agencias de *remís* que comprenden nuestro estudio, como “microemprendimientos” de servicio de transporte de pasajeros, que operan en pequeños locales montados y readaptados con escaso volumen de capital inicial, que funcionan al margen de las regulaciones legales y tienen escasa o nula capacidad de acumulación, alcanzando –los ingresos que generan– para satisfacer la subsistencia de los trabajadores que congregan (Lazarte, 2000).

Asimismo, observamos que la lógica que adquiere su funcionamiento está más ligada a la lógica de la supervivencia que a la lógica económico-productiva. En este sentido, retomando nuestra definición de informalidad, podemos observar que nuestros casos combinan varios de sus factores característicos, principalmente aquellos referidos al incumplimiento de las reglamentaciones legales y a la lógica de funcionamiento.

El incumplimiento al que nos referimos aquí, está fuertemente vinculado a la incapacidad real de solventar los costos adicionales que exige el pago de los requisitos formales propios de la actividad, tales como habilitación y seguros. Aun si hubiera la intención de hacerlo, el escaso excedente que la actividad genera, resulta insuficiente para absorber el costo de la legalidad completa¹². En otras palabras, el ajustarse al cumplimiento de las regulaciones institucionales resulta incompatible con la existencia de la actividad en las actuales condiciones. Esta ausencia de regulación, implica además la ausencia de contratos legales y formales para con los conductores, hecho que pone de manifiesto otra de las dimensiones características de la informalidad, es decir la existencia de otras normas, de otros contratos, otros acuerdos, en fin de reglas de

12 Al respecto, véase Tokman (1995).

juego distintas que funcionan por fuera del ámbito institucional (Portes, 2000).

Las características arriba señaladas denotan claramente el carácter precario e informal de esta actividad desarrollada en tales condiciones.

De la integración a la vulnerabilidad. Trayectoria laboral: pasado, presente y ¿futuro?

Los remiseros entrevistados y los que participaron del Grupo Focal, son hombres de entre cuarenta y sesenta años de edad que han ingresado en esta actividad a partir de mediados de la década del '90.

Sus trayectorias laborales recorren un camino complejo. En la mayoría de los casos ingresaron al mercado laboral a mediados de la década del '60, desarrollando una carrera ascendente dentro del sector formal, es decir, el sector más dinámico de la economía, al tiempo que el más estable y legalmente protegido. El ingreso en este sector implicaba entonces el acceso a un empleo de calidad (de tiempo completo, estable, con cobertura social de los riesgos para el trabajador y su familia) (Fraguglia, Metlicka y Salvia, 2005). Cabe destacar que estas características que presentaba el sector formal del mercado de trabajo, estaban vinculadas con una dinámica socioeconómica que, basándose en el mercado interno, generaba una relativa seguridad para los trabajadores formales a través del acceso a seguros y beneficios sociales vinculados al trabajo (principalmente el acceso a la salud y a la seguridad social en la vejez). En este sentido Mario afirma recordando aquella etapa: "*La obra social y el aporte jubilatorio era una de las mayores ventajas*". Sin olvidar "*tus flor de vacaciones*". (Entrevista Mario).

Esta dinámica les permitió diseñar proyectos a futuro como la compra de la vivienda propia y la conformación de una familia, a la vez que les garantizó un nivel de bienestar adecuado a sus expectativas.

De este modo esta etapa se constituyó, para los sujetos, como la más significativa de su trayectoria sociolaboral; en ella tendieron a formarse y afirmarse patrones relacionales y culturales que se constituyeron en ejes valorativos para la comparación antes/ahora.

Si antes tenías “*tus flor de vacaciones*”, ahora “*no tenemos para ir a ningún lado*” (José Luis, Grupo Focal).

El elemento común, en esta primera etapa de su trayectoria, fue la posibilidad de proyectarse en el largo plazo, de tener un plan de vida, un proyecto, un objetivo que pudiera ser alcanzado a través del trabajo. En este sentido, Mario explica:

“Nosotros lo hicimos todo a sudor... todo con cosas de trabajo.”

En síntesis, las garantías brindadas por la plena integración al sector formal del mercado de trabajo, en un contexto socio-económico basado en el dinamismo del mercado interno, conformaron una red de seguridad que actuó como marco articulador de sus relaciones y les permitió realizar proyecciones de movilidad social ascendente y sustentable (Feijoó, 2001).

A partir de fines de la década del ‘80 y en particular durante los primeros años de la década del ‘90, la inestabilidad laboral comienza a afectar de manera directa a nuestros entrevistados. Se observa entonces un desplazamiento sucesivo hacia zonas de vulnerabilidad caracterizadas, principalmente, por la precariedad de las relaciones laborales y la fragilidad de los soportes relacionales (Castel, 1997). En este contexto las antiguas garantías sociales y laborales se vuelven cada vez más inestables. Este proceso de desplazamiento sucesivo conlleva a una relocalización social y simbólica, en la cual los sujetos se ven obligados a replantear sus modos de administración de los ingresos, y la organización y reproducción de la vida cotidiana. Surgen entonces los siguientes interrogantes, que responderemos mediante el análisis de las trayectorias sociolaborales: ¿qué sucede con estos sujetos al transitar por procesos de desplazamiento donde se ven obligados a redefinir, tanto sus estrategias laborales, como la administración de sus ingresos y la priorización de determinados consumos? ¿Qué sucede, en fin, cuando se ven obligados a redefinir substancialmente los modos de reproducción de su vida cotidiana?

Del análisis de sus trayectorias podemos señalar que, en el proceso de desplazamiento, por el cual los sujetos se relocalizan en espacios cada vez más empobrecidos dentro del mapa social, existen dos puntos de quiebre fundantes. El primero, a fines de la década del ‘80 y principios de la década del ‘90, expresado en un primer desplazamiento desde el sector formal hacia el sector informal, insertándose entonces en actividades informales ligadas

al “cuentapropismo *satisficer*” (pequeños comercios). El segundo, a mediados de la década del ‘90, corresponde a un segundo desplazamiento, esta vez hacia actividades dentro del sector informal ligadas a la subsistencia.

Luego del primer desplazamiento los modos de proceder en la selección y utilización de los recursos se llevaron a cabo, principalmente, en función del capital económico con el que contaban. La particularidad de estos casos es que “dado el carácter sólido y estable de su trayectoria en el sector formal, suelen cobrar indemnizaciones importantes con las que financiar emprendimientos por cuenta propia” (Belvedere y otros, 1999).

Este recurso económico les permitió entonces invertir en algún pequeño negocio como estrategia frente a la situación de desocupación. Para Rogger y Mario sus emprendimientos fueron una parada de diarios, para Alberto un drugstore, mientras que para Ernesto fue una pequeña panadería.

Cabe destacar que, si bien en estos emprendimientos ya no contaban con las protecciones que brindaba el trabajo en relación de dependencia en el sector formal (aportes a la seguridad social, obra social, indemnización, etc.), esto no les impidió, al menos durante un tiempo, poder sostener un nivel de ingreso y consumo que respondía adecuadamente a sus requerimientos materiales y subjetivos.

Desde mediados de la década del ‘90, pero en particular a partir de la segunda mitad, las estrategias cuentapropistas puestas en marcha dejarán de brindar los resultados esperados. Se produce aquí el segundo punto de quiebre en la trayectoria de estos trabajadores. En el marco de un contexto socioeconómico signado por fuertes cambios estructurales, el cuentapropismo tradicional de pequeños comercios ya no constituye una fuente sustentable de recursos de trabajo e ingreso. Frente a dichas transformaciones estos sujetos se ven obligados a buscar nuevas estrategias que, a diferencia de las anteriores, los provean de ingresos de forma inmediata. Así lo expresaron, tanto en las entrevistas como en el Grupo Focal:

“Viene toda esta hecatombe (...), en la parada de diarios, viste, fue bajando todo, todo fue bajando, bajando, bajando y me encontré en un momento que ya no podía comprar nada y entonces empecé con esto (el *remís*).” (Rogger).

“— Me despidieron de la empresa donde yo trabajaba y la salida laboral digamos con crédito inmediato es remisero.

— Entré en el *remís* porque era una salida laboral rápida.

— Yo entré para tener un dinero, fresco digamos.

— ¿*Qué es eso de tener dinero fresco?*

— Claro, si bien yo no estaba trabajando exclusivamente en el *remís*, porque había arreglado en la empresa donde trabajaba, salía todos los días a trabajar y traía todos los días unos pesitos, empecé así...” (Grupo Focal).

Se inicia así una nueva etapa en la trayectoria laboral de los entrevistados, donde los capitales con los que cuentan se han visto reducidos (nos referimos principalmente al capital económico, y al capital social¹³), y por lo tanto las condiciones de partida para enfrentar la nueva situación son cualitativamente diferentes a las de la etapa anterior.

Se produce de este modo un nuevo desplazamiento hacia una zona de vulnerabilidad cualitativamente diferente a la anterior, donde la escasez e incertidumbre respecto a la percepción de ingresos, compromete ahora la subsistencia material de los sujetos y de su grupo familiar. De este modo se profundiza la percepción subjetiva de incertidumbre derivada de la modificación radical de las reglas económico-sociales.

Será en este marco particular donde tendrá lugar, en el horizonte laboral de nuestros entrevistados, la alternativa del trabajo en el *remís*. Esta actividad, a la que caracterizamos como un nuevo y precario “nicho económico”, y que se genera en los intersticios de un contexto barrial particular, junto con el deterioro del servicio público de transporte¹⁴ y la expulsión de trabajadores del mercado de trabajo, constituye, para estos sujetos, una posibilidad de obtención inmediata de ingresos, que resulta de fácil acceso, de acuerdo a su capital social y económico, y en tanto vecinos del barrio, presentándose así como una estrategia de sobrevivencia viable frente a las transformaciones socioeconómicas y del mercado de trabajo que:

13 El capital social es la suma de los recursos, actuales y potenciales correspondientes a un individuo o grupo, en virtud de que éstos poseen una red duradera de relaciones, conocimientos y reconocimientos mutuos más o menos institucionalizados, esto es la suma de los capitales y poderes que semejante red puede movilizar (Bourdieu, 1995:82).

14 Véase CNRT, Transporte automotor urbano de pasajeros. Cuadros: Cuadro N° 1.2: Evolución de los Indicadores Operativos. Fuentes: Transporte Urbano - Base de parque móvil - Área Estadística y Seguros.

- los ha desplazado del sector formal;
- ha elevado los requisitos de ingreso al sector formal (edad, credenciales educativas, calificación profesional, etc.);
- ha generalizado la precarización del empleo; y
- ha generado el fracaso de las estrategias de informalidad típicas basadas en el cuentapropismo tradicional.

Así, y con el objeto de disminuir la inseguridad e incertidumbre cada vez mayores, los sujetos se ven obligados a recurrir a la optimización de sus recursos aún disponibles. Retomando el concepto de estrategias adaptativas de Bartolomé (1985)¹⁵ podemos decir que “el objetivo común es el de minimizar la inseguridad, reducir la incertidumbre y maximizar la utilización de los escasos recursos disponibles” (Bartolomé, 1985). De este modo, la utilización de las redes de relaciones familiares, de vecinos, y de conocidos, constituye ahora un punto de apoyo fundamental para captar y canalizar recursos. Así lo podemos observar en los relatos acerca del ingreso en la remisería.

“...y bueno, por intermedio de conocidos di con un par de muchachos que tenían dos coches para trabajar, me los dieron para que los administrara y los trabajara yo las 24 horas como quisiera, bueno y ahí empecé a levantar cabeza, a fuerza de laburar 20 horas por día.” (Alberto).

“Vino un muchacho amigo y me dijo que hacía falta un chofer y hacía un año y medio que no manejaba,... y ahí empecé, empecé de vuelta y acá sigo estando.” (José, Grupo Focal).

Este segundo movimiento fue el que tuvo mayor impacto en la lectura de sus propias trayectorias. De este modo, la etapa de la plena inserción en el sector formal es recordada como época dorada, en tanto la etapa menemista y postmenemista se manifiesta como la peor de todas las épocas vividas. Alberto es elocuente al respecto:

“A mí me mató, ¡me mató! Es como que... yo dejé de tener un trabajo digno, yo perdí toda la intimidad mía por años, porque... no tenía trabajo porque vivía de... me comí mis ahorros... ahorros que tenía para comprarme una casa me los comí en la época de Menem. [...] y entonces somos piltrafa humana, más los de mi generación, te vuelvo a repetir. Somos piltrafa humana.” (Alberto).

15 Citado en: Gutiérrez (2004).

“Con distinta profundidad en sus análisis y con diversos matices, todos ellos saben que su situación actual es resultado de una crisis general de la sociedad argentina cuya causa básica atribuyen a decisiones políticas que, bajo la dictadura militar, el gobierno radical o el de Carlos Menem, los empujaron al descenso social.” (Lvovich, 2000).

Presente. ¿Dónde están hoy los remiseros?

Al interrogarlos sobre su situación actual, tanto en las entrevistas como en el Grupo Focal, todo es comparado a partir de una memoria anclada en las redes de relaciones y de seguridad vividas durante la inserción en el sector formal.

“Hoy en día si tenés la suerte de conseguir un laburo y de que te paguen porque seas operario calificado, no ganás \$1.300 y tampoco volvés a trabajar por ocho horas como laburábamos antes.” (Grupo Focal).

Desde el punto de vista subjetivo la experiencia de su paso por el sector formal funciona entonces como el eje a partir del cual se establecen los juicios de valor sobre el presente. Así, el impacto que generan las actuales condiciones de trabajo en la remisería sobre la vida de estos sujetos, cobra mayor relevancia, en tanto, dichas condiciones se ubican en las antípodas de la experiencia de formalidad. Cabe destacar aquí, que en estos sujetos el distanciamiento de los derechos ligados históricamente a “la condición de asalariado genera no sólo una nueva carencia sino también incertidumbre” (Kessler, 2000). Así lo afirman en el Grupo Focal:

“Hoy lo tenés hoy comés, hoy podés llegara a tener plata en el bolsillo, si vos chocas el auto o lo rompés o algo te pasa, no tenés más nada.” (Grupo Focal).

Resulta evidente que las características que asume el desarrollo de la actividad, junto con el deterioro de sus capitales, propician, en estos sujetos, nuevas fuentes de vulnerabilidad, enfrentándolos a un riesgo constante de desplazamiento hacia la exclusión. En palabras de Alberto:

“Se me llega a zafar una uña de donde estoy enganchado y me voy a la mierda, no me levanto más.” (Alberto).

En el presente ya no persiguen una movilidad social ascendente, ni la generación de estrategias orientadas a la obtención de ingresos

capaces de satisfacer los consumos estándar de la vida urbana; buscan principalmente amortiguar los efectos del descenso. En la actualidad estos trabajadores apenas pueden mantener el consumo familiar para satisfacer las necesidades diarias, teniendo que modificar de manera irreversible ciertas pautas de consumo que los acercaban a los sectores medios. En la situación actual, *“todas y cada una de las prácticas habituales, directa o indirectamente relacionadas con lo económico, son evaluadas, modificadas y a veces suprimidas.”* (Kessler, 2000). Como señala Mario:

“Vivimos privándonos de una cosa para solucionar la otra.” (Mario).

En estas modificaciones se pone de manifiesto la percepción de pérdida que trae consigo el proceso de desplazamiento.

“Yo, mi auto es el mismo que tengo cuando me solté de todo lo que estaba haciendo, llegué a tener mi coche, mi casa y nada más, hasta ahí llegué, y a partir de ahí todo para atrás, porque el vehículo sigue siendo el mismo, hace catorce años que lo tengo.” (Grupo Focal).

“...te mata, viste, cuando hay tantas cosas que te gustan y de golpe y porrazo no las tenés más... te mata, vos no sabés lo que es...” (Roger).

Estos sujetos que en el presente circulan por zonas intermedias entre la exclusión y la integración, disponen aún de cierto capital social y cultural, que, a pesar de su deterioro, les permite al menos compartir algunos espacios de reconocimiento común con los sectores medios a los que alguna vez pertenecieron. Mantienen en este sentido un relativo grado de integración, tanto a través de las relaciones que establecen con sus clientes, como mediante las resignificaciones que realizan acerca del trabajo en la remisería. Así lo expresaban en el Grupo Focal:

— El *remís* es un servicio a cambio de; de lo que le sale el pasaje hasta donde va la persona.

— Y en el caso nuestro, la imagen también somos nosotros, nosotros tenemos que de alguna manera vendernos ¿no es cierto? ofreciendo con responsabilidad, educación y respeto el servicio.

— ...porque los remiseros también vamos a buscar chicos al colegio.

— Y los llevamos.

— Los vamos a buscar, los padres confían en nosotros, lo cual es una responsabilidad.”

Estos intentos de acercamiento a los sectores medios, se refuerza además con el distanciamiento que manifiestan respecto de aque-

llos otros sectores considerados como “más pobres”. Buscan alejarse así de los sectores que en la actualidad deben experimentar condiciones de reproducción mucho más severas. En este sentido, Alberto afirma:

“No vas a trabajar de lo que vos querés seguro, pero yo creo que yo nunca llegaría a ser cartonero o anotarme en un plan de estos trabajar, a mí me parece que yo siempre buscaría de generar algo que me diera una ganancia, yo no, me parece que no podría vivir, o sea nunca sería capaz de vivir de la mendicidad o de un plan trabajar.” (Alberto).

Podemos decir entonces, retomando a Feijoó, que mientras las condiciones objetivas de vida traccionan desplazándolos del posicionamiento cercano a los sectores medios, las condiciones de capital cultural y los niveles de integración simbólica operan haciéndoles sentir que aún forman parte de esos segmentos (Feijoó, 2001).

En suma nos interesa señalar que en la actualidad estos sujetos desplazados deben ajustarse a la lógica de la inmediatez en la generación de ingresos, en función de atenuar los efectos de la movilidad social descendente sobre sus condiciones materiales de vida. En este sentido toma relevancia la especificidad del trabajo en la remisería en tanto que, mediante la utilización de los capitales que aún conservan (económico, cultural y social), y en articulación con las características del barrio antes mencionadas, resulta posible para estos sujetos el ingreso en una actividad que les brinda la posibilidad de obtener un ingreso diario con el cual satisfacer sus necesidades inmediatas y garantizar, aunque de manera inestable, su reproducción.

Futuro: ¿hacia dónde van?

Para analizar las perspectivas a futuro de los remiseros entrevistados tendremos en cuenta, tanto las situaciones objetivas que dificultan y complejizan las proyecciones a largo plazo, como las posiciones que asumen los actores con respecto a ellas.

Desde nuestro análisis, la perspectiva hacia el futuro se visualiza y se define a partir las trayectorias laborales y a partir del lugar en que los sujetos se encuentran en la actualidad. Así, enfrentados a las consecuencias de un proceso en el cual han sido “expulsados de las antiguas estructuras (normativas y sociales), que definían

la orientación de sus conductas y los dotaban de certezas, los sujetos se ven obligados a producir su acción en un contexto donde los márgenes de imprevisibilidad, contingencia e incertidumbre se amplían considerablemente.” (Svampa, 2000). Será entonces desde esta particular situación y posición en la estructura social, desde donde los sujetos van a construir la perspectiva de su proyección hacia el futuro.

La imprevisibilidad e incertidumbre del presente imposibilitan la proyección en el largo plazo, frente a lo cual retorna, una vez más, la memoria de la trayectoria formal frustrada. En este sentido Rogger afirma:

“Yo pensé que me iba a jubilar en YPF... nunca pensé..., ya te lo había dicho viste, yo pensé que entraba y me jubilaba, y porque era así. Entrabas en una buena empresa, la número uno del país, te imaginás, y digo bueno acá me tengo que jubilar; tenía un muy buen sueldo y tenía una muy buena obra social.” (Rogger).

Al indagar acerca de su percepción del futuro inmediato o a corto plazo observamos que, las posibilidades de emprender actividades laborales en el sector formal son vislumbradas con mucha dificultad, y sólo resultan “sustentables”, desde su perspectiva, aquellas relacionadas con la permanencia en la informalidad. Así, los participantes del Grupo Focal, identifican los principales factores que obstaculizan su reinserción en el mercado de trabajo formal:

— Y... la edad.

— Antes que la edad el poco trabajo que hay para salir a buscar.

— La oferta laboral, es uno de los problemas más centrales.

— Y segundo lo que dice él (la edad), y tercero la capacitación.

— Aparte para la edad que tenemos nosotros es prácticamente imposible conseguir un trabajo hoy en día...” (Grupo Focal.)

De estos tres factores (edad, demanda laboral, capacitación), el problema de “la edad” es mencionado con insistencia por todos los entrevistados, tanto en el Grupo Focal como en las entrevistas en profundidad; constituyéndose así, desde su percepción, en el obstáculo fundamental.

El problema de la capacitación aparece vinculado a la renovación tecnológica por la que han pasado sus trabajos anteriores, de la cual estos sujetos no participaron.

— Yo trabajé en un taller mecánico..., ahora para volver al taller mecánico, tendría que estudiar de vuelta porque en la época que yo trabajé...

— Cambiaron los modelos.

— Claro, cambiaron los modelos... y es todo electrónico.” (Grupo Focal).

Ahora bien, posicionados dentro del sector informal los entrevistados visualizan a futuro la posibilidad de mejorar en la actividad actual, o, en el mejor de los casos, instalarse en pequeños comercios cuentapropistas como lo habían hecho antes de llegar a la remisería. Esta última posibilidad, en tanto retorno a las estrategias características del sector informal tradicional, constituye, desde su punto de vista, un movimiento de ascenso que les permitiría mejorar su posición en cuanto a la disminución de la vulnerabilidad, y recuperar cierto nivel de consumo perdido. Sin embargo, como vimos, en las actuales condiciones sus aspiraciones inmediatas y en el corto plazo apuntan concretamente a mantener la posición presente y evitar seguir descendiendo.

Conclusiones

A lo largo del análisis de las trayectorias laborales de los actuales remiseros hemos podido identificar, dos puntos de inflexión que tuvieron importantes implicancias en lo que refiere a la reorientación de sus estrategias laborales y de vida. El primero refiere al desplazamiento desde el sector formal hacia el sector informal tradicional, mientras que el segundo refiere al desplazamiento desde el sector informal tradicional hacia el sector informal de subsistencia.

Como vimos, nuestros entrevistados han sido desplazados progresivamente hacia zonas de mayor vulnerabilidad, en las cuales operan transformaciones cualitativas en cuanto a la inserción laboral, en cuanto a la lógica de las estrategias de supervivencia que se ponen en marcha, así como también en cuanto a los efectos que estos cambios producen en las condiciones materiales y en la percepción subjetiva.

En el marco de las transformaciones de las condiciones sociolaborales laborales señaladas, los sujetos han sido desplazados de sus anteriores posiciones sociales hacia un nuevo sector social: los nuevos pobres (Minujin y Kessler, 1995)¹⁶. Frente a esta situación los sujetos se repositionan intentando encontrar alguna

16 Sobre este tema, véase Minujin y Kessler (1995) y Minujin (1997).

posibilidad de inserción laboral a través de la cual poder mejorar sus condiciones de vida y recuperar, al menos, algún escalón de todos los que han descendido.

Teniendo en cuenta la experiencia de inserción en el mercado laboral formal y el fuerte anclaje en la memoria que ésta implica, podemos afirmar que el tránsito a través de las trayectorias de descenso aquí analizadas conlleva no sólo un proceso de empobrecimiento creciente, sino también la redefinición de identidades, estrategias y lazos sociales. Observamos entonces que desde esta zona intermedia entre la integración y la exclusión, intentan acercarse a la zona de integración, explotando los capitales sociales y culturales adquiridos durante su paso por el sector formal, buscando conservar los lazos simbólicos que los ligan con los sectores medios, de los que formaron parte en su momento de inserción plena. Consideramos relevante señalar aquí que, si bien las causas de la movilidad social descendente experimentada por los entrevistados es atribuida a determinados momentos históricos y a la implementación de políticas concretas, no se observan demandas hacia “la política”, ni planteos de acciones colectivas para revertir su situación. Al respecto surge una profunda desconfianza, siendo estas estrategias totalmente descartadas de su horizonte de posibilidad.

Ahora bien, respecto al desarrollo de la actividad de *remís* que hemos analizado, entendemos que existen factores estructurales y coyunturales vinculados principalmente con los procesos de cambio en que se estructura la sociedad actual. En ello adquieren capital importancia, como vimos, la conformación de un mercado laboral flexibilizado, precarizado y expulsor de mano de obra. Es en este escenario, donde se ven impulsadas una multiplicidad de estrategias de supervivencia, entre ellas las remiserías. Ahora bien, cabe preguntarnos aquí ¿cuál es la especificidad de la remisería en tanto estrategia de supervivencia? ¿Por qué estos hombres, de entre 40 y 65 años de edad, ingresan en esta actividad y no en otra?

Al analizar las prácticas que implica esta actividad, observamos que éstas suponen condiciones de posibilidad específicas para su desarrollo. Al respecto podemos señalar, en primer lugar, la importancia del barrio. Así, percibimos la importancia del repliegue en éste, el cual, resignificado como espacio del ámbito laboral, brindará los soportes relacionales para el desarrollo de esta nueva estrategia de supervivencia. En este mismo sentido, señalamos el tipo par-

ticular de relación que se establece, dentro del ámbito del barrio, entre la actividad estudiada y las instituciones reguladoras. Así pudimos observar que desde estas instituciones existe una relativa tolerancia para con el desarrollo de la actividad, expresada en la no imposición de sanciones efectivas que impidan su desarrollo en las actuales condiciones de ilegalidad. En esta perspectiva, resulta interesante tener en cuenta que el cumplimiento de los requisitos legales implicaría un obstáculo insalvable para el desempeño de la actividad tal y como se desarrolla en estos barrios. Es decir, dejaría de existir debido a la imposibilidad de satisfacer, al mismo tiempo, los requerimientos legales y los recursos básicos para su reproducción. Al respecto, entendemos que las relaciones que se producen en el ámbito del barrio inciden de manera tal que el incumplimiento legal sea “tolerado” tanto por el Estado (nos referimos aquí a las instituciones reguladoras del ámbito local) como por los usuarios vecinos del barrio.

En síntesis podemos decir, al preguntarnos acerca de la especificidad de esta actividad, de su subsistencia y expansión en los barrios que analizamos, que desde el análisis realizado, nuestra hipótesis sugiere que las condiciones de posibilidad específicas para su existencia y desarrollo se generan en la articulación de las siguientes dimensiones: la dimensión barrial, ligada a la especificidad antes mencionada; la dimensión sociolaboral, ligada a las características específicas que devienen de las transformaciones estructurales de la sociedad, la economía y el mercado de trabajo en la Argentina, (en nuestro caso particular en relación a la situación de los hombres mayores de 40 años desplazados del sector formal de la economía, residentes en estos barrios); y la dimensión de la infraestructura, ligada al progresivo deterioro de los medios de transporte público en estas zonas del Gran Buenos Aires.

VII.

JUVENTUD ¿DIVINO TESORO?

TRAYECTORIAS SOCIO-LABORALES DE JÓVENES TRABAJADORES DE *DELIVERY*

Pablo Molina Derteano

Para estos jóvenes que irrumpen en el paisaje urbano con sus pequeñas motocicletas entregando pedidos, el empleo como *delivery* no presenta futuro alguno. Su inserción es tan precaria como las motocicletas que manejan. Las preconcepciones agregan además que se trata de un empleo de jóvenes.

Permítasenos adelantar una observación: el empleo de tipo *delivery* no posee escalafones ni ascensos, y es de duración invariablemente escasa. No es considerada una profesión ni desde el sentido común ni desde la academia. Este empleo sólo puede actuar como bisagra, como fase de traspaso entre otros eventos laborales. Es una pieza cuyo sentido sólo es asequible en contexto con el resto de la trayectoria, la ya transcurrida y/o la planificada.

Este artículo busca estudiar a aquellos jóvenes residentes en enclaves de pobreza de la zona sur del GBA, que trabajan en distintas modalidades de trabajo de *delivery* y cuyos ingresos deben ser aportados para la manutención de un hogar propio o el de su familia de origen. Este estudio en particular, al indagar acerca del segmento de jóvenes que viven en enclaves de pobreza (Saravi, 2004), presenta un enfoque basado en el análisis de trayectorias socio-laborales. A lo largo del artículo intentaremos explorar dos dimensiones de la articulación entre las experiencias y vivencias subjetivas de estos sujetos y el espacio social conflictivo en donde tienen lugar sus trayectorias socio-laborales.

En primer lugar, estudiaremos cuáles son las estrategias de inserción sociolaborales que se ponen en juego, así como el conjunto de vivencias, experiencias, imaginarios y representaciones sociales

que se desprenden de las subjetividades en su actual empleo, considerando su pasado laboral y familiar y sus perspectivas a futuro. Adelantaremos aquí que la diferencia entre la noción de carrera y empleabilidad precaria serán claves para entender el sentido que dan a sus prácticas y los alcances que tendrán a futuro. Hay una hipótesis de fragmentación socio-laboral.

En segundo lugar, estudiaremos la importancia y las implicancias de esta dimensión de “empleabilidad precaria” y el desanclaje que conlleva en un espacio móvil signado por la marginalidad y la atomización social. ¿Cómo es su “espacio de vida” dentro de los mismos? ¿Cuál es la “identidad barrial”, si existe tal cosa? ¿En qué medida consideran que el entorno de pobreza en el que viven es una influencia nociva, o estigmatizante, o ambas? Hay una hipótesis de fragmentación socio-territorial.

Dadas estas indagaciones, se empleó una metodología de corte cualitativa apuntando a generar datos densos acerca de los aspectos de las experiencias subjetivas de estos jóvenes trabajadores de *delivery*. Se toman tanto aportes de su realidad objetiva (condiciones de trabajo, de vida, asignación a un segmento socio-económico) como sus percepciones subjetivas (visión de futuro, movilidad y/o segregación, etc). Los datos que se analizan en este trabajo corresponden a jóvenes entre 16 y 21 años que prestan servicios de *delivery* de comidas. Todos ellos residen en las zonas de Quilmes Este, Temperley y Banfield y fueron objeto de entrevistas en profundidad y participaron además en una dinámica de Grupo Focal. Un dato importante es el hecho de que muchos de ellos tienen hijos —estando o no en pareja—, por lo que el horizonte de responsabilidades supone un hogar propio para algunos mientras otros deben aportar parte de sus ingresos para la manutención de sus hogares de origen.

A continuación presentaremos algunos enfoques teóricos sobre trabajo y juventud y una somera descripción del empleo de *delivery* antes de pasar al análisis de las trayectorias y las conclusiones que arrojó este estudio de caso.

Fragmentación socio laboral: “empleabilidad precaria o carrera”

Las relaciones entre los jóvenes y el ingreso al mercado laboral en el último decenio han estado signadas por la vulnerabilidad

(Miranda y Salvia, 2001; 2003; Salvia, 2003; Weller, 2003). Según Weller, el debate se plantea en términos de una vulnerabilidad específica de los sectores juveniles, más allá de la estructura del mercado o de un aumento general de los niveles de vulnerabilidad debido a un incremento general derivado de las transformaciones estructurales de los '90. Independientemente de cuál sea la posición que se tome en el debate, las hipótesis acerca de la vulnerabilidad juvenil en el mercado de trabajo se han inclinado por las debilidades de la oferta¹, por las mutaciones e inestabilidades de la demanda², por las incompatibilidades en el *matching* entre oferta y demanda, o por las transformaciones estructurales de la economía y su efecto desestructurador en los canales de ingreso y promoción dentro del mercado laboral (Lijenstein, 2001; Tedesco, 2004; Tokman, 2003; Weller, 2003). Este último grupo de hipótesis será el que tomaremos en este estudio. El pasaje de industrias manufactureras tradicionales a una economía de servicios implica, en términos de trayectorias subjetivas socio-laborales, la pérdida de los oficios manuales como alternativa para los sectores populares, así como la desintegración de la noción de “carrera” como instancia de movilidad social ascendente intergeneracional. Para los segmentos y hogares de menores ingresos, esta situación se agrava no sólo debido a las mutaciones antes descritas sino también a que, al provenir de contextos más vulnerables, su inserción al mercado de trabajo es temprana e inestable.

Pero regresemos sobre la noción de carrera. Intentaremos abordar esta noción desde un enfoque más cercano al propuesto por Heller en su *Sociología de la vida cotidiana* o a la noción de Goffman de “carrera moral”. Heller (1998) retoma la distinción marciana entre *work* (actividad productiva propia del hombre) y *labour* (carácter social alienante de la actividad laboral que lleva a la reproducción de la particularidad). Se da aquí una tensión propia de las sociedades capitalistas: para ser un particular (alguien distinto de otros) hay que llevar a cabo una actividad socialmente productiva. Esta identidad particular tiene que ver con los soportes de ego. Goffman (1997), por su parte, introduce

1 Éstas van desde la decadencia e inadecuación de los sistemas educativos básicos, supuestas expectativas desmesuradas de inserción y promoción por parte de los jóvenes, marco regulatorio inadecuado, etc.

2 Entre estas perspectivas se hallan la inadecuación del marco legal regulatorio, exigencias “poco realistas” y excluyentes entre otros (véase Tokman, 2003)

la idea de carrera moral destacando sus bases antropológicas: es un rito de pasaje propio de las ceremonias de transición de status. Heller afirma que el trabajo sigue siendo una parte orgánica de la vida cotidiana; es sinónimo de adultez para muchas sociedades. Goffman coincide con esto implícitamente. En su noción de carrera, Goffman destaca tanto los soportes socio-institucionales como la propia visión reflexiva del sujeto sobre el *status* alcanzado. La carrera es un espacio vital que se prolonga en el tiempo. Es un espacio de negociación entre la subjetividad y la estructura social-objetiva, un espacio donde las aspiraciones subjetivas se entremezclan con el status social, reforzando los soportes del ego. En torno a la cuestión de la inserción laboral es un espacio donde para las subjetividades se manifiestan las ideas de integración a un todo funcional y de progreso en un conjunto de metas, más o menos, definidas³. No es nuestra intención imbuirnos en este debate teórico, bastará con afirmar que el concepto de carrera da cuenta del grado de internalización y naturalización de las estructuras sistémicas dentro de la subjetividad. Si estos jóvenes percibieran su realidad socio-ocupacional como inserta en el marco de una carrera, entonces cabría esperar que sus percepciones no sean las de fragmentación y sean las de “sentirse parte” de un todo armónico y funcional.

La noción de “empleabilidad precaria”, en cambio, no está inserta en un debate de raíces sociológicas tan profundas. El término “empleabilidad” es sin duda, un término conflictivo. Pérez (2004) ubica sus raíces a principios del siglo XX. Desde sus inicios ha habido dicotomías sobre si considerarlo un estado individual o un fenómeno social.

Para las décadas de los ‘80 y ‘90, se alcanza un consenso ortodoxo, que Pérez, citando a Gazier, define como “empleabilidad interactiva” y refiere a la combinación de actitudes, conocimientos estratégicos y capital humano que permiten que un trabajador se adapte a los movimientos de un mercado de trabajo cambiante. Lijenstein (2001), por su parte, advierte que la empleabilidad en sectores de bajos recursos puede traducirse en un tipo de flexibilidad que conduce a determinadas inserciones laborales, carac-

3 Puede objetarse que estas concepciones no toman en cuenta la multiplicidad de percepciones que se derivan de la pertenencia a diferentes estratos socio-económicos. Si bien esto es cierto, no disponemos de espacio aquí para desarrollar estas diferencias.

terizada por eventos laborales inestables, de poca duración y sin promoción alguna. Los segmentos juveniles son los más propensos a este tipo de empleos. Tomando esta aseveración, la denominaremos “empleabilidad precaria” Desde una óptica estructural, la empleabilidad precaria tiene que ver con los niveles de capacitación y la estructura de los mercados secundarios. Sin embargo, los eventos laborales precarios e inestables pueden ser estados de transición; pero para algunos sectores se trata de una situación más prolongada que va minando sus posibilidades de avanzar hacia situaciones más estables. Es probable que esta situación de “empleabilidad precaria” se haya extendido para los jóvenes de sectores populares por las mutaciones antes descritas y sus consecuencias sobre los anteriores canales de movilidad social, basados en las industrias manufactureras.

De la tensión entre empleabilidad precaria y carrera, surge la primera de nuestras hipótesis de fragmentación. Se sugiere que el empleo de *delivery* es un empleo necesariamente inestable y que, en el mejor de los casos, de transición. Pero para los segmentos estudiados, será un evento laboral más que potencia su situación de empleabilidad precaria. Arriesgamos una hipótesis de fragmentación socio-laboral.

Afirmamos que para estos jóvenes trabajadores, su empleo como “*deliverys*” se inscribe en una cadena viciosa de empleabilidad precaria, tanto por sus condiciones socio-estructurales que los circunscribe a una lógica de necesidad como por su horizonte de percepciones que no parece incluir la noción de carrera, independientemente de sus posibilidades reales de consecución.

Fragmentación socio-territorial

En la literatura reciente, la segmentación territorial y/o la estigmatización socio-residencial han ocupado un lugar de importancia. Inscriptos en estas condiciones de fragmentación socio-laboral, cabe entonces preguntarnos por las concepciones del espacio para estos jóvenes. En particular, por el hecho de provenir de este tipo de espacios, interesa la forma en que estos jóvenes crean y recrean sus nociones del espacio social y público.

Los enclaves de pobreza urbana no son una realidad nueva en Latinoamérica y ya autores pioneros como Germani y la DESAL

daban cuenta de ellos. Sin embargo, en los últimos 30 años estos barrios pobres sufrieron una transformación decisiva.

Primeramente, se dio una mutación de barrio “obrero” hacia villa miseria. Esto es que en el pasado estos enclaves de pobreza estaban habitados en su mayor parte por obreros poco calificados y trabajadores informales. Al aumentar la desocupación, la exclusión social, y al haberse profundizado los efectos de anomia que conllevan estos fenómenos, el “barrio” mutó hacia un espacio “peligroso” donde abundan la marginalidad económica y las actividades extra y/o ilegales (Auyero, 2003; Merklen, 2004; 2005). En forma complementaria, el Estado se retira de estos espacios cambiando una lógica de inversión social preventiva por una lógica de “red de seguridad” en la que se pone más énfasis en la represión y el discurso social estigmatizador. Este proceso en Argentina se habría iniciado con la desarticulación de las solidaridades obreras de resistencia durante la última dictadura militar y se prolongaría hasta nuestros días aumentando la “despacificación” del espacio de vida cotidiana (Auyero, 1997; Wacquant, 1997, 2001). Como propone Saraví (2004), los efectos subjetivos, fundamentalmente el de estigmatización, son el resultado de un contraste entre los fenómenos discursivos que se perciben en el ámbito de la cultura y las condiciones socio-estructurales de vida. En este escenario de conflicto, algunos autores sostienen la construcción de nuevos vínculos y/o solidaridades.

Por tanto, el “barrio obrero” existirá como representación y su dinámica debe ser estudiada contrastando las experiencias de vida de estos jóvenes con los niveles de articulación del discurso. El discurso del “barrio obrero” corresponde a la sociedad salarial que estos jóvenes no han conocido (y quizás tampoco sus padres la hayan experimentado plenamente) y por tanto, está en coordenadas socio-históricas desfasadas. En un primer escenario, si los sujetos tienen o tuvieron un empleo asalariado protegido, la vinculación puede ser más orgánica. Pero dado que estos jóvenes estarían inmersos en una cadena de empleabilidad precaria, cabría preguntarse los niveles en que opera este discurso. Arriesgamos una segunda hipótesis de segregación territorial.

La segregación socio-territorial opera en las subjetividades en la construcción de una nueva percepción de sus identidades subjetivas y colectivas.

El trabajo de *delivery*

Si se toma en cuenta a los “pibes” del reparto como figura de lejana data dentro del barrio, la idea de entrega a domicilio no es tan novedosa. Sin embargo, se lo suele considerar como un fenómeno relativamente nuevo surgido a principios de la década de los ‘90. El término en inglés (*deliver*) significa entregar en mano. Definimos entonces al trabajo de *delivery* como todo trabajo que implique la entrega de mercaderías fuera del local de expendio a cualquier locación solicitada por el cliente con un radio de distancias previamente fijado. El traslado es generalmente hecho en motocicleta pero se admiten otros medios. A esta definición operativa inicial debemos agregar que existen subcategorías del mismo⁴. Cabe destacar que en el imaginario popular el término “delivery” es asociado a un muchacho joven en motocicleta, lo cual se observa en la mayoría de los casos.

El auge de los *delivery* se ubica efectivamente a principios de los ‘90, favorecido por cambios sociales y económicos estructurales y coyunturales. El empleo masivo del *delivery* fue sugerido inicialmente en el marco de estrategias de “calidad total”⁵. Además el *delivery* articulado con la venta por Internet y por catálogo (TV e impreso), y los servicios de post-venta suponen una nueva modalidad de atención y venta que permitiría satisfacer necesidades más específicas. La entrega a domicilio es entonces considerada una parte sustancial de este servicio de venta. Si bien nunca se aplicó en su totalidad, la mera idea de entrega a domicilio empezó a crecer.

Pero en un nivel más abstracto y profundo, el *delivery* no sólo se debió a cambios organizativos de la actividad privada. La calle, como espacio público, fue sometida a un discurso de extrañamiento. La inseguridad, entendida como la amenaza de daños físicos per-

4 De acuerdo al tipo de mercadería que se entrega habría tres tipos de *delivery*. Moto mensajería, *Delivery* de comidas y *Delivery* atípico (bienes que no sean comida). Sólo el segundo es considerado dentro de este informe.

5 Se postula la necesidad de encarar la satisfacción del cliente mediante la calidad total, esto es el compromiso de la empresa con el cliente a través del monitoreo de calidad del producto desde su fabricación hasta su entrega al consumidor final. Dentro de este marco, se aduce que la “calidad” del producto puede verse mermada por una atención deficiente por parte del minorista. En el paradigma de calidad total, el mismo fabricante o proveedor de servicios busca la eliminación de intermediarios mediante el compromiso directo con la entrega a consumidor final. (Véase Deming, 1986; James, 1997).

sonales a partir de hechos concretos, supuso la reconstrucción del espacio público de la calle como un lugar de peligro, “evitable” como espacio de recreación y tránsito⁶. De esta forma, salir a adquirir todo tipo de bienes, inclusive los básicos, puede entrañar un riesgo. El *delivery*, en cambio, reduce estos riesgos mediante la entrega en la puerta del domicilio de los bienes solicitados.

En este artículo nos centraremos en el *delivery* de casas de comida⁷. El *delivery* de comidas presenta tres variantes. Inicialmente hay casas de comida que se especializan en llevar la comida a domicilio, siendo las rotiserías y las casas de pizzas y empanadas los casos más arquetípicos. A mediados de los ‘90 se produjo el ingreso a este rubro de antiguos restaurantes que ante la baja de concurrencia o el simple deseo de ampliar su margen de ganancias comienzan a ofrecer la posibilidad de entregar comidas a domicilio, a veces con precios diferenciales. Finalmente surgen casas de comidas especializadas con *delivery* de platos muy específicos como las torterías o las casas de comida china o japonesa. Tanto las casas de comidas como los restaurantes ofrecen dos modalidades de *delivery*. Están los bandejeros que llevan los pedidos a lugares cercanos y los motoqueros que pueden cubrir mayores distancias. Los vehículos empleados suelen ser motocicletas de baja cilindrada. Durante el período de la Convertibilidad su costo fue bastante accesible y eran asequibles con una mínima capitalización. Hoy día sus costos son bastante mayores. Las condiciones socio-económicas de muchos de estos jóvenes no les permiten acceder a un vehículo propio de forma directa. A menudo, como señalan los relatos, las motos son “*truchas*”, es decir que pueden ser robadas y tener pedido de captura. Esta es una situación común que se da mucho debido a que las motos se adquieren, en condiciones desastrosas, a particulares y luego son recuperadas. Debido a esto los jóvenes aprenden rudimentos básicos de mecánica e inclusive se dedican a arreglar

6 Algunas voces de sectores académicos señalan que la tan pretendida “inseguridad” es en realidad un discurso de sectores hegemónicos de la economía y de la derecha política para poder justificar leyes represivas que limiten los derechos de la protesta social, favorecer la “industria de la seguridad”, etc. (Véase Livszy, 2004).

7 En el marco de una observación no participante se pudo constatar diferentes modalidades de trabajo de *delivery* en Zona Norte (el corredor Av. Maipú- Av. Centenario), en el centro de Quilmes y el centro de Adrogué (la zona más comercial y de mayor influencia socio-económica para el distrito de *Témperley*). El caso más comúnmente hallado es la cruce entre *delivery* de pizzas y empanadas, y restaurantes que ofrecen minutas.

motos como actividad paralela que les da un ingreso extra. De esta forma evitan parte de los costos de mantenimiento, y reducen los riesgos de ser “fichados” por tener motos truchas.

El pasado reciente (y lejano)

Para estos jóvenes el pasado es representado, por un lado, como una imagen muy abstracta. Refiere al mundo del pleno empleo: la sociedad salarial de una Argentina pasada. Debemos primero aclarar que esta sociedad no es una realidad que ellos hayan conocido. Sus padres tampoco, en la medida que los testimonios también dan cuenta de un alto grado de precariedad e inestabilidad laboral, familiar, etc. Pero esta sociedad es representada en relatos en donde la misma vida y la movilidad intergeneracional son puestas en juego:

“Antes capaz que tenían hijos y vos decías ‘voy a buscar trabajo para mantenerlo’. Ahora te vienen con que están embarazadas y buscás laburo para juntar guita para abortarla. Antes te decían ‘Bienvenido seas’ y buscabas laburo para darle de comer al pendejo.” (Jesús, 18 años).

Jesús nos permite ver que el elemento de incertidumbre se entremezcla con cierto optimismo. El elemento de comparación entre la sociedad pasada y la actual es el hijo no buscado. La contingencia y la falta de planificación son descriptas como continuidades. Pero ante la contingencia, existían en el pasado más oportunidades para salir adelante con un hijo no deseado; hoy se afirma que la alternativa pasa por el aborto. Dicho esto con evidente desprecio. El marco de sus decisiones estaba acompañado por cierta seguridad de que se podía sortear obstáculos importantes. Inclusive si tomamos en cuenta el ejemplo que da Jesús, es un marco con consecuencias directas sobre la vida y la muerte.

Pero ésta también podría ser la memoria generacional. Debe buscarse un nivel más abstracto, y por tanto superior en la escala de representaciones. El ideal de trabajo. “El trabajo dignifica”, “El trabajo es el fruto de los esfuerzos”, de la actitud ascética, “Trabajar en oposición a robar”. El trabajo es un valor intergeneracional, un ejemplo que los preserva del derrumbe moral. O eso es lo que parece desprenderse de los relatos. Como lo manifiesta Jesús:

“Ahí ves la enseñanza de los padres a los hijos. Bah, los ves en los hijos. Porque al padre le costó tanto tener algo y el hijo quiere seguirlo. Yo sé de un pibe que la mujer laburó 25 años para tener la casa full, full y ahora no tiene nada porque el pendejo le fusiló todo. En cambio a mí mi papá me rompió la boca cada vez que tenía un lápiz que no era mío. Ahora yo llevo este cenicero que no es mío y mi papá me acribilla. Ya como que más que un respeto, un temor. Entonces yo gracias a mi viejo no soy ni chorro ni drogadicto, y todos decían que íbamos a ser eso porque vivíamos en la villa. No, porque decían que íbamos a ser como los hijos de mi mamá. Y nosotros le tapamos la boca a todos esos.” (Jesús).

Este relato presenta una ya clásica dicotomía entre trabajar y robar, y que robar es definido como una actitud condenable que se adquiere básicamente por contagio al vivir en zonas segregadas. Este relato muestra la vigencia en términos de sentido común (y político) de las “zonas morales” (Gravano, 2005) acuñado por el estructural funcionalismo. Implícitamente aparecen los conceptos de conducta desviada, de revalorización del entorno familiar como “buen ejemplo”. Las razones de la actualidad en forma de saber vulgar de estas concepciones pueden deberse a múltiples factores. Pero podemos señalar que hay una fuerte congruencia en su imagen societal salarial y la vigencia de estos discursos que actúan como esquemas identificadores que suprimen el origen estructural de la segregación y asocian el mérito moral a las posibilidades de ascenso.

Trayectorias socio-laborales pasadas

En sus trayectorias socio-laborales individuales podemos identificar dos tipos de trayectorias. Si bien en ambas el arribo del evento *delivery* es siempre circunstancial, los eventos laborales previos pueden agruparse en dos modalidades diferentes.

Tenemos un perfil al que hemos llamado el del refugiado. Estos jóvenes que se emplearon como albañiles y soldados, que trabajaron en fábricas de zapatillas o de tanques de agua; tuvieron estos empleos como eje de su formación de competencias e identidades laborales. Su acceso a los mismos estuvo muchas veces mediado por familiares directos. Empezar a trabajar en fábricas a edades tempranas significó el abandono del secundario. Los ingresos, por otra parte, fueron siempre muy superiores (casi el doble en

algunos casos) que lo que se obtiene en el *delivery*. La experiencia laboral en fábrica se asocia a pautas de rutinización diurnas y, sobretodo, genera una idea de progreso basada en los escalafones y el reconocimiento del esfuerzo. Conjuntamente, es un trabajo que a los jóvenes les da el sentido de “pertenencia” a un todo más grande y articulado. Al describir su trabajo, Damián, uno de los entrevistados decía que “es todo una cadena ¿viste? y si se corta la cadena fuiste”. Esta contrastación con la idea de que el *delivery* no ofrece pautas de ascenso será retomada más tarde. Pero es importante señalar algunas huellas de la percepción subjetiva de este ascenso y escalafones.

“Yo quería aprender para pasarme a la otra fábrica donde trabaja mi primo. Estuve 5, 6 meses y me pasé a la otra fábrica. Ya no entré como aprendiz, entré ¿cómo es que se llama?, ay no me acuerdo... Bueno entré sabiendo y ahí me pagaban un sueldo mejor. Y fui como aparador, no como aprendiz.” (Damián, 19 años).

El relato de Damián parece evocar lo que señalábamos en nuestra introducción acerca de una integración sistémica en términos de carrera. Sin embargo, hay algo ausente en su testimonio. No aparece ningún tipo de elogio a esta integración, es simplemente una cuestión de más dinero. Es decir que los escalafones son valorados en la medida que permiten mejores ingresos. Por lo que si bien estos empleos tuvieron un efecto formativo, esta instancia no debe ser sobrestimada. Ninguno de estos eventos duraron más de un año y fueron en condiciones muy precarias. La dinámica del Grupo Focal dio cuenta de esto en la medida que la valoración positiva de estos eventos laborales fabriles pasaba por el aspecto pecuniario, y en algunos casos, las sumas percibidas no justificaban el esfuerzo.

Mencionábamos otro perfil, otro tipo de derrotero socio-laboral. Al repasar sus eventos laborales, no es posible reconstruir una lógica lineal. Los eventos laborales, que surgen casi siempre por oportunidades propiciadas por redes sociales, son más variados, oscilando desde quien jugaba en las inferiores de Vélez hasta locutor de radio. Estos jóvenes pueden llegar a intentar encausar su trayectoria en un determinado sentido, pero bajo una lógica directamente instrumental. Este es el caso de los bandejeros que aspiran a seguir dentro de la misma rama pero como cocineros, por su diferencia de ingresos. Es interesante que los entrevistados que han pasado por las inferiores de clubes como Vélez, Arsenal

o Argentinos de Quilmes, destacan que la disciplina del entrenamiento juega las veces de “rutinizador”, mientras que posibles transferencias a clubes más grandes o al exterior son las promesas de ascensos, aún cuando fueran frustradas.

Antes de pasar a su descripción del empleo actual, debemos destacar que en ambos perfiles, los jóvenes destacan que tanto el deporte como el empleo fabril otorgan elementos rutinizadores, es decir ordenadores de la vida cotidiana.

La identidad *delivery*: incertidumbre y explotación

El presente de estos trabajadores se estructura en base al tipo de empleo en que están actualmente. Sus empleos como *delivery* les imponen rutinas e interacciones diferentes.

El panorama de los locales en que trabajan estos jóvenes es variado. Algunos de ellos corresponden a famosas casas de comida, otros a restaurantes de capital pero también pequeños locales de barrio que no cuentan con todas las habilitaciones. Mientras que el panorama de formalidad, informalidad y hasta ilegalidad es heterogéneo en cuanto a sus empleadores, las condiciones de contratación son bastante más homogéneas: todos están en negro. Algunos cobran algo parecido a un sueldo calculado a grosso modo; pero otros cobran por quincena, y hasta por día. Las condiciones de contratación son absolutamente informales, pactadas de palabra. No existe ningún tipo de beneficio, o derecho laboral, ni seguro alguno para ellos o sus motos. Las áreas de desempeño les permiten a estos trabajadores tomar contacto con zonas geográficas dinámicas y de mayor desarrollo en algunos casos. Otros trabajan en los alrededores de sus barrios donde las condiciones no son tan promisorias. En algunos locales se pide que los trabajadores traigan su propia moto (tres de los entrevistados tienen la suya propia), pero en otros la moto es frecuentemente propiedad del local. Cuando es propia es tomada como un bien preciado, que es arriesgado en el trabajo. Perder la moto en un robo significa el final de su carrera como *delivery*. Al trabajar todo el tiempo en la calle, el tema de la inseguridad por robos toma especial relevancia para nuestros jóvenes *delivery*. El discurso de la calle como amenaza está muy presente. Esto llega a plantearles conflictos entre los chicos y los dueños de los locales, como lo atestigua Damián:

“Vos en la pizzería te estás arriesgando mucho a que te roben porque te metés en unos lados. (...) Porque conozco la zona de mi casa, a mi jefe le digo si puedo llevarla con otra moto, porque con mi moto no me voy a arriesgar a ir. A veces me dice que sí, a veces se enoja pero igual tengo razón yo. Porque una vez le dije ‘Vos no me podés decir nada. Porque si me la roban no me la vas a pagar vos’. Entonces el chabón se calló la boca y llevé el pedido con la otra moto. No me podés decir nada.” (Damián).

En esta cita, Damián no sólo da cuenta de “la peligrosidad” del barrio sino que plantea una escisión entre su propiedad y la del local. Algo curioso, por cierto, dado que en establecimientos informales (como es el caso de la mayoría de nuestros entrevistados) esta escisión no es tan clara. En todo caso, durante la dinámica del Grupo Focal los jóvenes han referido la inseguridad en la calle como un riesgo muy presente. Si tuviéramos que tratar de resumir las características arriba mencionadas, deberíamos resumir que el trabajo de *delivery* implica trabajar “*afuera*”.

“*Afuera*” de todo tipo de protección laboral contra riesgos. Implica siempre, sea en pequeñas casas de comidas o grandes locales de marcas reconocidas, un vínculo laboral informal.

“*Afuera*” de la fisonomía de muchas casas de comida y restaurantes importantes. En el marco de la observación no participante que se realizó pudimos constatar cómo los jóvenes reciben sus pedidos fuera de la casa de comida, o en espacios reducidos, alejados de la vista de los clientes. Como si su presencia empañara la imagen del local.

“*Afuera*”, en la calle, “construida” como espacio amenazador, donde el riesgo físico es el principal riesgo. Como se describe en el Grupo Focal, “entre la lluvia, el frío y los chorros”, sabiendo que “te estás arriesgando vos, arriesgando la moto”.

Explotación. El perfil buscado

Para los bandejeros como María Fernanda, Jesús y Rubén su trabajo actual les exige una actitud de alerta constante. Deben ganarse a los clientes, ya que no tienen sueldo fijo y sus ingresos dependen de cuáles han sido sus ventas durante el día. Establecen así un lazo de pertenencia fuerte con los clientes, ya que, en realidad, ganarse su fidelidad es la única forma de obtener buenas propinas. Para el resto de los entrevistados, dado que trabajan en

casas de comidas o restaurantes, este lazo no se da. Los clientes, en todo caso, son del restaurante o la casa de comida. Esto hace que para los bandejeros su identidad laboral esté atada a su juventud. Son jóvenes y esto implica creerse dotados de las condiciones para poder desarrollar esta tarea. También ocurre con los restantes *delivery*, pero no es tan marcado.

“Claro. No, no sé si se necesita una persona joven. Pero hay chicos o chicas que yo conozco que son más abiertos con la gente, como que te compran. Qué sé yo, no sé. Aparte una persona grande no va a ir a hablarte, directamente a lo que tiene que hacer y... capaz que uno se queda charlando o hablan de cosas así...” (María Fernanda).

De este fragmento puede destacarse la supuesta existencia de un *habitus* ligado a lo juvenil, de un capital cultural específico de los jóvenes que les sería clave para ganarse clientes.

Mencionábamos algunos aspectos de las condiciones laborales de estos trabajadores de *delivery*. Ahondaremos un poco más sobre el aspecto pecuniario. El ingreso es un punto esencial en sus percepciones. Al describir su trabajo dan cuenta de un tipo de explotación basada en el cálculo del sueldo. Inicialmente el sueldo de un repartidor es calculado con un fijo y un monto variable que son las propinas. Algunos tienen esta modalidad; pero la mayoría sostiene que el sueldo es calculado en base a las propinas que se deberían obtener por día. Y reconocen que en el monto mensual “prometido” por sus empleadores, ellos contaron las propinas como parte del sueldo.

“Porque eso es lo que pasa. Los dueños te calculan tu sueldo en base a tu propina y pagan menos. Pero eso es nada. Porque a veces no te pagan.” (Javier)

O sea que la propina, hasta hace poco una especie de ingreso extra, es sometida a un proceso de “racionalización”. Los dueños de los locales calculan, con procedimientos por nosotros desconocidos, el supuesto monto que percibirán por propina y la transforman en parte del sueldo. Pero aquí hay que detenerse. Sabemos por los relatos que sus mismos empleadores se lo han comunicado verbalmente: “los toman y les dicen ‘tomá, ésta es la plata pero contá con tu propina’”.

Pero ¿por qué? Parece que hubiera algún tipo de reconocimiento de que el sueldo pagado es menor al correspondiente, y que se debe completar con la propina. Klosowsky en un escrito sobre Sade

afirma que “Reproducir así (en la enunciación) el acto aberrante permite que el lenguaje pueda darse como posibilidad del acto; de allí la irrupción del no-lenguaje en el lenguaje” (1968: 49, cursivas en el original). No es que el acto aberrante sea descrito, sino que su enunciación lo reactualiza y lo re-crea⁸. No es que afirmemos que complementar el sueldo con la propina sea una acto aberrante en el sentido estricto del término, pero sí el hecho de que con esa enunciación y el impacto de la misma en las subjetividades, apunta a “actualizar” esa extracción (cuando pudo haberse omitido) y re-crear una situación de explotación y distanciamiento. Los pocos rastros de una modalidad salarial se diluyen, hasta recargar la responsabilidad en el propio joven. Si un problema significativo “salario” rodeaba estas interacciones, entonces la distancia entre el acto de enunciación que le transfieren el componente de “contra-prestación” (sueldo) al de ayuda caritativa (propina) y el supuesto significativo profundizan el sentido de exclusión, de “afuera” de esta práctica laboral.

“A ese es el que quieren porque te pueden pasar. Si a ellos le suman y le sacan pedidos, ellos ganan el 100% porque no tienen que darte tu porcentaje. Entonces te pasan con eso, ganan más plata y si vos no les decís nada, es mejor para ellos. A esa gente quieren, gente que sea ignorante.” (Matías, 20 años).

No sólo se espera que no pueda seguirle el paso a la matemática de los empleadores, nos dice Jesús, sino que además debe tener una actitud sumisa. Por lo arriba mencionado, parece que el trabajo de *delivery* estaría reservado para los “jóvenes brutos con buen trato” La contradicción es notable. Por un lado, se reconoce que es importante tener un buen trato con los clientes, demostrar cierta cultura y simpatía para ganarse su confianza, la cual es señalada como el bien máspreciado de su trabajo. La lealtad de los clientes garantiza a los bandejeros incluso la posibilidad de abandonar su actual empleo y arrastrar a los clientes consigo hacia otro empleador. Pero, por el otro, se espera que sean susceptibles de ser estafados en una sumatoria aritmética. Este perfil de jóvenes brutos con buen trato es contradictorio en sí mismos. ¿Cuánto capital cultural pudieron adquirir para borrar en el habla su inscripción social a sectores

8 Klosowsky propone esto para entender las obras literarias del célebre Marqués de Sade, en el marco de un ensayo donde rechaza la función denotativa del lenguaje escrito y oral.

populares que a su vez los inhiba de reconocer una estafa en una suma aritmética?

Pero una parte fundamental de su trabajo es esta idea de juventud. Para estos jóvenes el *delivery* sólo puede ser un trabajo de paso, refugio en algunos casos, o trampolín en otros, como veremos luego. El último complemento de su identidad lo constituye la idea de que son trabajadores. Esto resalta a través del relato del tipo de clientes que tienen. Aquellos que son de clase media alta o alta son denostados por dar poca propina, mientras que el empleado como ellos, toma en consideración su situación.

“Por eso, se ponen en tu lugar. Saben que estás pasando calor, te estás arriesgando, arriesgando la moto. Porque esos te dan 50 centavos aunque les duele. El que tiene plata ve que vos te faltan 10 centavos y estás buscando en el bolsillo, y ‘Dámelo, dámelo y para la próxima empanada me lo descontás.’” (Matías, 20 años).

Puede que este relato este sujeto a algún tipo de exageración acerca de la supuesta solidaridad de los más humildes en contra de la “tacañería”. Lo cual nos lleva a dos hipótesis de interpretación posibles. Una sería que el entrevistado deliberadamente quiso crear esta imagen para suplir una falta de solidaridad, una sensación de atomización social. La otra hipótesis posible sería una exageración de un proceso real de distanciamiento trazado por los clientes más pudientes. Cualquiera de ambas no dejan de traslucir un percepción de una distanciamiento social muy fuerte. Tanto si las estrategias para marcar la distancia de los sectores pudientes como la supuesta solidaridad son producto de la exageración, esa ambigüedad deja ver que hay un correlato de atomización que lo circunda. Volveremos sobre esto más adelante.

Finalmente, ¿qué estructura la identidad *delivery*? El *delivery* es considerado un empleo bisagra. Es definido en términos neutros, tanto positivos como negativos pero siempre con referencia a empleos anteriores o a las posibilidades de ascenso que ofrece. Pero este criterio comparativo nos permite apreciar que no hay una identidad colectiva en torno a la actividad, y aquellas presentes al principio de la indagación, extraídas de imaginarios diversos, no se aplican ni a los relatos ni a su realidad objetiva. El empleo de estos jóvenes es visto como algo transitorio, sin posibilidades de ascenso y que a su vez no permite una integración sistémica. Es decir, que no están registrados y no hacen aportes para el futuro. Permite “zafar” el momento.

El entorno enrarecido: resignificando la “calle”

El presente no sólo es de explotación y condiciones socio-laborales magras, también debe ser circunscrito al espacio social en que se mueven. En este sentido, el presente es también vivir en las condiciones de pobreza y moverse en espacios urbanos segregados, verdaderos enclaves de pobreza que imponen a los jóvenes un entorno enrarecido.

Al tratar de describir su situación actual, los jóvenes dan cuenta de un panorama de delincuencia y pobreza en su barrio. Pero mientras la última apenas si es señalada, predomina, una vez más, el discurso en términos morales. La sociedad, desde la mirada de los entrevistados, ha degenerado, “*se ha perdido un respeto*”, como señala Jesús. En primer lugar se nota que se ha perdido este respeto, que el trato y el respeto por las jerarquías se ha perdido. Se ha perdido por ejemplo, el respeto por los mayores. Pero también ciertas instituciones como la policía han perdido ese respeto, respeto por parte de la ciudadanía: “*Acá la bonaerense te pide que los trates con un respeto que no se lo merecen*”, como sentencia Javier.

La calle, que es el escenario más próximo de su interacción diaria, símbolo de la vida de barrio, se vuelve peligrosa. El mismo discurso que se instala sobre los riesgos de su trabajo, se pone de manifiesto al declarar que la calle se ha enrarecido. Se ha perdido ese espacio público para transformarlo en un sitio de amenaza que estimula el encierro y la pérdida de espacios de convivencia mutua. (Saraví, 2004). Pero no sólo ocurre esto, sino que una segunda imputación es necesaria de ser analizada. La calle no sólo es un lugar físico, sino que también es un espacio social simbólico donde se legitiman discursos sobre los modelos a seguir. En el pasado, según nuestros entrevistados, la calle era el lugar de formación del *ethos* de la “viveza criolla”. Hoy se asocia a la cultura “tumbera”, es decir de los presos.

“O sea la calle ahora se toma por el léxico tumbero. Llamado tumbero. Quiere decir que si te digo ‘Eh, vos guacho, gato’, quiere decir que estuve preso, y si estuviste preso como que te tiene más respeto. Y no es así. (...) El que sale de estar preso, las pibas lo buscan a ése. Claro, entonces todos les tienen respeto porque dicen ‘Ay, todas las pibas lo buscan a éste’. Y vos vas te tomás 300 pesos la noche, y vos vas, y ves que el flaco está rodeado de minas. Entonces decís, ‘Bueno, este estuvo preso. Entonces yo voy a robar’. Para tener las mismas minas que él.” (Rubén, 18 años).

Este extracto debe ser analizado en dos niveles. Por un lado, el discurso parece bastante armado en la medida en que presenta una visión bastante maniquea, una escisión entre bien y mal, un nuevo mal ejemplo que corrompe la “pureza” del mito ético. El testimonio de Rubén, al igual que el de Jesús al principio de nuestro trabajo, nos indican la existencia de esa búsqueda de la pureza del mito del barrio obrero. Se sustenta en discursos abstractos y genéricos.

Un segundo nivel es la retroalimentación que implica el término *tumbero*. Es tanto un extracto propio del mundo de vida cotidiano de estos jóvenes y la serie televisiva del mismo título. Por ello las referencias a estar preso. La oposición chorro/trabajador es un mito constitutivo del espacio villero (Gravano y Guber, 1991).

Para estos jóvenes su presente y el de sus compañeros está signado por la falta de oportunidades, la “nada” entendida como una inactividad total. Sigamos su lógica. Sin el respeto que se ha perdido, con la calle enrarecida, los jóvenes perciben que no saben que hacer ni dónde ir. Esta “nada” sin estudio ni trabajo, sin un plan de vida en general, deviene en la caída en la delincuencia. Los jóvenes sólo se divierten, carecen de toda disciplina, y según nuestros entrevistados propician el camino a la delincuencia.

¿Una generación “muerta”?

Ahora bien, ¿cuáles son las perspectivas de futuro de estos jóvenes que no se perciben a sí mismos como tales? ¿Cuáles son sus horizontes de inserción laboral? ¿Sus perspectivas familiares, de ascenso social, etc.? Nuevamente los perfiles se dividen. En este punto, es preciso hacer una aclaración. Tanto en la dinámica del Grupo Focal como de las entrevistas, los casos se vieron confrontados a dos instancias: la ideal y la posible. Todos los casos pudieron describir la ideal, pero aquellos con hijos no pueden concebir de forma más o menos clara la posible. Los demás han podido describir sus estrategias y lo que necesitan para cumplirlas en forma más concisa. Se da, como resultado un contraste entre aquellos que buscan “re-integrarse” a través de ejes estructurantes como un empleo protegido o una vocación en la mecánica y aquellos que, con familia, miran hacia el futuro con desesperanza.

Con respecto al empleo de *delivery* en general, ninguno de ellos le ve mucho futuro, a menos que sirva de trampolín para otro campo.

“Sin futuro. Vos sabés que no vas a terminar siendo el dueño de la casa de empanadas, vos estás trabajando ahí... y es una changa. ¿Qué futuro vas a tener repartiendo?” (Rubén, 18 años).

“Porque es así. Porque estás en negro, porque no tenés aporte y estás perdiendo el tiempo. No aportás a una jubilación y el día de mañana no tenés nada. Y ahí, perdés tiempo, estás ahí perdiendo el tiempo. Laburás y perdés el tiempo.” (Gabriel, 19 años).

Estos extractos nos permiten ver las dos valoraciones negativas del empleo de *delivery*. Por un lado, se repite esta instancia de exclusión. Ser *delivery* no permitirá ningún tipo de ascenso dentro de la casa de comidas. Es una “changa”, que lo sigue manteniendo fuera de ese espacio. Por otro lado, no permite reintegración sistémica, en el sentido de una jubilación. O por lo menos, como lo entienden nuestros entrevistados, no tiene un efecto acumulativo hacia el futuro.

Pero entre algunos relatos se destaca un hecho curioso. Se realiza la siguiente asociación. Como ya son padres, toda perspectiva de futuro se ha perdido para ellos; lo que resta es hacerse cargo y tratar de que hacer un mejor futuro para sus hijos. Este incluye un mejor ambiente, más oportunidades asociadas a la educación, promesas de ascenso social, etc. Supongamos que los buenos augurios para con sus hijos son el resultado de un imaginario social que los legitima y les lleva a decir algo “políticamente correcto”, pero el futuro, bueno o malo, es el futuro de sus hijos. El suyo propio ya llegó, ya no existe. Es realmente llamativo que con no más de 21 años en algunos casos, el futuro sea descartado, y se pase la posta a las futuras generaciones.

“Para mí el futuro es mi hijo. Porque yo, ya está. Viví y seguiré viviendo. Yo sé que yo gano más plata y mi hijo va a tener más cosas, no en el sentido de que...” (Matías, 20 años).

Este extracto de Matías resulta llamativo por su edad. Deja traslucir tres elementos de análisis que son importantes.

Primero, que la juventud no es un período etéreo. Es una especie de período de gracia entre la niñez y las responsabilidades que inevitablemente sobrevendrán. Esto fue confirmado en el Grupo Focal en donde definen a la juventud en ese sentido: “*Uno deja de ser joven cuando cumple obligaciones, o sea cuando tenés familia*”, “*Y ser joven no asumís tantas responsabilidades*”.

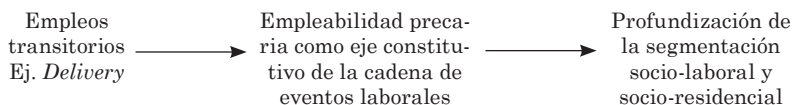
Segundo, que el hijo implica la renuncia a la mejora de sus propias condiciones subjetivas a favor del pequeño niño. Esto acorta

los ciclos vitales, introduciéndolo a un tiempo mucho más acelerado y profundizando su inestabilidad.

Tercero, que las condiciones de fragmentación social y las dificultades de los jóvenes de sectores populares se han naturalizado hasta tal punto, que las evidencias que encuentra Salvia (2001) de fuerte crisis en las posibilidades del recambio generacional se encuentran ya trasladadas al discurso cotidiano, no exento de contenido político, que los llevan a percibirse como una generación “muerta”.

Algunas conclusiones preliminares

Dada esta descripción sobre las prácticas presentes de estos jóvenes, sus perspectivas a futuro y sus imágenes del pasado, llega el momento de recuperar nuestras hipótesis iniciales para el análisis. Nuestra primera hipótesis versaba sobre la tensión entre empleabilidad precaria y carrera. En estos jóvenes la situación de empleabilidad precaria es bien patente. Un empleo sin posibilidades de promoción, la ausencia en la mayoría de los casos de alguna estrategia de movilidad laboral o social, la falta identificación con la condición juvenil en algunos casos. La idea de carrera es desechada tanto en sus horizontes de perspectivas como en sus posibilidades objetivas de movilidad hacia posiciones más estables. La empleabilidad precaria que recubre sus trayectorias debe articularse con la nueva matriz social (Salvia, 2005), la empleabilidad precaria es concomitante con las lógicas de supervivencia, con una destrucción de las condiciones de movilidad socio-laboral que ya arrastra casi tres generaciones y que, sumada a la segmentación de los mercados y la segregación socio-residencial, hace que las estrategias de supervivencia que pueden emplear estos jóvenes sean a la vez las que acotan significativamente sus posibilidades de promoción laboral. Como se ejemplifica a continuación:



Deliveries y bandejeros forman parte de un determinado tipo de informalidad. Mingione (1989), siguiendo a Kuttner, sostiene que el desplazamiento de la economía de base manufacturera tradicional

al de industrias de alta tecnología y servicios genera un sector informal con salarios comparativamente más bajos. Destruye, a su vez, los empleos de clase media que derivan de esas industrias manufactureras. Estos jóvenes, aun sin ser de clase media perdieron la perspectiva de ascenso de sus empleos manufactureros. Forman parte de esos empleos marginales estrechamente vinculados al nuevo espacio urbano que propone esta modernización. Un espacio urbano donde los trabajadores de servicios se convierten en los grandes clientes de estos bandejeros. Un espacio urbano donde los sectores más pujantes contratan estos *deliveries* de comida. Pero, además, sus pautas de contratación y sus ingresos bajos son una forma de subsidio del sector informal a este nuevo desarrollo de los centros dinámicos de la economía. Asimismo, en términos de vulnerabilidad subjetiva, estos jóvenes se sienten marginales al sistema, como estructurados por fuera del mismo sin integración sistémica. Son, en todo caso, factores erráticos. La combinación de una inserción segmentada, potenciada por la educación deficiente, entre otros factores, reproduce el ciclo de la informalidad. Sus empleos mal remunerados con grandes posibilidades de estancamiento se expanden y son funcionales al modelo de mercados duales donde un sector dinámico requiere, para poder sostener su rutinas, de estos *deliveries* y de sus empleos poco productivos.

En su microcosmos de relaciones, los jóvenes se sienten afuera. Afuera de los locales, explotados y “pasados”. El trato diario, la constante competencia y las formas de interacción que hemos descrito conducen al desanclaje constante. La empleabilidad precaria es también una modalidad del lazo socio-laboral, cuyo significante es la “negación” del sentido de pertenencia y la integración sistémica. La identidad *delivery* es una identidad en movimiento, es una identidad desanclada. Los jóvenes no se sienten parte integral del sistema social (aunque lo están en forma segmentada), se ven inmersos en estrategias de supervivencia que profundizan su condición de empleabilidad precaria y su segmentación socio-laboral y socio-residencial, al verse incapaces de re-insertarse en lo que queda de las cadenas de movilidad de las ahora renacientes industrias manufactureras.

Nuestra segunda hipótesis apuntaba a una modificación profunda en las subjetividades causada por la segmentación socio-residencial. Las descripciones de los cambios articulados en el barrio y algunos aspectos de su representación del pasado de la sociedad salarial se corresponden con la literatura sobre segrega-

ción espacial, en la medida que nos hablan de redes sociales, de solidaridades, de representaciones sobre el “barrio obrero”. El artículo sobre jóvenes asalariados precarios también da cuenta de esto⁹ Pero aquí hay algo más. Los relatos son mucho más difusos y los ejemplos dados y operaciones de sentido realizadas son mucho más “abstractos”. Casi un meta relato. Debido a esto deseamos poner en tensión la hipótesis de lazos de esa estrategia de supervivencia con las observaciones de R. Sennett (2001).

A principios de los ‘70, estudiando los barrios segregados de negros y latinos, Sennett se refugia en la tradición sociológica más clásica revisando a Weber y a la Escuela de Chicago y la combina con las nociones de formación de personalidad de Erikson. Para Sennett los lazos sociales fuera de la ciudad opulenta están fundados en ilusiones de continuidad y comunidad. Frente a la pobreza objetiva, el mito de un presente y destino común disimulan la fragmentación social propia de estos sectores y de otros, en la medida en que es constitutiva de la ciudad industrial moderna. Basándose en autores de la Escuela de Chicago¹⁰, sostiene que “el sentimiento de identidad común es una falsificación de la experiencia” (2001:74). A mayor fragmentación social y pauperización de las condiciones de vida, este mito se refuerza más por miedo a profundizar la segmentación hasta peligrosos niveles de atomización que por un verdadero lazo común. ¿Cómo se da esta falsificación? Sennett habla de un proceso de purificación, se construye una identidad pura, que no puede ser extraída de la experiencia subjetiva o de aquellos próximos a él “...en la purificación de la imagen de una comunidad coherente; el temor. (...) ‘de la cualidad de ser de otra forma’ de los hombres prevalece. De este miedo brota la falsificación de la experiencia.” (2001:81).

Tomados en su conjunto, la descripción de un “pasado glorioso”, de pleno empleo y oportunidades para criar una familia, aún con el factor contingente; y la dignificación del valor del trabajo constituyen el núcleo de la pureza de la ilusión comunitaria. La ilusión que, como dice Sennett, es tal por su cada vez mayor desajuste con las prácticas diarias. La ilusión que es clara y abstracta y

9 Véase en este volumen: Molina Derteano, Pablo (2007), “Sueños del eterno retorno de la sociedad salarial para los jóvenes asalariados precarios en condiciones de segmentación territorial”.

10 Resaltan sobre esta cuestión autores como Robert Park, E. Burgess y R. D. Mckenzie.

que se vuelve un valor comunitario que se comparte pero que no se reactualiza en las interacciones diarias. Esta es la pureza del vínculo comunitario. En su forma discursiva hay que situarla como supuestamente “heredada” de un pasado mítico. Y no porque este sea “irreal”, sino por su falta de precisiones y anclajes en la experiencia. Pero, además, como un profundo ejercicio de simplificación en las opciones de vida de los sujetos. Conforman un espacio cuyo contenido puede ser sólo ético y es el falso anclaje en la interpelación de los relatos de los sujetos.

El mito de la pureza ética también se reactualiza cuando los jóvenes se describen a sí mismos inscriptos en una batalla a brazo partido por defender la honestidad del trabajar frente a la cultura tumbera. La primera condición de la virtud de la comunidad pura es el mito de la dignidad compartida de sus miembros. Cuando formulan sus condiciones de dignidad frente a la cultura tumbera, o cuando se buscan vincular a un pasado de sociedad salarial que ellos ni sus padres han logrado conocer, o cuando pretenden que existe una solidaridad comunitaria entre los humildes que les dan una propina a pesar de sus necesidades, estos jóvenes “falsifican” sus experiencias construyendo un abrigo de pureza frente a las condiciones cada vez más crecientes de fragmentación social. No se trata de un juicio de verdad. Advertimos que estos mitos de pureza comunitaria contribuyen a alienar su experiencia vital de empleabilidad precaria y pueden reemplazar el sentido subjetivo de carrera. Con la gran diferencia de que la comunidad se presenta siempre como “eterna e invariable en el tiempo”, y se opone ontológicamente al progreso subjetivo (Sennett, 2000).

Hemos revisado las condiciones de vida y trabajo de este segmento de jóvenes trabajadores de *delivery*. Planteamos que sus estrategias de subsistencia están signadas por la precariedad. Su presente y sus percepciones y vivencias están signadas por dos rasgos importantes.

Su cadena de eventos laborales, incluyendo los elementos constitutivos de su actual empleo como *deliveries* están signados por la lógica de la condición de empleabilidad precaria. Las mismas estrategias de subsistencia que estos jóvenes desarrollan en el contexto de necesidad son las mismas que profundizan su segmentación. Están en un empleo bisagra, pero sin plan ni proyecto de futuro, ya que algunos se reconocen como una generación muerta.

La misma condición de empleabilidad precaria supone la destrucción de una serie de soportes subjetivos que recubrían la noción

de carrera y estructuraban las visiones de integración sistémica y promesas de movilidad generacional ascendente. La apelación a un mito de pureza comunitaria contribuye a un círculo vicioso donde se ocultan cada vez más las condiciones de fragmentación social y atomización.

Estas observaciones no deben generalizarse para todos los segmentos¹¹ ni para cualquier situación de vulnerabilidad social. Pero así como Salvia (2001) advierte sobre la necesidad de no confundir a las economías de la pobreza con nuevas alternativas de economía social, la fortaleza de los lazos comunitarios en contextos de vulnerabilidad social no debe ser sobreestimada.

11 En este mismo volumen, el artículo de nuestra autoría sobre jóvenes asalariados precarios mostrará disidencias con respecto a esto.

VIII.

SUEÑOS DEL ETERNO RETORNO DE LA SOCIEDAD SALARIAL PARA LOS JÓVENES ASALARIADOS PRECARIOS EN CONDICIONES DE SEGMENTACIÓN TERRITORIAL

Pablo Molina Derteano

*“Las percepciones son el verdadero gobernante
de este universo”*

Refrán Bene Gesserit¹

Introducción

Uno de los rasgos más llamativos del paisaje de la informalidad laboral urbana del Gran Buenos Aires ha sido la presencia de importantes cantidades de jóvenes asalariados precarios que son empleados en pequeños establecimientos de baja productividad. La presencia de los jóvenes asalariados precarios trabajando en pequeños establecimientos informales ya ha sido registrada por diversos estudios (Beccaria, Carpio y Orsatti, 1999; Tokman, 1999; Portes y Haller, 2004, entre otros). El presente artículo intenta dar cuenta de algunos de los aspectos más sobresalientes de este grupo de asalariados precarios. ¿Cómo se estructuran las trayectorias laborales de un grupo de jóvenes asalariados precarios? Trayectorias laborales que presentan una peculiaridad: en sus eventos laborales pasados, estos jóvenes tuvieron la oportunidad de trabajar en empleos en blanco.

Primera aproximación. El análisis de las trayectorias laborales de estos jóvenes, implica interpelar un pasado de inclusión sistémica frente a la privación actual y el horizonte de la marginalidad.

1 En Herbert B. y Anderson K., “DUNE: House Harkonnen”, Del Rey, New York, p. 200.

¿Cómo perciben estos jóvenes el pasaje? ¿Qué tan lejos (o qué tan cerca) perciben las fronteras entre lo formal y lo informal? En este sentido, nos interesa encarar estas subjetividades como insertas en un tipo de estructuras de oportunidades en donde los sujetos toman decisiones cuyos resultados son las condiciones de futuras decisiones, estructurando su trayectoria (Pczrewski, 1983) e inserción en un posicionamiento dentro del campo social (Bourdieu, 1991). Cabe destacar que se trata de un enfoque cuyo posicionamiento es estructural, pero a su vez relacional en un campo de relaciones sociales dinámicas. En este sentido, el primer interrogante de investigación tiene que ver con las formas en que se posicionan y accionan los sujetos en un polo informal de la economía.

Las estrategias de subsistencia en el sector informal les obligan a hacer un balance sobre su anterior experiencia en el sector formal. En sus relatos, cabe preguntarse por las formas en que “objetivan” esa transición. En particular lo que tiene que ver con el *habitus* incorporado, el *habitus* objetivado en el cuerpo (Bourdieu, 1991). Esto es el *Embodiment*, corporización (Kin, 2002). En los objetivos significativos, que ellos perciben a su alrededor. No son centrales para nosotros diferencias que pasen por los aspectos formales, sino la forma en que el hecho de ser asalariados precarios en establecimientos informales cambia sus percepciones del tiempo, del espacio. Los cuerpos, como instancias del *habitus* incorporado nos sugieren interrogantes acerca de la percepción del sujeto en el todo social. Prevalece la imagen de desprotección ¿Cómo articulan en sus percepciones, los sujetos esta desprotección?

Segunda aproximación. Podemos anticipar que el hecho de haber tenido un trabajo en blanco ha resultado trascendente en sus percepciones. Es un hecho liminar que esconde un significante mayor, un sentido investido en una práctica histórica. Decíamos que en un campo social dinámico de relaciones sociales y posicionamientos, los sujetos van tomando estas decisiones que estructuran sus trayectorias y posicionamiento, pero la simple ubicación no alcanza ¿Qué hace que tomen tales o cuales decisiones? La hipótesis de la necesidad no es completamente satisfactoria. Por el contrario, muchas de ellas están cimentadas en estrategias que se suponen de mantenimiento en principio pero que también pueden encerrar estrategias de promoción (Katzman, 1991). Para ello el actor lego debe leer la estructura social, buscar una hoja de ruta que le proporcionan los depósitos sociales de sentido (Berger y Luckmann,

1997). Nuestro segundo interrogante de investigación se preocupa por la constitución de este tipo de imaginario, esta imagen societal que guía su accionar. Arriesgamos una hipótesis en donde vemos que esta imagen societaria está fuertemente influida por la experiencia de la sociedad salarial argentina.

Dada la naturaleza de nuestros interrogantes, se procedió a un abordaje cualitativo que comprendió entrevistas en profundidad y un Grupo Focal. Ambas técnicas buscaron, en instancias más subjetivas la primera e intersubjetiva la segunda, dar cuenta de los imaginarios y percepciones en torno a su relación laboral, el mundo barrial y social más cercano.

¿Quiénes son? ¿Dónde están?

Un primer rasgo es que todos ellos son jóvenes, pero a pesar de ello todos registran más de un evento laboral. La mayoría, por necesidad, empezó a trabajar alrededor de los 14 años. Sólo unas entrevistadas mujeres completaron el secundario, el resto lo abandonó. Sus trayectorias son muy variadas, pero casi todos lograron una inserción temprana en empleos formales en tareas que van desde una fábrica embotelladora hasta personal de limpieza. En el momento de la entrevista todos estaban trabajando en pequeños establecimientos comerciales que venden artículos, en bares y locales diversos o en puestos de feria.

El segmento que nos ocupa presenta de por sí sólo una serie de interrogantes propios que se pueden desprender de lo planteado anteriormente. La primera de ellas tiene que ver con la denominación del segmento. ¿Qué se debe entender por un asalariado? Grupo mayoritario de la formación social argentina durante buena parte del siglo XX, el término asalariado no sólo refiere a un modo de remuneración basado en un cálculo de un básico por horas trabajadas por mes, a lo que le suma asignaciones y aportes varios, sino que su composición es una objetivación de una serie de avances en la legislación social y laboral de la Argentina. El término “asalariado” posee un peso histórico específico y su nombre no deja de hacer referencia a un modelo de dominación social y acumulación capitalista conocido como la sociedad salarial (Gorz, 1997). Ahora bien, se tomaba por asalariado a aquellos sectores obreros que gozaron de importantes niveles de ingreso en Argentina en comparación

al resto de Latinoamérica (Beccaria, 2003) y que encarnaron un tipo bien definido de relación entre trabajo y capital.

Sin embargo, también existen relaciones que recuerdan a la modalidad asalariada pero en las cuales, el conjunto de beneficios propios de la relación asalariada están ausentes o funcionan de forma irregular. Lo que comúnmente se conoce como forma de contratación formal o “en blanco”, se encuentra ausente en determinados tipos de contratación informal que operan en estos mercados de informalidad. Allí, empujados por la necesidad subjetiva y la incapacidad del mercado de absorber mano de obra poco o no calificada, se dan situaciones de contratación informal que asumen rasgos de trabajo asalariado en lo que a los aspectos rutinarios refiere, pero en las que se destacan las situaciones de explotación encubierta y la ausencia de todo tipo de prestaciones sociales (Beccaria, 2003; Tokman, 1999).

Portes y Haller (2004) rastrean los orígenes y aplicaciones del debate entre formalidad e informalidad. Sostienen que los vínculos informales se dan cuando la productividad de las unidades económicas para alcanzar niveles satisfactorios² depende en gran medida de formas de organización y vínculos laborales que ignoren la regulación estatal. Habría una relación entre las condiciones de viabilidad económica y la relación con la normativa vigente, pero además el panorama sería complejo y superpuesto. Nos gustaría señalar que esta zona intermedia entre la transgresión de las regulaciones y las condiciones de viabilidad de una pequeña unidad económica informal, genera además un espacio social de interacción diario diferente. Nuestro trabajo se orienta a describir las experiencias subjetivas y sus representaciones acerca de la transición entre el empleo en blanco y el empleo en negro.

Posición y percepción. Espacios

El primer rasgo es el ámbito laboral inmediato, los pequeños comercios en donde trabajan. Portes (2004) y Beccaria (1999) señalan que uno de los impactos más marcados del crecimiento de la economía informal durante la transición del modelo de indus-

2 Los niveles satisfactorios varían según se trata de economías informales de supervivencia, explotación dependiente o crecimiento. Véase Portes y Haller, (op. cit.).

trialización de sustitución de importaciones a uno de mercado abierto tuvo como una de las consecuencias más importantes en Latinoamérica el crecimiento de pequeños emprendimientos en el área metropolitana.

Estos pequeños comercios y pequeños talleres se distinguen por una serie de características entre las que se destaca la baja productividad (casi a nivel de subsistencia), la falta de pautas de contratación formales, y diversas modalidades informales e irregulares de relación entre los empleados y sus jefes. Esto puede desprenderse de los relatos (de nuestros entrevistados), como veremos más adelante. Se trata de pequeños comercios con muy pocos empleados, donde sólo trabajan el dueño y el entrevistado, que es su empleado. En general, se trata de comercios minoristas o pequeños locales de comida. El dueño, si bien es reconocible, suele trabajar a la par de sus empleados, y se destaca el hecho de que las tareas asignadas a sus empleados son variadas. Efectivamente, dentro de cada local, y en cada experiencia, las tareas asignadas no son fijas, varían mucho en forma, cantidad y horario. “Vos vendrías a ser ayudador. No tenés fijo”, como lo describe un participante del Grupo Focal al referirse al empleo de otro participante.

Pero hay otro escenario que es el del barrio. Este contexto más grande da cabida a muchos de los locales donde trabajan estos jóvenes. El barrio, precario en su infraestructura, ha sufrido en los últimos tiempos, según lo indican los relatos, un proceso de mutación. En principio, ha crecido su demografía:

“Creció mucho... antes por acá era puro campo. Los de Fuerte Apache vinieron para acá... Chaqueños... los chasqui...” (Maxi).

“Antes era un re-campo... estaba yo solo... Y cuando tenía 6 años... y ahora de repente tenés como 200 casas una al lado de la otra, vino mucha gente, de Isla Iapi, de todo lados... Avellaneda. Paraguayos vinieron muchos... (...) Te vienen a usurpar la casa. Te agarran terrenos que no son de ellos.” (Adrián).

Pero los relatos nos hablan de algo más que de un simple crecimiento. El viejo paradigma de la modernización cosmopolita se filtra a través del discurso de los actores. Pero además nótese que el crecimiento no vino solo, junto con él vinieron la migración interna de lugares reconocidos como de amplia vulnerabilidad socio-económica, y nominalmente potenciales de contener delincuentes. Como una especie de estigma, se describe un doble proceso. De

lugares como Avellaneda, se los describe como parte del proceso de “desclasamiento”, una suerte de descenso social. Pero Isla Iapi y Fuerte Apache son lugares tachados por el discurso dominante como escenarios de violencia criminal³. También se da el ya clásico proceso de migración de países limítrofes y de provincias argentinas, el cual es relatado por los actores como un proceso “cuasi ilegal”. Obreros desclasados, inmigrantes limítrofes potencialmente ilegales, migrantes internos, conforman el nuevo escenario del barrio donde estos jóvenes sienten que han perdido no sólo su espacio de pertenencia, sino quizás hasta su enclave familiar:

“Yo, por ejemplo, vivo en un barrio donde son todos parientes, son todos primos, tíos, sobrinos, si pasa algo, somos todos parientes. Es mi barrio digamos, ahí no me puede tocar nadie. Y no porque hay gente con la que no me hablo todavía, están enfrente de mi casa y ni me hablan. No, yo tengo todos los vecinos con los que me vinieron primero, con ellos me re-hablo, pero estos últimos nada (...). No, capaz que los saludo por respeto. Pero si me saludan, yo sigo de largo, ni lo saludo, ‘che, a vos ni te conozco.’” (Adrián).

El relato de Adrián es muy rico en este sentido. Los vínculos del pequeño barrio en que ellos nacieron eran casi familiares. Se describen diversos mecanismos mediante los cuales hacen sentir esta diferencia entre ellos los “legítimos” dueños del espacio social dentro del barrio y los “recién llegados”. En un rito de interacción diaria como es el saludo, el reconocimiento del miembro parte del todo social que es el barrio es un derecho adquirido. Adquirido mediante la antigüedad y la reciprocidad. Esto es lo que Gravano (2005) denomina el barrio inmediato, es decir, el ámbito de las relaciones primarias que recrean el sentido de comunidad. Mediante los relatos vemos cómo los entrevistados y participantes del Grupo Focal dan cuenta de un proceso de crecimiento demográfico del barrio. Como postulan los principios básicos de la sociología, el aumento del número de miembros de un todo social vulnera los lazos de proximidad. Al ser más chico, antes los vecinos se conocían más. Incluso Adrián, uno de los entrevistados, da un ejemplo extremo; además del hecho de que existen lazos de parentesco entre él y sus vecinos, los cuales definen su proximidad no sólo geográfica sino por este supuesto lazo. Es muy probable que el relato esté sujeto a

3 Tal es el caso de Fuerte Apache, una serie de monoblocks llamados Ejército de los Andes, y rebautizados como “Fuerte Apache” en relación al imaginario “sin ley” del *Far West* norteamericano.

exageración, pero en todo caso, es significativa la forma en que se construye la imagen de proximidad y su necesaria referencia con los vínculos familiares. La antropología clásica, en una de sus afirmaciones más categóricas sostiene que la mínima formación social, el clan, se funda en los lazos de parentesco de sus miembros. La pertenencia institucional está dada por la consanguinidad. Nótese que Adrián dice que es “su” barrio. Y se siente protegido por estos lazos. Más allá de estos casos extremos, el barrio poco poblado se brindaba a lazos de pertenencia más simples. Pero debido a la crisis económica, se empezó a dar un movimiento poblacional proveniente de centros más desarrollados del sur de la Provincia de Buenos Aires (como Avellaneda) y otros movimientos causados por la destrucción de polos industriales (caso Isla Iapi) u otros motivos. Inclusive migraciones internas y de países limítrofes. El círculo de proximidad se reduce y los actores reconocen a menos vecinos como tales. Los relatos dan cuenta de este proceso de crecimiento poblacional, por ello se destaca la importancia de los ritos de reciprocidad (saludo) y la antigüedad. Sometido a este proceso de transformación, el barrio cambió su fisonomía y la nueva migración puja por la integración espacial.

Una consecuencia de este proceso de repoblamiento motivado por la migración y la desindustrialización es la transformación de los lazos de proximidad. El barrio sufre, en el relato de los actores, un proceso de decadencia. Crece la inseguridad, y el aumento de la inseguridad no sólo es percibido de forma cuantitativa sino también cualitativa. Surgen “los rateros”, aquellos vecinos que roban dentro del barrio. Mientras que los ladrones son aquellos que “trabajan” fuera del mismo. Esto es percibido como una decadencia moral de la vida en el barrio, la ausencia de un “respeto” que antes existía.

“Porque cambiaron, yo me acuerdo que cuando era chico también había ladrones, pero era como que no robaban adentro del barrio. Se iban a robar fuera... Había otro respeto (...) Ahora viene tu vecino y capaz que se te mete a robar...” (Maxi).

Frente a casos de este tipo, el propio barrio dicta un código no escrito de sanciones. El tema del respeto es fundamental. Esta palabra designa los límites de la convivencia, de la red metonímica dentro del barrio. El código moral que no debe ser traspasado; robar a un vecino no sólo es delito, sino una falta de respeto. El código nos habla de límites bien claros, como robarle a una persona mayor. Es el límite del respeto. Tomar algo de una casa dentro del barrio

también es una seria falta de respeto. Es una afrenta moral. ¿Qué se hace frente a esto? Las soluciones tienen carácter ejemplificador, en el sentido de marcas en el cuerpo y castigos físicos como lo sugieren las distintas verbalizaciones del Grupo Focal.

“Le metés un tiro en la rodilla y ya está y lo cagás para siempre. Si quieren robar que vayan afuera.”

“O le rompo las manos, se van a acordar a no tocar más nada ajeno... Uno se mata trabajando y te afana.”

En un sentido muy foucaultiano, el castigo del cuerpo (un castigo físico que deje alguna secuela) y el alma (recordatorio constante por el castigo físico, lo que equivale a la secuencia arrepentimiento y control de inclinaciones). Asimismo la clásica dicotomía entre trabajar o robar está también presente. La moderadora del Grupo Focal sugirió la posibilidad de encontrar otro modo de solucionar los conflictos, pero éstos fueron descartados. La transgresión sólo puede ser castigada así, dado que implica no sólo un perjuicio económico (el robo de algo valioso) sino moral (la falta de respeto). Inclusive uno de los entrevistados tuvo que mudarse de su anterior barrio por aplicar esta norma.

“Yo me tuve que ir de Wilde... porque se metieron a robar en mi casa y averigüé quién era. Y fui a la casa... Le prendí fuego la casa, por eso tuve que irme... Aparte le robaba a mi sobrino.” (Bruno).

El barrio es un espacio intermedio, donde Gravano (2003; 2005) propone distinguir entre el barrio como estructura y el barrio como realidad significacional. Como realidad significacional, el barrio es un palimpsesto donde las huellas de diversos discursos se superponen unas a otras. Aquí se superponen dos discursos que hacen a la realidad significacional misma del barrio: el de la comunidad y el de la seguridad.

El mismo concepto de barrio, si se rastrean sus orígenes históricos estuvo teñido de esta idea de comunidad de vecinos con lazos sociales de reciprocidad. Según Gravano (2005), hay una red metonímica que une el término barrio con comunidad, con lazos de reciprocidad por vecindad. Pero a su vez se le superpone el de la inseguridad entre vecinos, el de destrucción de esa comunidad por la irrupción de los rateros, que es vinculada al crecimiento demográfico. El barrio ha cambiado; el barrio no puede seguir siendo barrio. Pero en su configuración significacional de *continuum* espacial (y temporal) lo sigue siendo.

Pero también está el barrio como estructura, donde el barrio es una configuración intermedia, un nicho simbólico que “oculta” la realidad de segregación en que viven. Las condiciones estructurales del *hábitat* son paupérrimas. Los empleos que han conseguido han sido por las redes barriales, dentro o cerca del barrio. Sus magros ingresos, sumados a la estigmatización de los rasgos físicos y las carencias de una infraestructura adecuada hacen a su segregación socio-residencial. “La segregacionalidad, aparece como una condición necesaria para poder hablar siquiera de barrio” (Gravano, 2005:166). Por ende, el énfasis puesto en la identidad barrial y sus lazos de protección desde el discurso de estos jóvenes es sólo factible a partir de su condición de segregación socio-residencial. Y por ello un palimpsesto que arroja una imagen de un barrio que contiene y da oportunidades, pero que ha crecido y se ha vuelto peligroso. El barrio en realidad es una configuración significacional que deja traslucir sus condiciones de segregación socio-residencial.

Tiempo

Para estos jóvenes asalariados precarios la transición del empleo en blanco al empleo negro toma necesariamente la forma de explotación. Explotación basada en dos instancias: la inestabilidad y la explotación horaria. Volveremos sobre la primera más tarde⁴.

“Las horas que te tenés que laburar de más, ellos ni te las figuran.” (Jennifer).

“En donde laburaba yo antes también era así. Tenías que ir de lunes a lunes, trabajabas 10 horas (...) y ahí le dabas derecho hasta la 9 y media y si a ellos se le cantaba, laburabas hasta la 10, 11. Era como se le cantaba al patrón.” (Maxi).

No es sólo el peso de la cantidad de horas, sino también que en los relatos surge una percepción que ellos no son dueños de su tiempo. Subordinados por la necesidad, aceptan un régimen laboral donde trabajan horas de más y donde su tiempo de descanso, los francos tampoco son respetados. La lógica de la necesidad aparece representada en la forma de una cadena. El local trabaja al límite

4 Según fuentes sindicales, se define por explotación horaria la permanencia de un trabajador más horas de las pautadas sin que medie ningún tipo de pago de horas extras o algún tipo de compensación posterior.

de su personal, cada venta debe aprovecharse al máximo porque no se sabe cuánto durarán los “buenos tiempos”, y entonces el franco del trabajador es sacrificable. Se coordinan aparentemente la necesidad del trabajador y del empleador, pero esta simetría no es percibida de esta forma. En última instancia, el empleado parece más subsumido a la necesidad.

“Y tenés que quedarte porque si necesitás la plata, otra no te queda. Y a veces, capaz que el chabón me dice, ‘quedate media hora más, una hora más’. Y bueno ¿qué voy a hacer? Me voy a quedar (...) Claro, no te respetan eso (los francos). Yo tenía que jugar a la pelota, y me llamaron y bueh, te la tenés que bancar.” (Adrián).

Por tanto, la explotación horaria es señalada como un rasgo característico de la relación en negro. Toma la forma de horas trabajadas de más o la invasión del tiempo propio. El tiempo laboral es una dimensión clave del análisis. Tiene impacto en la forma en que la subjetividad se inscribe en el mundo público. Esta invasión del tiempo laboral sobre el tiempo privado toma una forma híbrida. Son horas del tiempo público del trabajo pero sin uno de sus rasgos distintivos, la falta de remuneración. Volveremos sobre esto, pero destacaremos que uno de los hitos fundadores de la sociedad salarial son las vacaciones pagas. Es decir, un tiempo laboral que se remunera como tal y no se trabaja. La lógica de la necesidad hace borrosa la frontera entre tiempo propio y tiempo laboral y lo hace bajo la forma de una privación irregular pero medianamente constante.

Vínculos. Los padres “ausentes” y el dilema educativo

Una de las primeras respuestas a este interrogante acerca de su origen es interrogarse acerca de la familia. La familia es una de las dimensiones más importantes del mundo de vida de estos jóvenes. En cuanto relatan la situación de sus padres ponen mucho énfasis en una figura materna luchadora y contenedora, una “madraza”, en términos de Raúl. Y un padre ausente. Se trata en muchos casos de familias en donde abundan los casos de separación informal de los cónyuges. El padre simplemente se va. Algunos entrevistados saben dónde está, otros lo ignoran y no falta el que no quiere ni

enterarse si vive, ni donde está. La mayoría relata cómo el padre se aleja, abandona la familia cuando ellos son pequeños generando no sólo un daño emocional sino, y fundamentalmente, un descalabro económico. La madre debe hacerse cargo de los hijos y sale a trabajar. También, en muchos casos, la ruptura familiar precipita el ingreso en el mercado laboral para suplir el ingreso.

“Yo vivo con mi vieja y mi hermano. Y bueno, ellos se separaron cuando yo tenía siete años. (...) y en mi casa justo éramos tres. En ese momento vivíamos los tres juntos. Mi hermano era chico, mi vieja laboraba también en una casa de familia y bueno se quedaba laborando y bueno, no pude estudiar.” (Raúl)

Aun cuando algunas familias se mantuvieran unidas, en los relatos se destaca el hecho de que ese ingreso temprano al mundo laboral, conspiró contra la posibilidad de continuar sus estudios secundarios. Dada la franja etárea de nuestros casos, el tema de la educación secundaria y terciaria ocupa un lugar a veces significativo. Antes de avanzar sobre otros aspectos, es importante destacar que son trayectorias que se inician entre los 14 y 18 años empujadas muchas veces por la necesidad del hogar de mayores ingresos y, en muchos casos, como veremos luego, por desmembramiento familiar. La educación es vista como necesaria e importante, y el tener que salir a trabajar como una obstrucción a este mecanismo de ascenso y otorgamiento de mejores posibilidades. En el Grupo Focal se dieron contribuciones que destacaron cómo algunos perdieron el trabajo por pedir días de estudio, o en general, se vieron obligados a elegir entre el trabajo o el colegio.

“Entré a los 14 años, hasta los 18 (...) No, pasa que salieron a trabajar de muy chicos, de los 13, 14 años empezaron a trabajar mis hermanos. (...) Porque a veces yo trabajaba, no podía ir a la escuela por el laburo, a veces llegaba tarde, las cosas ya pasaban, ya no llegaba, porque no llegaba y no podía dejar el laburo...” (Lucas).

Interrogados sobre esto en el Grupo Focal, muchos señalaron que hay que tener estudios y que con el secundario alcanza, aunque son muchos los que no lo terminaron. Quienes lo terminaron fueron las mujeres. Una de ellas, Jennifer, empezó el CBC pero dejó por las exigencias y por el coste de los viáticos. De esto se desprende que, dentro del grupo de entrevistados, quienes tienden a encarar estrategias sostenidas para completar sus estudios secundarios son en mayor medida las mujeres, mientras que los varones reconocen la importancia de los mismos pero los abandonan.

Debemos detenernos un poco aquí para evaluar dos posibles interpretaciones, que en realidad bien pueden complementarse entre sí. Podemos partir de una lógica de necesidad y afirmar que en estos sectores populares se da una temprana inserción laboral. Dentro de este esquema, los varones tendrían más posibilidades de obtener empleos precarios que las mujeres. Por ende, ellos interrumpirían primero sus estudios.

Pero la hipótesis de la necesidad no es suficiente, máxime si dentro de nuestro grupo constatamos que hay muchos hogares monoparentales, donde la mujer juega las veces de sostén económico del hogar. Willis (1978), en un estudio realizado en Inglaterra a fines de los '70 demostró que el choque entre las pautas de identificación cultural del género masculino y los saberes "consagrados universales" de la escuela media, se retroalimentaban reforzando una cultura de obreros manuales, desinteresados por el trabajo y el progreso, conformes sólo con encontrar un trabajo, sostenerse y dedicarse en sus tiempos de ocio a deportes y a conquistar "hembras". Se rescata esta idea, dado que Willis lo plantea en términos parcialmente contradictorios. Las mujeres del grupo pudieron continuar con sus estudios, aunque a veces tuvieron que alternarlos con empleos de pocas horas. Si ambos géneros reconocen la importancia de la terminación de los estudios, las mujeres parecen poder seguirlos al pie de la letra. Aquí las variantes explicativas sugieren la presencia de un discurso socialmente legitimado ("la terminalidad educativa"), un contexto de necesidad económica que potenciaría la deserción escolar y el temprano ingreso al mundo laboral y un imaginario de género que legitima la práctica de deserción en el caso de los varones. Como todo discurso social, el discurso de género encubre sus condiciones de producción. Los condicionantes de necesidad son "encubiertos" por una suerte de "determinación" viril.

Asalariados del pasado cercano y "lejano"

Una de las particularidades del derrotero laboral de este grupo de asalariados precarios es que dentro de su trayectoria laboral tuvieron un evento laboral protegido. Esa experiencia pasada es relatada resaltando dos puntos esenciales:

- 1) Los eventos laborales fueron diversos según el caso, pero la categorización era más o menos similar y dicotómica: empleos

asalariados en negro, y en blanco o protegidos. Nominalmente, los últimos se distinguen de los primeros por los diversos beneficios sociales y hasta por una diferencia de ingresos. Interrogados sobre esto destacaron los beneficios sociales y la seguridad. Durante el Grupo Focal, se expresaron las ventajas en términos instrumentales: más dinero, menos gastos (por los beneficios), mejor cobertura. En un análisis más detallado, puede notarse que se busca, en realidad, pertenecer.

- 2) El segundo punto tiene que ver con una imagen patente del mundo laboral como una maquinaria impersonal.

“Claro, venían y era todo así, así, así. Era un relojito, digamos. Tenías un despertador, tenías que salir a esta hora, respetabas todos los horarios.” (Maxi).

Estos relatos dan cuenta de la relación totalmente impersonal del trabajo protegido, donde todo pareciera marcarse dentro de la rigidez de una maquinaria (reloj), pero compensada con una serie de premios y castigos (económicos y morales) al cumplimiento. La legalidad de lo acordado hace de la relación laboral una cuestión distante, estricta pero de respeto. Se interpela al empleado, no a la subjetividad, es decir a su posicionamiento en la estructura de la máquina, definida por uno de los entrevistados como el “relojito”.

El pasado reciente de estos jóvenes asalariados se entrelaza con el pasado de sus padres. En efecto, interrogados sobre qué es lo que consideran un empleo asalariado, una de las participantes del Grupo Focal afirmó *“que viene de los padres”*. La imagen del empleo protegido, unida a la incorporación plena y al ascenso social es asociada a los padres, es decir, al mundo que ellos no conocieron. El mundo de sus padres es visto como de ascenso social. En el Grupo Focal se recolectaron verbalizaciones como las siguientes:

“Sí, bastante. Por lo que vemos el de mi mamá. Antes valía más la plata.”

“Antes laburaba y te alcanzaba bien. Ahora te re quieren explotar por 6 pesos.”

“En la casa que se hicieron, en el autito Te rendía más que ahora la plata. Las cosas no valían tan caras como valen ahora.”

“Antes capaz que te trabajaba uno sólo y alcanzaba para todos. Ahora no da. En casa laburaba mi vieja sola y ni tenía para los viajes. La laburan todos, si no, no da.”

La razón fundamental que posibilitaba este ascenso, según nuestros entrevistados estaba depositada en el costo de vida y la

facilidad para conseguir trabajos. Ya lo dijeron. También resalta la idea de que los ingresos eran mayores y el nivel de explotación era menor. En suma un mundo de mejor calidad de vida y trabajo, con oportunidades de ascenso social.

Pero estas ideas de descenso del nivel de vida deben ser matizadas. Verbalizaciones tales como “*es casi lo mismo...*”, “*Lo mismo, luchándola*”, nos evocan una imagen en la que la “esencia” de ser pobres no se ha alterado significativamente. A fin de cuentas, tanto sus padres como ellos —ahora y en el pasado— estuvieron siempre en una situación de lucha constante para sobrevivir.

Su pasado cercano y “lejano” aparece marcado por la ruptura o continuidad con sus familias. Tanto por sus desmembramientos como su mundo laboral. En suma, perciben cierta continuidad en lo que refiere a que ellos siempre han sido sectores vulnerables que deben luchar para sobrevivir. Pero la imagen de su pasado reciente contrasta con el pasado “lejano” de sus padres, en que había mejor nivel de vida y posibilidades de ascenso social. Aun cuando este mundo les parece relativamente lejano a nuestros jóvenes asalariados precarios, ellos pudieron ver un destello de ese mundo a través de la integración en un empleo protegido. Los eventos laborales protegidos serán una marca indeleble, un punto de inflexión desde donde interpelarán el presente. Llega el momento de ver en qué áreas perciben el cambio.

Beneficios sociales

Durante las diferentes instancias de entrevistas, los sujetos relataron algunas de sus experiencias laborales. Los eventos laborales fueron diversos según el caso, pero la categorización era más o menos similar y dicotómica: empleos asalariados en negro, y en blanco o protegidos. Entre los empleos en blanco y los empleos en negro las situaciones varían, sobre todo en materia de ingresos. La diferencia no parece ser significativa, y esto se captó durante el Grupo Focal, en que la mayoría señaló que no había mucha diferencia en materia de ingresos. Pero pesan los beneficios sociales.

“De trabajar en blanco estuve mucho más tranquila, tenías una obra social, que de repente no era una obra social ¡uh! pero te cubría algún medicamento, podías tener internación y una serie de cosas más que tenías... una seguridad, digamos, ¿me entendés?” (Sonia).

Sonia, además de los beneficios, introduce la idea de una seguridad, una cobertura, en este caso en términos de salud. Nuevamente la idea de beneficios, a la que ahora se le suma la idea de seguridad. En un análisis más detallado, puede notarse que se busca, en realidad, pertenecer. El primer significativo que se asocia es el de seguridad. Pero hay más.

“Claro, cuando vos tenés un contrato tenés derecho a reclamar que no están cumpliendo con el servicio que ellos se comprometieron..., pero siendo que vos estás trabajando en negro, no hay nada escrito...” (Alejandra).

Alejandra incluye además la noción de derecho a reclamar. Quienes están en negro no parecen poder reclamar por aquello que les corresponde. Y ésa también sería una seguridad, pero además introduciría un sentido de justicia. Y además que esta “justicia” tiene un referente escrito. El trabajar en blanco brinda seguridad y supuesto trato justo. Y en términos subjetivos, “objetiva” el mérito.

“Entré a los 14 años, hasta los 18... tuve un problema con ellos por un problema de pago y por el tema de blanco (...) Dijo que no, que no, que no... nos pusimos a discutir, una cosa va, una cosa viene... y yo empecé con ella, a trabajar de nuevo en el 2002. En diciembre de 2002, ella me empezó a subir un poquito más el sueldo y me dijo que en blanco no. Pero el negocio se lo armé todo yo... todo, todo, todo yo.” (Lucas).

En este último relato puede darse cuenta de cómo Lucas plantea que al no estar en blanco, no sólo no accede a un mayor sueldo o beneficios sino que su trabajo no es reconocido. Parece como si el vínculo formal actuara como objetivación del reconocimiento al mérito. Ni siquiera la compensación monetaria parece suplir esto.

El estar en blanco es más un problema de identidad y de reconocimiento. Implica el beneficio de ser reconocido y por tanto, ser tratado justamente (los reclamos tienen lugar) y tener acceso a una cierta seguridad (obra social, etc). Los beneficios sociales entrañan tanto un sentido económico como un sentido de reconocimiento. Son reconocidos tanto como *homo fabers* (Gorz, 1997); es decir, como sujetos integrados y útiles a la sociedad del trabajo y como ciudadanos, con derecho a protección y petición.

Pero la integración a ese sistema de protección fue bastante breve. Sus trayectorias registran más eventos precarios. Como vimos, tampoco las de sus padres necesariamente reflejen esta integración. Retomaremos esto luego.

Protección del cuerpo y la salud

Una de las principales ventajas del trabajo en blanco, señalada en los relatos, es la obra social. La protección médica es reconocida como un gran beneficio. Aun así, vale la pena analizar la siguiente discusión entre dos participantes del Grupo Focal:

— Y no, porque tenés que estar cubierto. Si a vos te pasa algo te tienen que pagar. Si laborás ponele de fiambrero, y estás (en) el boliche y te cortás el dedo.

— Y bueno, si te cortaste.

— ¿Cómo te cortaste?

— Y bueno, por más que estés en blanco o en negro te va a pasar igual...

— Si, ¿y quién te lo...?

— Y es así. Hay gente que le tirás un tiro en la cabeza y capaz que no se muere. Y bueno, es así...

— Si, pero acá te lo pagan, que te pase. Porque si vos estás trabajando y ocurre algún accidente... el seguro te lo paga. Y también que si tenés un accidente camino a tu casa te lo pagan, siempre tenés una hora, hora y media... Si vos estás trabajando en negro y se te cae un estante de mercadería no te lo paga nadie. Te la tenés que arreglar vos.

— Y, te la arreglá.

— Lo que te quería decir es que te cortás el dedo bailando, bueno. Pero si estás trabajando en negro, quién te lo va pagar ¿el dueño?

— Igual le podés hacer un juicio terrible y lo matás...

— Sí, andale a hacer juicio si sos..., si estás en negro... vos le podés hacer juicio, se lo ganás pero si te rompés un brazo, algo... eso no te lo arregla nadie. ¿Pero mientras dura el juicio vos que hacés?"

Uno defiende la idea de que si bien el accidente es fortuito, el estar en blanco provee cobertura. Su interlocutor defiende la idea de que no se previene el accidente por estar protegido. Ambos expresan dos lógicas contrapuestas. Los accidentes laborales pueden ocurrir pero la protección es un elemento importante. Debemos entonces preguntarnos qué se oculta detrás de este debate. Uno aboga por la posición de pertenencia inclusiva. Es decir, la garantía de la existencia de un marco institucional que proteja al trabajador cuando éste sufre un accidente. Su respuesta es de reclamo y protesta ante el desamparo que supone el ser asalariado precario. El otro expresa la respuesta de adaptación cultural, de apelar al imaginario masculino ("*Te la arreglás*"). Frente al desamparo institucional, es su posición de hombre que se aguanta la adversidad lo que resalta su hombría. El cuerpo es en ambos casos el eje del debate, y los riesgos laborales indican dos posiciones que en verdad no serían tan

contrapuestas. El trabajador debe escoger maneras de enfrentar el accidente, y el adversario es el dueño. Para uno, la victoria en esta lucha pasa por tener un marco regulatorio que lo contenga. Para otro, es la posibilidad de la revancha mediante un juicio, pero esa acción también supone un marco regulatorio.

Dos tipos de identidades se ponen en juego en este debate. Una es la de integración funcional. Reconocimiento de un marco jurídico formal abstracto. La otra es la del sujeto contingente, cuya integración es informal. En ambos, lo que se trasluce son dos estrategias de integración social: la puja por la integración plena mediante el reconocimiento de derechos; la otra por vía del reclamo situacional que renuncia a la integración funcional.

Las percepciones sobre el cuerpo cambian y denotan la siguiente diferencia: en la relación en un empleo protegido, el cuerpo es un activo expuesto al riesgo y dicho riesgo debe ser enfrentado por el dueño del local. En la relación en negro, el riesgo es personalizado, se pone el eje en la actitud que cada uno tendrá frente a él. Se lo enfrenta como hombre y se reclama como hombre, pero no como sujeto portador de derechos.

Pero además hay un elemento interpelado que es la lógica de necesidad. Quien defiende la lógica de integración señala el riesgo que implica la otra opción. Aún cuando el juicio pueda ganarse, el tiempo entre la demanda y la resolución no es tolerable bajo una lógica de necesidad de ingresos del día a día. No es pensable para estos sectores una paralización de las actividades laborales sin cobertura alguna. Subrepticamente esta verbalización resalta la retroalimentación entre la vulnerabilidad laboral y sus condiciones socio-estructurales.

Queda una última observación sobre este punto. Cuando se hablaba sobre los accidentes laborales, se dio muestra de un notable conocimiento de la legislación laboral al describir el derecho del trabajador cuando le ocurre un accidente *in itinere*. Esto es un ejemplo de que hasta qué punto la experiencia en trabajo protegido marcó las percepciones de los sujetos. Un enfoque nos indica que estos jóvenes están débilmente vinculados a la idea de una práctica ciudadana., pero no totalmente excluidos de ella. Desde una noción de la ciudadanía como práctica (Turner, citado por Kessler, 1996), ésta entraña dos dimensiones: la titularidad (la existencia legal de esos derechos) y la provisión (referida al acceso real a los beneficios). Las percepciones y las propias experiencias de estos jóvenes los acercan a la titularidad, pero su posicionamiento los

aleja de la provisión. La titularidad está imbricada en sus experiencias pasadas.

Jefes y compañeros

Un aspecto sobresaliente de la relación laboral es la interacción cotidiana en el entorno laboral. Aquí la relación con pares y jefes adquiere nuevas modalidades. En la relación con el jefe, los casos se definen como recursos prescindibles, dado que al estar en negro pueden ser despedidos sin indemnización, “*te pueden echar cuando ellos quieren*”, como sostiene Alejandra.

Un aspecto sobresaliente en los relatos es la forma en que los empleados describen sus relaciones con sus compañeros de trabajo, si los tienen. Éstas son percibidas como amigables, de ayuda mutua. Pero la relación con los jefes remite en parte al conflicto. En cierto sentido, se da una personalización del empleador, reforzada por la cercanía física. La relación potencialmente conflictiva entre capital y trabajo se encarna en las figuras del patrón y el empleado. Dentro del trabajo protegido, se diluye al volverse esta parte una maquinaria abstracta e impersonal en donde ambos, jefe y empleado, están inmersos. Dentro de una relación en negro, en pequeñas unidades económicas, la relación se personaliza.

El proceso se vuelve bastante contradictorio. Algunos llegan a alabar a sus patrones, como Adrián, a pesar de que le reproche que le quiten sus francos. Otros los repudian abiertamente, recargándolos de características negativas, algunas atribuidas a su mera condición de empleador y otras atribuidas a otros rasgos, como por ejemplo, su condición de extranjeros.

“Sí... Es lo mejor que hay. No, no fuera de joda. Está buenísimo porque es un gran chabón. Corte que no es grande el chabón, tendrá 35 años y él sale a bailar con nosotros y anda con cada pendeja el chabón (...) Es mi ídolo. Se les pone hablar, las chamuya... Es mi ídolo, el chabón. No puede estar con las minas que está. Pero bueno, es así. Y está bueno, porque me trata como... Me manda hacer cosas y no me trata como patrón ‘Anda pa’allá’ Te decís ‘por favor andá...’ ‘Fijate como está aquello’ y no te das cuenta que es tu patrón, hacés de cuenta que es un empleado o que es tu amigo. Eso es lo que tiene de bueno. El chabón hace eso, corte para alentarte. Eso es lo que tiene de bueno, te anima.” (Adrián).

“No, son de China no sé de dónde son... Hablo con una china que habla castellano. Más o meno la entiendo. No, es más forra que el otro. Te man-

donea porque se cree que habla castellano es más. Pero se junta con los otros y hablan. ‘Wa cho ninn’ y no le entendés (...) Son re explotadores esos chabones. A veces te quedás quieto y te empiezan a gritar y no entendés nada...” (Bruno).

Las relaciones diarias y la interacción con jefes y compañeros es entonces descripta en términos de una cierta personalización en lo que respecta al ámbito laboral inmediato del pequeño comercio.

Piore, siguiendo a Temin (1969), propone que las pautas de conducta en una situación de contratación se ajustan a los diferentes mercados por él propuestos⁵. En el mercado primario superior, éstas son instrumentales. El trabajador es una parte de una maquinaria, un instrumento, cuyo marco de relación está dado por sus funciones. En el mercado primario inferior, son consuetudinarias. Se ciñen a determinadas pautas debido a su utilidad intrínseca pero en realidad, éstas sin más fuerza de la costumbre que la consideración instrumental. Éste sería el caso que conocieron nuestros entrevistados. Existe allí una relación laboral impersonal, pero muchas veces teñida por la costumbre consuetudinaria. En el mercado secundario, las pautas son autoritarias, pues los trabajadores están desamparados. Matizaremos un poco más esta afirmación. Son autoritarias en tanto que no están sujetas a ningún marco regulatorio formal, pero también son personalizadas. Es decir que primero pierden todo componente de regularidad y formalidad y se ajustan a las variantes subjetivas planteadas por la interacción diaria. Esto puede dar lugar a un perfil autoritario, pero éste es sólo uno de los posibles resultados. Esto se marca muy claramente en los relatos acerca de las relaciones con sus jefes. Del relojito que describe Maxi a la adoración de Adrián o la xenofobia de Bruno.

Mirando hacia el futuro

¿Cómo ven las perspectivas de futuro estos jóvenes asalariados precarios? ¿Cuáles son sus perspectivas laborales? ¿Y cuáles son

5 Piore (1989) distinguiría tres tipos de mercados de trabajo. El primario superior: formado por puestos de alta calificación, con posibilidades de ascenso y status, con sindicatos poderosos y relaciones protegidas. El primario inferior: con empleos poco o medianamente productivos, sin muchas posibilidades de movilidad ascendente pero dotados de cierta estabilidad, y finalmente el secundario totalmente informal: sin pautas de contratación fijas, inestable y con empleos de muy poca productividad y con tecnologías mayormente manuales.

las familiares? Responder estos interrogantes implica, por cierto, dos dimensiones: la percepción global del escenario socioeconómico del país y la aplicación de estrategias concretas que supongan el aprovechamiento de escenarios favorables u oportunidades concretas y la creación de estas condiciones favorables.

La primera dimensión puede ser tachada de poco específica, e inclusive de irrelevante en una investigación de este tipo. Pero emergió casi espontáneamente de los relatos de los entrevistados. La percepción es el que el país está saliendo adelante, que la política gubernamental a nivel nacional es buena, y como suele ser común en un imaginario colectivo desarrollista, la presencia de obras en construcción supone un progreso. La evaluación del escenario global es entonces, al menos, optimista.

Al interpretar la segunda dimensión, nos encontramos con que muchos construyen esta estrategia al imaginar su trabajo ideal o las condiciones ideales de trabajo y la factibilidad de conseguirlo. Las distintas verbalizaciones del Grupo Focal tienen contenidos diversos:

“Ser independiente.”

“No, lo mejor es tener a cargo tuyo. Los tenés cortitos (...) No, me gustaría tratar de que me dieran lo mejor. (Sino) Los rajo como me hacen a mí.”

“En una oficina... (*¿haciendo qué?*) Cualquier cosa. Trabajando... nada.”

“Nada en un escritorio y trabajar. Y ganar bien.”

“El trabajo ideal, en la metalurgia sería... (...) Con el blanco tengo beneficios, obra social... no voy al hospital... Aguinaldo, que es otro sueldo.”

Tomemos estas verbalizaciones y veamos los distintos imaginarios que suponen. Sus percepciones registran, entonces, tres imágenes muy claras.

Primero, los mecanismos de ascenso en la escala laboral y el imaginario del trabajo por cuenta propia como ascenso social. La posibilidad de la pirámide jerárquica, del “empezar de abajo” e ir ascendiendo dentro de la empresa o ese ideal autónomo, imagen propia de la clase media (aunque no se pertenezca). Ser independiente y no tener jefes.

Segundo, la idea de un núcleo productivo y dinámico asociado a los trabajos de análisis abstracto intensivo. Lo que Reich (1991) llama Analistas Simbólicos, son el eje dinámico de la nueva economía. La percepción de este núcleo es lo que guía a quienes no

parecen entender muy bien qué se hace en “esas oficinas” pero tienen en claro que allí está el principal eje de valorización de la economía. Y además esto se cruza con la utilización del cuerpo como “indicador” de esta distancia. Los trajes, las corbatas, los escritorios con computadoras, son objetivaciones de una distancia social y económica que, a su vez, articula las diferencias.

Finalmente, la integración social y de status que implica la realización de la vocación a través del empleo protegido. Estos tres puntos y las imágenes en general suponen re-integrarse a empleos protegidos o integrarse a los sectores más dinámicos, sea como autónomos o en empleos, por descontento protegidos, mejor remunerados. Detrás de estas proyecciones se oculta el deseo de re-ingresar al mundo formal o pseudo formal al cual alguna vez pertenecieron.

Dijimos que querían volver a ese mundo formal. ¿Han iniciado algún tipo de estrategias para lograrlo? En general, y en la medida que sus condiciones laborales les dan tiempo necesario, éstas están presentes y son encaradas mediante el manejo o la construcción de redes sociales. Conocidos o antiguos compañeros pueden oficiar de “puerta” para que se logre el acceso a esos empleos. Estos empleos además pueden tener un atractivo que es el hecho de estar protegidos. Son salarios elevados para ellos, más algunos beneficios sociales. Por lo tanto, no se trata sólo de la mejora del monto percibido, sino también de la inclusión que significa un empleo protegido. Cuando fueron interrogados sobre la posibilidad de conseguir éstos u otros empleos mejores pagos y protegidos, los más pesimistas arriesgaron la posibilidad de que tardará un año. Esto quiere decir que el acceso es percibido como cercano, y que su horizonte de posibilidad no es ambicioso en cuanto salario o capacidad de hacer carrera. Lo que piden es la inclusión en un empleo protegido, generalmente de baja o media productividad, no demasiado calificado. Esto puede chocar con lo expresado en cuanto a empleo ideal, pero debe recordarse que la primera se trata de una proyección ideal, mientras que ésta está atada a consideraciones más empíricas.

“Yo espero volver a lo mío que es la metalúrgica. Llamo a mis ex compañeros... y les digo que para cualquier cosa cuenten conmigo (...). Y claro, ellos me conocen... y saben que pueden contar conmigo, ya trabajé con ellos... y bueno, esperando.” (Raúl).

“Yo estoy esperando una oportunidad en un frigorífico. Mi hermano está allí, y me dijo que hay un tipo que trabaja allí, que trabaja y trabaja mal

y está esperando a que lo echen para llamarme a mí. Es buena plata. (...) Porque yo acá estoy ganando 400, y en el frigorífico donde puedo entrar, ganaría unos 1.200” (Daniel).

“Yo estoy esperando a cumplir 21, para entrar en la empresa de colectivos. Porque tengo un conocido. Así capaz que... (...) En sí me gusta manejar, y me gusta la idea de andar en colectivo. Y la plata es buena... Y turnos rotativos. (...) Porque yo estaría cobrando 1.200 por mes más la obra social, aguinaldo, vacaciones... mucho mejor. Aparte lo que me gusta no es el dinero sólo...” (Maxi).

Estas imágenes reeditan las tramas de funcionamiento de la sociedad salarial en la Argentina de décadas atrás. Elegir una vocación, aspirar a la integración social que implica el trabajo protegido. La experiencia de una formación societal históricamente determinada como fue la sociedad salarial en Occidente, y en Argentina en donde se otorgaron importantes derechos sociales y económicos, pero muy débiles derechos políticos en el marco de un Estado corporativo. Dicha experiencia propone a los sujetos alternativas de integración, como una especie de hoja de ruta que se almacena en los depósitos sociales de sentido. Una representación social, un esquema ideativo que toma la forma de una serie de rutas de ascenso, descenso y estabilización social que permiten al sujeto integrado a la formación social conocer las alternativas del funcionamiento societal, aun cuando en sus propias prácticas no puedan utilizarlas y mejorar su posicionamiento en el campo social. Estas alternativas son las que se muestran en estos discursos, en estas verbalizaciones de los integrantes del segmento.

Algunas observaciones de lo expuesto

Llegado este punto nos permitimos retomar las aproximaciones que pretenden servir de guía para la comprensión de los interrogantes particulares de este segmento. Estas hipótesis no fueron planteadas al inicio, dado que preferimos que, de algún modo, lo que emergiera de los relatos de nuestros protagonistas nos permitiera apreciar con más detalle los alcances de las mismas.

Habíamos mencionado un primer interrogante referido a las posiciones que ocupan estos jóvenes en los sectores informales de la economía. Respecto a su posicionamiento, podemos decir que estos jóvenes describen un panorama de precariedad muy teñido por la

añoranza. El análisis de sus condiciones objetivas de existencia señala un doble proceso de segregación territorial y estrategias de supervivencia.

La segmentación territorial se manifiesta tanto en el proceso de transformación del barrio como en sus niveles de ingreso. Todos los integrantes de este segmento han conseguido sus actuales empleos mediante el apoyo de las redes sociales del barrio, formadas por parientes, vecinos y amigos. Inclusive sus estrategias de ascenso se apoyan en ellas. Pero descartando estas últimas, para la mayoría de los casos las redes actúan como paliativo. Ofrecen alternativas de inserción precaria. Y esto no sólo se desprende de la ubicación de sus escenarios laborales (dentro o cerca del barrio, en muchos casos), sino también de diferentes verbalizaciones que reproducen un esquema de centro-periferia, en donde ellos están lejos geográfica y simbólicamente. Lejos de Capital y Zona Norte, *“donde está la gaita”*, según sus propias palabras.

El hecho de que se agraven segmentaciones espaciales y territoriales es un rasgo del desarrollo de los últimos años en la Argentina, en donde diversas zonas de la periferia metropolitana se hallan virtualmente excluidas por ausencia o encarecimiento de los medios de transporte. Ya habíamos mencionado que según Gravano (2005), la existencia misma del término barrio denota la existencia de una segregación territorial. Hay necesariamente un espacio de centro y periferia, donde la periferia es una urbanización de clase obrera o de marginalidad urbana. Pueden y deben mencionarse datos importantes como que el nivel de las remuneraciones que obtienen estos jóvenes restringe fuertemente sus posibilidades de movilidad, que las condiciones laborales tampoco les dan mucho tiempo o recursos.

El proceso además se complementa con las estrategias de supervivencia. Así, las estrategias y recursos que emplean para conseguir empleos les permiten evitar un descenso social aún mayor, pero a su vez promueven el estancamiento. Lomnitz (1975) señalaba esto ya tempranamente al poner el énfasis en el potencial de desarrollo de las redes de parentesco y proximidad en el México de los '70. Lomnitz marcaba la diferencia entre supervivencia –que es la búsqueda de bienes y servicios para lograr una subsistencia en condiciones de marginalidad– y la sobrevivencia –que abarca las condiciones societales que los individuos generan para la reproducción–. Esta reproducción puede llegar a ser ampliada. Allí las

redes, en la medida que son vínculos de reciprocidad, pueden dar lugar a recursos que permitan estrategias ascendentes. Desde una óptica más neoliberal, Katzman (1999) sostiene la importancia de que las políticas de asistencia social se dirijan a fortalecer estas redes. Precisamente Katzman distingue entre estrategias de mantenimiento y estrategias de promoción, y señala la importancia de convertir estas redes en activos, esto es recursos movilizables para la acción de ascenso. La contradicción es clara. Mientras que estas redes les son vitales para seguir subsistiendo, es decir los insertan laboralmente, les dan un soporte barrial y familiar, son al mismo tiempo la condición de su segmentación.

Volviendo al barrio, Gravano (2005), siguiendo a Bertrand, distingue entre barrio espacial (un espacio vago falto de límites), barrio sociológico (un espacio donde se percibe familiaridad y seguridad a la vez que se disputan los consumos públicos) y el barrio vivido (que es el espacio apropiado). El barrio de las redes sociales reúne estas tres condiciones en la medida que construye una solidaridad reactiva, donde prevalece el uso de las redes de vecindad como estrategias de supervivencia, pero como barrio vivido les confiere una percepción de que son “como estrategias”. Su posicionamiento tiene que ver con esta doble espiral, con redes barriales y familiares que los contienen pero que los alejan de posibilidades de ascenso. Pero esto no se debe al funcionamiento intrínseco de las redes, sino a los condicionamientos estructurales que los rodean. Sería posible hablar de una lógica de la necesidad que implica un tiempo prematuro e inmediato, una inserción precaria de mera supervivencia y la falta de recursos económicos y simbólicos para estrategias de promoción, a los que se les suma un escenario poco favorable. Pero, como afirmamos en la introducción, esto no es suficiente. Este diagnóstico estructural choca con sus percepciones.

Al principio de nuestro trabajo ya arriesgábamos la segunda hipótesis al decir que las estrategias y las visiones del mercado laboral estaban influenciadas por una imagen societal desaparecida pero presente para ellos. Es la experiencia de la sociedad salarial en la Argentina. La segunda hipótesis es entonces una forma de precisar su funcionamiento. Sostenemos que la imagen societal funciona como un conjunto de reglas e ideas sobre cómo funciona el mundo social en general y el mercado de trabajo en particularidad. Por un lado se trata de horizontes de posibilidades y por el

otro de hojas de ruta posibles para llegar a mejores posiciones en el campo social. Para esto debemos hacer un alto y volvernos sobre dos aspectos de la teoría de Pierre Bourdieu: el *habitus* y la *doxa*. La idea de *habitus* puede condensarse en un sistema de percepción abierta y amplia donde la contingencia en la propia experiencia personal juega su rol así como las condiciones del campo. El aporte fundamental de Bourdieu es que este sistema está construido en base a la experiencia de clase. El crecer y desarrollarse en una clase determinada “predispone” a concebir el mundo de una manera específica, a enfrentar las situaciones de la vida diaria de una determinada forma.

Esta visión de *praxis* del *habitus* es de suma utilidad para nosotros. Las estrategias que conllevan los asalariados precarios para poder insertarse mejor en la estructura sociocupacional y abandonar su situación de precariedad chocan con una lógica de necesidad que los hace profundizar su condición de segmentación⁶. Ahora bien, resta una pregunta crucial ¿es concebible el *habitus* más allá de las situaciones específicas y generales donde se pone a actuar?

Aquí es donde entra el concepto de *doxa*. Bourdieu presenta dos concepciones de *doxa* (Myles, 2004). La primera, en sus trabajos de Kabylia, refiere a los supuestos indiscutidos que son garantía para las condiciones de la acción práctica⁷. Influye en la experiencia, apareciendo como una actitud natural de los grupos dominados, los cuales no reconocen que ésta es producto de la arbitrariedad social. Pero la *doxa* es además un sentido práctico (*sens pratique*), pero expuesta en la forma de un “sentido de los límites”, los cuales dependen mucho del *hábitus* particular y las condiciones del campo. Como la *doxa* husserliana, está *antes* de las percepciones, o sería la base del sistema de percepciones que es el *hábitus*. La contribución fundamental de Bourdieu es que esta *doxa* no emerge de algún lugar oscuro de la experiencia o la intuición, sino que como el *hábitus* es historia incorporada, y se relaciona con las condiciones sociales de existencia.

6 Hay, en este sentido, una *praxis* transformadora, lo que quizás no está presente en la sociología bourdeana es una evaluación de descenso o ascenso asociada a la *praxis* en sí. Pero está presente en su teoría de las clases sociales.

7 La segunda, tiene un uso epistemológico ya que apunta a la evaluación de la reflexividad de los cientistas sociales en términos de su entendimiento de la “distancia” que se supone que deben tomar de la vida diaria. Nos preocupa más la primera.

Esta interpretación de la *doxa* es de gran valor para nuestro proyecto, por cuanto presupone una no necesaria correspondencia con la experiencia, por su carácter de indiscutida. Una de las hipótesis fundamentales de nuestro diseño es que los esquemas ideativos de la experiencia histórica de la sociedad salarial argentina se nos aparecen como *doxa* para los jóvenes asalariados precarios.

Así, formulamos como segunda hipótesis, que su percepción del funcionamiento del mercado de trabajo va mucho más allá de una coincidencia en el modelo de anillos o el de mercados segmentados de Piore. Es la historia incorporada, la experiencia socio-histórica de la sociedad salarial argentina. Ni por su juventud, ni por las trayectorias socio-laborales propias, ni por la de la mayoría de sus padres, estos asalariados conocieron esa sociedad salarial. ¿Cuál es entonces el origen de esta *doxa*? La respuesta estaría inicialmente en los depósitos sociales de sentido, pero aún quedan zonas grises de esta comprensión.

Conclusión

Si Karl Marx (2004) empezaba el Manifiesto Comunista señalando que “un fantasma recorre Europa: el fantasma del comunismo”, aquí podemos parafrasearlo de la siguiente manera: “Un fantasma recorre las percepciones de nuestros jóvenes asalariados precarios. El fantasma de la Sociedad Salarial”.

La descripción de sus condiciones de vida y trabajo nos acerca a la noción de supervivencia y estrategias de mantenimiento. La segregación barrial, combinada con las condiciones laborales precarias, toma el efecto de un círculo vicioso en donde sus propias estrategias de sobrevivencia son las que impiden su promoción. Aun así, sus percepciones los hacen ubicarse en estrategias de promoción. Esta “disonancia” debe ser analizada desde dos ángulos diferentes.

Retomando a Gravano y a Portes, es importante señalar que en su posicionamiento, estos jóvenes se ven envueltos en esta doble espiral de segregación territorial y precariedad laboral, pero donde el primer término estaría más atenuado ya que las redes barriales no se limitan sólo a la contención. En el pasado fueron quienes les permitieron acceder a empleos protegidos. Su posicionamiento tiene que ver con esta doble espiral, pero no hay que olvidar que el

mismo término barrio implica segregación centro-periferia, y que sus capitales sociales les permiten posicionarse más cerca de estrategias de promoción que otros grupos descritos en este libro. Su posicionamiento es de segregación socio-territorial y precariedad laboral, pero no tan hondas como cabría esperar.

Pero cuando se estudian sus trayectorias, otro ángulo nos sugiere la oposición entre posición, teñida por el *habitus* y su percepción muy influida por una *doxa* histórica de la sociedad salarial. Esto es muy claro en el apartado de cuerpo y en el de futuro. En ambos, la consideración más acorde con su posición “choca” contra una percepción de integración sistémica que juega las veces de memoria histórica. Y algo similar ocurre con la distancia entre titularidad y provisión con respecto a sus derechos. Mientras la titularidad también juega de memoria histórica y sentido de los límites, la provisión efectiva de estos derechos nos lleva a indagarnos sobre su posición efectiva en la estructura social y cuánto influyen la precariedad laboral y la segregación barrial en esta distancia. Si la *doxa* tiene mucho que ver con el sentido de los límites, cabe preguntarse hasta dónde la verbalización desde la titularidad se convierte en un discurso que refuerza o por lo menos, “naturaliza” su falta de provisión.

Esto nos sugiere un nuevo interrogante. Jóvenes asalariados precarios, ¿jóvenes ciudadanos? Una aproximación desde la ciudadanía implica tanto un planteo epistemológico como político. Epistemológico ya que parte de estudiar hasta dónde la añoranza de la sociedad salarial y la firme representación de sus cadenas de movilidad ascendente evoca también la deprivación ciudadana que acompaña a la vulnerabilidad socio-económica. Además, dado que su experiencia vital no los ha conectado directamente con esta formación societal histórica, debemos plantearnos si podemos forzar el concepto de ciudadanía por intermediación (Kessler, 1996) en la forma de una memoria histórica. Pero también pone sobre el tapete la necesidad de la construcción de un nuevo paradigma que interpele la idea de ciudadanía social universal (Minujin y Cossentino, 1994) para todos los habitantes de un país más allá de su condición laboral. Esta nueva aproximación ya se ha sugerido en este artículo mediante las confrontaciones de los propios sujetos sobre la lógica de integración funcional y la de contingencia. Cuánto de la idea de igualdad ciudadana, más allá de la condición socio-histórica, cuánto de la distancia entre la titularidad y la provisión

falta recorrer por el Estado y otros actores, y cuánto de la imagen ideativa de la sociedad salarial sería propicio u obstaculizante en las concepciones de estos jóvenes asalariados precarios, son sólo algunos interrogantes que despierta el estudio de sus trayectorias socio-laborales y las representaciones de sus condiciones de vida y trabajo.

III TERCERA SECCIÓN

REPRODUCIENDO LA
MARGINALIDAD A TRAVÉS DE
ESTRATEGIAS DE ORGANIZACIÓN
Y MOVILIZACIÓN SOCIAL

IX.

EMPRESAS RECUPERADAS:

CONDICIONES DE EXISTENCIA MATERIALES Y SIMBÓLICAS DE SUS TRABAJADORES Y TENDENCIAS POSIBLES

*Laura Saavedra, Eduardo Fernández Maldonado,
Rodolfo Herrán y Diego Quartulli*

Introducción

A partir de los cambios económicos, sociales, políticos e institucionales acontecidos en la Argentina durante los últimos 30 años aparecen en escena, con cierta gravitación en los tiempos actuales, diferentes modalidades ocupacionales. Este universo heterogéneo de actividades, a veces novedosas y otras no tanto, emerge a través de las prácticas desarrolladas por importantes segmentos de la población cuando deben afrontar problemas laborales y de “desafiliación social” (Castel, 1998). En el marco de estas nuevas modalidades económico-ocupacionales, nuestro interés se centra en examinar tanto las prácticas/estrategias que ponen en juego los trabajadores de empresas recuperadas, como las representaciones y percepciones que orientan el accionar de estos sujetos.

En base a los intereses que guían la observación y análisis de este fenómeno, buscamos indagar centralmente: ¿Cuáles son las percepciones y representaciones que orientan a estos trabajadores a la hora de recuperar una empresa? ¿Qué cambios se generan en las subjetividades de estos trabajadores, en la situación laboral actual? ¿Qué significados le otorgan a estas prácticas autogestivas? ¿En qué condiciones y cómo se insertan estas prácticas en el mercado? ¿Qué tipo de capacidad de transformación conllevan estas acciones autogestivas y cooperativas?

En especial nos proponemos revisar, ampliar y redefinir el campo de observación e interpretación de este fenómeno, tomando como eje de análisis central la dimensión temporal expresada en los

siguientes interrogantes: ¿De dónde vienen?, ¿Dónde se encuentran ahora? Y ¿Hacia dónde es factible que vayan?

Nuestros intereses e interrogantes buscan dar respuesta a las hipótesis en juego en este trabajo. En este sentido, consideramos que si bien estas prácticas colectivas y autogestivas son muy valiosas y útiles para mejorar las condiciones de existencia y reproducción de estos trabajadores, constituyen formas marginales de lucha para la existencia social. También, consideramos que la mayoría de estas prácticas colectivas, cooperativas y autogestivas, se orientan y constituyen principalmente por una lógica instrumental, la lógica de la subsistencia, más que por una lógica política o valorativa que golpea, de alguna manera, el poder económico y político de la clase capitalista (Picchetti, 2002) o abre un nuevo ciclo de lucha social que cuestiona en alguna medida los marcos regulatorios del sistema capitalista (Rebón, 2005).

Asimismo, un aporte novedoso de este trabajo es la respuesta a los significados y valoraciones que tienen los trabajadores de empresas recuperadas en torno a su trabajo actual. Ya que en el marco de nuestras hipótesis poníamos en cuestión la valoración positiva del trabajo autogestivo, colectivo y cooperativo que presenta la literatura existente en la materia (Petras y Veltemeyer, 2002; Picchetti, 2002; Rebón, 2005).

En este trabajo buscamos visualizar ciertas encrucijadas en las prácticas e identidades que viven los trabajadores de las empresas recuperadas, a partir del abordaje de sus trayectorias. En este sentido, vale la pena resaltar que al no existir, de manera predominante, desigualdades estructurales que permitan prever y direccionar los movimientos de las personas en la estructura social a partir del conocimiento de ciertas características, sino que, existen desigualdades mucho más heterogéneas y dinámicas difíciles de estimar con algún rigor, resulta crucial en estos tiempos describir las trayectorias individuales (Rosanvallon, 2004).

Asimismo, el abordaje de las trayectorias de los trabajadores de las empresas recuperadas nos parece crucial, dado que según Salvia y Chávez (2002) las trayectorias laborales constituyen la forma a partir de la cual se representan los fenómenos de movilidad sociolaboral a través del tiempo, y los efectos que tales procesos generan sobre las relaciones laborales y las condiciones de vida individuales. La premisa subyacente es que los eventos de vida del presente se explican por los cursos de consecuencias generados

por acontecimientos anteriores, en un contexto de oportunidades socialmente estructurado, a la vez que abierto a las preferencias y opciones adoptadas a nivel individual.

Las mismas se abordan a partir de estudios de casos en tanto medio para obtener información en profundidad sobre pequeñas unidades sociales y eventos particulares, para luego poder construir –a partir de los significados rescatados y reinterpretados– proposiciones significativas en torno a los modos de supervivencia y de reproducción de los trabajadores de las empresas recuperadas.

El trabajo de campo se llevó a cabo en el Área Metropolitana del Gran Buenos Aires buscando recoger –sin pretensiones de ser exhaustivo– una trama compleja de relaciones y manifestaciones sociales a partir de ciertas prácticas, percepciones, motivaciones, expectativas que se pueden entrever a partir de las conversaciones entabladas con un grupo de trabajadores de empresas recuperadas.

La indagación se apoyó en el desarrollo de 10 entrevistas en torno a cuatro empresas recuperadas (Cooperativa de Salud Medrano, Cooperativa Artes Gráfica el Sol, Cooperativa 19 de Diciembre y Cooperativa Educativa Colegio Laura y Henry Fishbach) así como también en la realización de un Grupo Focal en donde participaron trabajadores de las respectivas empresas y de la Cooperativa de la ex Bruckman.

En el desarrollo y análisis de las entrevistas y del Grupo Focal buscamos conciliar información sobre variables estructurales y elementos subjetivos, explorando los relatos subjetivos de estos trabajadores y examinando la experiencia personal en tanto argumentos de verdad.

Posicionamientos teóricos

El trabajo, a partir de la consolidación del estatuto asalariado como pilar de la identidad social, ha ocupado un lugar medular en el proceso de conformación de las condiciones de existencia materiales y simbólicas de los sujetos y para la integración social, ya que los sujetos definían su lugar en la sociedad a partir de la posición ocupada en la estructura productiva (Castel, 1998).

A partir de ello, buscamos aportar al análisis de los cambios en el mundo laboral mediante el estudio de las estrategias de super-

vivencia de los trabajadores de empresas recuperadas, haciendo hincapié en los procesos de reconfiguración de los lazos en áreas concretas de interacción, como el trabajo y la participación en el mercado, es decir, las relaciones mercantiles.

Cabe aclarar que en el estudio de las estrategias de supervivencia nos encontramos, en general, con un análisis de las formas en que los sujetos comparten sus recursos y capacidades para resolver sus problemas básicos.

Ahora bien, para pasar al terreno de la explicación es necesario conectar, como propone Bianco (1996), la diversidad de experiencias relacionales con las posiciones estructurales de los sujetos. Señalamos ello porque consideramos, al igual que Murmis y Feldman (2002), que los análisis que toman en cuenta las posiciones de los sujetos, su situación ocupacional y su acceso a bienes y recursos se ven complementados por el conjunto de relaciones que los sujetos establecen.

Por ello, nuestro análisis de las trayectorias ocupacionales combina información sobre posiciones o atributos y diversos lazos sociales, es decir que conciliamos variables estructurales y elementos subjetivos.

Por otra parte, siguiendo a algunos autores, coincidimos con que las estructuras sociales y la interpretación que los agentes hacen de esas estructuras son dos momentos inescindibles del análisis y de la realidad (Bourdieu, 1988; Vasilachis, 2001). Aun cuando pueda plantearse una prioridad epistemológica –como afirma Bourdieu– en la que deben colocarse en un primer momento las estructuras objetivas y en segundo lugar la experiencia de los sujetos, sus representaciones y percepciones de la realidad, la realidad es indudablemente dual: material y simbólica.

Las estructuras objetivas son el fundamento de las representaciones subjetivas –emergen de y se vinculan a posiciones en la estructura social– y moldean las interacciones. Por eso las representaciones deben ser consideradas para dar cuenta de las luchas diarias, individuales o colectivas, que tienden a transformar o conservar las estructuras históricas –de lo que se desprende que no son solamente portadoras de determinaciones sociales (Bourdieu, 1988). De ahí que “los sistemas simbólicos no son meros instrumentos de conocimiento, también son instrumentos de dominación” (Bourdieu, 1988), es decir, que cumplen funciones eminentemente políticas (Longo, 2004).

Teniendo en cuenta estas perspectivas teóricas nos resulta importante abordar también, en torno a las experiencias de los trabajadores de empresas recuperadas, cuáles son sus percepciones y representaciones, si queremos aportar a la discusión del papel que juegan estas prácticas asociativas y hacia adónde van.

Al respecto, también se enfocan en línea con las percepciones y representaciones de estos sujetos, los cambios en la identidad que generan estas prácticas autogestivas. Y para ello seguimos la conceptualización que realiza Arfuch (2002) y que entiende a la identidad en tanto “rasgo distintivo (...), su afirmación constitutiva en tanto diferencias.” “La identidad sería entonces no un conjunto de cualidades predeterminadas –Raza, Color, Sexo, Cultura, Nacionalidad, etc.–, sino una construcción nunca acabada, abierta a la temporalidad, la contingencia, una posicionalidad relacional sólo temporariamente fijada en el juego de las diferencias.” (Arfuch, 2002).

Esta visión sobre la identidad, que apela a una imagen de cierta historicidad, es la que nos permite pensar el juego de la re-configuración de las identidades de los trabajadores de las empresas recuperadas a lo largo del tiempo como una serie de posicionamientos contingentes en relación con otras identidades.

Por último, para indagar acerca de los cambios sociales que generan estas prácticas cooperativas, al igual que otras “nuevas” formas de organización económica y social de los sectores populares, nos paramos en las claves teóricas que señalan que estas expresiones parecen estar más asociadas a formas clásicas de informalidad o a nuevos procesos de marginación que a una nueva matriz de organización económica, social o política (Murmis y Feldman, 2002; Salvia, 2004 y 2005). Asimismo, consideramos a aquellos autores que, en igual tenor, argumentan que estas expresiones no parecen haber surgido como una alternativa al quiebre del modelo político y económico prevaleciente sino tan sólo como una reacción a las consecuencias sociales de su mal funcionamiento (Palomino, 2004; Lenguita, 2002).

¿De dónde vienen? Estrategias y representaciones

Los trabajadores que conforman las empresas recuperadas vienen de la “sociedad asalariada”, aquella que mediante la efectiviza-

ción del derecho al trabajo garantiza el bienestar de sus miembros (Castel, 1995). Son ex-trabajadores asalariados, en su mayoría, que han vivido contratos de tiempo ilimitado donde el despido no era lo habitual, gozaban de todos o gran parte de los beneficios sociales (asignaciones familiares, jubilación, etc.), y se sentían reconocidos a través de las tareas que realizaban y el salario que percibían.

Por ello, la referencia a mejores condiciones de trabajo en el pasado aparece constantemente en los relatos de estos trabajadores, ya que vienen de experimentar, como mencionamos, el trabajo antes del proceso profundo de desregulación y precarización.

Estos trabajadores desarrollaban estrategias colectivas, en gran medida, que apuntaban a mejorar sus condiciones laborales en busca de la movilidad social ascendente. Así, entre otros aspectos, luchaban por mejoras salariales en el marco de prácticas –corporativas– gremiales o sindicales. Era una época en que las estrategias de negociación colectiva mediante acuerdos con empresas con intervención del Estado generaban estabilidad y credibilidad en las reglas del juego. El *nosotros* aparecía triunfante en esos tiempos, el sentido colectivo de la acción, las identidades colectivas, el ser trabajador asalariado tenía su prestigio.

“Yo antes sentía que tenía un trabajo estable, un trabajo digno, donde el obrero era digno, ¿no es cierto? Sentía que era digno dentro de la sociedad en que estaba inmerso, yo creo que pasa por ahí el tema, el trabajo genuino. Lo mínimo es tener las cuestiones de la ley digamos, la obra social, los aportes jubilatorios, eso es lo mínimo que tiene que tener un trabajo digno, lo base. Ahora, por ahí empezás a trabajar y te pagan bien los primeros tiempos y después empiezan a no pagar.” (Juan, Cooperativa 19 de Diciembre).

La posesión de un trabajo asalariado les permitía sentirse reconocidos positivamente –era una fuente inclusiva de reconocimiento político, jurídico, económico y personal–, viabilizaba gran parte de la realización de la identidad de estos sujetos.

Luego, muchos transitan el largo proceso de agudización de las dificultades de generación de empleo formal, la pérdida de derechos y garantías por parte de los trabajadores, el fuerte deterioro de los salarios, la ampliación de brechas de ingresos entre grupos de trabajadores, etc., aspectos todos que erosionan los principios de cohesión social (Beccaria y López; 1997).

Estos trabajadores dejan de pertenecer a estructuras dadoras de sentido compartido y empieza para ellos un proceso de movilidad descendente y con rumbo incierto. Comienzan a prevalecer

estrategias individuales de repliegue –de reclusión sobre sí–, donde pierden significatividad las prácticas corporativas por mejores condiciones laborales y reina el temor a ser despedidos, en un contexto en el que la desocupación pasa a ser moneda corriente.

Y es allí, en las transformaciones de lo vincular –a partir de las cuales el *otro se vuelve frágil*– donde se encuentra el mayor efecto sobre la identidad. El trabajo en condiciones de inestabilidad y precariedad pierde significado en la generación de un nosotros que fortalezca la identidad de estos trabajadores a partir de su inclusión en un determinado estatuto. Transitan de esta manera, un proceso de descalificación laboral –el trabajo deja de ser una fuente de reconocimiento social– que los descalifica en otros planos como el cívico o el político (Longo, 2004) y que genera resquebrajamientos en la construcción identitaria.

¿Dónde se encuentran ahora?

Trabajadores del sector empresas recuperadas.

Restricciones estructurales del fenómeno

Muchos trabajadores despliegan estrategias de recuperación de empresas en un marco de restricciones estructurales para el desarrollo sustentable de las mismas, tanto desde el punto de vista del mercado laboral como así también de la empresa como estructura.

Nuestro fenómeno de estudio encuentra sus raíces en ese modelo implantado a fines de los '70, cuya agudización durante la década de los '90 consolidó una estructura de precios relativos sumamente desfavorable a los bienes de producción industrial (Schvarzer, 1998). En esas circunstancias, numerosas pequeñas y medianas empresas se tornaron inviables, presentando graves problemas financieros que frecuentemente fueron cargados sobre las espaldas de los trabajadores vía deterioro de su condición salarial, alargamiento de la jornada laboral, reducción de personal y sobre explotación de la mano de obra retenida.

En este contexto, ubicamos a las empresas recuperadas como emprendimientos productivos de pequeño y mediano tamaño que carecieron de las capacidades para hacer frente a una estructura de precios relativos desfavorable.

De esta manera, el origen de las empresas recuperadas está, en gran medida, en empresas pequeñas y medianas cuya declinación era evidente. Muchas de ellas habían cerrado o ya estaban a punto de cerrar y/o produciendo muy por debajo de su capacidad instalada al momento de su recuperación. En otras palabras, debe quedar en claro que *“no estamos hablando de sectores dinámicos, empresas en producción de la gran industria que son arrebatadas a transnacionales o a grandes grupos económicos [sino que, por el contrario,] corresponden a sectores débiles del capital...”* (Martínez y Vocos, 2002). Esta conclusión debería servirnos para reflexionar en torno a los planteos que sostienen que la recuperación autogestiva de empresas golpea, de alguna manera, al poder económico y político de la clase capitalista (Picchetti, 2002), o implica un heterogéneo proceso de avance sobre la dirección de la producción que degrada al marco regulatorio del sistema capitalista en alguna medida (Rebón, 2005)¹. Sostenemos que, lejos de tratarse de una estrategia ofensiva de los trabajadores que afecta a ciertos sectores de la estructura productiva capitalista, se trata, más bien, de una estrategia defensiva y marginal en términos de su lugar en la estructura productiva. Así, en los casos relevados, por un lado, las empresas de servicios como el colegio, la clínica, o la empresa de artes gráficas no pudieron sostener su funcionamiento por las restricciones económicas a las que se vieron expuestos sus usuarios y por ello no pudieron sostener la reproducción del proceso debido a la merma en sus planteles de tomadores de servicios. Por otro lado, las empresas vinculadas a la producción, como la empresa metal mecánica que confecciona autopartes (ex ISACO), no pudieron hacer frente al largo proceso de apertura económica con el tipo de cambio vigente en el periodo de convertibilidad.

1 Así también, James Petras y Henry Veltemeyer (2002) plantean que la autogestión de los trabajadores (AGT) ha resurgido como un movimiento central en Argentina y que la AGT es verdaderamente una experiencia liberadora, tanto en el sentido de liberar a la clase trabajadora del abuso e inseguridad capitalistas como en el de proveer a los trabajadores la libertad de crear nuevas formas de relaciones sociales de producción y distribución.

Estrategias de recuperación y escollos a los que se enfrentan

El panorama general con el que se encuentran los trabajadores cuando acceden a la recuperación de las empresas suele ser desalentador. Estas unidades productivas vienen de sufrir largos procesos de deterioro general caracterizados principalmente por la desinversión y la reducción del plantel de trabajadores. A ello se agrega el hecho que los trabajadores se hacen cargo de empresas que suelen tener una maquinaria y tecnología obsoleta. Según un relevamiento realizado por el Centro Cultural de la Cooperación, la mitad de las empresas tiene más de 40 años, siendo la tecnología y la maquinaria en la mayoría de ellas de gran antigüedad (Fajn, 2003). En los casos relevados por nosotros pudimos constatar que, en promedio, las maquinarias utilizadas por los trabajadores tienen aproximadamente 30 años. En general en el periodo de conflicto los empresarios suelen llevarse las máquinas más nuevas para pagar parte de la deuda contraída, o montar otra empresa bajo otro nombre o razón social. Es por ello que una parte importante de la estrategia de los trabajadores cuando se declara la quiebra consiste en la vigilancia de los bienes y máquinas de la empresa.

Como vemos, los trabajadores toman el control de la empresa, como el final de episodios que conforman un cuadro de deterioro de su condición salarial, recurriendo a distintas instancias, acompañadas por alguna movilización en torno a la toma de las instalaciones o la guardia en carpas frente a la empresa, para evitar el retiro de maquinarias o de materias primas indispensables para la continuidad de la producción. En otros casos, la recuperación de las fuentes de trabajo se hace a partir de una negociación con los dueños.

De este modo, estos trabajadores despliegan una serie de estrategias en busca de la supervivencia, es decir, que comparten recursos y capacidades para actuar en provecho propio, para resolver sus problemas básicos. Ellos hacen de la necesidad “de seguir trabajando” una virtud: “la recuperación de la empresa”, ya que si no el destino les depararía un plan jefes y jefas de hogar, como dice Juan de la Cooperativa 19 de Diciembre “*nosotros no queremos un plan jefes y jefas de hogar, queremos seguir trabajando*”; situación probable y nada deseada ni valorada por quienes vienen de la cultura del trabajo asalariado, según sus relatos.

Por otra parte, en muchos casos, algo fundamental que complica el cuadro situacional es el hecho de que los trabajadores se enfrentan a una total inexistencia de una red de proveedores y clientes, ya que los antiguos dueños la han perdido en el proceso de quiebra. Las deudas con los proveedores y clientes, generadas e impagas por la gestión empresarial anterior, crea serias dificultades a los trabajadores al momento de volver a armar un entramado de relaciones comerciales y de confianza con muchos de ellos.

“Cuando llamamos por teléfono a los antiguos proveedores de ISACO (...) muchos que inclusive tienen la matriz específica para ese producto, a veces te sacan corriendo porque los antiguos dueños les dejaron unos choclos bárbaros. Digamos que se rompió la relación.” (José, Cooperativa 19 de Diciembre).

Otro escollo resulta ser el hecho de que algunos proveedores y clientes tienen percepciones despectivas hacia los trabajadores que se traducen en actitudes reacias a entablar relaciones comerciales con ellos.

“Mirá, al principio cada vez que íbamos a ver un posible cliente de una empresa privada y les decíamos que éramos una recuperada nos miraban como diciendo: ‘y estos negritos que echaron al patrón y se quedaron con todo’, y era como que de repente nos daban respuestas del tipo de ‘ustedes no tienen experiencia’, pero cómo no tenemos experiencia si yo trabajé diez años haciéndole laburos a ustedes.” (Pedro, Cooperativa Artes Gráficas El Sol).

A estos estreñimientos debemos sumarle el estado de indefinición legal de muchas empresas, que merma su campo de acción y les quita posibilidades de realizar actividades comerciales y/o reestablecer los servicios básicos de luz, teléfono, gas, etc.

“Una de las cosas que se necesita es la habilitación municipal para pedir la luz, para inscribirnos en ingresos brutos [...] para algunos otros trámites también, digamos. Y no hay habilitación municipal porque la cooperativa no es propietaria ni inquilina...” (Pedro, Cooperativa Artes Gráficas El Sol).

En este marco, en gran medida, el crédito, una opción viable para capitalizar a las empresas registradas, suele ser de difícil acceso para sus pares recuperadas. Y éste no es un punto menor, ya que en la mayoría de los casos carecen de capital inicial para poner en marcha la actividad o es muy exiguo para ese cometido.

Otro punto no menos importante que los anteriores es que dentro de estas empresas gran parte los trabajadores administra-

tivos y los empleados de planta que tenían mejores posibilidades de reinsertarse en el mercado laboral por estar más capacitados se han ido. Por lo que la mano de obra menos calificada a veces debe hacer tareas para lo cual no está debidamente capacitada, teniendo resultados dispares que tienen que ver más con la voluntad de los participantes que con sus habilidades adquiridas.

Ante este cuadro de situación, podemos augurar que el sentido dominante de las nuevas estrategias colectivas de recuperación de empresas, por parte de trabajadores que se habían quedado sin trabajo, es la lucha por la subsistencia en el marco de itinerarios en donde prima la incertidumbre y la movilidad descendente. Ello se visualiza en las palabras de Juan, de la Cooperativa 19 de Diciembre “*Yo sé que a esta edad no me toman en ningún lado y necesito seguir trabajando*”.

De este modo, podemos decir que no en todos los casos la lógica política de lucha contra las sociedades capitalistas –al atacar el derecho a la propiedad privada, según Picchetti Valentina (2002)– guía de manera clave la recuperación de una empresa². En los casos analizados en este trabajo la lógica de la subsistencia es la que domina en las estrategias de recuperación.

Lógicas organizativas: entre lo novedoso y lo tradicional

Diversos análisis del mundo de las empresas recuperadas coinciden en que el personal administrativo, jerárquico y/o profesional suele estar escasamente presente en las experiencias de recuperación y autogestión de empresas. La causa de esta ausencia se debe a las mayores probabilidades de este tipo de trabajadores de conseguir otros trabajos, así como también a un probable mayor acercamiento a la parte patronal (Fajn, 2003; Saavedra, 2003; Facultad Abierta, 2003; Rebón y Saavedra, 2006).

“Sí, todos los que quedamos trabajábamos en producción. Todos somos del área de producción. El administrativo quedo acá hasta último momento, [...] se fue cuando entramos nosotros. Digamos [los] administrativos eran

2 Así también, Julián Rebón (2005) sostiene que la crisis capitalista abre un nuevo ciclo de luchas sociales. Dicha crisis ha generado una respuesta no capitalista personificada en los trabajadores –una embrionaria fuerza social que permite el avance sobre la producción–, que pone en crisis los disciplinamientos sociales.

una porción que estaba ligada, inclusive tenía, digamos, relaciones y muchos de ellos negocios con la patronal.” (José, Cooperativa 19 de Diciembre).

La escasa permanencia de trabajadores administrativos, jerárquicos y profesionales obliga a los trabajadores a suplir las tareas que éstos anteriormente realizaban. En nuestras entrevistas aparece constantemente la necesidad de los trabajadores de realizar nuevas tareas que antes no realizaban, trayendo como consecuencia un profundo cambio en las lógicas organizativas y de gestión de las empresas entre: antes y después de la recuperación.

“Los compañeros tienen actividades, que pueden ser la misma que antes cumplían o no. Por ejemplo una de las compañeras que atiende a la mañana en la recepción es instrumentadora y la otra compañera era cocinera. De administración no quedó nadie, entonces tuvimos que reemplazarlo con lo que hay, con lo nuestro.” (Carlos, Cooperativa de Salud Medrano).

Ante estas necesidades, los trabajadores se ven obligados a apropiarse de esos saberes para poder llevar adelante la empresa. Es así como, en el contexto de la recuperación de empresas se desestructuran los lugares jerárquicos asignados anteriormente a cada trabajador. Los trabajadores, en estas circunstancias, se ven obligados a llevar adelante un tipo de trabajo “multitareas”. Cuando nos referimos a esta característica: multitareas, lo remarcamos no como una innovación organizacional fruto de una decisión que parte de la racionalidad económica para acrecentar la competitividad y la calidad, como podría ser la adopción de algún tipo de organización del trabajo, como las del toyotismo para poner un ejemplo, sino que es fruto de la necesidad de estos trabajadores. Se produce así una ruptura con el trabajo parcelado, jerarquizado y estructurado de la gestión empresaria.

Paralelamente a esta desestructuración y desjerarquización de las tareas, se da una implementación de lógicas democráticas de decisión y gestión al interior de las empresas. Estas lógicas implican sostener una dinámica democrática de representación directa por asamblea que integra un saber histórico que fue adoptado en forma universal por casi todos los trabajadores en los periodos previos de lucha. Es decir que lo viejo que se actualiza en estos actos son las prácticas políticas democrático asamblearias, pero no ya desde un punto de vista político ideológico (al menos no en todos los casos). El hecho de que las empresas adoptan la figura legal de cooperativas está más relacionado con motivos pragmáticos que ideológicos.

“Se formó la cooperativa porque es la forma legal que da el INAES.” (Rodolfo, Cooperativa Artes Gráficas El Sol).

“El criterio a adoptar fue por responsabilidad y aporte de trabajo, no es el criterio de todos iguales que eso fue hasta determinado momento de la cooperativa... póneme mediados del 2003 dijimos: a todos iguales, porque no superábamos los 80 pesos semanales, digamos, cada uno, y menos de esa plata nos parecía que nadie se podía llevar. Cuando vimos que podíamos llevar más de 80 pesos, llegamos a los 100 más o menos, dijimos: bueno ahora vamos a marcar las categorías como corresponde.” (Rodolfo, Cooperativa Artes Gráficas El Sol).

De todas maneras, la adopción de esta figura tiende a permitir y garantizar un mínimo de funcionamiento democrático, que en algunos casos es incluso profundizado por los trabajadores.

“Si bien se conformó la cooperativa, era para darle un marco legal. Nosotros además nos manejamos en forma totalmente horizontal, todo se resuelve por asambleas, somos todos iguales. Las cooperativas tienen un estatuto, nosotros realmente no cumplimos con ese estatuto. Toda cooperativa tiene una cierta verticalidad; bueno nosotros no cumplimos con eso.” (Carlos, Cooperativa de Salud Medrano).

La propagación de lógicas democrático-asamblearias se explica por varias razones. Entre ellas, podemos mencionar: el hecho de que se trata de empresas con un reducido número de trabajadores; los intensos conflictos durante la recuperación que posibilitan un estrechamiento de los lazos de cercanía entre los trabajadores y, por último, el hecho de que se trata de empresas que no tienen altos grados de complejidad y jerarquización en sus procesos productivos (Fajn, 2003). Estas razones, que en cierta medida explican las lógicas democrático-asamblearias, llevan a preguntarnos al igual que Fajn (2003) si perdurarán en caso de que algunas de estas condiciones se modifiquen.

Cabe destacar, también, que parecería existir una relación directamente proporcional entre la intensidad y la duración de los conflictos que desembocaron en la recuperación, con la profundidad de las lógicas igualitario-democráticas que se ponen en práctica una vez recuperada la empresa. Es así como la penetración de las lógicas democrático-asamblearias, las lógicas remunerativas igualitarias y la desjerarquización y desestructuración de las tareas y el lugar de trabajo parecen ser más frecuentes y profundas en aquellas empresas que atravesaron duros conflictos con la gestión empresarial que en aquellas otras que no. También parecería

existir mayor densidad en los lazos de solidaridad y compromiso mutuo en aquellas empresas que atravesaron conflictos intensos y prolongados.

Contrariamente, en aquellas empresas que atravesaron conflictos menos intensos y prolongados, los cambios parecen ser menos abruptos. En ellas suele permanecer un grado mayor de jerarquización en la gestión, conjuntamente con el uso de lógicas remunerativas desiguales. La permanencia de lógicas remunerativas desiguales, muy probablemente esté vinculada con el hecho de que, en estas empresas, suele permanecer una proporción mayor de personal administrativo.

Por otra parte, la “revolución democrática” al interior de las empresas no está exenta de la consolidación de relaciones de poder al interior de cada una de las empresas o al interior de los movimientos de empresas recuperadas, en general. Con respecto a esta posibilidad los trabajadores nos decían:

“Hay una nueva burocracia, y la segmentación que hay en las empresas recuperadas tiene que ver con que diversos sectores se han hecho fuertes y no dejan que los trabajadores se autogestionen, digamos.” (Carlos, Cooperativa de Salud Medrano).

Otro entrevistado nos comentaba sus críticas a los distintos movimientos de empresas recuperadas³:

“No, en general no concordamos la forma de funcionamiento, viste [...] es muy caudillesco, no es una cosa tan democrática como para decir: bueno hagamos esto, decidimos esto.” (José, Cooperativa 19 de Diciembre).

Lógicas económicas: actividades marginales relacionadas a procesos de acumulación dinámicos

Las empresas recuperadas analizadas por nosotros, como mencionamos anteriormente, no escapan a las conclusiones arribadas

³ Al respecto, muchas de estas empresas encuentran tanto un espacio de coordinación y propagación de experiencias como de apoyo en los movimientos de empresas recuperadas. Son diversos grupos con orientaciones políticas variadas que reflejan la heterogeneidad existente en el origen y modalidad de funcionamiento de las experiencias de las fábricas recuperadas. En su mayoría, se caracterizan por tener estructuras jerárquicas organizadas y buscan canalizar subsidios, créditos, cobertura de servicios sociales y educativos para las empresas (Fajn, 2003; Saavedra, 2003).

por Martínez y Vocos (2002) en cuanto al hecho que corresponden a sectores débiles del capital.

Sin embargo, nuestros casos particulares, sobre todo la Cooperativa 19 de Diciembre (ex ISACO) y la Cooperativa Artes Gráficas El Sol (ex Gráfica Valero), son proveedores de bienes de empresas pertenecientes al sector más dinámico de la economía.

Al respecto, la Cooperativa 19 de Diciembre (ex ISACO) se encuentra actualmente produciendo autopartes para empresas como Fric-Rot y Monroe que a su vez venden estos productos a las terminales (Ford, Renault, Peugeot, etc.) y la Cooperativa Artes Gráficas el Sol también se encuentra produciendo para empresas como Coto, Banco Galicia, Auchan, etc.

Ahora bien, más allá de ello, consideramos que cumplen una función de satélite con respecto al sector más dinámico de la economía al que le proveen de bienes, que se trata de un modo de integración perversa a dicho sector, puesto que éste los integra pero ahorrándose los costos que derivan de una reproducción digna de la fuerza de trabajo. Ya a estas conclusiones arribó Nun cuando analiza las relaciones entabladas de las medianas empresas con el sector competitivo, quien dice: “su funcionalidad dependerá del grado de satelización del sector competitivo que, en muchos casos, puede estar trabajando para las grandes corporaciones: aparecería así una nueva forma de *putting-out system* y, de hecho, las pequeñas y medianas empresas estarían contribuyendo a reducir los costos salariales del sector monopolístico” (Nun, 2000).

De este modo, nos encontramos ante una especie de “terciarización de una terciarización” que redundaría en un ahorro de costos para el sector monopolístico o hegemónico de la economía.

En conclusión, consideramos que las empresas recuperadas forman parte, en su mayoría, de la amplia gama de nuevas actividades marginales⁴ (actividades socioeconómicas autogestivas, como las cooperativas de cartoneros también, por poner un ejemplo) que, en este caso, a las que mejor les va, logran entablar relaciones con la institucionalidad económica dominante. Lo cual no quita que existan excepciones a la regla y que algunas empresas puedan tener mejores oportunidades de inserción en el mercado. En el caso

4 El campo de la marginalidad socioeconómica, “un campo integrado a un todo que lo hace posible –y no necesariamente “necesario”– donde se disputan y/o se articulan estrategias individuales y colectivas de subsistencia que transitan por fuera –pero no de modo independiente– de las instituciones económicas y políticas dominantes” (Salvia, 2005).

de la Cooperativa Artes Gráficas El Sol se evidenció una estrategia comercial claramente tendiente a lograr una acumulación de capital, que a la larga les permitiría estar en mejores condiciones de “hacer negocios” y de salir o por lo menos tolerar la situación de desventaja en la que se encuentran con respecto a sus clientes del sector dinámico de la economía.

La problemática de la identidad y su vinculación al trabajo como estructurador de prácticas

Con la alta fragmentación social que se dio en la Argentina a partir de las reformas estructurales comenzadas en la década del ‘70 y profundizadas en la década del ‘90, y el cambio en el mercado laboral, con altas tasas de desocupación, el trabajo como actividad dejó de lado su papel de estructurador de subjetividades desplazando hacia otros centros de gravedad la estructuración de nuevos “efectos de subjetividad” (Galliani y Rosendo, 1998).

Tal como sostiene Sennet (2000) en *La corrosión del carácter* la inestabilidad imperante en el mundo laboral, junto a la debilidad de los valores duraderos antes asumidos por los trabajadores con sus empresas (lealtad, compromiso recíproco, fidelidad, carga emotiva, honorabilidad, objetivos a largo plazo) provocan en el trabajador una confusión de sentimientos y un conflicto interior. Los trabajadores ya no pueden encontrar sólidos fundamentos, valores perdurables, proyectos que les permitan ilusionarse y estabilidad que les permita planificar su vida. El carácter de los individuos, basado en los compromisos duraderos a largo plazo, en los comportamientos personales fundamentados en la experiencia emocional está viéndose seriamente atacado. En la nueva economía, “todo es a corto plazo, y al contrario de lo que sucedía antes, nada en la economía es a largo plazo”.

De esta forma el principio del “corto plazo” corroe la “confianza”, la “lealtad” y el “compromiso mutuo”. Estos valores dejan de ser funcionales para la marcha de la economía. Las relaciones laborales cada vez se basan en lazos más débiles y de corta duración. Para hacer frente a las realidades actuales: trabajos basura de brevísima duración, extrema movilidad laboral, despidos por ajustes de plantilla... etc., el “desapego” y la “cooperación superficial” son nuevas y mejores habilidades que el comportamiento basado en los

valores de “servicio” y “lealtad”. Pero este fenómeno no sólo se da en el ámbito laboral, también tienen su contraparte en otras esferas de la vida. Los lazos sociales se van haciendo más laxos.

El camino emprendido por la República Argentina durante los últimos 25/30 años en el sentido de reformar estructuralmente la sociedad, representa una serie de des-sujetamientos, des-anclajes y desestructuramientos que dan como resultado nuevos sujetamientos y nuevos anclajes y nuevas estructuras, más débiles que las anteriores. Las identidades se van estructurando en torno a la territorialidad, el barrio, la familia (cada vez más desestructurada, la mayoría de las veces con jefes de familia con largos períodos de desocupación o sin un trabajo estable), que pasan a ser el centro en donde se juegan las subjetividades (Bauman, 1999; Auyero, 2003; Guber, 2004).

Por otro lado, subsumido bajo la estrategia de supervivencia llevada adelante por los trabajadores de las empresas recuperadas, se encuentra algo tanto más intangible y difícil de asir para las ciencias sociales como es la necesidad humana de dotar de sentido a las prácticas cotidianas. Dotar de un sentido desde la cultura construida de la “ética del trabajo” (Bauman, 1999) aprendida durante el apogeo de la “sociedad salarial”.

Este proceso que implicó el desguace de lo que fue llamado “Estado de bienestar”, con todo el andamiaje de protecciones al trabajo como actividad y al trabajador como individuo, y que como tal fue durante largos años un punto importante para la configuración de la identidad de grandes capas populares en Argentina, deja en poco tiempo de cumplir su rol estructurante, haciendo estallar la identidad constituida en la “sociedad salarial” en una diversidad de identidades diferentes.

Para dar cuenta de la fragmentación de la identidad salarial abandonamos una postura esencialista, y, como mencionamos anteriormente, entendemos a la identidad en tanto “rasgo distintivo (...), su afirmación constitutiva en tanto *diferencias*.” (Arfuch, 2002) Siguiendo a esta autora, la identidad sería entonces una construcción nunca acabada, abierta también a la contingencia, una posicionalidad relacional sólo temporariamente fijada en el juego de las diferencias.

Esta visión nos permite pensar el juego de la re-configuración de las identidades de los trabajadores de las empresas recuperadas a lo largo del tiempo como una serie de posicionamientos contingentes

en relación con otras identidades. Esta identidad no es un sustrato esencial sino una serie de tomas de posición estratégicas⁵.

Los trabajadores de las empresas recuperadas llevan adelante su estrategia en cierta medida obligados por la urgente necesidad de la reproducción social de su fuerza de trabajo, pero también desde la necesidad de construcción de lazos sociales, sobre principios solidarios en contra de la “corrosión de su carácter”, que permitan pensar en el largo plazo a contramano de la lógica del “capital impaciente” y del pensamiento de “nada a largo plazo” (Sennet, 2000) impuesto por el sistema de acumulación, recuperando así el sentido de pertenencia y comunidad.

Así, en el mundo de las empresas recuperadas parece tener especial importancia la construcción o resignificación de diversas redes sociales. Consideramos que estas redes de relaciones son fundamentales para la sustentabilidad de estos proyectos ya que proveen recursos materiales, humanos y simbólicos; tanto para las empresas recuperadas como así también para los sujetos insertos en ellas. A lo largo de nuestro trabajo de campo constatamos la diversidad de redes; que van desde aquellas en las que se inserta la empresa como colectivo de trabajo hasta aquellas dentro de las cuales se insertan los sujetos. Dentro de estas últimas, es clave y fundamental el rol de las redes familiares, las cuales proveen a los sujetos un apoyo fundamental a la hora de embarcarse en un proyecto tan incierto y difícil como es la gestión de una empresa recuperada.

“Vos imaginate que si no hubiésemos contado con el apoyo de la familia, no hubiésemos podido llegar hasta acá. A mí me cortaron el gas y el teléfono. Mi mujer me bancó. Mi familia y mis viejos, más mis hermanos, mi suegro y mi cuñado también me bancaron. Me daban alimentos, qué sé yo, aunque sea una palabra de aliento cuando no podían otra cosa porque estábamos todos más o menos en la misma situación, el que tenía trabajo ganaba poco, el que no estaba haciendo changas.” (Rodolfo, Cooperativa Artes Gráficas el Sol).

También van tejiendo redes con el sindicato, el barrio, las universidades, entre las empresas recuperadas, entre otros actores.

5 Ernesto Laclau, en *Hegemonía y Estrategia Socialista* (Madrid, Editorial Siglo XXI, 1985), hace referencia a la conformación de las identidades políticas mediante un esencialismo estratégico, para dar cuenta, por un lado, de la contingencia de estas identidades, pero no dejando de lado la relativa estabilidad que tienen estas identidades en el tiempo.

“...el día del acampe los vecinos mismos te traían 100 gramos de mortadela, un vaso de agua fría o te ayudaban en todo momento...” (José, Cooperativa 19 de Diciembre).

“El sindicato gráfico, porque estabas en la calle y no sabías qué hacer (...) nos prestó el salón para hacer la asamblea, por ahí hoy 120 pesos es una cifra irrisoria ¿no es cierto? Pero cuando no tenés dos pesos o ningún centavo en el bolsillo, 120 pesos es una enormidad.” (Marcelo, Cooperativa Artes Gráficas el Sol).

Como conclusión, podemos decir que estos relatos reflejan que estas redes se tejen ante la necesidad de subsistir, centralmente, y la necesidad de construcción de nuevos lazos sociales en tanto espacios de pertenencia, pero estas prácticas solidarias, basadas en reglas de reciprocidad, no implican una alianza estratégica intersectorial para la lucha en términos de voluntad política de transformación económica y social, como sí aparece en casos abordados por Valentina Picchetti (2002).

Nuevas y viejas subjetividades

Antes de analizar los cambios que la experiencia de recuperación y autogestión de empresas produce en la subjetividad de los trabajadores, creemos interesante preguntarnos qué fue lo que subjetivamente, en un primer momento, impulsó a trabajadores con pocos contactos entre sí a emprender este tipo de medidas. Es interesante destacar que la desvinculación entre los trabajadores en los momentos previos a los procesos de recuperación de empresas era alta, primando más una lógica individual que colectiva. ¿Qué fue, entonces, lo que los impulsó a unirse y emprender la recuperación? Consideramos que, subjetivamente, lo que cimentó la unión fue el miedo a la desocupación. La unión devino ante la necesidad de conservar las fuentes de trabajo en un contexto de fuerte crisis, en el cual la perspectiva segura era una desocupación prolongada y/o definitiva. Fue así como la recuperación y autogestión de las empresas se convirtió en una estrategia de supervivencia para evitar la caída en el mundo de la desocupación. En este sentido, la recuperación de empresas constituye un fenómeno no meditado y casi instintivo en el cual se generan relaciones cooperativas como forma de asegurar la supervivencia.

El hecho de que nuestro fenómeno sea una estrategia de supervivencia no meditada y espontánea no significa que no ponga en juego nuevas prácticas y lógicas organizativas que traen, efectivamente, tanto cambios en la subjetividad de los actores como en la definición de lo que es ser un trabajador. De este modo, el choque entre el nuevo modelo de trabajador requerido por las nuevas lógicas autogestivas y el viejo modelo implícito en la relación salarial es manifiesto.

Cabe aclarar que consideramos como viejo modelo de trabajador a los trabajadores de la sociedad asalariada, con contratos de tiempo ilimitado, que gozan de todos o algunos de los beneficios sociales y se sienten reconocidos por las tareas que desempeñan y el salario percibido, como mencionamos en su momento. Mientras que el nuevo modelo de trabajador remite al trabajo actual que desempeñan estos trabajadores autogestivos, a estos trabajadores multitareas que llevan a cabo lógicas democráticas de decisión y gestión, como comentamos.

La subjetividad y la identidad de los trabajadores suele oscilar entre estos dos modelos. Producto de nuestras entrevistas hemos constatado que la significación del trabajo actual depende en gran medida de la identidad del trabajador. Esquemáticamente, para aquellos identificados con el viejo modelo de trabajador, el trabajo actual significa sólo un avance en relación con la deteriorada condición salarial previa a la recuperación, pero un retroceso con relación a la condición salarial plena. En cambio para aquellos identificados con el nuevo modelo de trabajador, la condición actual representa un avance con respecto a la relación salarial. Al respecto, uno de nuestros entrevistados nos contaba acerca de los variados sentimientos existentes en el mundo de los trabajadores de las empresas recuperadas.

“Mirá, yo creo que... creo... que hay de todo un poco. Hay quienes no están convencidos de la cooperativa, hay quienes están seguros, como es el caso mío, y hay quienes están en el medio... que no saben qué van a hacer de sus vidas, y están aquí porque en este momento, tal vez no consiguió otra cosa, o no se le ocurrió salir a buscar. Te digo, hay asociados que vienen... que están... que es como si estuvieran en una empresa privada, que vienen y tienen al trabajo las nueve horas ponele, y si tienen trabajo bien, y si no lo tienen lo mismo... y ellos quieren tener su retiro el viernes, no importa si trabajaron o si no trabajaron. Si hubo trabajo o no hubo trabajo, es como la obligación del concejo que tiene que tener la plata para el retiro el día viernes...” (Pedro, Cooperativa Artes Gráficas el Sol).

Haciendo una división muy esquemática, podríamos sostener que existen dos tipos de subjetividades en los trabajadores de estas empresas.

Por un lado, aquellos que consideran que el trabajo digno y meritorio continúa siendo el trabajo asalariado típico. Para este grupo, el trabajo en las empresas recuperadas parecería representar un punto de tránsito ante la alternativa de la desocupación pero no uno de llegada.

Por otro lado, tenemos aquellos trabajadores para los cuales el trabajo actual es un punto de llegada. Fuertemente críticos de los modos de gestión empresaria, consideran el advenimiento de la democracia y la autogestión en las empresas como un avance con respecto a la relación salarial típica. Ahora bien, paradójicamente, son estos trabajadores a quienes mejor les va en el itinerario que construyeron, son proveedores de empresas del sector dinámico de acumulación, han ido creciendo económicamente, cuentan con trabajadores administrativos y calificados, en gran medida, y presentan retiros porcentuales diferenciados –aunque mínimos– de acuerdo a sus roles y responsabilidades, todos ellos indicios que muestran una inserción económica no tan marginal en el mercado. Pareciera ser que este grupo de trabajadores adhieren a ciertas lógicas cooperativas –como SANCOR, por ejemplo– que funcionan con éxito en el mercado.

Al respecto, cabe señalar que otros estudios señalan que los trabajadores de las empresas recuperadas valoran positivamente el trabajo actual en cuanto al hecho que ganan en autonomía, en grados de libertad, controlan en mayor o menor grado sus medios de producción, son ahora los mismos trabajadores quienes definen qué, cómo, cuánto y para quién se produce (Picchetti, 2002; Rebón, 2005). Mientras que en los relatos de los trabajadores entrevistados vimos que ello no ocurre con todos, que muchos valoran y desean volver a ser trabajadores asalariados, e incluso en el caso de una trabajadora que valora más el trabajo actual, ello se pondría en duda cuando nos dice *“prefiero que mis hijos estudien para que no sean trabajadores de una empresa recuperada”* (Amalia, Brukman Confecciones).

A tono de reflexión, es posible pensar que estas percepciones y representaciones que orientan el accionar de los trabajadores entrevistados más bien tienden a conservar las estructuras laborales y mercantiles capitalistas. Y es factible también que se encuentren

transitando un choque de subjetividades todavía no resuelto, del cual depende, en parte, el éxito de las empresas recuperadas.

¿Hacia dónde es factible que vayan? Algunas reflexiones

Estas prácticas autogestivas de los trabajadores, de recuperación de empresas, logradas, en gran medida, por la unión y la solidaridad entre los mismos, por los lazos que tejen con otros sectores, no se traducen, en los casos analizados por nosotros, en una alianza estratégica intersectorial que golpea, de alguna manera, el sistema económico político capitalista, de acuerdo a Picchetti (2002). Tampoco se traducen en una embrionaria alianza social que abre un nuevo ciclo de lucha social que degrada al marco regulatorio del capitalismo (Rebón, 2005).

La acción colectiva está conformada centralmente por la lógica de la subsistencia. Esos trabajadores devaluados, según sus relatos, se unen y deciden recuperar una empresa porque son conscientes que sus oportunidades son restringidas. Si no optan por ello, sólo les resta vivir de un plan o entrar en la desocupación, de acuerdo a sus palabras. De hecho, quienes tienen la oportunidad de insertarse en otros trabajos, como la mayoría de los empleados administrativos o cuadros gerenciales, optan por esa vía. También articulan con otros actores, en gran medida, por la necesidad de apoyo mutuo para vivir en mejores condiciones de subsistencia.

Incluso la adopción de la forma cooperativa es una estrategia instrumental, lo hacen porque ésta es la posibilidad que tienen para poner a funcionar la empresa. Y si bien esa forma legal facilita una dinámica democrática de representación directa por asamblea, algunos profundizan esa lógica democrática de decisión y de gestión (las lógicas remunerativas igualitarias y la desjerarquización y desestructuración de las tareas) mientras que otros no. Es más, la “revolución democrática” al interior de las empresas no está exenta de la consolidación de relaciones de poder al interior de cada una de las empresas o al interior de los movimientos de empresas recuperadas, en general. Son experiencias con alto grado de instrumentalidad, muy poco cargadas de un sentido político, a excepción de algunos líderes periféricos que persiguen promover la recuperación de empresas, si en su accionar prima la lógica política, los cuales no han sido abordados en este trabajo.

En lo que atañe a esa forma autogestiva y cooperativa de decisión y gestión, una serie de estudios consideran que los trabajadores valoran ello positivamente, porque les provee la libertad de crear nuevas formas de relaciones sociales de producción y distribución, o en el sentido de liberar a la clase trabajadora del abuso e inseguridad capitalistas (Petras y Veltemeyer; 2002; Picchetti, 2002; Rebón, 2005).

Sin embargo, algo novedoso que se desprende de nuestro análisis es que no todos los trabajadores valoran positivamente la situación actual en la que se encuentran, es decir, el hecho de ser trabajadores de empresas recuperadas.

Planteamos que se presentan dos subjetividades contrapuestas en el universo de los trabajadores de estas empresas. Por un lado, para aquellos más apegados a la típica relación salarial, el trabajo en las empresas es la mejor opción posible ante la perspectiva de la desocupación, es así como, el trabajo digno y deseable sigue estando en la condición salarial plena.

Para este grupo, como mencionamos el trabajo en las empresas recuperadas representa más un punto de tránsito que uno de llegada y ello es un obstáculo para el desarrollo o expansión de esas empresas. Por otro lado, tenemos aquellos trabajadores para los cuales el trabajo actual es un punto de llegada, consideran el advenimiento de la democracia y la autogestión en las empresas como un avance con respecto a la relación salarial típica. Pareciera ser que este grupo de trabajadores, en algunos casos, adhieren a ciertas lógicas cooperativas –como SANCOR, por ejemplo– que funcionan con cierto éxito en el mercado y no tienen la lógica de luchar contra las relaciones de producción, comercialización y distribución capitalista, como la Cooperativa Gráfica El Sol, mientras que otros, como Zanón (Picchetti, 2002), sí presentarán una lucha en ese sentido en alguna medida.

En síntesis, la recuperación de empresas, constituye centralmente una herramienta instrumental para gestionar necesidades en contextos de fuertes restricciones más que un proyecto sociopolítico claro en abierta oposición a la economía y la sociedad capitalista.

De todas maneras, está claro que no necesariamente para hacer historia hay que ser consciente de ello. Es así como, quizá sin saberlo, efectivamente estos sectores pueden, sin necesidad de ser conscientes, estar generando una nueva sociedad. Sin embargo, ¿es esto realmente así? Desde nuestro punto de vista, parecería no

avizorarse en estas experiencias –prácticas y subjetividades– una lógica de encadenamientos expansiva capaz de difundir estas estrategias al todo social. Parecerían ser, más que nada, un modo de permitir la subsistencia en nichos marginales de la sociedad, antes que el germen a partir del cual crecerían expansivamente nuevas formas de relacionamiento social.

De este modo, consideramos que si bien estos trabajadores a partir de sus estrategias de sobrevivencia logran reconfigurar sus oportunidades de inserción laboral y social, ello no es suficiente para superar la marginación o permitir el desarrollo de la ciudadanía de estos sujetos.

X.

COMEDORES COMUNITARIOS COMO ESTRATEGIAS DE SUPERVIVENCIA:

EL CASO DEL CENTRO DE ACTIVIDADES COMUNITARIAS DE LA BOCA

Astor Massetti y Manuela Parra

“El trabajo en común, en equipo y con conciencia de que formaban una comunidad, era lo único que podía salvarlos.”
(Verbitsky, 1957:16).

Introducción

El comedor se encuentra en el barrio de la Boca, a unas pocas cuadras de Caminito y de la cancha de Boca. Situado en el eje comercial del barrio, la calle en la que se ubica el comedor está poblada de pequeños comercios, almacenes y bares viejos, el centenario Mercado de la Boca y la iglesia San Juan el Evangelista. Visualmente impactan la superposición de colores y materiales que hacen a la identidad del barrio: chapa, madera, hierro, puertas antiguas, rejas torcidas y curiosas ventanas.

El comedor está emplazado en una construcción cuya estructura responde a la típica edificación de conventillo, donde diferentes viviendas se comunican por un patio central; al punto que para el extraño es difícil reconocer dónde termina una y comienza otra. Allí funciona el Centro de Actividades Comunitarias (en adelante, CAC).

El CAC formó parte de una red de organizaciones sociales de la zona (coordinadas entre sí a través de una mesa de enlace), que integraron desde mediados de 2002 hasta principios de 2005 la Federación de Tierra, Vivienda y Hábitat (FTV), que forma parte de la Central de los Trabajadores Argentinos (CTA). Este dato interesa porque permite enmarcar al CAC en un amplio proceso de politización de la pobreza urbana en el cual el piqueterismo es su

faceta más notoria (Masseti, 2005; 2004). De hecho el CAC comparte con las otras organizaciones de la Boca una larga tradición de luchas centradas en la disputa por el espacio urbano, que se remonta a principios de los noventa con la toma de las ex Bodegas Giol en Palermo. En la actualidad esta red de organizaciones desarrolla múltiples actividades relacionadas con la producción (fábrica textil, carpintería, imprenta, producción de alimentos), la vivienda (en coordinación con la Comisión Municipal de la Vivienda, CMV) y prestaciones alimentarias.

En el caso del CAC la “prestación alimentaria” (el servicio de preparación y distribución de comida con fines asistenciales) adquiere algunas variaciones respecto al formato ideal del “comedor comunitario”. Mientras que éstos se suelen considerar a aquellos servicios de comida que se dan *in situ*, en el CAC pocas personas son las que comen allí. La actividad principal se realiza en un patio cubierto. En el patio no hay demasiado espacio, hay una mesa rectangular de madera, no muy grande, algunos bancos y sillas. Allí la gente se sienta a comer, a conversar y tomar mate, o se reúne en asamblea. A un costado, bajo una de las escaleras, hay una pequeña habitación, donde cabe apenas una cocina grande y una mesada de unos dos metros sobre la pared lateral derecha. Nunca trabajan allí más de dos personas juntas, porque no cabrían. Las verduras y la carne se cortan en unas mesitas que se colocan en diagonal al lado de la puerta de esta cocina, formando una especie de mesada alargada y angosta. Hay un lavatorio a la vuelta de la cocina, contra una pared exterior. Dado que el espacio disponible es reducido, y la cantidad de beneficiarios es creciente, el servicio consiste en preparar la comida para que luego cada familia la retire. Esta modalidad es resistida por algunos de los organismos que financian las dietas del comedor, arguyendo razones de seguridad alimentaria (falta de control bromatológico). Para el CAC, por el contrario, representa una ventaja permitir que las personas puedan comer en su propia casa; respetando así la disposición del tiempo e intimidad familiares.

En el CAC se prepara el almuerzo para unas 250 personas y la merienda para unos 50 chicos de hasta 12 años. En total trabajan en el comedor 20 personas. “(...) *Gente que tiene planes hace la contraprestación acá, ayudando en el comedor y merendero*”, nos comentaría Laura una de las referentes de la organización. No todos trabajan de lunes a viernes, días en los que el comedor funciona. Se organizan en turnos de 4 horas diarias, rotando las personas que colaboran en las distintas tareas (administración, movimiento

de mercaderías, cocina y limpieza), trabajando uno o dos días a la semana.

Las actividades de este comedor se inscriben, por supuesto, bajo el paraguas de la asistencia social de agencias gubernamentales nacionales o de la Ciudad de Buenos Aires. De esta manera, la actividad está financiada tanto para lo que se refiere a mano de obra como a insumos y equipamiento, mientras que la infraestructura (el lugar donde se realizan las actividades) es la casa particular de uno de los miembros del CAC. Lo interesante de este caso es que la adscripción a este tipo de políticas públicas es verdaderamente muy extensa y compleja.

Respecto a insumos (mercadería) y equipamiento, el CAC recibe varias fuentes internacionales, nacionales y municipales. Por ejemplo, son beneficiarios del subsidio del Banco Mundial –a través del programa “FOPAR”– por un equivalente monetario a 60 dietas diarias. A su vez, la municipalidad financia otras 50 dietas diarias a través del programa destinado a “Grupos Comunitarios” de la Secretaría de promoción social. Al mismo tiempo, los vínculos del CAC con la FTV, le permite que reciban mercadería que esta última organización consigue en negociación con el gobierno de la provincia de Buenos Aires y el Estado nacional, financiándose así otras 140 dietas. La compra de una heladera, un freezer, una cocina, la pintura del lugar fueron financiados por sendos planes “Manos a la Obra” del Ministerio de Desarrollo Social de la Nación.

Respecto a la mano de obra, por ejemplo, los prestadores del servicio de comida pueden ser beneficiarios del “Plan Jefes y Jefas de Hogar” de índole nacional, recibiendo \$150 mensuales con la obligación de contraprestar cuatro horas diarias de trabajo en el CAC; pueden ser beneficiarios del también nacional “PEC” (Programa de Empleo Comunitario) o del municipal “Programa Autoempleo” (cobrando \$200 mensuales con contraprestación también de 4 hs. obligatorias). Pero también las familias beneficiarias del servicio alimentario reciben un subsidio municipal llamado “Vale Ciudad”, que consiste en una suma de \$37 por integrante del grupo familiar, que puede ser canjeada por alimentos o mercadería en determinados comercios. Este “Vale Ciudad” lo reciben directamente las familias, pero la negociación política que permitió su distribución en la zona también estuvo relacionada con el CAC. De esta manera los trabajadores, a cambio, reciben un plan, la comida del día y vales para comprar alimentos.

Esta breve descripción de un muy complejo tramado relacional nos permite introducirnos a la temática de este artículo a partir

de la problematización de la idea misma de comedor comunitario. ¿De qué hablamos cuando decimos “comedor comunitario”? Quiénes se han abocado a estudiar a los “sectores populares” desde un punto de vista académico o periodístico, quienes han participado políticamente y quienes viven en los barrios más pobres de los centros urbanos, los partidos políticos, sectores eclesiásticos y de beneficencia laicos, los distintos niveles y agencias gubernamentales, los sindicatos y las asociaciones de vecinos de los barrios más aventajados, todos han tenido a partir de finales de la década del ‘80 y especialmente a partir de mediados de los ‘90 algún tipo de presencia, de participación o de opinión sobre una actividad que, en principio, se resume como un servicio alimentario destinado a la población carenciada. Partiendo de este contexto de inteligibilidad, el fenómeno (Schutz, 1967) “comedor comunitario” puede inscribirse, por empezar, en una lógica que podría ser resumida como de respuesta social frente a la creciente necesidad. Donde lo eminentemente fenoménico sería la reacción social al hambre; a la necesidad que instala la deficiente estructura del empleo en nuestro país; que es incapaz de contener a grandes grupos que entonces requieren de actividades extra económicas (por afuera del mercado laboral) para completar sus ingresos o, incluso, para tener acceso a un mínimo de recursos que posibiliten su supervivencia.

Claro está que este fenómeno, en caso de existir, debe dar cuenta como tal de procesos más amplios que lo incluyan. Para decirlo de alguna manera, el comedor comunitario sería un síntoma o un símbolo en el contexto de transformaciones recientes de la Argentina. La cara social de las transformaciones económicas en sentido amplio. La desalarización de la sociedad argentina tendría como contraparte un conjunto de estrategias reproductivas: a) de economía informal, como formas de generación de ingreso que por su intensidad, más que por su novedad, presentan una notoriedad importante (mendicidad, venta ambulante, reciclado de cartones, etc.); b) de economía formal, como reestructuración de la fuerza laboral y las condiciones de contratación (hiperprecarización del empleo); c) de economía ilegal (prostitución, contrabando, etc.); y d) de economía social o solidaria (desde clubes del trueque hasta huertas comunitarias, pasando por los comedores comunitarios). Desde esta clave, el comedor comunitario es un símbolo o síntoma de cambio social en Argentina.

Pero más allá de la constatación de su presencia en un magma de transformaciones, el pasaje analítico de fenómeno a objeto

requiere de una compleja estrategia teórica que dé cuenta del nivel de registro de tal fenómeno. Lo que ofrecemos aquí como opción es interrogarnos ¿Cómo se llega a encarar la participación en este tipo concreto de prácticas sociales? ¿Qué distingue u homogeniza a estos sujetos sociales? ¿Qué trayectorias de vida han desarrollado? ¿Qué sentidos le atribuyen a estas prácticas en su vida cotidiana? Y fundamentalmente: ¿Qué lugar ocupa en la actividad comunitaria que desarrollan en el contexto de su supervivencia familiar? ¿Cuánto de estas prácticas se asemeja a un “trabajo” y cuanto a “vocación”? La propuesta es entonces bucear por la especificidad del fenómeno, donde no será ya el comedor una respuesta social macro, sino las opciones y oportunidades de sujetos sociales concretos.

Trayectorias sociolaborales de las entrevistadas.

Descripción general

Uno de los primeros datos que sobresalen cuando nos aproximamos a este comedor comunitario es la fuerte presencia de las mujeres. Aunque se observa una minoría de hombres, el rol de éstos es secundario o complementario de las tareas del comedor. En este caso en particular, sólo un hombre apareció en el grupo de entrevistados. Todas las personas llegan al trabajo en el comedor por invitación de algún conocido que ya está trabajando allí, o por invitación de las propias organizadoras.

Encontramos en este grupo dos segmentos etarios diferenciados. Uno que promedia los 50 años y otro que ronda los 30. La relación de parentesco en estos grupos explica tal segmentación, ya que las últimas son hijas de las primeras.

Del grupo de mujeres de más edad, salvo un caso, son todas oriundas tanto del interior del país como de países limítrofes. La migración y su llegada a la boca se remonta a la segunda mitad de los '70, en donde las entrevistadas rondaban los 20 años. En algunos casos, algún miembro de su familia (hermanos, padres, etc.) las había precedido. En estos casos, fue en Buenos Aires donde constituyeron familia, o aun cuando trajeran consigo un hijo menor de edad, la migración se produjo sin una pareja.

Tipología de trayectorias de empleo

Como forma de organizar la información recogida y como propuesta interpretativa, se van a resumir las trayectorias de empleo en forma de tipos. Utilizamos como característica central para la selección de casos la relación de nuestras mujeres con el mercado de trabajo en términos de inserción. Distinguimos aquellas trayectorias en las cuales: a) la participación en el comedor es de hecho su primera actividad “laboral”; b) de aquellas que han tenido una larga historia laboral, y luego de un extenso período de inactividad/desempleo se reinsertan laboralmente; y c) de aquellas que sufrieron episodios recientes de alejamiento del mercado laboral.

Al mismo tiempo nos interesa introducir otra dimensión en el análisis: la relación entre la actividad laboral o extra hogareña de las mujeres y la reacción del grupo familiar. De esta manera vamos abonando el terreno para trabajar la dimensión de género implícita en este trabajo.

Claudia: primer empleo

Todas las entrevistadas tienen una historia laboral asociada a tareas de baja calificación. Las que al llegar a Buenos Aires encontraban ya a la familia con empleos estables, no necesitaron volcarse inmediatamente al trabajo. Claudia¹ vino de Catamarca a los 17 años. Nos cuenta: “*me vine para acá porque estaban mis hermanas, me malcría(ban), sí, porque ella(s) me daba(n), todos los gustos*”. Tal es así que para Claudia el trabajo en el comedor fue su primer empleo a los 47 años. Claudia se casó joven con un marinerero y se volcó totalmente a la vida familiar. Pero ahora, con sus hijos grandes (once hijos) y su marido en edad de jubilarse y sin continuidad laboral (ya no hay barco, no hay nada, así que no hay trabajo acá), Claudia encontró en el comedor su primera experiencia laboral. El comienzo fue duro para ella porque sentía que no sabía hacer nada. Nos cuenta:

“Sí, no, no, empecé a trabajar acá, yo cuando empecé yo decía ‘no Tati [en alusión a una de las organizadoras del lugar], no, yo les cebo mate todo lo que quieran pero yo no me atrevo a hacer algo.’”

1 Todos los nombres utilizados son, por supuesto, ficticios.

La “situación de sentirse empleada” fue tensionante para ella, pero poco a poco fue animándose y ahora es una de las cocineras del comedor. Claudia participa en el comedor desde hace cuatro años; su jornada es de ocho de la mañana a seis de la tarde, de lunes a viernes. Y es beneficiaria de un Plan Jefas y Jefes de Hogar. Esta cantidad de horas que pasa en el comedor, fuera de casa, fueron objeto de una negociación en el seno de la familia. Tal como nos cuenta:

“Claudia: Bueno, al principio, cuando recién empecé mi marido/ no quería saber nada.

Entrevistador: *¿Por qué no quería saber nada al principio?*

Claudia: Y bueno, porque por ejemplo él, navegaba, ¿viste? y quería encontrar a la mujer... Y después, tu trabajo es tu trabajo, mi trabajo es mi trabajo. Y listo. Y bueno... hasta que dice, ‘bueno, todos, todos los hijos vamos a apoyar a tu madre en lo que está haciendo, me parece bien’.

Betina: vuelta al trabajo.”

Betina llegó de Chile a la Boca a los 27 años en 1975 con una hija de tres meses de edad. Rápidamente encontró trabajo en una tintorería industrial que además le permitió vivir allí. Trabajó 17 años allí hasta que

“renuncié porque después me casé, y bueno, me casé y después me fui, una zonza, ¿no? [se ríe] pero... renuncié.”

En 1992 la contratan por seis meses como operaria en la fábrica Gillette. Le renuevan el contrato por otros seis meses y luego no la vuelven a contratar. Trabaja otros seis meses en una fábrica de plásticos (Taperware) y a partir de allí, a los 46 años, comienza a trabajar por horas, ocasionalmente, como empleada doméstica. En la relación con su marido, policía federal, el tema del trabajo fue fuente de conflictos:

“...a él nunca le gustó que yo trabajara, pero yo igual trabajaba porque antes, como yo tenía mi hija que no era de él, era mía... después bueno, tuvimos un varón... Entonces no quería que trabaje... pero ahora ya no me dice nada. Lo curé [risas].”

Esta tensión duró desde que nació su segundo hijo (1989) hasta 1992/3, cuando finalmente la falta de ofertas laborales y la insistencia de su marido hacen que abandone el mercado de trabajo. En 2000 comienza a trabajar en el comedor, haciendo 8 horas diarias de lunes a viernes como cocinera y cobra un Plan.

Colorada: desempleo

La Colorada tiene 37 años, vino de Paraguay a los 19 años en búsqueda de trabajo, en el año 86, siguiendo a sus hermanos mayores. Su familia en Paraguay es comerciante, y ella se desempeñó aquí trabajando siempre en comercios. Consiguió empleo en una panadería donde conoció a su marido, con quien tiene dos hijos, de 15 y 18 años. Nunca dejó de trabajar:

“Yo siempre trabajé, desde que fui soltera, yo siempre me manejé yo con mi plata y él con su plata.”

En 1997 su marido (maestro panadero) queda desocupado por el cierre de la confitería donde trabajaba. Con ahorros pusieron juntos un negocio “Todo por 2 pesos” que quebró en 2001. Desde entonces busca trabajo. Llegó al comedor hace dos años, trabaja cuatro horas diarias, recibe un Plan. Su marido hace changas y también cobra un Plan Jefes y Jefas de Hogar.

Características de la estrategia de supervivencia

En este apartado vamos a describir alguna de las principales características de la tarea comunitaria del tipo comedor en tanto componente de la forma en la que las entrevistadas contribuyen a la reproducción familiar. La idea de “estrategia de supervivencia familiar” es utilizada por Bourdieu en “El Sentido Práctico” (1980) para explicar la forma en que los casamientos influían en la mejora de la posición y capacidades que un grupo social tenía para resolver sus necesidades materiales y constituir su universo simbólico. Aquí se utiliza la noción estrategia de un modo más amplio; como forma de aludir a aquellas prácticas que se realizan regularmente en pos de garantizar la reproducción familiar. La antropóloga argentina Hintze distingue a su vez las estrategias de supervivencia de las “Estrategias alimentarias de reproducción (EAR)”; especificando con esta denominación al conjunto de las actividades que los sectores populares realizan para satisfacer sus necesidades alimentarias, las que no pueden cumplir plenamente vía el ingreso monetario” (Hintze, 1989).

Pero la diferencia sustancial entre el enfoque bourdiano y el que se propone aquí es del orden metodológico. Aunque en el cierre de este artículo se reflexionará más extensamente sobre los alcances

de la metodología aquí aplicada, es importante aclarar que éste no es un estudio de las “estructuras de parentesco”. Por el contrario, es un estudio que bucea entre las percepciones individuales que las entrevistadas tienen sobre la tarea que desarrollan. Buscando realizar a partir de éstas una reflexión sociológica sobre una forma colectiva de resolución al problema social de la reproducción de la vida cotidiana.

Para complementar la perspectiva individual de las entrevistadas, en este apartado se incluyó una mirada fenoménica sobre las tareas comunitarias en sí, incorporando algunos elementos que permitan enmarcar la actividad de este comedor puntual en una más amplia forma social de distribución de recursos. De esta manera, fijaremos primero la atención en la forma en que los recursos que provee el comedor son administrados por las entrevistadas. Esto es, avanzar hacia una descripción de la forma en la cual las entrevistadas componen su ingreso a través de la “estrategia” de participación en el comedor.

En un segundo momento, observaremos el contexto en el cual se produce esta potencial composición del ingreso de las entrevistadas y reflexionaremos sobre la forma en la que socialmente se “producen” comedores comunitarios.

Las estrategias de ingreso de las entrevistadas

¿Cómo se sobrevive sin un único ingreso suficiente para cubrir todas las necesidades familiares? Como se dijo ya en la introducción, las entrevistadas reciben tres tipos de “beneficios” por la tarea realizada: uno en dinero (plan o subsidio) otro en mercadería (“Vale Ciudad” o bolsones de alimentos) y finalmente otro en raciones de comida elaborada que ellas mismas retiran del comedor para sus familias (son trabajadoras y beneficiarias del mismo). Un conjunto de pequeñas retribuciones son características de esta estrategia de supervivencia: “Siempre te arreglás, un puchito de aquí otro de allá”, según palabras de una entrevistada.

Este conjunto de retribuciones suele ser inconstante, irregular. Hay períodos en los cuales, por ejemplo, se reciben cantidades extraordinarias de mercadería (un caso típico es para la fecha de las fiestas de fin de año). En otros períodos, la cantidad merma. El comedor como oportunidad de ingresos para sus integrantes (como para sus “beneficiarios”) es muy sensible a los contextos políticos y

fiscales. En el próximo apartado trabajaremos este punto en particular. Lo que se quiere esbozar aquí es que la característica central del comedor como una forma de adquirir recursos mantiene a sus trabajadoras en un umbral mínimo de subsistencia. Una de las entrevistadas nos dijo:

“Te ayuda. El tema de la comida, por ejemplo, está bien, vos cobrás tu plan y bueno, sabés que tenés que pagar la luz, que tenés que pagar... son pequeñas cosas, pero te ayuda.” (Elvira).

En el estado de necesidad que implica la escasez de fuentes de ingreso y sus niveles reales, este tipo de conjunto de retribuciones es sin embargo muy importante y constituye la clave de la supervivencia para innumerables familias:

“La ayuda ésta es bastante grande, por lo menos para nosotros es bastante grande, nos alivia mucho. Y la comida cuesta hoy en día. Hasta un plato de sopa te cuesta...” (Ana).

Esta retribución, por supuesto, no llega a cubrir todas las necesidades del grupo familiar de las entrevistadas, porque con ciento cincuenta pesos nadie vive, acordaron todas las entrevistadas. Y en términos de estrategia de supervivencia este tipo de ingresos se debe complementar con otros provenientes de las ocasionales changas de las entrevistadas, o de ingresos de otros miembros de la familia. Nótese que por un lado estamos tomando todas las oportunidades de obtención de recursos (monetarios, en especies y en “servicios”) como un ente, como un conjunto objetivado de prácticas a la que se le atribuye cierta lógica. Como una “estrategia”. Si tuviéramos que sintetizar hasta aquí en qué consiste esta estrategia, se debería afirmar que se trata de un conjunto de actividades (de las cuales el servicio de comida es una parte) cuya participación permite una transferencia de recursos materiales (mercadería y raciones de comida, aunque también de otra índole²) y monetarios. Visto siempre desde la óptica de un solo miembro

2 En una organización como la que se describe, la capacidad de obtención de recursos es variada; o si se prefiere, el rango de “demandas” es más amplio que la básica respuesta inmediata a la necesidad alimentaria de una población. En el caso estudiado, el origen de la organización tiene la demanda por el acceso a la vivienda como central, y ha incorporado (como tantas otras organizaciones a partir de finales de la década del ‘80) la demanda por alimentos. Tal es así que la disputa por planes de vivienda ha sido exitosa en este caso, obteniendo algunas de las personas que participan en la organización, viviendas a pagar construidas especialmente por el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.

del grupo familiar, las entrevistadas, esta estrategia consiste en la adhesión de un miembro del grupo familiar a organizaciones comunitarias (con distinto grado de institucionalización) donde circulan estos recursos. Estamos aquí centrados en la actividad del comedor, pero los recursos que circulan por este tipo de organizaciones incluyen otros rubros que alimentos y planes sociales. De esta manera lo “estratégico” consistiría en que una familia posibilita/restringe la participación de uno o más de sus miembros (mujeres generalmente) en este tipo de actividades para captar parte de esa circulación de recursos.

Racionalidad y género en las estrategias de supervivencia

Sin embargo, esta forma de pensar una “estrategia de supervivencia” sólo puede ser el comienzo del análisis. Si se constriñe el mundo de fenómenos a sólo esta forma de constituir las prácticas sociales en función a la obtención de recursos, estaríamos reduciendo las relaciones sociales a una única lógica costo-beneficio. Y en esa lógica, lo que sólo valdría la pena analizar sería si tales prácticas son las menos costosas (personal o socialmente) para alcanzar tal o cual beneficio. Sabemos que no es posible sino esbozar aquí una discusión sobre la naturaleza cartesiana del hombre. Sin embargo es conveniente atender a la recomendación de Max Weber en su más célebre obra:

“La acción real sucede en la mayor parte de los casos con oscura semiconciencia o plena inconsciencia de su ‘sentido mentado’. El agente más bien ‘siente’ de un modo indeterminado que ‘sabe’ o tiene clara idea; actúa la mayor parte de los casos por instinto o por costumbre. Sólo ocasionalmente se eleva a conciencia un sentido (sea racional o irracional) de la acción. Una acción con sentido efectivamente tal, es decir, clara y con absoluta conciencia es en realidad un caso límite. Toda consideración histórica o sociológica tiene que tener en cuenta este hecho en sus análisis de la realidad.” (Weber, 1992).

¿Cómo se produce la elección de participar en un comedor? Si nos aferramos a la idea de una estrategia como un conjunto de prácticas basadas en un cálculo racional debemos suponer que hay cierto grado de conciencia en los actores que eligen que un miembro del

grupo familiar se involucre en ciertos tipos de organizaciones para responder a las necesidades. Desde el enfoque del Banco Mundial, por ejemplo, la decisión familiar de la incorporación del mercado laboral de las mujeres en períodos de crisis (choques sistémicos) consiste en la búsqueda de la ampliación del ingreso familiar y depende de la “carga de responsabilidades domésticas” atribuidas diferencialmente al quintil de ingresos:

“Los hogares pobres tienden a tener más niños y menos mecanismos de ahorro de trabajo que lo que tienen los hogares más pudientes. Esto hace muy valioso el trabajo domiciliario de las mujeres pobres (...) Además éstas tienden a tener menos educación que las mujeres de los hogares más pudientes, tienden a emplearse en el servicio doméstico donde los salarios son bajos. La combinación del valor de la producción doméstica y de los bajos salarios esperados lleva a que la probabilidad del ingreso en la fuerza de trabajo sea menor en comparación (...)” (Banco Mundial, 2001).

Es decir, ese cálculo dependerá de lo acuciante de la necesidad, dado que sería menos probable que, en general, las mujeres de los hogares pobres “salieran de la casa” en búsqueda de ingresos. En el caso de nuestras entrevistadas ese cálculo podría ser enriquecido con una perspectiva generacional: ellas son en su mayoría mujeres de edad madura, con hijos mayores o adolescentes. Esto presupondría cierta “liberación” de la “carga en el trabajo domiciliario” que permitiría a su vez una reducción en el costo familiar de ampliar sus horas fuera del hogar.

A lo que podría sumársele, dentro del proceso de cálculo, otros dos componentes referentes al rol tradicional, patriarcal que implica para la mujer en el hogar: a) Las tareas en el comedor son esencialmente “domésticas” (cocinar, limpiar, ordenar); b) El ámbito en el que se realiza (la organización comunitaria) sería el característico: los varones encontrarían en el trabajo (Banco Mundial, 2001) o en el grupo de “cuates” para Lomnitz (1975) sus ámbitos de sociabilización por excelencia, mientras que las mujeres encontrarían su grupo de pares en las relaciones familiares cercanas (Lomnitz, 1975) o en las asociaciones formales e informales de vecinos (Banco Mundial, 2001).

Así, cruzando con determinantes según el género, el nivel de ingresos, educación y la edad, se podría suponer un “cálculo” que inclinara la balanza positivamente hacia la participación en este tipo de organizaciones. Sin embargo, aún nos queda el nada sencillo problema que presenta el registro de las percepciones de los propios entrevistados: ¿Son conscientes de este cálculo? ¿Qué

declaran cuando se los interroga sobre su decisión de participar en organizaciones comunitarias? Reproduzcamos aquí un cuadro elaborado en el documento “Estrategias de Supervivencia de los hogares urbanos frente a la crisis económica en la Argentina”, del Banco Mundial en base a la Encuesta de Capital Social (Incluye una diversidad de organizaciones, entre ellas de índole religiosa).

La cuestión del sentido de las prácticas

“El mundo práctico” escribió Bourdieu “es un mundo de fines ya realizados” (Bourdieu, 1991). Una observación altamente sensible, en el momento de pensar una descripción de los sentidos de las prácticas comunitarias de nuestras entrevistadas. Ese mundo de fines ya realizados, ese contexto en el cual se inscriben las prácticas es, a su vez, condición de posibilidad de sus percepciones. Aunque es sumamente importante entonces lograr un esquema conceptual apropiado para darle un alcance preciso a ese contexto, las limitaciones de este trabajo sólo nos permiten una mención: la historicidad de las prácticas que incluyen las tareas del comedor remiten a un complejo tramado de vínculos relacionales, representaciones y trayectorias de vida que tiene como eje analítico la actividad en sí. Este tramado incluye dimensiones tales como: la relación entre diversos sectores sociales con las agencias gubernamentales o la reestructuración del sistema de percepciones socio-político, que implica la desestructuración de las estrategias de reproducción social basadas en la inclusión salarial. Esta breve mención nos permite percibir la complejidad de tal contexto.

Pero aun sin disponer de la ocasión de profundizar sobre esta trama, queda claro dada la visibilidad de la política pública (tanto como fuente de recursos que perciben las entrevistadas como tema instalado en el debate público), que el marco en el que esas prácticas se institucionalizan está sin lugar a dudas atravesado por la forma en la que la sociedad argentina por intermedio del Estado encarna el problema de la pauperización de vastos sectores de la población.

La actividad comunitaria en sí, con soporte jurídico en la figura de “asociación civil”, implica un proceso de institucionalización de las prácticas sociales que permita y dé sustento a la reproducción de estas estrategias de supervivencia. El comedor es entonces un proceso de institucionalización de prácticas sociales caracterizado

por el triple vínculo entre grupos humanos con la iniciativa y la determinación de organizarlo, sectores sociales que aprovechan y alimentan esta determinación y el sustento social a través del recurso monetario canalizado por las agencias gubernamentales en forma de subsidios directos o indirectos. Dicho con otro acento, el tenor de las políticas públicas está presente en cada recorte que se haga de esa relación de “estaticidad” (Grassi, 2004) de la cuestión social. Esto es, esa tríada de relaciones impacta de forma indeleble sobre las prácticas concretas que nos ocupan.

El elemento a observar (cual punta del ovillo) del impacto de esta trayectoria de institucionalización que implica esta tríada relacional es, en este texto, aquel que nos remite, en principio, a la noción de “disciplina” foucaultiana: ¿De qué forma se organiza la disposición espacio-temporal de las actividades? ¿Qué elementos configuran el “disciplinamiento de los cuerpos”? O ¿Qué se le exige a los sujetos participantes como condición de inclusión en este tipo de prácticas? Hay, desde ya, una respuesta provisional a tales interrogantes cuando extraemos una de las características más contradictorias de la política pública: la que proviene de la noción de contraprestación³. En principio, es una obligatoriedad que sólo opera formalmente sobre una cantidad de horas/hombre diarias (cuatro horas) y no sobre una tarea concreta. La tarea, por el contrario, la controla, regula y establece la organización que administre los planes⁴. Esto es (para el caso del Plan Jefas y Jefes de Hogar, el más difundido) el beneficiario debe hacer algo por cuatro horas diarias.

3 Es interesante que la noción de “contraprestación” ya aparece a mediados de los años veinte en la obra de Marcel Mauss *El don*. Allí la contraprestación o la devolución de un regalo, de algo dado (un don), forma parte de un proceso eterno de interacción social. El dar-recibir-dar es, para este autor, la forma en la que se estructuran las relaciones sociales.

4 Si bien, por ejemplo, los planes Jefas y Jefes de Hogar están diseñados como un subsidio que el Estado nacional otorga directamente a determinados ciudadanos, su implementación, desde el comienzo, dependió de organizaciones gubernamentales (municipios), políticas (partidos), sociales (ONGs) e incluso religiosas que actuaran como administraciones intermediarias. En el caso de “piqueteros” (que es un “*leading case*” ya que grupos que se pueden considerar como tales –por algunos autores al menos– fueron los destinatarios de los primeros Plan Trabajar I), las organizaciones políticas han sabido negociar un “cupo” (una cantidad de planes sociales) que pueden otorgar discrecionalmente por supuesto. Este aspecto está trabajado para el caso del Plan Arraigo en la tesis de maestría “Las metamorfosis del clientelismo político” de Miguel Trotta. (Trotta, 2003).

Disciplinas

A partir del supuesto adoptado en el inicio de este apartado, pensamos que el mundo de sentidos (el mundo práctico) puede tener un nivel de registro que apunte a esta tríada relacional en el proceso mismo de institucionalización de las prácticas. La búsqueda de sentidos se realizará entonces sobre el vértice de la percepción de la obligatoriedad y el origen social de los beneficios recibidos. Paradójicamente, el cumplimiento de la cantidad de horas sería lo único parecido a un “*Job description*” en este tipo de tareas. El único elemento formal exigido como cláusula de permanencia en los subsidios sociales (incluso acarreando la contradicción que implica contraponer un criterio focalizado –población objetivo– con una informal noción de merecimiento de tales subsidios).

En este punto es interesante preguntarnos nuevamente: ¿Entonces cómo se produce la construcción de sentidos en torno a la actividad? Y nuevamente debemos observar las características específicas de esta “estatización de la cuestión social”. Una central es la situación de “obligatoriedad” de la tarea en función de los requisitos formales que impone, por ejemplo, el subsidio Jefes y Jefas de Hogar o el Plan Autoempleo: la “contraprestación”. ¿Es esa obligatoriedad un componente que transforma la tarea comunitaria en un “trabajo”?

Para registrar la obligatoriedad, el procedimiento seguido entonces fue recurrir a asociar en el momento de la entrevista a las prácticas desarrolladas con la noción de “trabajo”. El objetivo era llevar a las entrevistadas a lo que se supuso era un “marco” (Goffman, 1974) común de percepciones que fuera capaz de ordenar la secuencia narrativa a obtener, preguntándoles: ¿Para vos, esto es un trabajo?:

“Para mí es como un trabajo, porque dentro de todo, cuatro horas es como ir a limpiar cuatro horas en una oficina, viste, pero nada más que es muy diferente.”

¿Muy diferente? ¿En qué reside la diferencia? Para nosotros la diferencia obvia no es otra que las llamadas “relaciones sociales de producción” desde cierto marxismo, o si se prefiere, las relaciones laborales en sí mismas: cómo se articulan estos grupos humanos. “Donde somos todos compañeros, se hace todo, viste, en grupo”, al decir de una entrevistada. Otra entrevistada fue muy clara a este respecto:

“[...] hay estas cosas que da el gobierno y aunque no esté trabajando bajo dependencia con un patrón estrictamente, te sentís bien, porque es como si fuera la familia, estás haciendo algo, estás trabajando cómodamente...” (Edna).

Diferencia que si bien es obvia es importante leerla desde la intensidad que esas relaciones sociales le aportan a la percepción misma de la tarea. Es decir, aquello que las entrevistadas entienden que es un valor positivo para ellas; aquello que para las entrevistadas es el principal aporte que esta tarea les da como individuos. El principal sentido subjetivo de la tarea está puesto en el papel psicosocial que cumple en la vida de cada entrevistada. “*Es como una... como una terapia*”, como lo definió una entrevistada. “*Desahoga un poco los nervios*”, como lo dijo otra.

Este elemento supera ampliamente la dimensión instrumental de las prácticas de supervivencia, en la cual la búsqueda (racional) de la retribución estaría en primer plano. Una dimensión psicosocial que se nutre de múltiples trayectorias individuales. La necesidad se complejiza con otros elementos que reflejan las historias de las entrevistadas. La soledad, el aburrimiento, la necesidad de sentirse útil o de sentirse parte de un grupo son componentes presentes en estas historias.

“Pedro: Y mucha amistad, mucho cariño, el cariño de la gente... capaz que allá donde vivo yo la gente no... no tengo la amistad que tengo acá, viste, acá conocí mucha gente, yo con la única que me comparto es con la familia de la señora, la..., la gorda. Yo todo el día a la tarde voy, estoy en la casa de ella, los domingos a veces voy a algún cumpleaños que se hace ahí, porque después viste, no...”

Entrevistador: *Porque vivís solo.*

Pedro: Claro, y acá viste, conocí gente y eso me ayudó bastante, muchas veces... o sea... entrando acá me olvido de los problemas, yo a veces tengo problemas con la nena, que no, no me manda... mi señora no me manda la nena, la voy a buscar y no me la da y... a veces me pongo loco, viste, y vengo acá y todo eso no... los problemas que uno tiene, viste, acá los olvidás.”

Otro caso es el de Edna:

“...yo me quedo quieta y me quedo encerrada en mi casa y me aburro y pienso muchas cosas... feas, pienso cualquier cosa. Si salgo así, yo, no me pasa, no me acuerdo... Camino mucho porque me gusta caminar. Me hace bien y me gusta a mí estar... hablar... conversar... estar contenta... acá yo me siento como... ¡hacé de cuenta que es mi familia! Me siento bien, por eso me quedo, me quedo acá todo el tiempo y después me voy.” (Edna).

En estas historias no es el tema de la desocupación el central, sino situaciones personales. Sin embargo también aparece el tema de la desocupación como central para interpretar el lugar que ocupa esta actividad en la vida de las entrevistadas, como en el caso de Marta:

“Lo que pasa es que al no haber trabajo, o tener una edad, es como yo digo, una persona de cuarenta y cinco años... ¿no servimos más entonces! A pesar de que tenemos más experiencia de todo, pero aparentemente para las empresas no servimos más, entonces el por qué nadie te lo puede explicar, nadie te da explicaciones del por qué. Entonces desgraciadamente qué hay que hacer, bueno, se abre un comedor, y si se lleva la gente bien, y se trabaja bien, tiene que andar, aunque sea para de ahí sacar una fuente de trabajo más o menos para poder ayudar a la gente también, a pesar de que uno se ayuda a sí mismo, ayudar a la gente.”

Esta dimensión psicosocial configura el espacio de relaciones al punto que surge algo así como una “disciplina laboral”, una expectativa que los actores ponen en relación a la forma en la que se debe realizar la tarea. “*Ya que como en todo trabajo, siempre vas a ver que uno hace las cosas y... los otros mirando arriba, ¿viste?*” La ausencia de la figura de un “jefe”, lo abstracto de la obligatoriedad (a la postre, imposible de punir el caso de ausencia de contraprestación) no evita que el grupo constituya normas de comportamiento que organicen la experiencia cotidiana del trabajo comunitario. Se observa una “ética” del trabajo comunitario:

“el tema es que la gente trabaje, no cobrar un plan, viste, y no trabajar, el tema es cobrar un plan pero por lo menos gane los ciento cincuenta pesos. Venís cuatro horas, ocho horas, no sé, lo que te toque, pero vení y cumplí, en eso yo estoy de acuerdo, a mí no me gusta.”

Como lo explica Inés:

“Sí, sí. Porque ponéle que hoy a vos te tocaba venir a laburar ¿no? Y vos viniste pero... a quedarte sentada... Eso a nosotros no nos sirve, porque si vos venís y estás cobrando el plan, lo mínimo, vení y hace algo, claro, aunque sea, no sé, eeh, hacé como que vas y lavás un plato, algo, pero de repente hay gente que necesitan el plan y no, no lo tienen, y el que lo tiene no lo sabe aprovechar, entonces se habla, se hace una junta, y en esa junta se dice quién participa y quién no, y el que no participa o el que está cobrando hace más de dos años, porque hay gente que cobra desde hace más de dos años y no viene, no se presenta ni siquiera cuatro horas por mes, entonces qué se hace, que se habla, y... se baja el plan, para la gente que en verdad lo necesita.”

Estar, cumplir con el horario es uno de los pilares de esa ética grupal. Incluso al costo de hacer que se hace algo. Algunas entrevistadas expresaron con orgullo su cumplimiento a esta norma grupal:

“¡Y yo, no sabés!! No, nunca faltó yo.” (Carolina).

“No vengo un día y... yo por más enferma que esté yo me vengo, yo me vengo porque es algo que ya lo llevás acá [se señala el pecho], viste.” (Flavia).

La palabra trabajo en boca de las entrevistadas

En tal contexto de empleabilidad, la idea de trabajo ensancha las fronteras de sus significados, y una multiplicidad de actividades podrían caer bajo esta denominación. De hecho, formulada esta pregunta a las entrevistadas (¿considerás esto como un trabajo?) implicó de alguna manera forzar su percepción cotidiana para adecuarla a un marco teórico; en donde era necesario incluir las tareas comunitarias como una forma de trabajo. Para nosotros, en un primer momento, queda claro que cuando las entrevistadas eligen la palabra trabajo para denominar las tareas que están desarrollando, es un proceso consciente en ellas que opera discursivamente. En las entrevistas nos encontramos constantemente con fragmentos de discurso que, a las claras, dan cuenta de la condición política propiamente dicha de la “organización de la experiencia cotidiana”. Son “fabricaciones”: “el esfuerzo intencional de uno o más individuos por manejar una actividad de manera tal que uno o más otros puedan ser inducidos a tener una creencia sobre lo que está pasando” (Goffman, 1974), que se ponen en juego para “compartir” una visión homogeneizante de la cotidianidad. Los discursos colectivos forman parte de la constitución de sentidos que los propios actores realizan al entenderse como sujetos. La repetición de ciertas frases, determinadas líneas argumentales, nos fueron mostrando que en algunos actores se tiene una firme conciencia de su posición en el campo de la negociación de sentidos y de nuestra posición en tanto que académicos. Apareciendo frases al estilo de “yo lo tomé como un trabajo”, o “para mí es como un trabajo”. Una de las entrevistadas dijo:

“Mirá, yo lo tomé como un trabajo, una responsabilidad que tengo que venir todos los días, porque la gente tiene que llevar la comida todos los días, lo tomé como una responsabilidad de un trabajo.”

Como concluyen otros autores que trabajaron sobre actores muy parecidos:

“La condición de ser beneficiarios de planes de asistencia estatal, que constituyen el principal ingreso familiar, supone la dificultad de encontrar definiciones del sí mismo que asuman la función de estructuradores de la vida cotidiana. Asumir una auto-definición que articule rasgos identitarios es ardua en un contexto de precarización de los ejes ordenadores de la vida en la que los sujetos han construido sus representaciones de lo que es deseable para sí mismos.(...) Los planes sociales, el ‘trabajo’ de los entrevistados, no logran crear mojonos de sentido en que los individuos se apoyen para reconstruir una vida cotidiana en términos de ‘normalidad’.” (Donatello *et al.*, 2005).

Claro está que la idea de “normalidad” es sólo eso. Según el Plan Nacional de Seguridad Alimentaria, en el primer semestre de 2004 se entregaron Módulos Alimentarios a 18.000 familias, a lo que se le suman 50.170 “prestaciones individuales” (a través de la asistencia alimentaria a comedores comunitarios), y otras 6.500 (a través de emprendimientos de agricultura urbana) correspondientes a cerca de 105.000 personas o 3,5% de la población de la ciudad.

Sinsentidos del sentido

La retribución por la tarea realizada, aunque sea lo primero que resalta cuando se suele pensar en trabajos comunitarios, no es el único componente que nos permitiría pensarlos como una forma de trabajo contemporánea. La palabra trabajo es sin lugar a dudas una de las más cargadas de sentidos en la vida cotidiana de cada persona, e intentar una definición nos llevaría seguramente a reconstruir gran parte de la historia del siglo XX. Una perspectiva filosófica muy conocida es la que postulara Hannah Arendt en “La Condición Humana”, donde entiende que el trabajo, el hacer, es constitutivo del hombre moderno; que la autora entiende en sí como “homo faber”. El trabajo entendido a partir de la segunda mitad del siglo XX (asociado al Estado de bienestar, trabajo protegido, legislado, en cadenas de producción fordista) es prácticamente, en términos de Ulrich Beck (2001), una “categoría zombi” en el grupo estudiado: un componente presente culturalmente pero cada vez más alejado de la cotidianidad.

Esto nos lleva a preguntarnos sobre lo que podríamos llamar el “contexto de empleabilidad” que ofrece el comedor. Es decir, pensar

sobre la forma en que socialmente se generan estas oportunidades de ingreso para las entrevistadas.

Contexto de empleabilidad

Mantener la categoría de trabajo como ordenadora del análisis supone (correctamente) que las familias requieren para su reproducción ciertos ingresos que deben generar a través del intercambio de su fuerza de trabajo por dinero o incluso equivalentes. Y en el sentido del intercambio de fuerza de trabajo por dinero, es posible relacionar estas tareas comunitarias con un sistema de reproducción social, en el cual uno o varios miembros de una familia son un componente y el Estado es otro (el “comprador” de la fuerza de trabajo). Es decir, por un tipo de relación que el Estado nacional, provincial o municipal establece con su población. Por supuesto que el tipo de relación que se establece a través de este tipo de políticas públicas excede ampliamente un enfoque centrado en roles típicos de empleador y empleado. Pero podemos afirmar, siguiendo a Grassi: “en sentido general, la política social no es otra cosa que la forma política (es decir, “estatalizada”) de la cuestión social” (Grassi, 2004).

Esta forma de “estatizar” la cuestión social (para seguir el léxico de esta autora) tiene una historicidad que conviene al menos mencionar brevemente: si bien puede rastrearse hasta principios de la década del ‘30 (con los primeros programas de Copa de Leche), su gran expansión y sistematización, diversificación y superposición, forman parte del viraje neoliberal en la concepción del Estado. Viraje sintetizable como un cambio en el papel del Estado, y por ende su forma de “estatizar” la cuestión social, caracterizado por el paulatino abandono del modelo del Estado benefactor (Rosanvallon, 2004; Castel, 1997). Y en especial con el abandono de su concepción de políticas públicas “universales” y su reemplazo por un modelo de política pública a “cuenta gotas”: pequeños “parches” que serían puestos en donde se produjeran los mayores daños de la transformación estructural (Trotta, 2003). Esto es, la idea de “focalización” de las políticas públicas.

En la Argentina contemporánea esta transformación de la política pública comienza con el Plan Alimentario Nacional (PAN) en 1985 y continúa con su posterior reemplazo por diversos subsidios

monetarios (más focalizados aun). Estatización espasmódica de la cuestión social (la lógica de la “ambulancia”) para hacer frente a, por ejemplo, los saqueos que coronaron la hiperinflación de 1989 y el cambio anticipado de gobierno, y posteriormente las crisis políticas del interior del país (Cutral-Co 96 y Mosconi 97, para citar algunas) a mediados de los ‘90 (Torres, 2001; Auyero, 2002; Trotta, 2003; Massetti, 2005). Dicho de manera más sencilla: “El objetivo de la política social pasó a ser el de administrar la situación de pobreza focalizando en los bolsones más pobres entre los pobres” (Guimenez, 2004).

En un sentido muy importante, considerar al Estado como “empleador” es forzar la lógica de esta “estatización” de la cuestión social vista en perspectiva histórica. Un análisis de la amplia variedad de planes sociales que se generaron especialmente durante los noventa, nos permitiría dar cuenta que en su gran mayoría no estuvieron orientados a establecer una relación laboral con el Estado, no fueron eficientes en incentivar la empleabilidad privada, ni han logrado revertir siquiera parcialmente la degradación de las condiciones de empleo. Por el contrario, han generado una mayor precarización laboral. Un caso a mencionar son los subsidios directos o indirectos a empresas privadas a través de los cuales el Estado financia una parte del costo laboral por un período de tiempo (pagando al beneficiario a través del subsidio una parte del salario, beneficiando impositivamente a las empresas o subsidiando a los empleadores). Este tipo de estrategias han generado múltiples situaciones especulativas (en todas las partes intervinientes) generando un empleo de baja remuneración y sumamente inestable. Posiblemente la gran salvedad en este tipo de planes son algunos de los “Programa de Emergencia Laboral” (PEL). En algunos casos, los gobiernos municipales otorgan un subsidio de \$500 por seis meses, renovable, para integrar a determinados trabajadores a sus plantas laborales (con una carga horaria de 30 hs. semanales). Decimos la gran excepción, porque a precios de mercado es éste el mejor plan disponible e implica (a veces claro) una real inserción laboral, aunque exenta de las cargas y responsabilidad fiscal de rigor (son trabajos, en definitiva, en negro y por afuera de la compleja trama de categorías y regímenes contractuales característicos del empleo estatal).

Antes de pensar al Estado como “empleador” cabe recalcar que, como se decía más arriba, la transformación del rol del Estado

arrasó al mismo tiempo (y casi como consecuencia natural) con las condiciones de empleabilidad que fueran características del mercado laboral argentino. Las regulaciones legales del empleo, las protecciones arancelarias a la producción local, la indiferencia sobre el control del precio de la fuerza de trabajo, la destrucción de la empresa pública son causales directos en la precarización de la fuerza laboral y a la postre, una resignificación de la palabra misma de trabajo.

Aquí cabe una aclaración metodológica sobre los alcances de este texto. La noción de “trabajo” es utilizada por diversas escuelas y aplicada por/en cientos de miles de estudios, discursos políticos, etc. etc., desde distintos enfoques y con múltiples finalidades. Tal diversidad obliga a precisar la manera en que se conceptualiza aquí esta palabra. En tal sentido, y como el objetivo de este texto no es afinar un instrumento de medición ni participar en los debates actuales sobre la merma de la capacidad de registro de los fenómenos de empleabilidad post desestructuración del mercado de trabajo argentino (a raíz de la hiper precarización de las relaciones contractuales), es posible permitirse acotar el interés sobre “trabajo” en el plano etnometodológico.

Enmarcando “trabajo”

Siguiendo la metáfora con la escritura musical que propone Goffman en su *Frame Analysis* de 1974, la palabra trabajo se pensará únicamente como una “armadura de clave”. Esto es, un componente cultural que ordena la experiencia cotidiana permitiendo responder colectivamente a la pregunta básica sobre los límites de la realidad perceptible. La pregunta teórica goffmaniana ¿Qué es lo que está pasando?; y su respuesta lógica (como punto de partida analítico) “Estamos trabajando”; nos permite introducirnos en la dinámica de construcción de sentidos que atraviesa las prácticas cotidianas de los sujetos.

Desde este enfoque podemos también recuperar el contenido de la palabra trabajo en la trayectoria socio-cultural de la Argentina. Un dato ampliamente significativo y que da cuenta del peso de tal “armadura de clave” es que esa palabra se halla en el corazón del proceso de sociabilización de los argentinos. Y esto desde al menos la década del cuarenta, cuando la transformación de la estruc-

tura productiva hacia el modelo de sustitución de importaciones necesitó de una nueva matriz de percepción. En aquellos años la incorporación de un sentido para la palabra trabajo era producto de múltiples fuentes, pero en especial desde el mismo sistema de educación formal. A través de los famosos manuales Kapelusz la institucionalización del sentido de la palabra trabajo adquirió la doble característica de realizarse en masa sobre la población más joven.

Aunque no es el objetivo de este texto desarrollar una historia de los sentidos de la palabra trabajo en la Argentina, un ejemplo de este proceso de sociabilización es muy interesante para esbozar un posible contraste entre el pasado (entendido como contenido normativo, un deber ser) y el presente (entendido como la búsqueda de “claves” que sean operativamente más acordes con la percepción actual de la realidad).

En el manual Kapelusz para sexto grado (niños de 11 a 13 años) de fines de los '40 utilizado en las escuelas de la Ciudad de Buenos Aires nos encontramos con definiciones institucionales de aquella palabra trabajo. En un apartado titulado “El trabajo como deber social” se lee:

“La sociedad exige de todos sus miembros adultos una contribución útil para su sostenimiento. Cada uno, de acuerdo con su edad, su capacidad y su cultura, debe aportar el fruto de sus esfuerzos al patrimonio común.” (Kapelusz, 1949).

A través de este tipo de ejemplos podemos imaginar una dimensión simbólico-normativa del proceso de inclusión social a través de la “salarización” (siguiendo la hipótesis de Robert Castel). El marco performativo de la palabra trabajo está, en principio, entonces, ligado a la idea de pertenencia a un todo; en clave contractualista. La “contribución útil” delimita la tensión entre los beneficios individuales y el bien común. Pero éste no es el único sentido que reviste en esta fuente la palabra trabajo. Citando este manual destinado a las escuelas primarias un discurso del presidente Perón (con el que termina el texto del manual) se observa que trabajo y sistema industrial tienen una raíz común:

“El universo entero es una fábrica: todo trabaja en él. Hasta lo inanimado es animado. ¿Animado por qué? Por el trabajo. En esa mole inmensa de piedra sideral que es la montaña, vive el trabajo infatigable, inmenso, que se esconde en su seno por los siglos. (...) Imitemos la fábrica del mundo, espejemos la vida de los hombres en la sabia Natura. El sol trabaja fuerte:

de su trabajo vienen el calor y la luz, toda energía que da a la vida la savia milagrosa. La tierra, con su esfuerzo permanente, trabaja, se fatiga y se renueva. Trabajar es vivir, transformar energías, repetir la labor del universo.” (Kapelusz, 1949).

“Trabajar es vivir” era una “armadura de clave” en la Argentina del pleno empleo. ¿Qué significa trabajo en la Argentina actual con un 70% de su fuerza laboral en “negro”, con más de dos dígitos de desocupación? Esta nueva realidad sociolaboral impacta ampliamente sobre las condiciones de reproducción de las familias argentinas. Y también tensiona las “armaduras de clave” aprendidas (algunas de nuestras entrevistadas podrían haber utilizado ese manual Kapelusz, o bien podría ser hija de uno de los antiguos alumnos de 6° grado de finales de los ‘40).

¿Cómo se reorganiza la percepción? Es disparatado pensar que esta forma de estatizar la cuestión social (los planes sociales) logre recomponer incluso la tensión entre condiciones de vida y percepciones. Guimenez, quien trabaja sobre el impacto de los planes sociales, concluye al respecto:

“la instalación de la precariedad como un estado natural asociado a condiciones flexibles de trabajo, polivalencia, trabajo en negro y bajos salarios, ha calado profundo. Y esta percepción es producida y reproducida sin cuestionamientos ni interrogantes acerca del proceso social que condujo a tal estado de cosas. La pregunta de cuál sería un trabajo ideal, o qué condiciones de trabajo no se aceptarían, encontró uniformidad de respuestas en todos los entrevistados sin distinción de edad. Ninguno de los hombres y mujeres con que hablamos, opondría resistencia, ni ningún tipo de condiciones, referidas a cantidad de horas, salario, seguridad social y medioambiente de trabajo. Esto quiere decir que las personas a quienes entrevistamos, están dispuestas a establecer relaciones de trabajo totalmente desventajosas para ellas.” (Guimenez, 2004).

Comentarios finales

Cuando nos referimos a las trayectorias sociolaborales de las entrevistadas nos permitimos presentar tan sólo tres relatos sobre las últimas porque a través de ellos nos fue posible resumir las múltiples trayectorias sociolaborales posibles en tres sencillas tipologías. Por supuesto que esta reducción sólo es útil en los términos de esta exposición. No se pretende así generalizar estas trayec-

torias como regla, como lo que se va a encontrar indefectiblemente en todos y cada uno de los comedores comunitarios. Son tipologías. Pero veamos en qué se fundan y en qué pueden ser útiles.

Estas tipologías contienen dos dimensiones centrales. La primera es la relación de las entrevistadas con el mercado laboral. Y la segunda la forma en que las entrevistadas relacionan su actualidad laboral con el marco más amplio de su historia personal en general (específicamente, su experiencia migratoria y familiar). Las tres tipologías se diferencian teniendo en cuenta el punto en el que se encontraban las trayectorias sociolaborales de las entrevistadas en el momento de comenzar a trabajar en el comedor. Así nos encontramos que, en un caso, esta tarea comunitaria representó una “solución” frente a un largo período de desocupación. La trayectoria de Betina es la de una mujer con un pasado de trabajadora fabril que luego de años de inactividad (primero elegida y luego contextualmente signada) encuentra en el comedor un ámbito sociolaboral posible. En el caso de Claudia, la inactividad es casi su relación con el mercado laboral a lo largo de toda su vida. Ella encuentra en el comedor su primer empleo. Para La Colorada (comerciante) la desocupación es reciente.

A primera vista, se podría afirmar que el comedor comunitario como formación sociolaboral opera como una suerte de “*catch-all*”. Es decir que contiene a personas con independencia de su trayectoria sociolaboral, y cuyo punto en común sería la necesidad de un ingreso. Como vimos en el primer apartado, las poco desarrolladas calificaciones requeridas para desarrollar tal actividad (cocinar, limpiar, etc.) apoyarían esta visión. Sin embargo, el costado más biográfico de las entrevistas deja entrever algunos aspectos que hacen de este tipo de actividades algo específico, que al tiempo que ofrece oportunidades de ingreso presupone cualidades personales diferenciadas. Y aquí la especificidad puede ser entendida de dos maneras: primero, como una forma de entender la presencia de estas mujeres en este comedor puntual; y segundo, como forma de postular las características que hacen del comedor comunitario un tipo específico de actividad sociolaboral.

Primera especificidad

Ahora bien, la primera especificidad no es tal si se enmarca este estudio en el enfoque de las “redes de intercambio” o de “redes

confianza”, como desarrolla por ejemplo Larissa Lomnitz (1975). El ingreso de nuestras entrevistadas a este comedor dependió exclusivamente de sus relaciones personales con las otras integrantes del mismo. Es decir, el ingreso a las tareas del comedor se relaciona con la “posición social” (Lomnitz, 1975) de las entrevistadas. Y al sostener esto no estaríamos sino actualizando para este caso lo que ya se ha desarrollado en otros casos en el contexto disciplinar de la antropología social e incluso anteriormente, la antropología colonial. Analíticamente esto nos llevaría o a dilucidar un circuito de referencias circularmente sostenidas, describiendo la topología de una red de contactos interpersonales; o a optar por registrar la “historia del comedor”. Esta segunda opción es atractiva porque es difícil pensar una actividad comunitaria por fuera de las trayectorias de organización de sus miembros. Y a decir verdad, para entender el surgimiento de este comedor concreto deberíamos ahondar en la historia organizacional (y relacional) del CAC. Algo de esto se hizo parcialmente en la introducción, que sin ser exhaustiva, nos permite visualizar al menos una larga trayectoria de politización, en la que la conformación de Organizaciones No Gubernamentales (ONGs) es uno de sus aspectos. Sin profundizar sobre este tema, es de remarcar aquí que pensar el CAC como ONG o como “agencia de desarrollo popular” según denomina John Clark (1991) a este tipo de organizaciones “intermediarias”, nos permite sopesar si la “decisión” de participar de sus miembros implica algún tipo de evaluación del contexto político en el cual está inserto, incorporando así ya una posible especificidad en los sentidos y motivaciones de sus actores.

Desde este aspecto, lo que se ve a través de la dimensión más íntima de las tipologías, por igual en los tres casos (aunque con distintas valoraciones) es que la participación en esta actividad implicó una “negociación” al interior de la familia. Y en esta negociación se entrelazan dos componentes, a saber: por un lado, la aceptación/rechazo del entorno familiar a que nuestras entrevistadas se involucren en actividades sensibles a la estigmatización (a la valoración negativa) en tanto que se caracterizan como “políticas”. Y por el otro la aceptación/rechazo a la participación en tareas “fuera del hogar”; esto es una resignificación del rol de las entrevistadas en las estrategias de supervivencia familiares.

Sobre este segundo componente algunos autores (Donatello *et al.*, 2005; Rauber, 2001) se posicionan para dar cuenta de un amplio fenómeno de resignificación de los roles femenino/masculino

al interior del campo popular. El hombre se “desmasculiniza” en tanto que pierde la capacidad de proveer sustento y la mujer adopta un rol más activo como proveedora de recursos. Como nos dijo una entrevistada, la mujer se pone los pantalones. Pero este tipo de análisis es recurrente en los estudios sobre los efectos psicológicos de la desocupación y su impacto en el entorno familiar (Kessler, 1997). Y esta mirada sobre la resignificación de roles masculino/femenino, nos remite, a decir verdad, a un contexto analítico más amplio. A procesos sociales de más larga data y extensión. Y su mención aquí no nos permite distinguir si es específico de este fenómeno de comunitarización sociolaboral o si por el contrario sólo es también un registro más de procesos más generales. Aún así es de notar que en los relatos de las entrevistadas aparece este “empoderamiento” como una de las virtudes que esta actividad les ofrece: se lo considera un ámbito de realización personal (como se ha visto con especial énfasis en el cuarto apartado). Y se constata también que ha operado en el seno de la familia (y en la autopercepción de las entrevistadas) una revalorización de su posición personal en las estrategias de supervivencia familiares.

Pensemos ahora el otro componente presente en la “negociación” (aceptación/rechazo al carácter político). Como decíamos más arriba, observamos una “negociación” en el seno de las familias de las entrevistadas a raíz de la participación en el comedor. ¿Cómo opera la percepción de la pertenencia política del CAC en el sentido que las entrevistadas le atribuyen a la actividad? Es interesante notar que en términos generales el comienzo en la participación en el comedor opera como un ritual de iniciación política, en donde la dimensión política de esta negociación implica una resignificación de la participación política en sí. Tanto en el seno familiar como del espectro de sus relaciones más amplias (amigas, vecinas, etc.) las entrevistadas reconocen una tensión. Como comentaba una entrevistada: *“Me hinchan [en relación a sus familiares] ‘yyy, te vas ahí...’, porque vio que siempre habla la gente, ‘uh, los que van ahí, es un peligro’, pero yo no... [pienso esto] porque si va a pasar las cosas va a pasar en cualquier lado, puede pasarte en tu casa, en la calle...”*. El proceso de iniciación en las actividades identificadas como más políticas está enmarcado en un más amplio proceso de reorganización de la experiencia cotidiana. Lo que se observa es un claro registro en las entrevistadas de un antes y después en la percepción sobre la actividad política en general en relación a la experiencia personal.

Lo que observamos aquí es que, para las entrevistadas, lo que perciben en principio como actividad política se refiere casi exclusivamente a los aspectos más fenoménicos y visibles. En este caso, la participación en acciones de protesta (marchas, o más vulgarmente “piquetes”) y eventualmente reuniones. Esta percepción contrapone la experiencia propia con la opinión de terceros (inclusive tomando los medios de comunicación como tales). En este caso, la actividad comunitaria que propone la participación en el comedor, incluye dentro del rango de experiencias posibles la concurrencia a tales eventos. ¿Cuántas de estas experiencias políticas son significativas, en tanto que definitorias de los alcances y características de las tareas comunitarias que estamos describiendo? Esta pregunta nos permite entrar de lleno a la segunda forma de pensar la especificidad de un comedor comunitario de las características que estamos describiendo.

Segunda especificidad

Es por supuesto impensable separar la percepción individual del contexto de producción social de sentidos. Y sólo en términos analíticos es plausible comprender que el nivel de experiencia individual sobre lo que se considera como “político” sea diferenciable de los procesos políticos y culturales generales en una sociedad dada. Pero como apuntaba Geertz, el nexa entre la experiencia individual, lo político y cultural “es extremadamente oscuro y más oscuro es aun el intento de formularlo” (Geertz, 1995). Desde ya partimos de la idea de que “la vida cotidiana se presenta como una realidad interpretada” (Berger y Luckman, 1984). Pero nos preguntamos con Geertz sobre “cómo realizar un análisis de significaciones que sea a la vez lo bastante circunstanciado para resultar convincente y lo bastante abstracto para formular la teoría” (Geertz, 1995). La opción metodológica en este trabajo fue recurrir a la entrevista en profundidad como técnica de relevamiento de datos. Y, teóricamente, poner en tensión esas narraciones obtenidas con la idea de que nuestras entrevistadas recurren como estrategia de supervivencia a la participación en un comedor comunitario de tales características; que sería una accesible forma de procurarse ingresos. Forma coherente, si se quiere, con las dinámicas de acceso al ingreso características de los sectores más desprotegidos: la changa, la búsqueda de un puchito de acá un puchito de allá, la inestabilidad y la precariedad laboral, el subempleo, etc. Y en este

sentido, tampoco el comedor comunitario sería para sus trabajadoras o participantes algo específico (en términos de estrategia de ingresos). ¿Qué es lo socialmente distintivo entonces de este comedor comunitario?

La actividad comunitaria representa para sus trabajadoras una fuente de ingresos que, si bien magra, ayuda; esto es, forma una parte importante de la economía doméstica. En algunos casos incluso es la única fuente de ingresos. De todas maneras estos ingresos (y fundamentalmente el ingreso monetario proveniente de algún tipo de subsidio estatal) están por debajo de los mínimos promedio del mercado laboral (\$300). El monto, por ejemplo, del plan Jefes y Jefas de Hogar (el más difundido en el país) es arbitrario y anacrónico. Coincidió en el momento de su arranque con la cifra que se presuponía hasta finales de 2001 y principios de 2002 que delimitaba el ingreso monetario de los hogares pobres. Tal es así, que el entonces senador Eduardo Duhalde en ejercicio de la presidencia incluyó como consigna política que “se había terminado con la pobreza en la Argentina”, que “no había más hogares pobres”. Claro está que en el mismo momento de la implementación del plan ya el efecto inflacionario de la salida de la convertibilidad había duplicado esa línea de pobreza. Y hoy, para alcanzar esa línea, el plan debería multiplicar por seis su monto.

Queda claro entonces que cualquier estrategia de supervivencia centrada en actividades cuyo ingreso provenga de este tipo de vínculo con el Estado y su población, está condenada a reproducir las condiciones mínimas de existencia; que en tal caso garantizan (y por qué no: incluso, en buena hora). La discusión sobre por qué contentarse con esa mera reproducción de las condiciones mínimas de existencia sea el techo que tanto organizaciones como agencias gubernamentales acepten en la práctica como la única posible, es un debate necesario. Debate político que deben encarar principalmente las propias organizaciones y las agencias gubernamentales. Pero si hay algo que puede servir para pensar este sistema de reproducción social es que es fuertemente deficitario: no alcanza.

¿Cómo es que los actores se involucran en estrategias de supervivencia cuya más obvia particularidad es su insuficiencia? ¿Por qué se dedican a esto que ayuda pero no alcanza? Una posibilidad sería responder esta pregunta pensando que no tienen alternativa, pero sería excesivamente simplista. Otra, sería pensando que es la mejor alternativa posible; pero en ese caso, lo problemático sería

definir ese “mejor” (cómo se evalúa). Hagamos un intento en ese sentido.

Para empezar, la complejidad y sensibilidad del tema implican al menos situar metodológicamente este esfuerzo. ¿Qué lectura es posible entonces a través de la técnica de las entrevistas? ¿Cómo tomar los enunciados que son un proceso de elaboración, un puente entre el “mundo de la vida cotidiana” y el “mundo de la ciencia”? Nos viene a la mente una reflexión de Paul Ricoeur:

“(..) la volición no es paralela al juicio en cuanto comportamiento característico, son palabras; cuando se construye la volición sobre el modelo de la relación que tienen entre sí las ideas de un tal sobre tal cosa y tal otra, olvidamos un rasgo decisivo de la volición, a saber, que ‘lo que un hombre hace entra dentro de lo que quiere’, sin que pueda decirse de igual modo que lo que hace entra dentro de lo que cree.” (Ricoeur, 1981).

Es decir, quedarnos en la literalidad de la respuesta de los actores o en el recorte teórico para definir estas actividades como un trabajo, implica una reducción de la vasta complejidad que tiene como vértice estas estrategias de supervivencia. Por ejemplo, ¿cómo discernir si nuestras entrevistadas “realmente” creen que estas tareas son un “trabajo”? Como se puede ver, subyace aquí una cuestión epistemológica, teórica y ética que no permite fácilmente licuar esa complejidad en términos de manipulación de enunciados de los actores. Teóricamente para Goffman (1974) la falsedad o “veracidad” de la creencia dependerá del resultado de la acción. Una “fabricación” (de creencias) podrá presentar quiebres en función de su capacidad de definir una situación dada, de modo tal que no le provea al individuo una acertada evaluación de tal situación. Pero el riesgo metodológico de adoptar esa forma de validar la percepción sería caer en la construcción de lo social “como un espectáculo ofrecido a un observador que toma un punto de vista sobre la acción”; espectáculo “destinado únicamente al conocimiento”; reducido a “intercambios simbólicos” (Bourdieu, 1991). Ricoeur apuntaría que la: “decisión metodológica de no conocer la experiencia sino sus enunciados públicos implica el olvido de la cuestión de lo originario, la obliteración de la cuestión del origen del sentido.” (Ricoeur, 1981).

La solución bourdiana a este riesgo metodológico es el retorno a lo que él llama “la dialéctica del *opus operandum* y el *modus operandi*”:

“Los condicionamientos asociados a una clase particular de condiciones de existencia producen *habitus*, sistemas de disposiciones duraderas y transferibles, estructuras estructuradas predisuestas para funcionar como estructuras estructurantes, es decir, como principios generadores y organizadores de prácticas y representaciones que pueden estar objetivamente adaptadas a su fin sin suponer la búsqueda consciente de fines y el dominio expreso de las operaciones necesarias para alcanzarlos.” (Bourdieu, 1991).

Intentar entonces una descripción sobre por qué se recrean este tipo de estrategias de supervivencia (o cómo se evalúa ese “mejor”) nos obliga a referirnos a las condiciones de existencia de tales prácticas. Esto es, como ya dijimos siguiendo a Grassi, la “estaticidad” de la cuestión social; las políticas públicas. Pensar la actual política social (fundamentalmente basada en planes asistenciales) como la solución a la amplia degradación de la capacidad de reproducción de la vida cotidiana (una definición posible de “cuestión social”) es un absurdo y una entelequia: de hecho, como vimos, no fueron creadas para ello. ¿Es posible pensar que la subvención estatal directa (vía por ejemplo los FOPAR) o indirecta (vía los planes asistenciales) que de alguna manera posibilitan que algunas organizaciones intermedias recreen estos espacios comunitarios de trabajo sean al menos un efecto que (aunque no buscado) implique una “novedad” a futuro?

Ese “mejor”, entonces puede ser pensado a través de dos preguntas: ¿Que recompongan algo de aquella trama asociativa centrada en el mundo de la sociabilidad laboral? ¿O es que esta forma de institucionalización de la cuestión social será de aquí en más la única posible? Coincidimos con la visión cínica al respecto: “lo verdaderamente nuevo de la actual matriz económica, social y política del capitalismo argentino es la legitimación del derecho social a contar con un trabajo informal, precario y no registrado, el derecho a vivir en la pobreza y ser pobre de otros derechos, el derecho a la marginalización económica y política, el derecho a reclamar y competir por beneficios o compensaciones especiales, el derecho a obtener tales beneficios en tanto se sigan las reglas de la negociación legal y el confinamiento inofensivo.” (Salvia, 2005).

En este contexto de empleabilidad, el desarrollo de estas tareas de supervivencia está limitado al marco general de distribución del ingreso a nivel nacional. Estas tareas son actividades precarias y precarizantes, pero lo que interesa aquí es que, desde la perspectiva de los actores, esas actividades representan mucho más que una

forma de procurarse ingresos. En cierto sentido, se ha abusado de razonamientos al estilo de que estas tareas están hechas para desocupados. Que son los desocupados los que naturalmente las encarnan. Y a partir de allí entender estas organizaciones comunitarias como aprovechadoras del desamparo o como única salida al desamparo. Pero, primero, hemos establecido la posibilidad de construir trayectorias sociolaborales más complejas. En donde género, migración, contexto familiar e historia laboral configuran múltiples trayectorias de vida. Aquí hemos tipologizado las mismas pivotando sobre la relación con el mercado laboral. Distinguiendo al menos tres trayectorias: desocupación prolongada, primer empleo tardío y retorno al mercado laboral luego de años de inactividad.

Por supuesto que nos referimos a poblaciones con fuertes necesidades, con carencias socioeconómicas específicas, “desafiliadas” (Castel, 1997). Pero, segundo, desde los relatos recogidos la búsqueda de satisfacción de esas necesidades ceden lugar a los discursos que apelan a la palabra familia para designar la relación con los miembros del grupo de trabajo. Vimos que las historias personales construyen al menos un paralelo de importancia entre la necesidad económica y la búsqueda de constitución de un entorno que sea afectivamente continente.

Les preguntamos a las entrevistadas si buscaban otro trabajo. Una de ellas nos respondió:

“...a mí me había salido otro trabajo, ¿viste? Y le dije que yo los lunes no podía ir, que tiene que ser de martes a viernes. Yo te digo, esto no... no dejaría porque... me gusta.”

Interpretamos este tipo de alocuciones con cierta conciencia en la importancia de la sensación de pertenencia a grupos secundarios; que posibilitan vínculos psicosociales. También somos conscientes que algunos sectores políticos en nuestra sociedad pueden creer encontrar en los vínculos entre el Estado, las organizaciones civiles y los beneficiarios cierta perversidad inherente a una concepción estigmatizante del pobre. Pueden creer (como dijera públicamente, entre otros el obispo Casaretto al diario *Clarín* el 20 de noviembre de 2003) que “los planes fomentan la vagancia”. Y pueden leer una afirmación como la que acabamos de extraer de una entrevistada como la demostración de que “prefieren cobrar un plan antes que ir a trabajar”. Señalan otros autores:

“El plan social se constituye en un definidor de identidades negativas, porque es la mirada de los otros (generalmente hecha propia) la que dice

que ‘no es un trabajo’, o que ese trabajo ‘no sirve’, ‘no se ve’. Miradas que marcan y estigmatizan a los poseedores de los planes sociales.” (Donatello *et al.*, 2005).

La estigmatización de la figura del “beneficiario” forma parte de un proceso político en el cual un componente es la disputa por los recursos públicos (Massetti, 2005) que encarnan distintos actores. Pero también, especialmente desde 2003, como parte de un intrincado proceso de resignificación del contrato de institucionalización de la cuestión social presente en la política pública de carácter focal en nuestro país. Como apunta Manzano:

“(…) las tácticas estatales de clasificación e identificación de la población trabajan sobre el sentido del *self*. Esto se expresa entre otras cosas en las narrativas de los sujetos que enfatizan aquellos aspectos de sus modos de vida que los acreditan como beneficiarios de programas estatales.” (Manzano, 2001).

La insistencia en la figura de la contraprestación (la que podría poner la tarea comunitaria en la problemática temática de lo laboral) responde a un indescifrable intento de recontractualizar el rol de la política pública en nuestro país. ¿Qué sentido tiene exigir discursivamente la “laboralización” de estas prácticas sociales, a sabiendas del impacto negativo sobre el mercado laboral que tienen las condiciones en las que se generan? ¿Qué sentido tiene generar nuevos planes y programas sociales centrados en la formalización de exigencias de “inversión de fuerza de trabajo” por parte de los beneficiarios, a sabiendas que las condiciones en las que se “compra” esa fuerza de trabajo son altamente negativas sociolaboralmente? ¿Por qué introducir expectativas inalcanzables (la idea misma de trabajo), a sabiendas que el rol de tales políticas públicas no apunta en tal dirección? La respuesta a estas preguntas es meramente política y deviene del contexto institucional actual de la Argentina.

Pero, tercero, también esto entraña una tensión finalmente filosófica, entendible sólo si concebimos al hombre a imagen y semejanza de su capacidad racional de evaluar costo-beneficio monetario (suponiendo que el trabajo ofrecido sea realmente una ventaja). ¿Dónde se observa lo comunitario? Esta pregunta nos remite a las motivaciones expresadas de sus actores. Sea objeto de la perspectiva de género o de la iniciación política, la integración en las tareas comunitarias es un acontecimiento al interior de las familias, un proceso de resignificación. Es una práctica que, como

componente de una estrategia de supervivencia familiar, implica mucho más que la persecución de un mero fin instrumental. Esto es, implica mucho más que una forma alternativa de obtención de ingresos. Esta última observación nos permite pensar la segunda especificidad (lo que refiere al rol social de las tareas comunitarias) partiendo de una ecuación que no entienda la estrategia de supervivencia como una mera “lucha por la vida” (Olson, 1965). Por el contrario, este tipo de estudio que aquí propusimos, permite plantear al menos la necesidad de pensar las relaciones sociales como una trama compleja de racionalidades: siguiendo la tradición de las escuelas sobre los movimientos sociales (Massetti, 2004); racionalidades instrumentales, expresivas y afectivas. O siguiendo la lectura foucaultiana de la amistad epicúrea: “no recibimos tanta ayuda de parte de los amigos como de la confianza con respecto a esta ayuda” (Foucault, 2002). O si nos aproximamos a este tema desde la perspectiva de las teorías del intercambio (en especial a las que se centran en el intercambio como un sistema simbólico-material, como Malinowski, Mauss o Polanyi) el flujo del intercambiar en sí mismo abarca todo lo referente a una interacción social; incluyendo afectividades.

Pero, ¿Qué es lo que creen las entrevistadas? ¿Cómo ven el futuro? Y más aun ¿Cuánto tiene que ver ese comedor en ese futuro que vislumbran? Sus palabras resuenan con el epígrafe que comienza este texto:

“Este comedor tiene mucho que ver, más aun los integrantes, ¿no? Porque pienso que si vos tenés un grupo y todos van parejo... no vamos a pretender que todos piensen lo mismo, pero si todos ponemos un granito de arena puede llegar a ser un gran comedor. Es lo que siento yo.” (Marta).

XI.

RELACIONES DE INTERCAMBIO Y ORGANIZACIÓN EN EL MUNDO DE LA VENTA AMBULANTE.

LOS VENDEDORES DEL FERROCARRIL GENERAL MITRE

Emilse Rivero

Introducción

“La vida urbana en sí, tanto en lo referido a las actividades productivas como en lo concerniente a la cotidianeidad de la existencia, connota múltiples y expansivos usos sociales –no individuales– del espacio; esta circunstancia de hecho va a estar permanentemente enfrentada a la apropiación privada y a la mercantilización de las relaciones sociales en donde bajo esa lógica el individuo es el principal protagonista reconocido.” (Portillo, 1991).

La venta ambulante en los trenes constituye una de las tantas actividades comerciales que se desarrollan en la ciudad y que se definen por el uso del espacio urbano.

De carácter informal, presenta en su seno un alto grado de heterogeneidad debido a la presencia de múltiples actores que conviven cotidianamente, recreando una serie de códigos que estructuran la compleja red de relaciones que se establecen entre ellos.

En el desarrollo de esta actividad en el ferrocarril Mitre se visualiza la existencia de un grupo de heterogéneas identidades conformado por vendedores viejos y nuevos, de línea y de plataforma, músicos o vendedores de productos en cuya permanente interacción forman una especie de *collage*. Este proceso se enmarca en la actualidad en la grieta que se abre entre lo público y lo privado, signado por la concesión del ferrocarril.

Ante tal heterogeneidad y con el objetivo de indagar acerca de las características que asumen las relaciones de intercambio que se establecen en la venta ambulante en los trenes, nos preguntamos: ¿cuál es la especificidad del grupo de los vendedores ambulantes?, ¿existe tal especificidad?, ¿qué hace posible la convivencia y el

funcionamiento organizado de una actividad compleja en términos de intereses e identidades?, ¿cómo ocurre este proceso? ¿Por qué no el caos y la disgregación?

Para dar respuesta a estos interrogantes, este artículo revisará la clasificación y los aportes teóricos más relevantes referidos a la venta ambulante, poniendo en juego los testimonios que reflejan los soportes objetivos y simbólicos del orden y del conflicto.

El presente trabajo es la continuación de una investigación iniciada en el año 2003 con el propósito de establecer una aproximación al universo material y simbólico de la venta ambulante en los trenes¹. El trabajo previo, desarrollado específicamente en las líneas Retiro- José León Suárez y Retiro-Bartolomé Mitre, mostró la existencia de un cierto orden social que se manifiesta a través del respeto de una multiplicidad de códigos que operan como organizadores de la actividad y que refleja la conformación de una identidad basada en intercambios; en relaciones que se instituyen no sólo a través de la cooperación sino también del conflicto.

Metodología del estudio

El universo de estudio de esta investigación está compuesto por los vendedores ambulantes que desarrollan su actividad en el ámbito del ferrocarril General Bartolomé Mitre.

Teniendo en cuenta los fines de la presente investigación, se realizaron seis entrevistas en profundidad a vendedores ambulantes, usuarios y personal de la empresa concesionaria del servicio de trenes: Gustavo, de 42 años, vendedor ambulante; Ernesto, de 59, vendedor ambulante; Gonzalo, de 23 años, vendedor ambulante; Daniel, de 23 años, encargado de seguridad y control de boletos; Pedro, de 45, años usuario de la línea y Graciela, de 38 años, usuaria de la línea.

El trabajo de campo se llevó a cabo durante el año 2004 e incluyó además la realización de observaciones participantes y no participantes. Es importante señalar que para esta segunda etapa de la investigación resultó de gran importancia la colaboración de Ernesto, uno de los vendedores más antiguos de la línea, quien facilitó el acceso al personal del ferrocarril.

1 Rivero, E y Policastro, B., "El mundo de los vendedores ambulantes sobre las vías del Mitre", en *Los nuevos rostros de la marginalidad*. Buenos Aires: Editorial Biblos, 2005.

Descripción de la actividad

La venta ambulante forma parte de las tantas actividades comerciales que se vinculan al conjunto de la economía informal urbana² y podría definirse, en términos generales, a partir de la apropiación del espacio urbano, la evasión impositiva y el no-control por parte del Estado. En los últimos años esta actividad se ha incrementado como consecuencia del aumento de la tasas de desocupación, el proceso de convertibilidad durante la década del noventa y el traslado de productos del mercado formal hacia el informal.

La presente investigación se llevó a cabo en la ex-línea Mitre cuya cabecera se encuentra en el barrio de Retiro de la ciudad de Buenos Aires. Esta línea se compone de varios ramales: Retiro-Tigre y Retiro-José León Suárez/Bartolomé Mitre; Victoria-Capilla del Señor y Villa Ballester-Zárate. El área de influencia abarca el sector norte de la ciudad y del conurbano bonaerense, lo cual permite observar un claro contraste entre los usuarios, por lo general con ingresos medios y altos, la infraestructura y la calidad de los servicios en relación con otras líneas de trenes metropolitanos.

En la actualidad trabajan aproximadamente 40 vendedores ambulantes. Este segmento muestra en su interior un alto grado de heterogeneidad en términos de edad, credenciales educativas, trayectorias laborales y expectativas de futuro de los actores que lo conforman. Las características organizacionales que asume la venta en este ámbito los divide en función del lugar donde desarrollan la venta, las características del producto que se comercializa y la antigüedad en el ejercicio de la actividad dentro de la línea.

La convivencia entre los diversos actores se encuentra regida a través de normas fuertes, claras y rígidas que operan como organizadoras del tiempo y el espacio. Al respecto, uno de los entrevistados nos comenta que:

“[la venta] tiene sus códigos y a veces no hay que decirlos, es una cuestión de aplicar la lógica... Yo aplicaba la lógica, yo, hay otros que no, peor, se las hacía aplicar a lo malo, porque la calle es la calle.” (Ernesto).

2 Quirós (1994) menciona cuatro vertientes acerca de la informalidad: la economía informal, el sector informal, la actividad informal y el trabajo informal. La económica informal se define por la no-regulación por parte del Estado; el sector informal, por los individuos que a causa del desempleo no se hallan absorbidos y ocupados por otro sector; la actividad informal se define por toda tarea que excede una norma legal; y el trabajo informal es toda labor que no se incluye en el sector capitalista bajo la forma salarial completa.

Tanto el ingreso como la permanencia dentro del circuito requieren del conocimiento y la aceptación de estos marcos de referencia, constituyendo su trasgresión una fuente de conflicto que se resuelve, en la mayoría de los casos, de forma violenta. La lógica a la cual hace referencia el entrevistado se basa en el respeto por dos cuestiones básicas: no vender el mismo producto que el compañero (en el caso que así sea se privilegia al de mayor antigüedad) y el respeto por el tramo asignado del recorrido del tren.

A diferencia de aquellas posturas que describen la informalidad a partir de su carácter de fácil acceso, en la venta ambulante en los trenes, al igual que en otras actividades, se observa que la entrada al circuito es restringida y se encuentra mediada por vínculos personales, ya sean amigos, familiares o vecinos. Murmis y Feldman (2002) afirman que para desarrollar alguna actividad en el sector informal es imprescindible movilizar una serie de recursos, en este sentido las conexiones personales desempeñan un rol fundamental, sobre todo en las etapas iniciales³.

Los sujetos de nuestra investigación aseguran haber ingresado al ferrocarril a través de un conocido que ya se encontraba trabajando en la línea y definen a este ámbito como un circuito cerrado al cual hay que adaptarse para poder llevar adelante la tarea. Como queda expresado en estos relatos:

“...Tengo contactos y amistades lo cual me facilitó entrar ahí [en la línea Mitre] más que en otro lugar (...) Si vos querés vender en plataforma no te dejarían, son circuitos muy cerrados.” (Gonzalo).

“...Vos imagináte que si vas a entrar a una fábrica entrás por algún conocido o pariente, es muy raro que consigas trabajo por el diario ¿verdad? Acá la mayoría trata de traer conocidos y parientes. Yo entré por un conocido, me dijo que si quería trabajar acá y vine y me quedé.” (Gustavo)

Las decisiones sobre la distribución y asignación de los tramos del recorrido del tren, las mercaderías a vender y el posible ingreso de nuevos vendedores se encuentran en manos de los vendedores de línea antiguos. Éstos constituyen el grupo más tradicional dentro del entorno y poseen un rol fundamental en la organización de la venta; algunos de ellos son conocidos dentro de la jerga como capangas. Uno de los vendedores manifiesta:

3 Murmis y Feldman (2002) señalan como característico de las actividades informales que se desarrollan de manera autónoma la necesidad de movilizar una serie de recursos: contactos familiares o vecinales, relaciones burocrático-institucionales y mercantiles, capital monetario en pequeña escala; y además de un conjunto de saberes, técnicas y destrezas.

“Hay un *capanga* en la línea que lo respeta todo el mundo, porque es un vendedor viejo, porque se la aguanta, porque es buena persona lo respetan todos (...) Sos *capanga* y decidís lo que hay que hacer o lo que no hay que hacer.” (Gonzalo).

Las atribuciones del *capanga* son respetadas por el resto de los vendedores y su autoridad se encuentra legitimada no solamente por sus pares sino también por el personal y las autoridades de la empresa concesionaria.

Cabe señalar que la antigüedad en sí misma no constituye una fuente de reconocimiento; el ejercicio del liderazgo se asienta fundamentalmente en atributos tales como el carisma y la capacidad de negociación y resolución de los conflictos. Es por ello que no resulta extraño que la tarea en la plataforma se encuentre organizada por la esposa de uno de los *capangas*.

Uno de los vendedores nos cuenta acerca de algunas condiciones que posibilitaron el desempeño de este rol:

“...cuando entró hace 20 años a la línea se peleó con todos, la policía y todos los habidos y por haber y ya es conocida en todo Retiro.” (Gonzalo).

A lo largo del discurso de los entrevistados se percibe que la capacidad de pelear para defender el lugar se erige como el mecanismo que posibilita la adquisición de un mejor posicionamiento dentro de este ámbito.

La distinción entre el área de línea y el área de plataforma remite a una de las principales segmentaciones organizativas del espacio dentro del ferrocarril, haciendo referencia al lugar donde se realiza la venta.

Los vendedores de línea son aquellos que ofrecen sus productos arriba del tren cuando éste ya ha iniciado su marcha; y los vendedores de plataforma son aquellos que trabajan en la zona de la cabecera o arriba del tren pero cuando éste aún con ha iniciado su recorrido. Ambos estratos organizan su jornada laboral de una forma diametralmente diferente. Los primeros, se caracterizan por ser autónomos tanto en lo que respecta a la elección del producto que van a ofrecer como a la cantidad de horas diarias de trabajo; generalmente cuando llegan a un monto determinado deciden dar por terminada su jornada. Los segundos, en su mayoría jóvenes, se rigen por un contrato de palabra que pauta su jornada en turnos de 9 a 15 horas o de 15 a 21 horas; el organizador les provee la mercadería y les ofrece, a cambio, un porcentaje de lo recaudado.

En el transcurso del desarrollo de la actividad en la línea Mitre, observamos que los tradicionales vendedores de productos de línea

conviven cotidianamente con los músicos ambulantes, con quienes comparten el espacio de trabajo y el modo de organización. Este grupo, se compone en su mayoría por jóvenes menores de 35 años que cantan y tocan la guitarra y desempeñan su tarea exclusivamente en el área de línea. En la actualidad existen tres agrupaciones musicales: dos folklóricas y una melódica.

Si bien el desarrollo de la vocación parecería ser lo distintivo de este grupo, en la actualidad se observa que los factores que impulsaron a algunos jóvenes a incursionar en este ámbito no se asientan en el despliegue de la vocación, sino en la posibilidad de percibir algunos ingresos mínimos ante la dificultad de acceder a un empleo en el mercado laboral formal. En este sentido, ante la situación de inestabilidad y precariedad laboral estas personas encontraron en la venta en los trenes un medio de supervivencia.

La manera en que se organiza este grupo se encuentra supeditada a las decisiones de los tradicionales vendedores de productos de línea; tanto en lo que respecta al ingreso de un nuevo integrante como a la asignación del tramo del recorrido para el ejercicio de la tarea⁴.

La venta, según la segmentación del recorrido del tren, se divide en dos partes: desde la cabecera hasta la estación San Martín y desde allí hasta José León Suárez. Resulta evidente que el tramo más redituable del recorrido se encuentra en manos de los líderes⁵, y en el caso que algún otro desee trabajar en esta sección o vender el mismo producto debe solicitar permiso. Como queda expresado en el relato de uno de los capangas:

“Ellos ya saben quién es el vendedor, la mayoría me preguntan a mí, a otro vendedor no. Como soy tan viejo me dice ‘Ernesto, ¿puedo salir a vender la Guía? Te la puedo cargar, la cargo al fondo’.” (Ernesto).

La expresión “cargar al fondo” hace referencia al segundo tramo del recorrido del tren, en este caso entre las estaciones San Martín y José León Suárez, considerado por los vendedores como el más redituable de acuerdo a las características socioeconómicas de los usuarios.

4 Como queda sintéticamente expresado a través de las palabras de uno de los vendedores más antiguos: “*Los músicos son todos de línea no hay de plata-forma, está todo bien porque piden permiso.*” (Ernesto).

5 Cuando le preguntamos a uno de los líderes acerca de su área de trabajo nos cuenta: “*Eh, de Olivos para abajo. De Olivos para Tigre y si no de San Martín para Suárez. Pero acá no, allá me la han pedido muchas veces, ahora que soy viejo, que ya no pego carteles allá*” (Ernesto). Dentro de la jerga, “pegar carteles” hace alusión a pelear por defender el espacio.

Las observaciones realizadas para esta investigación permiten apreciar que los sectores más bajos de la sociedad no se fijan en la calidad, especialmente reflejada a través de la marca del producto, sino en el artículo en sí y su costo. Por el contrario, los sectores medios y altos parecen ser más “desconfiados” a la hora de adquirir un bien comestible, y sólo lo hacen si es de una marca “reconocida” y si les resulta confiable la materia prima con que fue elaborado, así como la cadena de frío⁶.

Teniendo en cuenta que la venta ambulante se encuentra situada dentro de la escala más baja de la distribución comercial, es común que las grandes empresas de comestibles comercialicen de manera informal a través de esta modalidad aquellos productos que se encuentran cerca de la fecha de vencimiento y que si tuvieran que insertarse por la intermediación del mercado formal, llegarían a los consumidores fuera de la fecha apta para el consumo. De esta forma, los sectores más bajos acceden a productos de “buena calidad” pero a un costo menor.

Los productos que se ofrecen son adquiridos de forma individual mediante pequeñas compras a mayoristas situados en el barrio de Once. En general, el valor económico no supera \$1 de costo y se comercializa con un margen de ganancia del 100%.

En este sentido y como señaláramos en un estudio anterior, el tren opera como un “puente” que a la vez que reproduce la segregación social, produce un “goteo” de ingresos de los sectores medios y altos hacia los sectores más bajos. De igual manera, se evidencia una transferencia de ingresos entre los sectores más bajos de la sociedad, produciendo una distribución de los mismos dentro de la pobreza.

En lo que respecta a la relación con los usuarios, los vendedores son concientes que en tanto potenciales compradores no deben ser molestados en demasía y, según los vendedores, hay dos cuestiones que resultan fundamentales en esta relación: evitar la saturación debido al ingreso de nuevos vendedores e impedir que se generen actos delictivos. Es por ello que utilizan mecanismos de regulación que operan como un instrumento de intercambio reconocido y apreciado por los usuarios y que funcionan como arma de negociación en momentos de conflictos con las autoridades del ferrocarril.

6 Uno de los usuarios entrevistados nos cuenta que sólo compran “pastillas o pañuelitos de marcas reconocidas pero no alfajores o chocolates, aunque sean de buenas marcas, porque pudieron haber estado mucho tiempo fuera de la heladera”.

Los actos de delincuencia son percibidos por los entrevistados como perjudiciales para el desarrollo de su actividad comercial, y ante su generación se identifica al referente y se trata con él con el objetivo de llegar a algún acuerdo.

En la actualidad los usuarios concuerdan en que esta línea es más segura en comparación con otras, como por ejemplo las líneas General Sarmiento y General Roca; aquellos que hemos entrevistado establecen una valoración positiva de la manera en que los vendedores realizan su trabajo y se sienten satisfechos por el limitado número de ellos.

Este rasgo comparativo aparece recurrentemente a lo largo del discurso, ya sea de usuarios, vendedores y personal de la empresa concesionaria. Como queda de manifiesto a través de las palabras de dos pasajeros:

“[los vendedores] son más espaciados, están más organizados porque son siempre los mismos. Es más, cuando viene uno de ellos, ellos mismos se hablan.

Son muy respetuosos con la gente, se organizan bien para la venta. Eso pasa en esa línea, en otras líneas está todo más desorganizado, el Sarmiento o en el San Martín que venía uno tras otro, ahí sí que me molestaba. O sea, esperaba el tipo que termine uno para empezar a vender, eso es medio molesto... Ahora, no sé por qué las organizaciones difieren tanto de línea en línea.” (Pedro).

“No es una línea donde se vean muchos vendedores respecto a otras, que pude comparar con la Sarmiento. No es gente que te moleste.” (Graciela).

Por su parte un trabajador del ferrocarril que se desempeña en la tarea de control de boletos nos comenta:

“Yo en esta línea veo menos cantidad de vendedores y que son conocidos, siempre los mismos; y en otras líneas he visto que hay infinidad de vendedores e infinidad de cosas; artículos que venden también. Acá mayormente, se mantienen en la misma línea, la misma gente, no hay mucha variedad.” (Daniel).

Es preciso destacar que el vínculo que se establece con el personal de TBA –Trenes de Buenos Aires– en la actualidad se limita a la relación usuario/prestador del servicio, debido a que para poder vender en la línea se le pide a los vendedores que posean boleto. Cuando le preguntamos al personal de TBA acerca de su relación con los vendedores respondió:

“Mi relación es relativa... son gente que están trabajando. La empresa nos pide a nosotros que le pidamos el boleto, que es lo principal como a cual-

quier persona, cualquier pasajero... en este sentido ellos saben la función que cumplimos y nosotros también, que quieren trabajar.” (Daniel).

Las características que asume el vínculo difieren de acuerdo al cargo que posea el empleado de TBA. En general, los que se desempeñan como guardas y control de boletos son percibidos como pares por los vendedores; es por ello que comprenden su función y en cierta medida la aceptan. Las mayores fricciones se producen con aquellos que poseen un puesto de mayor jerarquía. Los vendedores consideran que el objetivo de TBA es trasladar la venta de productos tanto en plataforma como en el área de la línea a manos de empresas privadas. Como queda expresado en el siguiente relato:

“...ellos [los gerentes de TBA] buscan siempre de todas maneras sacar a los vendedores ambulantes, pero no hay forma.” (Gonzalo).

El proceso de la concesión del servicio, llevada a cabo durante la década de los noventa, resulta fundamental para entender la composición interna del grupo en la actualidad.

Durante este período se produjeron profundos conflictos que determinaron la aparición de nuevas formas de entender y ejercer la actividad, que se traduce en un modo específico y particular de organización: la venta en la plataforma.

La venta en este área posee características encubiertas de una especie de trabajo en relación de dependencia que se contrapone a una forma más “tradicional” de entender y ejercer la actividad, asentada en la idea de autonomía, que se traduce en términos organizacionales en la decisiones respecto de la duración de la jornada, el producto a vender, y para algunos, sobre todo los más viejos, mediante esa sensación de libertad que posibilita el trabajo por cuenta propia a diferencia del trabajo asalariado.

El episodio de la concesión aglutinó a todos los vendedores. El factor desencadenante que impactaba de manera directa en el desarrollo de la actividad tal como se venía desarrollando hasta el momento era la iniciativa de TBA de dejar en manos de empresas privadas el manejo de la venta de gaseosas, café, cigarrillos, golosinas, etc.; tanto en el área de plataforma como en la línea. De aquellos tiempos uno de los entrevistados recuerda:

“Sólo le pedíamos seguir trabajando. Nos querían cobrar un canon, les tiramos una oferta y nos dijeron que no les servía ni para comprar escobas. La gente de Coca-Cola le daba en aquella época casi un millón de dólares por casi 10 años más lo mensual, le ponían la gente, les ponían los vendedores de línea. Y vinieron, pero se lo tiramos todo a las vías, los

vendedores no los dejamos subir, entonces se iban y se quejaban a TBA y TBA venía con la poli, con la seguridad no podían porque no pueden estar armados. Y sin documentos arriba, pero nos tenían las 24 horas porque para un tipo que trabaja, que no tiene antecedentes, no hay alcance de la ley para darle penas. Y la municipalidad no puede subir al tren porque es privado.” (Gustavo).

Bajo la amenaza de perder su fuente de ingresos los vendedores ambulantes implementaron diferentes estrategias que combinaron el uso de la fuerza física, la negociación a través de reuniones entre los líderes y las autoridades de la empresa, y en algunas ocasiones la mediatización del conflicto. El rol de los *capangas* resultó fundamental en esta etapa, logrando algunos de ellos fortalecer su posición en el transcurso de este período; lo cual explica que en la actualidad la venta del área de plataforma se encuentre en manos de la esposa de uno de los *capangas* de la línea.

Los vendedores se autoperciben como parte integrante del ámbito. Una de las finalidades de su accionar es que la empresa los reconozca como trabajadores debido a que desarrollan su actividad desde hace largo tiempo. Como manifiesta Gustavo:

“...queríamos que entendieran que después de tanto tiempo tenemos derecho a estar acá, y al ganar ese derecho ya TBA los asumió como legítimo y no nos molestó más, y nosotros evitamos toda la molestia, por ejemplo, cuando un compañero toma y se desubica arriba del tren, nosotros mismo lo arreglamos; si hay un arrebato también no lo dejamos ni pisar acá, pero eso de forma independiente, no es que TBA nos mande ni nada de eso, porque nos perjudica a nosotros y perjudica a las personas que le vendemos.” (Gustavo).

Finalmente el conflicto se resuelve a favor de los vendedores, emergiendo como consecuencia una nueva modalidad que se cristaliza en las características distintivas que asume la venta en la plataforma.

En la actualidad, es en esta grieta o bisagra que se abre entre el espacio público y el privado donde los vendedores realizan cotidianamente su actividad. La ciudad constituye el círculo comercial donde adquieren las mercancías que se venden. La calle, sobre todo para los más viejos, ha sido su “escuela”; en el transitar por la ciudad es que construyeron sus atributos más importantes y valorados: el carisma, la “labia”, además de haberles brindado las herramientas para aprender a defender este espacio en apariencia no regulado.

En el entrecruzamiento de estas dos esferas, lo público y lo privado, los vendedores han logrado imponer su lógica o por lo menos

no perder aquellas formas de organización de su vida laboral que han construido y recreado a lo largo de varias décadas; formando una especie de palimpsesto definido a partir de la interacción de los sujetos cuyas prácticas remiten a modos específicos de simbolización identitaria.

De esta forma, la venta en el ferrocarril se presenta como un campo social complejo⁷ donde se observa la existencia de un campo de relaciones y tensiones entre la unidad y la diversidad.

Según Simmel, las relaciones humanas se pueden considerar como un intercambio, este intercambio deberá ser beneficioso para el sujeto, ya que trasciende, desde el punto de vista subjetivo, la cuestión de la igualdad y desigualdad de los objetos intercambiados. En este sentido, señala que

“la teoría de las relaciones humanas pueden dividirse en dos: las que constituyen una unidad, esto es, las sociales en sentido estricto, y aquellas otras que actúan en contra de la unidad... el individuo no llega a la unidad de su personalidad únicamente porque su contenido armonice según normas lógicas u objetivas, religiosas o éticas, sino que la contradicción y la lucha no sólo preceden a esta unidad sino que están actuando en todos los momentos de su vida.” (Simmel, 2002).

En este sentido y en última instancia, la lucha se constituye como “un remedio contra el dualismo disociador”.

En lo que respecta a la venta ambulante en la línea Mitre, se observa que uno de los factores desencadenantes que aglutina al grupo es la resolución de conflictos puntuales⁸. Sin bien existe la instancia de asamblea a la cual son convocados todos los vendedores, la decisión acerca de las medidas a tomar queda exclusivamente a cargo de los *capangas*. A lo largo de la investigación se

7 Para P. Bourdieu (1997), el espacio social es entendido “como un campo de fuerzas cuya necesidad se impone a los agentes que se han adentrado en él y como un campo de luchas dentro del cual los agentes se entrelazan con medios y fines diferenciados según su posición en la estructura del campo de fuerzas, contribuyendo de este modo a conservar o transformar la estructura; las posiciones que toman los agentes dentro de los distintos campos definen, en las relaciones de poder, los lugares que son necesarios mantener o conquistar, el capital en este sentido representaría el botón que obtendrían los ganadores a través de la lucha simbólica”.

8 Uno de los entrevistados más antiguos –*capanga*– nos informó que ante algún conflicto entre los vendedores o con autoridades se reúnen en la estación San Martín, considerada por ellos como una de las estaciones más importantes. Allí se deciden las estrategias a llevar adelante en la resolución de un conflicto. Las reuniones no son periódicas, sino que se organizan ante el surgimiento de un problema determinado. La convocatoria a la reunión se realiza de boca en boca y se lleva a cabo en la misma estación, y quedan excluidos de esta convocatoria los músicos.

observa el desarrollo de una conformación de la identidad basada en intercambios; de relaciones que se instituyen no sólo a través de la cooperación sino también del conflicto.

El conflicto o la lucha aparece de forma recurrente a lo largo del discurso de todos los entrevistados, haciendo referencia no sólo al vínculo que establece con el personal de la empresa u otros segmentos, sino también en lo que respecta a las diferencias internas al interior del grupo. Este rasgo, hace que por momentos se autoperciban como una “gran familia” y establezcan distinciones con respecto a los “otros” subsegmentos; idea que se expresa a través del relato de uno de los vendedores del área de plataforma:

“No tengo compañeros yo en Retiro, son todos amigos, para mí como yo los veo, somos todos una familia... Con los de línea no, hemos tenido muchos altercados, pero hay algunos que sí, que me ven como, entre comillas, como una buena persona pero en realidad no me interesa, lo que me interesa es la gente que está en la plataforma.” (Gonzalo).

De esta forma, a lo largo de la investigación se observa que los vendedores ambulantes establecen lazos de solidaridad al interior del segmento, y de conflictividad y distinción para con los otros; lógica que se reproduce al interior del grupo entre los vendedores de línea y los de plataforma; los vendedores viejos y los nuevos.

Hacia fuera del grupo se expresa a través de la exaltación de atributos distintivos con respecto a otras líneas como General Roca o General Sarmiento, haciendo hincapié en las características socioeconómicas de los usuarios, la infraestructura y la forma de organización de la actividad.

Clasificación de la venta ambulante

Los vendedores ambulantes podrían definirse como un conjunto de personas que en una sociedad específica se apropian y hacen uso de la vía pública para el ejercicio de su actividad laboral de carácter comercial, que asume rasgos distintivos relacionados con la localización territorial, el tipo de puesto y el nivel de ingresos que perciben los vendedores.

De acuerdo al tipo de puesto distinguimos: a aquellos que no tienen un puesto fijo y venden sus mercancías en las calles y en algunas ocasiones suben a trenes, subtes o colectivos; los semifijos, que son aquellos que improvisan su puesto en una mesa, carrito,

etc.; y por último, los fijos, que son aquellos que tienen un puesto fijo anclado en un lugar determinado.

En relación con el nivel de ingresos, encontramos: a los vendedores de subsistencia, que se caracterizan por el manejo de poco volumen de mercancía y bajos ingresos; los vendedores empleados, que son trabajadores con salarios mínimos, no poseen contrato, ni prestaciones sociales y trabajan bajo la tutela de algún “líder”; y por último, encontramos a aquellos pueden comercializar un volumen mayor de mercancía y por lo tanto sus ingresos son superiores, haciendo uso en algunas oportunidades de mano de obra familiar. En general, éstos son los “líderes” y/o dueños de uno o varios puestos.

Nuestro segmento posee la particularidad de combinar varias de las modalidades anteriormente mencionadas. Queda a las claras, que la venta ambulante constituye un tipo de empleo de subsistencia que le permite a los sujetos que lo ejercen satisfacer sus necesidades básicas, imposibilitándolos, salvo en poco casos, de moverse de manera ascendente dentro de la escala social, debido fundamentalmente al bajo volumen de mercancía que comercializan y a los magros ingresos que perciben. Si bien la peculiaridad de la tarea se encuentra atravesada por la constante movilidad que representa el recorrer y el transitar en los trenes, la determinación de un espacio físico específico le aporta un alto grado de regularidad y “rutinización” a las prácticas cotidianas de los individuos asociados a la actividad, que se visualiza claramente en el despliegue de la labor en el área de la plataforma.

Consideraciones finales

La venta ambulante se ha incrementado en los últimos años debido al aumento de las tasas de desocupación, que ha producido una gran cantidad de individuos desplazados que han optado por la venta ambulante como forma de subsistencia; la convertibilidad de la década del ‘90, que permitió la disponibilidad para la venta de bienes importados a muy bajo costo, y el traslado de productos sacados del mercado formal para comercializarse en el mercado informal⁹.

9 Gustavo nos cuenta que: *“Siempre con todos los cambios, cuando se cerraron las fábricas asé las textiles, mucha gente se dedicó a la venta ambulante. Así cuando hay cambios mucha gente se queda desempleada y busca en la venta*

Al igual que otras actividades que se vinculan al sector informal, en la venta ambulante los lazos primarios a través de familiares, amigos o vecinos resultan fundamentales, sobre todo en los momentos iniciales, y operan como “puerta” de acceso a la actividad, cuyo ejercicio se encuentra subordinado a un marco normativo no formal que funciona como hilo conductor de las prácticas cotidianas de los actores.

Además del conocimiento y aceptación de estos marcos referenciales, el despliegue de atributos tales como el carisma y la capacidad de negociación (que se traduce en algunos casos en el uso de la fuerza física) determinan la posibilidad de transitar este ámbito y en algunos casos adquirir un mejor posicionamiento. A través del presente trabajo, se evidencia el establecimiento de un intercambio recíproco entre los actores, no solamente al interior del grupo, sino también de éste con usuarios y personal de TBA, que se traduce en una especie de intercambio de favores. De esta manera, se manifiesta como singularidad del segmento la conformación de una identidad basada en intercambios; en relaciones que se establecen no sólo a través de la cooperación sino también del conflicto¹⁰.

A lo largo de las entrevistas, los sujetos de la investigación manifiestan diversas apreciaciones respecto al trabajo, su finalidad y las expectativas de futuro: para algunos, sobre todo los más viejos, este espacio simboliza la “escuela de la vida” y el ejercicio de una tarea con cierto margen de libertad y autonomía; para otros, en especial para los más jóvenes, este trabajo es percibido como momentáneo y sueñan con conseguir un empleo que les permita insertarse en el mercado laboral formal.

Los cambios acaecidos en los últimos años, en especial el proceso de privatización del ferrocarril, han provocado una reconfiguración del espacio, que se expresa en la modalidad organizativa que se instaura en el área de plataforma, cuya singularidad se visualiza en el alcance de cierto grado de formalización de la labor.

ambulante...” Es por ello que, al igual que otras actividades, su acceso se encuentra restringido a familiares, amigos, vecinos.

- 10 Según Simmel la naturaleza misma de las relaciones sociales se traduce en formas de sociabilidad independientes de las consecuencias que alcancen, que en algunas oportunidades son violentas. En este sentido, cuando se les preguntó a uno de los vendedores cómo se resuelven los conflictos, respondió: “*hay dos formas, primero se habla, y si no entra en razonamiento se presenta el conflicto, se pelea*”. (Gustavo).

XII.

“VIVIR DEL PLAN”.

ESTUDIO DE CASO DE JÓVENES BENEFICIARIAS DEL PLAN JEFES Y JEFAS DE HOGAR DEL BARRIO DE RAFAEL CASTILLO DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES: EXPERIENCIAS DE VIDA EN TORNO A PLANES SOCIALES

María Eugenia Correa y Mariano Hermida

Introducción al tema y planteo del problema

En los últimos años las condiciones de vida de amplios sectores de la población de la Argentina han experimentado profundos cambios tanto en lo económico como en lo social, manifestando crecientes estados de pauperización y decadencia, específicamente en los sectores medios y bajos (Beccaria y López, 1997).

El proceso de reestructuración económica que tuvo lugar en los años '90, fue acompañado de una política de apertura comercial que ha generado importantes transformaciones en el mercado y en los espacios mismos de producción. El mismo ha extinguido la vieja sociedad salarial, introduciendo una creciente vulnerabilidad e inestabilidad, que ha afectado en mayor medida a los sectores populares.

Estos sectores, que antaño se encontraban fortalecidos por la contención no sólo del Estado sino de las propias corporaciones laborales –como por ejemplo los sindicatos que colectivizaban las luchas y actuaban en función de sus derechos y reclamos, mediando entre su propia figura y la del Estado– se encuentran actualmente inmersos en una situación de fragilidad social, caracterizada por la precaria integración de estos sujetos al mercado formal de trabajo¹.

1 Deberíamos hacer un recorrido más amplio en un sentido histórico, para remontarnos al origen de la propia desarticulación que han sufrido estos sectores con respecto al Estado y a la misma protección brindada por éste, para dar cuenta de la debilitada incorporación de estos actores a la sociedad,

Instancias de exclusión y marginalidad son las que actualmente caracterizan el modo de inserción de estos sectores al conjunto social, dando cuenta de una modalidad de desarrollo de su propia vida cotidiana en un sentido de des-integración y desamparo social. Frente a esta situación de exclusión social que prolifera en los sectores populares, observamos que la acción de las políticas públicas generadas en torno a mejorar la calidad de vida y los índices de inserción laboral de estos sectores, se define actualmente como un sostén primordial y necesario en la vida de quienes los integran, con lo cual entendemos que la función de los planes sociales en la propia cotidianidad de estos actores pasa a ocupar un rol fundamental.

De este modo, nos proponemos indagar en la modalidad de participación y significación de los planes sociales, específicamente del Plan Jefes y Jefas de Hogar, en la vida cotidiana de los actores-beneficiarios convocados, indagando en sus propias experiencias de vida en torno a su inserción social y ocupacional así como en el modo de apropiación del plan en la realidad social que viven día a día.

Jóvenes asistidas: conformación del estudio de caso

Nuestro estudio se basa en el relevamiento de 5 casos de jóvenes beneficiarias del Plan Jefes y Jefas de Hogar: María Estela (30 años), Mariel (29), Marisa y Julieta (28) y María (25). Las entrevistadas son jóvenes con responsabilidad familiar –en este caso, se trata de madres solteras o en pareja, con uno o más hijos a cargo–, que se encuentran en condición de inactividad, y son residentes del barrio de Rafael Castillo, Municipio de La Matanza de la Provincia de Buenos Aires².

pero entendemos que éste sería un análisis que traspasaría los límites de esta investigación, con lo cual nos focalizaremos en el estudio y comprensión de la propia especificidad de nuestro caso, atendiendo las particularidades propias de nuestro segmento. En este sentido, autores como Robert Castel (1997), Pierre Rosanvallon (1998), Maristella Svampa y Sebastián Pereyra (2003), Denis Merklen (2005), entre otros, han tratado el tema aquí planteado.

2 Debemos destacar que el Municipio de La Matanza, según el Censo Nacional de Población y Vivienda de 2001, representa actualmente el segundo Municipio en cantidad de habitantes a nivel nacional (sin contar la Ciudad Autónoma de Buenos Aires) con un total de 1.255.288, con un total de PEA mayor a 14

La elección de estos cinco casos para nuestro análisis intenta dar cuenta de una realidad asumida como característica de un segmento específico y singular: el de madres jóvenes, que atraviesan dificultades de inclusión social, educativa, laboral, que viven de planes sociales con el fin de obtener recursos para la sobrevivencia y desarrollo de sus hogares.

Con el fin de indagar en las experiencias de vida de estas jóvenes, conocer sus vivencias en torno al plan que reciben, así como sus opiniones y reflexiones en relación a la propia funcionalidad del mismo, hemos abordado una metodología cualitativa para el desarrollo de nuestra investigación, utilizando la técnica de entrevistas en profundidad para los cinco casos. El trabajo de campo fue realizado entre los meses de febrero y marzo de 2005.

A los fines de indagar el universo social de estas jóvenes hemos delineado cuatro ejes específicos de análisis que guiarán nuestra investigación: la situación ecológica-territorial de los actores, sus trayectorias laborales, su responsabilidad familiar y su relación con la política, es decir, su participación y articulación con actores políticos en función del plan.

El primer eje nos permitirá conocer las características y el significado mismo que tiene la inscripción territorial para estas jóvenes. Esto es, la participación y apropiación que ellas mismas realizan del territorio, en función de las redes sociales generadas en torno a éste, dando cuenta de la construcción de lazos de solidaridad y pertenencia en relación al mismo.

El análisis de las trayectorias laborales de estas jóvenes constituirá el segundo eje de análisis y el que nos permitirá comprender el modo en que han desarrollado su inserción ocupacional, en relación a su pasado y su presente, a fin de indagar en la conformación de su "trayecto laboral" así como también en su propia posibilidad de inserción en el mercado de trabajo en la actualidad.

El tercer eje nos permitirá conocer la instancia familiar, la incidencia de la familia en la vida de estas jóvenes y específicamente en su posibilidad de desarrollo socio-ocupacional. Esto es, anali-

años, de 535.218, de los cuales 312.266 habitantes conforman el total de la población en condición de ocupación y 222.952 el total de la población desocupada. Esto es, 58% y 42% respectivamente sobre el total de la PEA. (Censo 2001, INDEC). A su vez, la cantidad de beneficiarios del Plan Jefes y Jefas de Hogar a julio de 2004 es de 68.454 para el Municipio de La Matanza, esto es, el 30% de la población desocupada del mismo se encuentra en condición de asistido por este Plan.

zaremos la cuestión de su responsabilidad familiar, el papel que ésta juega en sus propias trayectorias, tanto ocupacionales como educativas. A la vez indagaremos en la manera en que estas jóvenes articulan su rol materno con la participación en el plan.

Finalmente desarrollaremos el cuarto eje, centrado en el análisis de la relación que mantienen estas jóvenes con la política, esto es, su grado de participación y articulación con los actores políticos y la modalidad específica constitutiva de dicha relación.

En relación a los cuatro ejes planteados nos basaremos en el análisis de sus propios relatos, a fin de poder comprender el universo social, el desarrollo cotidiano de las entrevistadas en función de sus propias experiencias de vida en relación al plan.

Desde mediados de los '80 en la Argentina, con la gestación del P.A.N (Plan Alimentario Nacional, creado en 1985, durante el gobierno de Raúl Alfonsín) comienza una etapa de asistencia social que continuará en la década del '90 con el gobernador Eduardo Duhalde, con la creación del Programa Vida, focalizado específicamente en la Provincia de Buenos Aires, pero ya de modo descentralizado del Estado, luego de que la gestión de ejecución de políticas sociales se traspasasen, con el gobierno de Carlos Menem, hacia las provincias y municipios locales.

Luego de la crisis social producida a fines de 2001 (con componentes tales como la renuncia del presidente Fernando de la Rúa, saqueos a comercios, estallidos en Plaza de Mayo, "corralito bancario" y consecuentes cacerolazos de ahorristas atrapados, entre otros) la situación política, económica y social en Argentina adoptó nuevos rumbos y planteó un nuevo escenario a todos los argentinos.

Sumado al proceso de desindustrialización y fuerte desempleo que trajo aparejado la década de los '90, la exclusión generada por la decadencia económica de los sectores medios y pobres dio lugar a un mayor aumento en la masa marginal: nuevos actores sociales ubicados en zonas de vulnerabilidad y desafiliación se encontraban desplazados de la estructura social (Castel, 1997), el nuevo gobierno debía activar un programa económico y social que pudiera atender satisfactoriamente las condiciones sociales generadas en esta nueva realidad.

Fue entonces en el marco de la declaración de la Emergencia Nacional en materia social, económica, administrativa, financiera y cambiaria en el año 2002, cuando se creó el Plan Jefes y Jefas de

Hogar a nivel nacional, con el fin de promover la inclusión social de un importante núcleo poblacional. De este modo, se daba lugar al desarrollo de una política social de Estado focalizada en la inclusión poblacional tanto a nivel social como laboral, dirigida a los sectores más vulnerables económica y socialmente.

El objetivo de la creación del Plan era asegurar un mínimo ingreso mensual de \$150, a familias en condiciones de pobreza, familias cuyo jefe/a de hogar fuera argentino (nativo o naturalizado), se encontrara en condición de desocupación, y tuviera al menos un hijo menor de 18 años.

El Plan, a su vez, fue creado con un carácter de contraprestación, es decir, el ingreso mensual percibido por sus beneficiarios debía ser retribuido con una contraprestación realizada por éste, con alguna tarea o actividad que tuviera una dedicación diaria no inferior a las cuatro horas ni superior a las seis horas.

En la actualidad encontramos que entre las alternativas posibles de contraprestación figuran: las actividades comunitarias y de capacitación, la finalización del ciclo educativo formal (EGB-3, polimodal o primaria/secundaria); acciones de formación profesional o la posible incorporación a una empresa a través de un contrato de trabajo formal.

Entendemos que el Plan cumple una función de sostén económico en un porcentaje importante de hogares pobres de la Argentina. En base a esta realidad y partiendo de la misma, hemos trabajado en función de responder ciertas inquietudes que nos permitirán definir conclusiones finales, tratando de responder preguntas disparadoras, a saber: ¿Cómo vivencian estas jóvenes beneficiarias la experiencia misma del plan, del “vivir del plan” y cómo influye ésta en su propia cotidianidad? ¿Cómo desarrollan su vida política, económica y social en relación al mismo? ¿Cómo vivencian su participación en el barrio a través del plan? Y específicamente en relación al plan, nos planteamos: ¿Actúa éste efectivamente como un medio de inclusión? ¿Constituye un modo de producción de solidaridad social?

A la vez, planteamos como hipótesis de este trabajo que el mismo permite a estas jóvenes brindarles un espacio de micro integración social dentro del barrio, no sólo a causa del beneficio instrumental que les brinda, sino a través de la posibilidad de generar un espacio intermedio entre la integración y la exclusión social. Es decir, entendemos que estas jóvenes vivencian el plan como un modo

de pseudo-integración tanto económica como política y social al interior de un contexto mayor de segregación.

Desarrollaremos este trabajo en función de los ejes planteados, pero es importante aclarar que su desarrollo no es lineal, aunque en este estudio estos ejes parecieran estar “ordenados” de algún modo. Entendemos que los mismos permitirán leer la información obtenida a partir de su propia puesta en juego, tarea que nos permitirá reflexionar sobre la misma a fin de alcanzar posibles respuestas a estos interrogantes.

Territorialización y políticas sociales: la función del Plan Jefes y Jefas en el barrio

Frente a la situación de desarticulación generada entre los sectores populares y el Estado, se reanuda en los años ‘90 –y justamente a través de la política “asistencialista” iniciada en la Provincia de Buenos Aires³, durante el gobierno de Carlos Menem– el vínculo trazado entre ambos, a través de una nueva modalidad de articulación basada en la participación política por parte de los sectores populares en torno a las políticas sociales.

Estos sectores ya no se encuentran como antaño bajo la contención de sindicatos, sino que su participación política y social se encuadra en su inscripción territorial, su participación en el mismo barrio, en relación con los actores políticos que llevan a cabo la organización de los planes sociales en el ámbito local.

En este sentido, Merklen subraya “la incorporación activa de las organizaciones de base territorial en la puesta en marcha de las políticas sociales” (Merklen, 2005), y observa que es a través del viraje que experimentan estas mismas políticas que el Estado encuentra en las organizaciones barriales “un nuevo interlocutor”, consolidándose de este modo un nuevo actor social que permitiría articular nuevamente a los sectores más vulnerables con el Estado.

3 Entendemos aquí por *asistencialismo* el momento a través del cual el Estado provee a aquellos actores que se encuentran en situación de mayor vulnerabilidad determinados beneficios en servicios o recursos, los cuales les permiten alcanzar un modo de reproducción social enmarcado en la “asistencia” o “ayuda” estatal.

De este modo el “anclaje” de las políticas públicas en el barrio ha generado una mayor participación y una mayor actividad de los sujetos al interior del mismo. Tanto en relación a las actividades de tipo comunitarias, como a las nuevas relaciones y lazos sociales conformados entre los vecinos-beneficiarios a nivel local.

En el caso del barrio de Rafael Castillo, la percepción del Plan Jefes y Jefas de Hogar ha movilizó una serie de redes sociales entre los propios vecinos dando cuenta de la búsqueda de participación por parte de los actores en relación al mismo. El acceso al plan justamente pone en relieve la existencia de un capital social que se encuentra ligado a la configuración de los propios actores en el barrio. La posibilidad de acceder a este plan, en términos de las entrevistadas, se encuentra en concordancia con la conformación de vínculos y lazos sociales recreados al interior del mismo. Respecto al primer contacto con el plan las entrevistadas señalaron:

— *¿Cómo llegaste al plan?*

— Y, por la gente, los vecinos comentan, y bueno... Me dice mi mamá ‘parece que van a pagar \$150 por mes.’ (María Estela).

— *¿Cómo fue que llegaste al plan?*

— Porque vino una mujer del barrio que me dijo ‘sabías que al marido y a la mujer que están sin trabajo les dan un tipo de subsidio?’ No sabía nada, así que le dije ‘andá y averiguame.’ (Marisa).

En este sentido, observamos que el desarrollo de una estructura de vecinazgo al interior del barrio permite a los actores obtener determinados beneficios materiales o simbólicos, es decir, que este entramado de lazos sociales entre los sujetos actúa produciendo instancias de solidaridad y cooperación social entre los mismos, puesto que esta estructura se constituye en sí misma como un espacio de intercambio.

El desarrollo de las actividades comunitarias (en comedores, roperos, escuelas, etc.) entendidas como contraprestaciones, permite a los actores la inserción en espacios sociales que actúan produciendo instancias de circulación y distribución de bienes entre los propios vecinos. La realización de estas actividades en el marco del plan da cuenta de una nueva modalidad de inserción en estructuras de producción social, inserción “asistida”, que actúa produciendo acciones colectivas en función del barrio, puesto que son generadas desde y hacia el barrio, permitiendo la satisfacción de necesidades de la población que lo conforma.

En este sentido, entendemos que “con la crisis social el barrio recobra importancia como terreno de socialización política de los sectores más pobres, lo que se asoció evidentemente a un giro a nivel de las prácticas colectivas” (Merklen, 2005), prácticas enmarcadas en el desarrollo de actividades comunitarias, organizadas en función de la reproducción social al interior del núcleo barrial.

De este modo, el barrio se constituye como el espacio al interior del cual estos actores se “nutren” económicamente, es decir, donde encuentran los “soportes” necesarios (Castel, 1997) para la supervivencia del “día a día”.

Las entrevistadas plantean que es a través de su participación en planes sociales, o a partir de la realización de tareas alternativas o changas que realizan de modo informal, como llevan adelante la supervivencia de sus hogares: instancias que les proporcionan ingresos básicos, sea en dinero (\$150 del Plan Jefes y Jefas), sea en alimentos (Plan Vida⁴), esto es, buscan en el barrio instancias básicas de sostén familiar y supervivencia.

— ...Yo vivo del plan, de los 150... Pero no vivo todo el mes con \$150 y tres chicos que tengo... Hago así changuitas, voy así capaz a lavar a eso de los vecinos y bueno, con eso vivo...

...Estoy retirando la leche del Plan Vida (...) ...Y los chicos míos van al comedor del colegio...

— *¿Podés llevar ropa del roperito para vos?*

— Sí, sí. Ponele que no tenga para cambiar, yo puedo llevarme.” (María Estela).

El núcleo barrial permite a sus actores proveerse de determinados recursos económicos de una manera más accesible que por fuera de éste, sea por la distancia, por la imposibilidad de alejarse mucho tiempo de sus hogares o porque difícilmente encuentran espacios de inserción por fuera del mismo. La posibilidad de nutrirse en su territorio se vuelve primordial en el desarrollo de la vida cotidiana de estas jóvenes madres. Así, ellas perciben que el plan contempla la posibilidad de satisfacción de esta necesidad

4 El Plan Vida fue creado en el año 1994 durante el gobierno de Eduardo Duhalde en la Provincia de Buenos Aires y actualmente conforma una importante red de asistencia alimentaria en los barrios más pobres del GBA. El mismo tiene por fin la distribución de una cuota semanal de alimentos destinados a los niños menores de 6 años de hogares en extrema pobreza. Esta distribución es llevada a cabo por mujeres delegadas de manzana al interior de cada barrio, que reciben el nombre de “manzaneras”. (Merklen, 2005).

de cercanía de su hogar, satisfaciendo así sus propias responsabilidades familiares:

“...Me conformo con el plan, con las horas que tengo que ir a cubrir allá, porque no son muchas, porque no tengo que viajar, porque no es lejos (...) Es acá a tres cuadras...” (Marisa).

— *¿Dónde queda el roperito?*

— Acá enfrente.

— *¿Vos lo elegiste?*

— No, pero si veía que me mandaban más lejos, sí, pero por los chicos. Yo acá estoy cerquita... Yo buscaba lo más cómodo para ellos. Porque viste la chica sabe que yo soy sola, la obligación de ella es que yo esté con los chicos. Porque tampoco me voy a ir dejando a los chicos solos.” (María Estela).

Comprendemos a través de sus relatos que la cercanía, el factor espacial, desempeña un papel importante al momento de evaluar la funcionalidad del plan en sus vidas. El desarrollo del plan al interior del barrio no sólo les brinda accesibilidad física al mismo, también les permite satisfacer sus necesidades en relación a su propia responsabilidad familiar.

A la vez, el desarrollo del plan al interior del núcleo barrial refuerza las relaciones vecinales alimentando la estructura de vecinazgo generada en torno a éste. Esta instancia repercute en su propia sociabilidad configurando redes sociales colectivas que se reproducen en torno al plan y a las actividades que éste promueve. De este modo, el barrio adquiere una identidad vinculada a su constitución como espacio de subsistencia de los sectores populares, sectores que se nutren y fortalecen en relación a estas redes, entendidas según Lomnitz como “un mecanismo efectivo para suplir la falta de seguridad económica que prevalece en la barriada” (Lomnitz, 1975).

Es decir, que si bien el barrio genera lazos de reciprocidad entre los propios vecinos, familiares, amigos, entendemos que el desarrollo del plan a través de las actividades comunitarias que produce, refuerza estas mismas redes, generando nuevas instancias de solidaridad e intercambio. Es decir que frente a las zonas de vulnerabilidad que atraviesan estos actores, a la situación de des-integración y fragilidad social que experimentan por “fuera del barrio”, observamos que es al interior del mismo donde parecen encontrar una posibilidad de inserción e integración social. Y es que, justamente como señala Merklen, “a medida que la deficiencia institucional se extiende y que aumenta el número de individuos

que no encuentran soportes suficientes en el mundo del trabajo, la inscripción territorial gana importancia” (Merklen, 2005:85) y en este contexto es que el plan actúa a nivel local, impulsando una política de participación local que permite reforzar esta inscripción territorial.

El Plan Jefes y Jefas de Hogar parece contribuir en este sentido a la producción de solidaridad social entre los actores, a la configuración de una nueva modalidad de integración caracterizada por la acción local, enmarcada en un espacio de supervivencia frente a la marginalidad y la exclusión social.

Trayectorias laborales e inserción ocupacional

El impacto generado por el deteriorado pasaje del modelo de sociedad salarial a un modelo social caracterizado por sus altos índices de desempleo, empobrecimiento y exclusión, evidentemente ha repercutido con mayor profundidad en los sectores populares. La modalidad de inserción ocupacional de un alto porcentaje de jóvenes provenientes de estos sectores, actualmente presenta características de informalidad y precariedad que reflejan la situación de difícil acceso de estos jóvenes al mercado de trabajo, trasladándolos a zonas de exclusión y marginalidad social, a espacios de inserción marginal, constituidos como tales por fuera de los mecanismos tradicionales de integración social.

En el caso de las jóvenes beneficiarias entrevistadas, las trayectorias laborales que transitaron en el período previo a la obtención del plan han estado relacionadas a la realización de trabajos o tareas informales, por los cuales no recibían ningún tipo de beneficio social. Sólo una de las cinco entrevistadas ha desarrollado un empleo de modo formal, en una fábrica textil, pero desconociendo los beneficios que podría haber recibido al estar en un empleo “en blanco”. Es decir, la entrevistada manifiesta que durante el período de trabajo desarrollado en la fábrica ella queda embarazada y que por desconocer la cobertura que le correspondía por esta situación, decide renunciar.

El único caso de desarrollo en un ámbito formal no pudo ser prolongado por desconocimiento de sus propios beneficios. La posterior inserción ocupacional de esta entrevistada luego de esta experiencia ha sido desarrollada de modo informal (elaboración de

comida casera para vender en el barrio) debido a su nueva situación familiar: la llegada de un hijo replantea la búsqueda laboral por fuera del barrio, con lo cual decide realizar alguna tarea que le permita no alejarse de su hogar. Esta actividad fue realizada hasta poco tiempo antes de anotarse en el Plan Jefes y Jefas de Hogar.

Del mismo modo, los otros relatos dan cuenta de inserciones informales en el ámbito laboral: empleada en fábrica de calzado; realización de tareas domésticas; promociones; costura y confección de prendas y accesorios para vender en el barrio; camarera en una parrilla, esto es, tareas por las cuales las entrevistadas no percibían ningún tipo de seguridad social.

Este modo informal del desarrollo ocupacional que han experimentado las entrevistadas anteriormente a la obtención del plan, se ve reflejado en su configuración al interior de zonas de vulnerabilidad social, entendida esta última como una zona intermedia, inestable, que conjuga la precariedad del trabajo y la fragilidad de los soportes de proximidad (Castel, 1997). Esto es, frente a la falta de acceso a empleos estables, asegurados socialmente e integrados al mercado de trabajo y a la estructura productiva de un modo formal, la posibilidad de reproducción social de estas jóvenes las moviliza hacia esferas de empleo que se constituyen sobre la base de relaciones laborales precarias, informales y que debilitadamente actúan como núcleo de integración a la estructura social.

Si bien entendemos que la propia inserción en el mercado de trabajo formal permite la integración a la estructura social y el acceso a los principales recursos para la satisfacción de necesidades, y como contrapartida, la no participación dentro del mercado laboral implica la experiencia de la *desafiliación*, el flagelo social de encontrarse desprotegido y al margen de las instancias legítimas que actúan como garantes de la seguridad social, al mismo tiempo observamos que estas jóvenes no se encuentran completamente ni en un extremo ni en otro, esto es, parecen ubicarse en un espacio de dualidad de integración/desintegración social.

Esto es, mientras que por un lado observamos la dificultad de acceder a los recursos básicos y necesarios mediante el desarrollo de un empleo “formal”, puesto que no han logrado estas jóvenes insertarse en el mercado de trabajo—sea por una cuestión educativa, familiar, territorial, u otras cuestiones—, por otro lado encontramos que esta misma noción de des-integración, o en su sentido más amplio, esta misma desafiliación nos plantea una segregación,

una ruptura en las redes de integración primaria, a nivel familiar, social, territorial en torno a los sujetos desafiados. Estas jóvenes parecen no encontrarse completamente en esta condición. Sino que más bien parecen dar cuenta de una forma de integración al núcleo barrial, como ya hemos planteado anteriormente, esto es, podríamos decir que se encuentran en una zona de vulnerabilidad entendida en términos de Castel, zona intermedia, zona que si bien no da cuenta de una inclusión formal, real, tampoco plantea una desafiación absoluta de todo tipo de redes societales: institucionales, familiares, sociales, etc.

Más bien estas jóvenes parecen ubicarse en espacios marginales de inserción, parecen desplazarse por circuitos informales de producción social. Son marginadas social y económicamente. Su única salida parece constituirla la asistencia social: la asistencia es ante todo, el refugio primario de estas jóvenes para su supervivencia. Entienden que es el Estado quien debe garantizar su reproducción social, su existencia social, a través de sus políticas públicas. Y es a través de éstas que van a vivenciar un modo de inserción, debilitado, informal, pero que las contiene a través de una estructura de producción social.

En nuestro estudio observamos casos de participación en el plan a través de diferentes tipos de contraprestaciones: aquellas relacionadas a actividades comunitarias, tareas de manualidades, programas educativos o de finalización del nivel primario/ secundario y cursos de capacitación. Estas actividades o estudios son realizadas entre tres y/o cinco veces a la semana, en un horario de 4 horas diarias⁵.

Estas actividades, principalmente las comunitarias, permiten un desarrollo socio-productivo a nivel local, y los estudios o cursos de capacitación pueden incidir en la posibilidad de inserción laboral a posteriori. Pero en ninguno de nuestros casos hemos observado una inclusión formal al mercado de trabajo, una inclusión a la vida económica y productiva formal.

Estas jóvenes plantean que vivencian esta participación como una forma de ocupación que si bien les brinda un ingreso, no es experimentada como un empleo. Asumen que el plan les brinda un

5 Las actividades de contraprestación que las entrevistadas realizan son: participación en comedores infantiles y en un ropero, tareas de manualidades en un taller de confección de cortinas, y una de las entrevistadas realiza un curso de peluquería como parte de la capacitación ocupacional brindada por el plan.

sostén económico, pero no enmarcado perceptivamente dentro de la dinámica laboral. Entienden el plan como una “ayuda” económica brindada por el Estado, es decir que su apropiación se da en términos de un uso efectivo, de fin instrumental:

“Los 150 los usábamos sólo para comida, para nosotros, sólo para eso los podés usar los 150, nada más. No podés contar con esa plata para otra cosa...” (Marisa).

La apropiación que estas jóvenes realizan del plan se remite al carácter material del mismo, más que a sus manifestaciones simbólicas, vinculadas a la posibilidad de desarrollo económico y social. En este aspecto, para estas jóvenes el plan no ha constituido una vía de inclusión social y laboral, puesto que han continuado, tanto en relación al plan como por fuera de éste, con el desarrollo de actividades o experiencias de inserción en un modo informal, alimentado en varias ocasiones por la realización de changas para incrementar de alguna manera sus ingresos al hogar.

En este sentido la emergencia del plan constituye un espacio de integración que se configura por fuera del mercado, y que justamente se dinamiza por la lógica del barrio, por las propias redes organizadas al interior del mismo, esto es, a través de una modalidad informal de inserción. Esta experiencia de inserción les permite adscribirse a una nueva modalidad de desarrollo económico y social que las integra espacialmente a su núcleo territorial, pero en un marco de desarrollo sostenido, asistido, sumergido nuevamente en la informalidad.

Responsabilidad familiar: mucho más que una característica del plan

La familia cumple un papel preponderante en las trayectorias de estas mujeres, sus relaciones tanto barriales como laborales están mediadas por su condición de madres. Su responsabilidad se da en el marco de una heterogeneidad de formas relacionales familiares, que distan del arquetipo antiguo de familia.

La defragmentación de la familia parece haber acompañado la defragmentación laboral. Los nuevos lazos familiares que se erigen, diferentes a los del pasado, parecen tener dos características: por un lado constituyen el factor por el cual muchas veces se pueden

conseguir beneficios sociales, especialmente por parte del Estado, y por el otro actúan como un obstáculo para el desarrollo de una trayectoria ascendente, tanto en el plano educativo como laboral.

Generalmente las responsabilidades obstaculizan sus estudios, puesto que éstos debieron ser abandonados cuando ya de adolescentes estas jóvenes tuvieron su primer hijo, y si en el presente intentan volver a ellos, las mismas plantean que sus propias responsabilidades no les permiten una continuidad en sus estudios.

Es decir, como madres no pueden desprenderse de sus responsabilidades, y éstas a su vez se ven insertas en un contexto caracterizado por un bajo nivel de instrucción, escasa experiencia laboral en ámbitos formales y una posibilidad limitada para desarrollarse tanto educativa como laboralmente.

Estas instancias son percibidas por ellas mismas como obstaculizantes al momento de buscar trabajo, y además, sumadas a la propia responsabilidad familiar, vuelven aun más difícil el acceso a una ocupación que les brinde beneficio económico. Por lo tanto, la ayuda económica familiar cumple un rol fundamental en el sostén de sus hogares, al menos en el momento previo al cobro del plan:

“Trabajaba digamos así por hora, en la casa de mis hermanas...” (María Estela).

— *¿Algún familiar los ayudaba económicamente?*

— Sí, bueno, mis suegros, ellos nos ayudaban un montón. Ella me daba lo que podía.” (Marisa).

La familia –y su propia responsabilidad familiar– une a estas jóvenes madres al barrio, a su territorialidad, al espacio en el que se conforman las redes sociales, tanto de contención como de comunicación. En este sentido, el plan juega el papel de integrador, sea por el sostén económico que significa para estas familias, como por su anclaje en el barrio, que es el lugar de pertenencia de las mismas, reuniéndolas en un punto en torno al plan. Estas jóvenes madres beneficiarias se encuentran en un espacio atravesado por redes que se configuran en torno al plan y a su puesta en práctica dentro del barrio.

Es decir, así como la familia se constituye como una pieza fundamental de la construcción de sus subjetividades, que articulándose con el plan juegan un rol específico en cuanto a contención tanto económica como identitaria, al igual que éste, permite a estas jóvenes resignificarse como madres jefas de hogar en busca de los

soportes necesarios para la supervivencia de sus familias. Si bien los varones no están ausentes del hogar, sus roles como jefes se encuentran diluidos. Es por este motivo que el discurso de las entrevistadas deja traslucir una escasa participación de los mismos.

Ellas se consideran mujeres que deben prioritariamente atender su rol maternal y cubrir las necesidades de su hogar. Son madres constituidas en un momento de fragmentación económica en tanto jefas de hogar, y como tales deben articular la necesidad doméstica con la búsqueda de recursos por fuera del hogar. Por ende el plan les brinda la posibilidad de atender este rol que las entrevistadas manifiestan, al mismo tiempo que les permite obtener los recursos necesarios para la manutención de sus hogares. Por estas cuestiones la necesidad de obtener recursos dentro del barrio se vuelve imperiosa, buscando la cercanía que permita establecer una relación entre estas dos esferas: la pública (a través de la participación en el plan, en las actividades desarrolladas en torno a éste dentro del barrio) y la privada o doméstica (donde pueden atender sus responsabilidades familiares al interior del hogar). El plan actúa dentro del barrio viabilizando esta relación, volviéndola posible.

Es decir que, gracias a la familia obtienen el beneficio del plan, gracias a la responsabilidad familiar son jefas de hogar, y también gracias a las redes sociales que conforman las familias en el barrio estas jóvenes acceden a la información de diferentes tipos de beneficios sociales: desde comedores, roperitos, hasta los propios planes.

Por lo tanto, la familia parecería cumplir esa doble función que hemos podido observar: por un lado obstaculiza de alguna manera las trayectorias de estas jóvenes, tanto educativas como laborales, y por otro viabiliza las redes de contención, la obtención de empleos, planes, beneficios materiales y simbólicos. Es con esta configuración que estas mujeres arman sus historias de vida, optando por la seguridad familiar, con lo cual plantean buscar en el plan una posibilidad de “ayuda” económica sin resignar el cuidado del hogar.

El Plan en clave clientelar

“Yo me llamo Julieta, tengo 27 años, tengo un hijo de 8 años. Bueno, empecé a cobrar los planes con los piquetes, porque tenía que ir a los cortes,

me dijeron mirá, justo había una reunión, y en esa reunión te llevan a los cortes y bueno, de ahí empecé a conocer los cortes cómo eran porque nos llevaban en un micro. Teníamos que hacer corte de calle, empezaban a pedir cosas por los almacenes, cocinaban en ollas populares, mucha gente con hijos y bueno, y ahí estuve como tres meses para cobrar el plan, porque a veces nos decían ‘tenés que irte de acá hasta...’ ponéle, nos dejaban en Liniers y nos teníamos que ir caminando hasta Plaza de Mayo. De Plaza de Mayo, bueno, ya estábamos ahí, bueno, empezaban a hablar, nosotros estábamos con éste... ¿cómo se llama este re-conocido que estuvo preso?...” (Julieta).

Exactamente de este modo comenzó el relato de una entrevistada, quien parecía envuelta en sus ganas por contarnos lo que ya otras habían mencionado en otras palabras: el lazo intrínseco que tiene el Plan Jefes y Jefas de Hogar con la política. Es que de una manera u otra el relato de nuestros casos coincide con el terreno de la política, ya sea en la propia contraprestación como en la acción política, en la movilización o hasta en la misma obtención del plan.

Como afirma esta entrevistada, es importante introducir alguno de los testimonios que acompañan esta cuestión:

“...Y puedo anotarme en esto que me dio la señora para no trabajar, pero yo a ella no le doy plata, sino que ella una vez por mes o una vez cada tanto ella me dice ‘mirá, necesito que vos vayas conmigo a apoyarme en un tema’, así de ir con micros, no es piquete sino que es... una política...” (Julieta).

Los relatos se suceden uniendo el plan con la política, es que el plan cumple una función significativa a la hora de generar identidad política, por una razón u otra es a través del plan que nuestras entrevistadas se relacionan con el activismo:

“Los planes no existían todavía, recién estaban saliendo, y bueno, me afilié al peronismo y me dieron el plan...” (Mariel).

Todas las entrevistadas plantean que es el Estado quien debe garantizarles un mayor bienestar, con lo cual consideran justa la intervención del Estado, entendiendo que sus \$150 están justificados por su condición ciudadana. Como dicen Donatello, Giménez Béliveau y Setton (2003): “Por acción, o por omisión, el Estado siempre está presente. Las posibilidades de auto-organización, de auto-gestión, de cooperación conjunta son meras imputaciones que “desde afuera” pueden proponer instancias como ONGs e Iglesias”. Sin embargo, nuestras entrevistadas no apuestan a ellas, sino al Estado, como medio de mejorar sus vidas.

Podemos ver esto reflejado en los testimonios de los casos estudiados, en el sentido de que, sea por una u otra cuestión, el Estado es percibido como garante necesario del bienestar económico de estas jóvenes. Esto es, el mismo Estado dentro de la esfera del plan, de la educación, de la salud y en el resto de las instituciones, es entendido como el promotor de un marco de “bienestar” que intenta ser espacio de reproducción de estos sujetos.

A la vez es recurrente en los testimonios la percepción de que el Estado es el culpable de la pobreza estructural, de la inestabilidad laboral y hasta de la imposibilidad de acceder al circuito de empleo formal. Los actores suelen culpabilizar a un Estado benefactor ausente, pidiendo de él que vuelva a garantizar el bienestar de la extinta sociedad salarial.

“Y, contenta yo pienso que sí estamos, no sólo yo, sino mucha gente, porque hay mucha gente en la situación mía. No les alcanza, pero... Yo pienso que es una ayuda, ojo es una ayuda, para mí es una ayuda, pero vos te ponés a pensar, la ves, pero bueno, qué le vamos a hacer, por ahora más no se puede pedir. Y esto con el tiempo dijeron que iban a poner gente trabajando en fábrica, pero qué se yo, hay que esperar a ver qué pasa...” (María Estela).

Si bien planteamos que estos actores se encuentran en un espacio de vulnerabilidad, tanto en relación a sus características habitacionales, territoriales, educativas, como económicas, estas jóvenes beneficiarias vislumbran que el plan no representa un empleo, sino que es vivenciado como un ingreso relativamente estable que les permite una continuidad económica y social garantizada por el Estado⁶.

En este punto observamos que los testimonios de las entrevistadas demuestran que las relaciones entre el Estado y ellas mismas en tanto beneficiarias no son lineales, sino que plantean que existen mediadores o “punteros” en esta relación. En la medida en que el mediador entra en juego, la participación del Estado parece desaparecer de los relatos.

“Es que nosotros tenemos un puntero que nos da las cosas, y él es el que tiene las planillas, que vos firmás todos los días... Es la persona que vos te comunicás con él y él nos comunica a nosotros, cualquier cosa que nece-

6 Las entrevistadas no definen al plan, o específicamente a la contraprestación que realizan, como un empleo, haciendo primordialmente incidencia en la carga horaria que el mismo tiene, puesto que entienden que un trabajo tiene un sueldo un poco más elevado que el ingreso que obtienen por esta contraprestación.

siten de nosotros ellos nos lo comunican, si necesitan de vos para llevarte a algún lado, ellos te llaman...” (Marisa).

Entendemos por clientelismo una relación que se caracteriza por un intercambio de favores, basado en la contribución recíproca entre dos o más partes. Es común apelar a tres sujetos para que exista una relación política de tipo clientelar, el frecuentemente denominado cliente, el mediador, y finalmente el proveedor o sujeto propiamente político.

De esta manera estamos interesados en quitarle esos vestigios de interpretación lineal, en la cual se supone que el cliente es manipulado y a veces perjudicado por el sujeto político. Esto se debe a que la interpretación tradicional se suele olvidar que la relación no es directa sino recíproca. De esta forma entra el mediador en una sintonía con el cliente y con el sujeto político. Afirma su poder en una múltiple relación que se presenta beneficiosa, al menos en el sentido de obtención de recursos, tanto para el cliente como para el mediador⁷.

Situándonos en nuestros casos podemos pensar esta cuestión como una dinámica retroalimentada. Así estas jóvenes beneficiarias plantean su relación con los actores políticos que les proveen de ciertos beneficios, dando lugar a un intercambio entre unos y otros actores.

Conclusiones finales

La realización de este trabajo nos ha conducido a reflexionar sobre una serie de cuestiones relacionadas a los modos en que estas madres beneficiarias resignifican el plan que reciben, el modo en que lo apropian, lo asimilan a su vida cotidiana y desarrollan su reproducción social en torno a éste. Distintas conclusiones podemos extraer del desarrollo de este artículo.

En primer lugar, comprender que estas jóvenes experimentan las consecuencias de un proceso de profundo deterioro económico y social que las condujo a configurarse en espacios de continua marginalidad, de la cual suponen no encontrar salida sin la participación del Estado.

7 Para una mayor profundidad sobre este tema recomendamos la lectura de Auyero, J., *¿Favores por votos?*, Buenos Aires, Losada, 1997.

Frente a esta situación, la emergencia del Plan Jefes y Jefas de Hogar ha desarrollado una instancia de contención altamente necesaria para estos sectores pobres y ausentes de la estructura formal productiva. Esta red de contención social que generó la creación del plan se propuso disminuir los índices de desempleo y exclusión social entre los ciudadanos de sectores populares, así como permitir un mayor ingreso al mercado de trabajo y el desarrollo de actividades ocupacionales que posibiliten la inclusión al interior de la estructura socio-productiva de estos sectores sumergidos en una pobreza estructural.

En este estudio pudimos observar que el desarrollo del plan al interior del barrio de Rafael Castillo ha producido una red comunitaria que alimenta los vínculos de solidaridad social entre los integrantes del mismo. A través de las actividades comunitarias que promueve el plan dentro del barrio se extiende esta red de abastecimiento social que se nutre por la cooperación de los mismos vecinos, con el fin de generar –y al mismo tiempo de obtener– los recursos necesarios para su desarrollo cotidiano.

Esta instancia de participación comunitaria al interior del barrio, en torno al plan, da cuenta de una red de producción social que poco tiene que ver con los circuitos formales de producción económica regulados por el mercado. Porque este mismo modo de producción social se alimenta por fuera de éste, se conforma en relación a un espacio de solidaridad que caracteriza el modo en que estos actores se insertan en la vida social, en el entramado social que les brinda los soportes necesarios para su supervivencia.

En este sentido sostenemos que –volviendo sobre la hipótesis anteriormente planteada– el plan incide en el refuerzo de las redes sociales como efecto del anclaje de la acción del plan a nivel local, generando un modo de integración social basada en la inscripción territorial, dando lugar al mismo tiempo a una estructura “refugio” al interior del barrio que les va a permitir obtener recursos para su reproducción.

En segundo lugar, hemos observado en nuestros casos la configuración de una articulación política que responde a instancias de tipo clientelar como modo de distribución y ejecución del plan. A partir del cual se conforma un intercambio dentro del cual las beneficiarias obtienen recursos a cambio de favores políticos, dando cuenta de una reciprocidad entendida como beneficiosa para ambos actores en juego: las jóvenes beneficiarias y los punteros políticos.

En tercer lugar, comprendemos que si bien el plan promueve un modo de integración (política, económica, social) dentro del barrio, al mismo tiempo éste se enmarca en un contexto de alta informalidad, que reproduce la situación de vulnerabilidad y pauperización de estos actores.

En este sentido, entendemos que si bien el plan brinda a estas jóvenes beneficiarias los soportes necesarios para la supervivencia de sus hogares, por otra parte no les permite acceder al mercado formal de trabajo ni traspasar los límites del barrio, encontrando en este último el único lugar posible de desarrollo.

La asistencia, o específicamente el rol del Plan Jefes y Jefas de Hogar, no denota una instancia de mayor inclusión social, de mayor bienestar social y de integración de estos actores por fuera del barrio, sino que opera a modo de refugio o espacio simbólico de contención social en un contexto de pobreza y exclusión.

Estas madres beneficiarias, si bien encuentran en este plan un modo de supervivencia acorde a sus posibilidades y necesidades reales de desarrollo, al mismo tiempo padecen el estigma social del “deber conformarse” con aquello que reciben. En este sentido, pareciera que el tiempo no transcurre en sus vidas, el vivir el presente, el día a día, las conduce a situaciones de adaptación a momentos críticos, que entienden deben ser contrarrestados con la “ayuda” del Estado.

El “vivir del plan” se configura, así, como una modalidad de supervivencia, como un modo de existencia social que intenta sobrevivir a contextos de exclusión y pauperización, de los cuales sin embargo difícilmente el plan pueda actuar como emancipador, volviéndolos sujetos integrados dentro de su propio barrio, pero excluidos por fuera de él.

BIBLIOGRAFÍA

- ACUÑA, P. y REPETTO, F. (2001), *La política social del Gobierno Nacional: un análisis político-institucional*. Observatorio social, Buenos Aires: SIEMPRO-UNESCO.
- ADISSI, G. (2003), *El fenómeno "cartoneiros" en los medios gráficos porteños. La construcción de un nuevo sujeto/objeto histórico en Buenos Aires*. Buenos Aires: UNGS.
- ABELES, M. (1999), "El proceso de privatizaciones en la Argentina de los noventa: ¿reforma estructural o consolidación económica?", en *Revista Época. Revista Argentina de Economía Política*, Año 1, N° 1. Buenos Aires: Ediciones M&E, diciembre de 1999.
- ALONSO, L. E. (1999), *Trabajo y ciudadanía. Estudios sobre la crisis de la sociedad salarial*. Madrid: 1 de mayo, Trotta.
- ALONSO, G. (2001), "El delito de vagancia durante el último cuarto del siglo XVIII. Un análisis de la asimilación de la vagancia como delito en la legislación y en la práctica judicial de la época", en: *Historias de la Ciudad - Una Revista de Buenos Aires*, N° 11.
- ALONSO, J. (2005), "El sector informal urbano: un acercamiento crítico desde México", en *Estudios Centroamericanos*, Año LX, oct-2005, El Salvador.
- ALTIMIR, O. y BECCARIA, L. (1999a), "El mercado de trabajo bajo el nuevo régimen económico en Argentina", en *Serie Reformas Económicas* N° 28, Santiago de Chile: Naciones Unidas/CEALS.
- ALTIMIR, O. y BECCARIA, L. (1999b), *Distribución del ingreso: problemas conceptuales y técnicos vinculados a su medición*, Sistema de Información, Monitoreo y Evaluación de Programas Sociales. Buenos Aires, SIEMPRO.
- ÁLVAREZ, S. (2002), "Capital Social y concepciones de la pobreza en el discurso del Banco Mundial, su funcionalidad en la nueva cuestión social", en ANDRENACCI, L. (organizador), *Cuestión social y política social en el Gran Buenos Aires*. La Plata: UNGS-Ediciones Al Margen.
- ANDRENACCI, L. (2001), *Desigualdad social, fragmentación espacial: la cuestión social contemporánea en Buenos Aires*. Documento de trabajo, Instituto del Conurbano: UNGS.
- ARFUCH, L. (Comp.) (2002), *Identidades, Sujetos y Subjetividades*. Buenos Aires: Prometeo.
- ARONSKIND, R. (2001), *¿Más cerca o más lejos del desarrollo? Transformaciones económicas en los '90*. Buenos Aires: Ediciones Libros del Rojas, UBA.
- AUYERO, J. (1997), *¿Favores por votos?* Buenos Aires: Losada.
- (2001), *La política de los pobres. Las prácticas clientelísticas del peronismo*. Buenos Aires: Editorial Manantial.
- (2003), "'Se dice de mí...' Notas sobre convivencias y confusiones entre

- etnógrafos y periodistas”, en *Apuntes de investigación*, N° 1. Buenos Aires.
- AYER, A. J. (1965), *El positivismo lógico*. México: FCE.
- AZPIAZU, D. (1994), “La industria argentina ante la privatización, la desregulación y la apertura asimétricas de la economía. La creciente polarización del poder económico”, en AZPIAZU, D. y H. NOCHTEFF, (Comps.), *El desarrollo ausente. Restricciones al desarrollo, neoconservadurismo y élite económica en la Argentina. Ensayos de economía política*. Buenos Aires: FLACSO/Tesis Norma.
- y KHAVISSE, M. (1983), *La estructura de los mercados y la desindustrialización en la Argentina: 1976-1981*. Buenos Aires: CET.
- , BASUALDO, E. y KHAVISSE, M. (1989), *El nuevo Poder Económico*, Buenos Aires: Legasa.
- , — y SCHORR, M. (2000), *La reestructuración y el redimensionamiento de la producción industrial argentina durante las últimas décadas*. Buenos Aires: Instituto de Estudios y Formación de la Central de los Trabajadores Argentinos.
- BANCO MUNDIAL (2001), *World Development Report 2000/2001*, Washington: WB.
- (2001), *Juntos Podemos. Niveles y determinantes del capital social en Argentina*, Departamento de Reducción de la pobreza y Gestión Económica. Departamento de Gestión de País, 2001.
- BARBETTA, P.; REBÓN, J. y SALVIA, A. (2005), “Conversaciones II”, en *Revista Electrónica de Crítica Social Argumentos*, N° 5. Facultad de Ciencias Sociales, UBA, junio 2005.
- BASUALDO, E. (2000), *El proceso de privatización en la Argentina*. Buenos Aires: Ed. Página/12.
- BATTISTINI, O. (coord.) (2002), *La atmósfera incandescente. Escritos políticos sobre la Argentina movilizada*. Buenos Aires: Asociación Trabajo y Sociedad.
- BAUMAN, Z. (1999), *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona: Gedisa.
- (1999), *La Globalización-Consecuencias Humanas*. Buenos Aires: FCE.
- BECCARIA, L. (1993), “Estancamiento y distribución del ingreso”, en MINUJIN (ed.), *Desigualdad y exclusión*. Buenos Aires: UNICEF / Ed. Losada.
- (2001), *Empleo e integración social*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, colección popular.
- y LÓPEZ, N. (1997), “Notas sobre el comportamiento del mercado de trabajo urbano”, en BECCARIA, L. y LÓPEZ, N. (comps.), *Sin trabajo. Las características del empleo y sus efectos en la sociedad argentina*. Buenos Aires: UNICEF / Ed. Losada.
- y — (1997), “El debilitamiento de los mecanismos de integración social”, en BECCARIA, L. y LÓPEZ, N. (comps.), *Sin trabajo. Las características del desempleo y sus efectos en la sociedad argentina*. Buenos Aires: UNICEF / Ed. Losada.
- , CARPIO, J. y ORSATTI, A. (1999), “Argentina: Informalidad laboral en el nuevo modelo económico”, en CARPIO, J.; KLEIN, E.; NOVACOVSKY, I. (comps.), (1999), *Informalidad y Exclusión Social*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- ; FELDMAN, L.; GONZÁLEZ BOMBAL, S.; KESSLER, I.; MURMIS, M. y SVAMPA, M. (2002), *Sociedad y sociabilidad en la Argentina de los 90*. Buenos Aires: Univ. Gral. Sarmiento / Biblos.
- BECK, U. (1989), *¿Qué es la globalización?* Barcelona: Paidós.
- BELVEDERE, C. (1997), “El inconcluso ‘Proyecto marginalidad’”, en *Apuntes de Investigación* N° 1, Buenos Aires.
- ; CARPIO, J.; KESSLER, G. y NOVACOVSKY, I. (2000), “Trayectorias laborales en tiempos de crisis. Desocupación e informalidad laboral en ex asalariados provenientes del sector formal”,

- en *Informalidad y exclusión social*. Buenos Aires: Siempro.
- BERGER, P. y LUCKMAN, T. (1984), *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- y — (1997), *Modernidad, pluralismo y crisis del sentido*. Buenos Aires: Paidós.
- BIALAKOWSKY, A. y HERMO, J. (2003), “Dilución y mutación del trabajo en la dominación social local”, en A. BIALAKOWSKY (comp.) *Dilución o mutación del trabajo en América Latina, Trabajos para el XXIV Congreso ALAS 2003*. Buenos Aires: Revista Herramientas.
- BIANCO, M. L. (1996), *Classi e Reti Sociali. Ricorse e Strategie delle Attori nella Riproduzione delle Disegualianze*. Bologna: Il Mulino.
- BLAU, P. (1982), *Intercambio y poder en la vida social*. Barcelona: Hora.
- BOBBIO, N. (1998), *Estado, Gobierno y Sociedad*. México, FCE.
- BOGANI, E. (2004), “De marginales y desocupados: apuntes para una nueva discusión sobre las poblaciones ‘excedentarias’ a partir de los conceptos de masa marginal y empleabilidad”. Ponencia II Congreso Nacional de Sociología –VI Jornadas de Sociología de la UBA– Pre ALAS 2005, FCS, UBA, 20-23 octubre.
- BOUDON, R. (1984), *La place du désordre*. París: PUF.
- BOURDIEU, P. (1988), “Espacio social y poder simbólico”, en *Cosas Dichas*, Barcelona: Gedisa.
- (1990), *Sociología y cultura*. México: Editorial Grijalbo.
- (1991), *El sentido práctico*. Madrid: Taurus.
- (1997), *Razones prácticas. Espacio social y espacio simbólico*, Colección Argumentos, Barcelona: Anagrama.
- (1999), “El espacio de los puntos de vista”, en *La Miseria del mundo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- (2000), *El sociólogo y las transformaciones recientes de la economía en la sociedad*. Buenos Aires: Ediciones Libros del Rojas, UBA.
- (2002), *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Buenos Aires: Taurus.
- BRINER, M. A. y CUSMANO, A. (2003), “Las empresas recuperadas en la Ciudad de Buenos Aires: Una aproximación a partir del estudio de siete experiencias”, en *Secretaría de Desarrollo Económico Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, Empresas Recuperadas*. Buenos Aires: Editorial Secretaría de Desarrollo Económico del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.
- BUNGE, M. (1999), *Buscar la filosofía en las ciencias sociales*. México: Siglo XXI.
- CAPUTO, S. y SAAVEDRA, L. (2003), *La reinención del trabajo a través de prácticas autoorganizadas: El caso de las fábricas recuperadas por los trabajadores*. Ponencia presentada en la 2ª Jornadas de Jóvenes Investigadores, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA, octubre 2003.
- CARDOSO, F. E. (1970), “Comentarios sobre los conceptos de sobrepoblación relativa y marginalidad”, en *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, N° 1 y 2, Santiago de Chile.
- CARPIO, J. y NOVACOVSKY, I. (2000), “Introducción”, en CARPIO, J.; KLEIN, E. y NOVACOVSKY, I. (comps.) *Informalidad y exclusión social*. Buenos Aires: FCE-SIEMPRO-OIT.
- CASTEL, R. (1997), *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del asalariado*. Buenos Aires: Paidós.
- (1998), “Centralidad del trabajo y cohesión social”, en *El mundo del trabajo*. París: La Découverte.
- (1998), “La lógica de la exclusión”, en BUSTELO, E. y MINUJÍN, A., *Todos entran: propuesta para sociedades excluyentes*. Colombia: UNICEF / Cuadernos Santillana.

- (1999), “Vulnerabilidad social, exclusión: la degradación de la condición salarial”, en CARPIO, J. y NOVACOVSKY, I. (comp.) *De igual a igual. El desafío del Estado ante los nuevos problemas sociales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- CASTELLS, M. y PORTES, A. (1989), “World Underneath: The Origins, Dynamics and Effects of Informal Economy”, en CASTELLS, M.; PORTES, A. y BENTON, L. (comps.) *The informal economy: studies in advanced and less developed countries*. Baltimore: John Hopkins University Press.
- CHÁVEZ MOLINA, E. y RAFFO, M. L. (2005) “Ferias y feriantes. Lógicas de reproducción y trayectorias laborales”, en MALLIMACI, F. y A. SALVIA (comps.) *Los nuevos rostros de la marginalidad. Entre la fragmentación social y la afirmación de nuevas identidades*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Clarín, “Las mafias urbanas se adueñan de las calles”, 18 de enero de 2004.
- CLARK, J. (1991), *Democratising Development: The Role of Voluntary Organizations*. Londres: Earthscan.
- COLEMAN, J. (2001), “Capital social y creación de capital humano”, en *Zona Abierta*, 94/95, Madrid.
- CORAGGIO, J. L. (1994), *Economía popular y políticas sociales. El papel de las ONG*. Quito: Instituto Fronesis.
- (1998), “Las redes del trueque como institución de la economía popular”, en *Economía popular urbana: una perspectiva para el desarrollo local*, octubre.
- (2004), “Una alternativa socioeconómica necesaria: la economía social”, en DANANI, C. (comp.), *Política social y economía social. Debates fundamentales*, 1ª edición. Buenos Aires: Altamira.
- CORCUFF, P. (1998), “Justification, stratégie et compassion: apport de la sociologie des régimes d’action”, *Bulletin d’information scientifique de l’Institut de Recherche sur le Maghreb Contemporain*, Tunis, N° 51, junio 1998.
- COREA, C. y DUSCHATZKY, S. (2002), *Chicos en banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones*. Buenos Aires: Paidós.
- CORTÉS, F. (2000), “La metamorfosis de los marginales: la polémica sobre el sector informal en América Latina”, en: DE LA GARZA TOLEDO, E. (Coord.), *Tratado latinoamericano de Sociología del Trabajo*. México: COLMEX-FCE.
- (2005), “Consideraciones sobre la marginación, la marginalidad, marginalidad económica y exclusión social”, en *Papeles de población*, Año 12, N° 47, enero-marzo. México: Centro de Investigaciones y Estudios Avanzados de la Población.
- DAMILL, M.; FRENKEL, R. y MAURICIO, R. (2002), *Argentina. Una década de convertibilidad*. Santiago de Chile: OIT.
- DANANI, C. (2004), “El alfiler en la silla: sentidos, proyectos y alternativas en el debate de las políticas sociales y de la economía social”, en DANANI, C. (comp.) *Política social y economía social. Debates fundamentales*, 1ª edición. Buenos Aires: Altamira.
- DE CERTEAU, M. (2000), *La invención de lo cotidiano. Arte de hacer*. México: Edit. Universidad Iberoamericana.
- DE ÍPOLA, E. (comp.) (1988), *La crisis del lazo social*. Buenos Aires: Eudeba.
- DE SOTO, H. (1987), *El otro sendero*. Santiago de Chile: Editorial Sudamericana.
- DE LA GARZA TOLEDO, E. (2000), “Introducción: El papel del concepto de trabajo en la teoría social del siglo XX”, en DE LA GARZA TOLEDO, E. (coord.), *Tratado Latinoamericano de Sociología del Trabajo*, México: El Colegio de México-Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales-Universidad Autónoma Metropolitana-Fondo de Cultura Económica.
- DEFENSORÍA DEL PUEBLO DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES y ASOCIACIÓN DE LUCHA POR LA IDENTIDAD TRAVESTI Y TRANSEXUAL (1999), *Informe preliminar*

- sobre la situación de las travestis en la Ciudad de Buenos Aires. Buenos Aires: Paidós.
- DELEUZE, G. y GUATTARI, F. (1985), *El antiedipo. Capitalismo y esquizofrenia*. Buenos Aires: Paidós.
- DELICH, F. (2002), *La crisis en la crisis*. Buenos Aires: Eudeba.
- DEMING, W. (1986), *Out of the Crisis*. Cambridge: Press Syndicate of the University of Cambridge.
- DESAL (1965), *América Latina y desarrollo social*. Barcelona: Herder.
- (1969), *La marginalidad en América Latina: un ensayo de diagnóstico*. Barcelona: Herder.
- DI STEFANO, R.; SÁBATO, H.; ROMERO, L. y MORENO, J. L. (2002), *De las cofradías a las organizaciones de la sociedad civil. Historia de la iniciativa asociativa en Argentina, 1776-1990*. Buenos Aires: Panca.
- DÍAZ, C.; LACOMBE, E. y LÓPEZ, C. (2002), *El Juicio de la Mirada. Incidencia de la mirada social en la construcción y resignificación de los atributos identitarios. Análisis de un caso particular: Los chicos trabajadores de La Luciérnaga*. Córdoba: FdDyCS-UNC.
- DONATELLO, L., GIMÉNEZ BÉLIVEAU, V. y SETTON, D. (2003), “Precarización laboral, feminización de la pobreza y presencia estatal: Un estudio de caso a partir de las trayectorias socio-laborales de perceptores de planes sociales”, en *Laboratorio 11-12*, Buenos Aires.
- ; — y — (2005), “Trayectorias socio-religiosas en contextos de vulnerabilidad: jefas de hogar receptoras de planes sociales en un barrio de San Francisco Solano”, en: MALLIMACI, F. y SALVIA, A. (comps.), *Los nuevos rostros de la marginalidad*. Buenos Aires: Ed. Biblos.
- DUQUE, F. (1989), *Los vendedores callejeros en la zona centro de Cali: su racionalidad*. Colombia: Edit. Universidad del Valle.
- DUQUE, J. y PASTRANA, E. (1972), “La movilización reivindicativa urbana de los sectores populares en Chile”, en *Revista Latinoamericana de Ciencia Sociales*, N° 4, Santiago de Chile.
- DURKHEIM, E. (1968), *La división del trabajo social*. Buenos Aires: Alianza.
- ELÍAS, N. (1989), *El proceso de la civilización*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- EKINS, R. (1998), *Male Femaling: A Grounded Theory Approach to Cross-dressing and Sex-changing*, traducción de la Presentación del libro, Prefacio, Prólogo y Capítulo 4 (“Male Femaling, Masked Awareness Contexts and the Methodology of Grounded Theory”), Londres: Ed. Routledge.
- ESPING-ANDERSEN, G. (1993), *Los tres mundos del Estado de Bienestar*. Valencia: Edicions Alfons El Magnànim, Generalitat Valenciana/Diputació Provincial de Valencia.
- FAJN, G. (2003), *Fábricas y empresas recuperadas. Protesta social, autogestión y rupturas en la subjetividad*. Buenos Aires: Ediciones del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos.
- FELJOÓ, M. C. (2001), *Nuevo país, nueva pobreza*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- FELDMAN, S. y MURMIS M. (2002), “Las ocupaciones informales y sus formas de sociabilidad: apicultores, albañiles y feriantes”, en BECCARIA, L. y otros, *Sociedad y sociabilidad en la Argentina de los 90*. Buenos Aires: Biblos.
- FERNÁNDEZ, J. (2004), *Cuerpos desobedientes. Travestismo e identidad de género*. Buenos Aires, Edhasa.
- FIEL (2001), *Crecimiento y equidad en la Argentina, bases de una política económica para la década*. Buenos Aires: FIEL-UIA.
- FITOUSSI, J. P. y ROSANVALLON, P. (1998), *La nueva era de las desigualdades*. Barcelona: Manantial.
- FORNI, F. y ROLDÁN, L. (1996), “Trayectorias laborales de residentes de

- áreas urbanas pobres. Un estudio de casos en el conurbano bonaerense”, en *Desarrollo Económico* vol. 35, N° 140. Buenos Aires: IDES.
- (2002), “Pobreza y territorialidad”, en FORNI, F. (comp), *De la exclusión a la organización*. Buenos Aires: Ciccus.
- FOUCAULT, M. (2002), *La hermenéutica del sujeto*. Buenos Aires: FCE.
- FOURNIER, M. y SOLDANO, D. (2001), “Los espacios de insularización en el conurbano bonaerense: una mirada al lugar de las manzanas”. Trabajo presentado en la III Jornada Anual de Investigación de la UNGS. Los Polvorines, Buenos Aires, 29 de noviembre de 2001.
- FREUND, J. (1993), “Prefacio”, en M. XIBBERAS, *Les Theories de l'exclusion*. París: Meridien Klincksieck.
- FUKUYAMA, F. (1999), *Social Capital and Civil Society. Prepared for delivery at the Internacional Monetary Fund Conference on Second Generation Reform* (Documento preparado para la Conferencia del FMI sobre Reformas de Segunda Generación), Washington (Mimeo).
- GALLI, V. y MALFÉ, R. (1997), “Desocupación, identidad y salud”, en BECCARIA, L. y LÓPEZ, N. (comps.), *Sin trabajo. Las características del empleo y sus efectos en la sociedad argentina*. Buenos Aires: UNICEF-Losada.
- GALLIANI, R. R. y ROSENDO, E. (1998), “Desocupación y violencia”, en IZAGUIRRE, I. (Comp.) *Violencia social y Derechos Humanos*. Buenos Aires: Eudeba.
- GALLART, M. A. (1993): “La investigación de métodos y metodología cualitativa. Una reflexión desde la práctica de la investigación”, en *Métodos cualitativos II. La práctica de la investigación*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- (2003), “Habilidades y competencias para el sector informal en América Latina: una revisión de la literatura sobre programas y metodologías de formación”. *Boletín Cinterfor*, N° 155.
- GALÍN, P. (2000), “Formas de protección de los trabajadores precarios”, *Revista Derecho del Trabajo*, N° 9, septiembre de 2000.
- GASPARINI, L. (2005), *Monitoring the Socio-Economic Conditions in Argentina*. La Plata: Centro de Estudios Distributivos, Laborales y Sociales, UNLP.
- GEERTZ, C. (1995), *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- GEREMECK, B. (1991), *Les fils de Caïn*. Paris: Flammarion.
- GERMANI, G. (1962), *Política y Sociedad en una época de transición*. Buenos Aires: Paidós, *Serie Menor*, N° 13.
- (1969), *Sociología de la Modernización*. Buenos Aires: Paidós, Colección Psicología y Sociología, vol. N° 36.
- (1973), *El concepto de marginalidad*. Primera Edición. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- GIDDENS, A. (1986), *La constitución de la sociedad: bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu.
- GIOSA ZUAZUA, N. (1999), “Desempleo y precariedad laboral en la Argentina de los años 90”, *Rev. Época*, Año 1, N° 1, diciembre de 1999. Buenos Aires.
- GOFFMAN, E. (1986), *Frame Analysis*. Boston: Northeast University Press.
- (1997), *Internados*. Barcelona: Amorrortu.
- (2001), *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.
- GOLDBERG, L. (2004), “Financial-sector FDI and Host Countries: New and Old Lessons”, *NBER Working Papers Series*, N° 10.441. Cambridge: NBER.
- GOLDMAN, L. (1979), “Epistemología de la sociología”, en PIAGET, J., *Tratado de lógica y conocimiento científico, Vol. VI Epistemología de las Ciencias del Hombre*. Buenos Aires: Paidós.

- GONZALEZ DE LA ROCHA, M. (1986), *Los recursos de la pobreza: Familias de bajos ingresos en Guadalajara*. Guadalajara: CIESAS, Colegio de Jalisco.
- GORZ, A. (1997), *Miserias del presente, riqueza de lo posible*. Barcelona: Paidós.
- GRAN ENCICLOPEDIA UNIVERSAL (2006), N° 14, Buenos Aires: Espasa Calpe/Clarín.
- GRASSI, E. (2004), *Política y cultura en la sociedad neoliberal. La otra década infame (II)*. Primera Edición. Buenos Aires: Espacio.
- (2004), “Problemas de la teoría, problemas de la política. Necesidades sociales y estrategias de política social”. En: *Laboratorio/n line Revista de Estudios Sobre Cambio Social*, Año IV, Número 16, verano 2004.
- GRAVANO, A. y GUBER, R. (1991), *Barrio sí, villa también*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- (2003), *Antropología de lo barrial*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- (2005), *El barrio en la teoría social*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- GRAZIANO, M. F. (comp.); Molina Derteano, P. (comp.); Correa, M. E.; Hermida, M. (2005), “Bajo la mediación del despido. Transformaciones en las condiciones de trabajo y de vida en trabajadores despedidos durante la crisis del Tequila. Análisis cualitativo”. [En línea]. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. (Documentos de Jóvenes Investigadores, N° 8). Disponible en la <http://www.iigg.fsoc.uba.ar/docs/ji/ji8.pdf>.
- GROPONE, R. (1986), *Talleristas y vendedores ambulantes en Lima*. Lima: Desco
- GRUDENS-SCHUCK, N.; ALLEN, B. y LARSON, K. (2004), “Focus Group Fundamentals”, Departments of Agricultural Education and Studies and Sociology. Iowa State University.
- GUBER, R. (2004), *El salvaje metropolitano*. Buenos Aires: Paidós.
- GUIMENEZ, S. (2004), “Políticas sociales y los dilemas de la participación”. En: *Laboratorio/n line Revista de Estudios Sobre Cambio Social*, Año IV, Número 16, verano 2004.
- GUTIÉRREZ, A. (2004), “De estrategias, capitales y redes: Elementos para el análisis de la pobreza urbana”, en MOTA DÍAZ, L., CATAN, A. (Coord.) (2004) *Desigualdad, pobreza, exclusión y vulnerabilidad en América Latina. Nuevas perspectivas analíticas*. México: Ed Cigome.
- HARDT, M. y NEGRI, T. (2002), *Imperio*. Buenos Aires: Paidós.
- HELLER, A. (1998), *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona: Ed Península.
- HINTZE, S. (1989), *Estrategias alimentarias de supervivencia. Un estudio de caso en el Gran Buenos Aires*, vol. I y II. Buenos Aires: CEAL.
- (1991), “Informalidad y condiciones de vida en los sectores populares”, en HINTZE *et al.*, *Trabajo y condiciones de vida en sectores populares urbanos*. Buenos Aires: CEAL, Biblioteca de Política Argentina, N° 327.
- (2004), “Capital Social y estrategias de supervivencia. Reflexiones sobre el ‘capital social de los pobres’”, en DANINI, C. (comp.), *Política social y economía social. Debates fundamentales*, 1ª edición. Buenos Aires: Altamira.
- HOSELITZ, B. F. (1960), *Sociological Factors in Economic Development*. Colorado: Westview Boulder.
- INDEC, Tasa de desocupación por aglomerado desde 1974 en adelante, en <http://www.indec.mecon.ar/nuevaweb/cuadros/4/shempleo5.xls>.
- INDEC, *Censo Nacional de Población y Vivienda 2001*, Buenos Aires, Instituto Nacional de Estadística y Censo, 2004.
- ISLA, A.; LACARRIEU, M. y SELBY, H. (1999), *Parando la olla*. Buenos Aires: Norma.
- *et al.*, (2002), *Parando la Olla*. Buenos Aires: Norma.

- (2002), *Los usos políticos de la identidad. Indigenismo y Estado*. Buenos Aires: Editorial de las Ciencias.
- JAMES, P. (1997), *La gestión de la calidad total*. Madrid: Ed. Prentice Hall Iberia.
- JELIN, E.; LLOVET, J. J. y RAMOS, S. (1982), *Un estilo de trabajo: la investigación microsocia*. Buenos Aires: CEDES.
- JELIN, E. (2000), *Pan y afectos. La transformación de las familias*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- JODELET, D. (1986), “La representación social. Fenómenos, conceptos y teoría”, en MOSCOVICI, S. (1986), *Psicología Social*, Tomo II. Barcelona: Paidós.
- KAPELUSZ, R. (1949), *El trabajo del hombre*. Buenos Aires: Kapelusz.
- KATZ, J. (2000), “Cambios en la estructura y comportamiento del aparato productivo latinoamericano en los años 1990: después del ‘Consenso de Washington’, ¿qué?”, CEPAL, Oficina en Santiago de Chile, *Documento de Trabajo* N° 65, Santiago de Chile.
- KATZMAN, R. (1999), *Activos y estructuras de oportunidades*. Montevideo: PNUD-CEPAL.
- (2002), “Seducidos y abandonados: el aislamiento social de los pobres urbanos”, en *Revista de la CEPAL*. Santiago de Chile: CEPAL.
- ; FILGUEIRA, E. y FURTADO, M. (2000), “Nuevos desafíos para la equidad en Uruguay”, en *Revista de la CEPAL*, N° 70, Santiago de Chile: CEPAL.
- y RETAMOSO, A. (2005), “Segregación espacial, empleo y pobreza en Montevideo”, en *Revista de la CEPAL*, N° 85, abril.
- KESSLER, G. (1996), “Adolescencia, pobreza, ciudadanía y exclusión”, en JACINTO, C. y KOLTERNLLNIK, I. (comps), *Adolescencia, pobreza, educación y trabajo*. Buenos Aires: Losada-UNICEF.
- (1997), “Algunas implicancias de la experiencia de la desocupación para el individuo y su familia”, en BECCARIA, L. y LÓPEZ, N. (comps.), *Sin trabajo. Las características del empleo y sus efectos en la sociedad argentina*. Buenos Aires: UNICEF-Losada.
- (2000), “Redefinición del mundo social en tiempos de cambio. Una tipología para la experiencia de empobrecimiento”, en SVAMPA, M. (comp.) *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*. Buenos Aires: Ed. Biblos.
- (2002), “De proveedores, amigos, vecinos y ‘barderós’: acerca de trabajo, delito y sociabilidad en jóvenes del Gran Buenos Aires”, en MURMIS, M. y FELDMAN, S. (comp.) *Sociedad y Sociabilidad en la Argentina de los 90*, Buenos Aires: Editorial Biblos / UNGS.
- (2004), *Sociología del delito amateur*. Buenos Aires: Paidós.
- KIM, K. (2004), “Can Bourdieu’s Critical Theory liberate us from the Symbolic Violence?”, en *Cultural Studies*, vol. 4 (3). Londres: Sage Publications.
- KLOSOWSKY, P. (1968), “Sade o el filósofo perverso”, en AA.VV. *Sade. Filósofo de la perversión*. Buenos Aires: Ed. Garfio.
- KORNBLIT, A. (1996), “Representaciones sociales y valores de los jóvenes en relación con el trabajo”, en *Culturas Juveniles. La salud y el trabajo desde la perspectiva de los jóvenes*. Buenos Aires: Oficina de Publicaciones del CBC, UBA.
- (coord.) (2004), *Metodologías cualitativas en ciencias sociales. Modelos y procedimientos de análisis*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- ; PECHENY, M. y VUJOSEVICH, J. (1998), *Gays y lesbianas. Formación de la identidad y derechos humanos*. Buenos Aires: La Colmena.
- KULFAS, M. (2003), “El contexto económico: Destrucción del aparato productivo y reestructuración regresiva”, en *Secretaría de Desarrollo Económico Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, Empresas Recuperadas*. Buenos Aires: Editorial Secretaría de Desa-

- rrollo Económico del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.
- La Nación, "La venta callejera se adueña de la ciudad", Buenos Aires, 5 de marzo de 2004.
- LANGE, O. (1966), *La economía en las sociedades modernas*, Trad. Mireia Bofill, México.
- LAZARTE, R. (2000), "El 'sector informal': una revisión conceptual bibliográfica. Problemas del Desarrollo", en *Revista Latinoamericana de Economía*, vol. 31, N° 121, México.
- LENGUITA, P. (2002), "El poder del desempleo. Reflexiones críticas sobre la relevancia política del movimiento piquetero", en BATTISTINI, O. (coord.) *La atmósfera incandescente. Escrito políticos sobre la Argentina movilizada*. Buenos Aires: Asociación Trabajo y Sociedad.
- LENOIR, R. (1974), *Les exclus*. Paris: Le Seuil.
- LÉVI-STRAUSS, C. (1972), *Antropología Estructural*. Buenos Aires: FCE.
- LEWIS, A. (1960), "Desarrollo económico con oferta ilimitada de mano de obra", en *El Trimestre Económico*, vol. XVII, N° 108.
- Lewis, O. (1968), *A Study of Culture: Backgrounds for La Vida*. New York: Random house.
- (1980), *Los hijos de Sánchez. Autobiografía de una familia mexicana*. México: Joaquín Mortiz.
- LIJENSTEIN, S. (2001), *Jóvenes y Capitalización Laboral*, Ponencia en el Encuentro Internacional sobre Juventud, Educación y Empleo en Iberoamérica, Madrid: CINTER/ OIT.
- LIVSZYC, P. (2004), "Los medios de comunicación y la 'ola de inseguridad'", en *Revista de la Facultad de Ciencias Sociales*, N° 56, septiembre de 2004.
- LO VUOLO, R.; BARBEITO, A.; PAUTASSI, L. y RODRÍGUEZ, C. (1999), *La pobreza... de la política contra la pobreza*. Buenos Aires: Miño y Dávila / CIEPP.
- LOMNITZ, L. (1975), *Cómo sobreviven los marginados*. México: Siglo XXI.
- LONGO, M. E. (2004), "Los confines de la integración social. Trabajo e identidad en jóvenes pobres", en BATTISTINI, O. (comp.), *El trabajo frente al espejo*. Buenos Aires: Prometeo libros.
- LÓPEZ SANTILLÁN, R. (1998), *Los conflictos sociopolíticos en el comercio callejero del centro histórico de la ciudad de México* (tesis de licenciatura). México: Facultad de Ciencias Políticas y sociales-UNAM.
- LOUTIER, B. (2004), *L'économie informel dans le tiers monde*. Paris, L'harmattan.
- LVOVICH, D. (2000), "Colgados de la sogá", en SVAMPA, M. (comp.) *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*. Buenos Aires: Ed. Biblos.
- MAFFIA, D. (Comp.) (2003), *Sexualidades migrantes. Género y transgénero*. Buenos Aires: Seminario.
- MALINOWSKI, B. (1973), *Los argonautas del Pacífico occidental*. Buenos Aires: Planeta-Agostini.
- MALLIMACI, F. (2005), "Nuevos y viejos rostros de la marginalidad en Buenos Aires", en MALLIMACI, F. y A. SALVIA (comps), *Los nuevos rostros de la marginalidad*. Buenos Aires: Biblos.
- y GRAFFIGNA, M. L. (2002), "Constitución de redes y movimientos sociales solidarios como estrategia de satisfacción de necesidades", en FORNI, F. (Comp.) *De la exclusión a la organización*. Buenos Aires: Ciccus.
- MANZANO, V. (2003), *Piqueteros y beneficiarios: modalidades de acción sociopolítica y proceso de construcción identitaria*. (Mimeo).
- MARGULIS, M. (1988), "Cultura y reproducción social", en *Colección Estudios de Ciencias Sociales*, México: INAH.
- ; URRESTI, M. y otros (1999), *La segregación negada. Cultura y discriminación social*. Buenos Aires: Biblos.
- MARTÍNEZ, O. y VOCOS, F. (2002), "Las empresas recuperadas por los trabajadores y el movimiento obrero", en CARPINTERO, E. y HERNÁNDEZ, M. (comps.),

- Produciendo realidad. Las empresas comunitarias*, Colección Fichas. Buenos Aires: Topía Editorial.
- MARX, K. (2004), *El Manifiesto Comunista*. Buenos Aires: Ediciones Ulrico.
- MASSÉ, P. (1965), *L'exclusion sociale*. Paris: Klenfer.
- MASSETTI, A. (2003), "De cortar la ruta a transitar la ciudad. Programa de Antropología Política y Social", *FLACSO. Documento de trabajo N° 2*. AR-FLACSO/15325.
- (2004), *Piqueteros. Protesta social e identidad colectiva*. Buenos Aires: Editorial de las Ciencias / FLACSO.
- (2004), "¿Protesta social o lucha de clases?", *Revista Laboratorio N° 15*, IIGG, FSOC, UBA.
- (2005), "La pobreza como disputa política", en MALLIMACI, F. y SALVIA, A. (Comps.), *Los nuevos rostros de la marginalidad*. Buenos Aires: Ed. Biblos.
- MATHÍAS, G. y SALAMA, P. (1986), *El Estado sobredesarrollado*. México: Ediciones Era.
- MAUSS, M. (1924), *El Don*. Madrid: Akal.
- MECCIA, E. (2001), "Las reglas del secreto. Brevísimos apuntes para una sociología de las organizaciones de las minorías sexuales", en *Revista Ciencias Sociales. Publicación de la Facultad de Ciencias Sociales*, UBA N° 48. Buenos Aires.
- MECCIA, E.; METLIKA, U. y RAFFO, M. (2005), "Trabajo sexual: estigma e implicancias relacionales. Trayectorias de vulnerabilidad de mujeres y travestis en situación de prostitución en el sur del Gran Buenos Aires", en MALLIMACI, F. y SALVIA, A. (Comps.), *Los nuevos rostros de la marginalidad*. Buenos Aires: Biblos.
- MERKLEN, D. (1991), *Asentamientos en La Matanza*. Buenos Aires: Catálogos.
- (1999), *La cuestión social al sur desde la perspectiva de la integración*. París: Forum Culture et Developpement (BID).
- (2002), "Un pobre es un pobre", en *Revista Sociedad N° 11*, agosto de 1997, Buenos Aires.
- (2002), *Le quartier et la barricade*. Paris: Atelier Argentine, CEPREMAP, Ecole Normal Superiore de Paris.
- (2002), "Entre le ciel et terre", *Cahier des ameriques latines*, N° 41.
- (2004), "Sobre la base territorial de la movilización popular", en: *Laboratorio/n line Revista de Estudios Sobre Cambio Social*, Año IV, N° 16, verano 2004.
- (2005), *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*. Buenos Aires: Editorial Gorla.
- MERLINSKY, G. (1997), *El sector informal urbano: una contraposición de enfoques a partir de la reflexión teórico-metodológica. Informe de Coyuntura*. La Plata: CEB.
- MICHELSEN, J. (1997), *Las lógicas de las organizaciones cooperativas: algunas sugerencias desde la realidad escandinava* (Mimeo).
- MINGIONE, E. (1989), *Las sociedades fragmentadas*. Colección Economía y Sociología del Trabajo, Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- MINUJIN, A. (Comp.) (1997), *Cuesta abajo. Los nuevos pobres: efectos de la crisis en la sociedad argentina*. Buenos Aires: UNICEF / Losada.
- (1999), "¿La gran exclusión? Vulnerabilidad y exclusión en América Latina", en FILMUS, D. (comp.) *Los noventa. Política, sociedad y cultura en América Latina y Argentina de fin de siglo*. Buenos Aires: FLACSO-Eudeba.
- y COSSENTINO, E. (1994), "Crisis y futuro del Estado de bienestar", en MINUJIN, A. (ed.) *Desigualdad y exclusión. Desafíos para la política social en la Argentina de fin de siglo*. Buenos Aires: Losada / UNICEF.
- y KESSLER, G. (1995), *La nueva pobreza en la Argentina*. Buenos Aires: Planeta.

- MIRANDA, A. y SALVIA, A. (2001), "Transformaciones en las condiciones de vida de los jóvenes en los noventa. Estimación de Determinantes a través de Regresiones", en *Cuadernos del CEPED N° 5 Crisis y metamorfosis del mercado del trabajo*. Parte 2. CEPED, Inst. de Investigaciones Económicas, FCE-UBA, Buenos Aires.
- y — (2003), ¿Trabajar, estudiar o dejar pasar el tiempo? Cambios en las condiciones de vida de los jóvenes del Gran Buenos Aires", en VILLENA S. y MAKOWSKI, S. (coord), *Documentos de Trabajo. Serie Jóvenes Investigadores*. México: FLACSO.
- MONZA, A. (2000), *La evolución de la informalidad en el área metropolitana en los años noventa. Resultados e interrogantes en Informalidad e Exclusión*. Buenos Aires: SIEMPRO-OIT-FCE.
- MURMIS, M. y FELDMAN, S. (2002), "Formas de sociabilidad y lazos sociales", en BECCARIA, L.; FELDMAN, S. et al., *Sociedad y sociabilidad en la Argentina de los 90*. Buenos Aires: Editorial Biblos / UNGS.
- y — (2002), "Las ocupaciones informales y sus formas de sociabilidad: apicultores, albañiles y feriantes", en BECCARIA, L.; FELDMAN, S. et al., *Sociedad y sociabilidad en la Argentina de los 90*. Buenos Aires: Editorial Biblos / UNGS.
- MYLES, M. (2004), "From Doxa to Experience: Issues in Bourdieu's Adoption of Husserlian Phenomenology", en *Theory, Culture and Society*, vol. 21 (2), Londres: Sage Publications.
- NEFFA, J., BATTISTINI, O.; PANIGO, D. y PÉREZ, P. (2000), "Exclusión social en el mercado del trabajo. El Caso de Argentina". En *Serie Exclusión Social-Mercosur, n° 109*, Equipo Técnico Multidisciplinario. Santiago de Chile: OIT-Fundación Ford.
- NUN, J. (1969), "Superpoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal", en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 5, N° 2, México.
- (1978), "La industria automotriz argentina: estudio de un caso de superpoblación flotante", en *Revista Mexicana de Sociología*, México.
- (1999), "Nueva visita a la teoría de la masa marginal", en *Revista Desarrollo Económico, IDES, vol 39, N° 154*, Buenos Aires.
- (1999), "El futuro del empleo y la tesis de la masa marginal", en *Revista Desarrollo Económico*, vol. 39, N° 152, febrero-marzo. Buenos Aires.
- (2001), *Marginalidad y exclusión social*, Primera Edición. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- ; MARÍN, J. C. y MURMIS, M. (1968), "La marginalidad en América Latina: informe preliminar". *Documento de trabajo N° 35*, Buenos Aires: CIS.
- OIT (1972), *Employment, Incomes and Equality: A Strategy for increase-mg Productive Employment in Kenya*, Geneva, ILO.
- OLSON, M. (1965), *The Logic of Collective Action*. Massachusetts: Harvard University Press.
- PALOMINO, H. (2003), "El movimiento de Trabajadores de Empresas Recuperadas", *Revista Sociedad*, N° 20/21, mayo 2003: Editorial Manantial y Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.
- (2004), "Las experiencias actuales de autogestión en la Argentina", en *Revista Nueva Sociedad*, N° 184, Caracas.
- PARKER, R. y AGGLETON, P. (2002), "Estigma y discriminación relacionado con el VIH/Sida: Un marco conceptual e implicaciones para la acción", en *Documentos de Trabajo N° 9*, Programa de Salud Reproductiva y Sociedad, México.
- PECHENY, M. (2001), "De la no-discriminación al reconocimiento social. Un análisis de la evolución de las demandas políticas de las minorías sexuales en América Latina" (ponencia preparada para el XXIII Congreso

- de la Latin American Association, Washington DC).
- (2002), “Identidades discretas”, en ARFUCH, L. (Comp.) *Identidades, sujetos y subjetividades*. Buenos Aires: Prometeo.
- PÉREZ, P. (2004), *Los sospechosos de siempre. Los desocupados de larga duración en Argentina y su (in)empleabilidad* (Mimeo).
- PERSIA, J. (comp.); FRAGUGLIA, L. (comp.); AUSTRAL, R.; RAFFO, M. L.; SALVIA, A.; ZELARRAYÁN, J. (2006), *Bajo la mediación del despido: transformaciones en las condiciones de trabajo y de vida en trabajadores despedidos durante la Crisis del Tequila*. [En línea]. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 2006. (Documentos de Jóvenes Investigadores, N° 11). Disponible en la web: <<http://www.iigg.fsoc.uba.ar/Publicaciones/JI/JI11.pdf>>
- PETRACCI, M. (2004), “La agenda de la opinión pública a través de la discusión grupal. Una técnica de investigación cualitativa: el grupo focal”, en KORNBLIT, A. (coord.), *Metodologías cualitativas en ciencias sociales. Modelos y procedimientos de análisis*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- PETRAS, J. y VELTEMEYER, H. (2002), “Auto-gestión de trabajadores en una perspectiva histórica”, en CARPINTERO, E. y HERNÁNDEZ, M. (comps.), *Produciendo realidad. Las empresas comunitarias*, Colección Fichas. Buenos Aires: Topía Editorial.
- PIAGET, J. (1982), “La situación de las ciencias del hombre dentro del sistema de las ciencias”, en PIAGET, J.; MACKENZIE, J. M.; LAZARSFELD, P. y otros, *Tendencias de la investigación en ciencias sociales*: Alianza-UNESCO.
- (1986), *Estudios sociológicos*. España: Planeta-Agostini.
- PICCHETTI, V. (2002), “Fábricas Tomadas, Fábricas de esperanzas. Las experiencias de Zanón y Brukman”, en CARPINTERO, E. y HERNÁNDEZ, M. (comps.), *Produciendo realidad. Las empresas comunitarias*, Colección Fichas. Buenos Aires: Topía Editorial.
- PIORE, M. (1983), “Notas para una teoría de la estratificación del mercado de trabajo”, TOHARIA, L. (comp.), *El mercado de trabajo: teorías y aplicaciones*. Madrid: Alianza Editorial.
- (1989), *Paro e inflación*. Madrid: Alianza Editorial.
- y DOERINGER, P. (1983), “El paro y el mercado dual de trabajo”, en TOHARIA, L. (comp.), *El mercado de trabajo: teorías y aplicaciones*. Madrid: Alianza Editorial.
- PNUD-Argentina (2002), *Aportes para el desarrollo humano de la Argentina/2002*, Buenos Aires.
- POLANYI, K. (2003), *La gran transformación*. México: FCE.
- POLICASTRO, B. y RIVERO, E. (2005), “El mundo de los vendedores ambulantes en la línea Mitre”, en MALLIMACI, F. y A. SALVIA (comps.), *Los nuevos rostros de la marginalidad*. Buenos Aires: Biblos.
- PORTES, A. (1995), *En torno a la informalidad: ensayos sobre teoría y medición de la economía no regulada*. México: FLACSO y Porrúa Grupo Editorial.
- (2000), “La economía informal y sus paradojas”, en CARPIO, KLEIN y NOVACOVSKY (comps.) *Informalidad y exclusión social*. Buenos Aires: FCE-SIEMPRO-OIT.
- y LANDOLT, P. (1996), “The Downside of Social Capital”, en *The American Prospect*, N° 26 (may-june 1996) (<http://epn.org/prospect/26/26-cnt2>).
- y HALLER W. (2004), *La economía informal*, Serie Políticas Públicas. Santiago de Chile: CEPAL.
- PORTILLO, Á. (1991), *Ciudad y conflicto. Un análisis de la urbanización capitalista*. Montevideo: Ediciones Compañero.
- PRADILLA COBOS, E. (1993), *Territorios en crisis: México 1970-1992*. México: Editorial de la Red Nacional de Investigación Urbana.

- PRIES, L. (2000), "Teoría sociológica del mercado de trabajo", en DE LA GARZA TOLEDO, E. (coord.), *Tratado Latinoamericano de Sociología del Trabajo*. México: El Colegio de México-Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales-Universidad Autónoma Metropolitana-Fondo de Cultura Económica.
- PREALC-OIT (1988), *Sobrevivir en la calle. El comercio ambulante en Santiago*. Santiago de Chile: PREALC-OIT.
- PROGRAMA FACULTAD ABIERTA, SECRETARÍA DE EXTENSIÓN UNIVERSITARIA, FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS-UBA: Informe del relevamiento entre empresas recuperadas por los trabajadores, Documento de Trabajo, Buenos Aires, 2003.
- PRZEWORSKI, A. (1982), "Teoría sociológica y el estudio de la población: reflexiones sobre el trabajo de la comisión de población y desarrollo en CLACSO", en CEED (comp.), *Reflexiones teóricas metodológicas sobre las investigaciones en población*. México: Ed Colmes-CLACSO.
- (1985), "Marxismo y elección racional", en *Revista DOXA*, México.
- PUTNAM, R. (2001), "La comunidad próspera. El capital social y la vida pública", en *Zona Abierta*, 94/95, Madrid.
- QUIJANO, A. (1970), *Polo marginal y mano de obra marginalizada*. Santiago de Chile: CEPAL.
- (1998), *La Economía popular y sus caminos en América Latina*. Lima: Edit. Mosca Azul.
- QUIRÓS, G. y SARAVÍ, G. (1994), *La informalidad económica. Ensayos de Antropología Urbana*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- RACZYNSKI, D. (1977), "El sector informal urbano: interrogantes y controversias". *Investigaciones sobre empleo*, N° 3, Santiago de Chile: OIT-PREALC.
- RAUBER, I. (2002), "Mujeres piqueteras: el caso de Argentina". *Cahiers Genre et Development*, N° 3, Geneve.
- RAZETO, L. (1990), "Economía de Solidaridad y Organización Popular", en FORNI y SÁNCHEZ (comp.), *Organizaciones económicas populares. Más allá de la informalidad*. Buenos Aires: Servicio Cristiano de Cooperación para la Promoción Humana.
- REBÓN, J. (2004), *Desobedeciendo al desempleo. La experiencia de las empresas recuperadas*. Buenos Aires: Ediciones Picaso / La Rosa Blindada.
- (2004), "¿Empresas de trabajadores?", en *Revista Electrónica de Crítica Social Argumentos*, N° 4. Facultad de Ciencias Sociales, UBA, Octubre 2004.
- y SAAVEDRA, I. (2006), *Empresas recuperadas: la autogestión de los trabajadores*. Colección Claves para todos, N° 41, Buenos Aires: Capital Intelectual.
- REICH, R. (1991), *El trabajo de las Naciones*. Buenos Aires: Ed. Vergara.
- RICOEUR, P. (1981), *El discurso de la acción*. Madrid: Cátedra.
- RIQUELME, G. C. (2000), *La educación formal y no formal de los trabajadores: diferenciales para el área metropolitana, regiones y por ingresos*. Programa MECOVI-Argentina, Buenos Aires: INDEC, BID-BM-CEPAL.
- RITZER, G. (1993), *Teoría Sociológica Contemporánea*. Madrid: McGraw-Hill.
- RODRÍGUEZ, J. y ARRAIGADA, C. (2004), "Segregación residencial en la ciudad latinoamericana", *Revista Eure*, vol. 29, N° 89, Santiago de Chile: Pontificia Universidad Católica de Chile.
- ROSANVALLON, P. (2004), *La nueva cuestión social*. Buenos Aires: Ediciones Manantial.
- ROSTOW, W. (1960), *The Stages of Economic Growth, A Non-Communist Manifesto*. Londres: Cambridge University Press.
- ROUSSEAU, J. (1985), *El contrato social*. Buenos Aires: Sarpe.
- SAAVEDRA, L. (2003), "La dinámica del trabajo desde la perspectiva de las empresas recuperadas y auto-organizadas por los trabajadores", en

- Revista Laboratorio*. Año 5, N° 13. Primavera/verano 2003. Facultad de Ciencias. Sociales. UBA.
- SANTARCÁNGELO, J y SCHORR, M. (2000), "Desempleo y precariedad laboral en la Argentina durante la década de los noventa.", en: *Revista Estudios del Trabajo*, N° 20, Segundo Semestre.
- SALVIA, A. (1997), *Hacia una "estética plural" en la investigación social*. Buenos Aires: Oficina de publicaciones del CBC, Universidad de Buenos Aires.
- *et al.* (2000), "La nueva caída en la modernidad. Heterogeneidad y estrategias familiares de vida en sectores populares del Gran Buenos Aires. Estudios de caso". *Documentos de trabajo*, N° 19. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA y Municipalidad de Avellaneda, provincia de Buenos Aires.
- (2002), "Mercados laborales y políticas ocupacionales", en *Mercados laborales y políticas ocupacionales en el Cono Sur: estudios nacionales*. Chile: Fundación Friedrich Ebert Stiftung.
- (2002), "Segmentación de la estructura social del trabajo en la Argentina", en *Revista Laboratorio*, Año 4, N° 9, Buenos Aires.
- (2002), *Crisis del empleo y fragmentación social en la Argentina. Diagnóstico necesario y condiciones para su superación*. Ponencia presentada en Congreso PRE-ALAS XXIV, Buenos Aires, 1-2 de noviembre 2002.
- (2003), *Jóvenes trabajadores: Situación, desafíos y perspectivas en la Argentina*. Documento de Investigación Jóvenes Trabajadores en el cono Sur: desafíos y respuestas. Proyecto PROSUR, Fundación Friedrich Ebert, Buenos Aires.
- (2003), Proyecto FONCyT 09640: *La Supervivencia de los Desplazados: Trayectorias Económicas, Condiciones de Vida, Reproducción Social, Identidades Colectivas y Políticas Posibles*.
- (2003), "Mercados segmentados en la Argentina 1991-2002". *Laboratorio. Informe de Coyuntura Laboral*, Año 4, N° 11-12, Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Verano-Otoño.
- y RUBIO, A. (coord.) (2003), *Trabajo y desocupación. Programa "La Deuda Social Argentina" 1*. Buenos Aires: Departamento de Investigación Institucional, Instituto de Integración del Saber, UCA.
- y TUÑÓN, I. (2003), "Los jóvenes trabajadores frente a la educación, el desempleo y el deterioro social en la Argentina", Argentina: Fundación Friedrich Ebert en la Argentina.
- y TAMI, F. (2004), *Barómetro de la Deuda Social Argentina: Las grandes desigualdades*. Buenos Aires: Departamento de Investigación Institucional, EDUCA.
- (Coord.); CHÁVEZ MOLINA, E. (Comp.); AUSTRAL, R.; FERRO, M.; DE GAINZA, M.; GÓMEZ, F.; HERRERA GALLO, G.; PERSIA, J.; SALVIA, V. (2002) "Trayectorias laborales masculinas. Estudios diacrónicos de varones beneficiarios del Seguro de Desempleo" en *Trayectorias Laborales*, N° 2 [en línea]. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires (IIGG Documentos de Trabajo, N° 31).
- (2004), "Trabajo y transformaciones en el mundo del trabajo. Crisis del empleo y nueva marginalidad en tiempos de cambio social". *Revista Electrónica de Crítica Social Argumentos*, N° 4, Instituto Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.
- (2004), *Crisis del empleo y nueva marginalidad: el papel de las economías de la pobreza en tiempos de cambio social*, Documento de Trabajo, Proyecto FONCyT N° 9640, Buenos Aires.
- (2005) "Crisis del empleo y nueva marginalidad: el papel de las economías de la pobreza en tiempos de cambio social", en MALLIMACI, F. y A. SALVIA (comps.), *Los nuevos rostros de la marginalidad*. Buenos Aires: Biblos.

- SARAVI, G. (2004), "Segregación urbana y espacio público: los jóvenes en enclaves de pobreza estructural", *Revista de la CEPAL*, N° 83, agosto.
- SAUTU, R. (2003), *Todo es teoría. Objetivos y métodos de investigación*. Buenos Aires: Lumiere.
- SCHEPER-HUGHES, N. (1997), *La muerte sin llanto*. Madrid: Taurus.
- SCHUSTER, F. y PEREYRA, S. (2001) "La protesta social en la Argentina democrática", en GIARRACA, N. (comp.), *La protesta social en la argentina*. Buenos Aires: Alianza.
- y SCRIBANO, A. (2001), *Protesta social en la Argentina de 2001*. OSAL, Septiembre de 2001.
- SCHUTZ, A. (1967), *El problema de la realidad social*. Buenos Aires: Amorrortu.
- y LUCKMANN, T. (1974), *Structure of the Life-World*. London: Heinemann.
- SCHVARZER, J. (1998), *Implantación de un modelo económico: La experiencia argentina entre 1975 y el 2000*, Buenos Aires: A-Z Editora.
- (1999), *Implantación de un modelo económico. La experiencia argentina entre 1975 y el 2000*, Buenos Aires: AZ Editora.
- SENNETT, R. (2000), *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.
- (2001), *Vida urbana e identidad personal*. Barcelona: Ed. Península.
- SIMMEL, G. (1939), "La cantidad en los grupos sociales", "El pobre". en: *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*. Buenos Aires: Espasa Calpe Argentina.
- (2002), *Sobre la individualidad y las formas sociales*. Buenos Aires: Ed. Universidad Nacional de Quilmes.
- (2003), *Cuestiones fundamentales de sociología*. Barcelona: Gedisa.
- SÍVORI, H. (2004), *Locas, chongos y gays. Sociabilidad homosexual masculina durante la década de 1990*. Buenos Aires: Editorial Antropofagia.
- SVAMPA, M. y GONZÁLEZ BOMBAL, I. (2001), "Movilidad social ascendente y descendente en las clases medias argentinas: un estudio comparativo", *Serie documentos de trabajo* N° 3. Buenos Aires: SIEMPRO.
- (2001), *Los que ganaron. La vida en los countries y barrios privados*. Buenos Aires: Ed. Biblos.
- y PEREYRA, S. (2003), *Entre la ruta y el barrio*. Buenos Aires: Biblos.
- (2003), *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales. Introducción*. Buenos Aires: Universidad de General Sarmiento-Biblos.
- (2004) "Cinco tesis sobre la nueva matriz popular", en *Laboratorio*, Año 4, N° 15, Primavera, Buenos Aires: Instituto Gino Germani, UBA.
- SWEETZ, P. M. (1958), *Teoría del Desarrollo Capitalista*. México: Fondo de Cultura Económica.
- TARROW, S. (2000), *El poder en movimiento*. Madrid: Alianza.
- TEDESCO, J. C. (2004), *Educación en la sociedad del conocimiento*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- TILLY, C. y SHORTER, E. (1985), *Las huelgas en Francia (1830-1968)*. España: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- TILLY, C. (2000), *La desigualdad persistente*. Buenos Aires: Manantial.
- TOKMAN, V. (1995), *El sector informal en América Latina. Dos décadas de análisis*, Colección: Claves de América Latina. México: Ed. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- (1999), "La informalidad en los años 90. Situación y perspectivas", CARPIO, J. y NOVACOKSY, I.; (comps.) (1999), *De igual a igual. El desafío del Estado ante los nuevos problemas sociales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

- (2003), *Desempleo juvenil en el Cono Sur, Serie Pro Sur*. Santiago de Chile: Fundación Friedrich Ebert.
- TOPALOV, C. (1979), *La urbanización capitalista*. México: Edicol.
- TORRADO, S. (1998), *Familia y diferenciación social. Cuestiones de método*. Buenos Aires: Eudeba.
- TORRES, P. (2002), *Votos, Chapas y Fideos*. Buenos Aires: De la campana.
- TROTTA, M. (2004), *Las metamorfosis del clientelismo político*. Buenos Aires: Espacio.
- VASILACHIS DE GIALDINO, I. (2001), “Pobres, trabajo y representaciones sociales”, en FORNI, F. y ANGÉLICO, H. (comps.), *Articulaciones en el mercado laboral*. Buenos Aires, CEIL-La Colmena.
- VEKEMANS, R. (1970), *Inequality Reexamined*. Cambridge: Harvard University Press.
- VERBITSKY, B. (1957), *Villa Miseria también es América*. Buenos Aires: Kraft.
- VILLAVICENCIO, J. (1979), “Sector informal y población marginal”, en TOKMAN, V. y KLEIM, E. (comp.), *El subempleo en América Latina*. Buenos Aires: El Cid Editor, Clacso.
- VILLARREAL, J. (1997), “Estado del arte y derivaciones actuales sobre informalidad”. *Laboratorio/on line*, Año 1, N° 3, Primavera de 1999, Buenos Aires.
- WACQUANT, L. (2001), *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Buenos Aires: Manantial.
- WEBER, M. (1984), *Economía y Sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- WELLER, J. (2003), *La problemática inserción laboral de los y las jóvenes*. Santiago de Chile: CEPAL.
- WILLIS, P. (1998), *Aprendiendo a trabajar*. Madrid: Ed. Akal.
- WILSON, W. (1996), *When Work Disappears: The World of Urban Poor*. New York: Random House.

AUTORES

Agustín Salvia: Doctor en Ciencias Sociales (El Colegio de México).

Investigador CONICET. Profesor Titular regular de la Universidad de Buenos Aires, y director del grupo de investigación “Cambio Estructural y desigualdad social”, con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani de la misma universidad. También director del Observatorio de la Deuda Social Argentina en el Departamento de Investigación Institucional de la Universidad Católica Argentina.

Eduardo Chávez Molina: Licenciado en Sociología, Universidad de

Buenos Aires. Master en Políticas y Gerencia social (FLACSO). Doctorando en Ciencias Sociales (FLACSO), Docente y asistente de investigación en el Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

Juan Alonso: Sociólogo, becario doctoral del CONICET en el Instituto de Investigaciones Gino Germani. En curso el Doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

Esteban Bogani: Sociólogo egresado de la Universidad de Buenos Aires,

cuenta con una Maestría en Diseño y Gestión de Programas y Proyectos Sociales de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales. Tiene experiencia en investigación (CLACSO, FONCyT, UNESCO); todos estos proyectos tuvieron sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani y en docencia (UBA). Trabajó en distintas organizaciones de la sociedad civil y organismos gubernamentales elaborando, implementando y evaluando proyectos y programas sociales.

Guillermina Comas: Licenciada en Sociología (UBA). Becaria de doctorado de la Universidad de Buenos Aires. Maestranda en Políticas Sociales (Facultad de Ciencias Sociales - UBA). Participante del proyecto FONCyT-PICT N° 04-09640 “La Sobrevivencia de los Desplazados.

Trayectorias Económicas. Condiciones de vida, Reproducción social,

Identidades Colectivas y Políticas posibles”. Instituto de Investigaciones Gino Germani- Facultad de Ciencias Sociales- Universidad de Buenos Aires.

María Eugenia Correa: Licenciada en Sociología, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Maestranda en Sociología de la Cultura y Análisis Cultural, Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES-UNSAM). Docente de la Facultad de Ciencias Sociales-UBA, de la materia Metodología de la Investigación Social II de la carrera de Sociología. Auxiliar del proyecto FONCyT 9640: “La Supervivencia de los Desplazados: Trayectorias Económicas, Condiciones de Vida, Reproducción Social, Identidades Colectivas y Políticas Posibles.” Director: Agustín Salvia. Instituto de Investigaciones Gino Germani. Facultad de Ciencias Sociales-UBA.

Eduardo Fernández Maldonado: Sociólogo (UBA). Candidato a Mgter. Relaciones y Negociaciones Internacionales, FLACSO/ San Andrés / Universidad de Barcelona. Integrante del equipo de investigación del Proyecto FONCyT N° 9640 dirigido por el Dr. Salvia, A. y, en dicho marco, del Seminario “La supervivencia de los desplazados” coordinado por el Mgter. Eduardo Chávez Molina.

María Florencia Graziano: Socióloga (UBA). Miembro del Proyecto FONCyT N° 9640 “La Supervivencia de los Desplazados: Trayectorias Económicas, Condiciones de Vida, Reproducción Social, Identidades Colectivas y Políticas Posibles.” Dicho proyecto tiene sede en el Programa “Cambio Estructural y Desigualdad Social” en el Instituto de Investigaciones Gino Germani, FCS/UBA.

Daniela Grillo: Socióloga (UBA). Pasante del Proyecto de Investigación FONCyT N° 9640 “La Supervivencia de los Desplazados: Trayectorias Económicas, Condiciones de Vida, Reproducción Social, Identidades Colectivas y Políticas Posibles.”

Mariano Hermida: Licenciado en Sociología, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Maestrando en Sociología Económica, Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES-UNSAM). Analista Junior del Sistema de Información de Estadística Local del Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (SIEL-INDEC). Auxiliar del proyecto FONCyT 9640: “La Supervivencia de los Desplazados: Trayectorias Económicas, Condiciones de Vida, Reproducción Social, Identidades Colectivas y Políticas Posibles.” Director: Agustín Salvia.

Instituto de Investigaciones Gino Germani. Facultad de Ciencias Sociales-UBA.

Rodolfo Federico Herrán: Sociólogo (UBA). Integrante del equipo de investigación del Proyecto FONCyT N° 9640 dirigido por el Dr. Salvia, A. y, en dicho marco, del Seminario “La sobrevivencia de los desplazados” coordinado por el Mgter. Eduardo Chávez Molina.

Agustina Lejarraga: Socióloga (UBA), cursante de la *Maestría en Sociología de la Cultura y Análisis Cultural* (IDAES). Pasante del Proyecto de Investigación FONCyT N° 9640 “La Sobrevivencia de los Desplazados: Trayectorias Económicas, Condiciones de Vida, Reproducción Social, Identidades Colectivas y Políticas Posibles.”

Astor Massetti: Licenciado en Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Docente de la carrera de Sociología y Comunicación Social, Universidad de Buenos Aires, Doctorando en Ciencias Sociales en la misma universidad.

Pablo Molina Derteano: Licenciado en Sociología (FSOC/UBA). Mg de Investigación en Ciencias Sociales (en curso) –Facultad de Ciencias Sociales– Instituto de Investigaciones Gino Germani, Becario CONICET de postgrado, Miembro del Proyecto FONCyT desde 2005. Participante del Proyecto FONCyT - PICT N° 04-09640 “La Sobrevivencia de los Desplazados. Trayectorias Económicas, Condiciones de Vida, Reproducción Social, Identidades Colectivas y Políticas Posibles.” Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

Manuela Parra: Estudiante avanzada de Sociología, Universidad de Buenos Aires, integrante del equipo de investigación Cambio Estructural y Desigualdad Social.

María Marta Pregona: Estudiante avanzada de la carrera de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Participante del Proyecto FONCyT - PICT N° 04-09640 “La Sobrevivencia de los Desplazados. Trayectorias Económicas, Condiciones de Vida, Reproducción Social, Identidades Colectivas y Políticas Posibles. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.”

Diego Quartulli: Licenciado y Profesor en Sociología (UBA). Integrante del equipo de investigación del proyecto FONCyT N° 9640 dirigido por

el Dr. Salvia A. y, en dicho marco, del Seminario “La sobrevivencia de los desplazados” coordinado por el Mgter. Eduardo Chávez Molina.

María Laura Raffo: Licenciada en Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Becaria de posgrado tipo I CONICET. Maestranda en investigación en Ciencias Sociales (Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires). Participante del Proyecto FONCyT - PICT N° 04-09640 “La Sobrevivencia de los Desplazados. Trayectorias Económicas, Condiciones de Vida, Reproducción Social, Identidades Colectivas y Políticas Posibles.” Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

Emilse Rivero: Socióloga (UBA) (GEA-CONICET). Docente de grado y postgrado (UBA, UCA, UNSAM). Maestría en Sociología de la Cultura y Análisis Cultural-IDAES-UNSAM Integrante del Proyecto de Investigación FONCyT N° 9640 “La Sobrevivencia de los Desplazados: Trayectorias Económicas, Condiciones de Vida, Reproducción Social, Identidades Colectivas y Políticas Posibles.”

Laura Saavedra: Socióloga (UBA). Candidata a Mgter. Política, Evaluación y Gerencia Social, FLACSO. Profesora de Postrado en Metodología. CEA/UBA. Profesora Adjunta (USAL). Integrante del equipo de investigación –coordinación del segmento empresas recuperadas– del Proyecto FONCyT N° 9640 dirigido por el Dr. Salvia, A. y, en dicho marco, del Seminario “La sobrevivencia de los desplazados” coordinado por el Mgter. Eduardo Chávez Molina.

Federico Stefani: Licenciado en Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Becario de posgrado tipo I CONICET. Maestrando en investigación en Ciencias Sociales (Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.) Participante del Proyecto FONCyT - PICT N° 04-09640 “La Sobrevivencia de los Desplazados. Trayectorias Económicas, Condiciones de Vida, Reproducción Social, Identidades Colectivas y Políticas Posibles”. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

Cecilia Tinoboras: Licenciada en Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Becaria de posgrado tipo I CONICET. Maestrando en Políticas sociales (Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires).



La presente edición se terminó de imprimir en agosto de 2007,
en los talleres de Gráfica LAF s.r.l., ubicados en Monteagudo 741,
San Martín, Provincia de Buenos Aires, Argentina.